

Barbara Ewing

# CIRCO DE FANTASMAS

NOVELA

Una historia  
sobre el dinero,  
los recuerdos  
nostálgicos  
y el amor

la óveda

## Annotation

---

### RESEÑA

El Nueva York decimonónico, de los últimos años de la década de los cuarenta, es una ciudad fascinante, insolente y joven rebosante de dinero fresco, nuevos habitantes e ideas innovadoras: el telégrafo, el daguerrotipo, la anestesia, el espiritismo, el ocultismo, las mesas parlantes. En el audaz y hermoso circo de Silas P. Swift, una madre y una hija esconden sus heridos corazones y provocan el entusiasmo del público en la Gran Carpa: la primera, una oscura mesmerista que puede curar a otros (pero no a sí misma), la segunda una acróbata y funambulista que se eleva sobre la ciudad.

Pero en Londres los recuerdos supuran en la mente de un viejo duque despiadado que conspira con un abogado sin escrúpulos contra la madre y la hija para matar a una y secuestrar a la otra en el lado opuesto del Atlántico.

Por todo ello, las vidas de Cordelia y Gwenlliam Preston se entrelazan de forma inesperada e inseparable con las bandas de Nueva York y el departamento municipal de policía.

---

Barbara Ewing

# CIRCO DE FANTASMAS

La Hipnotizadora N°2



*Para Bill, una vez más*

## Apunte histórico

*A mediados de la década de 1840, las publicaciones en prensa, más bien morbosas, sobre un escandaloso asesinato en la alta sociedad de Londres (vinculado de forma poco convincente a la sospechosa práctica de mesmerismo y a la sumamente respetable reina Victoria), forzaron a la protagonista principal de esta historia, una mesmerista absuelta del asesinato por un jurado, pero marcada irrevocablemente por la cobertura mediática de los acontecimientos, a abandonar Londres e ir a América con el grupo de personas, más bien extraño, al que ella llamaba «su familia».*

*Se sabe que con ellos, por razones del corazón, viajó el inspector Arthur Rivers, uno de los principales detectives británicos de la recién formada división de policía con sede en Scotland Yard, cerca de Whitehall.*

*Las hermanas Fox, pioneras en el culto a las mesas parlantes y que afirmaban hablar con los difuntos, fueron un fenómeno americano en el siglo XIX, avivado por la prensa americana. Se cree que el opio estaba detrás de todo. El alcoholismo y los escándalos llegaron más tarde.*

*Gallus Mag fue un personaje muy conocido del hampa de las bandas de Nueva York en el siglo XIX. Y todavía se puede encontrar algún que otro reportaje sobre la interpretación de la señorita Ray, del Teatro Real de Nueva Zelanda, en El Jefe de los bandidos.*

*Y aunque Sigmund Freud no forma parte en sí de esta historia, es interesante destacar que visitó América, con sus teorías sobre el psicoanálisis, en el año 1909. La visita no fue un gran éxito. Más adelante, Freud describiría a América como un «gigantesco error».*

# Capítulo 1

EN su gran casa, en la zona más elegante de Londres, el viejo y depravado duque Llanefydd se sirvió *whisky* y gritó:

—¡Encuentren a esa ramera! ¡Encuentren a esa furcia! ¡Encuentren a esa actriz!

—Nuestras investigaciones, milord, han demostrado que hace algún tiempo que se marchó a América y, siento tener que informarle de esto, se incorporó a un circo.

—¿Qué quiere decir con sus «investigaciones»? ¡Estaba ahí, en el *Times*, a la vista de todo el mundo, para que se rieran!

—En efecto, el asunto fue divulgado por la prensa, señor.

—¡Pues encuentren a esa ramera!

—América es un país muy extenso y anárquico, señor.

—Bien, si es extenso y anárquico la furcia se encontrará en alguno de los lugares más obvios, ¿no? Washington, Nueva York, Boston. ¿Acaso cree que no conozco la geografía de esa desleal y revolucionaria tierra de traidores, patanes irlandeses y demócratas? ¡Claro que la puta actriz se iría allí! Ella mató a mi hijo.

El señor Doveribbon padre, acaudalado abogado al servicio de la nobleza, hombre corpulento acostumbrado a la comodidad pero a quien no invitaron a sentarse en aquella reunión, se aclaró la voz e intercambió una mirada de preocupación con su hijo, el señor Doveribbon hijo, reputado abogado y hombre de mundo.

—Milord, creo que debe descartar esa idea, pues todo el mundo reconoce y sabe que a su hijo lo asesinó su propia esposa.

El duque resopló y gesticuló al mismo tiempo que tiró la botella de *whisky* al suelo de mármol, haciéndose añicos y derramando su dorado contenido sobre las elegantes botas del señor Doveribbon hijo, horrorizando aún más al elegante joven. Un empalagoso olor a *whisky* emergió y un sirviente apareció, como si de un milagro se tratase, con una escoba, otra botella y cara de mártir.

—Puede que *lady* Ellis matara a mi hijo «literalmente», que empuñara la daga, ¿pero quién mató a mi hijo «moralmente»? ¡Esa furcia! ¡La actriz!

Tal vez fuese incongruente oír la palabra «moral» en aquella habitación de canallas en Mayfair. No solo por el duque, también por el sirviente, el abogado, el hijo del abogado y el doctor, que intentaba escuchar tras la puerta pasando desapercibido. Ninguno de ellos habría reconocido el significado de la palabra «moral» aunque lo tuvieran delante de sus narices.

—Quiero a esa puta actriz eliminada y quiero que la «hija», sea cual sea su nombre, mi sangre, mía, mi nieta vuelva conmigo. Es mía. Ella debe cuidar de mí. Ella es la hija de mi hijo a pesar de que su madre sea una furcia —bebió *whisky* de la segunda botella—. Estoy solo —las lágrimas empañaron su astuta mirada y rodaron por su astuto rostro—. La quiero aquí, conmigo —y entonces las lágrimas se le secaron tan rápido como habían aparecido—. ¡Y, cuando lo consiga, podré frenar las repugnantes y avariciosas intenciones del primo de mi hijo! ¡Ese buitres que está esperando a que yo muera para heredar Gales!

El señor Doveribbon padre se aclaró la voz.

—La muchacha es descendiente pero es mujer, milord. Según la ley ella no podría heredar ninguna parte de Gales que usted posea.

—¡La antigua y noble familia de Llanefydd está por encima de la ley! ¡Yo cambiaré la ley! Esa muchacha tiene mucho más sentido común que su hermana, por quien hice mucho, y que ese estúpido chico caprichoso... —El *whisky* volvió a salir salpicado—. ¡Ella tendrá que volver conmigo pues ese es mi derecho! ¡Y la madre debe ser eliminada!

—Cuando dice «eliminada», señor, quiere decir...

—¿Qué cree que quiero decir, imbécil? ¡Seguro que se puede pagar a un destripaterrones irlandés para que encuentre un rincón oscuro en esa tierra de traidores! ¿Es que tengo que explicárselo todo? —Entonces observó al abogado y a su hijo con una mirada maliciosa contenida y el tono de su voz se volvió suave—. Mi dinero, por supuesto, está a su disposición. Todos los gastos. Pagaré cualquier factura. Altos honorarios. ¡Solo tiene que encontrar a esa puta actriz! ¡Y traerme a mi nieta!

Ya que se estaba hablando de tal cantidad de dinero, el señor Doveribbon padre, consideró:

—Tendría que mandar a mi hijo a América y él es un inglés con buena presencia.

El señor Doveribbon hijo, con sus botas manchadas de *whisky*, parecía algo inquieto. En efecto tenía mucha presencia. A decir verdad, él mismo sabía que era incluso irresistiblemente atractivo, pero no era estúpido y, aunque su padre no lo sabía, estaba muy involucrado en una dudosa compra de terrenos en una zona de viviendas recién construidas alrededor de Edgware Road. Por lo tanto tenía sus propios planes y en ninguno estaba viajar a ningún lugar de América.

—Encontrar a la madre y a la hija —continuó su padre— será una tarea larga, ardua y costosa.

—¡Elimine a la madre! ¡Esa furcia con el pelo blanco y negro! Si ella interfiere nada saldrá bien. ¡Elimine a la madre y tráigame a mi nieta!

—Necesitaremos un buen anticipo a cuenta de los gastos, señor.

Otra vez aquella mirada maliciosa y astuta.

—¡Nada de míseros anticipos! ¡Elimine a la madre, tráigame a mi nieta y le daré diez mil libras!

Los Doveribbon casi se desmayaron ante tal declaración. «¿Diez mil libras?». Diez mil libras era una fortuna insólita, incluso en el turbio mundo de la abogacía.

No obstante, el instinto incitó al señor Doveribbon padre a rechazar aquella particular colección de órdenes. El duque de Llanefydd era uno de los nobles más acaudalados y destacados de Inglaterra, sin duda, pero también se le conocía por ser de poca confianza, incluso entre aquellos en los que la falta de credibilidad era lo más natural. Y «eliminar» era algo que el señor Doveribbon dejaba a hombres más bárbaros. Sin embargo, las palabras «diez mil libras» resonaban en su cabeza. Además, su hijo tenía mucha presencia (de pronto, los sueños del señor Doveribbon se dispararon) y podría ser que incluso causara buena impresión a la heredera. Codicia e instinto luchaban en la mente del señor Doveribbon padre.

Venció la codicia.

## Capítulo 2

EN Nueva York, toda clase de personas (que se referían a sí mismas como «sin clase») acudían a El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift, que tenía algo de salvaje, de exótico, de vulgar y de peligroso. En la impetuosa, abarrotada, ruidosa y lucrativa ciudad de Nueva York, El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift era el más conocido y el más visitado. El alegre y llamativo banderín que tenía sobre la Gran Carpa se podía ver desde Broadway y los carteles del circo eran más grandes, más llamativos y más atrevidos que cualquier otro.

***¡PASEN Y VEAN!***

***¡PASEN Y VEAN!***

***EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT***

***presenta***

**a la ASESINA absuelta de LONDRES:**

***¡MISS CORDELIA PRESTON, LA FAMOSA MESMERISTA!***

***Y a su hija miss Gwenlliam Preston,***

***¡SENSACIONAL ACRÓBATA!***

***Acompañadas por los jinetes y los artistas con más talento del mundo del circo.***

**Y ANIMALES SALVAJES como:**

***¡UN PELIGROSO LEÓN AFRICANO!***

***¡UN ENORME ELEFANTE AFRICANO!***

***¡UN CAMELLO DE ARABIA!***

***¡CABALLOS DANZARINES!***

***¡MAGNÍFICOS ACRÓBATAS, COWBOYS MEXICANOS!***

***¡INTRÉPIDOS TRAGAFUEGOS!***

***¡PAYASOS Y ENANOS!***

***¡El espectáculo más fascinante jamás visto en nuestro país!***

***Solo por 1 dólar (niños 75 centavos)***

«Asesina y mesmerista» eran las palabras que resonaban, igual que «peligroso león africano»: la multitud, y los dólares, invadía la Gran Carpa del señor Silas P. Swift, de enormes paredes de lona y suelo de serrín y asientos de tablas de madera para mil quinientas personas. Cerca de allí, los vendedores ambulantes montaban tenderetes para vender ostras, cerveza, zarzaparrilla y grandes pasteles.



Aquella tarde acudieron los concejales de la ciudad acompañando a sus hijos vestidos con elegantes atuendos. No muy lejos de ellos, pero en la parte de atrás, en la sombra, se encontraban los miembros de la banda criminal más despiadada de Nueva York, sentados de forma poco elegante sobre los precarios asientos de madera, riendo y comiendo de los grandes pasteles. Llevaban camisetas oscuras y pendientes de oro en las orejas.

El domador de leones ya había escapado de una muerte segura (tal y como hacía dos veces al día), el elefante barritaba con fuerza mientras que los payasos hacían malabarismos con bolas de colores y el jefe de pista del circo, con chaqueta roja y sombrero, hacía chasquear su látigo. Los tragafuegos lanzaban llamas al público, que apeataba a sudor, excitación y cerveza y que, a su vez, inhalaba el fascinante y particular olor a animales salvajes y a serrín y a lonas y a lámparas de aceite y a excrementos y a fuego: mientras que la banda de música tocaba marchas patrióticas. Y todo el tiempo la *troupe* del circo, como de costumbre, se hacía comentarios entre ellos continuamente sobre el público, entre los gritos de «¡alehop!» y «¡hurra!» y los rugidos del león. El circo conseguía entretener a los espectadores, que quizás no sabían que ellos también eran entretenidos. Tanto las hermosas muchachas como los presuntuosos concejales y los malhablados gánsteres, puede que no se hubiesen dado cuenta de que estaban siendo observados pero, en efecto, lo estaban. Los artistas se llamaban entre sí con su propio lenguaje circense: una mezcla de nuevo argot americano —busca-nido, engañabobos—, y se comunicaban con gestos más bien teatrales que podían haber parecido parte del espectáculo, y con gritos en español de los charros, los salvajes y hábiles *cowboys* mexicanos. Uno de los tragafuegos fue quien señaló a los concejales de la ciudad, aquellos hombres con tantos favores que otorgar, y uno de los enanos corrió derecho hacia los escalones de madera que había entre el público y plantó un beso en la mejilla de uno de ellos. Pensara lo que pensase el concejal sobre aquel gesto espantoso y poco fragante, saludó, por supuesto, al público aceptando aquel honor y rio enérgicamente mientras que los acróbatas se balanceaban más y más alto y las luminosas lámparas de aceite brillaban por todas partes y se reflejaban de vez en cuando en los relucientes pendientes y cruces de oro que los miembros de la banda criminal llevaban colgados alrededor del cuello, a pesar de que se habían sentado en la parte de atrás, lo más alejados posible. Y sentado entre los miembros de la banda criminal se encontraba el miembro más alto de todos ellos: de cabellos rebeldes y con gruesos tirantes; solo si te fijabas detenidamente podías darte cuenta de que la figura alta y salvaje era la de una mujer. Y solo si por casualidad te fijabas muy detenidamente, podrías haber visto a la mujer de cabellos rebeldes y a uno de los concejales de la ciudad (una de las más insólitas combinaciones) intercambiar un saludo con la cabeza casi imperceptible. Los enanos corrían y daban volteretas y los charros galopaban más y más rápido dando vueltas por la pista. Pasó el gruñón elefante africano barritando y pasaron los payasos con la cara pintada de blanco y sus grandes sonrisas rojas pintadas y sus falsas narices rojas y sus exagerados zapatos negros, y la banda de música con su tuba y sus trompetas y sus tambores sonando.

Y Silas P. Swift era, sobre todas las cosas, un director de espectáculos teatrales incomparable.

De repente dejó de sonar la música. De repente, los payasos, los charros, los enanos y los tragafuegos atenuaron las luces de las lámparas y, de repente, los acróbatas volaron como difusos y silenciosos pájaros sobre el público. Y, entonces, su estrella del espectáculo, su hermosa, escandalizadora y desgraciadamente famosa mesmerista emergió lentamente de las sombras desde el fondo de la Gran Carpa. El público tomó aire y en la penumbra vislumbró a una hermosa mujer madura cubierta por largos y flotantes pañuelos. Y mientras los tambores redoblaban suavemente, ella alzó los brazos, los largos y centelleantes pañuelos cayeron de su cabeza y todos vieron que

tenía unos ojos enormes y el rostro pálido. Y vieron que tenía un extraordinario mechón blanco entre el cabello negro, como si alguna vez hubiese sufrido una conmoción que hubiese vuelto anciano, sabio o fantasmal parte de su pelo. Entonces, una extraña voz ronca, que se utilizaba en grandes espacios, anunció:

—¿A quién puedo ayudar a aliviar su dolor?

Y, pensaran o no que se trataba de una asesina, algunas personas avanzaron o algún familiar las acercó. Habían oído hablar de los poderes del mesmerismo y eran personas que querían milagros. Desde las sombras, la mesmerista miró un instante a los acróbatas como si esperase una señal. Y, entonces, señaló a un hombre pálido que se encontraba entre la muchedumbre con los hombros encorvados por el dolor.

El hombre se acercó, nervioso. La mesmerista se adelantó unos pasos, sentó al hombre en una silla que había aparecido de forma misteriosa y le habló con dulzura y en voz baja. Qué gran esfuerzo tuvo que hacer el público para oír sus palabras. ¿Fueron «deje que yo me ocupe de usted» o fue algún disparatado conjuro? Y, entonces, la enigmática mujer, sin apartar sus ojos del hombre, empezó a mover los brazos una y otra vez justo por encima de él: una y otra vez, una y otra vez, movimientos amplios, enérgicos y rítmicos justo por encima del cuerpo, sin tocarle, respirando profundamente una y otra vez, totalmente concentrada, haciendo que su propia energía penetrase en el dolor del hombre e intentando sacarlo fuera, expulsarlo. ¿Parecía que le susurraba? No estaba claro. La enorme, calurosa, abarrotada, hedionda y mal ventilada carpa permanecía en silencio: el público estaba hechizado. Pudieron ver cómo el hombre pálido se dormía, observaron el ritmo enérgico pero suave de los brazos de la mujer. Movía los brazos una y otra vez, sin tocarle. Una y otra vez.

Y, al final (porque la mesmerista había escogido al paciente con cuidado y con la ayuda de su hija, que volaba sobre el público en el trapecio, ya que sabían que no podía curar miembros rotos o tumores cancerosos: solo podía aliviar el dolor), al final, entonces, el hombre se despertó con el rostro despejado y el cuerpo enderezado. Perplejo y aliviado, el hombre miraba a su alrededor, sorprendido. Y, de pronto, mientras le acompañaban fuera de la pista del circo, sonriendo levemente sin dar crédito, volvieron las brillantes luces y los payasos a dar volteretas y el león rugió y los acróbatas volaban y hacían piruetas en el aire repentinamente iluminado.

—¡Alehop! ¡Alehop! —exclamaban mientras se balanceaban de un trapecio a otro y la banda tocaba música alegre.

Y cuando el público miró de nuevo al centro de la pista, ya no había nadie.

—¿Era un fantasma? —susurró a sus compañeros uno de los hombres con pendiente de oro, medio en pie, inseguro, y su voz sonó casi como la de un niño.

—Siéntate, Charlie. Maldito estúpido —dijo la mujer alta y salvaje, con los tirantes sujetándole la falda, y se inclinó hacia él dándole un tortazo—. ¡No es más que un truco!

Sin embargo, a la luz de las lámparas, el rostro de Charlie estaba pálido. Bajo el sonido de la banda de música, ella le susurró con malicia al oído:

—«¡Que el diablo te vuelva negro, pálido bobo! ¿De dónde has sacado esa cara de ganso?»<sup>1</sup>. Pero él se la quitó de encima y escupió tabaco.

En aquel momento los charros galopaban por la pista haciendo pirámides humanas, peligrosas y hábiles, cada vez más rápido, hablándose unos a otros en español.

—Putos extranjeros —dijo Charlie escupiendo tabaco de nuevo, aquella vez sobre las paredes de lona de la carpa. Su mirada se perdió en el lugar donde había estado el fantasma, pero la hermosa y enigmática figura había desaparecido.

El *New York Times* publicó:

*Las informaciones que nos llegan desde Londres describen a Cordelia Preston, mesmerista, como una mujer escandalizadora y profundamente inmoral que, según se dijo, mató al padre de sus hijos, lord Morgan Ellis, heredero del duque de Llanefydd, quien posee, parece ser, la mayor parte de Gales. (Nos preguntamos cómo se sentirán los galeses). Actualmente se sabe que la verdadera asesina fue la esposa de lord Ellis, prima de la reina Victoria. Pero, tal y como nosotros sabemos muy bien, en nuestra amada y democrática república, aquellas personas cercanas a la monarquía están protegidas por la misma. En este caso hasta la verdad fue imposible de ocultar; pues lady Ellis intentó matar también a Cordelia Preston. No todos los aspectos de este asunto han salido a la luz, y no hay duda de que Cordelia Preston, absuelta del cargo de asesinato, es en efecto inmoral y, desde luego, escandalizadora: se sabe que ahora trabaja como mesmerista en El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift aquí, en Nueva York, hecho que habla por sí solo. Pero este periódico también ha averiguado por casualidad que tanto Cordelia Preston como su hija, Gwenlliam Preston, acróbata, habitualmente ofrecen de forma gratuita sus servicios como mesmeristas, anónimamente, a uno de los hospitales de Nueva York que hace uso del mesmerismo como anestesia durante dolorosas operaciones. Ambas trabajan junto con monsieur Roland, conocido mesmerista que fue formado por el mismísimo doctor Mesmer, y hemos descubierto que tiene mucho éxito ayudando a los pacientes. Sea cual sea la historia completa, permítannos reiterar, como hacemos tan a menudo, que Dios bendiga a América, tierra de la libertad, y, al menos, permítannos estar agradecidos a Cordelia Preston y a su hija por sus buenas obras.*

El señor Silas P. Swift (que se había encargado de poner en conocimiento del *Tribune* las anteriormente mencionadas buenas obras) se frotó las manos de regocijo mientras que la cifra de asistentes al circo crecía cada vez más. Se había arriesgado al traer a las escandalizadoras señoritas Preston a América y eso le había dado resultado más allá de todas sus expectativas. Él era consciente de que aquello había funcionado muy bien, al menos en parte, porque la señorita Cordelia Preston, que había trabajado durante mucho tiempo como actriz, y la señorita Gwenlliam Preston, a la que habían educado como a la hija de un noble, tenían una gracia y una dignidad en el porte que no coincidían con las escabrosas historias que las rodeaban. La hija era muy guapa y se estaba convirtiendo en más que una excelente acróbata y funambulista, pero su madre, la mesmerista, con aquel llamativo mechón blanco en medio de su oscura melena, era de una belleza encantadora: tenía algo en su rostro casi translúcido, en sus pómulos y en sus ojos oscuros y misteriosos.

Entonces, la multitud llegaba a raudales dos veces al día. Cientos y cientos. Miles. Todos respirando el fascinante olor a serrín, a boñiga de elefante, a lona, a animales salvajes, a lámparas de aceite, a barro y a entusiasmo. Y dos veces al día, en un pequeño carromato situado en medio del círculo que formaban los demás carromatos, detrás de la Gran Carpa, la señorita Cordelia Preston, inmoral asesina absuelta, se ponía su traje suelto y vaporoso y se colocaba los largos y flotantes pañuelos sobre su pálido rostro. En ocasiones, un inesperado y doloroso recuerdo la atrapaba y tenía que inclinarse, jadeando por la conmoción y, su hija, Gwenlliam, apartaba rápidamente los trajes y los pañuelos y los zapatos y el largo balancín para llegar hasta su madre. Por un instante las dos se acunaban ligeramente, abrazándose para darse consuelo. Una vez, Cordelia encontró a su hija, siempre tan tranquila y tan sensata, llorando desconsoladamente, vestida con su reluciente y brillante traje de acróbata en la pequeña y abarrotada caravana. De inmediato la abrazó con fuerza, respiraron ambas a la vez y creyeron escuchar un sonido lejano: «shshshshshshshshshsh». Creyeron oír el mar en una larga, larga playa y creyeron oír a unos niños llamándose en voz alta: «¡Manon! ¡Morgan!».

«Manon».

«Morgan».

Los hijos de Cordelia. La hermana y el hermano de Gwenlliam.

Y entonces se vistieron y abandonaron el pequeño carromato. Y permanecieron muy unidas y sonrieron y bromearon y hablaron mientras se acercaban al elefante, de grandes orejas y pequeños y vivos ojos. Se unieron a los payasos y a los charros y a los tragafuegos y a los enanos y a los demás acróbatas en la parte de atrás de la Gran Carpa mientras que el peligroso león rugía y, de repente, el impredecible elefante barritó con fuerza y los mexicanos llamaron en español a sus caballos. Y en lugar del sonido del mar, Cordelia Preston y su hija Gwenlliam oyeron una vez más el sonido de los gritos estentóreos y entusiasmados de la enorme y bulliciosa multitud de Nueva York que se encontraba dentro, esperando la magia del circo.

## Capítulo 3

EL experimentador llegaba tarde aunque, en realidad, en aquel mismo instante, corría a lo largo de Cambridge Street hacia el hospital general de Massachusetts tan rápido como sus piernas de dentista se lo permitían, sujetando con firmeza contra su pecho una botella de forma irregular.

En el anfiteatro había un sonoro murmullo de impaciencia en el aire: nunca nadie había hecho esperar al doctor John C. Warren, eminente y respetado cirujano. Por eso, los demás cirujanos eminentes de Boston presentes entre el público golpeteaban sus dedos en sus bastones mientras que los estudiantes de medicina cuchicheaban entre ellos con entusiasmo pero en voz baja, por respeto. Tal vez todo aquello era una patraña y les habían reunido allí para nada.

Dos figuras imperturbables, con las líneas de sus oscuros ojos pintadas, observaban el procedimiento en silencio. Aquellas figuras estaban pintadas en el exterior de dos sarcófagos egipcios más bien estropeados, puestos en posición vertical en la parte trasera de la plataforma del anfiteatro. Si aquellos antiguos sarcófagos colocados de aquella forma contenían o no los restos de cuerpos muertos desde hacía mucho tiempo y de un lugar muy lejano, nadie lo dio a conocer.

Algunos de los cirujanos saludaban con un asentimiento a un señor francés que estaba sentado entre ellos, solemne, erguido e inmóvil: el distinguido mesmerista clínico *monsieur* Alexander Roland, extranjero, claro, pero al menos era francés, no inglés, y un profesional muy respetado en algunos hospitales de Boston y Nueva York. *Monsieur* Roland provocaba un gran interés entre algunos de los médicos: durante muchos años en numerosos países había cosechado un gran éxito por hacer soportables dolorosas operaciones para los pacientes haciendo uso del mesmerismo como anestesia. El mesmerismo como anestesia, a pesar de que muchos médicos rehusaban tener algo que ver con aquello, no se menospreciaba del todo en aquellas nuevas grandes ciudades. *Monsieur* Roland trabajaba a veces con el mismísimo doctor John C. Warren allí, en Boston. Muchos de los cirujanos que estaban presentes aquel día, y algunos de los estudiantes con permiso especial, habían ido a ver al mesmerista más de una vez, para observar la concentración total del anciano francés sobre el paciente. «Deje que me ocupe de usted», decía amablemente y, entonces, sin apartar la mirada del paciente, comenzaba a hacer movimientos con los brazos y las manos: los movimientos mesméricos largos, enérgicos y repetitivos justo por encima del cuerpo del paciente, sin llegar a tocarle nunca, una y otra vez, una y otra vez, su respiración y la respiración del paciente igualándose poco a poco, hasta que el paciente («¡créanlo o no!», decían más tarde quienes lo habían visto) caía en una especie de trance. Entonces comenzaba la operación. Si el paciente se movía durante la misma, *monsieur* Roland volvía a comenzar con sus movimientos largos y rítmicos una y otra vez y el paciente se calmaba y se volvía a dormir. Y sin embargo, y sin embargo, en realidad había cierta inquietud entre muchos médicos sobre todo aquel asunto: habían visto lo que habían visto, pero el mesmerismo ni era ciencia ni se podía explicar. No obstante, algunos de ellos al menos admitían que era mejor que los tragos de *brandy* y los gritos.

Aquel día no le habían pedido a *monsieur* Roland que mesmerizase al paciente antes de la operación, pero él estaba particularmente interesado en los procedimientos que iban a llevarse a

cabo aquel día.

En aquel momento, en la plataforma del anfiteatro, el doctor John C. Warren estaba de pie junto al paciente, al que habían sujetado con correas a un sillón de operaciones. Bajo la mandíbula del paciente, por donde tenía la camisa abierta y preparada, se apreciaba un bulto de tamaño considerable. El paciente era un obrero neoyorquino a quien se dirigían, de manera muy formal en aquel escenario público, como señor Abbot. El señor Abbot tenía en el rostro la mirada vacía, pero podía sentir cómo su corazón latía raudo.

El doctor John C. Warren miraba su reloj con impaciencia.

Todavía por Cambridge Street, dos hombres corrían: uno bajo y alto el otro. El bajo jadeaba y resoplaba de un modo un tanto alarmante, pues se le hacía difícil mantener el ritmo. El hombre alto, el antedicho dentista, aún portaba la botella de extraño aspecto en sus brazos y su capa ondeaba tras él mientras corría subiendo las escaleras de la entrada principal y más escaleras después para alcanzar la cuarta planta. Con el hombre bajo heroicamente no muy alejado de él, el dentista irrumpió en el anfiteatro del hospital y, tratando de recobrar el aliento y quitarse la capa al mismo tiempo, informó al cirujano de que estaba preparado. Los dos corredores habían llegado directamente del local del fabricante de instrumentos que había hecho la botella.

Entonces, el señor Morton, el dentista, habiendo recibido el permiso del imperioso cirujano con un asentimiento, presentó a su jadeante compañero de baja estatura al paciente.

—Señor Abbot, le presento al señor Frost—dijo el dentista.

El paciente parecía algo perplejo al observar a aquellos dos hombres desaliñados y a la extraña botella con un tubo que sobresalía. Pero el señor Frost, entusiasmado, le dio un fuerte apretón de manos.

—¡Joven amigo! He acompañado al señor Morton porque yo ya he probado este... eh... tratamiento—el señor Frost inspiró profundamente para relajarse después de tanto esfuerzo—. Ahora, joven amigo, ¡mire! ¡Solamente observe!—Emocionado, el señor Frost abrió ampliamente la boca y señaló hacia dentro intentando hablar al mismo tiempo—. ¿Ve este hueco? ¿Lo ve? ¿Lo ve? Eso era un diente. El dolor me estaba matando. Me daban ganas de suicidarme. Nunca había sentido ningún dolor así. Pero recibí ese tratamiento que le van a administrar a usted ahora y no sentí nada en ningún momento y no provocó ningún efecto adverso. ¡He firmado un documento confirmándolo! ¡Adelante, joven amigo, adelante!

—Gracias—dijo el señor Abbot tragando saliva.

Entonces, a la señal del cirujano le pusieron al paciente una cubierta de caucho a la altura del cuello. El señor Morton colocó el tubo que iba unido a la botella que tenía en brazos en los labios del señor Abbot y le pidió que respirase por la boca, a través de él.

—¿Está usted asustado, señor Abbot?—preguntó el cirujano.

El joven, valiente, negó con la cabeza. El señor Abbot confiaba en el doctor John C. Warren, pues le había explicado todo al detalle. Respiró por la boca tal como le habían ordenado.

A decir verdad, el señor Morton, el dentista, tenía miedo. Llevaba muchos meses experimentando, incluso consigo mismo. Sabía que si fallaba (cosa que él, no obstante, creía que no ocurriría), le arrestarían en aquel mismísimo anfiteatro médico por homicidio. La frente le transpiraba mientras ajustaba el tubo a la botella.

Y entre los silenciosos y atentos asistentes, *monsieur* Alexander Roland sabía muy bien lo que se estaba tratando de hacer. Había conocido a muchos estudiantes de medicina en Nueva York y en Boston que se dejaban llevar por lo que ellos llamaban alegremente «gas hilarante». Inhalaban solo una cantidad suficiente de gas «¡para ponernos alegres!», le decían. «¡Es como beber champán!», le contaban. *Monsieur* Roland había conocido a un hombre joven que inhalaba

otro gas, óxido de nitrógeno, y que decía con gran euforia: «¡No paraba de reírme! ¡Sentía como si fuese el sonido de un harpa!». *Monsieur* Roland sabía hacía años que se estaban llevando a cabo experimentos.

—Tened cuidado con eso. —Era lo que siempre decía el viejo francés, y ellos le aseguraban que siempre tenían cuidado de inhalar la cantidad adecuada de gas para ponerse alegres o sentirse como el sonido de la música tal vez, pero nunca lo suficiente como para quedarse inconscientes, por miedo a no volver a despertar jamás.

El paciente respiraba a través del tubo que estaba unido a la botella, con el señor Morton junto a él. Las figuras pintadas de los sarcófagos egipcios permanecían imperturbables. Después de que pasaran algunos minutos escasos, observando la audiencia con mucha atención y muy en silencio, el paciente parecía haberse dormido. El señor Morton, sin apartar la mirada del paciente, hizo una señal de asentimiento al cirujano, que sostenía su bisturí por encima de la cubierta de caucho.

El cirujano se dirigió a la audiencia solo una vez y muy brevemente.

—Señores, como saben, esto es un experimento y no sabemos con certeza cuál será el resultado. Voy a extraer este gran tumor que, como ven, ha crecido bajo la mandíbula del paciente. No es una operación peligrosa pero sí extremadamente dolorosa.

Y, entonces, hundió el bisturí en la piel del cuello del hombre, pero con cuidado, sabiendo con exactitud dónde tenía que cortar y dónde no. Al instante brotó la sangre y todos los presentes en el anfiteatro esperaron oír un grito. Todos ellos habían oído, más de cien veces, los gritos, pues formaban parte de las operaciones hospitalarias.

No hubo gritos.

Habían suturado al paciente, limpiaron los últimos restos de sangre y el cirujano se lavó las manos en una palangana especial. El señor Abbot había balbuceado, hubo un momento en el que se agitó, pero no llegó a despertarse. En aquel momento no se movía y era difícil para la audiencia saber si aún respiraba. En el anfiteatro, el silencio era entonces como un grito: «¿Está muerto?». Ni una sola alma se movió o tosió. El sudor manaba de la frente del señor Morton, el dentista, que, al final, sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta para secarlo, aún sin apartar la mirada ni por un segundo del hombre que estaba sobre el sillón de operaciones. Sabía cuánto duraría la operación. Había medido la dosis con exactitud. Era el éter más puro que se podía conseguir. Volvió a guardar el pañuelo sin dejar de mirar en ningún momento al hombre durmiente.

—Señor Abbot —llamó sutilmente el señor Morton al paciente—. Señor Abbot.

Se movió un brazo.

Y entonces, por fin, el señor Abbot abrió los ojos. (Más adelante, el señor Morton contaría que, en aquel momento, casi expiró del alivio).

El cirujano se inclinó.

—¿Se encuentra bien, señor Abbot?

Asintió ligeramente.

—¿Siente dolor, señor Abbot?

Vieron cómo el paciente movía los labios y se los humedecía con la lengua, intentando hablar. Un ayudante le llevó un pequeño vaso de agua.

—No, señor. No me duele.

El doctor John C. Warren, que andaba cerca de los setenta años, de mirada penetrante y cejas pobladas, uno de los cirujanos más respetados de Boston, se volvió a inclinar hacia el paciente, miró con detenimiento la enorme herida y el rostro del señor Abbot.

—¿Ha sentido algo siquiera?

—Me parece... Creo... No estoy seguro del todo... No recuerdo apenas nada. ¿Tal vez una sensación de picor? Por toda la mandíbula.

—¿Nada más?

—Nada más.

El viejo cirujano se enderezó junto al paciente para dirigirse, al fin, a los demás cirujanos prestigiosos y a los estudiantes congregados tras ellos: todos aquellos que habían permanecido sentados y en silencio mientras que él llevaba a cabo su experimento. Saludó al señor Morton y, entonces, emitió su veredicto:

—Señores —dijo el doctor Warren—, es la primera vez hasta ahora que se ha utilizado éter como anestesia en un hospital. Hemos visto lo que hemos visto. ¡Está claro que no se trata de ninguna farsa!

Y el anfiteatro, por fin, estalló en voces y gritos de entusiasmo. La gente se movía, hablaba, gesticulaba, estrechaba la mano al dentista zarandeándola de arriba abajo por el deleite. Pero *monsieur* Alexander Roland seguía sentado, muy tranquilo, sumido en su propio silencio en medio de las voces triunfantes que resonaban por todo el anfiteatro.

Se tomaron disposiciones para llevar al paciente de regreso a las habitaciones. El cirujano se marchaba rodeado de los demás, pero vio al viejo mesmerista, absorto en sus pensamientos, con la barbilla apoyada en su bastón. El cirujano se detuvo.

—Ah, *monsieur* Roland.

El francés levantó la vista y saludó con un asentimiento, sin inmutarse.

—Doctor Warren.

—Naturalmente seguiremos recurriendo a sus servicios, no cabe duda. Aún es pronto. Tendremos que usar el nuevo telégrafo, como siempre.

—Claro, doctor Warren.

Pero ambos eran hombres sabios y ambos lo sabían. Aquel día —no en el viejo mundo, desde donde una vez llegó toda la ciencia y el conocimiento, sino allí, en Boston, en la joven América— la medicina había cambiado para siempre.

Absorto en sus pensamientos, *monsieur* Roland se quedó donde estaba mientras se marchaban los médicos, hasta que se quedó a solas con las dos imágenes egipcias pintadas en el anfiteatro vacío.

Sin embargo, el doctor Warren no se había marchado. Hizo una señal a sus colegas para que se fuesen, diciendo que se reuniría con ellos enseguida. Se sentó junto al anciano francés. Durante un momento ninguno de los dos habló y, entonces, el doctor Warren dijo de forma repentina:

—¿Y bien? ¿Qué cree que hemos visto hoy?

*Monsieur* Roland levantó la vista, saliendo de su reflexión. Cuando por fin respondió, habló lentamente, pero con convicción:

—Cuanto más he practicado el mesmerismo, *monsieur*, más aún me ha maravillado la infinita importancia y el misterio absoluto del cerebro humano. —El doctor Warren asintió, pero permaneció en silencio—. Esperaba que esta nueva práctica a la que llamamos «hipnotismo», que da importancia no solo a la fuerza de la energía que emana de quien lo practica, como el doctor Mesmer me enseñó, sino a la energía que emana también del paciente, fuese un modo más sólido y más efectivo para la... la filosofía, si le parece... la filosofía de comprender que podemos hacer que el cerebro se deshaga del dolor. Pero usted me pregunta qué hemos visto hoy. Hoy hemos visto que el cerebro puede clínicamente, con un gas, artificialmente, dejar de funcionar por completo durante un periodo de tiempo determinado. Por esa razón, el dolor no se siente.

—¿Cree que eso es algo bueno?



*Monsieur* Roland solo guardó silencio un instante.

—Sí —respondió—. Por el tremendo dolor que, profesionales como usted y yo sabemos mejor que nadie, los pacientes han tenido que soportar durante tanto tiempo, casi desde que el mundo existe, sí. Creo que es algo bueno. El doctor Mesmer tuvo tanto éxito solo porque existían muy pocas formas de tratar el dolor. Pero me temo que, aunque pueda seguir funcionando exactamente igual que lo han estado haciendo hasta antes de esta mañana, de ahora en adelante, el mesmerismo y el hipnotismo pasarán a ser... —se detuvo de nuevo durante un instante y sacudió lentamente la cabeza— ...puro entretenimiento.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Desde luego, el mismísimo doctor Mesmer era un espectáculo. Cuando trabajaba con él, por ejemplo, llevaba chaquetas de un brillante color morado en sus apariciones públicas. Cualquiera cosa con tal de atraer la atención hacia su trabajo. Pero hablaba muy en serio y con gran honestidad sobre la práctica real del mesmerismo y sobre sus posibilidades. Por supuesto, después de esta mañana, debo aceptar que el éter, administrado con cuidado, será un exitoso anestésico y, por tanto —y *monsieur* Roland se permitió sonreír un poco—, el uso más serio y útil del mesmerismo está, probablemente, acabado —una vez más, negó ligeramente con la cabeza—. ¡Me temo, doctor Warren, que el mesmerismo quedará relegado a partir de ahora a usos mucho más atrayentes y teatrales de los que usted nunca podría imaginarse ni en sueños! Hoy en día hay charlatanes y absurdos impostores que cobran grandes sumas de dinero por hacer estremecer a la gente con falsas demostraciones de lo que ellos llaman «mesmerismo», llenando de humo y sombras habitaciones en penumbra. ¡O ridículos farsantes que afirman tener la capacidad de hablar con los difuntos o quienes hacen dudosas demostraciones de lo que ellos llaman «mesmerismo» a señoras aburridas de la alta sociedad despertando emociones con las que me avergonzaría estar relacionado!

—¡Creo que esta es la primera vez que le veo enfadado, *monsieur* Roland!

—Discúlpeme. Esto es casi lo único en el mundo que puede hacer que me enfade. Dos de las personas que más aprecio en este mundo, para ganarse la vida, tienen que hacer demostraciones de mesmerismo, de lo que son unas magníficas y auténticas profesionales, en circos. Y constantemente, los propietarios de los circos y los gerentes de los auditorios están buscando aún más formas de que el mesmerismo destaque, de vulgarizarlo aún más con el fin de complacer al público, siempre hambriento y buscando nuevas emociones: ¡más luces, más sombras, más trapecios, más leones, más bandas de música! Si ese va a ser el futuro de aquello a lo que tanto respeto, perdonará mi indignación.

—¿Acaso está usted enfadado por lo que ha visto esta mañana? ¿Porque quizás acabe con el trabajo de su vida?

Pero *monsieur* Roland sonrió ligeramente.

—No, doctor Warren. He visto mucho sufrimiento durante toda mi vida y me alegro de que exista otro... remedio.

—Es evidente que puede haber riesgos.

—Obviamente el señor Morton ha trabajado arduamente para conseguir que este experimento saliese bien, para que llegue a ser más que eso a lo que los estudiantes llaman «gas hilarante» — al fin, los ojos del francés brillaron un poco—. Alabo al señor Morton, ¡y espero que gane una fortuna! Ha sido muy valiente por su parte y por parte del paciente. Y también por la suya, amigo mío. —Por fin se puso en pie—. Le felicito, doctor Warren.

El cirujano se puso en pie también y ambos se dieron la mano.

Una figura irrumpió en el anfiteatro. Era el señor Morton, el dentista: alto, joven, de

veintisiete años y casi superado por la emoción.

—Quería volver a darle las gracias por confiar en mí, doctor Warren. No muchas eminencias hubiesen arriesgado su reputación de esta manera, ¡estoy seguro! Ha funcionado, ¿verdad? ¡El éter sulfúrico ha funcionado! Sabía que lo haría. Cuántas veces lo habré experimentado conmigo mismo y con mi perro. ¡Incluso mandé a mi asistente a los muelles para ver si podía pagar a algún marinero para experimentarlo en él! El señor Frost fue el primer paciente con el que he tenido éxito, como usted sabe. Los dientes le estaban provocando un dolor tan terrible que no le importaba en qué experimento estaba participando. Pero usted me ha permitido mostrar en público lo que soy capaz de hacer, doctor Warren, ¡y tendré que patentar mi descubrimiento! ¡Éter como anestesia! El señor Frost se encuentra en una taberna cercana y me reuniré con él ahora que le he visto.

*Monsieur* Roland le tendió la mano.

—Su nombre pasará a la historia, *monsieur* Morton. Usted ha cambiado la práctica de la medicina para siempre, por lo que le doy mi más calurosa enhorabuena. Creo que también ha cambiado la historia del mesmerismo, así que permítame tener sentimientos encontrados.

No obstante, *monsieur* Roland sonreía al joven mientras que todos salían a aquella mañana otoñal, tan inmersos en lo que habían descubierto que ni siquiera se fijaron en las dos damas vestidas de azul que paseaban con dos caniches azules a juego, el último grito en Boston.

En el anfiteatro solo quedaron las momias egipcias reflexionando sobre lo que había tenido lugar aquel día.

Durante el largo viaje de vuelta a Nueva York, donde residía, *monsieur* Roland, envuelto en su capa negra, permaneció en silencio, sumido aún en sus pensamientos. A pesar de ser un hombre muy cortés hizo un heroico esfuerzo aquel día al evitar con firmeza las eternas conversaciones que surgían cuando otros pasajeros empezaban a hacerle preguntas muy personales en un tono amigable al percatarse de que era extranjero, como solían los americanos hacer de forma tan intensa y frecuente.

La articulada, ruidosa y veloz máquina, el ferrocarril, pasó junto a granjas y poblados y bosques, traqueteando y vibrando en todo momento. Un dorado y frío sol poniente se reflejaba en las brillantes hojas otoñales, la luz se colaba de forma intermitente por las ventanas del tren a la vez que los árboles parecían pasar a toda velocidad. En ocasiones, en cruces desiertos, un grupo reducido y misterioso de personas saludaba: un niño con su madre, un granjero. En uno de los cruces había un negro solo, serio. ¿De dónde había llegado aquella gente? Hasta donde alcanzaba la vista no había casas ni luces. Mientras aún caía el sol de la tarde, el tren se detuvo en varias ocasiones, como si no lo hubiesen alimentado lo suficiente para alcanzar su propia velocidad. Los pasajeros escucharon cómo se quejaba la locomotora, que emitía pitidos y humeaba; la estaban alimentando con madera; saltaban chispas; los ferroviarios se llamaron los unos a los otros a la luz del anochecer y encendieron sus grandes lámparas. Algunos pasajeros salieron para observar la locomotora, o aquel vasto lugar en medio de ninguna parte, estampando los pies sobre el terreno frío y duro, esperando para volver a subir, deseando estar en casa, espirando vapor también en la fría oscuridad.

Sin embargo, *monsieur* Roland no se movió. Sabía que lo que había visto aquel día lo cambiaba todo. No tardaría en propagarse la noticia en aquellos tiempos modernos que corrían. Siempre, siempre, desde el mismo principio, él había tenido que luchar por el respeto hacia su profesión. El mesmerismo siempre había tenido que lidiar con la controversia y la desaprobación porque la gente creía que el mesmerismo era científicamente inexplicable (lo veían, pero no lo creían: tenía que ser un truco). Y, por otra parte, el mesmerismo implicaba lo que para mucha

gente era una relación íntima entre dos personas que, de lo contrario, podrían no haberse conocido. Numerosas personas e instituciones pensaban que las relaciones de cualquier tipo entre dos personas, francamente, no se deberían permitir en público y, por supuesto, mucho menos una relación mesmérica. Sin duda, que desapareciese el mesmerismo provocaría mucho júbilo.

*Monsieur* Roland estaba en lo cierto. No hicieron falta muchas semanas para que la noticia sobre el experimento con éter llegase a Gran Bretaña y se llevara a cabo en Escocia un experimento idéntico con éter. Un periódico escocés publicó de inmediato:

*Ha tenido lugar un descubrimiento extraordinario. A diferencia de las artimañas y la fuerza del mesmerismo, está basado en principios científicos y se encuentra exclusivamente en manos de señores que no ocultan ni el material ni las formas. Nos han informado de que el descubrimiento ha sido patentado para evitar que ninguna persona mezquina, malintencionada e irresponsable abuse o se adueñe del mismo.*

Entonces, *monsieur* Roland lo comprendió: a pesar de que tal vez el éter, administrado por manos inexpertas, podría matar a un paciente, no causaría tanta controversia como la filosofía a la que él había dedicado toda su vida. Le dolía mucho que el destino final del que una vez fue el asombroso descubrimiento del doctor Franz Mesmer fuese, muy probablemente, el circo.

## Capítulo 4

—IRÉ directo al grano —dijo el señor Silas P. Swift.

No fue solo el descubrimiento del éter lo que influyó en el destino del mesmerismo. Aquella nueva América era un continuo hervidero de nuevos descubrimientos, nuevos inventos, nuevos éxitos. El sistema de telégrafo del señor Morse demostró que cualquier cosa era posible. La gente hablaba de ocultismo, de predecir el futuro, de lecturas psíquicas, de mesas parlantes y, ¿por qué no?, de conversar con los seres queridos ya fallecidos. Si se podían enviar mensajes a través de cables en la vida, ¿por qué no se podrían enviar mensajes mediante cables psíquicos en la muerte? El mesmerismo en sí ya no era suficiente, ya no era nada nuevo, no era lo suficientemente fascinante o lo suficientemente exótico, y el escandaloso pasado de Cordelia Preston se olvidó pronto, superado por otros sucesos más recientes. El público que asistía a la Gran Carpa empezó a disminuir.

Y lo que era peor: tanto en Nueva York como en Londres, la Iglesia, alarmada por muchas de las nuevas ideas, denunció no solo a los teatros (por comportamiento inmoral y decadente en lugares públicos), sino también a los circos (por tener señoritas y caballeros vestidos de forma indecente y dejándose caer cada uno en los brazos del otro en el aire). Aquellas desaprobaciones venían de lejos. En aquel momento también tronaron contra los supuestos milagros que el mesmerismo y el hipnotismo y el ocultismo y los sueños psíquicos pretendían hacer: la Iglesia afirmaba con rotundidad que los milagros solo emanaban de Dios. Las sensatas iglesias americanas no solo enviaban pastores a las puertas de los grandes teatros de las grandes ciudades, también les encargaba que se subiesen a cajas junto a las taquillas de los circos para mirar fijamente con ojos pequeños y brillantes a las personas que hacían cola, denunciando a los acróbatas desnudos, y al mesmerismo en particular, por ofender al Señor. Todas las mujeres artistas, incluidas Cordelia y su hija, empezaron a ser consideradas no solo inmorales y vulgares (pues siempre les habían considerado así), sino también peligrosas. Las señoritas Cordelia y Gwenlliam Preston recibieron un oprobio extra a causa de su historia y, en aquel nuevo ambiente moral, a sus nombres iban ligados más charlatanismos perniciosos que buenas obras.

Los periódicos tronaban: «siempre que las vidas de aquellos que pretenden entretenernos estén marcadas por un sentido de la moral humillante para la naturaleza humana, salvo contadas excepciones, nosotros les rechazaremos».

Cordelia y Gwenlliam simplemente se reían. Ganaban mucho dinero y estaban acostumbradas a los periódicos: después de todo, eran las historias de los periódicos lo que contribuía a llenar la Gran Carpa.

Pero la Gran Carpa ya no se llenaba tanto como se había llenado antes.

Un día, Silas P. Swift se dirigió al American Hotel, donde vivían suntuosamente, para ver a su estrella y a la hija de esta. Esperaba que ningún miembro de su disparatada familia estuviese presente: las señoras mayores y los agentes de policía no eran santo de su devoción. Por eso se sintió aliviado al ver solo a uno, aunque era un tipo difícil: el mesmerista, *monsieur* Alexander Roland, amigo y profesor. Trajeron el té.

—Iré directo al grano —dijo el señor Silas P. Swift, rechazando el té—. De repente, la

decencia y la Iglesia se ciernen como un condenado nubarrón sobre Nueva York. Están cerrando teatros y circos por toda la ciudad y he oído que también en toda América. Phineas Barnum<sup>2</sup> está asustado y adecentando y cambiando el American Museum<sup>3</sup> y cerrando todos los bares del edificio y presentando... Dios santo, no puedo creerlo, ¡nosotros hemos sido los empresarios con más éxito de toda América! Si Phineas Barnum está presentando melodramas de abstinencia en su American Museum, entonces, El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift tendrá que cambiar también. Ya he hecho planes. Vamos a tener que viajar a otros lugares y presentarnos de una forma totalmente diferente. Pensé que nunca vería el día en el que las aventuras en Londres y la implicación en un asesinato ya no fuesen adecuadas para los carteles de los circos americanos. Pero el día ha llegado. Tendremos que cambiar los carteles, viajaremos allá donde podamos conseguir trabajo y los salarios se reducirán a la mitad o más. He tenido que despedir a varios payasos y también a algunos acróbatas. A ti no, Gwen, para ti tengo planes. Y para ti, Cordelia...

Miró con acritud al anciano francés, pues era muy puntilloso, tal como había podido comprobar Silas P. Swift en el pasado. Sin embargo, Silas P. Swift siempre tenía nuevos planes, nuevas motivaciones.

—Ya he hecho algunas reservas y he conseguido a precio rebajado algunos números de otros circos que ya han cerrado. Y el elefante africano cada vez se estaba volviendo más peligroso e impredecible, intentó atacarme. Los malditos elefantes son difíciles de tratar, así que le pegué un tiro y se lo vendí a un taxidermista. He adquirido otro que acaba de llegar en una barcada con productos procedentes de la India. Los elefantes asiáticos son más pequeños, tienen orejas más pequeñas y colmillos más pequeños. Siento un poco todo esto, pero me han dicho que es más fácil amaestrarlos. He conservado al antiguo amaestrador y le he dicho que se ponga a trabajar con él. Y he adquirido un jefe piel roja con toda su parafernalia. Será un extra pintoresco, además dicen que hace milagros con los caballos. Y tengo un oso que baila. Uno blanco. Rebajado.

—Creía que solo los osos pardos podían bailar —dijo Cordelia. Era su primer comentario desde que él había comenzado a hablar.

—Bueno, pues este es blanco y baila. Y el domador de leones va a llevar ahora una toga y unas sandalias romanas.

Gwenlliam se echó a reír. El domador de leones solo tenía un brazo. Intentó imaginárselo vestido con una toga.

—¿Por qué, Silas?

—¡Pues porque así puedo decir que viene del Coliseo! —respondió Silas—. ¡Una reliquia del Imperio romano! Y tú, Gwen, estás a punto de convertirte en la acróbata y equilibrista principal. Estás haciendo un gran trabajo para ser una recién llegada. Necesitarás nuevos trucos y voy a conseguirte una coronita para decir que eres una princesa. Eso les atraerá, queremos crear un poco de controversia, odian la realeza pero te adorarán si consigo el traje adecuado. Bueno, Cordelia, tú eres buena, siempre has sido buena, pero el mesmerismo por sí solo ya no es suficiente. Tu número seguirá siendo el número estrella, por supuesto, pero vamos a tener que mejorarlo.

—Mejorarlo —repitió ella.

—Digámoslo de la siguiente manera: otros circos se están arruinando; bien, nosotros solo vamos a cambiar, eso es todo. Lo que vas a necesitar en tu número es más «espectacularidad». No puedes aparecer de entre las sombras tal cual y ya está, eso no emociona lo suficiente. He decidido que puedes aparecer y desaparecer misteriosamente en las barras acrobáticas y en el alambre.

—¡Silas! ¡Por el amor de Dios, no seas ridículo! ¡No soy acróbata! ¡Gwenlliam es la

acróbata, además de mesmerista!

—Pero yo no soy tú, mamá —murmuró Gwenlliam y Silas asintió.

—Confía en mí, Cordelia, ¡también voy a convertirte en acróbata! Casi todo puedo hacerlo con la iluminación, no te preocupes, solo tendrás que trepar y balancearte un poco. Y un poco de percusión, eso ayudará. —Cordelia lo miraba incrédula—. Y, para crear más expectación, he pensado en algo de música melodiosa, como *Hogar, dulce hogar* para cuando la persona entre en trance. Y en un nuevo nombre. «Mesmerista» ha perdido su encanto. Así que ahora que vas a aparecer desde la oscuridad balanceándote por los trapecios para hacer tu número, me parece que te llamaremos *El fantasma acróbata*, lo que te otorgará más poderes: saber cosas que solo los fantasmas saben, ver el pasado, predecir el futuro, ese tipo de cosas —como estaba muy satisfecho con el nuevo nombre, lo repitió con orgullo—. *El fantasma acróbata*. Qué bien suena. Y aparecerás de los cielos de forma misteriosa. Haremos que parezca magia.

*Monsieur* Roland, que siempre procuraba mantenerse muy al margen en las conversaciones con Silas P. Swift a pesar de que, tanto Cordelia como Gwenlliam, eran alumnas suyas, se puso en pie de repente, pero se enfrentó al empresario con sus maneras educadas y caballerosas.

—*Monsieur* Swift, *pardonnez-moi*, su preciado circo ya está repleto de acróbatas. Debo informarle de que Cordelia Preston es una mesmerista, como bien sabe usted, de renombre mundial con grandes aptitudes y usted debería sentirse tremendamente afortunado por tenerla en su circo. No obstante, el mesmerismo no es magia y no es cosa de poderes fantasmales. El mesmerismo es una cuestión de transferencia de energía desde un profesional a otra persona a través del poder del bien. Eso es todo. La magia no existe, señor Swift, y el mesmerismo no tiene nada de fantasmal: nadie finge predecir el futuro o ver el pasado o pertenecer al inframundo, por lo tanto, el nombre que usted propone usar es totalmente engañoso.

El señor Silas P. Swift incluso se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo del salón del American Hotel delante de todos.

—Escuche señor... eh... Roland. ¡Yo hago magia! Aquí, Cordelia es la estrella de mi circo, la traje hasta aquí desde Inglaterra cuando ella era un escándalo, como bien sabe usted, y con mi propio dinero, como bien sabe usted. ¡Le he pagado generosamente y la he tratado, como a todos ustedes, de maravilla! —y señaló aquel lujoso ambiente—. Y ella habla con mucho respeto de usted, señor, como profesor suyo y como un miembro más de su familia, etcétera, etcétera. Sin embargo los gustos cambian, los recuerdos se desvanecen, ella ya no atrae a tanta gente como antes, todo el mundo ha olvidado su historia. Desde entonces ha habido muchos asesinatos y el mesmerismo ya no es nada nuevo, ahora a todo el mundo le aburre el mesmerismo. ¿Qué es el mesmerismo cuando se pueden enviar telegramas eléctricos y aspirar éter? En todas partes hay gente que practica el mesmerismo a cambio de unos cuantos peniques —Silas P. Swift hizo una pausa—. Sé que Cordelia tiene... Hay algo en ella... Sí, lo hay, por eso consigue poner los pelos de punta y, después de haberla visto, la gente no la olvida del todo, eso no lo niego. Sin embargo, y esto es lo más importante de todo, señor Roland, mi circo ha empezado a perder dinero, mucho dinero. No tenemos más remedio que salir de gira, y no puedo pagar nada parecido a lo que he estado pagando hasta ahora. Podemos estar una semana aquí, otra allí, en algunas de las mayores colonias: Búfalo, Rochester, Siracusa... Ver si podemos adelantarnos a la decencia y al Señor. ¡Y si nos quedamos sin esos lugares... bueno... iremos más lejos, hacia zonas del centro, y pernoctaremos una noche! Tendremos una carpa más pequeña (¡se me rompe el corazón!). Pero así son las cosas, señor Roland. Y tenemos que hacer que Cordelia parezca algo más. Por eso, llamándola *El fantasma acróbata*, subiéndola a los trapecios y utilizando luces de forma que ella parezca más fantasmal, es como lo haremos y vamos a fingir que la magia existe porque «yo hago

magia», ¡ese es mi trabajo!

Cordelia tocó el brazo de *monsieur* Roland con extrema delicadeza. Él saludó cortésmente, dio media vuelta y se fue. Cuando volvió más tarde, indicó que no estaba enfadado y que comprendía las exigencias del negocio del espectáculo, pero que ya no quería seguir discutiendo.

Así que, mientras se hacían los preparativos para partir de Nueva York y Gwenlliam perfeccionaba más y más números acrobáticos más sofisticados, Cordelia también ensayaba estoicamente ejercicios acrobáticos básicos. «No soy tan vieja», se decía a sí misma una y otra vez, ensayando durante horas, deslizándose por el mástil, atándose las pequeñas almohadillas a las rodillas para protegerlas. Varios de los payasos también eran mayores; los que no habían sido despedidos, hasta el momento, aceptaron un gran recorte salarial, se pintaban desesperadamente grandes sonrisas rojas en sus viejos rostros noche tras noche para las últimas actuaciones en Nueva York, aterrorizados por perder el trabajo. Incluso bebían más de lo que solían beber y Cordelia percibía su temor. «No me extraña que beban». Ella pidió en el American Hotel varios vasos de oporto. «No me extraña que bebamos todos». Aprendió a engancharse a una cuerda y a medio trepar, medio arrastrarse hacia arriba. Se balanceaba en el trapecio, se columpiaba hacia atrás y hacia delante, pero no demasiado. Muchos de los nuevos efectos los conseguía Silas con su ingeniosa iluminación. Ella conseguía quedarse de pie al final de una barra horizontal mientras tuviese algo a lo que agarrarse. Por fin había logrado perfeccionar su número pero, en ocasiones, se encontraba tan cansada al final de la noche que pensaba que las piernas, sencillamente, se le caerían. Había prescindido de su corsé después de que le hiciese cortes en la piel (aunque los numerosos y vaporosos pañuelos escondían muchas cosas). Y en los nuevos carteles del circo ya era conocida, de forma más respetuosa, como «Cordelia Preston: *El fantasma acróbata*», sin hacer mención en absoluto al asesinato.

No obstante, el señor Silas P. Swift era un hombre de negocios inteligente; sin su estrella, el circo fracasaría casi con toda seguridad, sería como todos los demás. Así que, aunque los salarios eran más bajos y aunque a él mismo le hacía feliz la idea de poder viajar por la noche con su circo, decidió que tanto su estrella como la hija de esta siempre se quedarían a dormir en un cómodo hotel local durante algunas horas y que viajarían antes del amanecer del día siguiente en el caso de que los demás siguiesen adelante.

—Gracias —dijo Cordelia con pesar (eran las últimas noches que pasaban en el glamuroso American Hotel de Nueva York, con agua corriente y todos los accesorios), pero ella y Gwenlliam estaban agradecidas por poder seguir ganándose la vida y ayudando a su familia.

A *monsieur* Roland le dijo (y él sabía que era verdad):

—Sabes que nosotras siempre trataremos el mesmerismo con respeto.

La última noche antes de que el circo abandonase Nueva York, Cordelia y Gwenlliam se sentaron junto a las personas a las que ellas llamaban su «familia» en la agradable y gran sala de estar del American Hotel: el inspector de policía Rivers, marido de Cordelia, *monsieur* Alexander Roland, dos ancianas y la amiga más antigua y cercana de Cordelia, Rillie Spoons, quien les mantenía unidos y administraba el dinero. Todos bebían oporto. Cordelia y Rillie llenaban los vasos. Hablaban de su futuro alojamiento.

—Siento que tengamos que marcharnos de aquí —dijo Cordelia con pesar.

—Nosotros lo organizaremos todo, no te preocupes por eso —respondió Rillie Spoons—. Enviaremos mensajes para seguir de cerca al circo. ¡Quizás las cosas cambien de nuevo y volváis en un abrir y cerrar de ojos! ¡Todos sabemos como es Silas!

Mientras todos seguían allí sentados, juntos, les llegó un agradable mensaje: «¡Tenemos un bebé de elefante asiático!». Nadie sabía que la elefanta estaba preñada, ni siquiera el comprador

ni el vendedor. Silas P. Swift se había limitado a reír de asombro y dijo que siempre le acompañaba la suerte: su circo mejoraría aún más gracias a ello y al bebé elefante enseguida lo llamó Lucky<sup>4</sup>.

Por la noche, el inspector de policía, Arthur Rivers, abrazó con fuerza a su esposa durante la noche: no hablaron de si eran o no afortunados, tampoco hablaron de cuánto tiempo o de lo lejos que ella iba a estar de él; esas cosas las silenciaron, como tantas otras.



## Capítulo 5

—PADRE, he hecho muchas averiguaciones sobre el asunto que tenemos entre manos y, francamente, me da la impresión de que todavía necesito más información y, posiblemente, más dinero.

Los señores Doveribbon, padre e hijo, habían tenido una cena de despedida en el club del padre, en la calle Strand, y en aquel momento estaban de sobremesa sentados en unos sillones del salón, bebiendo oporto y fumando puros. Hablaban en voz baja entre las fuertes voces de las conversaciones de sobremesa de otros caballeros. Naturalmente, el señor Doveribbon no era miembro de uno de los clubes para caballeros más exclusivos de Londres. No obstante, aquel respetable establecimiento de abogados y doctores bien relacionados tenía su propia exclusividad y no se les habría ocurrido aceptar como miembro a hombres de negocios, por ejemplo, o a actores. Lamentablemente, la señora Doveribbon había fallecido, así que padre e hijo comían allí a menudo a pesar de que habían contratado a una cocinera y a una sirvienta en su casa de la calle Wigmore que se encargaban de gran parte, si no de todo, de los servicios prestados por la señora Doveribbon.

—Te he dado toda la información disponible, James: ramera, furcia, actriz, etcétera. Has leído los periódicos de la época. Ella no lo hizo, muy bien, pero obviamente era una furcia y, lo que es más, afirmaba ser mesmerista, con todas las artimañas que eso conlleva.

El señor Doveribbon padre se movió en su sillón de cuero para ponerse más cómodo y, como tenía unas posaderas más bien anchas, crujió el asiento a la vez que se escuchó un sonido aplastado.

—¡También te he dado más dinero de lo que un hombre próspero podría ganar en dos años y Boston está a poco más de dos semanas de aquí! ¡Y cuando encuentres a Cordelia Preston, ella nos guiará hacia la «joya» que nos hará inmensamente ricos!

Por un instante, ambos volvieron a pensar en las palabras mágicas: «diez mil libras».

—¿Estás seguro de que el duque mantendrá su parte del acuerdo?

El señor Doveribbon sonrió y se puso el dedo junto a la nariz.

—Por algo soy abogado. Yo mismo preparé los documentos. Le entregamos a la muchacha y la información que tengamos (exigió ambas) y él nos dará el dinero.

—¿Y si fracasamos?

—Es imposible que fracasemos. Mañana sales desde Liverpool, viajarás desde allí directo a Boston en primera clase, en un barco de vapor seguro y muy conocido. En Boston preguntas por los circos. En cada circo preguntas por Cordelia Preston y es muy probable que la gente del circo se conozca entre sí, hijo. Si no está en Boston, vas a Nueva York. No es un viaje muy largo. Después de todo, no es un trabajo descomunal. ¡Dentro de un mes aproximadamente volveremos a estar aquí sentados, tomándonos un oporto!

El señor Doveribbon hijo puede que fuese un insensato por su «inclinación» hacia las botas de moda, las fiestas elegantes y las dudosas transacciones financieras respaldadas por su respetable posición como sucesor de su padre, pero, como ya se ha mencionado, no era estúpido. Se había preparado para la misión, dejando incluso a una persona de confianza los detalles de los

acuerdos en curso del asunto de las tierras. Había visitado varios circos en las inmediaciones de Londres. Era un caballero elegante y atractivo y no había tenido ningún problema al dirigirse con educación a los circenses con los que se encontraba para sacarles información. Estaba convencido de que podría hablar de hombre a hombre también con los circenses de América: era un hombre que estaba muy seguro de sí mismo. Creía que ya había visto suficientes acróbatas, payasos y monos amaestrados como para saber lo que le esperaba. El extraño olor acre a excrementos de animales salvajes y exóticos todavía le acompañaba. Pero, a pesar de su confianza en sí mismo, todavía no estaba tranquilo.

—Padre, tenemos que hablar sobre la... eh...«eliminación».

Esa era la palabra que siempre utilizaban cuando hablaban de Cordelia Preston, incluso si estaban hablando en privado: hacía que sus actividades no pareciesen tan crueles, aunque, después de todo, ¿qué era para ellos una actriz furcia y ramera con el cabello blanco y negro?

El sillón de cuero volvió a crujir y a emitir un sonido aplastado.

—Por supuesto, tú no tratarás de hacer nada solo; es más, no tendrás nada que ver en absoluto. Es decir, que no se nos relacione, nosotros simplemente ponemos las cosas en marcha. Sin embargo, en América encontrarás a personas lo suficientemente encantadas de ayudarte. Es un lugar salvaje, sin límites, eso ya se sabe. Creo que fue Charles Dickens quien dijo que en América se puede comprar y vender cualquier cosa si el precio es justo. Allá donde vayas te hospedarás en un buen hotel e iniciarás tus investigaciones. Una vez que hayas encontrado el objetivo de tu búsqueda, y la joya, tus investigaciones deberán incluir a su vez la búsqueda de posibles eliminadores. Cada una de esas tres ciudades tiene puerto. Me han dicho que, donde atracan los barcos, se pueden encontrar todo tipo de individuos.

El señor Doveribbon padre tenía una visión un tanto confusa de América y de los puertos en general, pero su hijo no era tan imprudente.

—Padre, en mi opinión, quizás estás desestimando las dificultades. Si hasta un viaje en barco está lleno de peligros, en lo que a mí respecta, ni qué decir tiene buscar un eliminador adecuado en una ciudad extraña —el joven James Doveribbon bajó la voz, a pesar del ruidoso salón—. Creo que necesitaré un arma.

El señor Doveribbon padre miró a su hijo receloso de su vulgaridad.

—¡Tú no debes, te lo repito, no debes implicarte en la eliminación!

—Estaba pensando en mi propia protección, no en tareas de eliminación.

El señor Doveribbon padre, como ya se ha mencionado, nunca intervenía él mismo en detalles físicos turbios y, por lo tanto, se sentía claramente inquieto.

—James, tú, por encima de todo, eres un abogado respetable. Tu agradable forma de ser y, por supuesto, tu encanto será lo que te servirá, no las armas.

—También pertenezco a una nueva generación, padre. Me estás enviando a un país bárbaro y soy lo suficientemente sensato y tengo la experiencia necesaria como para saber que uno no se pasea por los muelles de cualquier forma pidiendo a la gente que se encargue de una eliminación. Debería ir armado de algún modo. He encontrado un cuchillo excelente, discreto, de buena calidad, con bastante prestigio y fácil de transportar.

—¡No debes herir a la muchacha!

—No estoy pensando en la muchacha. Ella no nos servirá de nada si no la traigo sana y salva a estas tierras, lo sé.

El señor Doveribbon padre reflexionó:

—¿Cuánto?

James Doveribbon pensó con rapidez. Todavía necesitaba dinero para algunos detalles del

negocio que tenía en Edgware Road.

—Es un cuchillo extraordinario. Veinte guineas.

El sillón de su padre crujió del sobresalto.

—¡Veinte guineas!

—Es una daga realmente espléndida y puedo esconderla con facilidad.

El señor Doveribbon padre no se creía que ninguna daga en todo el mundo pudiese costar veinte guineas. Sin embargo, James era su único hijo y heredero y estaba a punto de emprender un importante y valioso viaje. Inclino la cabeza a modo de consentimiento.

Su hijo sonrió.

—Y, James —el señor Doveribbon miró a su hijo—. Nunca, cómo podría decirlo exactamente, nunca subestimes tu atractivo para el sexo femenino. Podrás conseguir... cómo decirlo exactamente... incluso más allá de lo que esperamos gracias a una heredera de una gran parte de Gales... ¡De hecho pienso que quizás nuestros planes requieran champán!

E hizo una señal al camarero.

El señor Doveribbon hijo, como era de esperar, parecía modesto, allí, en el club de su padre, la última noche que pasaba en Londres; pero en el rostro se le dibujó una leve sonrisa petulante cuando el camarero les llevó el chispeante y festivo líquido de color dorado. Y el sillón de su padre crujió, y se asentó y suspiró.

## Capítulo 6

CÉLINE Rimbaud, La Gran Céline, como la habían llamado en los carteles del circo, tenía el cabello del color del fuego y fue una tragafuegos (extraño, pero real) que por desgracia se había quemado uno de sus ojos y parte del rostro una noche en Cincinnati. Se decía que un amante posesivo manipuló su equipo de tragafuegos, pero nunca se demostró legalmente. No obstante, no podía decirse, a pesar de aquel celoso *amour*, que no tuviese suerte en el amor, a menos que el tener muchos amantes sea señal de mala fortuna. A Céline la habían amado de París a Nueva York, pasando por Londres, y muchos de sus amantes fueron hombres ricos y generosos. Por ello, a pesar del accidente, La Gran Céline no estaba, como se decía en América, falta de dólares.

Tras el accidente, naturalmente siguió siendo La Gran Céline y llevaba un gran parche negro con una pequeña perla engarzada, cual acaudalado pirata, que le cubría la mayor parte del daño y que, además, le daba un aire exótico y desenfadado. Ya no podía arriesgarse a tragar fuego porque no podía confiar en su vista lo suficiente para la precisión que se requería, pero La Gran Céline era una mujer de gran energía e iniciativa: antes de que pasaran muchos meses, se convirtió en la propietaria de uno de los numerosos restaurantes que habían proliferado por Broadway y por las calles colindantes. Su restaurante adquirió precisamente la combinación correcta de sociabilidad, buena comida y relajación. No es que muchos neoyorquinos se relajasen mientras comían, estaban deseando levantarse y volver al trabajo, y, a menudo, comían con prisas, en completo silencio, incluso acompañados por amigos; solo se escuchaba el repiqueteo de cuchillos y tenedores y el ruido que se produce al masticar la comida. Sin embargo, Céline conseguía que su establecimiento fuera tan atractivo para los comensales como fuese posible. Pagaba bien a sus cocineras, ella misma supervisaba la compra de productos, siempre estaba allí, en Casa de refrigerios Céline (tal como ella, con orgullo, lo había llamado), sonriendo, dando la bienvenida, firmemente a cargo del dinero que pronto comenzó a fluir. El menú siempre estaba en la ventana:

SALMÓN AHUMADO

SOLOMILLO

OSTRAS EN ESCABECHE, ASADAS, FRITAS o CRUDAS

PASTEL DE MANZANA

PASTEL DE CREMA

Y se aseguraba (comparando otras casas de refrigerios) de que sus precios fuesen siempre competitivos.

La excitante, bulliciosa, próspera, descontrolada, apasionante ciudad en expansión del nuevo mundo, Nueva York, tenía que dar alojamiento y alimentar a más y más gente cada mes. Existían numerosos lugares para comer y muchos hoteles, desde el American Hotel y el Astor House (para los visitantes más acaudalados) al Tremont Temperance Hotel<sup>5</sup> (que no requería explicaciones) y el Florence's (que solo daba hospedaje a visitantes de Nueva Orleans y del sur). En 1845 se publicó un censo de la ciudad: en Manhattan habitaban 371.223 almas, de las cuales 128.492 eran extranjeras. En algún lugar tenían que vivir, así que cada vez aparecían más hoteles y, en

particular, «casas de huéspedes». En aquel momento, en 1849, se estimaba que al menos 170.000 inmigrantes esperanzados habían llegado a Nueva York en busca de una nueva vida y riquezas: cada semana desembarcaban más.

Las casas de huéspedes, casas grandes reformadas que ya existían o, en ocasiones, establecimientos construidos expresamente para ello, eran lugares donde vivía mucha, mucha gente que llegaba a diario. Algunas casas de huéspedes solo ofrecían habitaciones, otras ofrecían además una sala de estar común. Con suerte había una chimenea para los inviernos tan fríos de Nueva York. Algunos americanos y numerosos periódicos y comentaristas que habían estado de visita criticaban mucho aquel fenómeno de las «casas de huéspedes»; lo describían como «una amenaza hacia el hogar y el modo de vida americano». La Iglesia en América tronó aún más contra la «indisposición de las mujeres jóvenes para asumir las responsabilidades y los problemas de encargarse de los asuntos domésticos». Pero seguían llegando más inmigrantes a diario y las casas de huéspedes seguían proliferando. Algunas ofrecían *suites*, cocina e incluso baño. Sin embargo, muchas solo ofrecían una habitación con percha. Cuantos más inmigrantes desembarcaban, más se atestaban los alojamientos. Por aquel entonces, algunas casas de huéspedes ya se habían convertido en fétidas pocilgas; para cuando los desafortunados inmigrantes se habían instalado en lugares salvajes e insalubres como Five Points o en, la que fue en su día, la elegante Cherry Street, «casa de huéspedes» era una expresión, con mucho, demasiado refinada.

Pero, desde luego, La Gran Céline no se encontraba por Cherry Street o Five Points. Su establecimiento se situaba en Maiden Lane, cerca de la esquina con Broadway. Y, pronto, La Gran Céline se dio cuenta de qué era lo siguiente que debería hacer: adquirió en alquiler toda la casa que había sobre su restaurante, contrató a un viejo amigo, Jeremiah, que había sido forzado en el circo, como gerente y camarero; y, por último, en todos los periódicos respetables apareció el siguiente anuncio:

**CASA DE REFRIGERIOS CÉLINE,  
MAIDEN LANE,  
esquina con BROADWAY**

*A la nueva propietaria le complace anunciar que el antedicho establecimiento, ampliamente mejorado, dispone ahora de un comedor de ALTA CALIDAD Y COMODIDAD que en la ciudad no tiene igual. Tanto la comida como la decoración llamarán la atención de los más exigentes y algunas noches se ofrecerán espectáculos musicales durante los ágapes.*

*Si así lo prefieren, las comensales podrán disfrutar de una mesa especial separada con biombos.*

*N.B.<sup>6</sup>: Persuadida por numerosos amigos y visitantes, ahora la propietaria también ofrece en alquiler habitaciones de buen gusto a un precio excelente. ¿Por qué pagar más? Venga a visitarnos.*

**BIENVENIDAS MUJERES PROFESIONALES.  
LA PROPIETARIA, MUJER PROFESIONAL.  
CASA CÉLINE,  
MAIDEN LANE**

La Gran Céline abrió la enorme puerta una agradable mañana de abril al escuchar que alguien llamaba y, cuando se dio cuenta de que quien la visitaba era un hombre francés, le inundó la alegría (pues sus reacciones eran siempre intensas). No importaba que Céline hubiese

abandonado Francia con su madre, que también tenía el cabello del color del fuego, cuando tenía ocho años; no importaba que ni siquiera recordase a su padre, que era francés; no importaba que solo fuese capaz de chapurrear algunas frases en francés. Ella era una orgullosa y leal ciudadana americana, pero era de ascendencia francesa y se sentía orgullosa de ello: ¿acaso los franceses no habían acudido en ayuda de la revolución americana? (Además, los hombres franceses eran su debilidad: el amor más apasionado e inolvidable de su vida había sido un acróbata francés alto, cortés, inteligente y con un gran bigote negro. Se llamaba Pierre *l'Oiseau*: Pierre *el Pájaro*; y ella aún pensaba en él).

—*Bonjour, monsieur* Roland! —exclamó cuando él le dijo cómo se llamaba—. Por supuesto que es usted bienvenido. Soy Céline Rimbaud, también francesa de nacimiento.

El anciano caballero francés entró en el amplio comedor repleto de cuadros: alegres pinturas de vivas flores, una gran imagen de las cataratas del Niágara y, para su sorpresa, varios carteles de alegres colores. Había preparada una gran chimenea, que aquel día tan placentero no estaba encendida; colocados cerca, unos sillones y dos grandes sofás que invitaban a los clientes a sentarse. El tictac de un simpático reloj sonaba desde la repisa de la chimenea. Dos sirvientas colocaban una gruesa cubertería y grandes servilletas blancas en varias mesas amplias para compartir y, en el rincón, una imagen sorprendente: un armonio con pedales, más propio de una capilla quizás que del salón de un restaurante. Unas escaleras conducían al resto de la enorme vivienda desde la recepción.

—*Bonjour, madame* Céline —dijo, advirtiéndole su interesantísimo aspecto y la intensa mirada que le estaba dedicando—. Desde luego es una estancia agradable. ¿Es usted la propietaria de este establecimiento, a quien puedo pedir información?

—En efecto, yo soy la única propietaria. Esta fue la casa de un antiguo hombre de negocios yanqui —explicó con orgullo— y, por supuesto, tiene cañerías, pues ya sabrá usted que Nueva York tiene agua corriente desde que abrieron el embalse. Si está usted visitando Nueva York por primera vez, debe ir a visitar nuestro embalse, ¡que para nosotros es la octava maravilla del mundo!

—Llevo viviendo aquí bastante tiempo, *madame*. Y, efectivamente, caminamos por la calle 42 para ver con gran interés el famoso embalse Croton justo después de llegar. Siempre estaremos muy agradecidos por el sistema de cañerías.

—Yo misma —contó Céline— he comido en restaurantes y casas de huéspedes que harían llorar al hombre más fuerte, e intento hacerlo mejor. —Y en aquel momento nada le habría complacido más que, como compatriotas que eran, ocupar los sillones y beber café con unas gotas de *brandy* mientras hablaban más sobre sí mismos antes de empezar a hablar de negocios.

Ella se disculpó por no dirigirse a él en su lengua materna. Hablaron sobre París suspirando, a pesar de que ninguno había estado allí desde hacía muchos años, y *madame* Céline se sintió incluso más encantada al descubrir que *monsieur* Roland había nacido cerca del hermoso Institut de France, no muy lejos de la *rue de Conde*, donde había vivido Céline cuando era niña.

—¡Ah, *monsieur* Roland! —suspiró—. No creo que vuelva a ver a mi querido río Sena. ¡Debo conformarme con el río Este y el Hudson! —y entonces se rio a carcajadas, con una risa contagiosa—. No digo más que tonterías, ¡hace unos treinta y cinco años que no veo Francia! —de modo que él también sonrió.

Y continuaron hablando de Nueva York con asombro: su crecimiento, su riqueza, lo variados que eran sus habitantes, sus dos atestados, apasionantes y bulliciosos ríos.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted, *monsieur* Roland? —preguntó *madame* Céline pasando por fin a los negocios, mirándole con su único ojo brillante con gran interés.

—Estoy buscando un conjunto de habitaciones para alquilar, *madame*, a largo plazo, para siete personas.

—¡Siete personas!

—Siete. Cinco de esas personas son mujeres y estaban más que interesadas por su anuncio.

Justo entonces aparecieron dos mujeres bajando la escalera y charlando. Cruzaron por el lado de las mesas hasta la gran puerta principal, el roce de sus faldas produjo un sonido agradable, mientras saludaban inclinando la cabeza a *madame* Céline y a su visitante muy alegremente antes de salir a la luminosa mañana. Una de las dos mujeres llevaba un violín en una funda.

—¡Cinco mujeres! —exclamó Céline—. Su esposa, por supuesto, ¿y sus hijas quizás?

—Lamento decirle que no tengo ni esposa ni hijas —respondió el solemne anciano francés y el corazón de *madame* Céline puso atención con algo más de interés.

El corazón de *madame* Céline siempre iba directo al grano y él era francés. Los hombres más jóvenes, con toda su pasión y sus problemas, ya no le interesaban más que como fascinantes ejemplares de la raza humana. También conocía a un hombre al que no le interesaban las mujeres a ninguna distancia y *monsieur* Roland no era ninguno de ellos. Puede que *madame* Céline no se diera cuenta, pero dio un diminuto suspiro. Establecerse, por fin, con un apuesto, solemne (aunque anciano) consorte francés allí en América sería su sueño, le daría clase a la Casa de refrigerios Céline y le daría clase a ella misma.

—Mis... compañeras, *madame* —continuó *monsieur* Roland—, son todas de Inglaterra.

—Ah —estaba claro que lamentaba oír aquello.

—Si nos quedamos tan encantados con su anuncio fue porque dos de ellas también son mujeres de carrera.

—Vaya, me alegra oír eso. Por favor, dígame, ¿cuál es su profesión?

Él echó un vistazo a los carteles.

—Son madre e hija y trabajan en un circo.

Céline abrió la boca, sorprendida. ¿Acaso aquel extraño grupo de siete era una *troupe* circense?

—Vaya, *monsieur* Roland, ¡qué casualidad! ¡Esto debe ser el destino! ¿Qué circo? ¡Porque yo misma vengo del circo! ¡Hubo una vez en la que el circo fue mi vida! —y el enojado parche negro resplandeció de deleite, y ella señaló a los carteles—. La verdad es que estos tiempos no son tan propicios para los circos como lo fueron antes. ¡Mire! Mire este anuncio. Están intentando promocionar un nuevo circo aquí, en Nueva York. Lo estaba leyendo y a punto de escupirle cuando escuché el llamador.

Le pasó el periódico y señaló con su dedo lleno de anillos el final de un largo anuncio.

***El propio gerente promete que el circo tendrá un estricto carácter moral y estará libre de las numerosas objeciones que frecuentemente se les hace a espectáculos de este tipo.***

***No hay mujeres que pertenezcan a esta compañía para así garantizar un absoluto decoro en la representación y entre los artistas. Tampoco se realizarán números de variedades con negros.***

—¿Es así como se anuncia un circo, *monsieur*?

—Por supuesto que no, *madame* Céline.

—¡Y mire aquí! —y volvió a señalar—. «¡Este circo no satisface gustos depravados!». ¡Dios santo! ¡El circo es una profesión honorable, como estoy segura de que usted sabe, que se remonta a los romanos y al antiguo Egipto y más allá! ¡Y nos reímos todos de lo que Phineas Barnum ha hecho con su American Museum en Broadway! —eufórica señalaba con el dedo en dirección a la

zona alta de la ciudad—. Creía que estaba soñando cuando lo oí por primera vez: «ha retirado las bebidas alcohólicas de los establecimientos del museo». ¡Todo el mundo sabe que solía haber una docena de bares, (por no hablar de las mujeres disponibles) y, a causa de esa nueva «decencia», que por desgracia se ha instalado en esta ciudad, imitando, en mi opinión, a los derrotados ingleses, ahora presenta melodramas todas las noches junto con su domador de leones, su sirena y sus enanos! ¿Había oído alguna vez algo parecido? Los representa en lo que ahora llama su «sala de conferencias» para que la gente decente pueda decirse a sí misma que está asistiendo a una conferencia, cuando lo que de verdad hacen es ir al teatro, claro, cosa que ahora han decidido rechazar. ¡Y no son más que melodramas de abstinencia!

—¡En efecto, *madame* Céline! Recuerdo que hace unos meses me hablaron de esos melodramas —una vez más sonrió ante su exuberancia.

—¡Olvide mi apasionamiento! —y ella se echó a reír de nuevo con su fuerte y simpática risa.

—Precisamente yo comprendo muy bien su *fureur*<sup>2</sup>, *madame*. Creo que mis amigas son de su misma opinión. Siempre es interesante ver cómo el «decoro» se inserta incluso en sociedades modernas y democráticas.

Y *madame* Céline asintió. Ambos estaban completamente de acuerdo, ella y aquel hombre francés.

—¿De qué circo se trata, *monsieur*? —preguntó ella de nuevo.

Ella se preguntaba si algunos de ellos eran acróbatas o enanos, y ¿a qué se habría dedicado él en su día, aquel maravilloso caballero anciano? ¿Fue adivino quizás?

—¿Tal vez haya oído hablar de *monsieur* Silas P. Swift? —preguntó él.

—Ah, Silas —ella asintió—. Está loco, pero es hombre de espectáculo. En otra época tuvo mucho éxito aquí, en Nueva York, con numerosos números exóticos, ¡incluso intentó contratarme en mis días de gloria! Su circo al menos todavía sigue adelante, no ha tenido que cerrar. Pero tengo entendido que ha tenido que irse de gira por el país haciendo representaciones únicas para hacer dinero en estos tiempos.

—Me temo que eso es cierto. Tienen algo de éxito en otras ciudades durante un tiempo pero ahora viajan de noche, por lo que tenemos entendido. No obstante, el señor Silas P. Swift ahora tiene otro plan en marcha (me he dado cuenta de que él es un hombre de muchos planes). La semana pasada volvió a Nueva York y ahora nos ha informado de que también ha hecho volver al circo. Por supuesto estamos contentos porque hemos echado de menos a nuestras amigas. Suponemos que quizás se haya quedado libre un recinto para el circo sin avisar.

—¡Dios mío! ¿Va a seguir el ejemplo de libro de Phineas Barnum y va a llamar a su circo «reunión de abstinencia»?

*Monsieur* Roland sonrió.

—¿Quién sabe? Todos estamos acostumbrados al señor Silas P. Swift y a sus cambios de planes, tanto yo como mis compañeros. De hecho nosotros disfrutamos de la prosperidad cuando el circo prosperó en Nueva York, como ocurrió durante muchos meses. Desde que el señor Silas P. Swift comenzó a ir de gira, probamos en diferentes hoteles más pequeños, pero me temo que todavía estamos viviendo por encima de nuestras posibilidades. Así que sean cuales sean los nuevos planes del señor Silas P. Swift, creemos que tener nuestras propias habitaciones en una casa de huéspedes sería una idea más sensata.

Céline no era capaz de esconder su alegría.

—¿Ha sido usted artista circense, *monsieur* Roland? ¿Y los demás también? Dijo que eran siete, ¿verdad?

El conocía el estilo americano. Hacían muchas preguntas, por supuesto para saber si tenías



dinero para pagar pero, siempre, se interesaban de un modo diferente al de los ingleses más comedidos a los que estaba acostumbrado desde hacía tanto tiempo. Aquello al principio le sobresaltaba: «¿cuántos años tiene?, ¿cuánto dinero gana?»; pero ya se había acostumbrado. *Madame Céline* puede que fuese de origen francés pero, sin duda, era una americana.

—Yo soy lo que se conoce como mesmerista, *madame*.

Ella se llevó las manos al corazón de la emoción. Los anillos destellaron a la luz brillante de aquella exquisita mañana primaveral.

—¿Usted hace que la gente entre en trance? ¿Usted...? Vaya, ¿cuál es la palabra moderna que he oído? ¿«Hipnotiza» a la gente? ¿En el circo?

—Con los años, mi trabajo se ha desarrollado principalmente en hospitales. Estaba capacitado para ayudar a los cirujanos en las operaciones. Puedo mesmerizar a muchos pacientes para que no sientan dolor por los cortes.

—Ah, *monsieur* Roland —*madame* Céline, que había pasado mucho dolor, suspiró y asintió—. ¡Ojalá le hubiese conocido antes!

*Monsieur* Roland sonrió irónicamente.

—Me temo que el descubrimiento primero del éter y ahora de otros gases como anestésicos han hecho que trabaje muy rara vez en hospitales hoy en día, así que ahora tengo mi propia consulta mesmérica en Nassau Street. Todavía puedo ayudar a la gente a afrontar dolores de varias clases.

Por un instante, *madame* Céline sencillamente miró a aquel hombre. Vio su pelo blanco, sus ojos sabios y amables y su espalda recta, mientras él estaba sentado frente a ella. «¿Acaso no es francés? ¡Qué apropiado sería para mí!». Fue en ese mismo instante en el que *madame* Céline Rimbaud, que se enamoraba muy a menudo, se enamoró (a su manera) de *monsieur* Alexander Roland.

—¿Y... sus otros amigos, *monsieur* Roland? —Su corazón latía con fuerza. «¿Tendrá una amante? ¡Es francés! ¡Seguro que tiene una amante!».

—Somos un grupo de personas que, por azar, lleva muchos años unido. Además de las dos artistas circenses hay dos ancianas damas —los ojos de ella brillaron de alivio— y la hija de una de esas señoras mayores, *miss* Amaryllis Spoons —ella oyó como la voz de él se suavizaba, lo que para ella fue casi doloroso—, que administra nuestro hogar de la forma más admirable.

—Ya veo.

—Nuestra peculiar familia —la palabra «familia» truncó sus esperanzas— también incluye a un agente de policía de Londres, el inspector Arthur Rivers.

La mirada de ella se endureció, o al menos el único ojo que él podía ver, de repente pareció lanzar una mirada más severa. «Definitivamente no se trata de una *troupe* circense».

—Casa Céline no es establecimiento para un agente de policía, *monsieur* Roland. Puede que otras personas de la casa de huéspedes se sientan incómodas. Los miembros de la policía no son los ciudadanos más populares de Nueva York. *Monsieur*, usted es extranjero, quizás no lo comprenda, ¿sabe que nunca llevan uniforme, ni siquiera gorra de policía? Solo llevan una pequeña estrella de cobre como identificación. ¡Solo una estrella porque ellos mismos saben que no son populares!

*Monsieur* Roland se puso en pie con pesar.

—Entonces lamento haber malgastado su valioso tiempo, *madame*, pero ha sido un gran placer conocerla. Aunque a menudo, a causa de su trabajo, él tiene que estar en el departamento de policía cerca del ayuntamiento, este agente de policía forma parte de nuestra familia.

Aquella palabra otra vez. Ella casi le dejó marchar, a pesar de su enamorado corazón. Sentía

una profunda aversión por la Policía de Nueva York. Pero entonces vio de nuevo (sin poder apenas articular la palabra para sí misma) su belleza. ¿Quién habría imaginado que La Gran Céline, con todo lo que había vivido, se enamoraría un día de un apuesto anciano?

—*Monsieur* Roland —y ella también se puso en pie.

—*Madame* Céline.

—Recuerdo que en Londres había buenos policías vestidos con uniformes, velando por la paz.

—El inspector Rivers es uno de los mejores hombres que he tenido la suerte de conocer.

—¡Tal vez él pueda ayudar a velar por la paz en esta ciudad! Ha habido varias revueltas incontrolables.

—Creo que le pidieron su opinión sobre ese tipo de cosas, entre otros asuntos.

—Ya veo —se lo estaba pensando—. Son siete, ha dicho. —Tenía los brazos cruzados y daba golpecitos con los dedos—. Entonces sería así, deje que le entienda: dos caballeros, que son usted y el agente de policía; dos damas ancianas y la hija de una de ellas y las dos artistas circenses, una madre y su hija —él asintió con la cabeza, sin aclarar más allá las relaciones ni explicar cómo un disparatado grupo como aquel podía haber llegado a unirse, aunque La Gran Céline de inmediato decidió investigar más adelante aquellos asuntos. Por el momento, solo dijo:

—¿Podrán sus ancianas subir hasta arriba del todo?

—¿De esta elegante casa?

—Sí. Siento decir que son cinco tramos de escaleras.

—Creo que podrán. Sus facultades físicas todavía funcionan bien —no mencionó sus facultades mentales.

—Usted podrá, naturalmente. —Entonces ella sonrió, le estaba tomando el pelo, zarandeando su melena, de algún modo todavía del color del fuego.

La perla de su parche resplandeció al toparse con la brillante luz primaveral del sol que se colaba por las ventanas.

—Creo que podré ocuparme de las escaleras —él le sonrió con dulzura.

—Era una pregunta tonta. Es evidente que podrá. La parte más alta de la casa es un amplio ático en el que hay cuatro pequeños dormitorios y una sala de estar y está a punto de quedarse libre. Incluso tiene cocina, aunque le aseguro que la comida de mi comedor es incomparable tanto en calidad como en valor y muchos de mis huéspedes comen con regularidad en condiciones especiales. ¡Y tiene su propio retrete! —y abrió ampliamente sus brazos como si le estuviese ofreciendo el paraíso—. ¡Estaba escrito que la última planta se vaya a quedar libre porque en tres o cuatro días toda la familia que ha estado viviendo ahí (incluidos dos niños pequeños) se pone en camino por tierra hacia California! ¡Con dos niños pequeños! ¡El mundo se ha vuelto loco por la fiebre del oro, *monsieur*! Por supuesto tendremos que acordar las condiciones.

—Naturalmente, debemos hablar sobre las condiciones y las escaleras, pero le aseguro que somos un grupo intrépido. Traeré a *miss* Amaryllis Spoons para que examine las habitaciones con usted.

*Madame* Céline estaba totalmente segura de que no le gustaría *miss* Amaryllis Spoons. Por otro lado, no quería dejar escapar a su compatriota.

—Muy bien, *monsieur* Roland. Deje que veamos si podemos llegar a algún acuerdo —ella caminó con él hasta la gran puerta principal—. Si me permite decirlo, son un grupo extraño esa familia suya. Pero, por supuesto, hay muchos grupos extraños en Nueva York.

*Monsieur* Roland no dijo nada más, pero le sonrió con gravedad una vez más y, de repente,

la Gran Céline quiso tomar su mano y besársela, pero se contuvo de hacer algo así.

La Gran Céline y *miss* Amaryllis Spoons hicieron buenas migas, como dos llamas en una misma vela, se podría decir (especialmente en Nueva York, donde, de hecho, ocurrían muchos incendios, en lo alto del ayuntamiento sonaba la campana de incendios, donde siempre había un vigilante, la tocaba todo el tiempo por la noche y el día y los bomberos voluntarios sacaban sus carros de bomberos, compitiendo y luchando contra ellos mismos para sacar primero sus bombas de agua).

—Llámeme Rillie —dijo *miss* Spoons enseguida—. Todo el mundo me llama Rillie.

—Llámame Céline —dijo La Gran Céline.

Era imposible que Rillie no cayera bien: baja, redonda, agradable, animada y tan cariñosa con su pobre madre anciana que (para Céline estuvo claro casi de inmediato) tenía la cabeza totalmente perdida. La otra señora mayor se llamaba Regina («algo poco apropiado para esta América democrática», pensó Céline). Regina era bastante enérgica y de aspecto extraño, pero era evidente que no estaba loca, en el sentido habitual de la palabra. Rillie, *monsieur* Roland y aquellas dos señoras mayores se mudaron al ático de la casa de huéspedes, en Maiden Lane, tan pronto como la familia que marchaba con destino a California se fue. A los nuevos huéspedes les ayudaron a subir sus pertenencias por las escaleras, incluido un canario de un vivo color amarillo cantando en una jaula, Jeremiah, el gerente camarero, y el inspector Arthur Rivers, el policía inglés, que era tan amable como *monsieur* Roland lo había descrito y, de hecho, (Céline se fijó) un hombre de aspecto muy elegante, y ya que por alguna razón ni siquiera llevaba la placa de la policía en forma de estrella la mayor parte del tiempo, los demás residentes no tenían que sentirse alarmados. Cortésmente, él le explicó a *madame* Céline que a menudo trabajaba de noche y que llegaría y se iría a horas extrañas. *Madame* Céline decidió de inmediato que él no era como un policía cualquiera de Nueva York, sino más bien digno de confianza. Así que, a pesar de que era inglés, le dio una copia de la larga llave de la puerta principal. Las otras dos damas estarían de vuelta en Nueva York la semana siguiente con el circo, siguiendo las instrucciones del señor Silas P. Swift, y entonces, en Maiden Lane, su nuevo hogar las estaría esperando. Cuando Céline subió un plato de pasteles de maíz de bienvenida al ático, observó que *monsieur* Roland ocupó la pequeña habitación de la esquina que en realidad parecía más una pequeña despensa o una celda: una cama estrecha, un perchero y una ventana en el techo. Él dijo que era maravillosamente apropiada para él. A Céline casi se le salió el corazón del pecho: «Quizás no tenga amante». Todavía estaban desempacando, de momento no había más pistas que Céline pudiese considerar.

En cuanto a Rillie Spoons (a quien le deleitaban la mayoría de las cosas de América), La Gran Céline la cautivó: sus pasiones, sus francesas pretensiones, sus anillos, su resplandeciente parche del ojo, su fuerte risa y su amabilidad. Rillie se dio cuenta de inmediato del efecto que *monsieur* Roland había causado en su casera y, aunque ella no tenía mucha confianza (por lo que Rillie sabía, *monsieur* Roland solo había tenido un gran amor en toda su vida), podía asegurar a Céline con sinceridad que a pesar de que conocía a *monsieur* Roland desde hacía muchos años, ella creía que nunca había estado casado.

Céline cantó antiguas canciones francesas que había olvidado que sabía mientras supervisaba el trabajo de las sirvientas negras:

Frère Jacques

*Dormez-vous?*<sup>8</sup>

Cantaba mientras abría ostras con los cocineros para hacer pasteles de ostras.

## Capítulo 7

Casa Céline, Maiden Lane

Querido hermano Alfie:

Bueno, Alfie, supongo que esto te sorprenderá. ¡Soy yo! ¡¡Regina Tyrone, tu hermana, la que trabajaba en la casa de acogida de Cleveland Street!! ¡Supongo que te acabarás de desmayar!

Como en todo este tiempo no he sido capaz de encontrarte aquí, en Nueva York, y como ahora tengo un domicilio real y apropiado en esta ciudad y no vivo en un hotel, he decidido escribir hoy por fin a la gran Oficina de Correos de Nueva York con la esperanza de que tal vez recojas allí el correo y que de verdad te acuerdes de los tuyos y vengas y me encuentres donde vivo ahora, en Casa Céline, en Maiden Lane. He estado en el puerto y en los muelles muchas, muchas veces desde que llegué a Nueva York, pero nunca he conseguido tener noticias tuyas, Alfie, mi niño. ¡Tal vez ya no seas marinero sino, quizás, un rico granjero a cientos de millas de aquí! Tú siempre decías que ibas ser rico.

Alfie, te habrá sorprendido descubrir que estoy en América, como tú, ya que la última vez que me viste estaba viviendo mis días de gloria en aquellos años en Londres, cuando les escribía canciones populares y poemas sobre asesinatos en Drudy Lane, en Seven Dials<sup>9</sup> y demás. Me gané muy bien la vida allí, recuerdo que te sorprendiste al verme, ¡una muchacha ganando un buen sueldo! Ya ves, tanto leer salmos, cantar himnos y estudiar la Biblia en lo que nuestro padre insistió me sirvió después de todo, Alfie, ¡ja! Nunca le conté a nadie que nuestro padre era el vigilante de la casa de acogida ni que vivíamos allí, ni cómo nos trataba.

Seguro que no te imaginarás que yo esté en Nueva York. Las damas con las que estaba, que son de buen corazón digan lo que digan los periódicos cuando tuvimos nuestro problema, recibieron una oferta. Alfie, estoy pensando en que cuando yo solía escribir aquellos poemas sobre asesinatos para los periódicos a penique nunca pensaba en las personas reales sobre las que estaba escribiendo, desde luego que no. Por cierto, ¿te acuerdas del que te gustaba? Decías que evocaba una gran imagen en tu mente.

GOLPEÓ SU CABEZA FUERTE  
Y SU CRÁNEO ROMPIÓ.  
ESA BRUJA HALLARÁ LA MUERTE,  
QUE PARA ESO LO MATÓ.

Pero quizás él le hizo cosas malas a ella. Bueno, nunca pensé en ello en su día. El impresor me pagó dos chelines por él, ¡dijo que le serviría para más de un asesinato con poco que cambiase las palabras!

Alfie, ¿has oído hablar de ese nuevo poeta, el señor Poe? Escribe unos poemas tan asombrosos que mis dedos están deseando coger una pluma. En un periódico encontré este poema que se llama «El cuervo». En caso de que no lo conozcas (aunque recuerdo que adorabas un buen poema, así que quizás también lo conozcas) ahí va un fragmento. Me lo he aprendido de memoria,

no pude evitarlo porque es muy musical:

Y el cuervo nunca alza el vuelo.  
Sigue ahí, aún sigue ahí,  
sobre el pálido busto de Palas,  
desde mi puerta da testimonio.  
Con los ojos de un demonio,  
clava su mirada en mí,  
reflejando su sombra  
a la luz del candil.

No sé quién será Palas pero en realidad no me importa. «En el pálido busto de Palas», ¿verdad que es poético? ¿Verdad que el poema es bueno y tenebroso a la vez, Alfie? «Un demonio que ha estado soñando...».

Mis dos damas se vieron envueltas en un asunto espeluznante en Londres, Alfie. Afortunadamente, la verdad salió a la luz pero arruinaron una buena práctica y arruinaron nuestra buena casa que tenía un retrete interior, Alfie, ¡ja! Cordelia era mesmerista y amable con las personas enfermas. Rillie era su representante. Gwenlliam, una niña encantadora, es la hija de Cordelia y formó parte del escándalo. Ahora la madre y la hija trabajan en el circo. La madre de Rillie, la señora Spoons, padece demencia pero no es un problema, de verdad. He cuidado de ella casi más años de los que puedo recordar, así que pueden dejarla conmigo, puedo ocuparme de ella a pesar de que ya no me conozca, ni siquiera cuando tiene pequeños momentos de lucidez. Yo solía darme cuenta, a veces, de esos momentos y ella sabía que yo era su vieja amiga, pero ya no, qué pena. También, hace tiempo, di a Cordelia y a Rillie algo de dinero para que empezaran con su negocio, ¡y me lo devolvieron multiplicado por cien o «cien veces tanto», como dice la Biblia! Se hicieron ricas, pero después del escándalo lo perdieron todo. Entonces recibieron la oferta y todos nos vinimos a Nueva York.

¡También vivimos con dos señores en nuestra casa de huéspedes! Uno es un viejo gabacho pero es muy buena persona. Fue un famoso mesmerista y era como su profesor cuando todos nosotros éramos más jóvenes. El otro hombre es un agente de policía (¡Venga! ¡Apuesto a que te ha sorprendido, Alfie! Pero un alma buena). El caso es que, para ser exactos, está casado con Cordelia pero trabaja, y vive en parte, en la comisaría y ella viaja con el circo. Pero él está con nosotros siempre que puede y pronto Cordelia y Gwenlliam volverán de nuevo del circo y todos estaremos juntos en esta nueva casa de huéspedes que hemos encontrado. Está bien, es como una casa pequeña. Él, nuestro policía, es un buen hombre, pero a veces hay algo triste en sus ojos. Yo nunca digo nada para no entrometerme.

Desde luego, Nueva York es un lugar muy bullicioso. También hay aquí muchos asesinatos, así que no me extraña que el señor Poe escriba tan bien. Todavía les leo los periódicos a penique, por supuesto, tal y como solía hacer. Los periódicos son mucho más groseros en América, ¿verdad? Pero son todos iguales: ahora que sé lo que sé, Alfie, sobre lo que escriben en los periódicos, no me creo todas las cosas que leo, ¡aunque me divierto leyéndolas! Y, de todas formas, ahora que he leído al señor Poe, ojalá yo pudiera escribir mejor y de una forma más emocionante.

Sí, me va bien, la vida me va bien. Pero, Alfie, pienso que la anciana cada vez está más y más delicada, ¿quién no dice que muera? Me pregunto si tal vez ya no me necesiten. Ellos creen que estoy mayor, claro. ¡Ahora tengo el pelo gris, Alfie!, ¡ja! Me pregunto cuál será tu aspecto.

Pero todavía no soy una vieja, aún conservo todas mis facultades y mis habilidades y soy más perspicaz de lo que todos ellos creen que soy. También tengo dinero debajo del colchón, lo traje a América dentro de mi gran sombrero. Gané mucho dinero, Alfie, cuando escribía los poemas. Para ser sincera, Alfie, ahora no tengo mucho, pero todavía me queda un poquito aquí, debajo de mi colchón. No te estoy pidiendo dinero, pero me gustaría encontrarte, Alfie. Por si acaso. De verdad que te he estado buscando y durante mucho tiempo. Espero que no estés en apuros. Sé que siempre fuiste un buen chico.

Sinceramente tuya,  
Tu hermana,  
Regina.

P.D. Por supuesto pienso mucho en lo que podría haber pasado porque lo he calculado: han pasado cincuenta años, ¿no Alfie?, desde que nos vimos por última vez cuando éramos jóvenes. Se hace difícil pensar en ello. Oh, Alfie, ¿verdad que sería estupendo ponernos a cantar como solíamos hacer después de todos estos años...?

## Capítulo 8

«VERDULERÍA», decía siempre el letrero que había fuera.

Coliflores, lechugas, apios, espinacas, alubias y repollos, montones de grandes y verdes repollos. Verduras de la verdulería: quizás buenas y sólidas las de arriba, quizás pasadas y malolientes las de abajo, todas apiladas en grandes cestas cercanas a las tinas de grandes zanahorias y cebollas fuera de las tiendas, en las esquinas. Las verdulerías. Estos particulares establecimientos con sus verdes verduras expuestas en el exterior estaban esparcidos por algunas zonas del sur de Manhattan. Dentro de las verdulerías, entre mercancía seca y manteca de cerdo, había disponibles algunos refrescos, en particular para algunos visitantes especiales. Y la gente que vivía en aquellas zonas concretas de Nueva York, entraban, elegían los repollos y las alubias y las espinacas, compraban manteca de cerdo y la harina más barata y la sal y el azúcar de importación. Los clientes, en su mayoría clientas, no hacían comentarios (excepto quizás con un guiño de complicidad o, incluso, con un movimiento de cabeza) sobre el olor a *whisky* que se filtraba desde detrás de una oscura cortina en la trastienda, ni sobre el olor a humo de tabaco. No hacían comentarios tampoco sobre el sonido de voces masculinas: murmullos en general que en ocasiones se elevaban y que provenían de detrás de la cortina oscura. Aquello no incumbía a los clientes. Lo que los clientes tenían que hacer era comprar comida en la verdulería.

VERDULERÍA<sup>10</sup>, decía siempre el letrero que había fuera.

Tras las cortinas de las verdulerías del Lower East Side<sup>11</sup>, entre el olor a *whisky* y el humo del tabaco, se habían empezado a hacer comentarios sobre una abominación que levantaría ampollas entre todos los verdaderos americanos: un policía inglés trabajando en el puerto de Nueva York y causando problemas. Algo a lo que él tendría que hacer frente.

Es extraño el precio que se paga, a veces, por amor. Quizás, al principio, no quede claro cuál es el precio.

El inspector de policía Arthur Rivers, anteriormente de Scotland Yard, había comenzado a trabajar para el cuerpo policial de Nueva York porque se había enamorado de una mujer que se había hecho tristemente célebre y para la que Londres ya no era seguro, pero a quien rápidamente le habían ofrecido trabajo en El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift, en América, pues el empresario Silas P. Swift ciertamente conocía una buena promoción cuando la veía. Cordelia Preston, mesmerista y, a partir de entonces, artista circense, había sido absuelta de un asesinato que no había cometido por un jurado en Londres, un caso en el que había trabajado Arthur Rivers para la acusación. En las pocas semanas que duró aquel terrible juicio, él se percató de su valor, su fuerza, de su violenta e imprudente pasión y su inimaginable sufrimiento. El juicio fue una farsa, enardecido en buena parte por una prensa lasciva, en particular porque el noble asesinado era el marido de una prima de la reina Victoria. Cuando Arthur Rivers le pidió a Cordelia Preston que se casase con él, temió por la seguridad de ella: había tenido que colocar una nueva ventana de vidrio en su casa de Bloomsbury, en Londres, porque las personas que habían leído sobre aquella mujer impúdica y abominable en los periódicos iban a aquella casa y se quedaban allí, señalándola, gritando y arrojando excrementos, repollos y piedras a las ventanas. Incluso un hombre se paseó por delante de la casa con un tablero en el que había pintado:



«¡ARREPIÉNTETE!». Cuando le pidió que se casase con él, mientras la muchedumbre lanzaba improperios desde fuera, ella le miró como si estuviera loco.

De hecho, tal vez lo estuviese.

La primera esposa de Arthur Rivers falleció. Tenía dos hijas, Millie y Faith, y él y su cuñada Agnes, soltera y un tanto reservada (cosa de la que intentó no preocuparse pues estaba muy agradecido por su ayuda), habían cuidado de las dos niñas lo mejor que pudieron. Arthur Rivers adoraba a sus hijas, pero cuando le nombraron como uno de los principales detectives de la nueva división de Policía de Scotland Yard, la tía Agnes se tuvo que hacer cargo casi de todo. No era culpa de las niñas que su madre hubiese fallecido, ni que su tía hubiese conseguido influir tanto en ellas durante sus años de formación. Agnes les había enseñado a tocar himnos en el nuevo piano que él, con optimismo, había comprado: él habría preferido algo más popular, pero así era el carácter de ella. Sin embargo, cuando Agnes animó a las niñas a atravesar bonitas mariposas de su pequeño jardín en Marylebone con unos afilados alfileres y a enmarcarlas para colgarlas en la pared de su sala de estar para decorar (siendo aquella una actividad apropiada para unas respetables jovencitas, según ella), su padre supo que estaba perdido. Con el tiempo, ambas hijas conocieron y se casaron con dos jóvenes de grata apariencia y abandonaron la casa de Marylebone. Él se había convertido en un abuelo orgulloso, pues al niño también lo llamaron Arthur, y la cuñada supuso que ella seguiría cuidando del agente de policía. Quizás, aunque él no había reparado en ello, los labios apretados de su cuñada se fruncieron aún más cuando se dio cuenta de que Arthur tampoco iba a seguir viviendo en Marylebone. ¡Estaba a punto de marcharse a América con una escandalizadora asesina!

—A Cordelia Preston nunca la condenaron por asesinato, Agnes.

—¡Pues todos los periódicos lo decían!

—Los periódicos no son necesariamente una guía de verdad, Agnes. Te lo he dicho muchas veces. Tú y las chicas deberíais conocerla, así podrás comprobarlo por ti misma. Y pase lo que pase, Agnes, sabes que este hogar siempre será el tuyo también.

Sin embargo, el encuentro no fue muy bien: las dos hijas y su tía se posicionaron totalmente en contra, lo cual era tal vez comprensible, a que Arthur se marchase a ningún lugar más que a su casa de Marylebone. Habían leído tantos titulares difamatorios, ignominiosos y embarazosos sobre aquella mujer vergonzosa y seductora (durante al menos una semana todo Londres no leía sobre ninguna otra cosa) que tenerla en su respetable casa se les hacía insoportable y les aterrizzaba que los vecinos pudieran llegar verla. Para hacerlo más embarazoso aún, ninguna de las tres mujeres había sido capaz de apartar sus ojos de aquella anti-heroína pues poseía una mirada profunda y oscura y una límpida palidez que les inquietaba y un mechón blanco en medio de su oscura melena que llamaba la atención. No fueron capaces de apartar sus ojos de ella porque, aunque ya no era joven y aunque, por supuesto, causaba tanto bochorno, era hermosa.

Desde que Arthur Rivers zarpó hacia su nueva vida, Agnes escribía con regularidad cartas lastimeras a su cuñado. Él era abuelo y su lugar estaba en Londres. Agnes se sentía mal: él le debía estar en Londres pues no paraban de nacerle nietos. ¿Acaso aquellos niños iban a crecer sin conocerle? ¿Es que él no les debía nada? Él respondía con regularidad, adjuntando dinero con regularidad y, a veces, dibujos de veleros para su nieto, el pequeño Arthur. Y le contaba a su familia de Londres cómo era aquella nueva y gran ciudad: Nueva York.

Arthur Rivers y Cordelia Preston se casaron al llegar en la intimidad. La hija de Cordelia, Gwenlliam (antiguo nombre galés) fue feliz testigo (aunque por requisitos publicitarios la novia siguió siendo *miss* Cordelia Preston). Pero Arthur sabía (todos los miembros de la extraña segunda familia a la que él ya pertenecía también lo sabían, excepto quizás la propia Cordelia

Preston) que el amor de él le daba a ella fuerza en los peores momentos, cuando los recuerdos del pasado amenazaban con aprisionarla. Nadie sabía exactamente qué sentía ella hacia Arthur Rivers, ni siquiera Arthur Rivers. Él pensaba a veces que a ella el amor le había hecho tanto daño en su vida que no podía plantearse algo así de nuevo. Él amaba a Cordelia Preston, en ella encontró de nuevo la fuerza y el estoicismo cuando se unió al circo de Silas P. Swift. Sin embargo, ella y Rillie Spoons, su mejor amiga, se reían muy de vez en cuando de algo de su pasado más bien arriesgado: Era en esos momentos cuando Arthur atisbaba la exuberancia y la alegría y la libertad salvaje, vivaz y segura que también debían de haber formado parte de su carácter. A veces, por la noche, ella lloraba en sus brazos en silencio; él siempre la abrazaba con fuerza: sabía que todo lo que le había ocurrido. Él solo podía abrazarla mientras ella permanecía en silencio. Por ello, Arthur tampoco hablaba nunca sobre ciertas cosas. No hablaba sobre su propio pasado. No hablaba de las cartas que Agnes le enviaba desde Londres; las recogía en la gran oficina de correos y las guardaba bajo llave en su oficina.

Pero a veces él sentía como si cientos de fragmentos de cristal roto estuviesen allí, en el espacio que había entre ellos.

Él solo ocupaba parte del corazón de ella. Él amaba a Cordelia Preston, pero para entonces ya estaba desgastada por la soledad y había sombras en su propio corazón, en aquella tierra extraña.

Cuando el inspector de policía Arthur Rivers llegó por primera vez a Nueva York y le hicieron la inevitable pregunta: «¿qué le parece a usted América, nuestro maravilloso país?», él siempre respondía: «¡Increíble!». La gente siempre se lo tomaba como un cumplido y él dejaba que así fuese. Y era cierto que le sorprendía y le maravillaba lo grande, lo novedosa y lo fascinante que era aquella ciudad con sus altos postes de telégrafo y su glorioso embalse de agua, su rutilante y estentóreo Broadway con sus remolinos de gente y sus nuevas y relucientes tiendas y los apresurados, apurados y bulliciosos neoyorquinos, el entusiasmo y el ruido, la animación y las zonas en obras, las ventas, las risas, el vocerío, los titulares.

No obstante, en Londres, el policía inglés comprendía las cosas. Entendía la estructura social de su país y sabía cómo funcionaban las cosas, especialmente en el cuerpo de Policía. Era consciente (por supuesto que lo era) de las pequeñas injurias y faltas del cuerpo de Policía londinense en aquel lado del océano Atlántico, y también de aquellas faltas en su propio pequeño mundo de la Scotland Yard. Siempre había malos policías, pero él trabajaba, en general, con buenos hombres en los que poder confiar. Y había, en general, buenos jefes en los que poder confiar. Pero allí, en aquella salvaje, inquietante y peligrosa ciudad, Nueva York, su estabilidad se tambaleaba mucho más, porque nunca llegaba a comprender los laberintos ocultos del mantenimiento del orden de Nueva York y nunca estaba del todo seguro quién estaba pagado, por quién ni por qué servicios prestados.

Uno de los capitanes de la policía, un hombre simpático y franco que se alegró cuando le llegó un mensaje de Londres en el que decía que uno de sus inspectores llegaría a Nueva York (pues las noticias sobre Scotland Yard y sus actividades habían llegado a América), fue rotundo, sin embargo, cuando Arthur, de la forma más delicada posible, tocó el tema de la corrupción.

—No puedo detenerla —dijo el capitán—. Es la naturaleza de una nueva democracia.

El inglés movió la cabeza de un lado a otro, como si intentase aclararla. Era policía desde hacía muchos años y comprendía que las cosas fueran diferentes en Nueva York, tanto en el cuerpo policial como en la población, pero nunca antes había visto una corruptela tan abierta y cívica (y nunca antes había visto a un hombre arrancar de un mordisco la nariz de otro y escupírsela en la cara).

Y nunca antes había visto nada como el puerto de Nueva York.

Al final de la isla de Manhattan, con el río Hudson a un lado y el río Este al otro, Nueva York poseía el que probablemente era el puerto marítimo más próspero y salvaje del mundo. Astilleros, cervecerías, forjas, fábricas, mataderos, todo ello se encontraba en la ribera del río Este. Cientos y cientos de barcos que importaban bienes y personas al nuevo mundo pedían a gritos y peleaban por un lugar en los muelles del río. Cientos y cientos de otras embarcaciones partían hacia el viejo mundo cargadas de algodón bruto y grano. Los marineros silbaban *Tira al hombre al suelo* mientras desembarcaban tintineando sus salarios y buscando entretenimiento. Los barcos de Sudamérica empujaban a los barcos africanos, que traían extrañas frutas y especias. Los mexicanos y los árabes peleaban con los marineros europeos por el transporte de carga; en ocasiones los cuchillos relucían a la luz del sol (y toda aquella actividad marítima frenética, caótica y continua significaba que había un ingreso enorme, creciente y en espiral fluyendo al centro de Nueva York: dinero, dinero, dinero). Solo en el último año se supo que las tasas portuarias habían alcanzado los veinte millones de dólares, una cantidad inconcebible.

Un detective no tardaría mucho tiempo en darse cuenta de que la mayoría de esas tasas iban directas a las manos de las autoridades municipales: los concejales, hombres a los que habían votado en aquella nueva democracia. Y tampoco tardaría mucho tiempo un detective en observar que los concejales, por encima de todo, tenían la intención de mantenerse en el cargo una vez que lo habían conseguido. Estaba claro que, hablando claro, la ciudad era un lugar salvaje a causa de las transacciones financieras poco ortodoxas (por decirlo de alguna manera).

Él veía a aquellos acaudalados y democráticos padres de la ciudad, los concejales, caminando con orgullo en desfiles civiles por Broadway con bandas de música, ondeando banderas americanas rojas, blancas y azules y cantando animadamente:

*¡Viva Columbia, tierra feliz!*  
*Héroes del cielo cayeron aquí.*  
*Lucharon con todo por la libertad.*  
*Lucharon con todo por la libertad.*<sup>12</sup>

Y, entonces, un detective no tardaría mucho tiempo en ver a aquellos padres de la ciudad exigiendo pagos en simples paquetes de papel a cambio de contratos de construcción, franquicias de barcos fluviales, licencias para vender bebidas alcohólicas y para montar tabernas, arrendamientos y tierra. También requerían pagos de los empleados municipales a los que daban trabajo, incluidos los policías. Por lo tanto, para su asombro, el inspector Rivers se enteró de que, en Nueva York, muchos policías pagaban para ser policías, porque sabían que al poco tiempo recibirían mucho más dinero además de su salario: cada burdel, albergue para indigentes, taberna sospechosa, establecimiento ilegal y aspirante a empresario en Nueva York daba dinero en simples paquetes de papel a la policía a modo de intercambio.

Aquellos padres de la ciudad, sin embargo, tenían fama tanto de dar como de recibir: ellos también pagaban grandes cantidades de dinero en paquetes secretos a la gente que necesitaban para conservar el poder. Todo tipo de gente recibía paquetes de dinero de parte de los padres de la ciudad, incluso los captadores de inmigrantes (aquellos hombres con acento irlandés sumamente amables que esperaban en el puerto).

—¡Bienvenido! —gritaban los captadores que se acercaban a los esperanzados, a menudo enfermos, desconcertados y nuevos inmigrantes cuando desembarcaban—. ¡Bienvenido a América! ¡Sígame, amigo, la Santa Madre le sonrío!

Y conducían a los recién llegados, con mucha amabilidad y gran cordialidad, a un lugar donde comer y alojarse. Sin embargo, Arthur no tardó mucho tiempo en percatarse de que aquellos hombres tan sonrientes y acogedores recibían dinero a cambio del número de personas recién llegadas, y a menudo desesperadas, que llevaban a los comedores y los albergues. Además los nombres de los recién llegados se apuntaban detalladamente en grandes libros. Sin duda, los viajeros agradecidos y agotados, en su mayoría irlandeses, que habían viajado desde muy lejos dejando atrás la hambruna y la miseria en busca de una nueva vida en un país nuevo, prometían votar a sus benefactores cuando fuese necesario. Y es por eso que se apuntaban sus nombres con tanto esmero en aquellos grandes libros, por si se daba el caso de que olvidasen sus promesas.

—Así es como funciona el estilo de vida americano, Art —repitió el capitán de la policía cuando el inglés le volvió a preguntar—. ¡Solo tiene que echar un vistazo a nuestra prosperidad! ¡Fíjese en el puerto! ¡Fíjese en Broadway! ¡Es una de las calles más hermosas y prósperas del mundo! Y todo gracias a nuestra democracia.

—¿Democracia? Pienso, señor, que en cualquier sociedad civilizada la policía, más que nadie, debería ser designada de manera imparcial para defender la ley de una ciudad, cobrando un salario de esa ciudad.

—América es una nueva sociedad, Art —dijo el americano—, estamos explorando nuevas vías. Recuerda: cada neoyorquino tiene el voto, cada uno de ellos —por supuesto no se refería a los hombres de raza negra—, y cada inmigrante puede emitir también su voto. Y si no les gusta lo que está pasando pueden votar para echar a los que mandan en la ciudad y los que mandan en la ciudad lo saben. ¡Me parece que en su país no es igual! Vuestro Charles Dickens vino hará unos años y se preocupó, al igual que usted, Art, por cómo se gobierna sobre todo el mundo, no solo sobre la gente inteligente de una determinada clase social. Me parece que eso depende de cómo definamos «inteligente».

El inglés agachó la cabeza. Estaba en Nueva York, no en Londres.

—Comprendo lo que dice, señor.

—Art, por favor, no me llame «señor». ¿Cuántas veces tengo que recordárselo? —Otra cosa a la que Arthur Rivers tenía que empezar a acostumbrarse: comenzar a usar de inmediato el nombre de pila de las personas de manera informal nada más conocerlas; nunca nadie había llamado Art a Arthur Rivers en toda su vida—. Mi nombre es Washington Jackson, pero todo el mundo me llama Wash.

Arthur Rivers tartamudeó al probar el nuevo modo de hablar.

—Bien señor... Wash...

«¿Wash?».

—Comprendo que este es un país nuevo con nuevas costumbres. Pero soy policía, profesión que siempre he considerado honrosa. Aparte del dinero que se acepta por soborno, veo enfrentamientos feroces y violentos que tienen lugar noche tras noche entre bandas rivales formadas por los hombres más salvajes. He visto actos de violencia peores que en las zonas más violentas de Londres. ¡Y la policía, los supuestos guardianes de la paz, en el caso de que muestre algún tipo de interés, no es de ningún modo imparcial! En mi país, de la policía se espera que sea una autoridad impersonal. ¡Aquí toman partido!

—Pero, Art, nuestros policías forman parte de sus propias comunidades. Es así como funciona el trabajo de un agente de policía. Los nombran en sus propias comunidades, viven allí y a veces hacen uso de sus puños allí, en sus propias comunidades. ¿Acaso le sorprende que protejan en primer lugar a sus propias familias, a su propia gente? —Washington Jackson era muy agradable, hablaba con mucha amabilidad pero también con firmeza—. Escuche, Arthur, algunos

días cuarenta barcos vomitan al mismo tiempo hordas de pasajeros en nuestros muelles. Han llegado cientos de miles de inmigrantes, especialmente irlandeses, y cada día llegan más. A nadie se le niega la entrada, América necesita gente, pero esa llegada sin obstáculos de tantos extranjeros trae grandes problemas a nuestra ciudad (los cuales usted considera que se resuelven de forma poco ortodoxa). ¡Y aun así, algún día, algunos de los inmigrantes que llegan hoy, los más listos, los más trabajadores, los que tengan suerte, inevitablemente tendrán la oportunidad de dirigir el cuerpo de Policía y también la ciudad! ¿Cree que en Londres todo el mundo tiene esa misma oportunidad? Creo que debería conocer un poco mejor los diferentes problemas de nuestra ciudad antes de hacer ninguna crítica, Art. ¡Compare todas estas libertades y esperanzas con alguna puntual revuelta aislada! Ahora pongámonos a trabajar. Espero que vaya a quedarse en Nueva York. Estoy deseando que trabaje para nosotros.

Arthur comprendió que era necesaria alguna respuesta.

—Estoy... interesado en saber cómo operan otros cuerpos policiales.

—¡Bien! ¡Entonces deje que le enseñemos! —y volvió a repetir—: Quiero que se quede a trabajar para nosotros, Art, pero necesita saber algo sobre los fondos de Nueva York antes de que se decida, ¡aunque espero que el miedo no le haga salir corriendo a casa, a Londres!

—Intento no huir nunca de ninguna situación, Wash —dijo Arthur Rivers en un tono seco.

—Entonces tenemos suerte de haberlo conocido —Washington Jackson observó al honrado inglés—. Podría llevarle a Five Points, el lugar donde no existe la esperanza, el final de la línea donde vive la escoria irlandesa en edificios que se están hundiendo en una ciénaga que no deja de llenarse y que ahora ha rebosado. Las despiadadas bandas que hay allí, como los Malos Golpes o los Conejos Muertos, son todas expertas en patear la cara de la gente con sus botas de clavos o en sacarle los ojos. Sin embargo, creo que no iremos a Five Points, tengo otros planes para usted y puede ver toda la gente pateada y sin ojos que quiera en los muelles. Allí es donde lo quiero, Art, en los muelles.

El rostro del detective no mostraba ningún tipo de emoción ante su destino.

—Sin embargo, le llevaré primero por el Bowery —dijo Wash—, porque es tan salvaje como Five Points pero en el Bowery todavía queda esperanza, cantos y un poco de risa. Al contrario que en Five Points, muchos de los miembros de la banda del Bowery tienen trabajo, trabajos sin futuro, deshollinadores y ayudantes de carnicería, pero trabajos al fin y al cabo, y pueden patearle la cara, apuñalarle por la espalda y arrojar pimienta a sus ojos, pero todavía saben cómo divertirse. ¡Vamos!

Dio una orden y un amplio grupo de hombres dispares se reunió en el patio de abajo. El inspector Rivers miraba perplejo asomándose por la ventana.

—Como puede observar, Art, aquí no llevamos uniformes.

—¿Por qué, señor?

—¡Wash! ¡Llámame Wash! Los uniformes hacen que la gente recuerde cosas que quieren olvidar, como gente dando órdenes. Disculpe mi franqueza, Art, los uniformes les recuerdan todavía a los británicos. Y no es solo por la gente, los propios hombres tampoco los quieren. De hecho una vez probamos a llevar uniformes —el capitán sonrió sarcásticamente—, pero me temo que la gente se mofaba y se reía en la calle y, a partir de entonces, los policías fueron categóricos: se negaron a llevarlos puestos. Llevamos una placa en forma de estrella en las chaquetas. Solo con el propósito de identificarnos. Así que no tendremos que llevar uniformes en este paseo, pero tendremos que ir armados con nuestras porras, porque le aseguro que al lugar donde tenemos la intención de llevarle no es seguro.

Él se había fabricado la suya propia (eso le dijo a Arthur), un garrote macizo hecho de

madera de robinia.

—Mírela, Arthur: fuerte, duradera y —golpeó con ella la pared que había detrás de él provocando un golpe sordo resonante— hace un ruido fuerte e inconfundible, en especial contra la piedra, así que es un buen arma para llevar encima por la calle, golpéela contra el adoquinado o los muros y otro policía vendrá de inmediato.

Y así fue, en aquel momento un agente entró corriendo en la estancia desde más allá del vestíbulo. Wash le explicó que solo era una demostración, se rieron todos y el policía se volvió a marchar.

—Y no deberemos permanecer mucho tiempo en ninguno de esos lugares, por lo que usted probablemente se sentirá agradecido. «Cerdos», creo que es así como vuestro Charles Dickens llamó a la gente que vive en esas zonas. Estuvo en Five Points y los describió como cerdos humanos viviendo en la miseria junto a cerdos de verdad. Eso sí, he llegado a pensar que él no llegó a recibir el «debido respeto» en América. Aquí no tratamos a nadie con especial deferencia. —El capitán Washington Jackson estaba buscando algo debajo de su mesa de trabajo—. En realidad, Arthur, también tengo una pistola. La llevo de forma discreta puesto que oficialmente no está autorizada, pero como vamos a acabar en el puerto, donde las hachas y los garrotes con clavos están a la orden del día, me quedo más tranquilo si llevo una pistola. ¡Vamos!

El contingente policial, sin uniforme y con porras, partieron a plena luz del día hacia la zona del Bowery. Antes de llegar escucharon fuertes y salvajes gritos, peleas, música, chillidos, el traqueteo y el ruido de los carros, erupciones, carcajadas y gritos de furia.

Era evidente que el Bowery disponía de mucho entretenimiento: Arthur vio grandes teatros que habían tenido días mejores y salas más pequeñas donde se anunciaban melodramas, musicales y espectáculos de baile. «¡MACBETH!», anunciaba un cartel publicitario con un dibujo rudimentario de una mujer semidesnuda sosteniendo una daga. «¡TROVADORES NEGROS! (prohibida la entrada a negros)», anunciaba otro. «¡EL JARDÍN DE LA CERVEZA!», anunciaba un tercero publicitando y ofreciendo tanta cerveza como una persona pudiese beber directamente de una manguera por solo tres centavos. Y encima de numerosos edificios, más grande o más pequeña, ondeaba con orgullo la bandera de América, de barras rojas y blancas y un rectángulo azul con estrellas blancas: la bandera de la nueva democracia.

En todos los callejones, ruidosos y bulliciosos, había clubes en sótanos y tabernas en mugrientos edificios en ruinas, repletos de voces y violines estridentes. Había mujeres de aspecto peligroso congregadas en una casa de empeños; algunas (para sorpresa del inspector Rivers al observarlas) parecían limarse las uñas de forma puntiaguda a la vez que lanzaban a los agentes de policía obscenas invitaciones, a las que respondían con buen humor. Una banda tocaba en algún parque salvaje y frondoso, tambores y trompetas, gente cantando con entusiasmo canciones contra los británicos:

Me encontré con Napoleón Bonaparte y me cogió la mano  
y dijo: «¿Cómo está Irlanda? ¿Sigue empeorando?».  
«Es un país maltratado, sufren más de la cuenta,  
ahorcan a mucha gente por sus verdes vestimentas».<sup>13</sup>

Así que en el Bowery había música, tal como Wash había prometido. Y también energía: un nutrido grupo de hombres jóvenes vestidos de una forma un tanto extraña (casi dandis alborotadores) caminaban con aire arrogante, llenos de energía y descaro: pantalones de rayas, alegres camisetas y pelo alisado; algunos de ellos inclinaban sus extraordinarios sombreros de copa

alta algo estropeados al contingente policial:

—¿Llevan sus placas de policía, caballeros? —gritaban y las risas resonaban tras ellos.

—Esos son algunos de los Chicos del Bowery —dijo Washington Jackson en voz baja—, una de las mayores bandas. Todos atacan dando patadas, con cuchillos y lanzando pimienta. Tipos duros con agallas, salvajes y jóvenes: atracadores, ladrones, proveedores de dinero falsificado. A menudo también actúan como bomberos voluntarios, muchos grupos tienen su propio carro de bomberos, ¡y tienen fama de matarse unos a otros por ser los primeros en hacerse con la bomba de agua de la calle! ¡Mandan a alguien para que se siente sobre la bomba y se deshaga de los demás, mientras que ellos arrastran su carro de bomberos hasta el lugar del incendio! En el Bowery dejarían que se quemaran las casas antes que perder la carrera, ¡de hecho lo más probable es que a menudo ellos mismos provoquen el incendio solo por diversión!

—¿Todos los del Bowery son irlandeses?

—No, aunque normalmente les llamamos a todos *b'hoys*<sup>14</sup>, los *B'hoys* del Bowery; pero, como en la mayoría de las bandas, hay todo tipo de inmigrantes: franceses, italianos, alemanes, a veces unos cuantos negros, todos mezclados con los irlandeses; y, en particular en las bandas del Bowery, nativos: nativos americanos.

El inspector Rivers le miró sorprendido.

—¿Nativos?

—Por nativos americanos —explicó Washington Jackson y se echó a reír—. Usted, como inglés, puede que piense que me refiero a los indios originales, que están a punto de desaparecer, pero no. Aquí se utiliza el término con orgullo para referirnos a quienes han nacido en América. Ellos se ven a sí mismos como los verdaderos americanos y a sí mismos se llaman, con ningún sentido de la superioridad que sin duda usted, como inglés, ve en el uso de la palabra «nativo», nativos americanos. Yo mismo me siento orgulloso de ser un nativo americano.

Arthur Rivers digirió aquello.

—Entonces, ¿qué mantiene unidos a todos estos chicos tan diferentes del Bowery para que no se maten los unos a los otros?

El capitán se encogió de hombros.

—Juventud, energía, quien sea capaz de beber más cerveza, de gritar más alto, de arrancar de un mordisco las cabezas de las ratas, de no decir nunca «me rindo», ¡todas esas cosas heroicas! Todos tienen cuchillos, porras, grandes botas, algunos de ellos también tienen pistolas, pero aquí, en el Bowery, prefieren pelear con los puños. Y además, los sábados por la noche (al igual que todos los hombres jóvenes con energía y algo de dinero) se visten con su mejor atuendo, se reúnen con chicas y bailan los nuevos bailes en las salas de baile del Bowery. Incluso es posible que el vals todavía se desapruebe en el Astor Place<sup>15</sup> por eso de tener que agarrar fuerte a las chicas y deslizarse con ellas de una forma inmoral, ¡pero el vals es lo más en el Bowery!

Entre la gente que se agolpaba en uno de los teatros, donde las muchachas con alegres vestidos y cestas se mezclaban con los *b'hoys*, que llevaban sombreros, alguien comenzó a gritar de repente como un loco, pero era complicado diferenciar si era un grito de terror o de emoción.

—Así es el Bowery, Art: tosco, duro y lleno de energía. Ahora bien, este el verdadero objetivo de esta excursión: vamos a bajar a la zona de los muelles.

El capitán de la policía dio órdenes a sus hombres y estos se volvieron a poner en camino, esta vez hacia el río Este, algunos de ellos guiñando un ojo a las mujeres del Bowery como si quizás las hubiesen conocido íntimamente y silbando, los mismos policías, «Verdes vestimentas» mientras caminaban. Arthur Rivers había trabajado en muchas de las calles más salvajes de Londres, pero sintió que en efecto se encontraba en una tierra extraña cuando el ruido del Bowery

todavía resonaba tras ellos.

—¡Dios santo! —fue todo lo que dijo cuando llegaron a Cherry Street.

—Hubo una vez en la que esta fue una de las zonas más elegantes de Nueva York —observó sutilmente el capitán—. Sin embargo, ahora, Water Street, Cherry Street, Pearl Street y todas las calles de por aquí que rodean los muelles del río Este son, tal vez, las calles más peligrosas de todas. No obstante, a esta misma calle, Cherry<sup>16</sup> Street, le pusieron ese nombre por sus hermosos cerezos en flor, y fue en esta misma calle donde George Washington vivió cuando se convirtió en presidente de América.

En el rostro de Arthur, que observaba los oscuros edificios y las aún más oscuras tabernas, con la nariz asaltada por los terribles olores y los oídos asaltados por los diferentes tipos de ruido, se reflejó la incertidumbre.

—Le aseguro, Art, que aquí, no hace mucho tiempo, había mansiones. Hermosas mansiones y cerezos en flor. Entonces empezaron a llegar cada vez más inmigrantes y los antiguos neoyorquinos se mudaron más al norte —y, entonces, el tono casi alegre del americano cambió ligeramente—. Esta zona también alberga los desechos de la ciudad —dijo—, como Five Points. Pero... es una raza distinta.

Y entonces añadió algo más de forma lenta, como si le estuviese previniendo.

—Escuche, Art, escuche: guárdese de este peligroso lugar especialmente, aquí hay algún tipo de energía oscura y endiablada además de descomposición. Permítame que le introduzca en el territorio de Nueva York controlado ahora, no por George Washington, sino por los piratas del río: los Ángeles del Pantano, los Colas Cortas, pero, sobre todo, tenga cuidado con Los Chicos del Amanecer, en mi opinión la banda más sanguinaria de la ciudad. Los Chicos del Amanecer —repitió—. Algunos de ellos no son más que chavales. Merodean por el río desde mucho antes del amanecer, no se les oye remar porque engrasan los escálamos. Silenciosos como fantasmas asesinos —y puede ser que el capitán de policía suspirase—. Al menos en el Bowery pelean al aire libre y se ríen a la entrada de las salas de música. Al menos en Five Points no queda ninguna esperanza. Pero en esta zona, junto a los muelles, se llevan a cabo negros negocios sanguinarios día y noche en algún lugar bajo los enormes edificios de viviendas, donde hay pasajes subterráneos ocultos que conducen hacia el río. Hoy evitaremos las guaridas subterráneas donde hacen apuestas enfrentando a enormes ratas hambrientas contra perros hambrientos también, pero sabemos que los traficantes tienen muchos bienes de importación robados en los muelles escondidos aquí, en esta zona. Y puede que los marineros que desembarcan encuentren habitaciones y mujeres aquí, pero a menudo nunca más vuelven a sus embarcaciones.

El amplio contingente de policías, evidentemente inquieto, caminaba entonces con cautela, asiendo con recelo las porras, sin silbar ya, más adelante por Cherry Street, dejando atrás antros subterráneos, burdeles y casas de empeños y verdulerías, pendientes de las copas de cenizas calientes de las que Wash le contó a Arthur que a menudo las arrojaban desde las ventanas más altas a los intrusos.

Casi con incredulidad, Arthur leyó un letrero rojo: «EDIFICIOS PARAÍSO». Sus puertas y ventanas rotas estaban abiertas y colgaban como maltrechas cometas enganchadas. En el interior podía ver los putrefactos pasillos y escaleras y atisbar las oscuras y atestadas habitaciones. Fuera, los escalones destrozados conducían a unos sótanos que había justo debajo. Y en todas partes se escuchaban ruidos, chillidos y gritos salvajes, insoportables, constantes, perturbadores, niños gritando y una especie de carcajada furiosa y demente.

—Y ahora hagamos una breve visita a Edificios Paraíso, Art —sugirió Wash—. ¡Es inolvidable! Hay una cloaca que pasa por algún punto debajo de este edificio.



Arthur se sintió profundamente inseguro, pensó en los perros y las ratas hambrientas. Bajaron por los húmedos escalones cubiertos de cieno y una lámpara de la policía alumbró las fétidas celdas cubiertas de lodo. Y, de pronto, a la luz de la lámpara se vislumbraron ante ellos hileras y más hileras de retretes en la penumbra; varios estaban siendo usados y a sus ocupantes no les hizo mucha gracia que el contingente policial hubiese entrado sin ser invitado: resonaron obscenidades y un mojón aterrizó en los pies de Wash. Las oscuras paredes rezumaban un líquido extraño y el olor abrumador que lo invadía todo bastaba para que se revolviere el estómago. «¿Qué más hay aquí, en estas celdas? ¿Trampillas, pasadizos secretos, alacenas ocultas repletas de feroces ratas? ¿Túneles? ¿Cadáveres? ¿Cuerpos con vida?», se preguntó Arthur. Mientras subían para salir de aquel agujero infernal, un importante número de personas de repente se había congregado en grupos enfrente de Edificios Paraíso: mujeres de rostros pálidos, niños sucios, numerosos hombres jóvenes de aspecto fiero con pendientes; los peligrosos y los condenados miraban hoscamente y en silencio a la policía.

Arthur Rivers también les miraba fijamente.

—¿Y estos también votan?

—Todo hombre que se registre puede votar, como ya le expliqué. En una democracia no se puede escoger quién podría votar y quién no.

No hubo indicios para volver dentro. El capitán hizo una señal y el contingente policial volvió a ponerse en marcha.

—Como le digo, sospechamos que a más de un marinero le ha llegado la hora en las cloacas de aquí abajo. Atracados, asesinados y después arrastrados al río Este. Ah, y una de sus compatriotas en particular es muy conocida en esta zona.

—¿Una mujer de vida fácil?

El capitán soltó una breve carcajada.

—Puede llamarlo así. Trabaja en un bar de mala reputación. Debe medir alrededor de seis pies y tiene una famosa costumbre: se sostiene las faldas con tirantes de hombre y lleva más cuchillas que un carnicero. La llaman Gallus Mag. Alguien me contó que *gallus* viene de una antigua palabra escocesa que hace referencia a los tirantes, pero por todo lo que sé significa «vieja bruja loca». Crea lo que quiera.

Fue como si, por arte de magia, sus palabras hubiesen conjurado una aparición. A la vuelta de una esquina, del interior de una taberna, al final de un callejón, afloró de repente una multitud gritando, a lo que siguió una feroz pelea. Incluso desde varios cientos de yardas se podía distinguir y oír con claridad en medio de la muchedumbre a una mujer con el pelo suelto atacando a un hombre gritando groserías. Quizás, un delgado rayo de sol que se colaba entre los edificios se reflejó en la hoja de un cuchillo mientras caía. Cuando el reacio contingente policial, sujetando ya con mucha fuerza las porras, alcanzó la taberna, la muchedumbre se había dispersado. Pero sobre el pavimento había un reguero de sangre que conducía a un oscuro y estrecho callejón, y el callejón conducía de nuevo a Edificios Paraíso.

La policía se acercó al ensangrentado pasaje con suma precaución, parecía estar vacío.

El capitán de policía asió su pistola, hizo una señal a cada uno de sus hombres para que levantasen las porras y se adentraron en la oscura y amenazadora entrada de la taberna: «El agujero en la pared» rezaba el descolorido letrero. Cuando los ojos del policía inglés se acostumbraron a la penumbra no había rastro de ninguna mujer inglesa alta con la falda sujeta con tirantes de hombre. Pero hubiese jurado que vio, colocado en una estantería del fondo del bar, un tarro de cristal lleno de orejas humanas.

Lo que no vio ninguno de los agentes de policía fue una solitaria y alta silueta mirando

lacónicamente cómo sus espaldas se marchaban desde una ventana pequeña y sucia en lo más alto de Edificios Paraíso. Ella se percató de que entre ellos había un hombre nuevo y creyó haber escuchado un acento inglés: «¿Qué hace aquí un jodido polizonte inglés?».

Aquella fue pues la instructiva visita escoltada del inglés cuando llegó por primera vez a Nueva York, por amor. Desde las ventanas del despacho del capitán, en los juzgados, detrás del ayuntamiento, se podían ver árboles de sicomoro que, después de lo que habían visto, parecían un espejismo. En el camino de vuelta cruzaron el parque de la ciudad donde los niños bien vestidos jugaban junto a una fuente pública. En su despacho, después de la excursión, Washington Jackson ofreció un cigarrillo a Arthur Rivers y le ofreció también un trabajo.

—Ahora ya ha visto la otra cara de nuestra democrática ciudad —dijo con sarcasmo, encendiendo ambos cigarrillos—. Pero tenía una buena razón para hacer esa pequeña salida. Le estaré tremendamente agradecido si me ayuda y me aconseja en algo. Sabemos que Edificios Paraíso, Cherry Street, Water Street y lugares como la taberna El agujero en la pared son desde donde operan los piratas de río, los traficantes y los secuestradores.

—¿Vi un tarro de cristal lleno de orejas humanas?

—Lo vio. Su compatriota es conocida por conservarlas en alcohol, del mismo modo que los hombres hacen muescas a sus pistolas. Se dice que las arranca de un mordisco con sus propios dientes pero no he llegado a averiguar si es cierto o no. Gallus Mag es una fuerza a tener en cuenta: loca como una cabra, se suele comunicar citando a Shakespeare.

Y, a pesar del tarro con orejas, Arthur tuvo que echarse a reír, incrédulo.

—Sin embargo —Wash suspiró— no tiene gracia. Ella puede aparecer diciendo «abracadabra pata de cabra sinsalabín» o sea como sea ese canto de brujas de Macbeth y puede ser que solo sea una mujer perturbada y violenta: no lo sabemos, pero sospechamos que esa vieja bruja ejerce mucho más poder sobre los muelles de lo que pueda parecer en un primer momento.

—¿Por qué no la capturan? Es una sola mujer.

—Una vez entramos en ese bar cuarenta hombres después de un asunto particularmente violento: orejas cortadas y cadáveres. No había ni rastro de ninguna mujer británica alta que llevase la falda sujeta con tirantes escoceses. Y fue después de esa excursión cuando nos percatamos de que, aunque alguno de nosotros hubiese llegado a verla, ella nunca estaba allí cuando estábamos nosotros.

—Tal vez sea uno de esos personajes místicos que la gente alimenta, una mujer salvaje que arranca de un mordisco las orejas a los hombres, ¡pero que en realidad no existe!

—Hoy la ha visto con claridad suficiente, Art, justo en medio de aquella refriega. Y también la ha oído. ¿Y qué era lo que había quedado cuando llegamos allí? Un rastro de sangre que conducía a un callejón y, como siempre, ni rastro de Gallus Mag —Washington Jackson dio una larga calada a su cigarrillo antes de continuar—. Da igual. Lo que quiero decirle sobre Water Street y Cherry Street es esto: incluso los padres de la ciudad, que como usted ya sabe toleran demasiadas cosas, no pueden tolerar la violencia extrema ni la pérdida de ingresos por culpa de los asaltos nocturnos a las embarcaciones del muelle antes de que hayan descargado. Importamos bienes de un valor inmenso: tabaco, alcohol, lingotes, drogas, balas de algodón procedentes de sus fábricas inglesas. También sal, especias, cuadros antiguos, joyas, azúcar, seda, opio y mucho más. Los Chicos del Amanecer en particular se están volviendo demasiado arrogantes porque están robando muchos de esos productos valiosos. Y los secuestradores que merodean por los muelles secuestran a numerosos marineros visitantes y los arrojan en otras embarcaciones, si es que no les roban y les matan primero. Las noticias así vuelan, incluso mientras el puerto adquiere más y más fama. No podemos tener una mala reputación que interfiera más en los negocios del puerto de

Nueva York.

—¿Y la Policía no puede hacer nada?

—Art, ¿alguna vez ha intentado controlar a marineros que salen para pasar un buen rato en un puerto nuevo? Lo que nos interesa es el pillaje, en general, de las embarcaciones cuando atracan, no los marineros ebrios. Tenemos que encontrar la forma de ocuparnos de ello.

—Yo soy detective, Wash. No sé para qué podrían servir ninguna de mis destrezas en el río Este.

—Pero podría observar las pautas del pillaje. ¿No es ese trabajo para un detective?

Arthur Rivers suspiró profundamente: podía ver cómo sería.

—¿No existe una especie de Policía Fluvial?

—No, no existe. Pero —el americano dio unos golpecitos con el cigarrillo en un enorme cenicero dorado con la forma de George Washington— me gustaría que dispusiera de media docena de hombres. Y a ver qué puede hacer.

Arthur incluso se echó a reír.

—¿Media docena de hombres en el río Este para controlar los muelles día y noche? —dijo, incrédulo—. Hay, ¿cuántos?, ¡cincuenta muelles en el río Este! ¡Allí hay cientos de embarcaciones!

—Pero, como he dicho, usted observe las pautas. ¿Está organizado? ¿Es aleatorio? Esas cosas para empezar. Y los *b'hoys* no sabrán nada de usted durante un tiempo, lo que hará que esté protegido. Pero debemos obtener resultados. Las bandas (todas las bandas que rondan Five Points, el Bowery, Edificios Paraíso y El agujero en la pared) tendrán que darse cuenta de que ni siquiera sus amigos del ayuntamiento pueden tolerar la violencia que se da en el río y en los muelles públicos, porque de ahí es de donde viene la vida económica de la ciudad y no se debe interferir con ella.

Arthur negó con la cabeza. Él quería decir: «algún día estallará todo esto». Pero lo que realmente dijo fue:

—¿Qué opina su jefe, el hombre que está al mando de todo esto?

El capitán se llevó el cigarrillo a la boca. Al principio Arthur pensó que no iba a responderle. El humo del tabaco fluía. Fuera, a lo lejos, se oían las fuertes voces de los niños que jugaban en el agua que manaba libremente de la fuente, transportada por cañería desde el nuevo embalse. Que hubiera un bote de cristal lleno de orejas humanas no muy lejos de allí parecía una terrible pesadilla.

Era cierto, tal como había explicado el americano, los primeros neoyorquinos habían bailado elegantemente en Cherry Street con el mismísimo George Washington en hermosas casas tiempo antes de que las ventanas y las puertas estuvieran colgando y se balancearan de forma tan peligrosa y desesperada. Pero en aquellos días, como sabía Washington Jackson, tras las cortinas de las verdulerías de mala fama de aquella misma y oscura zona, tenía lugar otro baile, un baile diferente: el dinero cambiaba de manos entre los compañeros de ese mismo baile por los varios servicios prestados en esa todavía nueva, siempre floreciente y próspera ciudad, Nueva York.

—La democracia es... un asunto complicado, Arthur Rivers.

El capitán de la policía suspiró y volvió a llevarse el cigarrillo a la boca. El denso humo azulado se arremolinaba. Pues había poderosos bailarines en aquel baile de sobornos y corrupción. Los concejales y sí, los gerifaltes de la policía se «asociaban» con algunos de los hombres que vivían en los oscuros, contaminados callejones hundidos, fuera de las verdulerías, o en mugrientos y fétidos edificios de viviendas junto al río. Los líderes de la banda podrían reunir a un ejército de hombres si fuera necesario, si hubiese algún asunto que resolver, alguna protesta

que hacer. A los líderes de la banda les pagaban por sus servicios y de esa forma ayudaban a mantener los inmensos ingresos cada vez mayores de aquel salvaje puerto de ciudad en manos de los concejales elegidos democráticamente, aquellos hombres con tantos favores en la punta de sus dedos.

Por eso, cuando por fin respondió, mientras los niños jugaban en el parque de al lado con agua fresca y limpia, el capitán eligió sus palabras con lo que parecía haber sido, cuidado.

—El jefe de policía de Nueva York sí quiere una Policía Fluvial. Le agradecería que usted le ayudase. Pero... no confíe en exceso de su actual apoyo —Washington Jackson se llevó el cigarrillo a la boca—. Digamos que están pasando muchas cosas que usted, como extranjero, nunca podría comprender, entre los diferentes... los diferentes grupos de poder de Nueva York. Para ser jefe de policía en una gran ciudad, un hombre debe responder ante muchas facciones dispares. Por ahora digamos simplemente que algunos lo han descrito como un depravado y lamentable bulto de grasa y mezquindad.

Entonces, el capitán Washington Jackson del cuerpo de Policía Local de Nueva York apagó su cigarrillo.

Después de todos los días, las noches, las semanas y los meses que el detective inglés trabajó en los muelles del río Este apenas obtuvo ningún apoyo fiable. Trabajaba durante largas horas solo con su instinto de detective y un par de hombres fieles y leales de los que podía estar seguro que podía confiar. A muchos miembros del cuerpo de Policía, incluidos los miembros de su propio equipo, él, sus formas inglesas y, en particular, su rechazo a aceptar dinero adicional les provocaba desconfianza. (A Arthur Rivers le habría venido muy bien el dinero extra: tenía a mucha gente a su cargo, pero nunca se le habría pasado por la cabeza ¡antes volar que aceptar ningún soborno!). Durante mucho tiempo parecía que no tenía ninguna influencia en aquel enorme, salvaje, incómodo y peligroso lugar donde la niebla de la noche caía, que también guardaba un estimulante tesoro oculto maravillosamente valioso y comercializable, de gran interés para mucha gente, por muchas razones.

Y, sin embargo, poco a poco, después de muchos, muchos meses obtuvo algún resultado. Solo con el conocimiento de sus agentes más leales, Arthur organizó un sistema en el que los barcos de carga más valiosos podían enviar con anterioridad algún aviso para que pudiese ser custodiado de forma apropiada hasta que descargase y estuviese la carga en camino, ya fuese hacia la ciudad en sí o hacia el oeste a través de un país en constante expansión. Se enteró de que Los Chicos del Amanecer usaban una vieja fábrica de ginebra en Slaughterhouse Point como cuartel general. Encontró a algunos habitantes de Water Street con motivos de queja, a quienes persuadir para sacar información. Descubrió que los ropavejeros del Ragpickers Row, que hacían repiquetear sus latas y sonar sus campanillas mientras tiraban de sus carros repletos de bienes de segunda mano para venderlos en las calles de Nueva York, a menudo eran los traficantes de los bienes robados en los muelles. Más adelante apresaron a varias de las silenciosas bandas de maleantes nocturnos que actuaban en el río. En ocasiones los bienes podían ser devueltos a sus propietarios. Los cuerpos que caían al río eran más de los maleantes que de los vigilantes. Los padres de la ciudad estaban satisfechos (siempre que ciertos «socios» suyos no fuesen declarados culpables en el caso de que los asuntos llegasen a un punto crítico); aparentaban no apreciar lo irónico de sus divididas lealtades.

Pero los «socios» de los padres de la ciudad no estaban satisfechos.

Y fue por eso que se hicieron comentarios, especialmente más tarde, entre repollos, apios y lechugas, tras las cortinas de las verdulerías. Comentarios sobre un policía inglés.

—¿Qué hace un policía inglés trabajando en el cuerpo de Policía de Nueva York? ¿Quién lo

ha consentido?

Nadie sabía responder.

—¿Le han ofrecido un paquete a ese tipo?

—No acepta dinero.

—¿Qué quieres decir con que no acepta dinero?

—Que no acepta dinero.

—Vaya, se está convirtiendo en un gran incordio. Atrapadle.

Y entre las sombras, una mujer alta y de aspecto salvaje sonrió ligeramente mientras volvía a salir por la cortina de la verdulería en Cherry Street (esa calle en la que, una vez, George Washington había bailado con gran orgullo).

## Capítulo 9

Marylebone, Londres

Querido Arthur:

Espero que a la llegada de la presente estés bien, al igual que yo al enviártela. El tiempo que tardan las misivas en llegar de Londres a Nueva York es largo e inseguro así como esta carta abandona mi mano con inquietud y preocupación: tal es la vida que has impuesto a tu familia, la que dejaste abandonada aquí, en Inglaterra.

Te escribo en este preciso momento para informarte de que tu hija Millie ha dado a luz a su cuarto hijo, una niña por fin, a la que por supuesto hemos llamado Elizabeth por la querida madre de Millie y Faith, mi querida hermana y tu querida esposa. Una vez más nace un niño sin que el abuelo materno esté presente, y todos hemos sentido profundamente la pérdida, ¡y yo he sido el único miembro de la familia por parte de Millie y Faith!

Desearía que pudieses encontrar en tu corazón la fuerza para dejar a esa fatídica mujer y volver a Gran Bretaña, pues aquí hace falta tu ayuda. Fred, el marido un tanto disoluto de Faith, si me permites el atrevimiento de decirlo, fue levemente herido esta semana cuando se apeaba de uno de los ómnibus que inundan nuestras calles. Tenemos suerte de que no fuese peor y nos alegramos de que su puesto en la escuela no se viese afectado. No me corresponde a mí decir que hubiera estado ebrio, pero me he percatado de que tiene cierta inclinación hacia el alcohol. ¿Acaso eso no te atormenta, Arthur Rivers? Y Faith tiene cuatro hijos también a los que hay que mantener de algún modo. No comprendo cómo puedes deambular todavía por ese país desleal junto a tu casquivana meretriz mientras tu hija sufre. Creo, y que te sirva de consuelo, que el Señor nos juzga a todos cuando nos llega la hora.

Me han contado que el príncipe Alberto ha defendido la idea de que el nuevo telégrafo de ese señor Morse tuyo debería ser colocado bajo el océano Atlántico, a través de tubos, y arrastrado por un barco de vapor durante millas hasta llegar a Inglaterra. Él (el príncipe) es un hombre con muchas ideas, algunas de ellas, quizás, un tanto vulgares y modernas para este antiguo e histórico país (¡pero qué se puede esperar de un alemán!). Nuestra querida reina debe tolerar demasiadas cosas.

Si estuviese bien, tal vez escribiría más, pero el tiempo no pasa en balde por ninguno de nosotros, así que voy a terminar.

Tu obediente cuñada.

Agnes Spark (señorita)

P.D.: Hemos recibido tu contribución económica el día 7 del corriente.

## Capítulo 10

EL circo: tiempo de soñar solo por una noche en un pueblo muy pequeño llamado Hamford, a muchas millas de Nueva York.

Dentro de la Gran Carpa las lámparas arrojaban una luz suave y cálida y creaban extrañas y excitantes sombras, haciendo señales a la multitud mientras llegaba en tropel a través de los campos de cultivo a la caída del sol al mágico y hechizante lugar: el circo. En la parte de atrás, en la penumbra, fuera de la vista del multitudinario público que se encontraba en el interior de la carpa, había una elefanta india. De orejas pequeñas, colmillos de marfil y mirada medio melancólica, medio astuta, la elefanta esperaba con inmensa paciencia. Tenía la trompa enroscada en el mango de una cesta muy grande que tenía ruedas y que se había convertido en la versión de Silas P. Swift de una de esas nuevas máquinas llamadas cochecito de bebé. Dentro del cochecito estaba sentado un pequeño bebé elefante, asomando las orejas a través del gorrito que llevaba puesto tejido especialmente para él y balanceando con tranquilidad su propia trompita muy suavemente de lado a lado.

La multitud que había dentro de la carpa aspiraba el olor de las lonas, el serrín, los animales exóticos y las lámparas hablándose a gritos los unos a los otros de un extremo a otro: impacientes, ansiosos. Los hombres escupían grandes bolas de tabaco mascado que aterrizaban en las paredes de la carpa y después caían deslizándose, dejando manchas oscuras. Las mujeres, ataviadas con coloridos sombreros, llamaban a los amigos sentados más arriba con voces de entusiasmo, riendo y saludando con la mano. Los niños jugaban en el suelo; a ninguno le preocupaba que el barro manchase sus botas, prendas o rostros mientras esperaban sentados, de pie, dándose empujones o acomodados: su entusiasmo era casi incontenible al mirar a la pista de serrín espléndidamente alumbrada por todas las lámparas de aceite, sombreada y extraña.

La llegada del circo era lo más emocionante que había ocurrido allí, en Hamford. Cómo esperaron granjeros, tenderos, cordeleros, herreros, curtidores, comerciantes de la madera y sus esposas e hijos. Cómo esperaron todos el día en el que pudieran ir al pueblo o recorrer sus solitarios caminos hacia Main Street, donde los tenderos estarían cerrando los postigos o llevándose sus carros repletos de bienes y todos, todos ellos, caminando con prisa hacia la amplia carpa que, milagrosamente, apareció aquella tarde en medio de un campo (la carpa montada poco después del exótico y rutilante desfile circense que había tenido lugar a lo largo de Main Street acompañado del fuerte sonido de la banda de música). La gente de Hamford hacía cola para pagar mientras que el jefe de pista, con su chaqueta roja, exclamaba a través del megáfono a la vez que recogía el dinero (sustituyendo al señor Silas P. Swift, que había vuelto apresuradamente a Nueva York).

—¡TODO EL CAMINO DESDE LAS TIERRAS REMOTAS DE LA INDIA! —exclamaba—  
¡DESDE LA COSTA ÁRTICA! ¡DESDE ARABIA O DESDE EL COLISEO ROMANO! ¡PASEN  
Y VEAN! ¡PASEN Y VEAN SEÑORAS Y SEÑORES! ¡EL NUEVO Y GRACIOSO BEBÉ  
ELEFANTE! ¡PASEN Y VEAN! ¡PASEN Y VEAN! ¡PASEN POR AQUÍ, EL FANTASMA  
ACRÓBATA DE LONDRES, INGLATERRA, QUE ESTA NOCHE APARECERÁ DESDE EL

CIELO PARA AYUDARLES! ¡PASEN Y VEAN, PASEN Y VEAN SEÑORAS Y SEÑORES!  
¡POR TAN SOLO CUARENTA CENTAVOS! ¡NIÑOS VEINTE CENTAVOS! ¡PASEN Y VEAN  
EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT!

Dentro de la carpa el ruido que hacía la multitud mientras esperaba crecía y crecía, entonces, de repente, la banda de música entró. Hombres ataviados con resplandecientes uniformes azules (quizás los uniformes de los músicos de bandas fuesen los únicos que se toleraban en América) empezaron a tocar una alegre pieza y entonces, casi al mismo tiempo, el jefe de pista con su chaqueta roja, que ahora también llevaba puesto un sombrero de copa y portaba una largo látigo (había guardado bajo llave en una gran caja fuerte la recaudación en una de las caravanas), avanzó a grandes zancadas hasta el centro de la carpa y dio un brinco para subir a la tarima vivamente iluminada. La multitud aplaudía desde sus sitios, bancos de madera. El jefe de pista se quitó el sombrero e hizo una reverencia. Y entonces sonó el látigo: «¡KSHSH! ¡KSHSH!». El fuerte sonido resonó en toda la Gran Carpa y después medio resonó otra vez. Y siempre, por alguna razón, en las pequeñas y grandes ciudades de todo el país, siempre ocurría lo mismo: la gente contenía la respiración porque ya estaba allí, les rodeaba como si fuese un sueño: la magia del circo.

Los pálidos payasos con sus enormes sonrisas pintadas de rojo, sus narices de goma y sus exagerados zapatos entraron brincando por el oscuro fondo, alzando las voces por encima de la banda de música y riendo, llamando a la gente de Hamford, que inmediatamente les respondió: «¡Hola!». Los payasos daban volteretas, tropezándose con sus propios zapatos y golpeándose unos a otros, y hacían malabarismos con bolas de colores que en ocasiones lanzaban al público, que luchaba ruidosamente entre ellos para hacerse con tal tesoro. Los payasos sacaron entre todos una gran red, parecida a una red de pescar: a veces se arrojaban los unos a los otros a la red para deleite del público, en especial de los niños, y manteaban a la víctima, que parecía que volaba de un modo torpe a la vez que protestaba. «¡*Alehop!* ¡Hurra!».

A la señal de otro golpe de látigo un alto y sumamente adornado jefe indio entró montado a caballo con su gran tocado de plumas, el rostro embadurnado de pintura, pendientes en las orejas y collares. Delante de él guiaba por toda la pista a unos doce caballos a los que habían puesto coloridos mantos: iban a medio galope cada vez más y más rápido, haciendo saltar el barro y el serrín con los cascos. Entonces, a la señal del indio de repente todos los caballos levantaron sus cascos con gracia al compás de la música: «¡Caballos danzantes!». Los hombres que se encontraban entre el público, pensaran lo que pensasen sobre los indios piel roja, estaban impresionados. Entonces, justo cuando los caballos hacían una reverencia («¡Mirad, los caballos están saludando!»), la antedicha lúgubre elefanta india, agitando las orejas, apareció desde la oscuridad, empujando con su trompa la enorme cesta sobre ruedas. El bebé elefante fue descubierto de inmediato. El público exclamó gozoso:

—¡Ohhh! —exclamaron—. ¡Viene de las tierras remotas de la India! ¡Ahhh, mirad, mirad el pequeño! ¡Mirad, mirad el gorrito de punto! ¡Oh! ¿A que es lindo?

El jefe de pista, ataviado con su chaqueta roja, se movió. «¡Kshksh!», sonó el látigo y la elefanta, que seguía empujando la cesta portátil en la que iba su bebé, se detuvo, se mantuvo durante un instante sobre sus dos patas traseras, igual que habían hecho los caballos y agitó la trompa. Entonces, bajó con cuidado hacia el suelo, enrolló la trompa alrededor del mango del cochecito y caminó impasiblemente por la pista: sus ojos astutos examinaban al público, que observaba la piel arrugada, hirsuta y gris de la elefanta. Los caballos, a los que el jefe indio mantenía agrupados dirigiéndose a ellos en una especie de conjuro propio, hacían repiquetear las campanillas de sus arneses y la banda de música seguía tocando.



—La reina Victoria de Inglaterra ha encargado tres de estas máquinas nuevas, ¡el cochecito para niños! —exclamó el jefe de pista de forma triunfal a través de una bocina roja que le amplificaba la voz, y la multitud volvía a hablar en voz alta, diciendo que la reina de Inglaterra siempre había sido una aventurera, nunca se sabía. Aquella noche las voces de la multitud se volvieron, en ciertas secciones, burlonas: «¡Debe tener unos bebés enormes, ja, ja, ja!»». Pero al jefe de pista (alentado por Silas P. Swift) le gustaba revolver las cosas, avivó el alboroto y el ruido al nivel más alto posible.

Entonces, los tragafuegos salieron corriendo de la oscuridad, tras ellos aparecieron los enanos saltando unos sobre los hombros de otros, haciendo malabares de una forma muy hábil con pequeños palos de madera. Un exótico y jorobado camello fue guiado hacia la luz, parpadeando. Y siempre entre gritos de «¡Hurra!», «¡*Alehop!*» y «¡Quieto!» los artistas hablaban continuamente entre ellos, mandándose mensajes sobre las actuaciones, sobre el público, haciendo bromas, eligiendo la coordinación en cada acto y en todo momento: las continuas conversaciones secretas que tenían lugar en el circo. El exótico camello se balanceaba de lado a lado al caminar con suma delicadeza, cubierto por un tapiz elaborado y lujoso de valor incalculable (aunque en realidad eran abalorios muy brillantes cosidos a unos mantos por la encargada del vestuario). «¡Hurra!»». Los abalorios resplandecían como joyas a la luz de las lámparas de aceite colgadas por todas partes. «¡Quieto!»». El elegante camello con su extraño lomo jorobado movió su largo cuello de lado a lado, como si no diera crédito de su destino, y entonces, al sonido de otro latigazo, subió con desdén sobre sus patas extremadamente delgadas a la tarima del jefe de pista. Y bajó tambaleándose, mas con gracia, por el otro lado mientras que los tragafuegos pasaban corriendo por su lado, tragando grandes llamas y lanzándolas después al aire. Los tambores sonaron con más fuerza y la gente gritaba:

—¡Hurra! ¡Hurra!

Entonces, unos hombres ataviados con brillantes chalecos de cuero entraron corriendo en la pista: los *cowboys* mexicanos, los charros, seguidos de una jauría de perros. Se hicieron con los caballos, que aún estaban allí esperando, y se montaban en uno durante un instante para saltar a otro y después a otro a la vez que les acuciaban para que galopasen por la pista seguidos por los perros alborotados que ladraban. Unos mexicanos se colocaban de un salto sobre los hombros de otros mexicanos para formar sus pirámides humanas. El público aplaudía y gritaba y se movía al ritmo de la música y los hombres que había entre el gentío escupían tabaco con deleite aunque los jinetes fuesen mexicanos. Más escupitajos de saliva que aterrizaban en las paredes de la carpa, dejando manchas más oscuras y húmedas. Y durante todo el tiempo, el serrín y el barro suspendidos en el aire, los gritos en español, los caballos ya sudorosos, los perros que ladraban, los hombres empapados en sudor, la música, el olor de los animales, el ruido, la emoción: ¡Oh! ¡El circo!

«¡KSHKSH! ¡KSHKSH!»», el látigo volaba a través del aire: la multitud guardó silencio al ver entrar traqueteando dos jaulas en la pista, tiradas por un caballo cada una y ambas acompañadas por un domador con un látigo. En una de las jaulas un león rugía y cada vez que lo hacía el domador, que solo tenía un brazo y que iba ataviado con una toga romana, golpeaba el lado de los barrotes de la jaula con el látigo y el león volvía a rugir, mostrando sus colmillos, y el público gritaba, y a veces un caballo, sobresaltado, se encabritaba y de inmediato se calmaba al escuchar un extraño sonido que provenía del jefe indio. Cuando el público puso su atención en una jaula de un tamaño aún mayor y vio un enorme oso de color blanco sucio, que no hizo caso del fuerte latigazo en los barrotes, se preguntaron unos a otros:

—¿Por qué enjaular a un oso? ¡Miradle! ¡Está tranquilo!

Aquel era el oso que le habían vendido a precio rebajado a Silas P. Swift, pérfidamente, como un oso danzarín. Era verdad que bailó en una ocasión, pero nunca lo volvió a hacer. El público no podía ver con claridad sus pequeños ojos sin expresión, quizás no sabían que los osos blancos comían carne humana.

Los tambores redoblaron y el domador de leones de un solo brazo se subió a un lado de la jaula del león. Los tambores se detuvieron: el público contuvo la respiración. Justo antes de que abrieran la puerta de la jaula, el jefe de pista dijo a través de su megáfono:

—SEÑORAS Y SEÑORES, NIÑOS Y NIÑAS, LES RECORDAMOS QUE DEBEN GUARDAR SILENCIO ABSOLUTO MIENTRAS QUE EL DOMADOR DE LEONES, QUE HA VENIDO DIRECTO DEL COLISEO ROMANO PARA ESTAR CON TODOS USTEDES ESTA NOCHE, ENTRA EN LA JAULA DE ESTE PELIGROSO ANIMAL SALVAJE. ¡CUALQUIER RUIDO QUE HAGAN PODRÍA PONER SU VIDA EN GRAN PELIGRO!

Se escuchó a la gente susurrar a sus hijos. Otro latigazo, esta vez del domador de leones. Silencio. Y entonces el domador abrió la puerta de la jaula con su única mano y entró. El león mostró sus colmillos pero no emitió ningún sonido; en aquella carpa abarrotada se podría haber oído el vuelo de una mosca. El hombre y el león se miraban mutuamente. Entonces el domador, con suma delicadeza, puso su látigo en el suelo de la jaula, colocó su única mano sobre el hocico del león, le abrió la boca y muy lentamente, con sumo cuidado, metió la cabeza entre los colmillos del león con la mano todavía sosteniendo la mandíbula superior del animal. Se escuchó un grito ahogado por parte del público y el jefe de pista levantó una mano en señal de advertencia. Pero siempre había alguien, algún muchacho joven, que noche tras noche, ciudad tras ciudad gritaba:

—¡Arráncale la cabeza!

En una fracción de segundo el domador ya estaba en el otro extremo de la jaula con el látigo en la mano. Había dejado la puerta abierta: así era como funcionaba, aquella era la mecánica en cada ciudad; el león, que había permanecido inmóvil, rugió, pero en un instante el domador ya estaba fuera de la jaula y había vuelto a cerrar la puerta. (En realidad no había perdido el brazo al ser atacado por un león, un carro muy pesado le atropelló, pero esa historia nunca se contaba). Golpeó uno de los lados de la jaula con el látigo y el león rugió y arremetió contra los barrotes.

¡Con qué entusiasmo aplaudía la gente! ¡Cómo gritaban y pateaban de alivio!

—¡Casi se lo come!

Y el espeso olor a excremento, a lona, a animales se hacía más y más intenso y el león rugía y había latigazos y los payasos gritaban y arrojaban más serrín de cubos de alegres colores sobre el barro que se había hecho una masa. La atmósfera estaba tan cargada y caldeada que incluso una pobre mujer se desmayó y tuvo que ser trasladada fuera, llevada por encima de las cabezas de la gente, como si de un paquete se tratase. Su pequeño pie embotado caía de sus enaguas de una forma tan desafortunada que se escucharon vítores por parte de los hombres que había en el público.

Pero la mujer y su pierna desnuda pasaron pronto al olvido cuando los tambores volvieron a redoblar. Aparecieron dos acróbatas: un hombre musculoso con un bigote extremadamente frondoso y una bella muchacha que llevaba puesta una tiara. «¡ALEHOP!». Ambos entraron corriendo en el círculo vivamente iluminado, saludando con la mano y brillando con aquellos coloridos y resplandecientes trajes. De un salto se subieron con facilidad a los mástiles de la carpa y treparon hasta arriba del todo para agarrarse a los trapecios que colgaban allí. «¡ALEHOP!». Hacían volteretas de una barra a otra con suma facilidad, cada vez más y más

rápido, el acróbata mayor, que se dirigía a la chica en francés, era particularmente gimnástico e intrépido: le conocían como Pierre *l'Oiseau*, Pierre *el Pájaro*. La muchacha que llevaba la tiara saltaba dejándose caer hacia él.

—¡Mirad, lleva una corona! ¡Cree que es una princesa! Pero qué guapa y hábil es, ¿verdad?

El hombre francés atrapó a la muchacha y pareció que volvía a lanzarla hacia un lejano trapecio. «¡ALEHOP! ¡ALEHOP!». La multitud estaba locamente entusiasmada y también estremecida.

—¿Y si se caen?

Lo único que había debajo era el serrín de la pista. Gritos ahogados surgieron ante lo que parecía que había sido un fallo por parte de él al agarrarla con una mano, agarrándola con la otra.

—¡Se podría haber caído con tanta facilidad!

Muchos de ellos, estrictos feligreses, se olvidaron por un momento de que aquel era el comportamiento vergonzoso y desvestido que los pastores de la Iglesia habían criticado de tan embelesados que estaban con los rostros vueltos hacia arriba con el valor y la habilidad. Entonces, desde el suelo alzaron un balancín para dárselo a la chica de la tiara reluciente. Ella abandonó la seguridad que le ofrecía su compañero y comenzó a caminar sobre un cable horizontal casi invisible, utilizando el delgado balancín para mantener el equilibrio, los pies con unas zapatillas de *ballet* planas y de color rosa. El público lanzó un grito ahogado «¿Se va a caer?». Quizás incluso querían que se cayera para hacerlo más emocionante. En una ocasión, hacía años, ya se había caído un trapecista en Hamford. El médico que había entre el público no pudo hacer nada por él y murió allí, en Hamford, y se habló de aquello durante muchos meses, lo que se añadía al *frisson*<sup>17</sup> de ese momento al ver a la princesa. Pero colocó un pie, después otro. Toda la carpa contenía la respiración, en silencio. Llegó directa al otro extremo del cable, se dio media vuelta y emprendió el peligroso viaje de vuelta. Pero entonces, de pronto, se detuvo. Pareció que se tambaleaba. Dejó caer el balancín al suelo y corrió, corrió de verdad por el alambre hasta los brazos de Pierre *el Pájaro*, que la estaba esperando, saltando ligeramente sobre sus hombros. «¡ALEHOP!», y saludó con gracia a la multitud. ¡Qué manera de devolverle el saludo, cómo gritaban de deleite! Y entonces, con la misma facilidad, los dos acróbatas se separaron y se colgaron por encima del público, arriba y abajo, meciéndose y balanceándose con suavidad mientras la multitud aplaudía, gritaba y zapateaba al ritmo de la música.

Pero entonces, de repente, la banda de música dejó de tocar, a excepción del tambor que volvía a redoblar. Esta vez, sin embargo, el sonido era ligeramente amenazador. Y, sin saber cómo (la multitud miraba con inquietud a su alrededor), las luces se atenuaron, retiraron muchas de las lámparas o las apagaron. El aplauso del público vaciló, el león, de pronto, empezó a emitir un sonido distinto. Los demás animales se quedaron inmóviles en el lugar donde se encontraban dentro de la pista.

Y, sin saber cómo (no estaba claro cómo), se pudo vislumbrar a otro acróbata totalmente misterioso: una figura que definitivamente no se encontraba allí antes, en el otro extremo del cable de los acróbatas. Aquello era casi imposible.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

Los otros dos seguían balanceándose suavemente en sus trapecios. La figura misteriosa, casi a oscuras y a lo lejos, permanecía suspendida allí, en el aire, inmóvil. La multitud estaba estupefacta.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

Entonces, fuese lo que fuese aquello, pareció haber desaparecido completamente en la sombra, donde no había ni un solo trapecio (o eso parecía). Y de pronto, en medio de aquel

silencio de fascinación, los tambores redoblaron. Entonces, al final de un mástil de la carpa, donde las lámparas no daban más que una turbia luz, se encontraba la misma figura. Parecía un fantasma. La multitud guardó silencio espeluznada. El fantasma se movió lentamente hacia la luz, casi parecía que flotaba. Era una figura envuelta en pañuelos. El jefe de pista había desaparecido y la figura caminaba hacia la tarima roja que había en el centro de la pista del circo. Hasta el león guardaba silencio: solo se sentía el olor a animales, muchedumbre y barro mezclado con el olor a serrín, a lona y a cuerdas. Algo. Algo de aquella figura que se encontraba allí de pie hizo que todas las personas que se encontraban en aquella calurosa tienda contuviesen la respiración, hechizadas.

Y entonces el fantasma habló.

Ella (porque era evidente que se trataba de una mujer) habló con el tono de voz que se utiliza para llenar grandes espacios: nadie sabía cómo, pero habló sin gritar, en un todo bajo pero claramente audible.

—¿A quién puedo liberar de su sufrimiento? —preguntó el fantasma.

Aquello en particular era lo que todas aquellas personas habían estado esperando. Habían oído hablar sobre aquello. Se formó un disparatado tumulto: hombres gritando, gente que se acercaba a empujones al frente o empujaba a otra gente.

—¡Aquí! —decían las voces—. ¡Aquí!

Llegados a ese punto, el león comenzó a rugir con fuerza y a golpear con la cabeza los barrotes con tanta furia que su cuidador tuvo que dar un latigazo para que, en ese momento, el caballo que tiraba de la jaula la trasladase hacia la parte de atrás, hacia la oscuridad (aquellas fueron las estrictas instrucciones que le dio el gerente en el caso de que el león intentase perturbar el desarrollo de la actuación) y el rugido se volvió más distante al alejarse la jaula y desaparecer, aunque se podía seguir oyendo, tan extraño allí fuera, aquella tarde, el rugido de un león que resonaba en aquella pequeña y nueva ciudad de la nueva y gran América.

El oso que comía seres humanos y que no bailó, no hizo ningún ruido desde dentro de su jaula en el lugar de la pista del circo donde la habían colocado. La mamá elefante sacudía levemente sus orejas. Solo a veces, uno de los caballos que se encontraba junto al jefe indio agitaba la brida y las pequeñas campanillas plateadas brillaban y sonaban entre las sombras.

Entonces, la figura fantasmal señaló hacia arriba con un lento y elegante gesto. Sus pañuelos plegados centellearon al girarse en dirección a la princesa, que en aquel momento se encontraba de pie sobre el trapecio.

Y algo, ocurrió algo, algo pasó entre el fantasma y la princesa. No dijeron nada, sin embargo ocurrió algo. Fue casi como si la multitud lo hubiera visto, pero no había visto nada. Varias personas tuvieron escalofríos, incómodas, y buscaron el calor de sus amigos y su familia. Algo silencioso, tácito, y el sonido muy, muy bajo de los tambores. Entonces, desde su alta posición ventajosa, la princesa le indicó algo al fantasma. Señaló, una sola vez, hacia alguien al que habían acercado a la parte delantera del público.

En aquel mismo momento, aquella podría haber sido la parte más dudosa para aquellos que no creían en los fantasmas o en los poderes mágicos, pues tal vez alguien en especial podía haber sido colocado entre el público. Sin embargo, aquello no era Nueva York, era Hamford, a muchas millas al oeste de Nueva York, una pequeña ciudad que cultivaba maíz y en la que habitaban menos de ochocientas almas y la mayoría de ellas se encontraban allí aquella noche, ya que la carpa tenía capacidad para seiscientas y estaba llena y rebosante. Allí todo el mundo se conocía o conocía a alguien que conocía: en Hamford no se podía engañar a nadie. «¡A la gente de Hamford no se le escapa ninguna mentira!», se decían siempre unos a otros. No cabía la posibilidad de

haber puesto a alguien entre el público para hacer trampa porque el salvaje y sensible público de Hamford se habría dado cuenta a la primera y hubiera provocado disturbios.

Así que, cuando la acróbata señaló a alguien entre la multitud, esta se giró para mirar a una pequeña mujer pálida a la que habían acercado entre otras dos mujeres y un hombre.

—Pero si es Emily —se susurraban unos a otros—. Pero si es la pobre Emily.

Las noticias corrieron en un susurro a través de la multitud. Todo el mundo conocía a la pobre Emily: sus dos hijos habían muerto abrasados por las llamas dentro de su hermosa casa de madera recién construida y recién pintada de blanco y Emily, a consecuencia de ello, se había vuelto loca. La cabeza le dolía tanto que no podía soportar el dolor, la movía continuamente y caminaba por las calles de Hamford gimiendo y llorando, lo que suponía un problema para su familia. Sin embargo, nunca hablaba de sus hijos, de manera que el llanto se había vuelto incoherente y unos a otros se decían que se había vuelto loca. «Necesita que se la lleven», decía la gente de Hamford, aunque nadie sabía a qué lugar podrían llevársela.

—Traedla hacia mí —dijo la figura fantasmal, que se encontraba sobre la tarima que había en el centro de la pista del circo, con su voz extraña y oscura.

Acercaron a la pálida y consternada mujer, cuyo sufrimiento era evidente. De hecho casi la tuvieron que llevar en brazos hasta el centro de la pista. De repente el redoble de tambores que sonaba de fondo se detuvo. En silencio se colocó una silla también sobre la tarima y los miembros de la familia que acompañaban a la mujer la ayudaron a subir. El hombre intentó sentarla en la silla pero ella arremetió con desesperación contra la figura de los pañuelos.

—¡Me duele la cabeza! —gritó, sacudiendo la cabeza—. ¡La cabeza no deja de dolerme!

Y la multitud silenciosa escuchó con total claridad decir al fantasma:

—Deje que yo me ocupe de usted.

Quizás había algo en su voz o en sus palabras que hizo que Emily se dejara colocar en la silla aunque todavía sacudía la cabeza de un lado a otro. La etérea figura hizo una señal a la familia, que se apartó de la tarima y se quedó inmóvil en el serrín. En las sombras un caballo piafó y estiró el cuello, y en el silencio se escuchó el tintineo de las campanillas de las bridas. La figura envuelta en pañuelos desenrolló lentamente los que le rodeaban el rostro. Las personas que se encontraban más cerca pudieron ver a una hermosa mujer de cabello oscuro y rostro pálido con un extraño mechón de pelo blanco en la frente. Los pañuelos cayeron a la tarima, el fantasma se acercó a Emily, que la miraba fijamente a pesar de que seguía moviendo la cabeza automáticamente de un lado a otro. La figura, inclinándose ligeramente, comenzó a mover las manos justo por encima de la cabeza de la mujer y de la parte superior del cuerpo. Gestos amplios de sus manos y brazos, una y otra vez, cerca pero sin tocar, una y otra vez, moviendo las manos de forma rítmica una y otra vez, una y otra vez, con los ojos encerrados en los ojos de Emily. Parecía que, quizás, también le estuviese murmurando algo a Emily mientras trabajaba, pero la multitud no podía oír sus palabras. La multitud veía que la cabeza de Emily seguía moviéndose, pero ella ya estaba más calmada.

Y entonces, la pálida mujer, la pobre y triste Emily, sin saber cómo, se durmió. Los brazos le colgaban a los lados de la silla, tenía la cabeza inclinada ligeramente hacia atrás. Sin embargo, la figura no cesó de mover las manos sobre ella una y otra vez durante algunos minutos sin dejar de susurrar a Emily de vez en cuando. La multitud guardaba silencio: tan solo se escuchaba a alguien respirando de forma agitada, tosiendo un poco o la voz de un niño preguntando en voz alta. La elefanta barritó una vez y provocó un pequeño revuelo entre la multitud, pero todos seguían mirando hacia el centro de la pista. Por fin, la misteriosa figura cubierta de pañuelos disminuyó la velocidad de los movimientos y se quedó quieta, observando a la pálida mujer joven, observando

a la pobre Emily, a quien todo el mundo conocía.

Como si hubiese recibido una orden (que quizás si hubiesen recibido, pues aquello era, después de todo, un espectáculo) la banda de música comenzó a tocar de nuevo. En ocasiones, llegados a ese punto, Silas P. Swift requería un himno si el espectáculo circense se veía interrumpido por alguna persona religiosa que no aprobase todo el espectáculo (y aquella parte era la que más desaprobaban, ya que los milagros y la supuesta imposición de manos —en la que no se podía hacer mucho hincapié— eran totalmente inaceptable si los hacía cualquiera que no fuese el Señor). Pero aquella noche no tuvo lugar tal interrupción, así que la banda empezó a tocar, pero de forma muy sosegada, una versión un tanto melosa de *Hogar, dulce hogar*<sup>18</sup>. El elefante volvió a barritar (tal vez en respuesta a la trompeta de la banda) y la multitud se echó a reír, algo nerviosa, con un ojo puesto en la mujer durmiente. Ella no se movió.

Y entonces, curiosamente (aunque para los artistas del circo no era nada curioso ya que ocurría cada noche en cada pequeña ciudad), todo el mundo reconoció la melodía y empezó primero a tararear acompañando a la banda de música y después a cantar en voz baja:

*Con placeres y palacios,  
donde estemos dará igual,  
aunque seamos pobres,  
no hay lugar como nuestro hogar.*

Hamford cantaba suavemente.

Y entonces la mujer, la pobre Emily cuyos hijos habían muerto abrasados por las llamas, se despertó.

La banda de música fue amainando lentamente el sonido al final de la estrofa y las voces que cantaban se fueron apagando.

La pobre Emily despertó tranquila, sin miedo y sin sobresaltos, como si despertase de un sueño muy, muy profundo. Los demás la vieron moverse, el hombre, que se encontraba cerca de ella, el padre de los niños que habían muerto abrasados, vio que el rostro pálido de su esposa había tomado color. Ella miró al fantasma (es decir, a la figura que se había vuelto a envolver en pañuelos) y el público realmente oyó a Emily suspirar, como si saliese de lo más profundo de ella. Su cabeza ya no se movía. Y entonces, de forma muy trémula, sonrió a la dama de los pañuelos.

—Sí —dijo, como si respondiese a alguna pregunta ligeramente desconcertante, girándose después hacia su marido.

Y en lenta procesión, con el público estupefacto, el marido la tomó del brazo, pero ella caminaba sola, ya no la tenían que llevar, no la tenían que guiar, no sacudía la cabeza, Emily y su familia salieron caminando de la carpa, adentrándose en la oscuridad. Y cuando la multitud (todos los que conocían a Emily y a sus bebés que murieron abrasados y su problema, quienes habían presenciado totalmente atónitos aquella escena) volvieron a mirar a la tarima roja, estaba vacía. El fantasma se había ido... No, estaba allí, Dios mío.

—¡Arriba, en uno de los trapecios, con los otros dos acróbatas! ¡Mirad! ¡Ahí está la figura misteriosa!

La figura misteriosa, aquel fantasma, estaba en uno de los trapecios por encima de ellos, balanceándose hacia atrás y hacia delante entre la sombra y la luz, hacia atrás y hacia delante. Sin saber cómo, la luz se atenuó más y más y entonces hubo un enorme estrépito de tambores que hizo que el público gritara del susto y, cuando volvieron a mirar, el trapecio estaba vacío. Fascinados y

en silencio miraban como el trapecio vacío se movía cada vez de forma más y más lenta hasta que se detuvo.

El clamor del público dio muestras de su aprobación, la banda comenzó a tocar un sonoro himno yanqui y todo el circo (los animales, los domadores, los tragafuegos, los enanos, los payasos, los caballos y el jefe indio) rodearon la pista. Los jinetes mexicanos portaban algunas de las lámparas, esta vez meciéndolas entre el público: la carpa estaba llena de extrañas sombras y magia. La elefanta con su bebé en el recién estrenado cochecito se unió al círculo. Todos, todos se movían y bailaban, galopaban o se movían con pesadez (todos ellos tan relucientes y glamurosos) alrededor de la pista mágica del circo ambulante Mr. Silas P. Swift cuando, de repente, allá arriba, sobre ellos, la princesa y el francés Pierre *el Pájaro*, volvieron a balancearse en los trapecios despidiéndose de Hamford. Pero el fantasma se había ido.

El público salía en tropel de la carpa, arremolinado, hacia el templado y agradable aire primaveral, y en sus voces todavía se percibía el entusiasmo. La luna, casi llena, les mostraba el sendero que tenían que seguir y también se habían colocado algunas antorchas encendidas para alumbrar el camino de salida del campo. Y a la vista del camino que les llevaba de vuelta a sus interminables vidas, una mirada parecía atravesar la multitud («no, no, todavía no») y muchos de ellos se giraban solo una vez más hacia el circo. En aquel momento las antorchas alumbraban las jaulas de los animales, los carrmatos y el exterior de la enorme carpa. Dentro de ella, la gente del circo se movía y proyectaba largas sombras sobre la lona. Estaban sacando montones de barras acrobáticas y extrayendo del suelo las estacas y las argollas de la carpa: ya estaban recogiendo todo para viajar a la siguiente ciudad y la gente de Hamford sintió una especie de melancolía mágica. Ellos habían visto el circo y ahora el circo se iba.

Y gran parte del público no abandonaba el lugar («todavía no, todavía no»), deambulaba acercándose a la parte de atrás de la carpa, atraídos por los fascinantes tejemanejes, los rugidos del león, los ladridos de los perros, las voces de la gente del circo llamándose unos a otros. Alguien estaba cocinando sobre un pequeño fuego; el olor a salchichas y a cebolla flotaba en el aire junto al olor a excrementos, barro y gente.

—¿Era un fantasma de verdad? —preguntó un niño en voz alta—. ¿Era un fantasma de verdad?

—¡Ese fantasma! —dijo una mujer mientras se levantaban las faldas para evitar el denso barro y la suciedad—. Le ha hecho un gran bien a Emily, a la pobre de Emily. Creo que hace unos años leí que es la prima de la reina Victoria.

—¿Quién?

—¡El fantasma, por supuesto!

—¡Qué casualidad! —exclamó su amiga.

—¡Discúlpenme! —comentó otra señora—. ¡Lo oísteis mal! ¡Yo leí que ella misma intentó matar a la reina y por eso es un fantasma!

Y los hombres se echaron a reír.

—¡Bien por ella! —gritaron—. ¡Abajo la monarquía!

Y comenzaron a cantar una vieja canción que ya cantaban sus padres:

*¡Pobre Bretaña!*

*Bretaña altera las leyes.*

*¡Los británicos por siempre, siempre, siempre*

*serán solo unos peleles!*<sup>19</sup>

Y todos aplaudían y se unían con sus voces roncadas y dispuestas. El león rugió en algún lugar, mucho más cerca, y las mujeres chillaron, avanzando hacia la jaula del oso. Y seguían preguntándose unos a otros:

—¿Era un fantasma de verdad?

Y las esposas se pegaron más a sus maridos. El oso miraba inexpresivo a los seres humanos desde no muy lejos de los barrotes de su prisión. Ellos podían olerlo, un aroma profundo, fuerte, desagradable, a pesar de que muchos de ellos eran granjeros y estaban familiarizados con el olor de los animales. El oso tenía los ojos pequeños de un cerdito, inexpresivos, y acercándose, las personas podían ver que había perdido parte del pelaje. Se rascó la piel sin apartar la vista de ellos y ellos se sintieron incómodos.

—Bueno, me gustaría llevarme ese oso a casa —declamó valientemente y en voz alta un tendero—. ¡No ruge, apenas se mueve, al circo no le sirve de mucho pero podría comerse toda la basura de las canaletas de aquí, matar a las ratas y perseguir a los cerdos!

En aquel momento uno de los domadores pasaba por su lado.

—Señor, ese oso, si quisiera, se lo comería a usted en treinta segundos —pero no le creyeron viendo lo tranquilo que les observaba el oso blanco y, justo entonces, como si fuese un globo enorme, la carpa comenzó a caer lentamente.

—Ese fantasma ha hecho un buen trabajo con la pobre Emily —volvieron a decir—. ¿Habéis visto a Emily?

—Sí, yo vi a la pobre Emily.

—Yo pensaba que todo podía tratarse de un truco para engañarnos pero, ¿cómo podía tratarse de sandeces si era la pobre Emily?

—¡Y ese león tan peligroso! Eso sí, ¡dicen que en ese museo de Nueva York hay un hombre león!

—Algún día iremos a Nueva York.

—Pero esta noche hemos visto un león de verdad. Yo nunca había visto uno hasta esta noche, salvo en los dibujos. ¡Mira! Ahí está.

Un grupo bastante nutrido se acercó a la jaula entre las sombras pero el león se encontraba en el rincón más alejado dándoles la espalda, lamiendo un trozo de algún tipo de carne.

Con mucho cuidado, una de las mujeres golpeó un barrote: el león, con la boca empapada de sangre y carne, se giró furioso, gruñó y la mujer se lanzó a los brazos de su marido, respirando de forma entrecortada y con una risa tonta. Entonces el león se dio la vuelta y volvió a su cena. Muy cerca de allí el elefante barritó de nuevo cuando la gente se aglomeró ante su jaula para ver al adorable bebé. Los perros ladraban, el camello permanecía inmóvil, se escucharon gritos de advertencia que provenían de las sombras al quitar las últimas lonas y estacas y al hundir la última parte de la carpa del circo, los hombres la cogieron antes de que cayera sobre el suelo embarrado, y enrollaron la lona de forma experta. Los payasos se abrían paso, con sus labios finos bajo las grandes sonrisas rojas pintadas, y los hombres acabaron guiando a sus mujeres, apartándolas de la fetidez, el barro y el aire de vergüenza peligrosa. Y la luna de abril iluminaba Hamford.

En uno de los carromatos, Cordelia Preston, cansada, se desataba las pequeñas almohadillas escondidas bajo su vestido que le protegían las rodillas cuando trepaba por uno de los grandes mástiles del circo en la oscuridad hacia el misterioso cielo, desde donde todas las noches aparecía por primera vez, tan fantasmal. Había aprendido a arreglárselas para mantenerse de pie o sentada en el trapecio mientras se balanceaba, pero trepar y bajar con cuerdas por los mástiles engrasados la llevaban al límite aunque nunca lo habría admitido ante nadie. «Todavía tengo



cincuenta y uno nada más», se decía a sí misma cada noche, «tan solo tengo cincuenta y uno», y se desataba las almohadillas.

En aquel momento escuchó la risa de su hija, Gwenlliam, al saludar a uno de los charros.

—¡Hola Manuel!

—Hola, inglesa, ¿cómo estás?

—¡Bien gracias!

Gwenlliam Preston amaba el circo. Adoraba volar en el aire: había aprendido como si de un pájaro se tratase, se le daba muy bien, conocía las normas y no sabía lo que era el peligro. Volar le llenaba el alma de una brillante luz (así era como ella misma lo describía). A Gwenlliam Preston no le daba miedo absolutamente nada. Aquella noche, la pequeña y hermosa cabeza asomó por la puerta del carronato donde su madre se encontraba, enrollando los livianos pañuelos, envolviéndolos todos junto con las almohadillas para las rodillas.

—¡Mamá, voy al carronato del telégrafo!

Y Cordelia sonrió a su hija y le lanzó un beso mientras guardaba sus cosas. Ella se obligaba a sí misma, siempre, a dejar ir a Gwenlliam incluso cuando quería gritarle: «¡No! ¡No te apartes de mi vista! ¿Y si te ocurre algo qué pasa?». Pero hacía mucho tiempo que comprendía que no debía aferrarse a Gwenlliam solo porque era lo más preciado para ella. En alguna ocasión, Cordelia también habría querido viajar por la noche en el carronato del telégrafo. Los *cowboys* mexicanos, salvajes y violentos en numerosas situaciones, siempre cuidaban con esmero de la chica: admiraban su luminoso y brillante valor. Las velas del pequeño carronato titilaron cuando Gwenlliam subió para guardar la tiara y las zapatillas de *ballet* rosas, para buscar la falda que utilizaba para los viajes y sus enaguas. Una actuación más y entonces volverían hacia el este, de vuelta a Nueva York obedeciendo al urgente llamamiento del hombre que pagaba sus salarios, Silas P. Swift.

—¿Crees que Silas de verdad ha vuelto a conseguir un gran recinto en Nueva York? — preguntó Gwenlliam quitándose las estrechas polainas en la oscuridad, alejada de las velas—. ¿Quizás ganemos más dinero, mamá?

Pues ellas sabían cuán necesarias eran sus ganancias: era duro volver a ganar unos salarios tan escasos después de sus días de gloria, en los que tuvieron un éxito escandaloso. Pero entonces Gwenlliam añadió:

—Me dará pena parar la gira de todas formas. Me encanta cuando es en primavera, puede llegar a ser tan bonita... y hoy la luna está casi llena. Pero solo nos queda ya una ciudad más.

—¡Y después a casa con la familia!

Y mientras Gwenlliam guardaba sus pertenencias en una pequeña bolsa, madre e hija reían: una risa exasperada, anhelante y tierna.

En algún lugar entre los carronatos del circo sonaba una guitarra en medio de la oscuridad. Sobre el campo embarrado, el carronato del telégrafo estaba listo, y en el exterior del carronato, a la luz de la lámpara que sostenía uno de los charros para que Gwenlliam les encontrase, se podía ver pintado con grandes letras de colores lo siguiente: «EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT». Dentro del carronato del telégrafo ya habían guardado parte de los bastos asientos que habían sido desmontados rápidamente en cuanto el público abandonó el lugar. Todos los demás habían tenido más tiempo para comer y para hacer el equipaje, sus propias prendas, la carpa y toda la impedimenta del circo dentro de todos los carronatos, donde dormirían todo lo que pudieran mientras que la larga y lenta procesión de animales, carronatos y jaulas se ponía torpemente en camino. Pero el carronato del telégrafo debía ponerse en camino de inmediato con un mapa dibujado a mano (Silas P. Swift no dejaba nada al azar). El cometido del carronato del

telégrafo era marcar el camino para el resto, que iría detrás, y estar alerta ante cualquier peligro o sorpresa.

Gwenlliam, envuelta en su capa, subió a la parte delantera para sentarse junto al mexicano que conducía los caballos y a su acompañante. Tres perros esperaban, alerta, junto a los caballos.

—¿Estás bien, inglesita?

—Sí.

—Tenemos que recorrer unas diez millas. ¿Tienes frío?

—No.

—¡Entonces vamos!

Los caballos se pusieron en camino a través del campo, giraron en el camino principal, fuera de la ciudad, y ya estaban en camino hacia el siguiente destino.

—¿A dónde crees que iremos después de Nueva York, inglesa?

—¡A México! —respondió ella y todos se echaron a reír, y los mexicanos gritaron de alegría y sus voces resonaron en la noche.

La luna llena les mostraba un campo tras otro de cultivo de maíz, podían ver claramente el trazo gracias a la brillante luz de la luna. En algún lugar oyeron el sonido del ganado, a veces oían el sonido de la corriente de un arroyo. Cuando los campos de cultivo desaparecieron del todo, los árboles crecieron en densidad, el camino se hizo más estrecho y, en ocasiones, más empinado.

Después de casi una hora llegaron al primer gran cruce; el conductor indicó, mirando el mapa a la luz de la lámpara de aceite, que debían girar allí. El otro mexicano se bajó de un salto con su cuchillo, jaló la improvisada cerca de una granja y le hizo tajos hasta que obtuvo una marca. Y para que se pudiese ver fácilmente, empapó la marca de una sustancia blanca de su propia invención y la colocó justo al otro lado del camino que el circo no debía tomar: aquel era su trabajo, señalar el camino. Cuando terminó se volvieron a alejar del cruce. A veces se detenían, Gwenlliam sujetaba los caballos mientras que los mexicanos, cuchillo en mano, abordaban las dificultades más obvias que se encontraban en el camino a la luz de la luna (una rama de árbol rota, una roca caída...), hablándose entre ellos en español, riéndose a veces, y los perros correteaban a su alrededor y los caballos agitaban las bridas y resoplaban al respirar el aire de la noche. Los mexicanos sabían lo importantes que eran, igual que Gwenlliam: estaban abriendo, lo mejor que podían, un camino seguro. En el pasado, en varias ocasiones, había volcado uno de los carromatos y, en una ocasión, el conductor llegó a estrellarse. A veces la lluvia era tan fuerte e intensa que se caían los árboles, cortando los caminos; a veces las grandes ruedas del carromato se quedaban medio hundidas en el barro y todos tenían que salir y empujar para que el circo pudiese seguir adelante. Pero aquella noche el cielo estaba despejado, la luna brillaba, los caminos en general eran transitables y los mexicanos cantaban alguna que otra canción suya y Gwenlliam suspiraba satisfecha por el placer de todo aquello mientras dejaban atrás el paisaje nocturno y el carromato del telégrafo dejaba sus misteriosas señales para el circo.

Un señor mayor del pueblo, y su esposa, por supuesto, acompañaron con respeto y orgullo a Cordelia Preston al único hotel que había en Hamford, donde los muchachos del lugar, que acababan de volver del circo, sorbían cerveza de grandes vasos o directamente de una manguera unida a un enorme barril. Los jóvenes, al ver a Cordelia guiada al piso superior, levantaron brevemente sus gorras, saludándola con admiración y a gritos elogiaron su número de desaparición:

—¡Es real! —gritaron.

Y entonces quisieron saber más. Le pidieron a gritos que bajase y hablase con ellos (de la forma más educada que sabían). Qué más daba que fuese una mujer sola, qué más daba que no

fuera joven: ya era conocida, era la estrella mágica del circo y ellos la habían visto, ella les había hechizado con su magia y, por alguna razón, nunca la olvidarían.

—¡Es real! —se decían unos a otros.

Y en cada ciudad, si la gente la veía en persona, siempre querían que aquella aparición se uniera con ellos abajo y que comiera con ellos en los grandes y agradables comedores comunes. Querían hablar con ella, preguntarle sobre sus poderes mágicos, preguntarle si sabía algo sobre sus madres o sus amores ya fallecidos, preguntarle la edad, preguntarle (si es que todavía lo recordaban) por el escándalo en el que se había visto envuelta en Londres, sobre lo que todos ellos probablemente habían leído en los periódicos pero cuyos detalles ya no podían recordar: ¿era verdad que había intentado matar a la reina de Inglaterra? Si así fuese, les habría gustado darle un apretón de manos e invitarla a beber.

Pero tras varios de estos agradables e inquisitivos encuentros («¿Cuántos años tiene? ¿Qué piensa de América? ¿Estuvo de verdad implicada en un asesinato? ¿Cuánto dinero gana a la semana?»), Cordelia había aprendido a envolver su figura en pañuelos y a desaparecer (afortunadamente era un fantasma, así que tenía que estar aceptado que ella no era exactamente como las demás personas). Ella había aprendido también aunque, al principio, de forma más educada, a pedirles paciencia: eran amables, curiosos y americanos y si querían, eran capaces de hacerlo pasar mal a los ingleses.

—Perdonadme, mi trabajo es agotador, debo irme pronto a la cama.

(Cosa que en cierto modo era verdad para la Cordelia Preston de cincuenta y un años que trepaba por los mástiles y se balanceaba en los trapecios). Y pedía que le subiesen la comida a la habitación. Pero, una vez que la puerta de su habitación del hotel se cerraba por fin, después de que le hubiesen llevado una bandeja con la cena, ella daba un enorme suspiro de alivio, se quitaba los zapatos, sacaba la botella de oporto de entre sus pertenencias y bebía agradecida durante un largo rato. Y eso fue lo que hizo aquella noche, usando para el oporto una pequeña taza que siempre llevaba en su equipaje.

Aquellos momentos eran peligrosos: el oporto y los recuerdos eran sus propios fantasmas. Pero ella se había entrenado a sí misma de la forma más rigurosa a pensar en el presente: centró sus pensamientos en el circo, pensó de nuevo en la joven mujer de Hamford cuya historia le contaron más tarde y cuya cabeza le provocaba tanto dolor y sufrimiento. A veces, en esos casos, mientras ella movía los brazos con suavidad una y otra vez, una y otra vez, dando largas y amplias brazadas en extrañas e impetuosas ciudades americanas, Cordelia podía sentir que ella, casi de un modo impersonal, interiorizaba el dolor de otros para sumarlo al sufrimiento que tenía dentro y así dar descanso a las tristes personas de aquellas pequeñas ciudades. Y, como siempre, conservaba en su corazón las sabias palabras de *monsieur* Roland: «Aún sabemos muy poco sobre la mente humana y sobre cómo funciona: todavía estamos aprendiendo y no debemos dejarlo... Pero, mientras que se haga un uso apropiado del mesmerismo y el hipnotismo, ambos siempre serán fuerzas positivas, se descubra lo que se descubra». Cordelia sabía que aquella noche había ayudado a la mujer a superar el dolor y que, al menos de momento, le había proporcionado alivio. Ese era su trabajo, eso era lo que hacía y por lo que le pagaban ya fuese en Londres, en Nueva York o en Hamford; y las acrobacias y las sombras (y sus propios recuerdos) podrían agotarla pero debía tenerlas presente. Aquella era su vida ahora.

Se sentó en su suave y hundida cama en el único hotel que había en Hamford, haciendo remolinos con el vino dentro del vaso y volviendo a beber después. Los sonidos de las voces de los bulliciosos jóvenes llegaban a la planta de arriba y, de vez en cuando, se escuchaba un grito y carcajadas a continuación.

Y al día siguiente, justo al amanecer, como de costumbre, un jinete con dos caballos descansados y una fantasma acróbata descansada, en parte, seguirían las marcas que había ido dejando el carromato del telégrafo por todo el camino hasta llegar a un arroyo o un río que habían encontrado, cerca de la siguiente ciudad. Allí se reunirían con el resto del circo.

Así que, en aquel momento, Cordelia se terminó el oporto, el estofado de conejo y los pasteles de maíz y se lavó la cara. Después del día siguiente volverían a Nueva York: quién sabía lo que podría pasar entonces, había rumores sobre un gran recinto en Nueva York. Sin embargo, Cordelia Preston era perro viejo: Silas P. Swift estaba tramando algo. Pero tal vez les pagarían más, lo que supondría para ellas una gran ayuda. No obstante, ¿quién sabía qué sería lo siguiente que el señor Silas P. Swift le pediría? Por fin se tumbó en la cama y cerró los ojos.

*La larga y desierta costa era su vida: veía las tres cabezas rubias a lo lejos sobre la arena húmeda mientras la marea serpenteaba, inclinadas entre las rocas y las conchas; sus voces resonaban arriba todo el día, ella les oía reír y hablar a voces de los extraños tesoros que encontraban; las salvajes aves marinas volaban sobre ellos y olía a sal y a algas. Y entonces se avecinó una fuerte tormenta galesa y la intensa lluvia bombardeaba el mar y el viento que soplaba hizo que los niños volvieran a aquel lugar de piedra gris que era su casa mientras que las ruinas del viejo castillo les seguían de cerca. Los sirvientes encendían el fuego y a veces Cordelia cantaba:*

Cuando yo era un niño pequeñín  
con un hey ho, el viento y la lluvia  
y la cosa más tonta era solo un juguete  
*Porque la lluvia llueve cada día...*<sup>20</sup>

Aquella noche, más tarde, soñó con ácido tartárico y vio órganos internos quemados; las lágrimas rodaron por su rostro y se giró de golpe en busca de los brazos de Arthur, que la abrazaban, la consolaban y la comprendían, pero Arthur no estaba allí.

Y, como era habitual, todos se volvieron a encontrar la tarde siguiente: el carromato del telégrafo, miss Cordelia Preston y la larga serie de parafernalia circense: carromatos atestados, jaulas limpias, caballos, animales y personas. Había llegado el momento del desfile circense en la ciudad. Todo el mundo estaba ya despierto y ataviados una vez más con sus atuendos circenses. En un carro cargaron grandes barriles llenos de agua del arroyo más cercano para usarlos en el largo viaje de vuelta a Nueva York, cuando esa misma noche abandonasen la ciudad. Los perros se perseguían entre sí alrededor de los oscuros y antiguos árboles.

El Jefe Gran Arcoíris, con rayas azules pintadas en el rostro, estaba sentado sobre la crecida hierba silvestre jugando a las cartas por dinero con uno de los tragafuegos y dos charros. Gwenlliam también estaba allí sentada, observando atentamente cómo jugaban, como a menudo hacía. Durante meses, el Jefe Gran Arcoíris le estuvo enseñando a jugar al póquer. Él apenas le hablaba pero dejaba que se sentase a su lado, donde pudiera verle las cartas, ver cómo él veía, ver cuando iba de farol y cuando pasaba.

—Observa, niña —era lo único que decía.

Ella veía que su rostro, su extraño y oscuro rostro, nunca mostraba nada e intentó aprender a hacer lo mismo.

Solo una vez estuvo a punto de perder a su profesor: en una partida de cuatro él llevaba una escalera real de color y ella no entendía por qué no hacía apuestas mayores y más rápidas. El

montón de dinero crecía de forma muy lenta, ella se mordió el dedo por la ansiedad de que él no hiciera mayores apuestas, hasta que el dedo le empezó a sangrar. A los demás jugadores les quedó claro que él debía de tener una mano muy buena, así que todos arrojaron sus cartas, riéndose de Gwennliam.

—Gracias, niña.

El jefe ni siquiera parpadeó mientras barría hacia él el pequeño montón. De inmediato se levantó y se fue. Ella le siguió, se sentía muy mal.

—¿Pero por qué no doblaste o triplicaste la apuesta a la primera? —le preguntaba de forma obstinada—. ¡Podrías haber aumentado más y más rápido la apuesta y haber ganado más dinero!

Casi por encima de su hombro, el Jefe Gran Arcoíris dijo:

—Si hago eso tan rápido, ellos saben lo que llevo y dejan de apostar. Das mala suerte. Descubriste mi mano.

Y se volvió a alejar silenciosamente.

Después de aquello, ella se empezó a sentar más apartada, pero poco a poco se iba acercando más y más hasta que se colocó a su espalda, donde solía estar.

—Observa, niña —le volvió a decir él por fin.

El rostro de ella nunca volvió a revelar nada en una partida de póquer, ya era casi como si al repartir la baraja de cartas su rostro, normalmente móvil, se convirtiese en una máscara inexpresiva. Aquella tarde vio como el Jefe Gran Arcoíris le ganaba sin entusiasmo la paga de una semana a uno de los charros, que también era un gran jugador de póquer.

La elefanta se encontraba en la orilla del arroyo echándose agua fresca con la trompa dentro de la boca, instando al bebé elefante a que hiciese lo mismo. Como siempre, el domador se quejaba de que su elefanta necesitaba muchos galones de agua y muchas libras de heno.

—¡Todos los días! —decía— ¡Todos los días! ¡Ojalá tuviese un camello en vez de un elefante!

Pero todos adoraban al pequeño elefante: la madre se llamaba Kongo y todos se dirigían al bebé elefante al que todos adoraban como pequeño Lucky.

El jefe de pista, ataviado con su chaqueta roja, era un actor que había vivido épocas más glamurosas; nadie podía detenerle cuando empezaba a hablar de sus anteriores triunfos. Aquel día fue el domador de leones, preparado con su toga y sus sandalias romanas, a quien atrapó aquel vozarrón.

—Edwing Forrest —gritaba el jefe de pista—. Puede que ahora sea el ídolo del Bowery, ¡pero una vez fue mi suplente!

Uno de los charros sonreía de forma alentadora y amable mientras cepillaba cerca de allí a los caballos, pero el león bostezó abriendo ampliamente su enorme boca. Los miembros de la banda de música también bostezaban, se rascaban la espalda con ramas, volvieron a despertar al trompetista y se pusieron sus chaquetas azules. Los payasos le quitaron el alcohol al más ebrio de todos y se volvieron a pintar las caras de blanco y grandes sonrisas rojas que cubrían sus decepcionadas bocas. Cordelia, observándoles, volvió a pensar: «Al menos tres de ellos son mayores que yo. Les aterroriza que Silas les despida a ellos también o les sustituya tan pronto como les cueste más dar volteretas y reír, ¿y qué pasará entonces?». Uno de ellos, cansado, arrastraba por la hierba una bolsa que contenía narices postizas de color rojo y grandes zapatos negros de payaso. «No me extraña que beban. No me extraña que bebamos todos».

Algunos de los charros mexicanos cantaban al compás de una guitarra una canción de amor en español, a veces tocaban las palmas al ritmo de la guitarra y uno de ellos bailaba alzando los brazos por encima de la cabeza. Junto al río, el oso blanco, que no bailaba, se rascaba su

maltratado pelaje y miraba a todo el mundo con sus pequeños ojos inexpresivos desde su jaula tirada por caballos. Las mujeres ataviadas con sus trajes acrobáticos se quejaban de un modo alegre:

—Virgen santa, qué frío hace cuando el sol se esconde detrás de los árboles. Gracias a Dios que volvemos mañana a Nueva York. Esperemos que Silas nos deje allí.

El jefe de pista, que seguía hablando de sus éxitos pasados, tiró de su chaqueta roja; Cordelia se colocaba sus pañuelos.

El hombro del traje acrobático de Gwenlliam se había descosido.

—¡Peggy Walker! —exclamó y otros repitieron su llamada—. ¡Peggy Walker! —y una mujer alta salió de uno de los carromatos, el exótico manto del camello le ocupaba ambos brazos.

Peggy Walker era la hacedora de milagros responsable de garantizar que los ya gastados trajes de oropel pareciesen (al menos desde lejos y a la luz engañosa de las parpadeantes lámparas móviles de aceite) glamurosos y resplandecientes. Llevaba encima tijeras y pequeñas navajas, hilos y alfileres y cientos de brillantes abalorios. En el carromato de vestuario había cepillos para la ropa, jabón fuerte y cubos de agua con los que ella se afanaba en lavar los peores restos de barro y hierba y la suciedad; sin aquello nunca daría tiempo de lavar adecuadamente los trajes. Los artistas se quejaban amargamente si tenían que actuar con la ropa húmeda, decían que preferían oler mal y le advertían, en diferentes grados de fiereza, que cuando muriesen de hidropesía, tos o fiebre volverían para perseguirla.

—¡No! ¡No, pequeño Lucky, angelito! —dijo Peggy cuando el pequeño elefante se acercó caminando de forma patosa a ella e intentó investigar el brillante manto con su pequeña trompa.

Peggy se rio, apartó la pequeña trompa y soltó el manto en los brazos del amaestrador del camello, que estaba apoyado en el lastimoso camello de ojos saltones.

—Es todo lo que puedo hacer, dile a Silas que necesitas uno nuevo, ¡si tuviéramos que viajar una semana más se desbarataría entero!

Y ella se puso a trabajar en el traje de Gwenlliam.

—¡Tienes las manos heladas!

—¡No tan heladas como te quedarás tú si se te cae el traje, muchacha!

—¡Llegamos tarde!

—¡No tan tarde como llegarás si el *sheriff* te arresta por indecente!

En el ambiente se respiraba un entusiasmo poco habitual: Silas siempre viajaba con ellos pero aquella vez había vuelto apresuradamente a Nueva York varias semanas antes y, ahora, aquel mensaje. ¿Sería verdad que por fin les había encontrado fechas de nuevo en Nueva York? ¿Les pagaría más por fin? Carcajadas y bromas y silbidos a los perros, los enanos contándose historias unos a otros de dudoso decoro y fumando un tabaco sospechoso, los tragafuegos mimando al pequeño Lucky pero con cuidado de no disgustar a Kongo, el Jefe Gran Arcoíris, con el penacho colocado en su sitio, preparado ya para el desfile, fijando las bridas llenas de campanillas a los caballos (guardando consigo lo que había ganado jugando al póquer para que los mexicanos no pudieran robárselo durante la función). Y la mirada sagaz de Peggy Walker se fijó una vez más en las dos mujeres inglesas, en cómo se unían y sin embargo se mantenían apartadas. A la gente del circo nunca le preocupaba los escándalos, pues todos tenían los suyos propios. Siempre que se reunían por las tardes junto a innumerables arroyos, antes de la siguiente actuación en la siguiente ciudad, todos ellos, toda la gente del circo, siempre contaba sus historias, a menudo escandalosas. El acróbata francés, Pierre *el Pájaro*, los charros mexicanos, los enanos y los nativos americanos de sangre pura, como Peggy, los domadores de animales y los payasos, todos estaban repletos de historias sobre sus vidas y sus pasados salvajes; e intercambiaban explicaciones de aventuras,

peligros, risas y sufrimiento. Peggy era nieta de uno de los Hijos de la Revolución, estaba orgullosa de su historia, de su vida dura y pionera por haberse escapado de la granja para irse con el circo. Pero Peggy Walker se dio cuenta de que, cuando los demás hablaban de sus aventuras pasadas, las inglesas permanecían totalmente en silencio. Siempre.

A todos los carromatos le habían atado lazos de alegres colores. Se agitaban junto a las palabras pintadas «EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT».

A la señal del director de la banda redoblaron los tambores, la banda comenzó a tocar sus alegres marchas y el glamuroso y fascinante circo de Silas P. Swift una vez más entró con aire triunfal en la ciudad.

## Capítulo 11

Marylebone, Londres

Querido Arthur:

Espero que estés bien. Por mi parte no puedo decir que por aquí todo esté bien. ¿No has oído hablar de que se prevé que haya una epidemia de cólera en Londres? ¿Es que este tipo de cosas no tienen importancia en ese país de republicanos? ¿Estás preparado para la cólera de Dios? La próxima carta perfectamente podría contar que el Creador se ha llevado a uno de tus nietos. Y no hablemos de mí.

Ya tienes ocho nietos. Esas almas inocentes siguen creciendo, demasiado jóvenes todavía para saber que su abuelo materno decidió abandonarles para perseguir sus propios placeres. La salud del pequeño Arthur viene siendo preocupante desde el día en que nació, como si su mismo nombre llevase consigo la desolación, con un beodo como padre y un desertor como abuelo (por supuesto, ya te ha olvidado).

Millie y Faith continúan diligentemente con sus vidas de casadas y cumplen con sus deberes conyugales, pero sin el cariñoso apoyo de su padre.

Las otras noticias sobre las que debo informarte es que el marido de Faith, Fred, se ha quedado sin empleo. La escuela decidió que ya no debía seguir enseñando. No diré nada sobre las razones pero ya te recordé su debilidad por el alcohol. Por supuesto, nosotras rezamos con inquietud para que encuentre otro puesto de trabajo.

La última idea del príncipe alemán es la Gran Exposición donde poder mostrar el poder británico. Creo que la reina Victoria está dispuesta a regalarle su propia cabeza, así que, sin duda, pronto Londres se verá invadida por extranjeros de todo tipo, incluidos, por supuesto, esos salvajes nativos negros de nuestro extenso imperio.

No obstante, es un magnífico imperio el que dirigimos y a mí y a tus hijas nos aflige que vivas en un país que no crea apropiado formar parte de nosotros. El hecho de que vivas entre tales salvajes democráticos supone una carga para aquellos a los que has dejado atrás para perseguir tus placeres, aquellos que rezan cada día para que vuelvas.

Quedo, como siempre, tu obediente cuñada.

Agnes Sparks (señorita)

P.D.: Hemos recibido la contribución económica el día 21 del corriente.

Queridísimo padre:

Normalmente es Faith quien lleva las cartas de la tía Agnes a la oficina de correos pero ha tenido problemas en casa hoy y nuestra tía me dio esta carta a mí para que la enviase y, bueno, ¡la he leído! Y no me avergüenzo de haberla leído, padre. En realidad no suelo escribir cartas, ¡pero ojalá te hubiese escrito alguien sabiendo ahora el tipo de cartas que te escribe ella! Ella nos dice que escribe por todos pero yo me avergüenzo de lo que ha escrito porque es muy mezquino. Lo del cólera es solo un rumor, padre, no un hecho, todos tendremos mucho cuidado, ¡y tú no tienes que preocuparte por cosas que puede que no ocurran nunca! Mi querido Charlie dice: «¿Por qué tu



padre no puede vivir su propia vida?»). Y me di cuenta de que tendrías que dedicar tu vida a nosotras porque eres nuestro padre, pero mi querido Charlie me hizo pensar y fue su padre quien dijo un día: «Si fuese joven me subiría en el primer barco que zarpara hacia América». ¿Te acuerdas de él, del padre de Charlie? Un viejo alegre y cariñoso conmigo y con los niños a pesar de que solo tiene una pierna a causa de aquel accidente con el carruaje, y por eso pensé que debería escribirte esta carta a escondidas, sin la tía Agnes observando por encima de mi hombro, ya que he aprendido mucho de mi querido Charlie y aunque te echo de menos, querido padre, me alegro de que tengas también tu vida porque mi querido Charlie me hace reír y me hace feliz. Bueno, es mejor que envíe esta carta con la de nuestra tía.

Con amor de tu princesa,  
Millie. Abrazos.

El inspector Rivers silbaba *Lavanda azul*<sup>21</sup> mientras caminaba hacia los muelles con las dos cartas guardadas en el bolsillo de su chaqueta.

—Me gusta la música, inspector, ¡deberíamos tener más policías silbantes! —comentó su mejor ayudante, Frankie Fields, y Arthur Rivers se echó a reír y ambos rieron mientras veían a los hombres que trabajaban en el muelle descargar un gran contenedor de cuadros antiguos y joyas que había desembarcado sin peligro, que había llegado sin peligro a Nueva York, y al comerciante recibiendo personalmente la entrega con una alegre floritura.

*Lavanda azul, tilín, tilín.*  
*Lavanda verde.*  
*Algún día ambos, tilín, tilín,*  
*seremos reyes.*

Aquella era la canción que tantas veces les había cantado a sus hijas cuando eran unas niñas. «Tilín, tilín», cantaban alegres, «tilín, tilín». «Faith puede ser la reina, padre», decía Millie muy segura, «a mí no me importa. Me gustaría mucho más ser la bella princesa».

## Capítulo 12

CUANDO era más joven, Amaryllis Spoons, conocida como Rillie, cuando algo le agradaba mucho, daba pequeños chillidos de pura alegría. Ya que había alcanzado los cincuenta, los pequeños chillidos todavía se le escapaban a menudo porque Nueva York le encantaba.

Entonces, mientras las flores de abril bailaban, la mayoría de las mañanas se podía ver a Rillie salir de su nuevo hogar en Casa Céline con su cesta de la compra, dirigirse a la esquina de Maiden Lane con Broadway, donde el panadero alemán vendía su pan recién hecho y una mujer italiana vendía verduras frescas y donde se podían comprar ostras, almejas y cangrejos frescos además de tartas recién hechas. En cualquier parte, absolutamente en cualquiera, se hacía dinero de cualquier forma imaginable: mujeres con canastas vendiendo verduras y flores en cada esquina, ropavejeros vendiendo ropa usada de todo tipo en sus carros haciendo ruido con latas para anunciar su llegada, improvisadas subastas de muebles en las que las sillas de madera acababan agitadas en el aire, puestos de ostras en los que las vendían directas del mar. Había enormes anuncios por todas partes: en los edificios, en las farolas, en los muros, en los árboles, en los tejados. Anuncios de dientes y piernas postizas, de sombreros, de zapatos y de medicamentos. Y por todas partes había nuevos edificios en construcción: martilleos, gritos, excavaciones, elevadores y transporte de tablas. Nueva York era una ciudad nueva: nueva energía, nuevos edificios; barro y polvo, sí, pero una esperanza más clara, más brillante y por todas partes, ondeando encima de cualquier cosa, tan orgullosa y republicana, las barras rojas y blancas y las estrellas sobre el fondo azul de la bandera americana.

Y entre todo el ruido Rillie podía oír las palabras nuevas, «argot» las llamaban. Ella recogía esas palabras, las coleccionaba encantada como si fuesen un tesoro: «busca-nido», «rollo», «flojo», «engañabobos», «amigo», «¡hasta pronto!».

Las calles estaban casi colapsadas a causa de los carros y carruajes parados, la mayoría de la gente se desplazaba con prisa a pie: incluso los niños iban con prisa, portando libros y carteras (la educación era libre para los niños de Nueva York, tanto niños como niñas), corriendo, llamando, saludando, chocando contra Rillie, también con prisa, como sus padres. Y los padres también pasaban corriendo junto a Rillie, para ganar dinero: americanos, irlandeses, escoceses, alemanes, italianos, suecos, negros, hombres, mujeres, todos tenían prisa. Rillie imaginaba sus trabajos: contar, empaquetar, escribir, comer, hacer cuentas, apagar fuegos, beber, aserrar, pescar, coser, cortar, gritar órdenes, recibir órdenes... Embarcaderos, muelles, almacenes, forjas, despachos de abaceros para barcos, oficinas, talleres, fábricas, pequeñas tiendas, grandes almacenes. Los muchachos jóvenes pasaban corriendo junto a Rillie y soltaban papeles en sus manos (más anuncios: menús de restaurantes, más miembros y dientes postizos, daguerrotipos, ataúdes, helados). Un «murmullo», llamaba Rillie a todo, toda aquella energía: el murmullo de Nueva York, el murmullo, sobre todo, del dinero. Y nadie era más realista que Rillie sobre la importancia del murmullo del dinero, pues se fijaba con atención en los precios en aquel cálido día de primavera mientras hacía sus compras.

Solo unas puertas más adelante, en Broadway, pasó por delante de un letrero que decía: MR. L. PRINCE: DAGUERROTIPISTA; y se detuvo un momento solo para mirar las imágenes mágicas

y reales de gente real que había en la ventana. Justo la primera semana después de llegar de Inglaterra, mientras caminaba igual de encantada por Broadway, llamó la atención de Rillie un bebé muerto en una cesta: había algo en el color ceroso del rostro del niño y en los rostros tristes de sus padres, que iban ataviados con ropa negra. Pero, curiosamente, estaban entrando en uno de los nuevos estudios de daguerrotipia: los padres y el niño muerto fueron recibidos con solemnidad en la puerta y les invitaron a entrar, huyendo de la brillante luz del sol estival. Rillie, con curiosidad, estudió el gran anuncio:

***MR. L. PRINCE: DAGUERROTIPISTA  
SE HACEN RETRATOS  
PRECIOS DESDE 1,50 \$ A 5 \$  
AHORA EL TIEMPO DE ESPERA ES MENOR  
GRACIAS A NUESTRO NUEVO MÉTODO  
RETRATOS  
GRUPOS  
RECUERDOS  
LA LUNA***

A Rillie le pareció una lista extraña y extraordinaria: «retratos, grupos, recuerdos, la luna». Entonces comprendió que aquellos padres iban a hacer un retrato conmemorativo de su hijo fallecido, y miró una y otra vez aquellos rostros tristes. Entonces volvió corriendo a casa de inmediato y se lo contó a los demás, y por su insistencia, la peculiar familia recién llegada se retrató aquella misma semana en América.

En la galería de la recepción del señor Prince, en la planta baja, todos observaron las suaves alfombras y las personas de renombre retratadas que miraban desde sus lugares en las paredes. Les pidieron que subieran y el señor L. Prince les colocó muy juntos para su satisfacción en su estudio, donde la luz del sol brillaba a través de una gran claraboya. Sentó a las dos ancianas en el centro de la composición, una robusta y más bien fuerte, y la otra débil: ambas con las cabezas sujetas en reposacabezas de hierro para que no se movieran. Él les explicó que, a pesar de la promesa de que «el tiempo de espera es menor», el proceso requería quietud absoluta, concentración, reposacabezas, composición e iluminación. Detrás y cerca de las ancianas, de pie, colocó a otras dos mujeres de edad muy incierta ataviadas con alegres vestidos y sombreros para la ocasión. Sus ojos no dejaban de dirigirse a una de las mujeres, de una belleza peculiar e inquietante. A los pies de las dos ancianas sentó a una bonita joven, tal vez de diecisiete años:

—Gwenlliam—les oyó decir, cuando ella se rio, emocionada por aquella nueva experiencia de la daguerrotipia—. ¡Ni siquiera debes sonreír, Gwenlliam!

—Es un nombre divertido—dijo el daguerrotipista—. Gwenlliam.

—Es galés, señor Prince—dijo la niña.

Y a cada lado de la composición colocó a un hombre. Uno anciano y erguido, de pelo blanco, obviamente extranjero (cosa que notó en su atuendo incluso antes de que hablara); y un adusto caballero al otro lado que se había presentado como el inspector de policía Rivers. La Policía de Nueva York no era muy del agrado del señor L. Prince, pero era evidente que aquel policía era inglés (tampoco es que los ingleses le gustaran mucho) y estaba mostrando mayor interés en el proceso real que los demás: hacía preguntas sobre el tiempo, las placas de cobre y el nitrato de plata.

—Al principio este tipo de imágenes se consideraron de gran interés para el cuerpo de

Policía de Londres —observó—. Pero tengo entendido que no se pueden hacer copias de un daguerrotipo y precisamente las copias serían lo más útil. Tal vez debería cruzar el Atlántico, señor Prince. Creo que se está experimentando un nuevo proceso fotográfico en Inglaterra.

—¡Por supuesto que sí, amigo! —el señor L. Prince estaba casi indignado—. Soy consciente de ello, ¡por supuesto que lo soy! ¡Soy un hombre de negocios! ¡Aquí no dejamos pasar ni una, amigo! ¡Y por esa misma razón he reservado un pasaje a Londres para el mes que viene! Si se necesitan copias, se harán copias. Ahora mire, estaré encantado de informarles a ustedes, los policías, de mis nuevas habilidades cuando las haya adquirido. Este es mi anuncio, guárdelo y estaremos en contacto, amigo. Mi nombre es Larry, Larry Prince. ¡Soy americano!

Y el inspector Rivers llamó la atención de *monsieur* Roland: a su llegada le desconcertó la energía y el empuje de aquellos americanos que, como si tal cosa, viajaban largas distancias, experimentaban nuevas ideas y hablaban con personas recién conocidas como si fuesen viejos amigos: nada en el mundo les suponía un problema con tal de ganar dinero.

El señor Prince movió su espejo reflectante con cuidado, de lado a lado; finalmente el espejo captó la luz como él quería.

—¡Eso es! —exclamó—. Ahora, damas y caballeros, necesitamos entre quince y veinte segundos. Les pido que miren ahora hacia mí y que mantengan esa misma posición, que permanezcan totalmente quietos y, por favor, les ruego que no pestañeen y que, por favor, no sonrían porque no se mantiene una sonrisa durante veinte segundos.

El aparato en forma de caja estaba colocado sobre un pie, él miraba a través de un cristal. Pero la frágil dama anciana, con la cabeza apoyada en el reposacabezas, parecía estar cada vez más afligida; comenzó a hacer pliegues con su falda, ansiosa, intentando mover su cabeza sujeta. El señor Prince se disculpó, desapareció en la habitación de al lado y apareció casi de inmediato con un bonito pájaro de vivos colores en el hombro, como si la anciana fuese una niña.

—Ahora mire aquí, querida, mire a este pajarito tan quieta como pueda. ¿Me comprende? —le preguntó a Rillie Spoons con inquietud y más bien en voz alta.

Era evidente que aquella anciana era la madre de Rillie. Pero él ya no tenía de qué preocuparse: la señora Spoons miraba con atención, fascinada y con asombro, al pájaro posado sobre el hombro de él.

—A ver, atento todo el mundo —dijo el daguerrotipista.

El daguerrotipo estaba colgado en un puesto de honor en el nuevo hogar de la familia, en Maiden Lane, y aquel mismo día de la primera semana que pasaban en Nueva York, *monsieur* Roland le compró a la señora Spoons un alegre canario amarillo en una jaula que después viajó de hotel en hotel y por último a Maiden Lane, al igual que el resto de la familia.

Así, Rillie saludó al señor L. Prince en aquel soleado día de abril mientras él acompañaba hacia el interior a unos clientes. Después, con la compra hecha, recogió a las dos ancianas de la familia, la señora Spoons y Regina, de su nuevo hogar en el ático y fueron a dar su paseo diario. Aquel día caminaron por Broadway hasta Battery Park y Castle Garden, donde los sauces llorones languidecían junto al embarcadero del río Hudson. A todos los neoyorquinos les gustaba el fresco espacio abierto de Battery Park y la fortaleza donde a veces se daban conciertos. Por la noche, los enamorados paseaban entre los sicomoros mientras que la luz de la luna se reflejaba en las blancas velas que había en el agua.

En uno de los embarcaderos vieron varios grupos de hombres empujándose para embarcar en un viejo barco que tenía el aspecto de haber tenido días mejores. Los hombres hablaban en voz muy alta y con mucha seguridad sobre oro. Un indio nativo envuelto en un manto rojo, con extrañas marcas en la cara, observaba impasiblemente un velero que acababa de zarpar. El viento llenaba

sus velas al virar hacia mar abierto. De un barco de vapor desembarcaban inmigrantes que pisaban por fin (tal como habían hecho Cordelia, Rillie y toda la familia) el soñado suelo de su tierra prometida, para ellos El Dorado: América. Los rostros grises y delgados de los irlandeses parecían desconcertados tras el largo camino desde Liverpool. Los acogedores y calculadores captadores de inmigrantes de mirada fría les guiaban hacia lugares donde comer y alojarse. Los timadores se abalanzaban, abriéndose paso a empujones, e intentaban estafar a los ingenuos.

De pronto, la anciana señora Regina comenzó a decir muy enfadada y en voz alta:

—¡Carotas!

Uno de los pálidos inmigrantes, llegados a ese punto, justo en aquel momento se desmayó en el embarcadero con una pequeña bolsa raída y todos los demás simplemente se abalanzaron corriendo sobre él para hacerse con sus pertenencias. Regina, que no tenía ni una pizca de sentimentalismo, se sintió sin embargo ofendida; ni siquiera era religiosa en lo más mínimo, pero tenía una fuerte relación por razones históricas con los libros sagrados. Así que, mientras que Rillie se arrodilló junto al hombre, Regina se colocó de pie a su lado, como un centinela y comenzó a cantar:

***El señor es mi pastor, nada me falta.***

***En verdes praderas me hace reposar.***

***Hacia aguas tranquilas me guía.***

Y a pesar de que tenía el pelo cano, la piel arrugada e iba vestida con un ancho vestido negro, tenía una voz excelente, un sombrero respetable, todavía estaba erguida y la gente se paró a escucharla y vio al hombre tumbado en el suelo. De inmediato, uno de los secuestradores de inmigrantes volvió a aparecer y se llevó al pobre irlandés.

Dos hombres que trabajaban en el muelle y que empujaban un carro atestado de equipaje se detuvieron brevemente, para descansar de la pesada carga, y al final de la tercera estrofa Regina dejó de cantar y les hizo la inevitable pregunta:

—¿Conocen por casualidad a mi hermano, Alfie Tyrone? Vino de Londres hace años, era marinero de un barco de vela.

Siempre esperaba que alguien reconociese por fin el nombre:

—Alfie Tyrone —repitió.

—Yo no le conozco —respondieron los trabajadores del muelle aquel día mientras levantaban la carga de equipaje y seguían su camino.

Muchos de los marineros y trabajadores del muelle ya conocían a la anciana señora de vista.

—¡Regina! —la llamaban allí donde la encontrasen, entre las cargas y las descargas, las gaviotas, la muchedumbre o la basura—. ¡Regálanos una canción!

Regina no se dejaba influenciar y a veces lo hacía y otras no. Aquel día, como de costumbre, no tuvo noticias del hermano al que siempre esperaba encontrar. Ya no cantaba, tan solo tarareaba bajo el sol primaveral.

La anciana que llevaba Rillie agarrada al otro brazo, la señora Spoons, la madre de Rillie, de rostro dulce y anciano, hablaba muy poco pero sonreía a menudo a todo lo que veía, y cuando Regina cantaba, solo las personas que pasaban muy cerca de ella podían observar la mirada vacía de sus ojos que daban a entender que quizás ella no estuviese, del todo, en el presente. Aquel día en el embarcadero encontró un guante amarillo: lo recogió de los listones de madera, a pesar de que la gente lo había pisoteado, y no lo soltó. Pero después, teniendo el guante agarrado, empezó a mostrar nuevos signos de ansiedad de los que Rillie había empezado a percatarse: lo del lloriqueo

era nuevo y que la mirase fijamente angustiada era nuevo. Al ver el rostro pálido de su madre, una especie de pánico atravesó el tierno corazón de Rillie. Su madre había perdido la cabeza hacía mucho tiempo, pero hasta hacía poco no parecía haberla vuelto tan inquieta e infeliz. Rillie le dio un pequeño pero fuerte abrazo.

—No te preocupes, mamá —dijo Rillie—. Estoy aquí, Regina está aquí, ya nos vamos a casa.

Y el trío volvió del río. Caminaron lentamente a través del ajetreo y el bullicio, agarradas de los brazos, de vuelta a Casa Céline, en Maiden Lane, abriéndose paso entre transportistas, herradores, trabajadores del puerto, hombres de negocios y tenderas, y carros con cerveza y carromatos de algodón que pasaban junto a ellas golpeando y repiqueteando sobre el adoquinado. De camino a casa, compraron dos periódicos de los que los niños pequeños vendían por todas partes: siempre compraban uno más serio para conocer las noticias, pero por deferencia a la antigua carrera literaria de Regina también compraban uno de aquellos escandalosos periódicos a penique.

Ya en el ático, Rillie acomodó sus cargas en las mecedoras que habían adquirido para ellas y que estaban colocadas junto a las ventanas que daban a la concurrida, ruidosa, estrepitosa y bulliciosa Maiden Lane. A cada una le dio una taza de té y ella se sentó con la suya en un pequeño escritorio.

Regina estiró los periódicos, primero el sensacionalista, en busca de información interesante. Durante todo el tiempo que ellos podían recordar, Regina siempre había sido la encargada de leer los periódicos. Los leía en voz alta todos los días.

—¡Escuchad esto! —decía.

Siempre le habían fascinado los periódicos, desde aquellos días de su juventud cuando trabajó para uno de los periódicos a penique que se vendían en las calles de Londres. Las palabras le gustaban tanto que los redactores a menudo le permitieron escribir los titulares: «CUERPO ENSANGRENTADO ENTERRADO EN UNA CESTA DE CARNICERO». Y muy de vez en cuando, todavía recitaba a los demás uno de sus poemas cortos o canciones que habían sido cantadas o gritadas con gran entusiasmo por los vendedores de periódicos a la vez que pregonaban su mercancía:

*Entonces cogió a los gemelos,  
que estaban durmiendo.  
Moriréis con vuestra madre,  
dijo el padre cruento.  
Los agarró por las piernas  
y al suelo los tiró  
y terminó con sus vidas.  
¡Ay de mí, muertos son!*

—¡Ay, aquellos fueron mis días de gloria! —decía Regina entre el pesar y el orgullo cuando recitaba poemas del pasado.

Aquel día leyó en voz alta la noticia de un escándalo que había tenido lugar en Nueva York con su habitual y elegante floritura poética, aunque ya por entonces tenía que sostener el periódico muy cerca de sus ojos mientras lo leía. «ASESINATO EN CANAL STREET, CORAZÓN CORTADO CON UN SERRUCHO». La señora Spoons sonrió vagamente, a salvo en casa, todavía agarrando el sucio guante amarillo que no quiso soltar. Rillie se inclinó sobre sus cuentas,

añadiendo y restando de una pila de dinero de un cajón: el dinero que Cordelia y Gwennlliam ganaban en el circo, el dinero que Arthur Rivers le daba y los discretos pero minuciosos ingresos de *monsieur* Roland. Lo que sobraba de cada mes, si es que sobraba algo, después de que ella apartase lo que iba a necesitar la familia, lo llevarían al nuevo Banco de América, en Wall Street. A una mujer no se le permitía tener una cuenta bancaria propia, ni siquiera en la nueva América (aunque a menudo enviaban cartas a los periódicos tratando ese tema), así que Arthur Rivers la acompañaba siempre a Wall Street y era quien firmaba los documentos. Sin embargo, era Rillie la responsable. Ella era la que controlaba el dinero. Siempre temía que no estuviesen asegurados, siempre. El circo pagaba muchísimo menos que cuando llegaron. En aquel momento, sumando y restando cifras, apartó con cuidado el dinero del alquiler para La Gran Céline y el dinero que iban a necesitar para la vida diaria.

—¡Escuchad esto! —dijo Regina:

#### DIVERSIÓN EN LA COSECHA DE TRIGO EN KENTUCKY

*El día 20 tuvo lugar en Maysville, Kentucky, una pelea en la que murió un tal señor Coulster de una puñalada en el costado, hicieron un buen corte a un tal señor Gibson, hirieron de gravedad en la cabeza a un tal señor Faro y a otro hombre con el mismo apellido en la cadera, un tal señor Shoemaker fue golpeado con fuerza y otras personas resultaron heridas de varias formas diferentes. Este espectáculo fue el fin de fiesta de las celebraciones de la cosecha del maíz, donde todos, sin duda, se habían puesto felices con buen whisky.*

—Escuchad —volvió a decir—: «ORO CENTELLEANTE PARA TODOS EN CALIFORNIA: SE HAN ABIERTO MÁS MINAS DE ORO».

Y entonces comenzó a leer el periódico serio, pero este también decía: «EN LA ACTUALIDAD, NUMEROSOS BARCOS ZARPAN RUMBO A CALIFORNIA CADA DÍA: SE HAN ABIERTO MÁS MINAS DE ORO».

Y por encima de todos los titulares de Regina y el tráfico del exterior, Rillie pudo oír las campanas sonar, no del todo al unísono, de la Trinity Church y de la capilla de San Pablo, y entonces pasó un carro de bomberos haciendo sonar su propia campana, y en su jaula el canario amarillo se unió de repente a todo aquel ruido cantando alegremente.

Rillie pensó en *monsieur* Roland, practicando su delicado arte con todo el ruido de Nueva York de fondo, pues las habitaciones en las que trabajaba *monsieur* Roland se encontraban dos calles más allá. En un pequeño letrero en la ventana de sus habitaciones ponía: «*Monsieur* Roland. Mesmerista». Aunque casi nunca trabajaba en los hospitales en aquellos días, por alguna razón era conocido en aquella zona como alguien que podía curar algunos tipos de dolencias físicas o calmar almas atormentadas: esas almas que, en aquella ciudad enorme, fascinante y bulliciosa ciudad, no podían adaptarse a su nueva vida o que no eran capaces de lidiar con su sufrimiento personal. Antes de que él llegase con los demás a América, solía vivir solo en su pequeña y meticulosamente pulcra habitación de Londres, en Elephant and Castle<sup>22</sup>: aquella vida en común era difícil para él, Rillie lo sabía. No obstante, cada semana él le entregaba todos sus pequeños ingresos; además, con infinita paciencia, apartaba la vista del libro que estuviese leyendo para escuchar y conversar con las ancianas. En ocasiones, jugaba al póquer con Regina; a veces hablaba durante un largo rato y con mucha paciencia con la anciana señora Spoons, para ver si era posible encontrar algún indicio abandonado de la propia señora Spoons en el inquieto y bondadoso cuerpecillo, pues tanto él como Rillie, Regina y Arthur habían notado el cambio. A menudo la señora Spoons tenía esa nueva mirada perdida, pues ya no recordaba nada: ni a sí misma ni a nadie más que hubiese conocido antes.

Rillie guardó bajo llave todas sus cuentas y miró hacia Maiden Lane, a las habitaciones del otro lado de la calle, donde sin duda otras personas estarían también apartando dinero. A Rillie le encantaba la primavera, el aire era diferente y ya, por fin, vivían en un lugar que parecía un hogar. Además, al final de la semana, Cordelia y Gwenlliam volverían a Nueva York, y Arthur, que estaba trabajando tantas horas con la Policía de Nueva York (con tristeza, se temían que por alguna razón), pasaría con ellos todo el tiempo que pudiese, y su pequeña y recogida familia estaría completa en sus nuevas habitaciones de la casa de huéspedes. Aquellos eran los mejores tiempos.

Ella levantó la vista para mirar el daguerrotipo de su peculiar familia, que colgaba en la pared. Miró con detenimiento a su mejor amiga, Cordelia Preston. Ella y Cordelia se conocían la una a la otra y habían trabajado juntas durante tanto tiempo que se entendían sin necesidad de usar las palabras. En una ocasión Rillie le dijo a Cordelia:

—Yo soy tu espejo.

Y Cordelia le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Y Rillie le respondió:

—Todo el mundo tiene que tener un espejo. Alguien que nos conoce mejor que nadie. Si no tienes un espejo no te ves a ti misma y eso es malo para las personas.

Rillie veía a Cordelia, y la quería de verdad (y ahora veía la diferencia). Qué alegres fueron una vez: cómo se reían ante su inesperado éxito con el arriesgado y atrevido negocio del mesmerismo que habían decidido montar; cómo bebían oporto y se sorprendían de haber estado tan cerca de la casa de acogida y de haber escapado; qué felices y entusiastas eran. Rillie deseaba tanto que «aquella» Cordelia (después de todo lo que le había ocurrido) pudiese volver. Aquella era la única explicación que podía encontrar Rillie para sí misma: «Vuelve, Cordelia». Pero Rillie había estado allí, aquellas fatídicas y terribles pocas semanas del juicio por asesinato, cuando los hijos de Cordelia dejaron de existir, lo mismo que ocurrió con su trabajo y lo mismo que ocurrió con su reputación.

Tal vez desde aquello nadie volvió a ser el mismo, no del todo.



## Capítulo 13

EL señor James Doveribbon debería haberse sentido más cómodo en el American Hotel de Broadway, con sistema de cañerías y plenitud. Pero también estaba lleno de americanos que le llamaban *Jimmy* y que entablaban conversaciones con él y le hacían preguntas desde por la mañana hasta por la noche. Estaba horrorizado. En Boston hasta los acróbatas y los domadores de animales le llamaron Jimmy y se habían comportado con una familiaridad que él encontró ofensiva.

Además siempre le preguntaban: «¿Qué piensa de nuestro hermoso país?». Y la verdad era que le parecía ruidoso, vulgar y completamente deficiente en mostrar la deferencia apropiada a un caballero inglés.

Se había puesto al corriente de cinco circos de Boston y sus alrededores y ninguno de ellos sabía nada sobre Cordelia Preston hasta que, por fin, un molesto payaso que había estado esperando sin hacer nada se dio un golpecito a un lado de la gran nariz postiza de color rojo que llevaba puesta sobre la boca pintada también de rojo y dijo:

—¿Qué quieres de ella, Jimmy? —de un modo grosero e insinuante.

Como los planes para Cordelia Preston del señor Doveribbon eran mucho más siniestros de lo que el payaso insinuaba, su reacción de desagrado tal vez no estuviese justificada. Entonces el payaso añadió:

—Si encuentras El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift, puede que encuentres a Cordelia Preston.

Al señor Doveribbon le dio un vuelco el corazón, hasta que se enteró de que el circo del señor Swift estaba haciendo una gira por las tierras remotas de América, a donde él no tenía intención de desplazarse: la analogía de la aguja en el pajar era más que apropiada, pues había oído que en las tierras remotas de América no había más que grano. Sin embargo, sí se desplazó hasta Nueva York y al American Hotel donde pidió una costosa botella de champán para relajarse.

Se enteró de que un hombre llamado Phineas Barnum también era empresario. Así que se dirigió al American Museum de Phineas Barnum, en Broadway, y vio un hombre león, una sirena y un interesante enano. También se tragó un melodrama que le hizo que le apeteciera algo de alcohol de inmediato, pero no había bares en el museo, aunque sí había alrededor de veinte tabernas fuera, en el mismo edificio. Intentó encontrar al señor Phineas Barnum para hacerle unas preguntas, pero no lo encontró por ninguna parte. Al final, tuvo una larga y condescendiente conversación con el general Tom Thumb<sup>23</sup>, el interesante enano, que (interesado él mismo en estudiar las formas de un hombre inglés) invitó al señor Doveribbon a ir a un bar cercano a tomar ostras y cerveza y le llamaba señor Doveribbon todo el tiempo. (James Doveribbon se sentía un poco extraño en compañía de un enano, pensaba que la gente le miraría, pero nadie miraba al inglés: solo les interesaba su acompañante). No obstante, el general Thumb no sabía nada de Silas P. Swift más de lo que el señor Doveribbon no se hubiese informado ya: el circo del señor Swift estaba de gira por América.

Otro día, el señor Doveribbon salió del American Hotel y, con un humor de perros porque no podía encontrar ningún carruaje libre en aquella dinámica, alborotada y apresurada ciudad, echó a

andar hacia la zona portuaria del río Este, donde los bauprés de los barcos de vela se extendían hasta el otro lado de las calles, las cuerdas se enredaban en las ruedas de los carros y el ruido del tráfico, de las fábricas, de las ferreterías y de las sirenas de los barcos y los gritos de los irlandeses descargando cargamentos eran difíciles de soportar. Mientras que el señor Doveribbon observaba los ruidosos muelles, él mismo también estaba siendo observado. Un caballero se acercó a él y se levantó el sombrero.

—Buenos días, caballero —dijo el caballero de forma respetable.

—Buenos días —dijo el señor Doveribbon, pero con recelo, no fuese que la siguiente frase fuese: «¿Cómo se llama?, ¿cuántos años tiene?, ¿está casado?, ¿a qué se dedica?, ¿cuánto gana?, ¿dónde se hospeda?, y ¿qué piensa de nuestro hermoso país?».

Pero el hombre cortés que se encontraba a su lado simplemente se dedicó a hacer comentarios graciosos hasta que, de inmediato, se le acercó otro caballero e incluso, amablemente, hicieron a un lado al señor Doveribbon para que no le atropellase un carro enorme. Y poco después le dieron un jovial apretón de manos y siguieron su camino. No fue hasta un tiempo después cuando el inglés se dio cuenta de que de algún modo le habían sustraído su reloj de bolsillo.

Estaba tan enfadado que deambuló por los muelles en busca de ellos con su nuevo cuchillo en la mano. «¿Cómo se atreven a tomarme el pelo?». Pero los simpáticos caballeros habían desaparecido completamente y, en su lugar, se vio desagradablemente rodeado por marineros y trabajadores del muelle de todos los colores y acentos que chocaban con él de forma grosera. Él sostenía su cuchillo con fuerza, afilado y listo para usarlo. Se dirigió al puesto de vigilancia que se encontraba en el exterior de la estación de Policía principal, pero no hicieron más que echarse a reír y decirle que no se preocupase.

—No existe la más mínima posibilidad de volverlo a encontrar, amigo —le dijeron—. ¡Ya se lo habrán vendido a algún judío!

No obstante, al final su suerte cambió aquel mismo día. En un tablón de anuncios público leyó: «SE VENDE OSO POLAR BLANCO. SE TENDRÁN EN CUENTA TODAS LAS OFERTAS. TAMBIÉN SE NECESITAN MONOS AMAESTRADOS. SILAS P. SWIFT. PEARL STREET. CERCA DE LA CALLE PINE».

## Capítulo 14

AÚN era temprano cuando Cordelia y Gwenlliam llegaron a Nueva York. La Casa de refrigerios Céline estaba tan concurrida como siempre. Céline se encontraba allí, detrás de su alto mostrador, supervisándolo todo y recogiendo el dinero. La perla de su parche negro brillaba a veces a la luz de la primera lámpara. Las largas mesas acogían a una familia alemana, hombres de negocios, trabajadores de las contadurías (solitarios hombres jóvenes que habían llegado a la ciudad para hacerse ricos), marineros del puerto: Céline recibía a todo el mundo con amabilidad mientras no molestasen a otros clientes. Normalmente no lo hacían: aquello era Nueva York, estaban allí para comer. Comían rápido, deseando volver a sus ajetreos. Pero si molestaban a otros clientes, el hombre fuerte llamado Jeremiah, que vendía bebidas detrás de una barra en un rincón, se movía asombrosamente rápido, teniendo en cuenta el volumen de su cuerpo, y alguien se enteraba de inmediato de que había trabajado como forzudo en el circo.

—¡Esto no es un bar, señor! —diría Jeremiah, y sacaría cualquier problema del establecimiento antes de volver a sus pequeñas estanterías de cerveza, *whisky*, oporto, zarzaparrilla y cerveza de raíz.

Y aquella noche había varias damas tras la amplia pantalla hermosamente decorada en una zona especial del comedor que Céline, siempre reservaba solo para mujeres: una de las damas que vivía en el piso superior, y dos damas de una casa de huéspedes cercana a las que no acompañaba ningún caballero, pero que se encontraban completamente a gusto en aquel lugar. Las dos camareras, que se decía que eran sobrinas de Céline, eran muchachas pulcras y eficientes a las que Céline había enseñado bien. Recibían los pedidos, las groserías y los agradecimientos con la misma atención agradable. El servicio también era rápido: en la cocina, que se encontraba más abajo, se escuchaban continuamente pasos y voces anunciando los pedidos mientras las muchachas, o las sirvientas negras que lavaban los platos, subían y bajaban las escaleras con rapidez. Un tipo joven pedaleaba el armonio y tocaba canciones de la época, cosa quizás nada habitual en un establecimiento de comidas de ese tipo. A veces también cantaba. Mientras los nuevos huéspedes entraban él cantaba la canción de moda, *¡Oh, Susana!* Sin embargo, si los clientes le escuchaban no lo parecía y si hablaban de algo durante la comida, hablaban de negocios o de encontrar oro en California: «¡Dicen que hay pepitas de oro tan grandes como huevos!». El joven pedaleaba frenéticamente el armonio.

*¡Oh, Susanna!*  
*¡No llores más por mí!*  
*Que yo vengo de Alabama*  
*con el banjo a verte a ti.*

La Gran Céline, que presidía la caja, solo pudo saludar rápidamente con la mano a las dos mujeres que acababan de llegar del circo por fin, mirándolas con gran interés. Pero a Céline no se le escapaba nada: a la primera se percató del claro entusiasmo de sus huéspedes cuando estos se reunieron con todos los demás, abrazándose uno a uno con gran afecto delante de la puerta

principal. Por lo que vio Céline, en efecto eran una familia, una familia peculiarmente variada. Vio a *monsieur* Roland torcer la cabeza, sonriendo al escuchar la cháchara entusiasmada de Gwenlliam. Vio cómo Rillie y Cordelia se saludaban la una a la otra con tanta calidez y alegría: parecían hermanas; ¿puede que lo fueran? Eso no se le había ocurrido. Y entonces vio al inspector Rivers inclinarse para besar la mejilla de Cordelia, y a continuación, tomarla del brazo mientras hablaban y ella ponía su mano sobre la de él y le sonreía. De inmediato Céline lo entendió todo y su corazón se llenó de alegría. Y entonces, al verles desaparecer tan rápido a todos, escaleras arriba hacia el último piso, ensimismados los unos en los otros, ella sintió una punzada de una especie de soledad completamente inesperada.

Sin embargo, La Gran Céline era americana y, aparte de los sentimientos esperanzadores y un tanto románticos que guardaba en su corazón por *monsieur* Roland, solo sentía que debía conocer mejor a sus interesantes huéspedes y su historia de una vez por todas, en el modo que fuese necesario. Con esa idea, envió de inmediato una invitación al último piso, tan bien redactada que era casi imposible rechazarla: La Gran Céline había reservado la mesa de detrás del biombo para una hora después aproximadamente. Para aquel momento, las mujeres solteras habituales habrían terminado de cenar y todo el grupo del ático estaba invitado, incluidas las dos ancianas, a bajar a cenar, como invitados, y las enormes ostras de Staten Island, las mejores ostras de Nueva York, acababan de llegar.

Y Céline, que seguía presidiendo cual exótico pirata el restaurante y el dinero, les vio a todos bajar una vez más por las escaleras, a sus siete nuevos clientes. Regina, una de las ancianas, llevaba una alegre pluma prendida en el sombrero para la celebración. Sonriendo a todos sus clientes, Céline, sin embargo, observó con detenimiento al pequeño grupo y a las dos recién llegadas. Cordelia Preston era sobrecogedoramente atractiva y su hija, Gwenlliam, era muy hermosa y por alguna razón tenía confianza en sí misma. Y Céline enseguida vio como, no obstante, todos ellos, incluida la anciana demente que llevaba un guante amarillo, de alguna manera formaban un halo de cariño alrededor de la joven. Resguardados de los demás clientes por la pantalla, pudieron hablar y reír de forma mucho más relajada entre ellos mientras comían ostras. Inmediatamente Regina escuchó la música: Céline vio cómo echaba un vistazo por detrás del biombo al armonio, dando golpecitos con los pies. Céline también vio cómo todo el mundo defería a *monsieur* Roland, aunque él mismo no hablaba mucho, pero escuchaba atentamente las anécdotas del circo que contaban las dos mujeres. La Gran Céline le miró (sin darse cuenta tal vez) con gran anhelo, como si él pudiera proporcionarle algún tipo de respuesta a lo que quiera que fuese que ella estaba buscando. Entonces tuvo que apartar rápidamente la mirada y sacudió sobre sus hombros su cabello del color del fuego con gran despreocupación al ver al inspector Rivers observándola. El inspector era por instinto el protector de aquel extraño grupo, según había visto.

Al final, la mayoría de los clientes se habían marchado y Céline vio que en el reducido y especial grupo también había movimiento. La señora Spoons bostezó, mirándola distraídamente, y Rillie se giró hacia ella enseguida.

—Mamá, ya nos vamos para arriba —dijo cariñosamente.

Cordelia y Gwenlliam, ya cansadas, tenían un pálido aspecto. Cordelia apoyó ligeramente el hombro sobre el inspector Rivers, gesto que hizo muy feliz a Céline. El músico del armonio había empezado a tocar la última canción de la noche, era el momento del amor, pero él era un muchacho tan joven y robusto, que la melodía sonó alegre en lugar de lánguida.

*Oh, silba e iré a tu lado, mi amado.*

*Oh, silba e iré a tu lado, mi amado.  
Aunque acaben todos alborotados,  
tu Jeannie irá contigo, mi amado*<sup>24</sup>.

Y, de todas las personas que había allí, fue la anciana demente, la señora Spoons, quien se unió cuando llegó el estribillo. La señora Spoons, elevando un poco su temblorosa voz, había recordado alto y cantó con mucha dulzura la verdadera versión escocesa: «Silba e iré a tu lado, mi amado. Silba e iré a tu lado, mi amado. Aunque acaben todos alborotados, tu Jeannie irá contigo, mi amado». Mientras cantaba la canción sonreía y asentía con la cabeza. Céline vio que *monsieur* Roland tenía puesta completamente su atención en aquello, inclinado hacia delante con gran interés. Y también Céline vio que a Rillie, al escuchar sorprendida a su pobre madre, se le llenaron los ojos de brillantes lágrimas.

Al amanecer, el inspector Rivers partió hacia el puerto. Vio a un reducido grupo de hombres en la esquina de Water Street, tal vez solo contemplaban el mundo, tal vez le observaban a él, ya que pocas veces se le escapaban ese tipo de cosas: después de todo era detective y hacía dos noches había frustrado los planes de una banda cuando se deslizaban en silencio por el agua con sus remos amortiguados hacia uno de los barcos que transportaba joyas. Dispararon a un marinero extranjero: pero el detective facilitó cuatro arrestos. Seguramente aquellos hombres le estarían vigilando.

Más tarde, aquella misma mañana, en el gran comedor, con el sol colándose a través de las ventanas, La Gran Céline se presentó adecuadamente a Cordelia Preston y a su hija Gwenlliam, ambas encantadas, como lo estuvieron los demás, por su exuberante y amable casera con un parche en el ojo, como un pirata. Ellas le dieron las gracias por la agradable cena, se sentaron en la gran sala que había en el piso de abajo, decorada con alegres carteles circenses y de las cataratas del Niágara en las paredes, y aceptaron café por el cual insistieron pagar. Alrededor de ellas, las dos sirvientas negras barrían y le daban brillo al suelo.

—Maybelle y Blossom —dijo Céline, y las muchachas sonrieron con timidez dejando ver sus dientes blancos, y siguieron brillantando con más fuerza. Céline bajó la voz—. Ahora se pueden conseguir sirvientas irlandesas por menos —dijo—, y cocheros irlandeses, trabajadores irlandeses para el puerto, limpiabotas irlandeses... Todos están tan desesperados que trabajan por menos que los negros. Pero yo me pregunto qué pasará si toda la población negra de Nueva York se queda sin trabajo. Ya se están matando entre ellos, ¡sus propias bandas! Yo les pago a estas muchachas lo suficiente y son buenas trabajadoras.

Las tres mujeres intercambiaron numerosas anécdotas animadas sobre la vida en el circo y Céline suspiró y dijo:

—Digo que no lo echo de menos pero de hecho, para ser sincera, aún a veces sí. ¿Qué planea Silas ahora?

—Estamos esperando a tener noticias. De pronto nos dijeron que teníamos que interrumpir la gira y volver a Nueva York. Todo se aclarará en unos días, eso nos ha dicho. Pero el rumor es que vamos a volver a actuar en Nueva York durante un tiempo.

—¡Seríais muy afortunadas! Ya sabéis que ahora existe un gran rechazo a los circos.

—¡Lo sabemos de muy buena tinta! Pero Silas habrá acordado algo.

Y La Gran Céline se echó a reír con su atractiva risa franca.

—¡Desde luego que ese loco de Silas lo habrá hecho! —dijo.

Cuando Gwenlliam supo que Céline se había quemado un ojo al tragar fuego, la miró disgustada.

—Pero esto no tendría que haber pasado —dijo—. Los tragafuegos tienen mucha precaución con la preparación, la parafina y las antorchas. Los he visto en más de una ocasión.

—Así es —dijo Céline—. Yo, por supuesto, también era meticulosa.

—Entonces, ¿cómo pudo ocurrir?

Cordelia lo adivinó al instante.

—¿Otra persona?

—Otra persona.

—Pero, ¿por qué?

Céline conjeturó de forma instintiva:

—Espero que sepas tan bien como yo que eso que llaman «amor» no siempre es como cuentan las canciones: *silba e irá a tu lado*, ¡ya lo creo! También puede ser algo muy negativo y toma extrañas formas que pueden hacer mucho daño.

Hubiera dado cualquier cosa por dar marcha atrás, de inmediato la expresión en los rostros, palidecidos de repente, de las otras dos mujeres fue de indefensión. Era como si las hubiese golpeado. Se repusieron, pero ya era tarde para ella por no haber visto lo que había visto y se sentía avergonzada: de inmediato intentó ofrecer su propia vida, casi como disculpa.

—Un acróbata se enamoró de mí. O pensó que estaba enamorado de mí, pobre muchacho. Era alemán. Normalmente los alemanes se suelen controlar más. Hasta he conocido a caballeros alemanes que no se quitan el sombrero de la cabeza estén haciendo lo que estén haciendo, ni qué decir tiene otras prendas de vestir de cualquier otra parte de su anatomía —vio que les había hecho reír—. Me suplicó que dejara el circo y que me fuera y me casara con él para vivir en una granja... ¡Nada menos que en una granja de cerdos! ¿Os lo podéis imaginar? Decía que se podía ganar mucho dinero con los cerdos. Yo intenté ser muy amable pero, obviamente, no lo fui lo suficiente —suspiró muy ligeramente, una leve respiración que sonó algo así como de arrepentimiento—. Habían doblado mi vara. Tenía mucha parafina y, por lo tanto, se formaron tantas llamas que yo calculé mal el momento de tragarla y el pelo prendió de inmediato. Yo estaba tan asustada que no sé cómo me di en el ojo con la antorcha. Mis compañeros se me echaron encima para ayudarme. Tuve mucha suerte de no quemarme toda la cara mucho más de lo que me la quemé. Tuvieron que pasar muchos meses para que el pelo me volviese a crecer tanto como lo tenía y perdí la vista del ojo quemado —se sacudió el cabello del color del fuego que le caía alegremente arremolinado sobre el rostro y su ojo bueno brilló—. Intento pensar que fue una bendición disfrazada. Una tragafuegos vieja es indecoroso y aquí estoy, a cargo de mi propio mundo. —En aquel momento aparecieron sus sobrinas y las tuvo que presentar—. En realidad no son mis sobrinas, no tengo familia. ¡Pero las llamo así para poder fingir que tengo parientes! —se echó a reír—. Ruby y Pearl, de Cincinnati —y las muchachas sonrieron—. Y no sé cómo me las arreglaría sin ellas.

Y entonces las tres se fueron con prisa porque el carnicero había llegado con su carro y estaba llamando a la gran puerta principal.

—Está enamorada de *monsieur* Roland —les contó Rillie cuando volvieron al piso superior. Ambas le miraron, atónitas.

—¡Pero él es nuestro! —dijo Gwenlliam con firmeza, y entonces se contuvo y dijo un poco avergonzada—: No, no es «nuestro», por supuesto que no. Pero nosotras le queremos.

—Entonces no debería sorprenderte que alguien más también le quiera —dijo Rillie.

—¡Pero es diferente! —dijo Cordelia, pero ella también se escuchó a sí misma y sonrió.

—Yo nunca he estado enamorada, pero sí he visto a gente enamorada —dijo Gwenlliam, misteriosa, y aunque ella y su hija se encontraban en aquel momento lavando su ropa en grandes

palanganas, Cordelia se puso a lavar más lentamente, mirando a Gwenlliam con vacilación. «¿Pero qué puedo contarle yo sobre el amor?», pues ella era consciente de que Gwenlliam sabía (y recordaba) muchas cosas. Cordelia comenzó a lavar frenéticamente, como si pudiese eliminar el pasado a base de frotar. Y Gwenlliam se mezclaba ya con personas salvajes y poco convencionales. Una vez Gwenlliam le dijo a su madre:

—Hoy he besado a un marinero en el muelle.

Cordelia intentó no mostrar sorpresa o susto ante su fuerte y segura hija.

—¿Era un amigo?

—No, pero estaba solo, no había nadie para despedirse de él. ¡Además era guapo! —y Gwenlliam rio con dulzura.

—Estoy segura de que Céline quiere casarse con *monsieur* Roland —dijo Rillie entonces. Estaba escurriendo el agua de la ropa limpia en una olla.

Cordelia y Gwenlliam digirieron aquello mientras frotaban y refregaban. El olor a jabón inundaba gratamente el ático. Regina estaba leyendo el periódico pero escuchó con detenimiento la conversación, disfrutando de la discusión y del olor a limpio y a jabón.

—¿Y qué dice él de todo esto? —se atrevió a preguntar al fin Cordelia.

—No creo que se haya dado cuenta todavía —respondió Rillie—, pero ahora que habéis conocido a La Gran Céline seguramente estaréis de acuerdo conmigo: ¡es solo cuestión de tiempo que se dé cuenta!

El sujeto de su romántico debate, *monsieur* Roland, había llevado a Cordelia y a Gwenlliam a ver operaciones quirúrgicas a uno de los hospitales de Nueva York: ambas estaban acostumbradas a asistir a operaciones. Al comienzo pensaron que a Gwenlliam podría parecerle inquietante o espantoso pero, por el contrario, se dirigió a su primer paciente con amabilidad, una muchacha americana. La mesmerizó y permaneció junto a ella sin palidecer, manteniendo mesmerizada a la joven mientras le abrían el estómago. Evidentemente, ya conocían la llegada del éter como anestésico.

Aquel día, *monsieur* Roland les contó que quería que viesen algo más.

—Es posible que quizás ya hayan superado al éter —les contó—. He averiguado gracias al cirujano que hoy están usando cloroformo. Es mucho más eficiente, ya no hace falta una botella inhaladora. No obstante, necesitan tener mucho más cuidado que con el éter, ya que puede resultar fatal si no se utiliza de forma adecuada.

El cirujano saludó a *monsieur* Roland y a sus invitadas de forma cortés: conocía a *monsieur* Roland y le tenía un gran respeto; también recordaba a las dos mujeres. Colocó a los invitados donde pudieran ver. Tenían que amputarle al paciente un pie gangrenoso y estaba sumamente nervioso. Sin embargo, vieron lo fácil que una esponja empapada en el líquido incoloro, el cloroformo, colocada sobre el rostro del aterrorizado paciente le inducía a la inconsciencia: fue casi instantáneo. Cuando el hombre parecía que se iba a despertar, que estaba inquieto, simplemente le colocaban de nuevo la esponja sobre el rostro y la boca mientras el cirujano le cortaba el pie.

Más tarde, cuando se habían llevado al paciente, permitieron a los visitantes, por la estima en que tenían a *monsieur* Roland en el hospital, inhalar con sumo cuidado solo un atisbo del cloroformo de la esponja.

—Tengan cuidado —dijo el cirujano.

—Mmm. Sí, lo conozco —dijo Gwenlliam con calma y devolviéndole la esponja—. Pero en realidad no lo había probado bien. He inhalado éter alguna que otra vez, esto es diferente. Este tiene un olor más dulce, más agradable, ¿verdad?

El cirujano le miraba sorprendido. *Monsieur* Roland y Cordelia parecían también algo perplejos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntaron todos a la vez.

Ella se echó a reír.

—Los enanos —dijo—. Lo prueban todo con tal de disfrutar. Ellos me dejan probar también. ¡Todo el mundo conoce «la guasa del éter»! Mucho caerse. A los enanos les gusta más el óxido de nitrógeno; el gas de la risa es lo que mejor hace sentir, eso me dicen, ¡como si mezclase risas con champán!

*Monsieur* Roland le habló a Gwennliam con severidad.

—Es peligroso, querida —dijo—. Todas estas cosas: cloroformo, éter, óxido de nitrógeno pueden ser peligrosos cuando no se conocen.

El cirujano había escuchado la conversación con interés. «¿Enanos?». Pero recordó que las dos mujeres trabajaban en un circo. No obstante añadió su propia advertencia:

—Así es. El cloroformo en particular debería ser manipulado con sumo cuidado. Se sabe — le dijo a Gwennliam— que el cloroformo, usado de forma inadecuada, o si se abusa de él, puede hacer que el corazón deje de latir; se han dado casos de víctimas mortales. Como dice *monsieur* Roland, puede ser peligroso.

—Los enanos viven vidas peligrosas —dijo Gwennliam con total naturalidad— y yo no me voy con ellos normalmente, ya que me parecen de algún modo complicados. Se enfadan y son un poco violentos. Pero les compadezco. Sienten que de algún modo les han timado por su tamaño. Saben que están en el circo solo por su tamaño y, sin embargo, algunos de ellos son unos malabaristas más que excelentes. De todas formas, no voy buscando el cloroformo. Los enanos me dijeron que no les gustaba.

El cirujano estaba fascinado.

—¿Por qué dijeron eso?

Gwennliam se rio de nuevo.

—Bueno... ¡quieren tener una vida mejor! Decían que el cloroformo les dejaba inconscientes en lugar de hacerles sentir como si hubiesen bebido champán.



## Capítulo 15

Marylebone, Londres

Querido Arthur:

Seguimos preocupados por la llegada del cólera. Tus ocho nietos (sí, Arthur, te diré otra vez por si lo has olvidado que ahora son ocho) todavía, y damos gracias al Señor por este gesto de compasión en esta ciudad plagada de enfermedades, crecen a diario. Tienen muchas necesidades. Pero te escribo de nuevo tan pronto porque necesito hacerte saber que tu hija Faith tiene problemas con su matrimonio. Está cargando con una cruz y necesita la orientación de un padre y no la mía. Se me hace difícil contártelo, pero Fred ha desaparecido más o menos (por lo que deberíamos dar gracias) ¡pero tu hija Faith se ha puesto a trabajar! ¿Ves? Esto es lo que ocurre cuando se tiene un padre al otro lado del océano. Y no trabaja ni siquiera como institutriz o en algún puesto de trabajo refinado como bordadora. Está trabajando (no puedo creer que esté escribiendo estas palabras) en una fábrica de conservas en Paddington. Cebollas en escabeche. Millie cuida de sus sobrinas y sobrinos. No diré nada más, pero espero que esta noticia te haga entrar en razón.

El príncipe alemán se ha salido con la suya y se están proponiendo y valorando todo tipo de planes para un edificio que se va a construir en Hyde Park para la Gran Exposición, la cual yo creo que se llevará a cabo en menos de dos años. Los periódicos no hablan de otra cosa. No sé cómo nuestra querida reina se las arregla con tales tejemanejes, aunque una exhibición así será un modo de hacer más grande a Gran Bretaña, eso dicen los periódicos. Habrá que verlo, si es que el Señor nos lo permite.

Quedo como tu obediente cuñada,  
Agnes Sparks (señorita)

P.D.: Hemos recibido tu contribución económica el día 6 del corriente.

Queridísimo padre:

Ninguno de nosotros muestra síntomas de cólera y estamos cuidando de Faith. Fred tiene problemas con el alcohol desde hace años. Mi querido Charlie dice que empezar a trabajar ha supuesto un cambio a mejor para Faith, pero tú sabes lo bromista que es. Ella vuelve muy cansada pero todo está bien, padre. Fred es un caso perdido, va y viene y nunca podemos contar con él. Pero yo cuido de los niños, todavía nos las arreglamos y si, como dice el bueno de Charlie, Fred desaparece, nos llevaremos a Faith y a los niños con nosotros (lo único que esperamos es que el grupo familiar no incluya a la tía Agnes).

Querido padre, te envío otra nota a escondidas y con cariño de tu princesa Millie.

P.D.: Todos te enviamos mucho cariño. Algún día verás a mis hijos y a los de Faith y estoy segura de que te sentirás orgulloso de ellos. Mi querido Charlie siempre me dice que en mí encontrarás a una hija mejor que cuando te fuiste. Y el hijo de Faith, el pequeño Arthur, no se ha

olvidado de ti diga lo que diga la tía Agnes. Él conserva todos tus dibujos. El otro día me hizo un dibujo en el que salías tú, ¡en un barco! ¡Copió el barco de uno de tus dibujos y estaba muy orgulloso! Pero, padre, mientras tanto no te preocupes, te prometo que te avisaré de inmediato si realmente nos encontramos en apuros. Abrazos.

El inspector Rivers leyó dos veces ambas cartas. Valientemente silbó *Lavanda azul* mientras caminaba desde la oficina de correos de vuelta al río Este bajo la luz del sol. Su Cordelia había vuelto, pero aunque las flores de mayo relucían en las verjas y los jardines e incluso en los huecos que dejaban los adoquines rotos de las calles que conducían a los muelles, él no las veía. Cada vez se hablaba más de que se estaba formando un departamento de Policía Fluvial más apropiado: tal vez entonces podría viajar a Londres, donde también era evidente que le necesitaban.

*Lavanda azul, tilín, tilín.*

*Lavanda verde.*

Silbaba.

Y entonces pasó mucho tiempo antes de que volviese a silbar, ya fuese valiente o alegremente: aquella noche le destrozaron la cara con un adoquín roto; también le rompieron la clavícula y un brazo.

Cuando más tarde la gente hablaba de ello, apenas podían creer la causa de la revuelta: un grupo de hombres congregados dentro y fuera del Astor Place Opera House peleando ferozmente por ver quién ofrecía una interpretación mejor en *Macbeth*, la obra de teatro de Shakespeare, si un actor inglés o un actor americano. Dentro, entre abucheos, los miembros violentos del público detenían la obra. Fuera, la policía no podía contener a la muchedumbre que arrancaba los adoquines del pavimento y los arrojaban al Opera House. Llegó el ejército, armado con pistolas y mataron a veintitrés personas e hirieron de bala a muchas más. Las casas y los edificios de aquella parte tan respetable de la ciudad resultaron dañados. Los repartidores de periódicos anunciaban: «REVUELTAS EN BROADWAY».

Cordelia, que había vuelto del circo recientemente, no vio a su marido durante casi dos días, además ningún muchacho llegó para darle algún mensaje. Ella y Gwenlliam no pudieron encontrar a nadie que respondiera a sus preguntas en las oficinas de la Policía, custodiadas por soldados. El Astor Place estaba acordonado para el público. Cordelia miraba los grandes titulares de los periódicos: «TREINTA Y TRES MUERTOS», los cuales, por una vez, Regina no leyó en voz alta. Cordelia no paraba de restregar el suelo del pasillo que había fuera de su puerta de entrada.

—¿Dónde está? —repetía mirando al suelo.

—¡Cordie, escucha esto! ¡Ven y escucha esto! —Cordelia no dejaba de restregar—. ¡Cordie, es William Macready! —Rillie volvió a gritar sin dar crédito—. ¡Es todo sobre él!

William Macready era un actor londinense con el que ambas habían trabajado hacía mucho tiempo.

—¡En realidad estaban matando a gente que decían que William Macready es mejor que un actor americano llamado Edwin Forrest!

Ella se quedó mirando los reportajes asombrada.

Cordelia agarró el periódico y lo desechó de inmediato.

—¿Dónde está Arthur? Él siempre envía un mensaje si le estamos esperando y no va a volver a casa. ¿Lo sigue haciendo?

—Claro que lo hace —dijo Rillie.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Por qué se matan unos a otros por William Macready?

Cuando, por fin, Arthur Rivers volvió a Maiden Lane con los brazos, las manos y la cabeza vendados y la sangre coagulada en el rostro, Cordelia se quedó mirándolo fijamente. Y después lloró de alivio, sorprendiendo a todo el mundo, incluida a ella misma. Cuando por fin estaban todos juntos en la sala de estar del ático y Céline apareció con pasteles y cerveza, la señora Spoons se levantó de repente de la mecedora, haciendo ruiditos de angustia. Tal vez solo veía a un hombre pálido con vendajes, pero con su guante amarillo acarició el brazo vendado del policía, él le sonrió, le tomó la mano con su mano buena y le dijo que era un hombre afortunado por conocerla. *Monsieur* Roland, muy aliviado también por la aparición de su amigo, observaba sin embargo a la señora Spoons, preguntándose cómo era posible que ella no reconociera al inspector Rivers, que vivía con ellos, y sin embargo mostrase bondad hacia él.

La Policía fue severamente criticada. Las cartas de todos los periódicos hablaban de «respetables neoyorquinos que no podían dormir a salvo en sus propias camas».

—La muchedumbre estaba organizada —decía Arthur una y otra vez—. Os digo que todo aquello no era en realidad por los actores, debía de haber allí al menos unas diez mil personas.

Y Gwenlliam, que estaba sentada cerca de él, tuvo que dejar de llorar por su maltratado, vendado y pálido padastro, a quien tanto quería.

—Reconocí a muchos de ellos —continuó él—. Allí había bandas: había cientos del Bowery con sus sombreros y sus relucientes pantalones. Edwin Forrest es un héroe para el Bowery. Peleaban como animales salvajes con cuchillos, clavos, botas y adoquines. También había bandas de Five Points arrancando el pavimento.

No dijo que también había visto perfectamente a miembros de Los Chicos del Amanecer que venían de río abajo. No dijo que creía que en especial él y Frankie Fields, su sargento más leal, habían sido el objetivo de algunos de aquellos hombres salvajes, que solo escaparon de un daño mayor cuando el ejército llegó armado. En especial, no dijo que no estaba seguro de si fue real o si estaba alucinando, pero que cuando los soldados armados se lo llevaron a rastras para ponerle a salvo creyó ver a una mujer alta y de cabellos rebeldes lanzando improperios contra él entre la multitud de hombres peleando. Recordó que, de forma instintiva, se buscó la oreja a tientas mientras que perdía el conocimiento.

—Aquí tienes el oporto —dijo Cordelia. Él lo tomó de forma torpe, pero siguió hablando.

—¿Alguien, o algunas personas, no comprendo los entresijos de América, es evidente que estaban detrás de aquello, armando lío y usando a Forrest y a Macready como excusa!

*Monsieur* Roland miró con detenimiento los vendajes de su amigo y, entonces, con suma delicadeza desvendó y volvió a vendar el que tenía en el hombro.

—Una vez interpreté a la sirvienta de Macready —dijo Rillie perpleja—. Goldsmith<sup>25</sup>.

—Una vez interpreté a su amada —añadió Cordelia—. Sheridan<sup>26</sup>.

—¿Él está a salvo? —preguntó Rillie.

—Salió por la puerta trasera y si es sensato ya se habrá ido de Nueva York. Le habrán ayudado a escapar. Tiene muchos amigos poderosos entre la «sociedad neoyorquina», como ellos mismos empiezan a llamarse por lo que me he percatado, o «antiguos neoyorquinos». Fueron ellos los que insistieron en que él actuase cuando estaba ya claro que se avecinaban problemas. Simplemente no conocen la energía que se esconde en las calles cercanas donde ellos piensan que están tan a salvo. ¡El Bowery y Broadway «reunidos» en el Astor Place, por el amor de Dios! ¿Qué les pasa? ¿Por qué no se dan cuenta? Miles de hombres jóvenes insatisfechos y desesperados con demasiada energía viviendo como animales. ¡Eso no puede seguir así sin causar un verdadero problema! ¿Es que la «sociedad neoyorquina» no lee sus propios periódicos?

¿Acaso no son conscientes de la cólera que se ha levantado en Francia, Alemania e Inglaterra?  
¡Los muelles están repletos de personas que llegan enfadadas de todas las partes del mundo!  
¡Nueva York acabará estallando!

—Escuchad esto —dijo Regina y leyó en voz alta el periódico—. «La revuelta deja un sentimiento que esta comunidad, hasta la fecha, no había conocido: la oposición de clases, ricos y pobres. En realidad, para hablar claro, es un sentimiento que ahora existe en este país, en la ciudad de Nueva York, y que todo buen patriota, hasta ahora, ha sentido el deber de negar: una clase alta y una clase baja».

—¡A eso es a lo que me refiero! —dijo Arthur.

—Aquí hay otra —dijo Regina—. «La rapidez de las autoridades en llamar a las fuerzas armadas y la inquebrantable firmeza con la que los ciudadanos obedecieron la orden de abrir fuego sobre la muchedumbre concentrada es un aviso excelente a los capitalistas del Viejo Mundo de que pueden enviar sus bienes a Nueva York y tener la certeza de que estarán a salvo»...

—¡A salvo! —objetó Arthur.

—... «de las garras de republicanos rojos, cartistas o comunionistas de cualquier tipo».

El detective de los muelles escuchaba la dramática lectura de Regina atónito.

—¡A Los Chicos del Amanecer les encantará eso! —dijo—. Aunque no sé si con *comunionistas* se refieren a las bandas del río —y el inspector Rivers colocó la cabeza vendada entre las también vendadas manos.

## Capítulo 16

SILAS P. Swift era una persona desconfiada: no había llegado a ser un empresario exitoso sin aprender mucho. Podía ser tan taimado como desconfiado si así lo deseaba. A Silas P. Swift no le gustaba que la gente le hiciese preguntas si él no sabía a qué venían. Acababa de vender el gran oso blanco sospechoso de comer humanos, por fin, y no hubo preguntas. Cuando uno de esos caballeros ingleses *jotos*<sup>27</sup> (palabra propia del señor Swift, la había aprendido, al igual que su significado grosero, de los *cowboys* mexicanos) entró en su oficina sin llamar y comenzó a preguntarle de forma presuntuosa por el paradero de Cordelia Preston sin darle ninguna explicación, Silas se quedó mirándole, en silencio.

El señor Doveribbon miraba a su alrededor. La «oficina» era un desorden de jaulas, cajas, papeles y basura con un hombre grande con bigote sentado sobre una caja desbordada y extraña y un escritorio repleto de latas en el centro. El señor Doveribbon oyó a algunos monos chillar, pero no los veía.

—¿Es usted Silas P. Swift?

—El oso está vendido —dijo Silas.

—No deseo comprar un oso, ni tampoco poseo ningún mono amaestrado.

—También he comprado ya los monos.

Los monos seguían chillando en alguna parte como comentario de aquella adquisición.

—Mi misión es diferente. Estoy buscando a Cordelia Preston.

—¿Ah sí?

—Así es.

Silencio.

—Tengo... información. Información muy beneficiosa para ella.

—Si me la dice, intentaré dársela si la encuentro.

—No, no, usted no lo entiende, señor Swift. Porque supongo que es usted el señor Swift, ¿o acaso estoy malgastando el tiempo de los dos? —Silas simplemente le miró fijamente—. Es urgente. Tengo información para su hija. Puede que usted no supiera que tiene una hija. Son noticias maravillosas para su hija, muy beneficiosas para ella.

Silas Swift se enfureció, inquieto. Desde luego, a esas alturas de sus planes, no quería que nadie diese ninguna información a Cordelia y a Gwenlliam si no era él mismo: estaba planeando ir ese mismo día a explicarles su próxima aparición circense. Aquel tipo no podía saber mucho sobre ellas si no sabía que Gwenlliam trabajaba también en el circo.

—No tengo ni idea de dónde están, amigo.

—Cordelia Preston ha estado de gira con su circo y me he percatado de que ahora no se dedica solamente a vender animales, sino a comprar otros nuevos, así que debo suponer que tiene planes para el futuro.

—No sé cuál es su nombre, amigo.

—Doveribbon, James Doveribbon —y el inglés hizo una inesperada reverencia típica de un *joto* (palabra de Silas).

—Bien, Jimmy, deja un mensaje. Intentaré dárselo si las veo. Es todo lo que puedo hacer por

ti.

—¿Están en Nueva York?

—No. No, se han marchado.

—¿A dónde?

—No soy su cuidadora, Jimmy. En una ocasión si fui cuidador de oso y aún soy cuidador de elefantes. Cuidador de monos si puedo soportar a esos puñeteros salvajes. Pero no soy cuidador de señoras.

El señor Doveribbon comprendió que le estaban dando gato por liebre, pero se dio cuenta de que, llegados a ese punto, no conseguiría nada más. Sin embargo, Silas no le iba a dejar escapar ya que había encontrado su cuartel general.

—He tenido la precaución de escribir una carta —dijo de forma suave—. Tal vez usted tenga a bien enviarla —dejó una carta sellada sobre el atestado escritorio del señor Silas P. Swift con algo de desagrado—. Que tenga un buen día, señor.

Tan pronto como se marchó tranquilamente, Silas abrió la carta.

Estimada señora Preston:

Le traigo buenas nuevas. Se requiere de inmediato la presencia de su hija en Londres para su gran beneficio económico, por lo que necesito verla a usted con urgencia. Actualmente resido en el American Hotel, en Broadway. Siempre a su servicio, señora.

Don James Doveribbon

—Por encima de mi cadáver —dijo Silas rompiendo la carta en pequeños trozos y esparciéndola por encima de las fundas, las jaulas y las cajas. Un mono que se había escapado se cagó encima del sobre. Cuando Silas atrapó al mono rabioso, este intentó morderle la cara.

## Capítulo 17

CADA día esperaban tener noticias sobre qué estaba pasando con el circo.

—Me pregunto si Silas habrá huido con todo el dinero —dijo Gwennliam.

—Entonces tú y yo nos convertiremos en dos conocidas daguerrotipistas —dijo Cordelia—. «Retratos, grupos, recuerdos, la luna».

—Es posible que el señor Swift haya decidido convertirse él mismo en el fantasma acróbata —dijo *monsieur* Roland sin levantar la vista del libro que estaba leyendo.

—Yo me pregunto si se lo habrá comido el león —dijo Rillie, removiendo algo en una gran caldera.

—Sabemos de buena tinta que el león lo único que hace es rugir y no morder —dijo Cordelia—. Le vi el otro día acurrucarse contra Kongo, ¡y quedarse dormido de inmediato!

Estaba cortando patatas y tenía junto a ella un gran montón de guisantes esperando para ser desvainados.

—¡Solo espero que el circo de Silas no cierre como todos los demás!

—¡Ay! —exclamó Arthur mientras Gwennliam le lavaba su magullado rostro antes de empezar a jugar al póquer.

En raras ocasiones aquella familia del ático de Maiden Lane estaba reunida entera: al final de la tarde, entre el aire suave y cálido de la primavera, los siete se sentaron juntos en la sala con el daguerrotipo de todos ellos colgado en la pared. En una esquina, el canario, dentro de su jaula, pasaba desapercibido, pero podían oír los carros, los caballos y la gente pasar por los adoquines de la calle. Rillie estaba haciendo un pastel de ostras y carne. Regina con sus periódicos y la señora Spoons con su guante amarillo, meciéndose en sus mecedoras.

—¡Escuchad esto! —dijo Regina.

Sostenía el periódico más cerca de su rostro de lo habitual porque no entendía lo que estaba leyendo.

¿ESTÁN LOS MUERTOS VIVOS DESPUÉS DE TODO?

Los primeros ecos de la historia habían alcanzado Nueva York antes, pero ya los periódicos estaban dando más cobertura durante más días: un pequeño párrafo se había convertido en otro más largo. Dos niñas, las hermanas Fox, de un pequeño lugar llamado Hydesville, del estado de Nueva York, al parecer habían escuchado golpes en su dormitorio. Por alguna razón se creía que estaban recibiendo mensajes de almas desesperadas: extraños golpes que tal vez traían mensajes de otra galaxia o del cielo. Se escribieron numerosos artículos en los que lo comparaban con el nuevo telégrafo: si se era posible recibir señales eléctricas que cruzaban estados y países, ¿tal vez fuese ciertamente posible recibir señales espirituales desde otros mundos? Para entonces, personas de todas partes acudían a la pequeña ciudad de Hydesville.

—«¿Están los muertos vivos después de todo?» —leyó Regina—. Vaya, es condenadamente increíble —comentó en voz alta.

Para *monsieur* Roland sí que era, sin duda, increíble y de repente se levantó bruscamente y caminó por la pequeña sala de estar hacia la ventana, como si le faltase el aire: todos los que se

encontraban en la habitación le miraban con inquietud. *Monsieur* Roland era un hombre profundamente espiritual y no era tan estúpido como para pontificar sobre lo que ocurría después de que una persona falleciese. Cuando se giró en la ventana ya se había controlado a sí mismo y habló tranquilamente.

—A causa de mi trabajo he estado presente bastantes veces cuando la vida abandona el cuerpo. He visto la energía en sí misma, que es el ingrediente esencial del mesmerismo y el hipnotismo, eso precisamente desaparece de una persona cuando muere. Lo he visto: abandona el cuerpo; a veces de forma salvaje, otras veces con delicadeza. Eso es todo lo que sé. Decir que esa energía, o espíritu, se puede recuperar dando tres golpes para sí y dos para, tal vez, en respuesta a preguntas mundanas, ofende a todo lo que aprecio en mi vida —*monsieur* Roland seguía hablando tranquilamente, pero con mucho más fervor que un clérigo—. Todo eso es cruel, no tiene fundamento, es ridículo y peligroso. Promesas así despiertan la esperanza en las personas ignorantes que sufren, personas cuyo sufrimiento les hace ignorantes, *mon Dieu*, de otra manera el sufrimiento hace que las personas sensatas pierdan el sentido común. ¡Pues por supuesto se aferran a cualquier esperanza para contactar con algún ser querido! Pero pienso que es inmoral sugerir que pronto nos volveremos a reunir en una especie de alegre reunión de mesas parlantes en una pequeña ciudad de América.

Gwenlliam se acercó un momento al anciano, él asintió ante su tierno rostro, volvió y se sentó de nuevo.

—No se preocupe, *monsueer* —dijo Regina—, hay mucha gente que está de acuerdo con usted. Aquí hay un tosco poema sobre eso. No tan bueno como solían ser mis poemas, claro —pero ella leyó con entusiasmo.

Unas niñas en la cama  
oyen golpes aterradas  
y ellas, de forma valiente,  
van a sus padres de frente.  
Ellos lo negaron todo,  
mas después vieron un chollo.  
Aunque doquiera en su casa  
surgirían los fantasmas.  
Para acabar mi canción,  
aunque no es un buen colofón,  
ni os parezca inteligente,  
quiero decir ¡INOCENTES!

Para entonces, Arthur y Gwenlliam estaban repartiendo las cartas sobre la mesa. El policía colocaba las cartas y los centavos con la mano izquierda. Cordelia estaba sentada cerca de ellos, desvainando ya los guisantes en un cuenco grande.

—¡Ja! —exclamó Regina—. Escuchad esto: «Nos han informado de que un reverendo está tratando de arrestar a la hermanas Fox por blasfemar contra las Sagradas Escrituras».

—¡Oh, cielo santo! —dijo Cordelia—. ¿Cuántas veces hemos oído eso? ¡Es exactamente lo mismo que dicen también de nosotros!

—¿Te acuerdas, Cordie —dijo Rillie—, en Londres, cuando nos visitaba aquel pastor de la iglesia que estaba al otro lado de la calle? Llevaba prendas de color morado, ¿recuerdas? —se había girado de su mesa, sosteniendo ostras en ambas manos—. ¡Se sentaba en el sótano y nos



decía que dejáramos el mesmerismo de inmediato! «¡Es blasfemo!», gritaba mientras tú le servías un vaso de oporto. ¡Y se acababa terminando la botella entera!

Cordelia, viendo cómo Rillie agitaba las ostras y reía, empezó a reírse también.

—No nos gustaba beber delante de los pastores, ¿recuerdas? Así que él se lo bebió todo, la botella entera, y seguía diciendo: «¡Debéis recapacitar! ¡Aliviar el sufrimiento solo es tarea del Señor!». ¡Y después se cayó!

—¡Estaba tan embobado como ebrio! —exclamó Rillie—. ¡Mientras se bebía con tanta rapidez el oporto y nos criticaba con dureza no te quitaba los ojos de encima!

—Además me acusó de sugerir que Jesús era mesmerista mientras que vaciaba el poso del vaso y, ¿recuerdas, Rillie?, literalmente no dispusimos de más oporto hasta que conseguimos un nuevo cliente. Eso ocurrió justo después de que empezáramos y no conseguimos otro cliente hasta pasados dos días, ¡así que tampoco pudimos beber nada durante dos días!

—Tendríais que haber acudido a mí —dijo Regina con voz graciosa— y explicarme vuestro problema. Yo os habría ayudado.

Entonces se empezaron a reír de forma tan contagiosa que todos, hasta *monsieur* Roland, se unieron. Y Gwenlliam pensó: «Así es como solía reírse nuestra madre con nosotros cuando éramos unos niños. Ya casi nunca se parece a la de antes». Y por encima de la partida de póquer miró a Arthur Rivers y vio como él también, vendado y herido, observaba a la risueña mujer. Él sonreía a su esposa y a Rillie, pero a Gwenlliam le pareció que su mirada también estaba herida.

—¿Qué es esto? —preguntó Regina.

Se había acercado aún más el periódico a los ojos y después se lo apartó más, asegurándose de que no se había equivocado.

—¿Dónde están las lentes de aumento que compramos? —dijo Rillie.

—No me gustan —dijo Regina con firmeza, intentando aún entender las palabras—. ¿Qué quiere decir este titular: «COLGADO A JESÚS»?

—Es una ejecución —dijo Arthur en un tono seco.

—¿Qué clase de ejecución?

Arthur explicó que en América, a veces, un hombre (un hombre negro) era ahorcado, ilegalmente y no por un verdugo, como en Inglaterra, sino por ciudadanos de a pie que se tomaban la justicia por su mano y que así es como describían su hazaña.

Regina lo miró incrédula.

—¿Estás seguro?

—Me temo que sí, Regina.

—¿Y qué pasa con esas verdades que mantenemos de que es evidente que todos los hombres son iguales y que su Creador les ha dotado con ciertos derechos y que entre esos derechos se encuentran el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad?

—Ah —dijo Arthur.

Regina pasó las páginas con rabia y refunfuñó:

—¡Colgado a Jesús! Yo no habría escrito eso, ni siquiera en mis días de gloria —hizo sonar las páginas—. El resto de los titulares de todos los periódicos hablan del condenado oro. Cualquiera puede ir, dicen, pagando solo un pasaje. Oro. Bueno, entonces podría ir todo el mundo y todo se quedará más tranquilo. Oro, oro, nada más que oro.

—¡Pero se necesitaría mucho tiempo para conseguir oro realmente! —dijo Gwenlliam—. Es un país muy grande. Yo no me había dado cuenta de lo grande que es hasta que nos pusimos en camino para cruzar apenas una pequeña parte de él. Como sabéis, en el carronato del telégrafo tenemos que despejar pequeños senderos, a veces incluso entre ciudades, y ni siquiera hay un

rastró en todas las partes de América, y hay enormes montañas entre esta parte y California.

Entonces Regina les leyó en voz alta anuncios de barcos que transportaban el correo y que zarpaban para recorrer la costa de Sudamérica, rodear el cabo de Hornos y subir por el otro lado hasta, finalmente, llegar a California (un viaje extremadamente largo que duraba muchos, muchos meses). Pero aquello era América y, por supuesto, la gente ya había encontrado caminos más rápidos.

**¡ACORTE LA DURACIÓN DEL VIAJE HACIA LAS MINAS DE ORO!  
¡PASAJES DISPONIBLES PARA CHAGRES ESTA SEMANA!**

Leyó Regina.

—¿Dónde está Chagres?

—Está en un lado del istmo de Panamá —dijo Arthur—. Solo se tarda unas pocas semanas en llegar zarpando desde Nueva York, pero después, cuando llega allí, la gente tiene que encontrar su propio camino, creo que son unas sesenta millas, a través de los ríos y las selvas tropicales hasta la Ciudad de Panamá, en la costa del Pacífico. Y después, desde la Ciudad de Panamá, tienen que intentar embarcar para navegar subiendo por la costa del Pacífico hasta San Francisco.

—Bien, escuchad esto entonces —dijo Regina—. ¡Puede que sea más rápido pero a mí no me suena a que sea demasiado salubre! —y leyó en voz alta una carta de un aspirante a minero en un adecuado tono dramático—. «Después de navegar desde Nueva York hasta el istmo de Panamá en un barco innavegable, y de ser llevado desde Chagres por astutos indígenas de poca confianza río arriba, donde los cocodrilos acechaban en las sombras sin hacer ruido, nos encontramos haciendo un viaje increíble a través de una selva tropical húmeda, hedionda e infestada de serpientes donde el cólera está por todas partes. Llegaron las lluvias, el camino era intransitable, varios hombres enfermaron y fueron abandonados de inmediato en aquel infierno de vegetación y muerte. Yo volví de inmediato, en cuanto el camino volvió a ser transitable, con la esperanza de volver a ver a mis seres queridos en este mundo».

Y entonces, mientras ellos digerían aquella información, Regina encontró un largo anuncio:

**GRASA PARA EL ORO DE CALIFORNIA**

**Si el comprador se embadurna totalmente con este asombroso producto y después se lanza rodando por una colina de California cubierta de oro, solamente se le adherirá el oro a la piel. SOLO 10 dólares la caja.**

Todavía se estaban riendo cuando llegó Silas P. Swift a sus estancias para contarles los nuevos planes que tenía para el circo. Mientras él hablaba, Cordelia y Gwenlliam, que conocían bien a Silas, respiraban hondo, por supuesto, preguntándose cómo es que no habían adivinado cuál podría ser el siguiente plan antes de que él se lo contara.

El empresario estaba muy animado con el negocio, respiraba con dificultad al haber subido las escaleras hasta el último piso (también era consciente de que acababa de romper una carta que habría arruinado totalmente sus planes). Comenzó a hablar casi antes de haber entrado en la estancia.

—¡Señoras, sé de buena tinta que a los mineros de California les sobra el dinero! ¡Que tienen los bolsillos llenos de pepitas de oro! ¡Pepitas tan grandes como manzanas! ¡Y no tienen nada en qué gastarlo ni con qué entretenerse! Ojalá hubiese pensado antes en esto: ganaremos más dinero del que ganábamos al principio en Nueva York, más dinero del que podemos imaginar en nuestros

sueños más locos, ¡y El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift está en marcha! —se sentó en la silla más cercana para continuar—. Los carrmatos y los animales más grandes se pusieron en marcha hace dos días para hacer todo el viaje por mar. El oso no, me he deshecho del condenado oso que nunca bailaba. Esos preparativos han ocupado todo mi tiempo hasta ahora, pero ese viaje puede durar ciento cincuenta días o más si hace mal tiempo, así que tuve que hacer que emprendieran su camino. Ahora bien: ¡nosotros no queremos tardar ciento cincuenta días para llegar hasta donde están los mineros! Así que nosotros, los humanos, nos marcharemos dentro de una semana con los caballos y los animales más pequeños, también por mar, por la costa atlántica hasta llegar a un lugar llamado Chagres y desde allí cruzaremos al istmo de Panamá. Es fácil —y chasquéo los dedos, como si ya estuviera hecho—. Según mis pesquisas, ahora están reduciendo el tiempo de ese viaje, organizando a los indígenas de forma adecuada para que puedan transportar con seguridad gente y animales, río arriba hasta la Ciudad de Panamá. De hecho, había pensado llevar a los elefantes por ese camino. ¿Acaso Aníbal y Alejandro Magno no cruzaron continentes con elefantes? Pero me han advertido que el istmo de Panamá no es como los Alpes suizos. No obstante, debemos tener la esperanza de que nuestros carrmatos con la Gran Carpa y los animales mayores no vayan muy alejados de nosotros ahora que están en camino. ¡Además, siguiendo la ruta del istmo podremos llegar, con suerte, claro, en la mitad de tiempo! Y tú, Cordelia, debes, es absolutamente imprescindible, convertirte a la vez en clarividente además de en fantasma y acróbata. Puedes describirles, en los términos más imprecisos y fantasmales posibles, por supuesto, dónde pueden encontrar oro. Encontraré una bola de cristal neblinoso para que mires en ella. ¡Y todo esto subida en el trapecio entre misteriosas sombras fantasmales! Ya lo estoy viendo: ¡EL FANTASMA CLARIVIDENTE! Apareces de la nada balanceándote, sosteniendo la bola neblinosa en el aire y gritando: «¡VEO ORO!». Puedes describir una colina, un río, la curva de un sendero, cualquier cosa, y, entonces... ¡Tachán! La bola neblinosa y el fantasma clarividente se desvanecen, simplemente se desvanecen en la nada. Y el trapecio se queda vacío, como de costumbre, solo que será más emocionante. ¡Conseguiremos humo y espejos y tú te desvanecerás en la nada!

—¿Y a dónde voy en realidad, Silas?

—Ah, puedes saltar, desaparecer entre el humo, conseguiremos un cable invisible especial para colgarte o haremos algo con las luces. Podemos cobrar hasta diez dólares por entrada por una actuación así. ¡Ganaremos miles de dólares! ¡E incluso podemos empezar con todo esto antes de que lleguen los animales!

Estaba tan emocionado, tan cautivado por sus sueños y también tan ansioso por que sus damas embarcasen y se alejasen de Nueva York que apenas se percató de que *monsieur* Roland, el vendado inspector Rivers, Rillie y las dos ancianas también estaban en la estancia. Como *monsieur* Roland era un hombre muy cortés, al pobre Silas le cogió totalmente por sorpresa lo que ocurrió a continuación: todos los demás que se encontraban en la estancia se quedaron sumamente estupefactos.

El anciano se puso en pie con un gran esfuerzo y agarró al propietario de la corbata.

—*Monsieur* Swift. ¡No discutiré con usted lo insensato y peligroso que es su plan de poner tantas vidas en verdadero peligro! ¡Estaría más interesado en saber si su león y sus elefantes, los cuales ha abandonado a su suerte, llegan sanos y salvos al otro lado de América sin perder la cabeza! Pero le hablaré de mesmerismo solo una vez más. Durante años me he mantenido al margen al ver cómo usted aleja a Cordelia Preston de su papel original de eminente mesmerista, cómo la aleja cada vez más y más de la integridad y cómo la acerca cada vez más al sendero de charlatanería y de deshonor de su circo. ¡Si ella no fuese una mujer de valores morales, estaría

perdida desde hace mucho tiempo!

Silas P. Swift, que era más alto y más fuerte que el francés era, sin embargo, incapaz de mover un dedo, a pesar de que *monsieur* Roland ya no le sujetaba por el cuello. Sintió cómo la mirada de *monsieur* Roland le quemaba por dentro.

—¿Cuántas veces tengo que explicárselo, *monsieur* Swift? El mesmerismo es una filosofía de honor. No es una forma de adivinar el futuro. Ni se puede ver el futuro, ni hablar con los muertos ni ver oro. Utiliza la energía humana para hacer el bien, especialmente para aliviar tanto el sufrimiento físico como el emocional. ¡En eso consiste! No obstante, *monsieur* Swift, tengo para usted las artistas que necesita. Se está hablando de dos hermanas que dan golpes en las mesas y hablan con las almas de los difuntos. Estoy seguro de que se les podría convencer para que vieran oro también. Las hermanas Fox, creo que las llaman. ¡Contrátelas para que vean oro en una bola de cristal subidas en los trapecios de su circo!

*Monsieur* Roland, que solía ser muy observador, no se percató de la expresión de preocupación en el rostro de Rillie, las bocas abiertas de las ancianas, el cercano rostro estupefacto de Gwenlliam, ni siquiera miró a Cordelia. Pero por fin se controló: Silas P. Swift podía ver la extraordinaria fuerza interior del anciano mientras intentaba hablar en un tono de voz más calmado.

—Me tendrá que perdonar, *monsieur* Swift. Hablo del trabajo de toda mi vida. No puedo, por supuesto que no, hablar en nombre de mis queridas amigas y aprendices. Ellas tienen sus propias vidas y mi respeto y cariño hagan lo que hagan. Pero soy incapaz de permanecer en la misma habitación que alguien que habla con tanta ignorancia. *Excusez-moi*.

Y *monsieur* Roland abandonó la pequeña sala de estar con los corazones palpitantes. Ellos escucharon sus pasos bajando con pesadez las escaleras.

Durante algunos instantes nadie habló. La señora Spoons dejó escapar un pequeño suspiro trémulo por el cese de aquel drama, del cual ciertamente comprendió que se trataba de un drama aunque no entendiera la razón. Y el canario, como si quisiera alegrarla, empezó por fin a cantar. Su alegre y pequeño canto era el único sonido que se escuchaba en el ático. Al final, Cordelia le hizo una señal al dueño del circo para que tomase asiento de nuevo. Ella había visto el rostro de Gwenlliam: Gwenlliam amaba el circo con todo su corazón. También se había dado cuenta de la extraña expresión en el rostro de Regina: Regina se estaría preguntando si realmente las dos ancianas tendrían que cruzar las selvas tropicales infestadas de cólera, donde habitaban silenciosos cocodrilos. Cordelia no miró a su marido.

—Silas —dijo Cordelia con la voz calmada—, tus sueños siempre son muy arriesgados. Pero ¿animales y personas por caminos casi intransitables de la selva tropical? Y aparte de nosotros, ¿qué pasa con los caballos? No son caballos de tiro, son caballos de circo: muy entrenados, muy nerviosos. ¿Cuántos de ellos llegarán vivos? He oído que la península de Panamá tiene sesenta millas de ancho. Según lo que hemos leído eso supondría un viaje de meses y está más que claro que es extremadamente peligroso.

Silas P. Swift era un hombre que nunca veía el peligro.

—¡Sesenta millas! ¿Acaso no hemos viajado mucho más de sesenta millas con caballos neuróticos? ¿Para qué están los charros y el jefe indio? ¿Qué crees que he estado haciendo en Nueva York estas últimas semanas? ¡Examinando todas estas cuestiones con mi habitual y minuciosa planificación! ¡Los carromatos y los animales más grandes ya están recorriendo la costa! ¡No sabes lo que he estado organizando mientras vosotras pasabais unas pequeñas vacaciones! Dentro de una semana mi circo zarpará en una de las naves que ahora parten a diario hacia Chagres con o sin vosotras, sinceramente. Con mi buena planificación, y teniendo la suerte

de nuestro lado, pienso que llegaremos a San Francisco y a las minas de oro antes de que empiece la época de lluvias. Lo he planeado todo.

Hablaba con gran autoridad y confianza, pero de hecho sabía que necesitaba a las dos mujeres y, en particular, a Cordelia: su número seguía siendo uno de los que hacía que el circo fuese diferente a todos los demás.

—Con mucha suerte de nuestro lado por lo que he entendido —dijo Cordelia en un tono de voz seco—. Muy bien. Pero debes darnos un tiempo para decidir si nos vamos contigo.

—¿Qué quieres decir? ¡Debéis venir! ¡Yo os traje de Inglaterra! ¡Debemos irnos tan pronto como sea posible!

—Entonces deja que te respondamos mañana por la tarde, Silas, te lo haremos saber. Es una decisión muy importante. Supondría dejar Nueva York durante un largo periodo de tiempo.

Entonces miró brevemente a su marido; el rostro le palidecía mientras escuchaba.

—Por supuesto ganaremos más dinero, Cordelia, mucho más dinero que el que empezamos a ganar aquí.

—Nosotros sabemos mejor que nadie la gran importancia que tiene el dinero, Silas. Pero tenemos una familia, como bien sabes, con la que tenemos que discutir todo esto.

Silas inclinó la cabeza cortésmente hacia el inspector de policía con sus vendajes y ante Rillie, las dos ancianas en sus mecedoras: aquella extraña colección no era asunto suyo. Él confiaba incondicionalmente en Cordelia: si ella decía que al día siguiente, entonces al día siguiente tendría su respuesta. Había imaginado de tal forma el oro y la gloria que, por un momento, se había olvidado de la peculiar intransigencia de ella incluso cuando necesitaba el dinero en un momento en el que se podían ganar grandes fortunas. Pero él necesitaba a Cordelia, por Dios que estaría perdido si ella dijese que no o el tipo sarasa la encontraba.

—Por supuesto que si no puedes ser una adivina para el tema del oro, seguimos teniendo al fantasma acróbata, como de costumbre —dijo de un modo apaciguador—. Por el anciano.

—Mañana, Silas —fue lo único que dijo Cordelia.

Mientras se dirigía a la salida, Silas P. Swift se cruzó con un joven alto que obviamente era policía, cubierto de vendas, como el que estaba dentro: Silas observó la estrella policial con desagrado.

Antes de que alguno de ellos pudiese hacer ningún comentario sobre Silas y sus planes, el policía alto y vendado apareció en la puerta del ático.

—Ah, este es mi buen y fiel compañero, Frankie Fields —dijo Arthur—. ¡También le golpearon como podéis observar! ¿Cómo estás, Frankie?

—Estoy bien, señor, solo fue el lado izquierdo y lo peor son los nudillos, ¡así que me complace decir que su trabajo ha quedado plasmado en la cara de alguien! Me preguntaba cómo se encuentra usted, señor. Además le he traído todos los informes sobre la revuelta y el jefe quiere que usted haga uno. Hubo mucho jaleo con los documentos.

—Lo vi —dijo el inspector en un tono seco—. Es mejor que vaya y vea al jefe. No puedo escribir un informe en este estado.

—¡Yo lo haré! —dijeron Gwenlliam y Frankie Fields al mismo tiempo y, entonces, los dos comenzaron a reír.

Gwenlliam, aunque tenía la mente puesta en California, miró al alto y bien parecido policía con interés, y Frankie Fields, aunque tenía la mente puesta en la revuelta, miró a la hermosísima joven señorita con interés. Aquello no pasó desapercibido para el detective de policía.

—Sustitúyeme en la partida de póquer contra Gwenlliam —dijo a Frankie— mientras yo leo todo esto. Y después escribiré el informe con tu ayuda.

Él miró a Cordelia con frialdad mientras hacía un esfuerzo para levantarse de su lado: su expresión era indescifrable. «¿Te vas a ir a California?», tal vez preguntaba.

—El pastel no estará listo hasta dentro de una hora —dijo Rillie.

—Nos iremos a dar un paseo mientras escribes tu informe, Arthur —dijo Cordelia.

Y encogió levemente los hombros de forma indecisa, como si quisiera decir: «No lo sé». Aunque tal vez a Arthur Rivers le pareció que quería decir: «No me importa».

Al señor Doveribbon, que había seguido con discreción al señor Swift y a quien todo aquel enérgico paseo que se estaba dando por Nueva York le exasperaba y le agotaba, esperaba, por supuesto, que los agentes de policía llevaran uniformes. Así que no supo que en la Casa de refrigerios Céline acababa de entrar un policía y que había otro ya instalado en el ático. (Tampoco sabía el señor Doveribbon que las Casas de refrigerios de Nueva York también podían tener habitaciones y que aquella era el hogar de Cordelia y de Gwenlliam Preston). Se giró cuando Silas P. Swift volvió a aparecer y después le siguió. Esa vez pasó junto a grandes, fétidos y asquerosos montones de basura en los muelles del río Este hacia algo que estaba señalado como la terminal del transbordador de Brooklyn, donde la muchedumbre se atropellaba y empujaba para embarcar. Silas P. Swift embarcó entre la multitud y el insensato de Doveribbon hizo lo mismo. No fue un viaje muy largo a través del río. En cuanto el transbordador comenzó a atracar al otro lado con la gente empujándose para ser los primeros en desembarcar, Silas se aprovechó de la revoltosa multitud, retrocedió, hizo como si se resbalase y simplemente golpeó al señor Doveribbon, lanzándolo por encima de la barandilla del transbordador para caer en el poco profundo e insalubre río Este.

La gente se giró un instante al oír la zambullida y el grito del señor Doveribbon. Un miembro de la tripulación suspiró y se dio la vuelta en busca de su bichero para acercarlo al agua.

Mientras tanto, Silas P. Swift siguió con sus cosas.

## Capítulo 18

Casa Céline, Maiden Lane

Querido hermano Alfie:

Me pregunto si recibiste mi carta. No, desde luego que no, porque me habrías encontrado, Alfie, mi niño. Te conozco y sé que me habrías encontrado. No se me ocurre otra forma de encontrarte después de tanto tiempo, así que seguiré escribiendo.

También me pregunto si tal vez te has marchado en busca del oro, Alfie. Quizás sí, como cualquier hombre joven, pero he estado pensando mucho y me he dado cuenta de que ya tienes setenta. ¡Un viaje un poco largo para alguien de setenta, Alfie! Aunque sé que lo habrías hecho enseguida.

Precisamente ahora también se habla de oro donde vivimos. El hombre del circo quiere que el circo se traslade a California. Y, Alfie, yo soy mayor que tú, también ando cerca de los setenta y creo que posiblemente sea demasiado vieja para ir a buscar oro. No es que me sienta vieja de hecho, pero tengo un mal presentimiento cuando oigo hablar de viajes a través del istmo, de cocodrilos, de serpientes y todo eso. Además, la anciana señora Spoons ya ha perdido completamente la cabeza, nunca podría hacer ese viaje. Hizo aquel viaje a través del Atlántico hace ya unos años y creo que para ella ya se terminó eso de viajar.

Después de que se marchase el hombre del circo, vino un policía con unos informes para nuestro inspector, al que hirieron en una revuelta, y este es un ático muy pequeño, así que nuestras mujeres se han ido a dar un paseo. «Solo será un paseo», me han dicho, como si yo estuviera tan mal como la madre, «mientras los agentes trabajan». Pero sé que estarán hablando sobre el asunto de California. Me gustaría que hablasen delante de mí para que así yo sepa lo que están decidiendo. «Cuida de mamá», me ha dicho Rillie (¡que es lo que siempre he hecho desde hace años y años, cuando estábamos en Londres y les alquilé una habitación a ellas y la salvé de caer en la chimenea más de una vez!). Bueno, se han ido a «dar un paseo» y me han dejado tranquila. La anciana se ha quedado dormida pronto en la mecedora y nuestro policía y su hombre, en la mesa, murmuran y escriben, así que ahora puedo escribirte de nuevo, Alfie. El inspector Rivers es un buen hombre, Alfie, aunque sea uno de ellos, creo que le hirieron gravemente en esa revuelta (a mí me parece que le dieron una paliza). Y Cordelia, la que te dije que trabaja en el circo, Cordelia le necesita, lo piense o no. ¡Era una mujer electrizante, aquella Cordelia! Ah, ahora es más tranquila de lo que solía ser. ¡Pero su hija, Gwenlliam, me apuesto lo que sea a que irá a California! Yo le cuento historias por las noches cuando se va a dormir. Compartimos habitación. Se acurruca en su cama y me dice: «Cuéntame una historia, Regina». Yo lo hago y ella se queda dormida. La echaré de menos si se marcha.

Bueno. Como tenía tantas ganas de escribir otra vez, Alfie, el otro día escribí un poema nuevo. En cierto modo lo escribí para nosotros, para ti y para mí, bueno, para ti en realidad, desde que leí al tal señor Poe. Así que ahí va. Sabrás a lo que me refiero de todos modos.

A veces en este lecho  
algo me golpea en el pecho.

Golpes, golpes en la noche.  
Recuerdo, aunque hace unos años,  
el oscuro asilo en que vivíamos,  
padre nos hacía daño  
por cosas que no aprendíamos.  
Golpes, golpes en la noche.  
Sin ser malos nos pegaba,  
Alfie conmigo cantaba.  
Nos enseñó a amar palabras  
y también cómo sonaban  
y nuestras mentes guardaban  
esas palabras que había.  
Golpes, golpes en la noche.

Pues ahí lo tienes, Alfie. Para ti.

De todas formas, Alfie, todavía te sigo buscando. No creo que realmente pueda ir a California. Pregunté por ti en el puerto otra vez justo ayer, pregunté, en especial, a todos los marineros mayores, segura de que alguno te conocería. «Alfie Tyrone», decía yo y ellos negaban con la cabeza. Ojalá pueda encontrarte. Esto es como enviar una carta al cielo.

Bueno, espero que cuando esta carta te encuentre estés bien, Alfie, si es que te encuentra.  
Tu hermana Regina.



## Capítulo 19

DEJARON que los policías hicieran su trabajo y ellas se fueron a caminar lentamente por Broadway, tan concurrido como de costumbre, sin hablar mucho. Y entonces, al atardecer, al igual que otros neoyorquinos, Cordelia, Rillie y Gwenlliam se sentaron entre los árboles de Battery Park. El sol estaba bajo y brillaba, como si fuera a prender fuego a las velas de los barcos del Hudson. Los sauces llorones languidecían junto al río, algunos hombres delgados pescaban con hilo. Ya hacía más frío y las mujeres se taparon con sus capas a la vez que se sentaban juntas sobre la hierba. Gwenlliam se quedó mirando fijamente las sombrías ramas de los sicomoros, pero no dijo nada.

—¿Y bien? —dijo Rillie por fin.

—Bueno —dijo Cordelia.

Otra vez se hizo el silencio y entonces Cordelia exclamó:

—¡Está loco! Toda la idea, ¡California! Suena tan absurda: ¡Kongo y Lucky ya en la bodega de algún barco recorriendo la costa atlántica, el pobre y viejo camello, con sus largas y flacas piernas, el león en su jaula y los carromatos pintados rodando de un lado a otro!

Parecía que Cordelia se estaba riendo, pero sonaba más bien a rabia. Gwenlliam seguía sin decir nada, pero ahora las miraba con atención.

Y entonces otro momento de silencio roto, al final, por Rillie.

—Cordie, ¡mamá y Regina de ninguna manera pueden ir a California! Al fin y al cabo no podemos estar llevándolas a la fuerza, sin parar, de un lugar a otro. Podríamos tardar incluso medio año para llegar diga lo que diga Silas —y Rillie respiró muy hondo—. Esta vez yo no puedo ir —y sonrió con ironía a su vieja amiga—. Alguna de nosotras tenía que decirlo.

Cordelia suspiró de exasperación, también de enfado y de una especie de resignación.

—Sé que tienes razón, Rillie. Claro que la tienes. ¡Ese insensato de Silas Swift! No sé cómo no adivinamos cuál podía ser su siguiente plan si la palabra «¡ORO!» aparecía en todos los periódicos.

Cordelia negó con la cabeza casi a oscuras y dijo:

*¿Oro? ¿Amarillo, brillante y precioso oro?  
Ese amarillo esclavo  
va a tejer y romper religiones,  
benedicirá a los malditos,  
hará adorable la lepra blanca,  
situará a los ladrones  
y les dará título, genuflexiones y alabanzas,  
sentados entre los senadores.*

—Shakespeare. *Tito Andrónico* —dijo Rillie, y las tres rieron.

—Me pregunto si conseguiremos mucho de ese «amarillo, brillante y precioso oro» —continuó Cordelia—. No tengo muchas ganas de desvanecerme de un soplido entre el humo de

Silas con un cable invisible en el otro extremo del continente. Sin embargo, ¿qué otra cosa podemos hacer para ganar dinero? Dios mío, Dios mío, otra vez, ¿por qué siempre, al final, volvemos a la misma vieja historia sin importar cómo hemos salido adelante? «Dinero, dinero, dinero». Rillie, ¿cuánto tiempo podemos vivir con lo que nos queda, sin el brillante oro?

—Sabes que siempre hemos sobrevivido de cualquier forma, Cordie. He ahorrado todo lo que he podido de los buenos tiempos del circo. Arthur y *monsieur* Roland me dan dinero. Tendríamos que mudarnos a un lugar más barato que Casa Céline antes de que pase más tiempo, pero sobreviviríamos, con la ayuda de ellos.

—Yo iré a California —dijo Gwenlliam enseguida—. Yo ganaré dinero y lo enviaré. Me gustaría ir.

Cordelia se inclinó sobre el hombro de su hija, sentada a su lado allí, en el parque, al atardecer. A su lado también se sentaban el remordimiento, el dolor y la dificultad de tomar decisiones.

—Sería la aventura más maravillosa, Gwennie. Por supuesto que lo sería —suspiró—. ¡Y la verdad es que serías una radiante fantasma acróbata, mejor que yo! ¡Mis rodillas están dañadas!

—Solo que... yo no soy tú, mamá —dijo Gwenlliam.

—Tú serás mejor que yo —volvió a decir Cordelia—. Eres más buena. *Monsieur* Roland siempre dice que la bondad es importante en un mesmerista —reflexionó sobre ello un instante—. Yo seré muchas cosas, pero creo que no soy particularmente buena.

Rillie le dio un empujoncito con el codo en la hierba que se ensombrecía como si dijera: «No seas tonta». Después de un largo rato la fría noche se cerró a su alrededor. Cordelia podía sentir cómo le palpitaba el corazón y aquel viejo nudo en el estómago: «¿Atravieso América? ¿O es así como voy a perder también a Gwenlliam?».

—¡El policía guapo dijo que estaba seguro de que podía ganarme en el póquer! —dijo Gwenlliam de repente, en un tono de indignación—. No hay mucha gente que sea capaz de ganarme ya después de las clases con el Jefe Gran Arcoiris.

—¡Si prestas más atención a los ojos de ese guapo policía, como estabas haciendo —dijo Rillie—, en lugar de a las cartas, perderás, jovencita!

—¡Soy una buena jugadora de póquer! —reiteró la muchacha—. Además, yo no me distraigo.

Y las dos se rieron de ella y las mejillas de Gwenlliam se sonrojaron un poco. Cordelia se volvió a inclinar, solo un instante, hacia su muy querida hija.

—Debo ir en busca del viejo y llevarle de vuelta a casa —dijo por fin, incorporándose—. Creo que nunca le había visto tan enfadado. Silas es tan poco... diplomático.

—Por no decir que no tiene tacto y que es imprudente y descortés —dijo Rillie en un tono seco—. Y ridículo y, como tú dices, ¡está loco!

—¡Pero es director de circo! —protestó Gwenlliam—. ¡Tiene que ser así!

Y las tres mujeres sentadas sobre la hierba del parque casi se vuelven a reír.

—Tenemos que hablar sobre esto todos juntos —dijo Cordelia con tono de eficiencia—. Con Arthur también. Tendremos que darle a Silas una respuesta.

Pero ella estaba pensando: «Dios mío, Dios mío, ¿qué hago ahora?». Tembló ligeramente.

—Iré a buscar al viejo —volvió a decir—. No podemos dejar que deambule por Nueva York de noche, ni siquiera lleva una capa tupida —se puso en pie sobre la hierba—. Pobre viejo, es probable que haya ido a Nassau Street para encontrar algo de paz. Ah, es verdaderamente asombroso que él, que ha vivido solo durante tanto tiempo, ahora, por alguna razón, viva en un pequeño ático con seis personas más.

—Dile que el pastel estará casi listo —dijo Rillie—. ¡Dile que esa es una de las ventajas de

la convivencia!

Se movieron para acompañar a Cordelia, pero ella ya se había marchado a media luz, caminando rápido, como siempre hacía, tuviera mal las rodillas o no, y mientras Rillie y Gwenlliam se levantaban y después echaban a andar en dirección a Maiden Lane, vieron la colorida capa de Cordelia por delante de ellas, atrapando la apagada y suave luz de las farolas de gas a veces, entre los árboles y la ocupada y bulliciosa gente de la ciudad.

Ni Gwenlliam ni Rillie hablaban de Arthur Rivers, pero ambas estaban pensando en él: Cordelia había vuelto hacía solo dos semanas.

Al girar hacia Nassau Street, Cordelia se detuvo un instante fuera del estudio de daguerrotipos del señor L. Prince. Se quedó mirando las fotografías de la ventana, junto al letrero que decía: «RETRATOS, GRUPOS, RECUERDOS, LA LUNA». En aquel momento, al anochecer, y a la suave luz que arrojaban las lámparas de gas en Broadway, los rostros capturados eran como oscuras pinturas: embrujados, misteriosos. «La vida de cada uno», pensó. Al pie del letrero, escrito en letra pequeña, y no era la primera vez que se había fijado en ello, decía: «SE DAN LECCIONES DE DAGUERROTIPIA».

Había luz en la ventana de Nassau Street en la que había un letrero que decía: «Monsieur Roland. Mesmerista». Ella llamó a la puerta y él respondió del modo más cortés, como siempre hacía, y la llevó a la segunda habitación, que era más grande. Si seguía enfadado, no dio muestras de ello.

—Dice Rillie que vuelvas a casa para tomar el pastel —dijo Cordelia.

—Gracias —respondió él, y lentamente apiló en un lado de la mesa los papeles esparcidos—. Pero... siéntate aquí, querida, solo un momento.

Él le ofreció su propia silla. La luz de una de las lámparas se esparcía sobre la mesa, los papeles y los libros. *Monsieur* Roland se sentó en la mesa del cliente, al otro lado de la mesa, en frente de ella, y entonces habló de nuevo antes de que lo hiciese ella.

—Por supuesto, Gwenlliam irá a California.

*Monsieur* Roland rara vez hablaba de amor. Pero *monsieur* Roland había amado a Hester, la tía de Cordelia, quería y protegía a Cordelia y, sobre todo, quería y protegía a Gwenlliam, quien le recordaba con dulzura mucho a Hester en su rostro y su naturalidad. Él era su profesor, al igual que había sido el profesor de Cordelia. «Ella tiene el don», le había dicho a Cordelia. «Y tiene algo más. La bondad habita en ella. Siempre hará que las personas se sientan mejor. Igual que Hester».

Si Gwenlliam se marchaba a California, *monsieur* Roland la echaría de menos dolorosamente.

—Está deseando ir —dijo Cordelia, intentando sonar positiva y alegre—. Maldigo a Silas P. Swift y a sus insensatos planes pero, por supuesto, es una aventura espectacular.

Él asintió.

—Claro que es una aventura. Pero será una decisión muy difícil para ti, querida.

Él no tenía claro si hablaba de la decisión de Gwenlliam o de la decisión de la propia Cordelia, y ella no respondió.

Los dos oyeron el leve crepitar de la llama de la lámpara, la que gente pasaba apresurada por delante de la pequeña ventana, las voces, los pasos, los carros traqueteando y los caballos trotando.

—¡Hasta luego, amigo! —exclamó una voz desde la calle—. ¡Adiós! ¡Hasta luego, amigo!

Pero él volvió a hacerle la pregunta.

—¿Y tú, Cordelia? ¿Qué harás tú?

Ella le miró con desesperación solo un instante y después se encogió de hombros.

—Como diría Shakespeare: «hay que ser justo hasta con el diablo» y Silas siempre nos ha pagado bien. Yo tengo que trabajar, somos muchos para que nos mantengáis Arthur y tú. Y, por supuesto, sé, aunque él cree que no, que Arthur necesita mandar dinero a Inglaterra para su familia. Sé que él siente que tiene que ayudarles de alguna forma al estar tan lejos.

—Él no habla muy a menudo de su familia.

—No —dijo Cordelia—, no lo hace.

Hubo una pequeña pausa. Ninguno de los dos habló.

—Lo achaco a que tiene una cuñada que se está encargando de su casa y que es... —hizo una pequeña mueca de resignación al recordar el triste encuentro en Marylebone— ...una persona difícil.

*Monsieur* Roland la contemplaba. Ella no dijo nada más.

—Pienso —dijo él— que hay otras cosas de las que deberíamos hablar que tienen que ver con este... este punto de inflexión, además de California.

Una expresión de preocupación cruzó el rostro de Cordelia. «Espero que no pregunte sobre Arthur y yo, sobre mi matrimonio. No quiero hablar de ello». Los largos y delgados dedos de *monsieur* Roland descansaban sobre los papeles que había junto a la lámpara. Ella vio las notas escritas con su pequeña y pulcra letra y, cuando él empezó a hablar, no mencionó nada sobre su matrimonio.

—Cordelia, los grandes días del mesmerismo han terminado ya, irrevocablemente.

Ella hizo por hablar, pero él levantó su mano con delicadeza.

—Escucha un momento, no estoy dejando de hablar de nuestro futuro aunque parezca que sí: si mis palabras te parecen caóticas por alguna razón es solo porque todavía mis pensamientos no están bien ordenados.

Ella vio que sus ojos se fijaron en todos los libros que había en la habitación y sobre su mesa. Inspiró, como si diese un profundo suspiro, y entonces empezó a hablar.

—Por supuesto que no es fácil para mí pensar que los estudios y el trabajo de toda mi vida, después de todo, hayan sido desbancados por nuevos descubrimientos. En efecto, me refiero al éter y al cloroformo, no a toda esa espantosa basura parapsicológica, espiritista y de mesas parlantes que llena los periódicos. No obstante —ahora tamborileaba los dedos sobre los papeles—... No obstante mis estudios y mi trabajo pueden conducirme a mí mismo, incluso ahora, a nuevos caminos. Tal vez me lleven a nuevas formas de curación. El sufrimiento físico no es el único tipo de sufrimiento que existe.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta de la calle y *monsieur* Roland salió de la habitación. Ella escuchó un murmullo de voces, hablaban de concertar una cita. La gente seguía buscando entonces a aquel curandero. «Eso es lo que él es más que otra cosa», pensó ella de repente. «Como los ha habido desde tiempos inmemoriales. Él es un sabio y un curandero». La suave luz de la lámpara de aceite intenta abrirse paso en la despoblada y oscura habitación.

Cuando volvió, disculpándose con una reverencia por la interrupción, *monsieur* Roland caminó hacia la pequeña ventana, miró a través de ella a la concurrida calle al anochecer.

—Cada vez me impresiona más la energía esperanzadora que hay aquí. Es asombroso observarla. Por eso, Cordelia, nunca pienses que me arrepiento de haber venido a Nueva York. Qué ciudad tan extraordinaria y, de alguna forma, optimista.

Y ella pudo oír la sonrisa en su voz.

—Me he pasado toda mi vida estudiando la energía humana, eso mismo que vemos con tanta claridad en las calles, y mi opinión es que la energía viene de la mente humana. Tú y yo

bloqueamos el sufrimiento, solo que, en lugar de hacerlo a través de medios químicos, utilizamos nuestra propia energía para desbloquear la energía de nuestros pacientes con los mismos fines. Pienso que es algo milagroso, de ese modo —él se giró hacia ella—. Además siempre he pensado, al estudiar a las personas, que la fuerza de su energía mental les convierte en quienes eran. Por alguna razón esa energía mental es la base de la personalidad.

—Pero entonces...

Y él volvió a sentarse a la mesa con Cordelia.

—Entonces comencé a vivir en la misma habitación, muy a menudo, al igual que la señora Spoons.

A Cordelia le sorprendió tanto que ella repitió sus palabras.

—La señora Spoons.

—En estos últimos años —continuó él—, al vivir tan cerca de la señora Spoons, creo que he aprendido algo tan importante que aún solo lo estoy identificando y enmarcando en un pensamiento coherente. Todo lo que yo creía que era la energía, los usos de la energía. Nunca había entendido del todo la importancia del recuerdo.

—¿El recuerdo? —no podría haberla sorprendido más.

—Piensa en ello, Cordelia —él se inclinó sobre la mesa—. Piensa en ello. ¿Qué somos? ¿Qué nos enseña quiénes somos? Nosotros somos nuestros recuerdos. Estamos hechos de nuestros recuerdos. ¿Qué utilidad tiene toda la energía mental del mundo si no sabemos quiénes somos? Sabemos quiénes somos porque lo recordamos, ¿qué otra cosa nos hace a nosotros mismos, nos hace conocernos a nosotros mismos, nuestra vida? —dio unas palmaditas a unos de los libros que había en la mesa—. Por supuesto no soy la primera persona que ha llegado a esta conclusión. Durante mucho tiempo, los filósofos han reflexionado sobre los recuerdos. Aquí dice John Locke: «La identidad reside en el recuerdo». La señora Spoons sigue funcionando como un cuerpo con vida, sí, todavía respira y come y duerme, pero no tiene identidad porque no tiene recuerdos. Y sin embargo fue una niña que creció en Londres, que se casó con el señor Spoons, que tuvo hijos, que tuvo a Rillie, que vivió con Rillie, con Regina y contigo en Londres, que subió a un barco y se vino a vivir a Nueva York. He empezado ahora a darme cuenta de que trágicamente ella no recuerda nada de eso. No me extraña que se haya convertido en una persona tan inquieta y trastornada. No puedo creer que no haya pensado en ello antes. La señora Spoons tiene una enfermedad. Está atrapada en un mundo donde no hay nada.

Él oyó a Cordelia tomar aire.

—Eso suena tan... ¡tan desolador!

—Así es. Debe ser una enfermedad terrible y desoladora. Y sin embargo, claro está, no es tan simple. Tú y Rillie siempre habláis de lo simpática que era cuando era más joven. Vemos que, a su extraña manera, todavía es simpática; acuérdate lo que hizo con Arthur y sus vendas, de alguna forma vio que algo estaba mal y quiso consolarle: a pesar de que no recuerde quién es él. ¿Significa eso que la simpatía no es un recuerdo? Y hace poco, tú estabas presente, se unió a aquella canción: «silba e iré en tu busca», cantaba, conocía las palabras. Incluso se las sabía en la antigua versión escocesa. Hay algo dentro de ella que perdura. ¿Tal vez sean la música y la simpatía lo que le queda cuando todo lo demás se lo quita la enfermedad? —estaba hablando muy lentamente, como si nada de lo que dijese fuese seguro.

Él se percató del rostro confuso de ella.

—Ten solo un poco más de paciencia —dijo con una pequeña sonrisa—. Como he dicho, estoy hablando del asunto de California. Como he estado pensando mucho en la señora Spoons y en sus recuerdos perdidos, empecé a pensar en las personas que... Es algo de lo que me había

dado cuenta en mi trabajo y a lo que no había dado la debida importancia. Personas que no pierden sus recuerdos, como le ha ocurrido a la señora Spoons, sino que... ¿Cómo podría expresarlo correctamente? Que encierra la memoria, que bloquea los recuerdos por así decirlo. Porque tal vez es demasiado difícil soportarlos —el vio su rostro y habló con rapidez—. También vivo contigo, Cordelia. Cada día veo en tu rostro que sigues recordando.

Ella asintió brevemente. Durante unos instantes permanecieron sentados juntos y en silencio.

—Aunque en raras ocasiones hablas del pasado —añadió.

—No —dijo por fin ella—. No hablo del pasado. Pero vivo con personas que saben lo que ocurrió. Todos estabais allí, Arthur estaba allí. No tengo nada de qué hablar. Creo que es indecoroso no dejar de hablar de lo mismo y llorar y lamentarse. No se me ocurre en absoluto ninguna situación en la que contaría mi historia a alguien nunca, nunca más —ella le miró con firmeza—. Eso no quiere decir que lo bloquee. Pero ahora tengo una nueva vida. La antigua se terminó.

Él se limitó a unir su mano a la de ella y sostenerla cruzando la mesa. Si pensaba de forma diferente, no lo dijo en ese momento. Permanecieron sentados en silencio. Entonces él, con delicadeza, liberó su mano y subió la luz de la lámpara.

—Pero, querida, algunas personas, y yo ahora, tardíamente, lo reconozco tras muchos años de trabajo, puede ser que bloqueen sus recuerdos sin ser conscientes quizás de que lo están haciendo. Y es aquí a donde yo quería llegar, por fin: al igual que hacemos usos de nuestros movimientos mesméricos para desbloquear el flujo de energía en otra persona, y escucha bien porque esta es mi idea, me pregunto si sería posible desbloquear la memoria, ya que tal vez los recuerdos bloqueados sean los que provoquen en las personas al menos parte de... del sufrimiento emocional del que nosotros, como mesmeristas, a veces intentamos ocuparnos, el cual, como tú bien sabes, se muestra a menudo como sufrimiento físico.

De pronto Cordelia recordó la carpa del circo en Hamford: Emily, la mujer joven, los dolores de cabeza que la hacían mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, los niños quemados de los que ella no podía hablar.

—Sí —dijo ella lentamente—. Estoy segura de que puede ser cierto.

—Y sabes, Cordelia, que aquí, en este nuevo país, las personas no están atadas al pasado, a las antiguas formas de pensar. Creo que no es una coincidencia que esos inventos modernos, como el invento del telégrafo e incluso el trabajo del señor Morton con el éter sulfúrico para bloquear el cerebro, se han descubierto aquí y no en el viejo mundo. Aquí la tradición no les reprime.

—¡El daguerrotipo del señor Daguerre se inventó en tu país!

—Obviamente hablo haciendo grandes generalizaciones. Las personas inventarán cosas en todos los países. ¿Pero quién vio de forma inmediata la forma de ganar dinero con los daguerrotipos? ¿Dónde se abrieron los primeros estudios, dónde se tomaron los primeros daguerrotipos por un precio bajo, lo suficientemente bajo para que todo el mundo tuviera uno? ¡En América! ¡América adopta las nuevas ideas! Bueno, pues esta es mi nueva idea: si las personas pudiesen primero hablar con nosotros cuando viniesen en busca de ayuda para aliviar su sufrimiento, lo más probable es que nosotros mismos pudiésemos captar señales de recuerdos que esconden, y que sin embargo los molestan. Y si pudiésemos hacerles ver el daño que se hacen a sí mismos, ¿sería más fácil para el dolor físico que nos piden que les curemos? ¿Sería posible que al hablar con nosotros se comprendiesen a sí mismos?

—Desde luego a la gente en América le gusta hablar —dijo en un tono seco.

—¡Claro! ¡Ese es mi objetivo! En América la gente habla todo el tiempo con completos desconocidos sobre sus asuntos más íntimos sin reparos. Y también hacen preguntas muy íntimas

sobre uno mismo. ¡Por ejemplo, La Gran Céline recientemente me preguntó sin ningún tipo de reticencias si yo tenía otra chaqueta y cuánto dinero ganaba exactamente trabajando como mesmerista!

Ella, a la luz de la lámpara, se percató de que él estaba sonriendo y ella sonrió para sí misma.

—¿Qué decías?

—No ha sido un buen día aquí, en Nassau Street. Aunque en ocasiones sigo teniendo días buenos. He tenido dos pacientes. He cobrado un dólar con cincuenta al primero y la otra me ha ofrecido una moneda de media guinea diciendo que era todo lo que tenía, así que asentí y lo acepté. ¡Pero con eso nunca podré pagar el alquiler aquí, en Nassau Street! Le di a Céline esta información, como me pidió, ¡y de inmediato insistió en que me tomase un chocolate caliente con coñac!

Ambos se rieron, sin embargo él suspiró, se volvió a levantar de la mesa y se alejó de la luz. Caminó hacia las sombras, junto a la ventana y volvió de nuevo, caminando de un lado a otro como si necesitase más espacio urgentemente.

—El doctor Mesmer descubrió que la energía se podía bloquear. Yo me pregunto... Solo para reiterar en lo que me estoy equivocando. Me pregunto si la memoria también se bloquea tal vez por algo muy doloroso. Y si se pudiese liberar, ¿a continuación vendría una verdadera curación? ¿Agilizaríamos nosotros el proceso solo con escuchar mucho más? Si pudiéramos ayudar a un hombre a mirar en su interior, es posible que simplemente eliminase el sufrimiento de su mente. Eso es todo.

—¿Pero qué pasará si las personas no quieren recordar?

—Entonces... tal vez sea una locura. Si la gente no se permite a sí misma recordar no podemos ayudarles. Además ni siquiera tengo la más mínima certeza de que tengamos éxito con esta nueva forma de ayudarles. Pero podríamos intentarlo.

—¿Pero... pero cómo exactamente?. ¡No has dicho cómo!

—¿Quizás... simplemente invitándoles a hablar con nosotros?

—¿Y seguir usando el mesmerismo?

—Sí. Tal vez. Es eso lo que todavía tengo que madurar.

Entonces encogió sus frágiles y viejos hombros de una forma extraña y después dirigió su mirada a ella, que permanecía sentada en su mesa de trabajo. Él se anduvo con pies de plomo, hablando con suma dulzura:

—Tal vez, algún día, tú misma puede que tengas la necesidad de hablar de nuevo de todo lo que te ocurrió para que así... —hablaba con mucho cuidado, con tacto— para que así aquello no te atormente tanto. Quizás todavía no estás viviendo tu nueva vida al completo.

—¡Claro que sí! ¡No estoy enferma! ¡No siento dolor! ¡Me casé con Arthur!

Las palabras que él le había dedicado le habían impactado tanto a ella. Se sentía casi agraviada. Sin embargo nunca se sentía agraviada por su querido *monsieur* Roland. Él alzó su mano como gesto de comprensión.

—Querida, he hablado durante demasiado tiempo y tú, Arthur y Gwenlliam necesitáis hablar de muchas cosas. Creo que me conoces muy bien. No estoy intentando que te quedes en Nueva York, solo estoy proponiendo un nuevo trabajo aquí, por si acaso te quedas. Y ahora, debemos volver a casa.

Y ella se dio cuenta de que él le estaba ofreciendo una alternativa a las acrobacias de Silas, por si acaso la necesitaba. La lámpara titiló cuando por fin se movieron para marcharse. La insólita conversación se había terminado por el momento, no obstante, ella no pudo evitar

preguntarle por curiosidad:

—Dices que empezaste con esas ideas nuevas porque observaste a la señora Spoons. ¿No crees que los recuerdos de la señora Spoons estén también en cierto modo bloqueados? ¿Podríamos ayudarla con tus nuevas ideas?

—He hablado con la señora Spoons muchísimas veces en estos últimos meses. Creo que nos reconoce como cosas familiares, al igual que le resulta familiar su mecedora, y es simpática a veces con nosotros, como siempre lo ha sido, pero no se reconoce a ella misma y tampoco nos reconoce a nosotros. Ni ella ni nosotros estamos ya dentro de su cabeza y no volveremos a estarlo. Creo que debemos asumir, tanto como podamos asumir cualquier cosa sobre algo tan complicado y tan desconocido como el cerebro humano que, en algunas personas, partes del cerebro mueren, que los recuerdos de la señora Spoons están completamente muertos, la han abandonado y nunca volverán. Que esa es su enfermedad y que no podemos ayudarla. Ojalá no fuera así, querida, y me alegraría demostrar mañana que estoy equivocado, pero pienso que es así.

Y en ese preciso instante llamaron a la puerta y ambos se sobresaltaron ligeramente. Pero fue Gwenlliam quien irrumpió en las pequeñas habitaciones, con las mejillas sonrojadas de haber corrido rápido desde Maiden Lane hasta Nassau Street.

—¿Ocurre algo? —Cordelia se acercó a su hija de inmediato.

—¡No! —Gwenlliam comenzó a reírse al ver sus rostros de preocupación—. ¡Claro que no! ¿Pero no sabéis qué hora es? ¿Cuándo vais a venir a casa? ¡Queremos que volváis a casa! El policía guapo, el señor Frankie Fields ha llevado el informe de Arthur, un informe cargado de mucha rabia debo decir, a la estación de policía y ahora ha vuelto porque Rillie le ha invitado a comer con nosotros. El pastel de carne y ostras está listo. Rillie, Arthur, el señor Frankie Fields y Regina se han tomado todos un vaso de oporto y a mí me ha dado tiempo incluso de jugar con el señor Fields al póquer, ¡y de momento las puntuaciones están igualadas! Parecemos una familia real en nuestro pequeño ático, pero os necesitamos para completarla, ¡venid a casa! Y ojalá que el verano propiamente dicho venga pronto. Ahora hace mucho frío.

Ninguno de ellos lo había notado, pero Gwenlliam estaba allí de pie, tan joven, tan entusiasmada, con tantas ganas de vivir aventuras y ambos sabían que en realidad estaba diciendo: «¡Volved a casa y hablemos de California!». Y de repente Cordelia hizo un ruidito, se movió con rapidez y abrazó a su hija con intensidad, la sostuvo con fuerza durante un largo rato. Y después levantó la cabeza y asintió, casi de forma imperceptible, a *monsieur* Roland. Entonces él comprendió que quería decir: «Me quedaré».

Y entonces se giraron hacia la hija de ella.

—¡Cariño, es evidente que no podemos hacer todas las maletas de nuevo e ir a California del mismo modo que dejamos Inglaterra! La señora Spoons no sobreviviría nunca a un viaje así, Rillie nunca la abandonaría y Regina va donde vayamos todos, de ninguna manera la dejaríamos ahora... y mis viejas rodillas, ¡mis malditas rodillas! ¡Oh, Dios, imaginanos a todos con las canoas, los cocodrilos, las serpientes y en la selva tropical! Pero tú anhelas ir, Gwennie, lo sé, lo sé... y te prometo que se decida lo que se decida, no te detendré. ¡Ya está!

Y por fin Cordelia soltó a su hija de sus brazos, le acarició el pelo y después se apartó el suyo de los ojos.

—Y, viejo —le dijo con cariño a *monsieur* Roland, que había estado escuchando con tranquilidad—, sin ti nos hubiéramos derrumbado hace muchos años, ¡y no puedes dejarnos ahora! ¡Por encima de mi cadáver viajarías entre cocodrilos hacia California! Pero Gwenlliam es diferente, ella es la única de nosotros que es joven de verdad y que tiene toda la vida por delante. Los demás la estaremos esperando cuando vuelva. Por supuesto que sé que quieres ir a California



con el circo, Gwennie. Sé lo mucho que amas esa vida.

—Pero... ¿tú no vendrás? —Gwenlliam miró a su madre con incertidumbre—. A ti también te quiero, mamá.

—Sé que me quieres, cariño... ¡pero no se trata de elegir entre un amor y otro! Son amores diferentes —entonces Cordelia respiró muy hondo y dijo—: Hablaremos con Peggy Walker. —A *monsieur* Roland le explicó con voz alegre—: Es la maravillosa encargada de vestuario de la que nos has oído hablar, ¡la que nos hace parecer tan relucientes! Ella estará dispuesta a ser la protectora de Gwenlliam, estoy segura de que lo estará, y yo me quedaré en Nueva York y trabajaré contigo.

Y *monsieur* Roland se dio cuenta, de nuevo, de la fuerza de Cordelia Preston.

—¡No estoy segura de ser ya tan pequeña como para necesitar una protectora, mamá!

—¡Entonces que te vigile cuando juegues al póquer y te des el gusto del gas hilarante! Sabemos perfectamente que puedes ser el oráculo acróbata fantasmal que Silas necesita tan bien como yo, y con mucha más agilidad. Además conseguiré que Silas te pague unos honorarios muy elevados.

Entonces Gwenlliam miró a *monsieur* Roland. Aquel viejo al que tanto quería era muy reservado, pero fue él quien descubrió el talento en ella y quien le enseñó todo lo que sabía.

—Sabes que te apoyaré en todo lo que hagas —dijo él con gravedad—. A ti te confío completamente nuestro oficio.

Pero las palabras que no se dijeron colgaban, ¿cómo no?: «Debemos tener la esperanza de que volveremos a estar todos juntos».

—Todavía no tengo que decidir —dijo Gwenlliam con una voz suave y repentina.

*Monsieur* Roland dijo:

—Confiamos plenamente en ti, *ma chère*<sup>28</sup>. ¡Confiamos en ti para que nos mantengas en nuestra vejez!

Y desterraron las palabras que colgaban, él sonrió y Gwenlliam le abrazó; podía notar sus delgados huesos.

—Céline ha estado «devorando» los periódicos —les dijo ella entonces—. Como ella también ha trabajado en el mundo del circo conoce a Silas y él, cuando se fue de casa hoy, le habló de sus planes y sus sueños; ¡así que ella ha subido al ático con todos los periódicos que ha podido encontrar y nos ha estado leyendo en voz alta las noticias que cuentan lo terrible y peligroso que es California! ¡Ella y Regina compitiendo por ver quién leía los peores desastres! Céline no puede soportar que nos vayamos. Creo que nos tiene cariño, ¡pero lo más importante es que se ha enamorado de ti, *monsieur* Roland!

Él pareció avergonzarse.

—La gente no se enamora de los viejos, querida. Aunque sí diré que ella hace un delicioso *chocolat chaud*<sup>29</sup>.

—Me parece que ya ha tenido hombres jóvenes más que suficientes —dijo Gwenlliam bromeando—. Le recuerdas a su infancia en Francia y piensa que eres guapo y amable. Solo se enamora de hombres franceses, ¿sabes? Porque el gran amor de su vida, cosa que solo me ha confiado a mí, fue Pierre *l'oiseau*. Pierre *el Pájaro*, sabéis quién es, mi compañero francés de acrobacias que tiene un frondoso bigote. Ella no sabía que estaba en nuestro circo hasta que le mencioné ayer.

—¿Existe entonces algún modo de pedirle a Pierre *l'oiseau* que se quede en Nueva York cuando el circo se marche a California? —preguntó *monsieur* Roland, que solo estaba bromeando a medias.

Cordelia comenzó a reír al ver la expresión de inquietud en el rostro de *monsieur* Roland y él intentó reír también, pero al final negó con la cabeza y le llamó la atención.

—Yo amaba a tu tía Hester —dijo—. Aquello era amor para mí —y entonces añadió en voz baja—. Ella era mi alegría y mi vida. Ese es mi recuerdo: el único que me hace saber quién soy.

—¡Pero Céline tiene tan grandes esperanzas! —continuó diciendo Gwenlliam lastimeramente.

Pero él volvió a negar con la cabeza, sonriendo no obstante mientras cerraba la pequeña puerta principal en la que se leía muy modestamente: «*Monsieur* Roland. Mesmerista». Y los tres regresaron a casa caminando por Broadway hacia el ático, el pastel y su familia.

Las hojas estaban verdes y se podían ver flores en los lugares más insospechados: por todo Broadway, en Battery Park, junto al embalse Croton, incluso creciendo a veces en las verdulerías con sus repollos fuera y sus cortinas en la parte de atrás. Arthur insistió en volver al trabajo: él y Frankie Fields caminaron a la vista de todos por los muelles con sus magulladuras y sus vendas, como si dijeran: «Todavía no, *b'hoys*, todavía no».

El señor Doveribbon, rescatado por un gran anzuelo del bajío del sucio y repugnante río Este, se metió en su cama en el American Hotel, esperando haber contraído una peligrosa fiebre. Se lamentó tanto de su suerte y estuvo tan furioso que pensó en volver a Londres. Tuvo que repetirse «diez mil libras, diez mil libras» como mantra para recuperarse. Entonces, al no haber muerto ahogado ni contaminado, pero estornudando a menudo, fue a un sastre judío para que le tomase medidas y le hiciese otro traje gris («hágame dos»). Le impresionó, a su pesar, lo rápido que trabajaban los americanos, aunque, por supuesto, la calidad nunca podría ser tan buena como la de un sastre inglés de caballeros.

Y, entretanto, Cordelia y Gwenlliam caminaban por Maiden Lane hacia la oficina del señor Silas P. Swift en Pearl Street para reunirse con él, como prometieron. Ellas habían hablado y hecho planes, y habían decidido entre ellas que Gwenlliam podría pasar mejor de ser la princesa con tiara a la estrella del circo (que en realidad no leía la buena ventura ni leía el futuro, pero que bailarían en las oscuras alturas y mesmerizaría a aquellos que la necesitaran). Las dos entraron rápidamente en la oficina y Cordelia le presentó su plan.

—¡Será incluso más emocionante, Silas! —dijo Cordelia—. Gwenlliam es joven y una maravillosa acróbata, como bien sabes. Y una genial mesmerista. Y, a propósito, Gwenlliam requerirá al menos el doble del salario que en un principio le pagabas, y más si tienes éxito en California.

Cordelia Preston, que había nacido en un teatro, había tenido, sin embargo, tanta práctica en ser una dama con clase en Inglaterra que no podía hablar de otro modo: no había olvidado cómo impresionar, bastante fría y firme.

A Silas P. Swift no le importaban en lo más mínimo las costumbres y convenciones de Inglaterra pero, no obstante, Cordelia siempre le intimidaba un poco. Estaba furioso y decepcionado por su desertión, y también dudoso.

—¡Yo te traje a América! Eres tú la que siempre ha sido la estrella. La gente hace cola para verte a ti.

Entonces habló, casi como si ella no se encontrase allí, dirigiéndose a Gwenlliam.

—Hay algo en ella. Algo extraño y poderoso que no tiene nada que ver con la juventud ni la edad. Me da escalofríos cuando aparece de entre las sombras, incluso ahora. Cordelia, vamos, mujer, ¡te pagaré más dinero!

Pero Cordelia era firme.

—¿Sabes cuántos años tengo, Silas?

Él bravuconeó, avergonzado.

—Esa no es la cuestión. Mira, yo ya tengo cuarenta, tengo nietos.

—Bueno, yo soy casi tan mayor, pero no lo suficiente, como para haber sido tu madre, Silas, y, por lo tanto, la bisabuela de tus nietos. ¡Y estoy segura de que no consentirías que tu propia madre y toda tu familia cruzase América en busca de oro!

—La familia son los padres, los hijos —dijo Silas con hosquedad, acostumbrado a salirse con la suya—, y no señoras viejas ni caballeros.

No se había olvidado de la furia de *monsieur* Roland.

—No, Silas, familia es una palabra con numerosos significados. La familia son las personas con las que vives, a las que quieres, de las que dependes y quienes dependen de ti también. Pero, querido, ¡deberías alegrarte! ¡Deberías estar entusiasmado! Gwenlliam es joven y hermosa y los mineros la adorarán: al igual que te sigo diciendo que la juventud es una ventaja, también te digo que puede hacer muchas cosas que yo ya no soy capaz de hacer. La han formado en el mesmerismo al igual que a mí, es escandaloso que no se hayan aprovechado bien sus facultades, y sabes de muy buena tinta que es tremendamente mejor acróbata de lo que una mujer mayor como yo, con almohadillas atadas a las rodillas, podría ser. ¡Será sensacional!

Él contempló la posibilidad, acariciándose pensativamente el bigote.

—Tendrás que llamarte «El fantasma clarividente» —le dijo por fin a Gwenlliam—. O no aceptaré.

Ninguna de ellas respondió: aquel era el momento de negociar.

—¿Qué ha pasado con el oso, Silas? —preguntó Gwenlliam.

—No tengo ni idea, ¡cómo me estafaron! Probablemente lo hayan hecho puré: lo vendí. Son los osos marrones los que bailan, lo sé perfectamente. No sé cómo consiguieron engañarme con aquel oso blanco. ¡Pero lo hicieron! Bueno, probablemente ese viejo farsante amenazador e inservible esté ahora en el cielo de los osos. Yo nunca me sentía a salvo con él. Comen humanos, ya sabéis —por fin miró a Gwenlliam con detenimiento—. Mmm... ¿Y si Gwenlliam hiciera de oráculo? —sugirió con astucia—. ¿Esa idea que yo tenía de... mostrar, solo aproximadamente, donde está el oro mirando en una bola de cristal? ¡Podría poner un precio de veinte dólares por ello!

Gwenlliam se echó a reír.

—¡Para, Silas! ¡Ya hemos hablado de eso! Yo pienso igual que mi madre e igual que *monsieur* Roland sobre el mesmerismo. Pero podría aparecer en las sombras como —dirigió una rápida mirada a su madre, tendrían que comprometerse un poco— el fantasma clarividente si insistes tanto, pero nada de bolas de cristal, debe seguir siendo mesmerismo tal como lo conocemos y lo entendemos. Pero escúchame, Silas, escúchame. Tengo algunas ideas, escucha: ¿qué te parece una varita mágica dorada brillando allá arriba? «Oro», ¿comprendes? Varitas mágicas de oro en minas de oro, atrapando la luz...

Y ella comenzó a describirle a Silas sus ideas para provocar nuevas emociones, con su voz danzando y tintineando, como siempre hacía; su actitud segura, como siempre era. Cordelia miraba a su hija, escuchaba en silencio, obligándose a sí misma solamente a ofrecerle su apoyo.

—Bueno, Silas —dijo por fin Cordelia—, ya ves lo entusiasmada que está Gwenlliam. Con todos sus talentos tendrá mucho más éxito que yo. Además ella quiere ir contigo, Silas; mírala, está deseando empezar a poner en práctica nuevas ideas. Podéis empezar en el barco de camino a Panamá. ¡Los barcos están repletos de cuerdas! Ella ama el circo, ¡y ya hemos hablado con Peggy Walker para que cuide de ella cuando no esté cosiendo abalorios ni lavando los pantalones de los payasos! No obstante —el tono de voz de Cordelia se volvió serio—, conocemos muy bien todas

las dificultades y los peligros que entrañan llegar a California y, a cambio de lo que hemos acordado, debes asumir y estar de acuerdo en que le pagarás por adelantado tan pronto como empieces a ganar dinero y que dentro de dos años ella volverá con nosotros. Al fin y al cabo son solo dos años —le dijo a Gwenlliam, pero su voz firme tembló ligeramente.

—Bien —dijo Silas, todavía decepcionado, todavía inseguro, pero consciente de que una de ellas era mejor que ninguna cuando tenía planeado marcharse tan pronto y, en efecto, podría haber perdido a las dos si hubiese entregado aquella carta—. Bien. Nadie es como tú, Cordelia, y cuando volvamos tendrás que volver a unirte a nosotros.

—Te doy mi palabra de que me incorporaré al circo cuando vuelvas si no quedas satisfecho con mi talentosa hija. ¿No te parece una ganga?

Él no dejaba de acariciarse el bigote.

—Bien. Acepto, pero solo porque no me queda más remedio. No te ofendas, Gwen.

Pensativo hizo gestos sobre su cabeza con las manos, ya estaba planeando el nuevo cartel: EL FANTASMA CLARIVIDENTE en grandes letras.

—¿Y qué hay de una pequeñísima bola de cristal?

Volvió a gesticular con las manos, ya lo estaba viendo: ¡EL CAMINO HACIA EL ORO!

—¡No! —dijo Gwenlliam—. Nada de bolas de cristal, Silas. Vólteretas extra y una varita mágica, hecha de oro, por supuesto. ¡Mesmerizaremos a todos los mineros con una varita de oro!

Y con esto, el señor Silas P. Swift tuvo que contentarse.

## Capítulo 20

PEGGY Walker, la encargada del vestuario, la persona que hacía todo lo que tenía que hacer para que el circo brillase y reluciese, había aceptado ser la protectora de Gwenlliam: había ido enseguida a Maiden Lane desde su casa de huéspedes en Brooklyn, le habían presentado a todos y ellos la habían examinado y le habían dado el visto bueno. Ella abrazó a Gwenlliam cuando se iba.

—Haz las maletas, muchacha, ¡será toda una aventura! —dijo Peggy—. ¡Escribiremos cartas repletas de oro!

Y en el ático de Casa Céline todos notaron el entusiasmo, de la misma manera que temían la pérdida. Cordelia tenía el rostro pálido y, sin embargo, no paraba de sonreír.

Tan pronto como todo quedó acordado con Silas, Cordelia dijo que iba a comprarse un sombrero nuevo. Aquello era algo tan insólito que nadie de la pequeña sala de estar la creyó, aunque nunca habrían imaginado que llegarían a decir algo así.

—¿Te acompaño, Cordie?

Rillie conocía muy bien a Cordelia: no se trataba de un sombrero, era algo más.

—No, no, ¡os sorprenderé a todos!

Pero Rillie había preguntado si podía ir porque vio temblar las manos de Cordelia al ponerse los guantes. Estaba luchando contra algo. «Algo», Rillie lo sabía.

Tratando de evitar el mugriento barro movedizo, la basura y el polvo que levantaban los estrepitosos caballos al tirar de carros y omnibuses, Cordelia caminaba hacia la terminal del transbordador de Brooklyn. Las banderas de América colgaban con orgullo de los edificios así como la basura se acumulaba en las calles, había moscas y ratas por todas partes y eso que el verano aún no había llegado como es debido. El olor y las montañas de basura empeoraban cuanto más se acercaba a los muelles. Puede que Nueva York hubiese sido un puerto próspero pero los muelles que había junto al transbordador estaban mugrientos y tremendamente deteriorados, las tablas de madera sobre el agua turbia estaban peligrosamente sueltas, y junto a un montón de basura particularmente fétido había un hombre negro muy bajo de pie y golpeando el montón con un palo y gritando: «¡Negro de mierda! ¡negro de mierda!». No paraba de golpear la basura mientras la gente pasaba por su lado apresurada.

La multitud embarcaba en tropel en el transbordador y Cordelia fue arrastrada por el gran enjambre de personas. Ella apenas notó que la multitud la atropellaba y la empujaba, aunque de un modo amable. El río Este estaba atestado con cientos de barcos, como era habitual: grandes, pequeños, viejos, nuevos, americanos y extranjeros. La basura y las ratas muertas se podían ver flotando en el agua y, al mirar Cordelia al agua mientras el transbordador la arremolinaba, vio otras cosas extrañas también: hierro, madera, un maniquí de sastre sin brazos, periódicos mojados, algo que parecía el armazón de una cama y algo parecido a unos huesos.

Brooklyn también era un lugar bullicioso y Peggy Walker se reunió con ella en la orilla, ataviada con una miriada de brillantes pañuelos. Condujo a Cordelia cuesta arriba hasta la colorida habitación que tenía alquilada en una gran casa con vistas al río Este y a Manhattan. Desde la ventana de Peggy podían ver los muelles y los edificios y, al otro lado del agua, por

encima de todo, la aguja de la Trinity Church. Cordelia intentó asimilar la habitación, reluciente por los numerosos colores, amueblada con todo tipo de peculiares e interesantes objetos, al igual que la cama de Peggy: cuadros, una cabeza de alce, un águila americana, un espejo decorado con conchas y un reloj con la forma de George Washington de uniforme, con una mano apuntando a los minutos y la otra a las horas. Peggy tenía las maletas a medio hacer: ropa, material de costura y brillantes abalorios esparcidos por todas partes.

—Me llegó tu mensaje, Cord —dijo Peggy—. Siéntate aquí.

Y despejó una silla atestada y le ofreció cerveza y galletas. El cojín que había en la silla de Cordelia estaba decorado con la bandera americana.

Ella tomó su vaso de cerveza, pero no bebió de inmediato. Peggy se dio cuenta por la expresión de su rostro que algo le pasaba, como si quisiera hablar pero no fuese incapaz de hacerlo.

—Te estoy muy agradecida, Peggy —dijo por fin Cordelia—. Sé que tú cuidarás de Gwenlliam lo mejor que puedas...

Y Peggy se echó a reír, ambas sabían que Gwenlliam era eficiente, alegre, lista y lo más probable es que ella cuidaría de Peggy.

—Deja de preocuparte, Cord. Yo estaré allí. ¡Ningún indígena ni ningún cocodrilo nos van a atrapar!

Mientras hablaban, Peggy bordaba un reluciente manto nuevo con abalorios, sin duda para aquel exótico camello si es que sobrevivía al viaje.

—Aun así, casi me caigo de espaldas cuando Silas vino aquí a contarme todos sus planes y sus sueños. Conociendo a Silas, no será para siempre y te aseguro que no quiero vivir siempre entre mineros de oro. He oído que hacen competiciones de salivazos, a diez dólares el salivazo, ¿eh? Me gustaría un poco más de cultura que la de escupir. Bueno... ¡si nos hacemos ricas merecerá la pena! Crucemos los dedos.

Ella seguía cosiendo, pero de reojo vio que Cordelia estaba haciendo un esfuerzo enorme, tragando saliva a menudo.

—Vamos. ¿Qué es lo que te preocupa, Cord?

*El último día antes de abandonar Londres para siempre, Cordelia y Gwenlliam volvieron al pequeño cementerio de la iglesia en el cruce de Elephant and Castle. Habían colocado una pequeña lápida mortuoria sobre su tumba en la que solo se leía:*

MORGAN

AMADO HERMANO Y AMADO HIJO

*A pesar del gélido frío había pequeños brotes primaverales. Había flores de azafrán al pie de un árbol desnudo, rayas irregulares de color amarillo y morado. Pero sintieron un terrible y doloroso pesar por que aquel niño, que había soñado tantas veces con ir a América, estuviese descansando allí. Lloraron una vez más; recordaron su antiguo y viejo hogar galés: la casa del guarda, detrás el castillo en ruinas y el interminable, interminable mar y los cascos rotos de barcos que los contrabandistas habían atraído hasta las rocas, barcos que quizás en una ocasión serían del nuevo país del que Cordelia le hablaba a sus hijos: América. «Es un país nuevo», les contaba. «Todos iremos allí».*

*Por fin, agarradas del brazo, vestidas por última vez con sus negros atuendos de luto, las dos mujeres se alejaron de la tumba y caminaron hacia la puerta del cementerio. Se dieron la*

*vuelta una vez más. Dos manos enguantadas de negro se elevaron, solo un instante, despidiéndose de una vida que se había ido.*

—Si... Si algo... Quiero decir que si le pasara algo a Gwenlliam, que enfermase por ejemplo...

—Te estás poniendo en lo peor.

—Lo sé. No quiero, pero debo. Os vais muy lejos y si... si algo ocurriera me gustaría que supieras algo más de ella, que ella no se encontrase con una extraña. Por supuesto no es que tú seas en absoluto una extraña.

Cordelia se bebió casi toda la cerveza y puso el vaso junto a ella. Sus manos temblaban mucho y Peggy vio cómo ella, literalmente, se obligaba a sí misma a hablar.

—Escucha, Peggy. Gwenlliam tenía una hermana y un hermano. Manon y Morgan. Tal vez es posible que ella quiera hablar de ellos —Cordelia no se daba cuenta, pero mientras hablaba su acento se volvía cada vez más inglés, como si escapase de la emoción—. En una ocasión yo... yo fui una actriz famosa en Londres. Trabajé con Edmund Kean<sup>30</sup>. Trabajé con William Macready<sup>31</sup>, el de las revueltas en el Astor Place.

Peggy escuchaba estoicamente. No le importaba la manera inglesa de actuar.

—Dejé los escenarios, pensaba que para siempre, cuando me... —se trabó con las palabras —... me enamoré y me casé. Tuve tres hijos. Su padre se los llevó de mi lado.

—¡Qué maldito bastardo! ¿No?

—Durante ocho años vivimos todos, incluido él a menudo, en una maravillosa casa del guarda junto a un castillo en ruinas de la familia, en la costa galesa.

*La costa desierta era su vida: veía las tres cabezas rubias a lo lejos sobre la arena húmeda mientras la marea serpenteaba, inclinadas entre las rocas y las conchas; sus voces resonaban arriba todo el día, ella les oía reír y hablar a voces de los extraños tesoros que encontraban; las salvajes aves marinas volaban sobre ellos y olía a sal y a algas. Y entonces se avecinó una fuerte tormenta galesa y la intensa lluvia bombardeaba el mar y el viento que soplaba hizo que los niños volvieran a aquel lugar de piedra gris que era su casa mientras que las ruinas del viejo castillo les seguían de cerca. Los sirvientes encendían el fuego y a veces Cordelia cantaba:*

Cuando yo era un niño pequeñín  
con un hey ho, el viento y la lluvia  
y la cosa más tonta se convertían en un juguete  
Pues llover, llovía todos los días...

—Cuando nos dejaba durante largos periodos, simplemente pensaba que mi marido tenía muchos asuntos que atender en Londres. Era un miembro de la aristocracia y yo era, como te he dicho, una actriz. Así que debería haberme dado cuenta. Resulta que... el matrimonio era... una patraña.

—Bueno, bueno, ¡aquí deberíamos haber aprendido a no confiar a ningún noble inglés! Seguro que viniste al lugar correcto cuando viniste a América.

Pero Peggy Walker era una mujer sensata y se dio cuenta de que sus interrupciones no ayudarían a Cordelia a contarle la historia, así que procuró concentrarse en los brillantes abalorios.

—Un terrible día él envió un mensaje para mí, para que fuera a Londres urgentemente, y mientras que yo estaba fuera él se llevó a mis hijos para educarlos como si fueran suyos y de su... su nueva esposa noble. No les volví a ver hasta diez años más tarde. Para entonces, Rillie y yo habíamos montado nuestro negocio de mesmerismo. Para sobrevivir.

—¡Diez años! Caramba, eso es terriblemente triste. ¿Cómo les volviste a encontrar?

—Gwenlliam... Gwenlliam me encontró.

Peggy creía que Cordelia se iba a desmayar. Entonces ella habló de forma muy animada.

—¡Vaya, tendría que haberlo sabido! Gwen es una muchacha sensata y con vivacidad. La mejor combinación de todas para cualquier chica.

*Era la voz. Parecía absurdo después de tantos años, y a pesar de las palabras cortadas y de las interminables vocales de la nobleza, estaba segura de que sabía de quién era la voz de la habitación contigua, y al oírla, Cordelia hizo un ruidito, un grito, como si estuviese ahogando: la habitación daba vueltas y le afloraron gotas de sudor en la frente, el labio superior, el pecho y las piernas.*

*¿Lo sabría Rillie? ¿Pensaba Rillie que solo se trataba de un nuevo cliente? ¿Era simplemente un nuevo cliente? «¿Estoy equivocada?». En cualquier momento Rillie conduciría al propietario de aquella voz a la gran habitación oscura en la que Cordelia llevaba a cabo sus prácticas mesméricas.*

*El pánico de Cordelia era tal que por un momento miró por toda la habitación frenéticamente como si quisiera encontrar un lugar donde esconderse. Al final se sentó en su habitual silla oscura, apagando rápidamente dos de las velas más cercanas para que la oscuridad fuese más intensa de lo normal. Se colocó los largos pañuelos sobre la cabeza como siempre hacía antes de que entrase un cliente: el tambor en el que se había convertido su corazón redoblaba desenfadadamente.*

*La puerta se abrió y una joven entró. Rillie, como siempre hacía, señaló el sofá en el que debía sentarse el visitante y, después, la puerta se cerró suavemente tras ella. Cordelia vio que la muchacha (la muy pálida muchacha) estaba acostumbrando la vista a la oscuridad y entonces supo que la muchacha le había visto.*

*Cordelia tenía que hablar.*

*—¿Cómo puedo ayudarle? —dijo y su voz fue como un susurro.*

*La joven no contestó enseguida. Llevaba la larga melena rubia sujeta en el cuello, era mayor y estaba muy pálida, pero el rostro era el mismo, aquel rostro que tanto quería. De pronto, en silencio, las lágrimas rodaron por el rostro de Cordelia en la titilante oscuridad. Vio un rostro conocido, pero que no conocía: los ojos grises e inquisitivos, el mismo rostro peculiar y sincero que la tía Hester, y los ojos.*

*—Nos dijeron que habías muerto —dijo la joven, y Cordelia notó que le temblaba la voz.*

*Muy lentamente, preguntándose si estaba soñando, o loca, Cordelia se apartó los pañuelos de la cabeza: cayeron allí, brillando, sobre sus hombros. Muy lentamente se acercó al sofá y mientras caminaba surgieron las palabras:*

*—No morí.*

*Y la joven asintió y la parpadeante habitación oscura les empezó a dar vueltas.*

*Pero había un viejo dicho familiar: las mujeres Preston nunca se desmayan.*

*Las dos mujeres se miraban. La flauta de Rillie comenzó a sonar en la habitación de al lado, como era habitual cuando Cordelia estaba trabajando, para crear ambiente.*

*—He reconocido tu voz, Gwenlliam —dijo Cordelia.*



—Dijeron que habías muerto, mamá —dijo Gwennlliam.

Muy lentamente aún, como si estuviese enferma, Cordelia se sentó junto a su hija.

—Os busqué en Gales muchas veces pero la vieja casa la cerraron hace años y el castillo está aún más deteriorado.

—Sí.

La flauta seguía sonando, con mucha suavidad. Ellas, que seguían sentadas un poco separadas, se miraban la una a la otra. Habían pasado diez años. Durante un momento, el silencio fue tan extraordinario que fue como si la habitación estuviese vacía. Y entonces hubo una pequeña avalancha de palabras.

—Gwennlliam, ¿a dónde os llevaron? Os debieron de haber llevado a todos a algún lugar casi de inmediato porque yo volví enseguida y...

—... Y sí, aquel mismo día que te hicieron ir a Londres unos hombres y una mujer vinieron en un carruaje y simplemente nos llevaron. Solo tuve un momento para dejar una breve carta en nuestra casa del árbol. No sabía a dónde nos llevaban pero pensé...

—... Y yo miré en nuestra casa del árbol, era lo más evidente...

—... Y yo sabía que mirarías allí, lo sabía. Yo sabía que si estabas viva mirarías en la casa del árbol.

Sus voces se entrecortaban.

—Pero hubo una tormenta. Cuando volvía a casa estaba cerrada con llave y había una terrible tormenta. No había ninguna carta cuando trepé a la casa del árbol. No había ninguna carta pero sabía que si hubieras podido, habrías dejado una...

—... Y escribí «nos llevan» pero no pude decirte a dónde nos llevaban. Solo nos recogieron y nos llevaron, nos llevaron lejos, hacia el norte, a algún sitio cerca de un lugar llamado Ruthen, supe más tarde, a una casa de piedra, pero que no se encontraba cerca del mar. Y nos dijeron que estabas muerta.

Y todo el tiempo permanecieron sentadas firmemente alejadas, mirándose la una a la otra con incredulidad.

—Vivimos allí durante muchos, muchos años.

—¿Qué... qué hacíais? ¿Cómo vivíais? ¿Quién... quién cuidaba de vosotros?

—Tuvimos muchos tutores. Morgan no hacía otra cosa que leer y pintar, incluso cuando le enviaron a una escuela apropiada. Pero Manon y yo aprendimos cómo deben comportarse dos jóvenes damas refinadas.

Cordelia se los imaginó a los tres en un lugar lejano, con tutores, pasando los días de sus cumpleaños, y a ella misma intentando recuperar su anterior vida en los escenarios, siendo ya una actriz mayor, interpretando a brujas y a hadas madrinas.

—¿Y ellos...? —ninguna de ellas especificaba quiénes eran «ellos»—. ¿Ellos...? —Cordelia intentaba con desesperación hacerse entender—, ¿siguen cuidando de vosotros?

—En cierto modo.

—¿Manon? —dijo la palabra en voz alta pero con cuidado, como si se tratase de una valiosísima pieza de porcelana china.

—A Manon la acaban de presentar en la corte. Se casa el viernes. Con un duque.

Cordelia trató de ocultar su expresión de conmoción. «¿Manon casada? ¿Con un duque?». Manon tenía siete años cuando Cordelia se despidió de ellos.

Fue ella quien pronunció la siguiente palabra:

—¿Morgan?

No hubo respuesta.

—¿Morgan? —repitió con insistencia.

—Él está... como siempre estaba.

Y Cordelia volvió a hacer aquel sonido, una especie de extraño sollozo ahogado. Bajó la mirada rápidamente hacia sus propias manos. Imaginó el rostro angustiado del pequeño cuando le dolía la cabeza, la ira, las caricias en la cabeza, el silencio. No escuchaba la flauta de Rillie, sino el sonido del mar, las voces de los niños llamándose unos a otros en la orilla vacía por debajo de la antigua casa de piedra; flores de un vivo color azul y otras de color rojo salvaje y amarillas se doblaban con el viento. Volvió a levantar la mirada y vio a la joven frente a ella. Sobre ella, las estrellas simuladas reflejaban la luz de las velas en la oscura habitación.

Tenía mil preguntas que hacer. Al final dijo:

—¿Cómo me has encontrado?

—Hace apenas unos meses, llevaron a Morgan a Cardiff por los dolores de cabeza y...

—¿Todavía tiene dolores de cabeza?

—Son dolores de cabeza distintos de los de antes. En Cardiff, Morgan encontró tu anuncio en el periódico. «MADRE BUSCA A LOS NIÑOS DE LA CASA DEL ÁRBOL». ¿Has estado poniendo un anuncio para nosotros en los periódicos cada semana? ¿Todos estos años?

—Lo ponía todos los años. El día de su cumpleaños. Pero... nunca había respuesta.

—Él lo encontró y me lo enseñó pero le dije que estaba loco y él se enfadó y rompió el periódico.

Y Cordelia volvió a ver el pequeño rostro angustiado del pasado.

—No creo que Morgan pudiera soportar encontrarte de nuevo —dijo sencillamente Gwenlliam—. Le costó mucho tiempo recuperarse de tu marcha. Pero, claro, yo me preguntaba si serías tú y me decidí a responder en secreto cuando viniéramos a Londres para la presentación de Manon a la reina Victoria y después para su boda.

—Pero... no recibí ninguna carta.

—La señora Spoons la encontró —ella oyó el grito ahogado por la sorpresa de Cordelia—. Enseguida se puso en contacto conmigo. Fue una suerte, mamá, porque mi madrastra requisa todas las cartas dirigidas a mí, pero esta tarde yo estaba llegando de dar un paseo por la plaza, el muchacho estaba allí y me dio la carta de la señora Spoons... Así que me di la vuelta y vine aquí. Me subí sola a un cabriolé. Nunca antes lo había hecho.

Cordelia intentó con todas sus fuerzas seguir siendo coherente, hablar con normalidad, decir algo normal. Las velas titilaban.

—¿Entonces estáis... todos... en Londres? ¿Manon? ¿Y Morgan? Y tú.

—Sí. Morgan y yo nunca habíamos venido antes, pero Manon adora Londres y la vida de la nobleza. Pero Morgan y yo siempre planeamos escaparnos al nuevo país. A América.

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros siempre soñábamos con ir a América. Tú nos hablaste de él, de que era un país nuevo, que había surgido del mar... Pero nuestro tutor nos contó que América ha estado allí todo el tiempo.

—¡Oh! ¡Gwenlliam, inventé aquello para entreteneros a vosotros! ¡Yo no sé absolutamente nada sobre América!

Y las dos mujeres, recordando, se echaron a reír durante un segundo de un modo sorprendente, como si una parte de su pasado les estuviese tocando el brazo, como un fantasma, y entonces sus breves risas se detuvieron, y entonces volvió el silencio.

—Pero Londres siempre fue el sueño de Manon. Nuestro abuelo, que es el duque de

*Llanefydd, es un viejo horrible, horrible y cruel. Siempre está borracho y huele a whisky y a dientes podridos y tenemos que besarle y él maneja nuestras vidas y toma las decisiones. Creo que incluso padre le tiene miedo. El duque tiene una casa en Grosvenor Square.*

*—Sí —dijo por fin Cordelia—. Sí. Conozco esa casa. Una vez fui a buscaros a esa casa.*

*Había en el aire muchas preguntas sin responder: ninguna de ellas sabía cómo caminar por aquellas peligrosas aguas. Durante un momento solo se escuchó el sonido de la respiración entrecortada y el de un carraspeo.*

*La pálida muchacha de pronto se inclinó hacia delante.*

*—Recorrí Little Russel Street de arriba abajo tan pronto como llegué aquí. Recordaba el nombre y las historias de tu madre y de tu tía Hester y tu vida en el teatro. Y haber visto a tu tía Hester cuando vino a vernos a Gales. Recuerdo que le di la mano y le enseñamos las conchas.*

*Y por tercera vez Cordelia emitió el mismo sonido, el leve grito entrecortado.*

*—¡Tu tía abuela Hester! —dijo en voz baja—. Te parece tanto a tu tía abuela Hester.*

*Y, por alguna razón, por fin estrechó a la muchacha rubia entre sus brazos y sus pañuelos y las dos se enredaron mientras lloraban.*

*Y mientras lloraban, la pálida muchacha seguía diciendo:*

*—No entiendo nada.*

*Al fin ella, con los ojos inundados en lágrimas, miró a su madre.*

*—Tengo muchas preguntas dándome vueltas en la cabeza. ¿Por qué mi padre se divorció de ti? ¿Por qué dijo que estabas muerta? ¿Qué ocurrió cuando te hizo llamar para que fueras a Londres?*

*—Es mejor que no hablemos de eso aún —dijo Cordelia rápidamente, y abrazó a su hija con fuerza.*

*Y durante todo aquel tiempo, Rillie estuvo tocando heroicamente la flauta en la habitación de al lado, esperando, con todo su corazón, que vivieran felices para siempre.*

La voz de Cordelia salió de un sueño.

—Cuando ella me encontró, Peggy, eran ya jóvenes de la alta sociedad con unas vidas dominadas por su terrible y dominante abuelo. No se sabía, y por supuesto nunca se sabrá, que en realidad nacieron fuera del matrimonio. Su padre se había casado con una prima lejana de la reina Victoria.

Peggy mordía el hilo con impaciencia.

—Mi hija mayor, Manon, se casó con un duque. Rillie y yo fuimos en secreto a la iglesia con nuestras mejores prendas y la vimos desde un banco en una esquina. Estaba... preciosa.

Al final, Peggy fue incapaz de contenerse a sí misma.

—¡Cord, escucha! ¡Mi abuelo murió en la revolución luchando contra esos malditos ingleses y todos esos nobles busca-nidos, que se creen que están por encima de todos, y su cruel basura sobre las clases! Yo soy americana. ¡Desde luego no puedes esperar que me impresione porque tu hija se case con un duque! —La aguja de coser entraba y salía volando—. Es muy triste que perdieces a tus hijos durante todo aquel tiempo, pero me parece que es mucho mejor que Gwen vaya a California a que se case con alguien de esa gente. Considero que la has salvado de un destino peor que la muerte al traerla a América.

Cordelia se quedaba sin respiración. Tenía el rostro tan blanco que Peggy se echó atrás.

—Bueno, no importa. Espero que la muchacha que se convirtió en duquesa viva feliz para siempre.

—Ella... Por supuesto no pude revelar quién era yo, nadie debía saber que la nueva duquesa

de Trent era ilegítima. Ella era muy infeliz con su marido noble y... se suicidó.

La aguja se detuvo. Peggy deseó que sus últimas palabras no hubiesen salido de su boca.

*En la autopsia inminente no hubo ninguna duda sobre cómo Manon, la joven duquesa de Trent, murió. Los periódicos enseguida consiguieron todos los detalles y más. Ella le pidió al mozo de cuadra ácido tartárico, alegando que tenía un caballo enfermo del que ocuparse. Murió alrededor de las tres de la tarde tras una gran agonía al haberse quemado los órganos internos: se había vestido con su vestido de novia, en el rostro se le había quedado una terrible mueca de dolor, tumbada en su nueva cama matrimonial en su nueva casa del duque de Trent en Berkeley Square, en Londres.*

—Y mi hijo —la voz de Cordelia se convirtió en casi un susurro— murió también. Gwenlliam es lo único que me quedó.

Silencio en la habitación de Brooklyn. George Washington hacía tictac. Peggy se inclinó, como si fuese a tocar el brazo de Cordelia, pero Cordelia se apartó ligeramente.

—Hay más. Muy poco tiempo después de que me volvieran a encontrar, su padre fue asesinado por su madrastra después de enterarse que él la había engañado, que yo todavía estaba viva —entonces las palabras salieron como un torrente—. Por supuesto ella, al igual que los niños, pensaba que yo estaba muerta y estuvo de acuerdo en aceptar a los niños como si fuesen suyos cuando se descubrió que ella no podía tenerlos —entonces Cordelia hizo un sonido que fue mitad jadeo irónico, mitad dolor—. Por varias razones, al principio fue a mí a quien acusaron del asesinato.

Entonces Peggy puso la costura en el suelo, pero Cordelia pareció verla, así de grande era el esfuerzo que estaba haciendo para terminar su historia cuanto antes. Habló ahora muy, muy rápido.

—Así fue como conocí a Arthur, mi marido. Él era el detective encargado del caso. Me declararon no culpable pero la mayor parte de mi vida se había hecho pública. Para entonces era una exitosa mesmerista muy conocida en Londres. *Monsieur* Roland era mi profesor y mi mentor y Rillie se encargaba del negocio. Por supuesto, después de todo esto, perdí... completamente... mi reputación y nunca pude volver a trabajar. Fueron... —por fin se intuyó una pequeña sonrisa en la tensa voz de Cordelia—... todas las historias escabrosas que se publicaron en los periódicos, incluso en los de aquí, lo que hizo que Silas me ofreciera trabajo en América. Cuando su circo se encontraba en lo más alto. Así que nos vinimos a Nueva York y nos hospedamos en el American Hotel y, durante un breve periodo de tiempo, fuimos muy conocidos... ¡pero con éxito!

Y por fin Cordelia dejó de hablar.

Peggy Walker incluso silbó, sentada allí con el reluciente manto para el camello.

—¡Menuda historia, señora!

Pero Cordelia se encogió de hombros.

—Creo ahora que la mayoría de las personas tienen historias. Es solo que no se hacen necesariamente tan públicas como lo fue la mía.

—¡Ahora no me digas que la malvada madrastra, esa prima de la reina Victoria, reina de Inglaterra y del imperio, fue colgada por asesinato!

—¡Por supuesto que no! Solo era una prima lejana, creo... Al final me atacó a mí también... pero estaba relacionada con la realeza y el juez evitó que el jurado emitiese ningún otro veredicto que no fuese que el padre de los niños había sido «asesinado por una o varias personas desconocidas».

—Tuvo que ser durísimo para ti, Cord.

Y Peggy Walker, que era americana por encima de todo, no pudo evitarlo: le hizo solo una pregunta más. Lo preguntó con delicadeza, pero lo preguntó.

—¿Y tu hijo... cómo murió?

—Yo... Yo... —Cordelia se levantó de golpe de la silla—. Peggy, no. No puedo más.

Se dirigió deprisa hacia la ventana y volvió a observar Manhattan. El punto más alto, la aguja de la Trinity Church, atravesaba el cielo como un cuchillo.

*Gwenlliam salió corriendo en busca del médico. Cordelia se quedó con él.*

*—Mamá, es diferente, el dolor de cabeza no es igual que el de siempre, ¡ayúdame, mamá! No puedo soportarlo. ¡Me está pasando algo dentro de la cabeza!*

*Y volvió a vomitar.*

*Cordelia respiró profundamente y permaneció a su lado. El olor del vómito se extendió, pero ella no lo notaba. Durante un momento ella le sostuvo la cabeza como solía hacer tiempo atrás cuando era un niño pequeño, después le acarició el pelo. Entonces sintió como su hijo de quince años volvía a tener convulsiones. Ella se apartó un poco y lanzó las manos, los movimientos mesméricos, sobre el pequeño rostro desesperado, una y otra vez. No debía llorar, no podría ayudarle si lloraba. El sudor, no las lágrimas, rodó por su rostro mientras intentaba, con cada palmo de su ser, traspasar la energía de su propio cuerpo al de él. Tras ella, su propia sombra enorme reflejada en la pared se movía una y otra vez justo por encima de él. Las sombras de sus brazos moviéndose barrieron el techo una y otra y otra y otra vez. Se hizo sus necesidades en la cama y gritaba, pero era el dolor.*

*—Nunca nos volveremos a separar, ¿verdad, mamá? Ahora que nos hemos encontrado...*

*La voz se hizo más profunda y acabó siendo como el susurro de un niño. Ella le sonrió y sus lágrimas cayeron sobre él y ambos imaginaron la franja de arena extendida para siempre, las rocas secretas y el mar.*

*—Nunca, nunca —dijo ella, sonriéndole—. Ahora que estáis aquí.*

*Ella lo siguió intentando. Le pasó las manos por encima de la cabeza, una y otra vez. Él esperaba que ella le aliviase, como siempre hacía cuando le sostenía la cabeza cuando era pequeño. Y tan grande era su confianza en ella que cuando él sintió que flotaba, pensó que ella le había salvado.*

*No paraba de mover las manos con toda su fuerza y todo su amor, todo el amor contenido de tantos años, una y otra vez. No escuchó llegar a los demás, no escuchó nada. Hasta que monsieur Roland, con delicadeza, la agarró de los hombros.*

*—El mesmerismo no puede resucitar, querida. No es magia.*

*Entonces Cordelia miró a monsieur Roland y lo comprendió.*

—Él siempre había tenido terribles dolores de cabeza. Poco después de reunirme con él, tuvo una apoplejía causada por una hemorragia cerebral. No sobrevivió.

Cordelia seguía mirando más allá del río y entonces, de repente, se giró bruscamente. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Esa es mi historia, Peggy Walker.

—Lo siento mucho, Cordelia.

—¿Cuál es la tuya?

—¿Qué?

—¿Cuál es tu historia?

—¡Pero, Cord, si la has oído veinte veces junto a veinte ríos! Mi madre, orgullosa Hija de la Revolución, se casó por amor con un loco que la hundió. Yo me escapé de la granja y me uní al circo y nunca, nunca volví. Todas esas futuras esposas de granjeros de todo el medio oeste iban

por ahí con sus caras de sorpresa —dijo con desdén—. Estaban llenas de romances de pacotilla. No tenían ni idea de lo dura que podría ser la vida pero, ¿qué es lo que se pensaban que sería? Trabajaba con La Gran Céline cuando aquel alemán loco la perseguía para que se casase con él y vivieran en una granja de cerdos, y yo le dije: «¡No lo hagas, Céline!». Más tarde, por supuesto, su historia también estalló. Es una mujer valiente, esa Céline. Mira, ahí tienes otra historia. ¿Sabes?, imagino que hay cientos de personas que no tienen historias así, pero no las llegamos a conocer, ¿no con nuestro tipo de trabajo!

Y Cordelia trató con mucho esfuerzo de sonreír y, entonces, Peggy, viendo que ya se encontraba mejor, se acercó a la ventana y, durante un pequeño instante, agarró con fuerza la mano de Cordelia.

—Me alegro de que me lo hayas contado. Cuidaré de Gwenlliam lo mejor que pueda y no le hablaré de esto a menos que ella lo haga primero. Tienes mi palabra. Bueno —dijo en tono de eficiencia, volviendo con prisa al manto del camello—, estamos todos de acuerdo en que Silas P. Swift está loco. Lo de California es una idea muy descabellada. Pero es verdad que están llegando noticias de otros artistas que hicieron el viaje y que ahora están ganando una fortuna, así que tal vez, solo tal vez, nos ocurra lo mismo. O tal vez, por otro lado, acabemos como las esposas de los granjeros, horrorizadas por haber cometido una locura así. No obstante, al menos los que leemos los periódicos somos conscientes de los peligros y los problemas. Al principio las cartas tardarán en llegar, claro. Sin embargo, el viaje es un asunto de dinero y, fíjate que soy americana, el dinero hace que los viajes y los envíos postales sean mucho más rápidos... Ese es el estilo americano. Y, Cord, yo pienso que no somos uno solo, somos un circo y debemos tener la esperanza, creo, de que, siendo tantos, lo conseguiremos, porque al fin y al cabo nos conocemos unos a otros y nos ayudaremos entre nosotros.

—¿Incluidos el león, los elefantes y el camello?

—Tal vez ellos viajen mejor que los simples mortales —dijo Peggy con indiferencia.

Cordelia miró a George Washington.

—¡Oh! —exclamó vagamente—. No me he dado cuenta de que llevo mucho tiempo aquí. No les dije que venía otra vez a hablar contigo: les dije que iba a comprar un sombrero. ¡Tendré que comprar un sombrero!

Pero Peggy vio que Cordelia estaba agotada. No se movía del lado de la ventana.

—¡Ajá! —dijo Peggy—. Creo que tengo, exactamente, lo que necesitas.

Hurgó en uno de sus rebosantes armarios: sacó un hermoso y elegante sombrero gris con un pequeño velo. Cordelia emitió un pequeño sonido de admiración.

—Pertenece a mi pobre madre.

—Oh. ¿Entonces ha muerto?

Peggy guardó silencio durante un momento.

—Al fin y al cabo, no te he contado toda mi historia. Es curioso que no lo contemos todo, ¿verdad? Porque sé que tú solo me has contado una parte —suspiró—. Mi madre, al final, no fue capaz de soportar su vida. Bajo el dominio de un loco, como te he contado. Un día entró caminando en un lago. Fue entonces cuando me escapé y me llevé conmigo algunas de sus cosas. Tú me has confiado a tu hija, así que me gustaría regalarte el bonito sombrero de mi difunta madre. Sé que a mí me toca la mejor parte del trato.

Casi con cautela, Cordelia se colocó el exquisito sombrero en la cabeza.

—¡Caramba, Cordelia Preston! Pareces una... ¡Estás encantadora! Es curioso que el sombrero no haya pasado de moda... o tal vez es que la moda haya vuelto. Pareces... —se detuvo—. Ahora entiendo por qué Silas está tan enfadado contigo.

—¿Tan enfadado está conmigo?

—Claro que lo está. Tú eres su estrella. Tienes algo que otros no tienen, ni siquiera Gwen. Siempre lo has tenido, ese extraño aspecto fantasmal. Eso conmueve a la gente. Mírate, sobre todo ahora que tienes la cara tan blanca.

—Gwenlliam es tan buena mesmerista como yo. *Monsieur* Roland también formó a Gwenlliam y Silas no sabe lo afortunado que es de tenerla... Ella será un fantasma sensacional... ¡En especial porque además es acróbata y no tiene que atarse almohadillas a las rodillas! — Cordelia, con el sombrero puesto, trató entonces de reír, pero no con mucho éxito—. Ay, Peggy... cuidala muy bien.

—En el circo todos somos unos supervivientes —dijo Peggy con tono de eficiencia. Alcanzó la botella de brandi y lo vertió con cuidado en los vasos de cerveza—. Gwen ama el circo, cualquier tonto se daría cuenta.

—Lo sé. Es por eso que no debo retenerla, aunque apenas pueda soportar... —y al final la voz de Cordelia se quebró— dejar que se marche —y bebió con rapidez.

—Silas P. Swift está loco —dijo Peggy—, ¡pero también le admiro! Ahí lo tienes, recorriéndose toda Nueva York haciendo todo tipo de preparativos, no debe haber sido fácil sacar de aquí a todos esos animales y toda la parafernalia para el circo cuando hay tanta gente peleando por subirse a los barcos para ir a por el oro. Además tú sabes que él ya ha enviado gente a cruzar el istmo, para ver y avisar de cómo es el terreno. ¡Una especie de carromato marítimo del telégrafo que ponga señales para cuando nosotros lleguemos!

Y entonces ambas se echaron a reír, y Cordelia se bebió rápidamente lo que quedaba de brandi y pensó irónicamente en *monsieur* Roland: había conseguido contar su historia a otra persona, al fin y al cabo.

## Capítulo 21

EL señor Doveribbon habría apuñalado con mucho gusto a Silas P. Swift con su nueva arma mientras arrastraba los pies y estornudaba por el American Hotel: de hecho había planeado por un momento volver a la oficina del circo y hacerlo. Pero era tan sensato como para saber que aquel acto, a la vez que podría suavizar su orgullo herido y el traje echado a perder, no ayudaría a su causa. Sin duda debía estar, al fin y al cabo (pues el hombre del circo se había comportado de forma sospechosa, ¡y había intentado ahogarle!, ¡aquel hombre era un criminal!), muy cerca de su presa: tan solo tenía que seguir al circo.

Lo que sí ayudaría a su causa era apostarse al día siguiente (de la forma más discreta posible, pues no quería más violencia, aunque si se presentara la oportunidad, esa vez repartiría tanto como le habían repartido) en las inmediaciones de la oficina de Silas P. Swift en Pearl Street. Aquello era un enjambre de actividad —mucho estrépito, un continuo reparto y recogida de baúles, cajas y jaulas— señal, obviamente, de que algo muy grande se estaba llevando a cabo. Había un patio en la parte de atrás: el señor Doveribbon no se había percatado de aquello en su primera visita. Entonces vio una jaula de la que los monos chillones que había oído aquella vez intentaban escapar desesperadamente. En el patio, unos hombres jóvenes de piel oscura y cubiertos con relucientes prendas, estaban reuniendo a los caballos. Parecía que los hombres estaban intentando llevar a los caballos a algún lugar. Hablaban a los caballos con dulzura. Al final el señor Doveribbon encontró por sí mismo un excelente punto de observación. Una de los cientos de tabernas de los muelles de la zona, situada en la acera de enfrente de Pearl Street. Desde allí no podía avistar toda la actividad, pero podía ver si algo entraba o salía de las dependencias. Al principio miró a su alrededor con cautela, pues Nueva York era un lugar salvaje, desde luego. Pero aquella taberna no parecía tan violenta y peligrosa como otras tabernas que había visto en Nueva York. Tenía mesas de madera barnizadas. Pidió ostras y cerveza ya que eso era lo que la mayoría de los clientes parecían consumir. Al cabo de un rato, los presumidos hombres jóvenes extranjeros volvieron con los caballos: era evidente que los habían estado entrenando. Era de suponer que el circo se estaba preparando para ser presentado en algún lugar. Cordelia y Gwenlliam Preston estaban casi definitivamente cerca, aunque el señor Doveribbon se preguntaba si la madre le permitiría a la hija acercarse al entorno del circo. ¡Era la hija del duque de Llanefydd! ¡Por supuesto que no! Llegaron los enanos, ninguno era tan elegante como el general Tom. Llegaron hombres y mujeres que podrían haber sido payasos o acróbatas. A veces se escuchaban gritos, a veces risas y en una ocasión alguien rompió a llorar. Pero Cordelia Preston debía de ser una mujer mayor, y la única mujer mayor que llegó, llamó a Silas, en voz alta y con acento americano, para comentarle algo que tenía que ver (tal vez lo había oído mal) unos pantalones de raso.

El señor Doveribbon se aprovechó de la simpatía y la informalidad que le rodeaban. La taberna se llamaba Broadwalk, por alguna incomprensible razón. Él también se volvió simpático y puso en marcha todo su encanto en aquella atmósfera de hombres fuera de servicio y «camaradería» comercial. Aquel primer día, y el día siguiente, conoció a hombres de negocio, capitanes de barco, trabajadores del puerto y comerciantes, todos se mezclaban con todos muy



libremente, se percató. Él se sentó con ellos, formando un grupo, pasando desapercibido pero con un bolsillo generoso. Se comportó de la forma más amable con sus nuevos compañeros, hablaba con todos, les invitaba a beber e incluso bromeaba sobre su condición de hombre inglés.

—¡Estoy viajando por todo el mundo! —les contó—. ¡Y me encanta América!

—¡Eso está bien, amigo! —le decían, dándole palmadas en la espalda.

Vio cuchillos y a veces pistolas, llevadas como si tal cosa. Escuchó historias sobre peleas, puños, mujeres y dinero. Y, en todo momento, observaba las idas y venidas del Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift.

El capitán de uno de los nuevos y veloces clíperes<sup>32</sup> alardeaba de las velocidades nuevas. Les habló del oro de California, les habló de los viajes que hacía de un lado a otro de América, de las fuertes tormentas al bordear el cabo, a través del estrecho de Magallanes: el señor Doveribbon se estremeció por dentro solo con imaginárselo. Los trabajadores de los muelles presumían de la riqueza del puerto de Nueva York. Todos parecían extrovertidos y simpáticos, nada que ver con sus taimados conocidos de Londres que hablaban durante horas sobre un mismo tema. Los salvajes irlandeses no eran capaces de sostener sus bebidas, amontonados en un rincón, gritando. El ruido en la taberna crecía y crecía, pero todo era una tapadera para el señor Doveribbon, que se encontraba sentado en medio de la taberna, protegido por sus nuevos compañeros mientras observaba lo que sucedía al otro lado de la calle: Silas P. Swift gritando y dando órdenes y casi tirándose de los pelos y del bigote, angustiado de impaciencia por tener las cosas hechas, estaba claro.

El señor Doveribbon fue prudente (sus actividades como detective estaban mejorando), no bebió demasiado en aquella taberna inestable. Las bebidas de verdad las dejaba para el American Hotel, donde él sentía que al menos estaba entre personas de su misma clase. En el Broadwalk no contó que estaba vigilando al circo que había al otro lado de la calle. Le dijo que su nombre era Frederick y ellos enseguida le empezaron a llamar Freddie y se burlaron de su elegante traje gris y él se rio y bebió cerveza y les contó historias y, en general, se comportó como un buen amigo. También estaba atento por si encontraba a alguien que pudiera encargarse de una «eliminación» (parecía que había varios candidatos pues estaba claro que estaba rodeado de maleantes y arribistas así como, o tal vez también, capitanes de barco y trabajadores del muelle). Estaba en el lugar adecuado para hacer negocios de muchos tipos.

Pero la tercera mañana que llegó a la taberna se encontró con que el patio de Silas P. Swift y la oficina estaban vacíos y todas las puertas cerradas.

—¿Dónde están? —gritó como un loco—. ¿Dónde está el circo?

No podía creer que hubiesen viajado de noche. Sus compañeros habituales de copas le miraron sorprendidos.

—¿Qué tiene que ver el circo contigo, Freddie?

—Tengo... una amiga, una amiga que contaba con ver antes de que se fueran. ¿A dónde han ido?

—Pues a California, amigo. ¿No te lo contó tu amiga? Se fueron al amanecer, ¡transportándolo todo en carros hasta los muelles!

Y el señor Doveribbon se marchó corriendo hacia el río Este, como alma que lleva el diablo, sudando y casi llorando. Y, mientras corría, en su mente no paraba de dar vueltas el mismo pensamiento: «¡California! ¡El otro lado del mundo! ¡Tengo que detenerla y ni siquiera sé todavía qué aspecto tiene! ¿Cómo voy a encontrar a Cordelia Preston y detenerla si no sé qué aspecto tiene?».

## Capítulo 22

TODA la familia estaba allí, en Battery Park, en una magnífica mañana de primeros de junio. Todos ellos, incluida la señora Spoons, y también incluida, por voluntad propia, La Gran Céline, que le había comprado a *monsieur* Roland una chaqueta nueva para la ocasión (de un ligero color morado, pues había oído que el doctor Franz Mesmer llevaba una chaqueta morada), la cual él llevaba puesta por pura amabilidad. Cordelia llevaba puesto el elegante sombrero gris y bajo el velo disimulaba el sufrimiento que se reflejaba en sus ojos. Ya era el comienzo del verano. Silas P. Swift estaba fuera de sí pues sabía que tenían que llegar a las minas de oro con la suficiente antelación para hacer dinero antes de que empezara la época de lluvias.

Todos habían llorado. Gwenlliam había llorado mientras guardaba en baúles su ropa y sus pañuelos y sus zapatillas para caminar por el alambre y sus botas y sus velas y sus cerillas y su ejemplar de *El remedio indio del doctor Wright* y muchos paquetes de jabón, pero nada podía ocultar su entusiasmo por empezar tan tremenda aventura a pesar de que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Pidió por favor el daguerrotipo que había colgado en la pared. Cordelia la llevó de nuevo al estudio para que le hicieran un retrato y colgarlo en su lugar en la pared.

—¡Hola de nuevo! —dijo el señor L. Prince.

Cordelia lo observó todo con atención: vio cómo el señor Prince movía la luz y la inclinaba, después cómo desaparecía tan solo diez minutos y volvía con un retrato de Gwenlliam enmarcado como le había pedido. Había captado con exactitud la expresión de ella (de la sensata y la vivaz muchacha). Mientras Gwenlliam guardaba el cuadro de su familia en su baúl, Cordelia colocaba el retrato de Gwenlliam en la pared de Maiden Lane.

El barco, de nombre *Belleza*, con rumbo a Chagres, en el istmo panameño, lo habían cargado en los muelles del río Este: la bodega se atestó del exótico equipaje. A pesar de que los elefantes, el león, el camello, los carromatos con «EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT» pintado y llenos de asientos de madera, habían partido hacia California hacía alrededor de una semana junto con la Gran Carpa recogida en un gran bulto; a pesar de aquello, aún había mucho que transportar. Algunas de las barras acrobáticas, las cajas de Peggy Walker con los trajes, la gran maleta de los payasos con los enormes zapatos negros y las pelotas y las narices rojas de goma, los caballos, los perros... Todo aquello fue cargado a bordo del *Belleza* junto con los monos nuevos metidos en sus jaulas. Los monos chillaban sin cesar. Los caballos, arreados por los charros mexicanos, que les silbaban y les hablaban, brincaban nerviosos sobre sus propios excrementos mientras los conducían a sus enormes jaulas. Se les veía el blanco de los ojos al sacudir la cabeza mientras el jefe indio, sin el penacho, trataba de calmarlos cantando conjuros. Los perros ladraban frenéticamente, como locos, en sus cajas, los cuales no había que confundir con los cerdos que gruñían en sus cajas, que servirían de alimento para los pasajeros. Se cargaron grandes tanques de agua también para los pasajeros. Silas P. Swift estaba casi fuera de sí, gritando órdenes mientras las cajas de los perros se tambalearon y chocaron contra las jaulas de los caballos y salió agua de uno de los enormes tanques, derramándose sobre la cubierta. Por fin, la bodega se cerró con un martillo y el barco comenzó a separarse del muelle.

La desenfrenada algarabía de ruido que emanaba del *Belleza* mientras se alejaba dejó claro

al hombre sudoroso ataviado con un traje gris que llegó corriendo al río Este que el circo estaba a bordo precisamente de aquel barco en movimiento. No obstante, por las voces de su alrededor supo que el *Belleza*, con las velas aún medio recogidas estaba dando la vuelta, con ayuda de una barcaza, hacia el Battery, en el Hudson, para recoger a los pasajeros. Por tanto, el señor Doveribbon siguió corriendo. Una vez más no fue capaz de encontrar ningún carruaje libre, así que, simplemente, corrió cruzando Manhattan y cuando llegó al Battery se encontró con que los pasajeros ya habían embarcado en el *Belleza* y se despedían por última vez. Él se quedó allí, medio inclinado, tratando de recuperar el aliento: estaba tan tremendamente enfadado y frustrado y acalorado por la carrera que incluso vomitó en el embarcadero, sobre sus botas. Sentía contracciones en el pecho y pensó que le podía estar dando un ataque al corazón.

El barco, el *Belleza*, era de construcción sólida y tenía una historia sólida, que ya era algo. La familia reunida veía con horror las maltrechas embarcaciones que pasaban por barcos que también iban a recoger pasajeros: a la gente no le importaba cómo llegar a las minas de oro con tal de llegar allí; había refriegas en el embarcadero y se agitaban los pasajes en el aire para embarcar en barcos de peligroso aspecto. Por tanto, Cordelia y Rillie y Regina y el inspector Rivers y *monsieur* Roland (y sin duda la señora Spoons si aún conservase la memoria) dieron gracias a cualquier dios por hacer que Gwenlliam estuviese en un navío en mejor estado y más elegante. Todo fue explicado una y otra vez: el circo desembarcaría en Chagres y cruzaría el istmo de Panamá en canoas, y después seguirían a pie o en mulas o en sus propios caballos. Silas P. Swift creía, o decía que creía, que no solo era el camino más rápido, sino el mejor camino para transportar a todos los animales. Arthur Rivers, tratando de animarse, pues le había tomado mucho cariño a su inteligente y encantadora hijastra, imaginó a Silas P. Swift navegando tranquilamente río arriba en una canoa con los monos chillones y los perros locos, controlándolo todo. Se giró para compartir aquella imagen con Cordelia, pero ella solo veía el barco que se marchaba.

Previamente, La Gran Céline avanzó como un rayo y dio unos golpecitos en el hombro de Pierre *l'oiseau*, Pierre *el Pájaro*, que se estaba despidiendo de una familia inmensa: él, al principio, se quedó mirándola con asombro, después complacido, la levantó del suelo durante un momento (y eso que ella no era una mujer pequeña) lanzándola hacia arriba y sujetándola de nuevo antes de unirse al resto de pasajeros que entraban en tropel por la pasarela, respondiendo a la llamada de la campana del barco. La Gran Céline tenía el rostro muy sonrojado. Todos embarcaban de forma desordenada volviendo la mirada: el jefe de pista, los payasos, los miembros de la banda de música con sus trompetas y sus tambores, los enanos, los tragafuegos, Peggy y Gwenlliam y el resto de acróbatas y Silas P. Swift con sus listas. Por no mencionar a todos los hombres jóvenes esperanzados en llegar a California, quienes no se habrían imaginado nunca que iban a viajar con un circo. El ruido de los caballos aterrorizados, los ladridos de los perros y los chillidos de los monos se oían claramente, resonando desde las entrañas del barco.

—¡Oh, pobrecillos! —exclamó Rillie.

Pero fue Regina quien le dijo:

—Normalmente son seres humanos los que van encerrados ahí abajo, Rillie, tú lo sabes.

Y Rillie asintió, recordando la suerte que tuvieron al viajar en primera clase desde Inglaterra gracias al señor Silas P. Swift. Pierre *el Pájaro* dijo adiós con la mano a su familia y dijo adiós con la mano a Céline, que todavía parecía acalorada. Uno de los enanos, aupado por uno de los payasos, vio a Cordelia en el muelle y se despidió de ella con la mano. Cordelia levantó la mano, pero de forma automática, como si fuese una figura de madera sin vida. Y el jadeante y nauseante señor Doveribbon, acercándose a empujones al barco, intentando ver a los pasajeros a pesar de sus botas manchadas por el vómito, se vio sorprendido por el pálido y extraordinariamente

hermoso rostro que tenía casi al lado, aunque no podía verle con claridad los ojos.

Las velas del *Belleza* se agitaron con fuerza, las fueron levantando un poco más a la vez que una barcaza tiraba del barco alejándolo de Battery Park, y atraparon más viento. Arthur se fijó en el rostro de Cordelia. El pequeño velo del elegante sombrero no escondía nada para él. Colocó con delicadeza el brazo de ella en el suyo y sintió su piel helada. Y dijo, y sus palabras fueron escuchadas (con gran asombro) por el hombre jadeante del traje gris:

—Queridísima Cordelia, Gwennie estará de vuelta, sana y salva, dentro de solo dos años.

Rillie vio el rostro afligido de *monsieur* Roland y le tomó del brazo también. La Gran Céline, recuperada, le agarró el otro con arrojo. Todo el mundo decía adiós con la mano sin parar y la banda del circo comenzó a tocar *¡Oh, Susana!* desde la cubierta. Y ya todo el mundo conocía la nueva letra, la letra de los mineros del oro:

*A San Francisco llegaré,  
por todas partes miraré,  
los terrones de oro allí veré,  
del suelo los sacaré,  
toda la montaña excavaré,  
y los ríos secaré,  
montones de piedras yo traeré,  
por vosotros no lloraré.*

*¡Oh, Susana! No llores más por mí,* cantó entonces todo el mundo, y también Regina estaba cantando el «Oh» de *¡Oh, Susana!* cuando le llamó la atención un hombre mayor. Llevaba un extraño sombrero, más bien como un sombrero de copa aplastado, y un llamativo chaleco, y estaba hablando de la forma más animada, agitando los brazos, con otros dos hombres, todos ellos a punto de embarcar en otro navío mucho más pequeño.

Así, mientras que el *Belleza* se alejaba del muelle de Nueva York, y aunque Regina tenía la mano levantada para despedirse y la boca abierta («¡oh!»), su rostro se giró hacia el pequeño navío y en la dirección del hombre con sombrero de copa.

—*¡Oh, Susana!* —cantaba Regina, atónita.

Y después:

—*¡Alfie?* —dijo Regina, casi para sí misma.

Y entonces gritó con todas sus fuerzas:

—*¡Ey! ¡Alfie, mi niño!*

## Capítulo 23

EN cuanto volvió del asunto urgente que tenía que atender en New Haven, hacia donde había embarcado aquel día, el niño, Alfie, se dirigió de inmediato a Casa Céline, en Maiden Lane. Llevaba carne de res fresca, dos piñas, ostras, un ramo de flores estivales, algunos libros y una caja exageradamente grande de chocolatinas inglesas. En el bolsillo también llevaba dos botellas de ron.

En el embarcadero del Battery, aquel mismo día, por un momento se puso casi tan pálido como las velas del *Belleza* mientras el circo se ponía en camino a aquel largo viaje.

—¡Queenie<sup>33</sup>! —dijo sin dejar de dar crédito en la pasarela hacia su pequeño barco, incapaz, parecía, de creerse lo que estaba viendo—. ¡Queenie, por mi vida! —dijo y, para el asombro de sus compañeros de negocio que esperaban para embarcar con él, abrazó sin parar a una mujer mayor de aspecto extraño que llevaba una pluma en el sombrero, a la vez que las lágrimas rodaban por sus propias mejillas.

Ahora, en la cálida estancia del ático, todas las ventanas estaban abiertas de par en par mientras caía la cercana y húmeda noche estival. Dejaron las lámparas apagadas tanto tiempo como fue posible para mantener el frescor. Alfie abrazó a Regina de nuevo varias veces, ya sin dejar de sonreír, y le dio los libros y las chocolatinas inglesas: todo lo demás se lo dio a cualquiera que le quitara una carga. Entonces se sentó cómodamente, donde le dijeron, con su llamativo chaleco y su sombrero de copa aplastado sobre las rodillas, y llenó la pequeña sala de estar del ático con su entusiasmo mientras todo el mundo comía chocolatinas con regocijo. Cordelia y Rillie se habían quitado las botas y andaban con los pies descalzos. Al observar aquello, y que *monsieur* Roland se había aflojado el cuello y quitado la chaqueta, Alfie hizo lo mismo enseguida. Rillie desató la parte de arriba de la blusa de su madre para refrescarla: y todos pudieron ver su pálida y arrugada piel. Solo Regina parecía no sentir el calor, embelesada por la aparición de su hermano por fin.

Después de todos aquellos años, Alfie seguía hablando como un londinense pero su discurso estaba salpicado por aquellas nuevas palabras de argot americano que tanto le gustaban a Rillie. Fuera, los últimos rayos de sol se fueron atenuando lentamente. Dentro, Alfie les contó que se dedicaba a la importación y la exportación; ellos comprendieron que hacía muchos negocios con los barcos.

—¿Entonces por qué no te he visto antes, Alfie? Es eso lo que quiero saber. Esto es un misterio... He preguntado sin parar por ti en los muelles desde hace muchos años. Más adelante incluso te escribí cartas a la oficina de correo.

—¿Por quién preguntabas, Queenie? ¿A quién escribías?

—¿Quién crees? ¡Preguntaba por ti, Alfie, mi niño! Escribía a Alfie Tyronne. Pregunté y pregunté por Alfie Tyronne.

—Sí, claro. Es un error comprensible —Alfie se frotó la nariz y se aclaró la voz—. ¿Te acuerdas que el apellido de la familia de nuestra madre era Macmillan?

—Sí.

—Y que nuestro abuelo se llamaba George. George Macmillan.

—Era un viejo loco. Sí.

—¿Y recuerdas, Queenie, que me escapé de casa poco tiempo después de que lo hicieras tú y que después te encontré escribiendo poemas para los impresores de periódicos en Seven Dials?

—Sí.

—Bien... el caso es que... nuestro padre vino a buscarnos.

—¿Lo hizo? Nunca me lo dijiste.

—Bueno, golpeé a ese viejo embustero.

—¡Tú nunca lo harías!

—Lo hice. Después de todos esos años. Le golpeé justo en la cara y le destrocé la nariz y los dientes... ¡No era consciente de mi propia fuerza, Queenie, esa es la pura verdad! Y le dije que si alguna vez volvía a buscarnos diría en la casa de acogida de Cleveland Street que él les estaba engañando, robándoles cosas.

—¡Alfie!

—¿Sabes? —informó a los fascinados oyentes congregados en el ático—. Aquel hombre nos golpeaba hasta llenarnos de marcas. A mí, a Queenie y a nuestra madre. Era un hombre despreciable y cuando le vi por la calle Strand y descubrí que estaba tratando de encontrarnos para hacernos volver le golpeé por todas las veces que él nos había golpeado a nosotros. Pero le había hecho daño de verdad y no estaba seguro de cuánto, pensé que tal vez le habría matado, así que me largué corriendo, aquel mismo día, pero firmé con un nombre diferente, solo para asegurarme. Fue aquel día en el que fui y te conté que me iba a América, Queenie, solo que nunca te dije por qué era tan urgente. Así que todo el mundo en América, excepto mi familia, claro, me conoce como George Macmillan. ¡No me extraña que no pudieses encontrarme a pesar de que soy muy conocido! ¡Todo el mundo me conoce! ¡Pregunta por George Macmillan mañana y apuesto a que me encuentras en un santiamén, en cualquier parte del puerto!

Fue en aquel momento cuando el inspector Rivers volvió de la comisaría. Alfie se sintió incómodo un instante al saber que había un policía inglés viviendo en la casa de huéspedes de su hermana, pero no había que hacer muchos cálculos para saber que, cuando Alfie abandonó Inglaterra, a la edad de dieciséis años, después de agredir brutalmente a su padre en la calle, el inspector Rivers acabaría de nacer. Rillie, por fin, encendió las lámparas, aunque eso hiciera que las polillas entrasen y revolotearan alrededor de las llamas.

Alfie Tyrone bebió té con ellos con unos modales excelentes mientras todos le observaban. De tanto reír se le habían arrugado las mejillas y los ojos.

—¡Bueno, bueno, Queenie! —dijo—. Bueno, bueno, Queenie. Ahora somos viejos, pero tú estás como siempre, ¿sabes? Siempre has parecido un pájaro loco. Te he traído algunos libros de poesía, ¡mira! ¿Ustedes saben que era poeta? ¿Todos esos periódicos a penique con poemas sobre asesinatos y eso?

—¡Alfie!

—Pero, Queenie, eras una poeta de renombre cuando te dejé —y enseguida citó con orgullo:

Golpeó su cabeza fuerte  
*Y su cráneo rompió.*  
*Esa bruja hallará la muerte,*  
*Que para eso lo mató.*

—Nunca lo he olvidado, creo que es brillante. Se lo recito a todos mis amigos y les digo que lo escribió mi hermana. ¿Has escrito más, Queenie?

Regina pensó en su poema inspirado en Edgar Allan Poe, el cual le había enviado a Alfie Tyrone a cargo de la Oficina de Correos de Nueva York.

—Podría ser —dijo de forma misteriosa.

—Sabíamos que fue poeta, Alfie —dijo Rillie—. ¡Probablemente era la única poeta en Londres que ganaba dinero! También era la única persona que sabíamos que tenía dinero y nos lo prestó a Cordelia y a mí cuando abrimos nuestro negocio en Londres. No lo podríamos haber conseguido sin ella.

—Y yo creo que Regina también me salvó la vida en una ocasión —dijo Cordelia.

—Bueno... —empezó Regina con modestia, pero entonces rio—. Hice todo lo posible, Alfie. Estaba esa horrible prima de la reina Victoria, tenía un cuchillo y estaba gritando a Cordelia, así que fui corriendo con lo primero que agarré. ¡Adivina lo que era, Alfie! No, no lo adivinarás, era un orinal y se lo estampé a la mujer en la cabeza, ¡y lo mejor es que estaba lleno!

Alfie, a pesar de que tenía la impresión de que se estaba perdiendo partes importantes de una interesante historia, se rio a carcajadas, y Cordelia se encontró a sí misma riendo con los demás, aunque a veces se despertaba a causa de sueños molestos en los que recordaba aquella oscura noche y a la mujer chillando.

—Vaya, Queenie —dijo Alfie secándose los ojos con un gran pañuelo que había sacado—, eres una heroína. Y de buen corazón, como de costumbre bajo tu voz de enfado... ¡Y ya no soy el único que dice que eres poeta! —y se dirigió a Rillie educadamente—. ¿Y qué negocio era el que regentaban ustedes dos, querida?

Rillie y Cordelia se miraron la una a la otra e intercambiaron una sonrisa irónica y seca.

—Bueno —dijo Rillie—, es una larga historia, Alfie, pero éramos... eh... bueno, en realidad éramos actrices y nos quedamos sin actuaciones y, por tanto, teníamos poco dinero... en realidad no teníamos nada de dinero..., y tuvimos que trabajar para sobrevivir, así que con la ayuda de Regina montamos un negocio. Entonces Cordelia era conocida por ser freno-mesmerista. Yo era su... eh... representante.

Alfie las miraba con total admiración.

—¿Vuestro propio negocio? ¡Y siendo mujeres! Fueron muy valientes. ¿Eran algo así como las hermanas Fox de las que he oído hablar?

—¿Todavía siguen con sus golpecitos y repiqueteos, *monsieur* Alfie? —preguntó *monsieur* Roland sorprendido—. No lo había oído.

—Ah, *monsueer*, tengo mis ventajas. Como tengo tantos negocios, a veces utilizo el telégrafo. Veo llegar todo tipo de cosas.

—¡Alfie, tú nunca lo harías!

—¡Claro que lo hago, Queenie! Soy un hombre de negocios —entonces se dirigió a *monsieur* Roland—. A veces las noticias llegan a través del telégrafo, señor —dijo—. Y desde luego esas hermanas Fox son noticia. Creo que puede que hayan empezado a desplazarse a otros lugares y a hacer sesiones de espiritismo en otros lugares. Dicen que el señor Phineas Barnum ha mostrado interés, ¡así que me imagino que llegarán a Nueva York un día de estos!

*Monsieur* Roland no quería estropear aquella tarde fascinante enfadándose de nuevo.

—Qué farsantes —fue todo lo que dijo.

—Alfie, mi niño, ¿cuando dices que eres un hombre de negocios quieres decir que lo eres de verdad? ¿Como... como un hombre de negocios inglés?

—Quieres decir igual que esos petulantes caballeros de negocios ingleses, ¿no? ¡Aquí es distinto, Queenie! Cualquiera puede hacer su fortuna si trabaja duro y no holgazanea. ¡Así soy yo! E imagino que tenemos que dar las gracias al viejo embustero por ponernos a leer y a escribir.

—Lo sé. Eso mismo me digo yo.

—Todavía me alegro de haberle golpeado.

—Bueno, vamos, Alfie, mi niño, has mencionado a una familia... ¿Estás casado?

—¡Claro!

—Bueno... ¿entonces soy tita, por ejemplo?

—¿Tita? También eres una radiante tía abuela y, si todo sale bien, seré bisabuelo y espero que eso te convierta a ti en... ¿qué? En tía bisabuela, así que prepárate.

—¡Tía bisabuela!

Ella se quedó mirándole con la boca abierta.

—¡No somos pollitos, ¿te das cuenta?!

Todo el mundo se echó a reír: ninguno de ellos había visto nunca a Regina quedarse sin palabras.

—¿Vive cerca de los muelles, Alfie? —preguntó el inspector Rivers.

—En realidad tengo varios lugares, señor, ya que viajo mucho por trabajo. En los muelles tengo un sitio para echar una cabezada, sí, y yo y María, que es mi esposa ahora, tenemos una casa cerca de Washington Square, pero ella ahora está fuera porque ha ido a visitar a dos de nuestras hijas, que se han establecido en Tarrytown, río arriba. Ella intenta salir de la ciudad en verano. Algunos de mis hijos, ¡tus sobrinos, Queenie!, trabajan para mí y viven desperdigados, allí donde necesitamos organización: Nueva Jersey, Nueva Orleans. Estoy bastante bien situado, ¿sabe, señor? —acabó diciendo con modestia.

—Desde luego que debe estarlo —dijo Arthur, impresionado—. ¿Qué tipo de comercio es al que usted se dedica, Alfie?

—Soy un facilitador, señor: así es como lo llamo, un «facilitador». Lo que en realidad quiere decir que yo me encargo de hacer los tratos. Soy quien negocia los precios, se podría decir que pongo el arrabio en contacto con las máquinas. O el trigo en contacto con el pan, el algodón en contacto con los vestidos. Todo... frutas, especias y demás. He estado aquí, en Nueva York, de arriba a abajo, ni siquiera durante la larga y terrible depresión de después del 37 me faltó valor. Yo organizo, ¿sabe? Lo adoro, siempre me ha gustado y soy bueno en ello, porque lo he estado haciendo durante años. ¿Sabe, señor? Una vez tuve un trabajo en una contaduría para el puerto, ayudando a recaudar impuestos. ¿Sabe lo que hacen ahí? ¡Cuentan alubias! ¡Cuentan grano! ¡Cuentan algodón! ¡Qué gran patraña! ¡Me sorprende que no estén todos internados en un asilo para lunáticos!

Cordelia y Rillie y la señora Spoons estaban fascinadas; *monsieur* Roland maravillado por la energía de aquel hombre, que no debía ser mucho más joven que él; el inspector Rivers escuchaba con atención y Regina miraba a su alrededor con orgullo, como si dijera: «Os dije que tenía un hermano pequeño».

—En cualquier caso, salí de allí rápido y entré en la verdadera acción. He llevado por todas partes carros enormes de centeno y carros enormes de algodón y carros enormes de ostras también. Ahora pago a personas para que lleven los carros enormes por mí. ¿Conocen la fundición de hierro que hay junto al río? Yo ayudé a que arrancara de verdad. Les organicé. Traje hierro desde Nueva Jersey para las máquinas y los cascos de los barcos, siempre a tiempo, siempre fiable. ¿Algodón? Fui al sur y lo traje de vuelta hasta los muelles... pero no me gusta ese asunto de la esclavitud, creo que traerá problemas. No puedes tratar a hombres como animales y quitarles la libertad, sean del color que sean. Nuestro padre, que desde luego no estará en el cielo, nos enseñó a leer y a escribir como reyes, ¿verdad, Queenie? Una lástima que al mismo tiempo nos diera más golpes que a una estera. ¿Saben ustedes a qué se dedicaba? Era vigilante en la casa de



acogida de Cleveland Street... Tenía demasiado poder sobre la vida de otras personas y lo poco que tenían, el bastardo también se lo quitaba. Así que no me gusta que la gente no tenga libertad. En cualquier caso, nosotros huimos pronto, ¿eh, Queenie? ¡Eso sí, qué bien educados estábamos!

Y, mientras hablaba y reía, los demás no pudieron evitar reír también aunque estaban impactados por su historia y miraban a Regina muy sorprendidos: en todos aquellos años nunca había hablado de su padre ni de la casa de acogida.

—Alfie —dijo el inspector Rivers—, ¿sabes algo sobre las bandas que trabajan en los muelles?

—¿Quieres decir robando en los barcos?

—Sí.

—Bastardos irlandeses... Bueno, está bien, está bien, no todos son irlandeses y sé que nosotros, yo y Queenie, tenemos linaje irlandés... Tyrone, bueno, a ver si podéis encontrar algo más irlandés. Nuestro viejo y despreciable padre era irlandés. Pero también tenemos mucho de otras mezclas, ¿eh, Queenie? Nuestra abuela era escocesa y nuestra madre nació en Glasgow antes de ir a vivir a Londres y puede que el apellido de nuestro despreciable padre fuese Tyrone y que él dijese que era irlandés, pero era un londinense de los pies a la cabeza, así que además de nuestro apellido también tenemos muchas otras cosas clavadas dentro de nosotros. Bueno, al fin y al cabo, ¿podéis imaginar que un irlandés llame a su hija Regina? A veces, los *b'hoys* me dan pena, porque no tienen más que su propia mierda... Oh, les pido perdón señoras, discúlpenme... Pero algunos de ellos son tan pobres como canallas y cada día siguen llegando más a Nueva York, creyendo que esto es la tierra prometida. E incluso en la banda de los *b'hoys*, con sus puños preparados para pelear y sus botas para dar patadas, a veces hay almas perdidas con camisas extravagantes, nacidas en América muchas de ellas, pero que no sienten que forman parte de nada. Pero usted está hablando de las bandas del río, ¿no es así?

—Así es.

—Esos son una mezcla de todo. Hay muchos irlandeses como digo, por supuesto, pero también están repletas de esos que se hacen llamar verdaderos americanos... y alemanes e italianos y Dios sabe qué más. Esas bandas de río perjudican más a la prosperidad de todo el mundo que un tornado. Bueno, esa es mi opinión sobre el asunto.

—Alfie —dijo Arthur Rivers—, ¡creo que el Señor le ha enviado! Es usted de los míos. Estoy encantado de haberle conocido.

—Y yo también, inspector. Aunque he de decir que normalmente no me gustan los policías de Nueva York.

—En general, a mí tampoco —dijo Arthur.

Y aunque allí, en el ático, había tristeza porque Gwenlliam se había marchado, la habitación resonaba con las risas y también las historias, y Rillie ofreció pastel y Cordelia, aunque le temblaba un poco la mano por el cansancio de no poder dormir en tantas noches desde que su hija se había ido, sirvió el ron de Alfie para todos e hizo adivinar a los demás dónde podría estar Gwenlliam en aquel momento. (Y Gwenlliam Preston navegaba por la costa atlántica en busca de fortuna; por fin podían ver el istmo a lo lejos y, aunque se sentía triste por lo que había dejado atrás, estaba entusiasmada y también reía, junto con Peggy Walker y los acróbatas y los tragafuegos y los charros y el jefe indio y los payasos).

—Ey, Queenie, ¿todavía cantas?

—Claro. A veces.

—Oh, ¡cuánto cantábamos en la casa de acogida! —dijo Alfie—. Cuando nuestro padre venía borracho como una cuba eran canciones irlandesas, claro, ¿verdad, Queenie?

Y para sorpresa de todos, Alfie y Regina, que no se habían visto en cincuenta años, comenzaron a cantar la misma canción, al mismo tiempo, ambos todavía con buena voz.

*Última rosa estival,  
floreces sola,  
con tus compañeras  
ajadas todas.  
Ni una flor como tú  
ni ningún brote  
refleja tus colores  
ni tus favores<sup>34</sup>.*

La imagen y el sonido de aquellas dos personas mayores cantando dejó atónitos a todos los que se encontraban en el pequeño ático como para unirse a ellos. Al final aplaudieron al placer que les proporcionaba y Rillie se secó una lágrima del ojo.

—¿Y recuerdas cómo cantaba nuestra madre, Queenie, sus propias canciones escocesas cuando papá no estaba? ¡Vamos todos, no nos dejéis plantados esta vez!

Y antes de que lo supieran, todos los habitantes del ático, incluida la señora Spoons, que zapateaba y sonreía y cantaba, comenzaron a cantar una alegre canción y sus voces resonaron en la planta baja de Casa Céline y en Maiden Lane, cerca de Broadway.

*Oh, silba e iré a tu lado, mi amado.  
Oh, silba e iré a tu lado, mi amado.  
Aunque acaben todos alborotados,  
tu Jeannie irá contigo, mi amado.*

## Capítulo 24

Marylebone, Londres

Querido Arthur:

Los periódicos dicen que la epidemia de cólera ya está aquí, que está en todas partes y que la gente que nos rodea morirá; cerca de nosotros, dicen, Arthur, te lo aseguro. Millie me tiene rodeada de cal clorada<sup>35</sup>, es algo espantoso. ¿Acaso eres capaz de dejar a tu familia a merced de una devastadora epidemia? ¿Me dejas a mí cargando con tu propia responsabilidad, y repito, con tu propia familia mientras que vives en un país dejado de la mano de Dios junto con tu extravagante mujer? ¿Crees que en este momento nos preocupa si la pimienta y la quinina llegan a salvo a los muelles de Nueva York? No me importa si el Señor me recoge, pues mi carga es enorme. Tu lugar está aquí y no lo ocupas y a mí me ha tocado ser el cabeza de tu familia en lugar de vivir una apacible vejez. Tienes ocho nietos y siete de ellos nunca han conocido a su abuelo y los ocho hace tiempo que te olvidaron.

El marido de Faith parece que ha vuelto a aparecer recientemente en busca de dinero. El marido de Millie, Charlie, le golpeó. De eso es de lo que me he enterado desde mi solitaria vida... Tampoco tendría que haberme enterado, pero el pequeño Arthur me lo contó.

Quedo como tu obediente cuñada,  
Agnes Spark (señorita)

P.D.: Hemos recibido tu contribución económica el día 9 del corriente.

Querido padre:

La epidemia de cólera no está en todas las zonas, ha habido dos muertes en Marylebone pero es un lugar más seguro que muchos otros, y ninguno de nosotros está afectado y tenemos muchísimo cuidado con la sopa y la cal clorada. ¿Recuerdas que mi querido Charlie trabajaba en el servicio de agua local? Ellos piensan que es el agua lo que está causando la epidemia y están esperando a tener nuevas ideas. Y, padre, no hagas caso a la tía Agnes, a mí y a Charlie sí nos interesa tu trabajo en los muelles de Nueva York, parece muy emocionante, ¡solo espero que nadie te haga daño!

Oh, padre, Fred y sus problemas con el alcohol han supuesto una terrible preocupación. Es cierto que fue en busca de Faith y que intentó conseguir dinero. Menos mal que estaba yo allí en aquel momento. Corrí a casa para buscar a Charlie y Charlie estaba tan furioso que le dio un puñetazo a Fred en los dientes y solo le dijo que se fuera con malas palabras. Y Faith estaba llorando y los niños... Bueno, Faith se tiene que venir a vivir con nosotros ahora que está segura de que la tía Agnes no les acogerá en Marylebone, dice que está muy enferma, pobre arpía. Pero no quiero parecer irrespetuosa. Oh, querido padre, ¡necesito tu consejo! El padre de Charlie nos cuenta sus viejas y terribles bromas e intenta hacernos reír, es un tipo muy alegre. La próxima vez te escribiré una carta mucho más alegre.

Abrazos.



## Capítulo 25

HABIENDO seguido hasta Casa Céline a Cordelia Preston y a su extraño grupo de ancianas y mujeres pirata y caballeros extranjeros (una vez más sin comprender que los miembros de la Policía de Nueva York no llevasen uniforme), a dónde podía ir el señor Doveribbon (por supuesto, habiéndose quitado sus botas echadas a perder en el American Hotel y habiéndoselas dado a un empleado) más que con los únicos amigos que tenía en América: los trabajadores del puerto y los arribistas y los capitanes de barco del Broadwalk, cerca del cual, las puertas cerradas de Silas P. Swift se mofaban y se reían de él: SE HABÍA MARCHADO A CALIFORNIA.

Bebió en exceso y con rabia. Sus compañeros pensaban que le habían roto el corazón. Él les invitó a beber, masculó obscenidades, poco a poco se fue comportando como uno de ellos y no como un caballero londinense que se dedicaba a la abogacía.

—Tengo el corazón roto —admitió.

—¡Síguela hasta California, muchacho! ¡Y de camino coge algo de oro!

Y el señor Doveribbon sopló sobre su bebida e incluso rio.

—¡Iré directo a por el oro! —dijo.

El capitán del clíper, el *Bala del Mar*, estaba en el puerto porque tenía que hacer algunos arreglos en el casco. El mismo capitán era un hombre oscuro, taciturno y antipático en muchos aspectos, pero era el mejor amigo del señor Doveribbon en aquel momento.

—Tendrá que esperarme un tiempo —dijo el capitán de barco—. Suba a un barco de vapor, no son tan rápidos como yo y mi *Bala del Mar*, pero es lo segundo mejor, ¡y nos veremos allí!

De pronto, el señor Doveribbon se puso muy alerta.

—¿Se queda mucho tiempo?

—Solo para descargar y volver a cargar —y el capitán de barco le lanzó una astuta mirada desde debajo de sus oscuras cejas—. Correo, pasajero, esto, lo otro...

—¿Cuánto dura el viaje a San Francisco?

—Un barco de vapor tarda ciento veinte días o más.

—¡Dios santo! —el señor Doveribbon palideció.

—Mi hermosura y yo, noventa si soy listo y tengo suerte.

—¿Nos podría traer de vuelta? ¿A mí y a mi chica?

Sus cabezas cada vez se acercaron más hasta que la luna de junio salió llena fuera sobre ellos, pero no se dieron cuenta. El señor Doveribbon le contó más verdades de las que normalmente solía contar. Así mismo hizo el capitán de barco. Para sorpresa de ambos, se dieron cuenta de que podrían salir mutuamente beneficiados, el uno por el otro.

El señor Doveribbon reservó un camarote de primera clase para California en un barco de vapor (con cierta dificultad y pasando mucho dinero en medio de las prisas por la fiebre del oro: tenía que esperar dos días). Una vez más, el capitán de barco y él se sentaron juntos a beber en exceso en un rincón del Broadwalk con las cabezas tan cerca que casi se tocaban.

El señor Doveribbon tenía otro asunto del que ocuparse.

Para entonces, él y el capitán de barco sabían mucho el uno del otro.

—Puedo ayudarte, amigo —dijo el capitán de barco.

La tarde siguiente, los dos hombres se citaron en un conocido edificio de Five Points: la vieja fábrica de cerveza. Ciertamente en una ocasión fue una fábrica de cerveza, pero para entonces ya era un edificio de viviendas que se hundía de lado en el fango cada vez más abundante de la ciénaga que se había rellenado para poder construirlo: un oscuro edificio, fétido y torcido de oscuros pasillos y desesperanza. El señor Doveribbon pensó que había entrado en el infierno. No obstante, solo había entrado en uno de los locales que alojaba a algún miembro de la banda de los Conejos Muertos; los dos visitantes bajaron (solo a salvo porque estaban escoltados por uno de sus compañeros de bebidas del Broadwalk), bajaron y bajaron a los sótanos del purgatorio y, allí, el señor Doveribbon, consultando con el capitán de barco, dio instrucciones a unos hombres irlandeses y desembolsó veinticinco dólares, un tercio del pago: el resto se lo pagaría el capitán de barco como aceptación de la prueba del éxito, ya que el señor Doveribbon ya habría partido hacia San Francisco. El capitán de barco le llevaría a él la prueba.

A veces, en aquellas tardes de verano, tras haber pasado el día haciendo planes y conversando con *monsieur* Roland sobre su nueva aventura, Cordelia caminaba sola por Battery Gardens, cerca del último lugar donde había visto a la hija que le quedaba, lo que iba contra todas las normas emocionales que ella había establecido para sí misma: aquellas eran sus horas más bajas.

Aquella tarde vio a los últimos barcos zarpar del embarcadero. La multitud que se despedía se dispersó, volviendo todos a sus asuntos neoyorquinos. Probablemente Cordelia no podía saber ni le habría importado que en uno de los barcos de vapor que se alejaban viajara un hombre llamado Doveribbon. La brisa estival de la noche sopló desde el río, la luna se ocultaba en aquel momento entre las nubes, los amantes paseaban, ella caminaba totalmente sola en la oscuridad. Vio las sombras y las luces de los barcos que zarpaban y no vio a los hombres que caminaban cerca de ella hasta que... (y no había ninguna Regina que cantase en voz muy alta: «El señor es mi pastor, en verdes praderas me hace reposar», para llamar la atención) hasta que los dos hombres se la llevaron atada y en silencio hasta el borde del río, le taparon la boca con algo para detener sus gritos y algo más: «¿tijeras para su pelo?».

Les oyó susurrar entre ellos, escuchó sus acentos irlandeses.

—¿Ves? ¿Dónde está el cuchillo?

Cordelia forcejeó frenéticamente, intentando gritar.

—¡Demonio!

Él le cruzó la cara y ella volvió a forcejear.

—Jesús, se me ha caído. Toma, usa esto.

—¡Tijeras no, idiota del culo! ¡Con esto no se pueden cortar dedos! Ellos quieren un dedo.

—Me cago en la hostia —seguían susurrando—. Se me ha caído el cuchillo en algún sitio en medio de la oscuridad.

Tentaron con los pies, sujetando a la mujer amordazada que luchaba. Algo cayó en el agua junto a ellos, con un chapoteo.

—¡Me cago en el infierno, lo hemos perdido!

—¡Jesús, eres un tarado!

—Bueno, mira, tenemos una buena cantidad de pelo. ¡Ese duque galés del que esos dos murmuraban se tendrá que conformar con el jodido pelo, date prisa!

Y rápidamente le jalaron del pelo, le tiraron y le cortaron la larga melena y después la arrojaron al agua oscura. Tenían un palo largo y cuando ella salió a la superficie, respirando con dificultad, con la ropa flotando primero y después hundiéndose en el agua, la empujaron hacia

dentro.

—¡Venga, ya está, vámonos! Viene gente, ¡mira allí!

Y los dos se fueron deprisa, de vuelta al Broadwalk con la prueba, a por el resto del dinero. Todo el incidente tuvo lugar en unos pocos segundos.

—¿Qué es eso? —gritó un niño pequeño que caminaba con su padre, el cual alumbraba el camino con una lámpara—. ¿Es un pez grande?

El padre miró con atención y entonces le pidió al niño que sostuviese la lámpara, alumbrando hacia el agua. El padre se quitó rápidamente la chaqueta, se zambulló en el Hudson y tiró de la mujer inconsciente hacia el muelle. Le dieron la vuelta, olvidando todas las convenciones, el agua le manaba del pelo (de lo que quedaba de él) y de la boca y del cuerpo y de la ropa.

La tumbaron sobre la hierba. No había nada en ella que dijese quién era, un extraño rostro fascinante (¿estaba respirando?), algo peculiar en el pelo, la ropa rasgada. La gente que se había congregado entonces ante el alboroto no hacía nada, algunos se marcharon encogiéndose de hombros, «otro suicidio», pero de pronto apareció Rillie. Rillie había ido a buscar a su queridísima amiga, preocupada por si había vuelto a desaparecer discretamente, suponiendo que podría haber bajado de nuevo al embarcadero de Gwennie. Y nunca, nunca jamás, Rillie habría creído ni por un solo instante que Cordelia hubiese saltado al Hudson se sintiera como se sintiese: ella conocía muy bien a su amiga.

Se abrió paso a empujones y se arrodilló junto al cuerpo.

—Cordelia —dijo en tono de eficiencia—. Cordelia —y le dio palmadas en la cara con delicadeza mientras en la oscuridad la gente se detenía, curiosa, o seguía caminando—. ¡Cordelia! —dijo Rillie ya con urgencia.

Una mujer que caminaba rápidamente por Battery Gardens con un propósito muy diferente, se detuvo, no obstante, al oír el sonido del nombre: «Cordelia». La mujer que pasaba era muy alta, con el pelo muy rebelde. Si se hubiese podido ver con claridad en medio de la noche, se podría haber visto que llevaba la falda sujeta con tirantes de hombre. Ella miró al cuerpo mojado en la oscuridad, tendido en el césped.

—A mí me parece que está bien muerta —dijo un hombre.

El heroico padre, que seguía empapado de agua, no quería que su hijo se asustara más y cogió su lámpara y su chaqueta y a su hijo y desapareció. La mujer curiosa, alta y salvaje también siguió su ajetreado camino, pensando sin embargo en que nunca antes había oído a nadie llamarse Cordelia, ni tampoco Shylock, ni Lady Macbeth, ni Tito Andrónico, y se rio para sí entre la noche de camino de vuelta al El agujero en la pared, cerca de Edificios Paraíso, y cualquier persona que hubiese pasado por su lado la habría podido oír mascullar:

*Pero no fue después de mucho tiempo  
hasta que sus ropas, pesadas de agua,  
empujó a la desgraciada de su lecho melodioso  
a la muerte en el fango.*<sup>36</sup>

Pero Rillie Spoons no aceptaba que aquel fuese el destino de su amiga. De inmediato incorporó a Cordelia y la empujó hacia delante, le golpeó en la espalda para que Cordelia vomitase más agua del Hudson. Entonces Rillie, con su propia capa, envolvió muy bien a la temblorosa mujer medio consciente, medio ahogada, y le pidió a un hombre que aún estaba mirando que les ayudara rápidamente a subir un carruaje que las llevase a casa. Por suerte, Arthur estaba allí: con el rostro blanco corrió escaleras abajo, rápidamente cogió el fuelle de la

chimenea del comedor de Céline y subió corriendo los cinco tramos de escalera para volver al ático; metió el fuelle en la boca de Cordelia ante el susto de Regina y la afligida incomprensión de la señora Spoons. Cordelia respiró y tosió y expulsó más agua. Arthur asintió al desolado *monsieur* Roland, que ayudó a levantarla y a girarla con delicadeza, colocándole la cabeza ahora de aspecto insólito hacia delante, sobre un cuenco y poniéndole muchas mantas encima para que entrase en calor. Arthur no paraba de calentarle las manos y los pies. Enseguida supuso que había sido alguna banda del río relacionada con el ataque a sus amigos en los muelles, pero mientras Cordelia volvía en sí, murmuró en una ocasión:

—El duque galés se tendrá que conformar con el jodido pelo.

Parecía tan improbable que ellos creyeran no haberla entendido. Miraban con desconcierto a los restos de su cabello mientras que ella, de vez en cuando, vomitaba más agua. Y, una vez más, lo único que Cordelia dijo fue:

—El duque galés se tendrá que conformar con el maldito pelo.

Por fin, después de varias horas, respiró con más facilidad y se quedó dormida. Ellos la tumbaron con delicadeza sobre su cama.

Al día siguiente ella estaba más despejada, más fuerte.

—Fueron dos hombres irlandeses —dijo con total naturalidad—. Intentaron ahogarme por alguna razón que está relacionada con el duque de Llanefydd.

—Pero, ¿por qué ese cerdo gordo y borracho querría que te cortasen el pelo? —dijo Regina.

Había perdido gran parte del pelo, la mayor parte del mechón blanco así como sus largos cabellos oscuros. Tenía un aspecto extraño y frágil y vulnerable y tenía un ojo morado y marcas en la cara.

—Nunca, nunca, debes volver a salir sola por la noche —dijo Arthur.

—¿Quién te salvó? —preguntó Rillie de repente—. Me acabo de dar cuenta de que alguien debió haberte sacado del agua.

Pero Cordelia no tenía ningún recuerdo de aquel heroico padre que la había salvado.

Y entonces dio un grito ahogado.

—¡Oh! ¡Gracias al cielo que Gwenlliam va de camino a California! Ninguno de vosotros debe contarle nada sobre esto si le escribís, ella no debe preocuparse. Al menos ella está a salvo lejos de aquí.

Poco a poco empezó a recuperarse. Rillie tuvo que cortar la mayor parte de los trozos desgreñados que le habían quedado del pelo. De hecho, el ataque había sido tan grande que no le quedaba mucho pelo.

—No importa —dijo Cordelia inexpresiva.

Entonces se enfadó muchísimo y la rabia la volvió a agotar.

—Cordelia —dijo *monsieur* Roland suavemente—. Cordelia.

Arthur Rivers acarició el pelo de su esposa, o lo que quedaba de él, con una especie de amorosa exasperación. Con suma tranquilidad y dulzura, trató de obtener de ella más información: ¿les vio?, ¿por dónde iba caminando exactamente?, ¿qué ocurrió con exactitud?

—¡No necesito un agente de policía! —le dijo ella a él y todos apreciaron la rabia en su voz hacia su marido—. No te puedo decir nada más, Arthur, así que deja de preguntarme. Estaba oscuro, fue rápido, tenían acento irlandés, como media Nueva York. Dijeron que el duque galés se tendría que conformar con el maldito pelo...

Y de pronto ella recordó algo y palideció aún más.

—Oh, Dios. Dijeron que él quería un dedo.

El recuerdo le hizo enfadar aún más.



—¡No quiero volver a hablar de esto!

—Pero, sin embargo, necesitas hablar de ello, querida Cordelia —dijo él amablemente—, para que podamos encontrar a quien te atacó.

—¡Vete, Arthur! No necesito tus habilidades detectivescas, sé lo que es: es el pasado y el pasado no lo puede «resolver» un detective. Puede que el duque de Llanefydd crea que todavía puede acabar conmigo, pero por supuesto que nunca lo hará. Caminaré por donde quiera, pero procuraré no caminar sumida en mis pensamientos por la orilla de un río de noche. Ese diabólico viejo bastardo nunca nos ganará la batalla a mí y a mi hija, ¡que gracias a Dios que se ha ido a California!

—¿Sabes qué, Cordelia? —dijo Regina—. Ahora que Rillie te ha cortado el pelo pareces una margarita.

—¿Qué?

—Una margarita blanca y negra, con púas y pequeña. Con la cara enfurruñada, por cierto, igual que las margaritas.

Y Cordelia rio brevemente.

—No me importa —dijo.

*Monsieur* Roland le miró, miró después el rostro pálido de Arthur, carente totalmente de expresión en ese momento. Cordelia Preston era la mujer más fuerte y valiente que *monsieur* Roland había conocido en toda su vida y él la quería de verdad. Pero no era una mujer fácil.

## Capítulo 26

LAS noches estivales pegajosas y húmedas de la ciudad, las ventanas abiertas del pequeño y caluroso ático, el ruido y los olores y los insectos y el calor, todo flotaba en el ambiente.

Alfie se convirtió en un visitante habitual en Maiden Lane cada vez que su trabajo le llevaba a Nueva York. Siempre se sentaba a hablar primero con su hermana, pero después se le podía encontrar a menudo inmerso en una profunda conversación con Arthur, con las cabezas acercadas en un rincón de la pequeña sala de estar mientras hablaban sobre los problemas en el río Este. O le contaba a Rillie dónde comprar la carne y las verduras mejores (y más baratas). O hacía cálculos de distancias y contaba días para tranquilizar a Cordelia mientras la mente de ella evocaba imágenes de naufragios, salvajes, cólera y muerte.

Obviamente, Alfie se dio cuenta de que Cordelia tenía el pelo diferente. Ellos le contaron algo de lo que había ocurrido.

—Pagaron a alguien para que hiciera eso —dijo alarmado—. ¿Tenéis alguna idea de por qué?

—No importa, Alfie —dijo rápidamente Cordelia, y algo en su tono de voz hizo que Alfie dejase de hacer más preguntas en aquel momento.

En cambio, dijo de la forma más sensata:

—Bueno, a partir de ahora deberás ir con un buen palo, querida, como hace la Policía.

Pero Cordelia dijo:

—Cuando yo era una niña me mandaban a jugar a Bloomsbury Square<sup>37</sup>, a veces de noche, porque mi tía Hester, que era mesmerista —ella miró a *Monsieur* Roland un instante—, tenía clientes y mi madre tenía... —hizo una pausa de un segundo— clientes también. Así que me mandaban a Bloomsbury Square con un penique para el vendedor de bollos, ¡y con nuestra vieja plancha de hierro en un bolsillo de la capa para golpear a la gente con ella! Solía ser un lastre cuando intentaba trepar por los árboles cuando era pequeña... y la he encontrado, la traje conmigo a Nueva York, ¡mire! —y les mostró la antiquísima plancha de hierro—. ¿A que es divertida y pesa? Me alegro de que ahora tengamos otras más modernas.

—¡Recuerdo esa vieja cosa! —dijo Rillie.

—¡Ey, Queenie! —dijo Alfie—. ¡Nuestra mamá tenía una de esas! ¡Mira!

—Y la llevaré en mi bolsillo de nuevo —dijo Cordelia y, de alguna manera, todos rieron a pesar de que les preocupaba la seguridad de ella.

Pero ella era fiel a su palabra: estaba alerta, preparada, pero nadie se le acercaba. El pelo le creía de forma lenta y poco uniforme, Rillie tenía que estar cortándoselo siempre y Cordelia lo escondía todo bajo su bonito sombrero. Por fin había controlado su rabia salvaje como un azote y sonreía a Arthur a modo de disculpa. Normalmente, alguno de los demás siempre se las arreglaba para salir con ella: comprendía su amabilidad pero estaba deseando caminar sola, como solía hacer. Llevaba consigo su vieja plancha de hierro, pero ella se negaba en rotundo a amedrentarse. Creía que los hombres tenían lo que querían y pensaban que ella estaba muerta. (Lo que no sabía es que no solo sus asaltantes sí pensaban que habían hecho su trabajo y que les habían pagado según lo acordado, sino que también el capitán del clíper llamado *Bala del Mar* tenía todo su pelo

bien empaquetado en una pequeña bolsa: la prueba para el duque de Llanefydd de que ella había muerto ahogada y no había más que hablar).

Pero a veces, no podía comer ni dormir de tan grande que era el miedo que tenía de perder a Gwenlliam en las tierras inexploradas de Panamá o en el océano Pacífico o en California. «¿Tomé la decisión equivocada? ¿Debería haber ido con ella? Gracias a Dios que no está aquí». Esos pensamientos le rondaban la cabeza a medida que pasaban las semanas y los meses y no tenía ninguna noticia ni información. Era como si Gwenlliam se hubiese esfumado en el aire.

—Esta es Gwenlliam —le volvería a decir Cordelia a Alfie, mostrándole otra vez el nuevo daguerrotipo que había colgado en la pared del ático—. Yo le escribo a menudo —decía—, ¡así que hay un amplio número de cartas siguiéndola a través de América!

Y en la siguiente visita, Alfie volvería a hacer cálculos, llevándole a Cordelia, en ocasiones, mapas que había adquirido de sus múltiples contactos. Juntos los estudiarían con detenimiento, anotando posibles fechas y distancias.

—Pero todavía queda mucho tiempo para que llegue a San Francisco, querida, y mucho tiempo antes de que una carta llegue a ti. Es inútil esperar cartas todavía.

Alfie estaba particularmente fascinado con las ideas de *monsieur* Roland y a menudo le hacía preguntas sobre mesmerismo.

—Cuando esas hermanas Fox que le ponen a usted tan furioso vengan con sus mesas parlantes a Nueva York, *monsueer*, como estoy seguro de que algún día harán, iremos y las veremos, usted y yo. Haremos un buen dúo para echarles un vistazo.

—*Oui, monsieur* Alfie. Me gustaría, ¡si es que puedo contenerme! Dijo usted que, en su trabajo, utiliza el nuevo telégrafo, que también implica golpes. Yo supondría que esas jovencitas han leído sobre eso y lo han convertido en algo más dentro de su joven y fértil imaginación. ¿Sabe usted cómo transmite ese telégrafo en realidad? ¡A través de la electricidad quiero decir, no a través de mesas parlantes!

—Bueno, no soy científico, *Monsueer*, y hace falta serlo para entender todo ese asunto de la electricidad. Pero, por lo que yo sé, el sonido que hacen las teclas se transporta vibrando rápidamente a través de cables suspendidos en el aire. El señor Morse tuvo que conseguir cables para ponerlos entre Washington y Baltimore antes de enviar su primer mensaje, así que para empezar fueron cuarenta millas de cable.

—¿Cuál fue el mensaje? —preguntó Regina.

—«¿Qué nos ha traído dios?» —dijo Alfie.

Él y Regina rieron y ambos dijeron a la vez, para asombro de todos los presentes:

—Números, Capítulo veintitrés.

—¡Nuestro padre nos hacía leer la Biblia, como os conté! —dijo Alfie—. ¡Podemos pasarnos horas citando!

—¿El señor Morse solo puso cables a lo largo de las líneas del ferrocarril y tecleó las palabras? —preguntó *monsieur* Roland.

—¡No! Menudo lío fue, pero ese señor Morse estaba decidido. Y sabe usted que en realidad es pintor, no científico. Yo pensaba que los artistas eran supuestamente tipos fantasiosos, ¡pero ese señor, Samuel Morse, no lo es! Al principio puso cables de cobre dentro de las tuberías por debajo del suelo, pero algo iba mal en las tuberías, creo que no estaban aisladas. En cualquier caso, lo siguiente fue tratar de poner los cables por el aire. Y entonces los árboles dañaron los cables y se cayeron. Pero ahora lo tienen organizado, como usted dice, y puede verlos: cables en postes de telégrafo a lo largo de todas las líneas de ferrocarril posibles, ¡y hoy en día puede mandar noticias desde Nueva Orleans hasta Washington! Hay pulsaciones cortas y pulsaciones

largas y la combinación de pulsaciones deletrea las palabras. Todo el mundo que transmite y recibe tiene un alfabeto del señor Morse delante de él. Por ejemplo, recuerdo que una pulsación corta es E; dos pulsaciones, una corta y una larga, son A; tres pulsaciones cortas son R, etcétera, etcétera, y las pulsaciones se envían por vibración a través de los cables.

—¡Eso es tremendamente asombroso, Alfie! —dijo Regina.

—Y muy útil para mi negocio, Queenie: «Carromato-algodón-salió-miércoles-10 a.m.». Y creo que algún día tirarán un cable por debajo del océano Atlántico, *monsueer*. ¡Imagine que pudiésemos enviar un mensaje rápido a Londres!

—¡Imagine que pudiésemos enviar un mensaje rápido a California! —dijo Cordelia.

—Ahora que lo pienso, muchas cosas de este mundo tienen que ver con la energía, ¿no es así? —dijo Alfie.

Y *monsieur* Roland asintió, sonriendo a aquel enérgico hombre.

—¡Energía humana para su mesmerismo, energía eléctrica para el telégrafo y supongo que se puede decir que la energía del carbón para dirigir esos barcos de vapor! Me pregunto qué más cosas nuevas se inventarán.

—Bueno, *monsieur* Alfie —y *monsieur* Roland se aclaró la voz de forma nerviosa, poco característica de él—, yo mismo estoy tratando de inventar algo nuevo. Y agradecería mucho recibir el consejo de un hombre de negocios como usted.

Alfie le miró muy interesado. *Monsieur* Roland permaneció en silencio.

—Bueno, usted dirá, *monsueer*.

*Monsieur* Roland parecía sentirse cohibido.

—Bien... eh, *mon Dieu*... es sobre publicidad. Este estilo americano es algo nuevo para mí. Mis habitaciones en Nassau Street están rodeadas de anuncios pintados en carteles y paredes y puertas y ventanas y árboles e, incluso, tejados, con colores muy vivos. He contado venta de piernas y brazos de madera, tartas de ostras de Oliver, pájaros cantores, trámites burocráticos, medicamentos para mujeres, extracciones de dientes baratas, medicamentos para hombres, regeneradores de pelo, daguerrotipos ya en color... Podría seguir y seguir y seguir, Alfie. Mis habitaciones son pequeñas y mi anuncio es pequeño y Cordelia y yo estamos a punto de comenzar un nuevo negocio un tanto diferente. ¿Cómo podría anunciarlo sin...?

—Quiere decir sin ser vulgar, ¿no?

—Sé que estoy perdido en Nassau Street —dijo el francés—. Pero de algún modo resulta ofensivo para mí la idea de pintar «MESMERISTAS» con letras enormes y pintura de color en la puerta... Y sin embargo veo que es mi propia meticulosidad estúpida. En Nueva York todo se hace con ese bombo y aquí me encuentro por fin queriendo ofrecer nuevas ideas y, en cierto modo, tengo que... que usar esa palabra que me parece tan dificultosa... publicitarlo. Y llamarlo algo más. Algo nuevo.

—Usted siempre nos ha dicho que el doctor Mesmer llevaba trajes de color morado para atraer la atención —dijo Rillie—. ¡Él no era reacio a la publicidad!

—¿Estás sugiriendo que lleve un traje morado y que llame «rolandismo» a mi nueva idea y que distribuya llamativos anuncios de mano en mano? —dijo suavemente y todos se echaron a reír.

La chaqueta ligeramente morada de La Gran Céline había vuelto discretamente al armario: *monsieur* Roland tenía excesivo apego a su chaqueta negra meticulosamente bien cuidada y no la cambiaría. Rillie siempre le había cosido con el mayor cuidado los puños cada vez que estaban demasiado gastados.

—Sigo pensando que esa idea necesita seguir otro camino —dijo él— y necesita a la vez otra palabra. Existe una palabra griega para la curación: *therapeia*. Me parece que quiero

describir a lo que estoy llegando como *therapeia mesmérica*. O *therapeia hipnótica*. Pero no de forma estridente —se apresuró en añadir.

Regina dijo:

—Bueno... ¡lo que ocurre es que ese tipo de lenguaje no va a invitar a la gente a entrar! Además, si me permite decirlo, ¡no le vendrían mal algunos cuadros para alegrar ese lugar!

—¿Qué tal «curación mesmérica»? —sugirió Rillie.

En aquella ocasión, Cordelia hizo una mueca.

—Suena igual que esos nuevos anuncios que utilizan las iglesias: «JESÚS CURA: ENTRE AHORA». ¡Quién se iba a imaginar que la religión comenzaría a anunciarse a sí misma!

Pero tanto *monsieur* Roland como Alfie se echaron a reír.

—La Iglesia inventó la publicidad —dijo Alfie.

—¡La Iglesia siempre se ha anunciado a sí misma de la forma más brillante, mi querida Cordelia! —dijo *monsieur* Roland—. ¿Qué crees que son todas esas grandes catedrales que hay por toda Europa? Pero... ah, *mon Dieu*... no es de extrañar que no pueda decidirme sobre cómo anunciar estas nuevas ideas si apenas yo mismo las comprendo. Tal vez usted, al ser un hombre de negocios, pueda ayudarme, *monsieur* Alfie.

—Pero, ¿qué es esa cosa nueva que usted ha inventado *monsueer*? ¡No me ha contado los detalles! ¿Qué se supone que vamos a anunciar?

*Monsieur* Roland explicó que él y Cordelia habían planeado durante muchas horas cómo encaminar su trabajo en otra dirección: querían que los pacientes quizás hablasen más, si podían, sobre sí mismos y sobre lo que les afligía. Y ellos querían empezar ya con aquel nuevo experimento. Alfie escuchó con atención, hizo una pregunta o dos, como siempre hacía cuando escuchaba a otras personas, y entonces se puso en pie y se dirigió a toda la estancia, como si estuviese dando un discurso; se tocó la barba y entonces se quedó quieto, con las manos metidas bajo su llamativo chaleco.

—Ahora estamos en mi territorio. Aquí sí puedo ayudar. Usted quiere clientes, ¿verdad?

*Monsieur* Roland asintió.

—Bien, ahora, usted y Cordelia quieren que las personas hablen más para ayudarles antes de curarles... y eso está muy bien también, tiene sentido. Quiero decir, ¿quién mejor para explicar, creo, que la persona que está sufriendo? ¡Los médicos creen que son dioses y apenas te dejan hablar!

Él se apartó una de las polillas revoloteadoras, seducidas por la luz de las lámparas, de la cara.

—Bien. ¿Sabe qué, *Monsieur* Roland? ¡Me alegro de que esté empezando a comprender Nueva York! He visto su pequeño letrero en Nassau Street. He pasado por allí veinte veces y nunca me había dado cuenta hasta que Queenie me lo dijo. Claro que aquí usamos palabras que resaltan y colores que llaman la atención, así es América. Ahora bien, no veo por qué no puede anunciar esta nueva idea sin renunciar a la vulgaridad, o lo que usted considera vulgaridad, al fin y al cabo, porque no es americano. Yo tengo suerte. Fui londinense primero. ¡Yo y Queenie ya éramos un poco vulgares desde el principio! Bueno. Estoy pensando que ustedes tienen que hacer una especie de compromiso. Estoy de acuerdo con Queenie en que no debe sonar demasiado petulante o no convencerán a la gente, pero sí quieren atraer la atención hacia ustedes mismos, ¿no? Entonces no pueden ser tan jodidamente «ingleses» en esto, perdón mi francés, o no conseguirán clientes, porque al fin y al cabo son clientes, ¿no es así? Clientes con problemas, cabría decir.

*Monsieur* Roland asintió con la cabeza.

—Ustedes quieren que hablen, ¿verdad? Entonces tienen que decirles... y a propósito, tengan cuidado, ¡porque alguien como yo podría presentarse y hablar hasta hacerles perder la cabeza!

Y todos se echaron a reír y él levantó la mano.

—No, a donde quiero llegar es: ¿por qué no decirlo simplemente en lugar de dar rodeos? ¿Por qué no poner simplemente un letrero muchísimo más grande en la puerta? Grande para que llame la atención, pero sin colores vulgares impropios de un caballero tan refinado como usted. Y que sea realmente sencillo. Podría ser algo así como —y dibujó letras en el aire con las manos—: «¿PROBLEMAS? HABLE CON UN MESMERISTA».

Oyeron a Arthur subir las escaleras, así que, cuando entró en la habitación, Alfie dijo con la misma floritura:

—«¿PROBLEMAS? ¡HABLE CON UN MESMERISTA!».

—¿Problemas que causan dolor? —dijo Arthur.

Había algo en su voz, en su tono, que hizo que Cordelia de repente lo mirase con dureza, pero él se dirigía a Alfie y a *monsieur* Roland.

Y así fue como un letrero muy diferente fue visto en la, hasta entonces, inapreciable puerta en Nassau Street, aunque sin colorido brillante: un gran letrero blanco con letras negras que Alfie había encargado a una imprenta.

### ***¿PROBLEMAS QUE LE HACEN SUFRIR?***

#### ***HABLE CON EL MESMERISTA.***

##### ***Monsieur Roland Sra. Preston***

Alfie quería que «HABLE CON EL MESMERISTA» fuese enmarcado entre varios signos de exclamación, pero se iba a dejar convencer.

—Y sin embargo... no sé lo que ocurrirá exactamente —le dijo Cordelia, nerviosa, el día que colocaron el letrero.

—Ni yo tampoco —dijo el anciano—. ¡Pero si tienes cualquier visitante inesperado que quiera cortarte el pelo de nuevo, golpea de inmediato y con fuerza la pared!

—No, eso no me pone nerviosa —dijo Cordelia—. Quiero decir que estoy nerviosa porque... esto es algo nuevo y no sabemos qué va a suceder.

—Bueno, yo también estoy nervioso —le dijo a ella suavemente—. Pero debemos tener el valor suficiente para empezar. Es un experimento. Es mesmerismo con conversación.

## Capítulo 27

LA esposa de Alfie, María, volvió de Tarrytown a Washington Square cuando el tiempo caluroso y húmedo por fin se estaba agotando, e inmediatamente Regina comenzó a ser bombardeada con invitaciones: debía ir a visitar a su gran familia. Pero Regina rehusó ir a Washington Square. En realidad estaba nerviosa, aunque ella no quisiera expresarlo así.

—Él podría pedirles a muchos de ellos que vengan a visitarme, a todas esas personas de las que soy tita, y a mi podrían no gustarme —dijo ella con firmeza—. Y esa María... Según él es una mujer del sur. ¿Qué tengo que decirle? Y además, ¿cómo vuelvo después a casa? ¡No voy a quedarme allí!

La Gran Céline, como de costumbre involucrada en los dilemas de sus huéspedes, tenía la respuesta.

—¡Vaya, yo puedo arreglarlo! —dijo enseguida—. Ellos podrían venir al restaurante.

Así que fue Céline quien hizo todos los preparativos para que la familia de Alfie visitase Maiden Lane. Regina se iba poniendo más y más nerviosa e inquieta conforme se iba acercando el día. Las sonrientes camareras, Ruby y Pearl, desplazaron el biombo que tapaba a las comensales del resto del restaurante para que se pudiese poner una mesa más grande y se pudiese seguir manteniendo cierta privacidad.

—Solo traeré a media docena —protestó Alfie cuando le hicieron saber el plan, él comprendía el nerviosismo de su hermana—. ¡No queremos ahuyentar a Queenie!

—¡Entonces una mesa de unas doce o dieciséis personas! —dijo Céline.

*Monsieur* Roland le sonrió.

—Eres muy amable, querida —dijo—. Somos muy afortunados por haberte encontrado.

—Tal vez usted pueda llevar su nueva chaqueta morada —dijo ella.

—Lo haré —dijo *monsieur* Roland.

Y Céline cantó *Frère Jacques* en la cocina que se encontraba en el sótano, sonriendo y cantando mientras ayudaba a preparar el festín.

Alfie ofreció dinero para aquel gran almuerzo de celebración pero Rillie y Cordelia, aun sabiendo que su economía se estaba volviendo cada vez más inestable, no se lo permitieron.

—Regina ha vivido con nosotros y nos ha ayudado durante más años de los que puedo recordar —dijo Rillie a Alfie con firmeza—. Para nosotras será un placer pagar este almuerzo de celebración por haber encontrado a su nueva familia.

Ella fue con el inspector Rivers al Banco de América y retiró una cantidad de dinero extra. El inspector Rivers sabía muy bien que ella estaba preocupada por la estabilidad económica de todos a medida que pasaban las semanas. Él mismo se estaba inquietando. Aunque todavía tenían algunos ahorros, él sabía que «HABLE CON EL MESMERISTA» todavía no estaba dejando dinero: en aquel momento su aportación económica era la única que entraba en la familia. Ni siquiera podía empezar a considerar que Charlie, el marido de Millie, que trabajaba en el Consejo del Agua de Londres, era la única persona que se ocupaba de mantener en aquel momento a algunas de las diecinueve personas de las que Arthur Rivers se sentía responsable. Pero él se había dicho a sí mismo que nunca interferiría en la cuenta bancaria de Rillie. Él era el signatario,

nada más. Así que no hizo ningún comentario sobre las dificultades económicas y firmó el formulario.

Rillie y Cordelia compraron flores y las colocaron sobre la larga mesa antes de subir para ponerse sus mejores atuendos. Blossom y Maybelle soltaban risitas mientras limpiaban sin parar las sillas y los espejos. Ruby y Pearl colocaban la mejor cubertería.

Mientras tanto, en el piso de arriba, Regina cantaba nerviosa varios salmos y leía titulares de periódico en voz alta: «JÓVENES APUÑALADAS POR EL AMOR DE UN BANQUERO»: le provocó un gran interés hasta que se dio cuenta de que se había equivocado al leer. En realidad decía: «JÓVENES APUÑALADAS POR EL AMOR DE UN BARQUERO», que era algo distinto. Cuando entonces encontró una historia sobre un grupo de aspirantes a mineros que había abandonado Nueva York hacía un año para intentar abrirse camino por tierra hasta California, cuyos cuerpos habían sido encontrados en las Montañas Rocosas. Ella pasó la página enseguida y en su lugar leyó más anuncios. A todos les dijo que aquel era un día más al fin y al cabo y, sin embargo, puso la pluma para las celebraciones en su sombrero. La señora Spoons, sin saber mientras la llevaban lentamente al piso de abajo a donde ella iba, o incluso quien era, se aferraba al pequeño guante amarillo. Antes, ella había dado muestras de ansiedad cuando Rillie había insistido en lavarlo en un cubo de agua.

Dos matronas bien metidas en carnes además de mucha elegancia y encanto fueron presentadas como hijas de Alfie. Uno de los maridos trabajaba para Alfie, el otro trabajaba en un periódico: ambos llevaban chalecos, como Alfie. Tan solo permitieron asistir a aquella visita tan importante a dos de los innumerables nietos de Alfie, quienes les observaban con gran interés y examinaban los carteles de circo cuando no estaban examinando a su nueva tita Queenie y su divertido sombrero.

Y entonces, Alfie presentó con orgullo a su esposa. De sus visitas a Maiden Lane, ellos sacaron en conclusión que había habido varias: aquella, María, era una viuda que había conocido mientras acordaba las ventas de algodón en el sur.

María tenía un abanico, el cual agitaba ociosamente, más como si formase parte de su indumentaria que por el tiempo, pues los días eran ya más frescos. De debajo de un amplio sombrero le sobresalían muchísimos rizos y era del mismo tamaño que sus pechugonas hijastras. Habló en el tono relajado propio del sur cuando preguntó dónde podía sentarse e hizo una reverencia ante Regina de la forma más elegante cuando se presentaron. Pero entonces echó a perder su imagen de dama del sur cuando de pronto le dio a Regina el abrazo más grande, cubriéndola de mangas y chales y perfume.

—¡Válgame Dios, no había visto a Alfie llorar en años! —dijo rebotante de alegría, alejando a Regina de sí misma para observarle mejor—. Estoy tan contenta de que te haya encontrado. ¿Cuántos años tienes?

Todo el mundo contuvo la respiración. Regina miró al afectuoso y bien intencionado rostro que tenía en frente y dijo:

—Si te digo la verdad, María, no estoy segura. Creo que tengo setenta y tres. ¿Y tú qué edad tienes?

María no se quedó en absoluto desconcertada.

—Tengo sesenta —dijo—. ¿Y sabe qué? ¡Trabajo para Alfie igual que hacen sus hijos! Cuando conocí a Alfie, eso fue hace unos veinte años, y vinimos a Nueva York donde las mujeres hacen cosas diferentes a las de Nueva Orleans, él me dijo que sería estupendo que aprendiese a leer mejor, así que me busqué un maestro y, no solo mejoré la lectura, sino que aprendí a contar. ¡Y ahora soy yo quien llevo los libros de cuentas! ¿Qué les parece? Y miren aquí. Dame ese



paquete, Dolly. ¡Aunque ha terminado el verano, se me ocurrió iniciarles a todas ustedes, señoras, en la costumbre sureña de mantener el fresco cuando haga falta!

Y a todas ellas, incluida La Gran Céline, les dio unos bonitos abanicos. Y entonces la mujer del sur se abanicó (para enseñarles cómo se hacía, aunque Cordelia y Rillie, al haber sido actrices, conocían los abanicos) y al final se sentó, no sin antes haber hechizado a Arthur y saludado a *monsieur* Roland en francés. Alfie seguía mirando a su alrededor con orgullo, observando sus reacciones.

Ruby y Pearl sirvieron ostras de Staten Island y pan recién hecho del panadero alemán de Maiden Lane y bistecs y patatas fritas y pastel de manzana y montañas de nata. Jeremiah, el camarero, llevó cerveza y oporto y *whisky*, y zarzaparrilla para los niños. La señora Spoons, que examinaba su abanico con gran interés, emitió un pequeño sonido de alegría cuando Rillie abanicó el rostro de su madre por un instante.

—¡Claro que le hubiese encontrado hace años —dijo Regina— y no habría sido necesario montar todo este jaleo, si no se hubiese cambiado el nombre por el del maldito George Macmillan, nuestro loco abuelo que debería haberse unido al Movimiento por la Abstinencia<sup>38</sup>!

—¡Sin embargo, todos nosotros le llamamos Alfie, por supuesto! —dijo María—. Él siempre ha dicho que le gustaba más su propio nombre pero, como ustedes y yo sabemos, tuvo que cambiárselo hace mucho tiempo por conveniencia.

Los nietos habían ensayado un «nos alegramos de conocerte, tía abuela Queenie» y, después de repetirlo al menos cuatro veces, los dos quisieron tocar el armonio. Otros comensales levantaban brevemente la mirada al oír los extraños sonidos que venían del instrumento, pero, como siempre, seguían comiendo con prisa para poder volver a sus asuntos. Un rayo de sol vespertino de otoño entraba, reflejándose en la bruñida cubertería. Al cabo de un rato, los nietos agotaron las posibilidades del armonio y volvieron a observar a su peculiar e interesante tía.

—¡El abuelo nos ha dicho que eres poeta! —la niña alzaba la voz por el entusiasmo del día—. ¿Conoces al difunto señor Edgar Allan Poe?

—Oh, yo le enseñé todo lo que sabía —dijo Regina.

Y mientras ellos abrían los ojos como platos, ella dijo:

—No, solo estaba bromeando, pero le he enseñado.

Y allí, sentada a la larga mesa, comenzó:

*Y el cuervo nunca alza el vuelo.  
Sigue ahí, aún sigue ahí,  
sobre el pálido busto de Palas,  
desde mi puerta da testimonio.  
Con los ojos de un demonio,  
clava su mirada en mí,  
reflejando su sombra  
a la luz del candil.*

La señora Spoons, que había oído esas palabras en muchas ocasiones a pesar de que no las recordaba, había marcado el compás con los pies. Los nietos (y todos los nuevos parientes de Regina) miraban a su tía Queenie, asombrados. El pequeño se aferró a su madre y se quedó mirando a aquella extraña anciana. Los maridos dieron golpes en la mesa con sus vasos y todo el mundo se unió en el aplauso.

Y entonces, Alfie se puso en pie para dar un discurso con los pulgares metidos en los

bolsillos del chaleco. Dio las gracias a la familia por su amable hospitalidad y entonces dijo:

—Durante toda mi vida les he dicho que tenía una hermana. «Mi hermana Queenie», les decía, «era poeta, pero perdimos el contacto». Siempre me acordaba de uno o dos poemas suyos y se los recitaba a los niños. «Es de vuestra tía», les solía decir —y las hijas pechugonas asintieron—. Bueno. Pensaréis que un hermano y una hermana en cincuenta años se olvidarían. Pero nosotros no. He sabido que mi hermana Queenie me ha estado escribiendo cartas a la Oficina de Correos de Nueva York y no, Queenie—dijo mientras ella casi se levanta de la sorpresa—, no las han tirado a pesar de que ha pasado un mes, ¿sabes? No cuando hay tanta gente que viene y va. Para eso tienen un almacén. Y fui allí y pregunté si había alguna carta para el señor Alfie Tyrone y le di al muchacho un dólar y le dije: «Busca con atención que ya te lo recompensaré mejor». Y volvió, Queenie, con tus cartas. Las guardaré para siempre como un tesoro, Queenie, son mis bienes personales. Pero, ahora, escuchad: en una de ellas, Queenie me había escrito un poema. Lo escribió para mí, ella decía que era para mí, y os contaré que lloré cuando lo leí y que nunca lo he compartido con María, pero voy a leerlo a todos vosotros ahora.

Tenía unas lentes de aumento y las sacó de su chaleco.

Su esposa le miraba sorprendida; Cordelia y Rillie se miraron con asombro y después miraron a Regina, a quien conocían (y sin embargo no del todo) desde hacía mucho tiempo. Había tantísimas emociones revoloteando por el rostro de Regina que *monsieur* Roland, que también la miraba, pensó que iba a desmayarse (aunque aquel era un supuesto poco probable). Ante aquella historia, los nietos abrieron los ojos como platos.

Alfie sostuvo un papel con las manos y leyó:

*A veces en este lecho  
algo me golpea en el pecho.  
Golpes, golpes en la noche.  
Recuerdo, aunque hace unos años,  
el oscuro asilo en que vivíamos,  
padre nos hacía daño  
por cosas que no aprendíamos.  
Golpes, golpes en la noche.  
Sin ser malos nos pegaba,  
Alfie conmigo cantaba.  
Nos enseñó a amar palabras  
y también cómo sonaban  
y nuestras mentes guardaban  
esas palabras que había.  
Golpes, golpes en la noche.*

—Lo que ella ha contado en este poema es la historia de nuestra vida.

A Cordelia y Rillie le corrían por las mejillas sorprendentes lágrimas, en los ojos de los nietos ya estaban a punto de saltar.

—¡Ahora decidme que ella no hubiese podido enseñar a ese señor Poe! —dijo Alfie, y se sonó la nariz con un gran pañuelo—. Y María y yo, que hemos hablado mucho sobre el hecho de que Queenie y yo nos hayamos vuelto a encontrar —y María asentía y sonreía y lloraba y se abanicaba—, estaríamos muy orgullosos, si resulta apropiado, por supuesto, de que mi hermana Queenie venga a vivir con nosotros a Washington Square —y vio el rostro atónito de su hermana

—. ¡Digo que solo si resulta apropiado, Queenie!

Por fin, después de muchas semanas, con la insistencia su recién encontrada familia, Regina reunió el valor para viajar, al menos para ir de visita, a Washington Square.

—Solo para echar un vistazo —dijo con tono de convicción a Cordelia y Rillie—. No me quedaré mucho tiempo, no quiero dejar sola mucho tiempo a la anciana.

Alfie llegó por la mañana para recogerla en un pequeño carruaje: él no estaba de acuerdo con ese tipo de cosas y habría ido caminando él mismo, pero quería que su hermana estuviese cómoda.

—¿Crees que debería esperar cartas ya, Alfie? —dijo Cordelia.

—Todavía no, querida. Haré algunos cálculos más dentro de una semana o así, pero todavía no. ¿Estás teniendo mucho cuidado y llevas esa plancha de hierro?

Regina le había contado toda la historia.

—¡Voy con ella a todas partes! —dijo Cordelia—. ¡Igual que en los viejos tiempos en Londres, Alfie!

—¡Buena chica! —y se echó a reír, y entonces apremió a su hermana—. Vamos ya, Queenie.

Y la ayudó a ella y a su pequeña bolsa con sus pertenencias a subir los pequeños peldaños del vehículo mientras todos se despedían con la mano. Hacía frío, así que él le envolvió las rodillas con una pequeña manta. Regina Tyrone nunca había viajado en carruaje y lanzó una mirada reprobatoria a su alrededor.

—¡No me quedaré mucho tiempo! ¡Volveré pronto! —dijo a los demás en voz alta.

La señora Spoons, mirando a los demás, decía adiós con la mano y sonreía, exactamente igual que hacían los otros.

## Capítulo 28

PERO el pálido rostro de la señora Spoons se volvió más pálido aún, retorció el guante amarillo una y otra y otra vez y su mirada ausente no comprendía. Era Regina quien se sentaba en la otra mecedora. Era Regina a quien la señora Spoons no conocía, pero la echaba de menos: Londres, Nueva York. Era Regina quien, durante años, la había apartado bruscamente del fuego cuando los demás estaban fuera o cuando Rillie estaba trabajando. Era Regina quien cantaba con aquella sonora voz. Era la voz de Regina también la que leía algo en los periódicos durante horas enteras.

De modo que ahora, cuando la señora Spoons se despertaba por la mañana, cuando Rillie había sentado a su madre en la mecedora junto a la ventana en el ático de Maiden Lane, la señora Spoons se quedaba sentada, pálida, en su mecedora, recorriendo velozmente la habitación con la mirada. La mecedora vacía junto a ella que no alcanzaba a comprender, el silencio de la voz. Se ponía más y más nerviosa a medida que pasaban las horas, empezaba a moverse frenéticamente, haciendo extraños sonidos de angustia. La mayor parte de los días, Rillie se sentaba en la mecedora vacía e intentaba explicárselo, pero la señora Spoons no podía entender. Cuando Rillie dijo «Regina», en los ojos de la anciana no se apreciaba ninguna mirada que indicase que la reconocía, tan solo incomprensión a medida que pasaban las horas. Ella miraba al guante amarillo con el mismo desconcierto y lo arrojaba al suelo.

Y entonces, una mañana, de repente dijo con total claridad:

—Ya está bien con el pastel, claro está, pero Bert dijo que debería irme.

Y se volvía cada vez más inquieta en su voz y en sus movimientos y en sus palabras. Rillie se pasaba el día lavando con delicadeza el rostro afligido de su madre con un paño fresco, hablándole sin parar. Intentaba que su madre se interesase por el pequeño canario amarillo, pero la mirada de la señora Spoons se desviaba aunque el valeroso pajarillo cantase a pleno pulmón. Cuando *monsieur* Roland y Cordelia volvieron de las habitaciones de Nassau Street a primera hora de la tarde, oyeron los débiles y altos gritos de angustia mientras subían las escaleras hacia el ático. Vieron que Rillie había estado llorando. Y *monsieur* Roland se dio cuenta de que, aunque la señora Spoons no recordaba a la propia Regina, sí recordaba que faltaba algo. Él le tomó la mano a la señora Spoons y le habló durante un largo rato. Cordelia sirvió a Rillie un buen vaso de oporto y rodeó con el brazo a su angustiada amiga. *Monsieur* Roland explicó a la señora Spoons que su vieja amiga, Regina, había ido a ver a la familia de Alfie, que vivía en otra parte de Nueva York, que volvería con muchas historias interesantes. Mientras él le hablaba lenta y suavemente, le pasaba las manos por encima del rostro y de su cuerpo afligido, una y otra vez, una y otra vez. Se tranquilizó durante un tiempo. No se durmió, ni estaba despierta del todo, pero calmada y quieta por fin.

—¿Ha estado así todo el día? —preguntó a Rillie en voz baja.

Rillie intentó no volver a llorar mientras miraba a su madre, que por fin estaba tranquila.

—Jamás había estado tan mal. ¿Quién se iba a imaginar que se iba a dar cuenta de que Regina no está aquí? ¿Cómo puedo ayudarla?

—Ya la ayudas, Rillie, querida —dijo él—. La ayudas cada día de su vida.

Cuando la señora Spoons abrió los ojos y vio a Rillie sentada junto a ella sonrió con dulzura, como si la reconociese, y Rillie le devolvió la sonrisa y se inclinó y besó a su madre. Pero entonces, enseguida, sus ojos volvieron a confundirse, se quedaron mirando perdidos su rostro pálido, viejo y el cual apreciaba, sin comprender.

—Vamos a la cama, mamá —dijo Rillie con suavidad, por fin.

El frágil, pálido y pequeño rostro miró atentamente a Rillie durante un largo rato y entonces, la señora Spoons, que había cruzado el Atlántico desde Londres con valor y sin quejarse, probablemente sin saber lo que estaba haciendo, se estremeció levemente y murió en Nueva York, mientras su hija Rillie sostenía su mano con delicadeza y amor.

Enviaron un mensaje a Regina y Alfie la llevó de vuelta para el funeral.

—¡No debería haberme ido! —dijo Regina, que se encontraba muy, muy angustiada.

Se había marchado en contra de su intuición y, en efecto, aquello lo cambió todo. Pero tanto Rillie como Cordelia la abrazaron y le dijeron lo buena amiga que había sido durante tantísimos años, y *monsieur* Roland dijo:

—Era una mujer muy mayor.

Rillie dijo con tristeza:

—He intentado calcularlo. Creo que tenía casi ochenta.

Alfie se encargó de todo: la señora Spoons fue incinerada en el cementerio de la capilla de San Pablo, en Broadway, y Rillie, que lloró durante el corto e impersonal funeral, puso el guante amarillo en el ataúd mientras bajaban la pequeña caja, que contenía el pequeño cuerpo, a la tierra del cementerio con vistas al río Hudson y quizás (Rillie quería creerlo), a lo lejos, a Londres.

—Bueno —dijo Alfie enérgicamente.

Un amigo suyo era dueño de un bar de ostras y cerveza más bien ruidoso que se encontraba cerca de allí y Alfie había pedido que les reservase una pequeña estancia privada. Allí, Cordelia y Rillie y *monsieur* Roland y Regina y Arthur Rivers y Alfie Tyrone bebieron en memoria de la señora Spoons y contaron historias sobre su vida en Londres a Alfie, también en su memoria, y recordando cómo se sabía aún la vieja letra en escocés y la melodía cuando había olvidado todo lo demás, cantaron en voz baja:

*Oh, silba e iré a tu lado, mi amado.*

*Oh, silba e iré a tu lado, mi amado.*

*Aunque acaben todos alborotados,*

*tu Jeannie irá contigo, mi amado.*

Todos insistieron en que Regina volviese a Washington Square tras el funeral, pues apenas había pasado tiempo fuera. Una vez más se despidieron cuando los dos viejos hermanos se marcharon traqueteando por la noche desde la esquina de Maiden Lane, habiendo calculado Alfie para Cordelia, como de costumbre, el supuesto progreso de Gwenlliam.

—¡Ahora mismo podría estar perfectamente volando sobre ese trapecio! —él llamó al carruaje—. ¡Dentro de muy poco tiempo recibirás una carta!

Aquella noche Rillie Spoons se fue sola a la cama por primera vez desde hacía tanto tiempo que apenas era capaz de recordar cuántos años hacía de ello. Aunque la señora Spoons había sido una figura pequeña y silenciosa, enroscada a un lado de la cama, Rillie se sintió sola después de tantos y tantos años que habían pasado juntas, y lloró. Sintió que aquel cambio era en cierto modo más de lo que había imaginado, pues ya no le quedaba nada de su lejano pasado, y lloró. Cordelia entró sigilosamente en la habitación. Ellas en ningún momento habían tenido que hablar en

profundidad de tanto que se conocían después de tantos años: Cordelia simplemente se sentó en la cama y estrechó a su amiga entre sus brazos hasta que se quedó dormida. Escuchó por fin la respiración profunda de Rillie, pero Cordelia se quedó allí, abrazándola con delicadeza y pensando en todo lo que había ocurrido y en lo lejos que habían llegado. Cordelia recordó que en una ocasión Rillie le había dicho: «Yo soy tu espejo. Todo el mundo tiene que tener un espejo. Alguien que nos conoce mejor que nadie. Si no tienes un espejo no te ves a ti misma y eso es malo para las personas». Pero Cordelia también era el espejo de Rillie pues, aunque Rillie siempre era responsable, afectuosa y cuidaba de todos ellos, también tenía un corazón que necesitaba que lo abrazasen. En una ocasión, un cazafortunas pretendió a Rillie, bajo la equivocada suposición de que ella era rica. *Monsieur* Roland y Regina y Cordelia le detuvieron justo a tiempo, pero Cordelia vio entonces cómo las grandes esperanzas de Rillie habían estado puestas en otro tipo de felicidad. Rillie estaba repleta de amor, había querido a su pequeña madre por encima de todo, y Cordelia sabía mejor que nadie lo que aquella pérdida suponía, y durante toda la noche estuvo abrazando a su querida amiga.

Ellos no habían tenido en cuenta, en efecto, a La Gran Céline.

Varias semanas después del fallecimiento de la señora Spoons, subió al último piso para hablar con Rillie, asegurándose de que todos los demás se encontrasen también allí. Ella tenía algo tan obviamente importante que decir que Arthur sacó una silla cortésmente para ella.

—Vaya, gracias, Arthur. Buenas tardes a todos.

Entonces inspiró profundamente y sacudió aquella melena del color del fuego, y sonrió.

—Rillie, desde hace mucho tiempo he querido pedirte esto, pero pensaba que era demasiado. Nunca he tenido a nadie con quien compartir mis responsabilidades en el restaurante. Yo nunca, jamás, tengo un día libre, una tarde libre. Por favor, por favor, ¿trabajarás conmigo abajo tan a menudo como tú te sientas capaz?

¿Acaso oyeron un pequeñísimo chillido de satisfacción?

—Podemos llegar a algún tipo de acuerdo sobre cómo compartir el tiempo y te pagaré generosamente, lo prometo.

Y la perla del parche brilló y Céline sonrió y sonrió, y su sonrisa abarcó también a *monsieur* Roland, como si dijese: «Podríamos dar un paseo por Battery Gardens una tarde, usted y yo».

Rillie incluso rio.

—¡Me encantaría! —dijo, y todo el mundo se alegró tanto de oír aquella risa de nuevo—. Y estaría tan contenta de ganar algo de dinero para nuestra familia.

—Céline, como la última persona que ha trabajado con Rillie que soy —dijo Cordelia de modo portentoso, en broma— y por haber sido ella mi socia durante tantos años, no puedo más que dar muy buenas referencias de ella, ¡aunque debo advertirte de que hay veces en las que puede llegar a ser imperiosa! También me gustaría sugerir que le pidieses que tocara la flauta cuando esté todo tranquilo.

Y Cordelia y Rillie rieron juntas como solían reír, y *monsieur* Roland asintió a Céline como si dijese: «Gracias, querida». Y Céline por poco desfallece.

Así, algunas noches a partir de entonces, era Rillie quien se encontraba en el mostrador de la caja: educada, firme, amable, hospitalaria, todas esas cosas que ella era, y la tristeza de sus ojos se disipó. Solo a veces caminaba hasta la iglesia de San Pablo por la mañana y se sentaba y hablaba a su menuda madre, contándole todo lo que había estado haciendo. La señora Spoons no podía responderle pero de todos modos no le había respondido durante muchos años. Así que, tal vez, las cosas, en gran parte, no habían cambiado.

## Capítulo 29

PUEDE que «HABLE CON EL MESMERISTA» hubiese sido un éxito para algunas de las personas que fueron a hablar.

Pero para *monsieur* Roland y para Cordelia fue un fracaso lamentable: un equivocado y terrible error de proporciones desmedidas. Fue un fracaso tan manifiesto que, en cuanto llegaron las primeras nieves del invierno, *monsieur* Roland convenció a Arthur para que volviese a pintar todo el letrero del que Alfie se sentía orgulloso, para desilusión de algunos neoyorquinos que habían sido partícipes con mucho gusto del servicio de «HABLE CON EL MESMERISTA» por dos dólares por visita.

*Monsieur* Roland leyó muchos libros y pensó mucho y habló mucho con Cordelia.

—Lo que realmente me interesa, el recuerdo bloqueado, por supuesto no es obvio al principio —dijo—, y en muchos casos tal vez ni siquiera sea relevante, pero no concibo de qué otra manera empezar más que invitando a las personas a que hablen con nosotros. Este será un proceso en curso si realmente les ayudamos, y quizás aprendamos muchas cosas, pero veamos qué pasa. Al principio, estoy seguro, nos hablarán de su sufrimiento físico inmediato y, quizás, de sus problemas inmediatos.

Ni siquiera ese hombre, que tan sabio era, no se había dado cuenta de lo mucho que estaba en lo cierto.

La cuestión no era que las personas que fueron (clientes, como les llamaba Alfie) no hubiesen sido comunicativas. Desde luego que eran comunicativas. De hecho eran tan comunicativas que casi ahogan a los profesionales en una montaña de palabras, a menudo pronunciadas en voz alta. Sin embargo, los profesionales habían hecho planes (pensaban) con detenimiento: Cordelia, con su pelo corto envuelto en un largo y suelto pañuelo, y *monsieur* Roland, ataviado con su meticulosa y vieja chaqueta, estarían sentados, uno en cada una de las habitaciones de Nassau Street, con una lámpara de aceite en cada mesa y dos sillas. En lugar de las viejas palabras «deje que yo me ocupe de usted», las cuales utilizaba *monsieur* Roland cuando las personas presentaban dolores de cabeza o un dolor en la espalda o una mano temblorosa, dirían en su lugar: «Hay algo que podría ayudar a los pases mesméricos para asistirle de un modo más útil. Dígame cómo piensa que surgió este dolor y cuénteme como se siente». Oh, y claro que esos americanos les contarían cómo se sentían: con todo lujo de detalles, imparables, haciendo, por tanto, eternas las horas y sin cesar de hablar excepto para coger aire.

—¡Lo siento mucho! —gritó Cordelia con desesperación a *monsieur* Roland tras una tarde particularmente difícil en sus habitaciones recién pintadas.

Pero en el mismo instante en el que se desesperó, comenzó a reírse sin parar de su apuro. Ella reía y reía y las lágrimas le rodaban por las mejillas al desternillarse de la risa.

—¡No paran! ¡No paran de hablar! ¡No soy capaz de detenerles!

Tan solo cuando él le dijo «te comprendo» y ella levantó la mirada y vio su expresión irónica y desconcertada, lo comprendió: *monsieur* Roland tampoco podía conseguir que dejaran de hablar.

Como *monsieur* Roland había esperado, la gente tenía problemas. Unos más grandes, otros

más pequeños, algunos presentaban sufrimiento físico real, otros tenían dolor de cabeza o el estómago revuelto. Muchos de los problemas tenían que ver con el dinero. *Monsieur* Roland y Cordelia (no sin sus propias dificultades económicas) aprendieron rápidamente que, en aquel país nuevo, de inimaginables riquezas para algunos, aquellos que podían permitirse hablar con el mesmerista en primer lugar, tenían dinero suficiente como para sobrevivir. Pero, a menudo, el problema no era tan simple: ellos querían adquirir más dinero. Mucha gente, cuanto más dinero conseguía, más quería. Les dolía la cabeza, o parecían tener reumatismo, porque podrían tener más dinero y no lo estaban consiguiendo. Y después estaban el amor y la muerte y los hijos y la soledad y la decepción. Si los profesionales lo que buscaban eran recuerdos bloqueados, desde luego parecía que no lo iban a encontrar de ese modo. Todo aquel experimento se alejaba lo máximo posible de las ideas iniciales de *monsieur* Roland. La fluidez de la conversación, en aquella tierra de habladores (después de todo les habían invitado a hablar, ¿no? Además pagaban por ello) era incontenible: no había nada que les resultase más fácil a aquellas personas que contar sus secretos más íntimos y, como *monsieur* Roland y Cordelia no habían pensado (que no tenían ni idea en aquella temprana etapa de su experimento) en establecer parámetros o tiempos a sus clientes, podía pasar una tarde entera, que cayera el frío y la oscuridad de la noche, y que los americanos continuasen hablando: cualquier esfuerzo por interrumpirles era inútil. A menudo, *monsieur* Roland y Cordelia se daban cuenta de que no estaban escuchando a una voz, sino a dos: en cada una de las pequeñas habitaciones retumbaban unas voces fuertes e imparables, contando sus problemas sin parar al mesmerista, tal como les habían invitado. Y entonces fue peor, porque ya que hablar formaba parte del proceso, los clientes a menudo hacían preguntas a los mesmeristas: «¿Le gusta América? ¿Cuántos años tiene? ¿Está casado? ¿Cuánto dinero gana?».

A veces, cuando por fin volvía a Maiden Lane, Cordelia anunciaba que pensaba que toda Nueva York estaba llena de locos. *Monsieur* Roland, con toda la extensa experiencia que tenía, no hablaba mucho mejor. A Arthur Rivers le dijo:

—Te necesito en la puerta para que saques a rastras a un cliente que no para de hablar. Nosotros mismos apenas podemos cortarle a mitad de una frase y pedirle dos dólares cuando el tiempo asignado ha pasado. ¡Si tan solo pudiese ver lo que es un tiempo asignado!

Y, aunque ambos se echaron a reír porque no podían hacer otra cosa, no podían encontrar una solución.

Alfie dijo:

—¡Os lo dije! ¡Os dije que yo podría ir y hablar hasta haceros perder la cabeza!

Rillie dijo con sensatez:

—Deberíais tener una campana que sonara fuerte y tocarla cuando pase una cierta cantidad de tiempo.

Pero Cordelia volvió a explicarlo: aquellos clientes tenían ciertas expectativas, habían pagado un buen dinero para hablar y eran ininterrumpibles. Había excepciones, por supuesto, pero, en general, si esos americanos pagaban dos dólares enteros por hablar, estaba claro que hablarían durante todo el tiempo que les apeteciese y nada les detendría.

Ellos siguieron luchando durante varios meses, pero en realidad había muchas nuevas ideas en América, muchos letreros y anuncios: mormonismo, shakerismo, bautismo, espiritualismo, ocultismo. El mesmerismo era cosa del pasado. Aunque los clientes que iban aprovechaban muy bien lo que valían sus dos dólares, el número de clientes no creció de repente: la palabra «mesmerista» ya no tenía poder de atracción. No solo «HABLE CON EL MESMERISTA» había sido un error filosófico, también era un desastre económico: les daba para pagar el alquiler de las habitaciones de Nassau Street, pero para casi nada más.



—Es mi culpa, querida —dijo *monsieur* Roland—. No he pensado en ello de la forma más adecuada, después de todo. Este no es el camino. Estoy seguro de que hay algo aquí, algo que estamos alcanzando... Por supuesto que lo hay, debe haberlo, ya que parece ser que las personas necesitan hablar mucho. Pero este no es el modo correcto.

—¡Cómo se deleitan con tal oportunidad! —dijo Cordelia—. ¡Y pagando dos dólares piensan que han pagado por el derecho de hablar hasta que todo Broadway se llene de lámparas de gas!

Y pensó en los clientes comedidos que solía tener en Londres, de los cuales no era posible sacar nada en absoluto.

—Los americanos son una nueva raza —dijo él irónicamente—. Ayer por la tarde, un hombre, que tenía mucho dolor en los hombros, me preguntó cómo iba a invertir los dos dólares que iba a ganar con él y si podía convertirse en mi asesor financiero.

Cordelia se rio.

—¿Qué dijiste?

—Dije —mientras pensaba en lo bien que Rillie cuida nuestro dinero y en cómo lo estira— que lo estaba invirtiendo en una mujer, y él inmediatamente —inmediatamente— se lanzó a dar información sobre especulación en «tabernas con señoras» en Pearl Street. «¿Le interesaría?», me dijo. «Hará una fortuna».

Cordelia todavía se estaba riendo, pero solo por compasión.

—¿Y sus hombros?

—Estuvo allí durante más de dos horas, imparable. Puedo decir que ahora sé mucho sobre Wall Street, lo que quizás algún día me será de utilidad, pero no hoy. —Y de los recuerdos que pudiera tener de su vida, no descubrí ninguno. Finalmente lo persuadí de que pensaba que tenía bastante información para mesmerizarlo y ayudarlo con sus doloridos hombros. Se sentó moviéndose nerviosamente y todavía hablando. Necesité toda mi concentración para hacerle los pases, para calmarlo y ayudarlo. Me dio las gracias profusamente después y dijo que había sido bueno hablar y, ¡que se sentía maravillosamente de los hombros! —suspiró—. ¡Pero podía haberle ayudado con sus hombros sin ninguna conversación en absoluto! Fue mi culpa como ya he dicho, Cordelia. Mesmerismo y dinero y memoria y monólogos combinados son un completo y total fracaso. Todavía creo que tiene que haber otra manera de desarrollar el trabajo del Dr. Mesmer y no quiero decir hipnotismo. Estoy tratando de encontrar otro modo de curar. Sin embargo, pienso que los dos podemos estar de acuerdo en que «HABLE CON EL MESMERISTA» puede considerarse una gran locura.

Lo único que Cordelia pudo hacer fue asentir con alivio.

Alfie cambió el cartel a regañadientes, porque habían alquilado las habitaciones y sabía que tenían que seguir trabajando.

—En algunas semanas —dijo a Cordelia— podréis empezar a esperar cartas desde California. Pero todavía no.

Estaba pensando en volver a pintar el cartel, que seguía siendo un poco grande, pero hicieron las letras más pequeñas ante la insistencia de *monsieur* Roland, aunque Alfie tenía los labios fruncidos y sacudía la cabeza. Simplemente decía:

**MESMERISTAS**

***Monsieur Roland***

***Sra. Cordelia Preston***

Una vez más Alfie suplicó por escribir, al menos, «¡¡¡¡MESMERISTAS!!!». O incluso mejor «¡¡¡¡HIPNOTIZADORES!!!». Pero *monsieur* Roland pensaba que la palabra «hipnotizadores» no se entendería bien.

—Nosotros sí hipnotizamos, es lo que los buenos mesmeristas hemos estado haciendo los últimos años, procurando unir nuestra propia energía con la energía de —para usar tus palabras, Alfie— el cliente. Pero la misma palabra «hipnotismo» ya se ha asociado mucho con charlatanes y granujas. Al menos, alguna gente sensata sabe que el mesmerismo es una ciencia seria, aunque su tiempo haya pasado.

Pero sus hombros se encorvaron. Estaba más desolado de lo que ellos comprendían, por su fracaso.

Y todos sabían que incluso con Rillie trabajando para La Gran Céline, sus finanzas no estaban en absoluto seguras y sus ahorros estaban disminuyendo rápidamente. La mente de Arthur Rivers estaba muy preocupada, habría rezado si hubiera sido un hombre religioso, porque Charlie no perdiera su trabajo en el Consejo del Agua en Londres.

«Tengo que ganar algo de dinero como sea», pensó Cordelia.

Por eso, por la mañana temprano se forzó ella misma a caminar enérgicamente al estudio de daguerrotipos del señor L. Prince en Broadway, miró cuidadosamente en la ventana, el anuncio estaba todavía allí: «SE DAN LECCIONES DE DAGUERROTIPIA: PREGUNTAR DENTRO».

Durante los últimos días mitad pesadilla, mitad comedia de «HABLE CON EL MESMERISTA», mientras Cordelia miraba las caras de los charlatanes americanos, había pensado: «Mi trabajo siempre ha traído consigo mirar las caras. Incluso en el pasado, cuando era actriz aprendía mi oficio de las caras de otros». Recordó la cara demente y maravillosa del actor Edmund Kean, representado al Rey Lear cuando ella interpretaba a su hija menor, de su mismo nombre, Cordelia. Recordó el comienzo de su carrera como freno-mesmerista, analizando las caras de sus primeros clientes para obtener pistas de lo que podrían querer oír. Recordó la primera operación en el hospital en donde trabajó como mesmerista medicinal, le aterrizzaba ver a los cirujanos con delantales de caucho y con sierras, pero había mirado a la mujer pálida bajo la sábana de caucho y de repente Cordelia lo comprendió, la mujer también estaba mirando al cirujano y estaba más aterrizzada que Cordelia, porque iban a serrarle un pecho. Y Cordelia, a través de la claridad con la que había entendido a aquella mujer al mirar a su cara, había encontrado su propio coraje para ayudar. «Creo que mi trabajo me ha hecho saber leer, a veces, el rostro de la gente. Quizás pueda aprender a capturar expresiones de forma permanente».

Entró rápido en el estudio de daguerrotipos, portando su hermoso sombrero.

El señor L. Prince la reconoció enseguida, aquella con el mechón de pelo y un rostro que no se podía olvidar.

—Buenos días, señora Preston —dijo, inclinándose ligeramente—. ¿Cómo está su hermosa hija? ¿Ha venido para otra sesión?

—Quiero tomar lecciones— dijo.

Estaba extremadamente sorprendido (cierto que era demasiado mayor y encima una mujer). Sin embargo, los negocios son los negocios.

—Le costará cincuenta dólares por diez clases de medio día. Al final de las diez clases, será capaz de hacer un daguerrotipo.

Ya había planeado esto con Rillie: «Tengo que intentarlo y ganar dinero, me gustaría intentar esto, ¿debo hacerlo, Rillie?».

—Aquí tengo el dinero —dijo Cordelia.

—En ese caso, llámeme Larry —dijo el señor L. Prince.

Cordelia se quitó el sombrero, era mejor que la viera en ese momento que más tarde. Pero el solo dijo:

—Bueno, bueno. He oído que hay nuevos peinados.

De acuerdo con *monsieur* Roland, Cordelia se ocupó de unas pocas consultas mesméricas que le salieron temprano por la tarde. Cada mañana se presentaba delante de Larry Prince, daguerrotipista. Había cuatro estudiantes, Cordelia era dos cosas, la mayor y la única mujer. Cada mañana, Larry les reiteraba los principios más importantes de la daguerrotipia, que está basada en dos elementos cruciales: un elemento vital y un elemento óptico.

—Y si no tienen una aptitud para la luz y la sombra, están malgastando su dinero y mi tiempo. Fui a Inglaterra. He visto la nueva fotografía, sé que se pueden hacer copias, pero no pueden sacar retratos tan bellos. Todavía reconozco que esta es la mejor manera de captar un parecido.

Se le pidió a Cordelia, no a los jóvenes caballeros, que limpiara el polvo de los retratos de la galería de la recepción cada mañana. Hacía esto sin ninguna queja, mirándolo todo. No era extraño que Larry hablara de la luz, lo primero que hacía cada mañana era correr escaleras arriba a su estudio con la gran claraboya y mirar la luz del día que entraba, estudiaba la luz, discutía la luz, se lamentaba de la luz si estaba gris. Veía lo paciente que era Larry, lo meticoloso, cómo movía los espejos una y otra vez hasta que estaba satisfecho de que había proyectado la mejor luz posible en el rostro de un cliente, antes de tomar la foto. «Es como Silas Swift», pensó, «usando la luz para crear efecto».

Pronto no estaba solo limpiando el polvo de los retratos sino puliendo y limpiando las placas que se usaban para los daguerrotipos, delgadas láminas de cobre chapado en plata: placas completas, placas medianas y las más pequeñas.

—Mientras más las puláis, mejor será la imagen —les dijo Larry a sus estudiantes de pago.

Tenía una habitación oscura donde cubría la placa con ingredientes «secretos».

—Todos tenemos nuestros secretos para realzar nuestras imágenes y hacer la placa sensible a la luz —dijo—. Somos como los pintores de la Antigüedad, el mismo Miguel Ángel tenía sus secretos.

Y entonces puso la placa terminada en un soporte y permitió a uno de los estudiantes que lo llevara a la cámara grande que esperaba en el estudio en su soporte. En el estudio, damas y caballeros siempre esperaban nerviosamente, pasándose la mano por el pelo.

El acto de hacer la foto («puedo hacerlo ahora en diez segundos», decía Larry con orgullo) era lo que tardaba menos. Mientras el cliente, daguerrotipeado, esperaba en la noble galería de la recepción en el piso de abajo, donde colgaban todos los retratos sin polvo, Larry, o uno de sus estudiantes, revelaba la imagen sobre el vapor del mercurio caliente.

Después de diez clases, a Cordelia se le permitió hacer su primera foto. Arthur, protestando, posó para ella, con la cabeza sujeta en el cabezal.

—Pero no tienes que sonreír, Arthur.

—No voy a sonreír —dijo Arthur, contemplando a su mujer con gravedad.

Se quedó muy quieto durante diecisiete segundos.

—¡No está mal, amiga! —dijo Larry cuando Cordelia bajó el daguerrotipo de placa mediana terminado en un pequeño marco a la galería de la recepción.

Y hasta el mismo Arthur vio que estaba bien. Captó algo en el rostro, algo gentil, pero también otra cosa, algo quizás de los dilemas de su vida. Aunque seguramente Cordelia no entendía lo que ella había capturado allí.

—Bien, bien, bien —dijeron Rillie y Céline con admiración.

—Has captado su alma —dijo *monsieur* Roland.

Un día Larry Prince sacó un daguerrotipo de Cordelia.

La luz capturó sus ojos oscuros y los huesos de su cara pálida y su extraño peinado nuevo. Habían dañado tanto su pelo que apenas crecía, casi siempre llevaba un pañuelo largo enrollado en la cabeza, los extremos le caían sobre los hombros, tenía un aspecto alegre y vivaz.

—No pueden asustarme —decía—. Mi hija está a salvo lejos de aquí.

## Capítulo 30

CORDELIA corría.

No había dejado de ir a correos. Alfie había dicho que el momento casi había llegado. Primero se permitió a sí misma ir cada dos días, al final estaba yendo diariamente, más y más nerviosa. Cuando el paquete de California llegó por fin Gwenlliam había estado fuera de Nueva York doscientos veintidós días.

Cuando le dieron el paquete a Cordelia y vio debajo todos los sellos y pegatinas, su propio nombre escrito con la letra de dama educada de Gwenlliam, corrió y corrió a casa, esquivando a las multitudes, sujetando el paquete precioso con sus manos con guantes de lana. Cuando alcanzó la esquina de Broadway escuchó un silbido, el silbido de Arthur. Venía de Maiden Lane por el otro extremo, de los muelles y la había visto.

—¡Rápido! —le gritó—. ¡Rápido! —apenas podía hablar.

—Cordelia, ¿qué es lo que pasa?

Corrió hacia ella, mirando si la habían seguido.

—Gwenlliam.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?

Sintió que su propio corazón le daba un vuelco.

—Una carta de Gwenlliam. Bueno, espero que sea una carta— trató de calmarse—. Porque parece que nos ha enviado un libro.

En el ático, Arthur sacó su navaja, Cordelia la agarró, los dedos le temblaban mientras cortaba la guita y agujereaba el sello de cera, no aceptando ninguna ayuda, mientras se sentaban a su alrededor: Rillie, *monsieur* Roland y Arthur Rivers, esta pequeña familia.

Rápidamente desgarró el papel que quedaba.

No había una carta, solo una Biblia bastante grande, una Biblia forrada de negro. Se miraron unos a otros, confundidos. «SANTA BIBLIA», decía muy claramente. Muy despacio, Cordelia abrió el libro. El Capítulo del Génesis la miraba, pero era muy extraño, las páginas colgaban de forma rara. Volvió las primeras páginas y, de repente, comprendió que no había más páginas prístinas en la Biblia, sino un gran hueco cortado en el medio.

—Oh —dijo débilmente.

Porque allí dentro, colocadas muy apretadas, había pepitas de oro que parpadeaban.

—Oh —dijo Cordelia otra vez, ahora muy, muy débilmente.

Muchas de las pepitas tenían el tamaño de una nuez grande, o un huevo pequeño, una de ellas era deforme y nudosa, no más grande que una cereza. Parecía un caracolito. Bajo las pepitas había una larga carta.

Queridos Mamá y Arthur y *monsieur* Roland y Rillie y Regina y Señora Spoons, tengo vuestra foto a mi lado mientras escribo, os veo a todos en Maiden Lane, toda la gente que más quiero en la vida.

Escribo desde la Ciudad Tienda —así la llamamos— esto es, desde un lugar llamado Sacramento, más arriba de un río y adentrada más en el territorio que San Francisco —¡donde el

circo de Silas P. Swift no es la única actividad en un espacio cubierto de lona!—. Aunque están empezando a construir aquí ahora (¡y Peggy y yo vivimos en un hotel de verdad!). Es de verdad una Ciudad Tienda, creo que todo el recinto lleva aquí desde hace unos pocos meses, los mineros viven aquí en tiendas, los comercios están en tiendas, los establecimientos de ron con agua también y los comedores y las salas de baile y salones de juego, ¡y tabernas hechas de lona! ¡Hasta hay una «tienda cultural» donde tienen un club y puros y el único piano de Sacramento está allí y cuadros groseros como decoración! Conozco muy bien esa decoración porque fue en esta «tienda cultural» donde hicimos nuestras primeras actuaciones de forma peculiar porque nuestra carpa y carromatos y animales acababan de llegar. Peggy y yo estamos de acuerdo en que no sabemos cómo describirlo todo. Sacramento es simplemente una ciudad del oro hecha de lona. Tiene su propio periódico, lleno de anuncios de tiendas y rumores sobre oro y noticias de mineros que quieren comprar o vender equipo minero y siempre un gran anuncio de ¡EL ASOMBROSO CIRCO DE SILAS P. SWIFT! Qué gran aventura el estar aquí. Pero por debajo no hay nada, ni historia ni pasado, solo la búsqueda del oro y mucha enfermedad y desilusión, según creo. Pero es —casi— romántico por las tardes cuando encienden las lámparas en todas las tabernas de lona y los establecimientos de lona. Entonces la suave luz brilla atravesándolos y hay música y no ves ni el barro ni el polvo y hay un paseo de árboles hacia el río. Muchos mineros que vuelven del cauce del río —si no se están muriendo de disentería o cólera— se apilan en la carpa del circo por la tarde, tarde tras tarde, vitoreando y gritando y escupiendo tabaco en las paredes de la carpa.

Cordelia miró con incertidumbre en este momento.

—¿Cólera? —murmuró—. ¿Podría Gwennie contagiarse de cólera con los salivazos de los mineros?

Pero Arthur le tocó el hombro y le señaló la carta.

Llegamos a San Francisco en septiembre, estábamos atados al embarcadero junto a montones de —completamente vacíos— Windjammers<sup>39</sup>, parecía que las tripulaciones los habían abandonado, ¡y que habían sucumbido a la fiebre del oro! Supimos que otro circo ya había aparecido antes y estaba poniendo sus pertenencias en San Francisco. Podéis imaginar la ira de Silas al ver competidores: nos precipitó con rabia a todos a Sacramento, donde se centraban parte de los yacimientos. Fue ciertamente inteligente por hacer esta loca apuesta, porque aparte de juegos de cartas y tabernas-con-señoras (donde tenían que hacer cola) y la ya mencionada tienda cultural con su piano, no había otra cosa que los mineros pudieran hacer cuando se arrastraban exhaustos a la ciudad de Sacramento con su oro (o el oro, el oro, el «amarillo, brillante y precioso oro» mamá). Así que se gastan un montón en nosotros. De hecho no parece que ahorren dinero, estos jóvenes. ¡Solo lo gastan! ¡Oh, es un lugar loco, bárbaro, emocionante y extraordinario! (San Francisco es un lugar más real que Sacramento, con edificios reales, pero la mayoría de las cosas se han hecho rápido y parecen endebles. Espesas nieblas vienen cada día del mar). Los mineros echan de menos cualquier tipo de entretenimiento (lo que sea). En la tienda cultural algunas veces tocan «La última rosa del verano» y «Silba e iré» y «¡Oh, Susana!» e himnos que los mineros cantan y algunas veces lloran. También tienen una sala de bailes de lona con una trompeta y algunos violines, pero apenas ninguna mujer, aunque hay algunas. Si vamos, Peggy y yo, tratan de conquistarnos, muchos mineros tienen que bailar con ellos mismos, a la mayoría les encanta bailar el vals, el travieso vals que todo el mundo miraba mal, pero lo hacen solo para agarrar a alguien, creo, están muy solos. Quizás son las tiendas y las tabernas de ron con agua y las chicas y las tiendas de juego y el circo las que se están beneficiando más que nadie de esta fiebre del oro.

El viaje desde Chagres a través de la Ciudad de Panamá fue tan terrible como habíamos oído que sería, solo que peor: con humedad y peligro, subimos por el río en canoas indias. El problema principal de subir el río eran los caballos, los charros querían cabalgarlos por tierra pero grandes partes de ella eran infranqueables, por eso los caballos tenían que ir por tierra o ir en las canoas nativas. ¿Podéis imaginar a esos caballos? Silas comprendió que tenía que hacerlos transportar en barco, que su impaciencia porque el circo actuara, al menos parcialmente, donde estaba de verdad el oro, había sobrepasado su sentido común, pero siendo como es, no podía admitirlo y gritó muchísimo, especialmente cuando dos caballos finalmente murieron: uno se rompió la pata de tan mala manera que tuvieron que dispararle, el otro se tumbó una mañana y no pudo o no quiso levantarse. Los charros estuvieron sin apenas hablar varios días. Había vapor saliendo del río y todo el mundo se rio de mí porque pensaba que podía haber agua caliente en el río. Ya había visto cosas tan sorprendentes: vi cocodrilos con sus extraños ojos fríos y serpientes que podían envenenar, pero también vi flamencos y monos y palmeras y bananas en los árboles y flores brillantes increíbles. Dos de los monos nuevos desaparecieron enseguida —por supuesto, preferían ser libres— por eso tuvieron que encerrar al resto en cajas todo el camino y todavía hoy permanecen bruscos, enfadados y con la mirada hosca cuando hacen sus gracias para los mineros. A mí me asustan. Sí, al final nosotros y los caballos y los perros y algunos monos llegamos por fin al final del río. Pero dos de los enanos habían muerto para entonces, fue terrible, los pobres, como si no fueran lo bastante grandes o lo bastante fuertes para superar las dificultades, porque en verdad que fue difícil. Se dijo que había sido cólera probablemente. Hicimos un corto funeral en Cruces, un terrible lugar en la cabeza del río Chagres, los otros enanos lloraron y se drogaron y juraron y todavía teníamos muchas más terribles millas que viajar, andando o montando a caballo, cruzando la selva húmeda y caliente y abominables caminos estrechos y serpientes y cosas, como grandes murciélagos agitando de repente la vegetación oscura, pasando por delante de nosotros (no puedo creer que el resto de nosotros sobreviviera el otro lado del istmo, hasta la Ciudad de Panamá y espero que nunca, nunca tengamos que hacer este viaje otra vez).

Y cuando llegamos finalmente a la Ciudad de Panamá, pensamos que nunca nos marcharíamos. Cientos —no, miles— de hombres luchando para conseguir cualquier barco que por fin llegara a puerto, peleando por ir a California. Alguna gente había estado allí durante meses esperando barcos que nunca llegaban. Nosotros éramos solo una parte pequeña de esta enorme masa de buscadores de oro. Cuando los barcos llegaban, la gente pagaba el triple o más por un billete, gritaban sobre los extranjeros en los barcos, sobornaban a los capitanes. Algunos estaban tan desesperados que se lanzaban a navegar la costa del Pacífico en canoas caseras, o intentaban ir por las montañas. Silas tuvo que sobornar e intercambiar y suplicar para llevarnos a nosotros y los animales a San Francisco, quién sabe cómo pudo finalmente subir el circo a bordo (fue una especie de milagro de Silas). La gente dormía por todas partes en cada barco, en las cubiertas, en los botes salvavidas, cada barco estaba peligrosamente sobrecargado.

Así, llegamos al fin a California, en una condición u otra. Y los vagones de Silas P. Swift, habían llegado finalmente a Sacramento, eran un deteriorado recuerdo de lo que una vez, orgullosamente, habían sido. Los conductores nos dijeron que casi fueron destrozados al navegar alrededor del cabo, Silas ha enviado a por pintura. Pero al menos tenemos ahora nuestra carpa y todas las barras acrobáticas apropiadas y los cables y todo.

Pero —oh, estoy intentando evitar escribir sobre los animales— Lucky, el bebé, aunque resistió el viaje alrededor del cabo con tormentas y calmas, murió el segundo día en Sacramento, se tumbó y murió, todo el mundo lloró. Parecía tan cruel ahora que había sobrevivido el viaje. Y ahora la madre elefante, Kongo, se ha vuelto loca y se golpea la cabeza contra postes y árboles y

da vueltas y vueltas y luego sacude la cabeza de lado a lado. Es muy triste de ver. ¿Te acuerdas de aquella mujer de Hamford, mamá, cuyos hijos se quemaron? Me hace pensar en ella. Dicen que es muy peligroso quedarse con Kongo ahora, que podría desmandarse y hacer daño porque está loca. Silas está muy enfadado, le habían dicho que los elefantes africanos eran peligrosos, los indios, no. He oído que le van a pegar un tiro hoy (todo este viaje terrible, ¿para qué?). Ah, ¿te acuerdas, mamá, cómo Lucky, el bebé, parecía sonreírnos cuando levantaba su trompita y agitaba sus grandes orejitas y cómo retozaba por todas partes y nos hacía reír? Y ahora ningún elefante. Silas despidió al domador, dijo que había sido su culpa pero al domador no le importaba, dijo que prefería ser un minero y allí se fue, subiendo el río. El león y el camello estaban magullados pero todavía vivos. Como recordarás, Silas no se había quedado con el oso blanco, uno de los domadores le dijo que los osos eran los animales más peligrosos del circo, aunque la gente no creía que un oso fuera más peligroso que un león. El domador del león se niega en redondo a llevar la toga porque los mineros se ríen y le silban.

Los mineros son rudos (o quizás se han vuelto rudos aquí) y también muy duros, creo, porque el trabajo es tan duro, nos dicen, y no todos ellos tienen éxito, aunque como dije, los que lo tienen, nos tiran el dinero. Silas no puede creer las cantidades que está obteniendo cada noche, dice que todos vamos a ser ricos en seis meses, pero vienen las lluvias, dicen, en noviembre y ya es octubre, por eso pienso que pueden ser más sus esperanzas desatadas que la verdad. Aunque está obteniendo mucho, mucho dinero, Silas no ha vuelto a recuperar su mirada luminosa. Sus ojos tienen una —es difícil de describir—, una mirada de sorpresa todo el tiempo ahora, como si no esperara en absoluto que hubiera sido como ha sido. ¿Sabíais que los indios nativos conocían que había oro pero nunca lo tocaron porque pensaban que era «mala medicina» y que pertenecía a un demonio que vive en un lago? A veces, cuando un día es difícil aquí, cuando ves a algunos de los mineros, es difícil no creer que los indios podían haber tenido razón.

Oh, acabo de oír el disparo. Kongo.

Cuando estoy mejor es boca abajo en el trapecio esperando en las sombras. Allí puedo estudiar a la audiencia con calma, ¡pero no porque la Gran Carpa esté alguna vez en silencio! Porque los mineros suelen estar bebiendo y gritan y vitorean y suelen escupir sus bolas de tabaco. ¡Nunca he visto tanto escupir como aquí! Los lados de la carpa están casi negros, aunque se restriegan cada semana. Sigo sin tener cualidades clarividentes en absoluto (o podría decirte la fecha en que volveré a casa, a Maiden Lane y tenerla cerca de mi corazón) pero Silas no ha hecho más demandas en esa dirección, ¡pero parece feliz con el nombre y mis acrobacias en la oscuridad y la varita dorada! Pero he tenido éxito con el mesmerismo, querido monsieur Roland, ¡por si acaso piensa que todo es redoble de tambores y saltos de trapecio! Tengo éxito con los dolores de cabeza y algunos reumáticos y a veces siento que es solo desilusión y tristeza y soledad. Estoy ayudando un poco.

A veces —espero que des tu aprobación— es casi como... Es como un «mesmerismo de masas», si puedo llamarlo así. A causa de la soledad y la desilusión de tantos, y... bueno, intento atenderlos a todos, a todos con un amplio gesto, lo intento y... por supuesto, probablemente, no es exactamente mesmerismo, pero parece que soy capaz de abarcarlos a todos, solo por un momento, y les deseo esperanza o magia o suerte... algo así. «Todo irá bien», es todo lo que digo, pero parece afectar en algo sus corazones. Y solo por un momento, no se oye nada. ¿Tiene sentido? ¿Es mesmerismo? Siento que lo es, como si por un momento los cautivase a todos y los ayudase. Porque su vida es tan dura físicamente que muchos de ellos parecen estar matándose, literalmente quiero decir, y no puedo ayudarles con eso. Miles de hombres, tratando de ser ricos rápidamente. Más tarde los mineros me han estado trayendo a sus amigos enfermos al hotel, para mi horror. No



dejo de decirles «no soy un médico» y contestan sombríamente «ni los médicos tampoco».

Hay ocho o nueve médicos aquí —bueno, el cartel en sus tiendas dice eso y cobran diez dólares por una consulta— pero no estoy segura si son realmente doctores. Alguien en la tienda del póquer me dijo la otra noche que algunos son mineros, ¡que se pusieron enfermos de trabajar tan duro!

He oído hablar mucho de lo que hacen los mineros. Normalmente están lejos de la ciudad durante tres semanas cada vez, escarban en el río, acampando en el lado de la colina. Recogen agua y tierra del lecho del río y le dan vueltas y vueltas hasta que pueden ver si hay algo dorado en el fondo de sus sartenes. Pero la manera de escarbar rompe sus espaldas, a veces con recompensa y a veces sin ninguna. Ayer un minero volvió y fue al circo pero se puso enfermo durante la función y llamaba a su madre y tenía mucha angustia y lo tranquilicé y me quedé sujetándolo y tan solo hablando con él, hasta que murió.

La prueba más difícil que hemos tenido para nuestra salud y cordura son las picaduras de las pequeñas moscas, mosquitos, como los llaman los charros. De todos nosotros (¡esto interesará a La Gran Céline!) Pierre el Pájaro, es el que más sufre: los mosquitos lo aman, él los odia, jura y golpea y se rasca, todo en francés muy fuerte, insiste en dejar el circo, Silas insiste en que su propio sistema lo hará inmune a ellos y le ofrece tequila. Los mosquitos están por todas partes, aunque, ahora que el tiempo está cambiando, no hay tantos como antes, gracias al cielo. Algunos son portadores de enfermedades, algunos pican solo para beber tu sangre, creo, ¡y todos, todos ellos chirrían y zumban en nuestros oídos!

Hay un banco aquí (¡un banco en la Ciudad Tienda!) pero algunos mineros pagan en la oficina de las entradas en oro —en polvo o pepitas—. Cinco dólares está cobrando Silas (¿te acuerdas que eran 40 centavos en Hamford, mamá?) ¡Y lo pagan! Hay demasiado dinero por todas partes (u oro, diría mejor. Lo pesan y lo usan para transacciones todo el tiempo, todo el mundo tiene balanza, ¡incluido Silas!). Una onza de oro que pueden conseguir en un día (aunque pueden conseguir mucho más, o pueden no conseguir nada) vale dieciséis dólares me dicen, pero una libra de café, ¡puedes creer que valga cuatro dólares! Como puedes recordar, mamá, se llegó al acuerdo de que Silas tenía que pagarme un gran anticipo una vez que llegáramos aquí. Cuando se lo recordé, me comentó que, de todas maneras, estaba atada a él y el circo en el futuro inmediato. Pero sé que ya está, como dije, ganando enormes cantidades de dinero y dijo recientemente que yo valía mi peso en oro (no me ha pagado esto, pero como puedes ver, ¡me ha pagado mucho!). Y también, la cosa más extraña, la pasada noche los otros mineros insistieron en darme la pepita pequeña que se parece un poco a un caracol, es del minero que murió en mis brazos (a pesar de que muchos de ellos se hubieran beneficiado con habérsela quedado ellos mismos). Su hermano lloró y me dio la pequeña pepita y los otros mineros vitorearon, y sin embargo, matan también por oro... Estos mineros de todo el mundo son una mezcla extraña de avaricia y generosidad y de violencia y amabilidad. De todas formas, la pequeña pepita que hay en la Biblia es la que me dio. Hice que Silas me pagara con oro real y verás —si llega como rezo mucho para que lo haga— que te lo he enviado de una manera interesante y segura (espero) con esta carta. Estuve considerando mucho tiempo cómo enviarlo a salvo y, ¡espero que el Señor me perdone!

Bueno, todo es muy interesante. Peggy y yo a menudo nos miramos y decimos: «¡qué interesante es esto!», si nos damos cuenta de que estamos de mal humor. Las dos tenemos muchas propuestas de matrimonio, hasta las señoritas en las salas de juego y en las tabernas de ron con agua las tienen, pero dicen: «¡Hacemos más dinero sin casarnos, gracias!». Algunas veces, cuando Peggy y yo vamos andando, los mineros pasan y se nos quedan mirando, no de una manera amenazante, no parece amenazante, solo miran a una o la otra como si dijeran: «Eso es una mujer.

Casi había olvidado cómo es una mujer». Los pobres, hablan todo el tiempo de volver a casa tan pronto como sean ricos.

Puedes escribirme a San Francisco, remitido al circo de Silas P. Swift, como dijimos, mamá, estoy segura de que la recibiré (hice cola el primer día que llegamos a la Oficina de Correos de San Francisco, por si acaso, pero era estúpido pensar que sabría de ti tan pronto). ¡Sería muy feliz si tuviese noticias tuyas porque me recordaría que la vida no es todo tiendas y mosquitos! Esto es tremendo, verdaderamente no se parece a nada de lo que he visto o experimentado en mi vida, pero es emocionante también y no debes preocuparte por mí, ¡sabes muy bien, mamá, que pase lo que pase puedo cuidar de mí misma!

Peggy Walker está conmigo, cosiendo vestidos acrobáticos mientras escribo, y envía sus saludos a todos y yo envío mis pensamientos y mis sueños y esta biblia y todo mi amor. Hágame saber, monsieur Roland, ¿esto es mesmerismo? ¿Abrazarlos a todos un momento, tratando de darles esperanza? Siento que es así. Querida mamá, te mando un abrazo muy fuerte.

Gwenlliam

Y luego el silencio, todos ellos callados, las pepitas de oro brillando y parpadeando, la Biblia rota, las páginas de la carta, Gwenlliam mirando bondadosa desde la pared del ático.

—Sí —dijo *monsieur* Roland—. Eso es mesmerismo.

—Sí —dijo Cordelia lentamente, con la carta sobre su corazón—. Sí. Sobre el escenario, solo una vez o dos, ocurre así. Cautivas a la audiencia, algo que tiene que ver con la energía de los actores y la energía de la audiencia —ambas se unen durante un momento—. Puedes sentirlo. Es como el mesmerismo.

Y el anciano asintió.

—Amable, inteligente Gwenlliam —dijo.

Al día siguiente, Rillie, acompañada por Arthur como de costumbre, llevó las pepitas de oro a Wall Street. Nevaba, se forraron contra el frío, los trineos los pasaban a lo largo de Broadway y la nieve dejaba caer una especie de misterioso silencio en las calles todavía ajetreadas. Dentro del banco, Rillie se quitó los guantes, sacó el paquete precioso de un bolsillo de su capa. Puso las pepitas en la ventanilla. El empleado del banco hasta silbó.

—¡Vaya, señor! —dijo a Arthur—. ¡Tendré que pesarlos, valdrán un dólar o dos! Pero necesitareé alguna explicación. Traeré a mi jefe.

—Soy un agente de policía —dijo Arthur Rivers, y le mostró su pequeña estrella de cobre en su capa.

La cara del cajero del banco se relajó.

—Oh, un policía —dijo—. Eso es diferente. Ellos depositan toda clase de cosas.

## Capítulo 31

QUERIDA mamá y Arthur y Monsieur Roland y Regina y señora Spoons:

¡He recibido dos cartas! Oh, os echo de menos tanto, pero nunca sé cuanto hasta que vi tu letra, mamá. Fue maravilloso, tan maravilloso oír todas vuestras noticias, los planes para «HABLAR CON EL MESMERISTA», y pensar en Regina que ha encontrado a su hermano Alfie, ¡por fin! Después de todos esos años, ¡y que su nombre sea George Macmillan y que sea un hombre de negocios de los muelles! Solía contarme historias sobre él cuando me dormía en Maiden Lane, ¿te acuerdas, Regina? Por favor, dile a Alfie Tyrone —o a George Macmillan, si es así como se llama ahora— que espero conocerlo algún día. ¡Y usa el telégrafo! Silas estaba siempre obsesionado con el telégrafo, pero no hay tal cosa en Ciudad Tienda, ¡o en ninguna parte en este lado de América! Todo el mundo, todos quieren comunicarse con el mundo real. Hemos oído que más de cuarenta mil cartas llegaron a San Francisco en solo un barco correo la semana pasada, tuvieron que cerrar la oficina de correos mientras las clasificaban, ¡porque mucha gente estaba haciendo cola y golpeando las ventanas y las puertas! Y luego los mensajeros de correo rápido, recogieron todo el correo de Sacramento en San Francisco y lo llevaron a través de un barco por el río y llevaron el mío directamente al circo en lugar de ir a la oficina de correos. El mensajero de correo rápido (que había estado en el circo) dijo que iba a las excavaciones y que había traído la mía también. Por eso le pagué al hombre dos dólares y me dio las cartas (¡le hubiera dado diez!). Me dijo que hay siempre un vigilante esperando en lo alto de Telegraph Hill en San Francisco y, tan pronto como ve un barco en la distancia, ondean banderas, ¡y todo el mundo sale corriendo y empieza a hacer cola en la oficina de correos! Intentaré escribir más a menudo ahora que me doy cuenta de la alegría de recibir. Espero que mi paquete llegara a salvo a Casa Céline, toma mucho tiempo alrededor del cabo de Hornos, pero no tanto como era y dicen que es seguro y pronto será incluso más rápido porque hay nuevos clíperes que casi vuelan... ¡El rumor es que uno hizo ese largo viaje en ochenta y nueve días! Hace seis meses, decían que en el doble...

Y en estos barcos que llegan vienen más y más hombres todavía, que quieren su parte del oro, ansiosos por llegar tarde, por que el Dorado esté vacío. Y es cierto que vienen tarde para este año. Todo el mundo habla diariamente ahora de la temporada de lluvia y miran al cielo aunque no hay ninguna señal, dicen que llegará a Sacramento en cualquier momento pero Silas dice que él se quedará hasta el último momento porque si nos vamos a San Francisco, como haremos probablemente, nunca ganaremos todo este dinero otra vez. La palabra ahora es que la lluvia se «acabará» alrededor de Sacramento. Las colinas están cubiertas de cientos de carriles porque los mineros toman diferentes rutas para cavar desde y hasta el río, para intentar encontrar más oro y más oro, siempre siguiendo un rumor u otro y uno no puede evitar pensar que por esto, todo se habrá acabado en poco tiempo. Mientras tanto el circo está todavía lleno cada noche y todavía tenemos algún éxito con las cosas que sabemos que pueden curar, y con ese momento con todos ellos el que te hablé.

Todavía Sacramento crece cada semana, las casas de madera especialmente. El lugar ha cambiado incluso desde que te escribí por primera vez, ya no es la ciudad de tiendas que describí.

¡Hay ahora actuaciones teatrales reales aquí! Pude ver la actuación de una función que se mantuvo muy poco, *El Jefe de los Bandidos* o *El Espectro del Bosque*, protagonizada por una dama llamada (en el cartel) la señora Ray del Teatro Real de Nueva Zelanda. «Llámame solo Colleen», me dijo después, porque estábamos muy contentas de tener un poco más de compañía femenina y ella y yo disfrutábamos jugando al póquer en la tienda de juego, las dos fuimos muy afortunadas. Pero yo solo juego al póquer, ¡me mantengo alejada de la ruleta y el monte! Este Jefe Bandido era verdaderamente una obra horrible con un argumento incomprensible (aunque Peggy Walker y yo no se lo dijimos a Colleen, por supuesto); mucha lucha con espadas aunque las razones no están claras, entonces Colleen corría al escenario muy afligida y agitando sus (desnudos) brazos al cielo y rompiéndose sus (endebles) ropas. ¡A los mineros les encantaba! ¡Les encantaba totalmente! Colleen es un poco mayor que yo pero es muy divertido estar con ella, se parece un poco a Céline, el mismo cabello pelirrojo, solo que Colleen tiene un pecho grande que usaba con grandes ventajas. Pero la obra fue retirada y tuvieron que irse a otra parte —o conoció— no lo sé, a un marinero o un capitán de barco, no importa, se fue con un alegre saludo a quién sabe dónde y nuestra compañía femenina se vio tristemente reducida.

La Gran Céline, a la que habían invitado a leer la carta, se rio.

—¡Siempre he querido conocer a alguien que se pareciera a mí! —dijo—. ¡Ojalá *El Jefe de los Bandidos* venga a Nueva York y quizás usted y yo podamos ir, *monsieur* Roland!

—Encantado —murmuró amablemente.

Hay tantas razas diferentes aquí (aparte de todos los americanos que llegan ahora todos los días de cada ruta): chinos, peruanos, chilenos, de las islas Sándwich, franceses, ingleses, italianos y por supuesto, montones de mexicanos que cruzan la nueva frontera entre América y México, así como nuestros propios charros. Al principio nuestros charros eran muy felices, todos amigos, hablando español y música y risas. Cuando llegué, a menudo me quedaba dormida con la más maravillosa música de guitarra española que por la noche venía de alguna parte. Como cuando solíamos salir de gira, mamá, pero mucho, mucho más. Pero he visto una cosa muy horrible que ha causado inquietud en el circo también y las guitarras han parado. Ha habido varios robos, no sé la verdad sobre ello, pero la semana pasada un grupo de mineros cogieron a un mexicano (no uno de los nuestros, gracias a Dios) y le ataron una soga alrededor del cuello y lo colgaron hasta la muerte de un árbol y nadie lo impidió. Como «colgado a Jesús», Regina, ¿te acuerdas? Nuestros charros están enfadados y resentidos y ha habido más peleas. De verdad que el lugar es más violento, se siente, cuando llega cada nuevo grupo de hombres esperanzados. Al principio era tan emocionante que no entendía en absoluto las tensiones subterráneas. Aquí no hay gobierno de ninguna clase, solo los militares que se quedaron después de la guerra con México cuando América ganó este lugar, esta California, a los mexicanos. Pero a los mineros no les gusta que los soldados les impongan reglas o les den órdenes —o nadie, en todo caso— y, en cualquier caso, muchos de los soldados (como los marineros de los barcos) han desertado, ¡y ahora son mineros ellos mismos! (Uno me dijo que el sueldo de un soldado es de siete dólares a la semana, por eso, quién los puede culpar exactamente). Así, si hay algún problema, los mineros se toman la justicia por su mano. Desearía mucho, querido Arthur, que estuvieras aquí, un policía de verdad (con tu asistente alto y guapo, el señor Frankie Fields, por favor saludale de mi parte y dile que he ganado mucho dinero al póquer, ¡y qué jugaré con él otra vez cuando vuelva, probablemente, con más éxito!). A veces se siente que Sacramento es un lugar peligroso pero no debes preocuparte porque en el circo todos nos cuidamos todo el tiempo, especialmente se cuida a las mujeres, te lo

prometo.

Es todo muy emocionante y muy terrible y estoy bien, estoy bien. Estoy ganando mucho dinero, enviaré otra biblia pronto, y estoy aprendiendo muchas cosas y sigo amando el circo. Pero os echo de menos a todos terriblemente y, mientras escribo esto, os veo a todos en Maiden Lane, quizás el canario cantando y la señora Spoons y Regina meciéndose en las mecedoras, como siempre, y eso me consuela tanto. Os envío mi amor a todos.

Gwenlliam

## Capítulo 32

QUERIDA mamá y Arthur y Rillie y monsieur Roland y Regina y la señora Spoons y La Gran Céline y Alfie Tyrone, (es decir, George Macmillan), si pasa por ahí, y Frankie Fields, si está allí y no con la fuerza de policía:

Han llegado más cartas. Ahora sé que estás planeando con Céline una cena para Alfie y su familia. Oh, Regina, me gustaría estar allí para conocerlos a todos. Bueno, algún día lo haré. Y estoy deseando saber cómo va «HABLE CON EL MESMERISTA», ¡a lo mejor cambiáis el mundo! No podéis imaginar lo que las cartas significan para mí, de todos vosotros, todo, y las tuyas tan a menudo, querida mamá.

Estoy en San Francisco ahora y escribiendo solo una nota rápida esta noche, porque uno de los nuevos clíperes zarpa y quiero enviar una carta con él, ¡con otra Santa Biblia! ¡Dicen que estos barcos pueden ir alrededor del cabo de Hornos a Nueva York en menos de cien días si los vientos son favorables! ¡Más rápidos que los vapores! Qué barco más hermoso es el Galgo, parece un pájaro con todas sus velas, acabo de estar en el embarcadero mirándolo, a parte de mí le gustaría volar con todos vosotros con esta carta... «Silas», digo —muchos de nosotros lo decimos, especialmente Pierre el Pájaro, a quien no le gusta estar aquí «déjanos volver a casa ahora, todos hemos hecho dinero y aquí todo está cambiando». Pero Silas dice: «Pronto, pronto, todavía no...». Ya te he dicho cuánta gente llega cada mes y siguen llegando por miles, atraídas por el oro. Quinientas «damas de taberna» llegaron ayer de Australia.

—¿Pierre *el Pájaro*? ¿Quiere volver? —y la voz de Céline llegó a temblar un poco cuando interrumpió.

Miró a Cordelia para confirmarlo, Cordelia asintió rápidamente.

—Eso es lo que dice —y siguió leyendo.

Y aquí otra vez está mi oro. Espero que al Señor no le importe que envíe el oro de esta manera. Es bien sabido que el oro que vale miles, probablemente millones de dólares se envía por barco a California. (¡Todavía nos decimos que es el dinero de los dueños de las tabernas de ron con agua y los dueños de tiendas y de los dueños de tabernas de juego! —esperemos que los mineros hayan enviado mucho a sus familias también porque están haciendo un trabajo duro y peligroso—). Los edificios del banco se han vuelto enormes en el tiempo que llevamos aquí.

Las lluvias vinieron, como se esperaba, y cuando vinieron no paraban, pero Silas estaba preparado y lo estábamos todos, animales y humanos y la Gran Carpa, en el barco del río de Sacramento a San Francisco antes de que tuviéramos tiempo para pensarlo. Aparentemente nuestro circo es superior al otro, ¡por eso nos va bien en San Francisco también! Pero hace mucho frío aquí ahora y estamos contentos de estar en un hotel de verdad, Peggy y yo. San Francisco ha cambiado tanto incluso en los meses desde que llegamos: más calles, más casas, más hoteles, ¡y tabernas y tiendas de ron con agua, por supuesto! Y muchos de los Windjammers y los cargueros de carbón y los barcos de pesca —que yacían desiertos en los muelles cuando llegamos porque todas las tripulaciones querían unirse a la fiebre del oro— han sido comprados por gente con más

sentido que los usan para llevar pasajeros y mercancías de ida y vuelta a Panamá no solamente porque todavía haya mucha gente y cargamento esperando en Panamá, sino porque algunos de los mineros que llegaron antes se están yendo, vienen aquí para irse a casa con el oro que tienen. No les gusta en lo que se ha convertido esto, y quién puede culparles. Muchos, muchos americanos han llegado ahora de todas partes de este enorme país y hay muchos malos sentimientos contra los «extranjeros» —aunque California era mexicana no hace tanto tiempo—. He sabido que están poniendo un impuesto extranjero a los mineros foráneos diciendo que todo el oro pertenece a los americanos, pero la mitad de los mineros son mexicanos y chilenos y peruanos y brasileños e ingleses y franceses y muchos otros... Nuestros charros están muy inquietos, dos de ellos han dejado el circo. Y los hombres que llegan nuevos matan indios (que solían ayudar con la criba al principio) como si fueran animales. El Jefe Gran Arcoíris casi no habla ahora, ni siquiera juega mucho al póquer. Lo veo a veces después del espectáculo, sentado solo en la oscuridad, fumando tabaco y pienso que lo que ha visto aquí le ha roto el corazón. Y hay peleas y mucha violencia y, para ser franca, ya no lo encuentro tan emocionante como cuando llegué, sino más peligroso y duro, ya no hay tanta risa como había antes. Incluso cuando nosotros llegamos ya nos decían «oh, os habéis perdido los buenos tiempos» —aunque había todavía mucho oro que obtener—, y ahora nosotros sacudimos la cabeza como los viejos y decimos «ah, los tiempos mejores se han terminado» —¡aunque todavía hay oro!—. ¿Te acuerdas cuando aquellos mineros me hicieron quedarme con aquella pequeña pepita con la forma de un gracioso caracolito? Eso es lo que quiero decir, no puedo imaginar que algo así ocurriese ahora, ya no hay ese tipo de atmósfera.

Aunque todavía hay mucha gente que viene al circo, Silas ha bajado la entrada a 2,50 dólares (¡2,50 dólares por una entrada! ¡Todavía es una fortuna!, ¿verdad?) porque ahora los mineros no están ganando nada y la prosperidad de la ciudad se basaba en ellos, que venían corriendo con el oro. Muchas veces algunos de ellos han intentado volver a Sacramento, pero la ciudad se ha inundado con las lluvias del invierno, nos dicen que hay barquitas que suben por la calle principal. Lo único que todo el mundo hace es mirar al cielo y esperar la primavera.

Pero él —Silas— me ha pagado otra vez, por eso hay pepitas en esta biblia también, y estoy segura que sabré por ti que este «dinero santo» ha llegado a salvo, especialmente en el hermoso clíper que espera esta carta mía, enviada en un día de niebla y viento.

Os mando mi amor y mis pensamientos a todos y, mamá, te mando un fuerte abrazo.

Gwenlliam

## Capítulo 33

LAS pepitas de oro. Era un extraño sentimiento para los habitantes del ático de Maiden Lane. Una vez que los contenidos de la segunda Santa Biblia que había llegado en el *Galgo* se habían depositado en el Banco de América en Wall Street, su cuenta del banco era extraordinaria. Ni en lo más alto de su éxito Cordelia y Rillie se habían sentido seguras, sabían lo rápido que la vida podía cambiar. Pero a menos que el banco cayera, eran casi ricos, riqueza que salía del suelo, enviada despreocupadamente por Gwenlliam dentro de santas biblias, una fortuna casual casi como para probar que era verdad: América es la tierra de la fortuna y los sueños.

Desde hacía algunas semanas, las habituales cartas de Agnes Spark (señorita) habían dejado de llegar. Arthur no sabía si estar contento o apenado, pero se preocupaba por su familia en Londres cuando vigilaba los muelles.

La primavera había llegado a Nueva York y Regina no había vuelto a Maiden Lane. Cómo echaban de menos sus dramáticas interpretaciones de los titulares y reportajes de las noticias, otra gente leyendo periódicos no era lo mismo. Cordelia y Rillie hacían turnos para leer los titulares y los anuncios, pero no era lo mismo:

### ***CANCHALAGUA DE GAY***

***Planta californiana de raras virtudes medicinales.***

***Para todas las dolencias: ¡Éxito inmediato garantizado!***

No sonaba igual; ni tampoco el titular: «LAS HERMANAS FOX VISITAN NUEVA YORK: CONCIERTE UNA CITA PARA HABLAR CON SUS SERES AMADOS», que *monsieur* Roland tiró a la basura. Rillie observó los puños gastados de su vieja chaqueta (porque la nueva chaqueta morada estaba todavía en el fondo del armario) e hizo planes arteros para adquirir una chaqueta para él en breve, para ocuparse de ello.

Alfie los informó de que Regina, en realidad, tenía setenta y cinco años.

—¡Yo tengo setenta y tres! —dijo—. ¡Por eso sé que ella tiene setenta y cinco!

E insistió para que todos asistieran a una fiesta en su honor que su familia estaba preparando para ella en Washington Square. Por eso Arthur Rivers se encontró guiando a su pequeño grupo a un ómnibus un domingo y aunque los sombreros se inclinaban a un lado y se cogían las faldas debajo de los pies de otras personas, todos llegaron a salvo a la gran puerta principal a un lado de la elegante Washington Square, donde florecían altos árboles. Entre Rillie y Céline llevaban un enorme ramo de flores primaverales. Cordelia llevaba las cartas de Gwenlliam.

Todos sabían que a Alfie le iba —como él mismo había dicho— «bastante bien». No habían acabado de entender que era verdadera e inmensamente rico. Aunque la misma María abrió la puerta.

—He estado esperando en la puerta una hora, ¡en serio!

Estaba claro que tenían muchos criados negros y cinco pisos de lujo. Regina no solamente tenía su propia habitación (solo un piso arriba para que no tuviera que subir muchas escaleras), tenía su propia cisterna de agua. Había demasiadas sobrinas y sobrinos y primos de visita de otros



lugares para conocer a este extraordinario pariente recién encontrado y Regina resolvió su dilema para recordar nombres, llamando «chato» a todo el mundo.

—¿Qué te parece eso, chata? —le decía a todos sin excepción—. ¡Mi propia cisterna! ¡Esto sí que es un milagro!

Vivirían en una casa grande y noble pero era una fiesta de cumpleaños muy escandalosa, llegó al punto de que un frío caballero de una casa cercana en Washington Square llamó a la puerta para quejarse. De alguna manera, Alfie lo sedujo y le dio un gran vaso de *whisky* irlandés. Al final del festín de sopa y pescado y asados de vaca y cerdo y pollo y tartas y ostras que consiguieron abrir hasta los ojos de Céline, trajeron una tarta de cumpleaños. Los niños hasta gritaron de gusto, era la tarta más grande que habían visto nunca, y tenía las setenta y cinco velas encendidas (que Regina insistió en soplar sin la ayuda de nadie, aunque después tenía la cara bastante roja).

Luego se sentaron en el gran salón y Cordelia le dio las cartas de California a Regina para que las leyera en alto a todo el mundo. Se hizo el silencio, hasta los niños callaron, tener una carta de verdad sobre oro de verdad era diferente que leer los titulares. A todo el mundo le gustó oír sobre las pepitas de oro que valían cientos de dólares navegando alrededor del cabo de Hornos dentro de la Santa Biblia.

—¡Esto es América! —dijeron todos.

—¿Puedo coger una? —dijo uno de los nietos—. ¿El oro?

—Oh, lo siento mucho —dijo Rillie amablemente—. Tuvimos que meterlas en el banco.

—No —dijo Cordelia, aquí está la pequeña con la forma graciosa, del minero que murió, su hermano se la dio a ella, ¿te acuerdas? La llevo para que me dé suerte, hasta que Gwennliam vuelva a casa otra vez. Aquí está.

Y sacó la pequeña pepita. Los niños se amontonaron alrededor, mirándola con grandes ojos, tocándola, tirándola con suavidad en el aire.

—Parece un caracolito —se dijeron unos a otros.

Y Cordelia pensó: «Así que este es el viaje de esta pepita de oro: el joven la cogió del cauce del río en Sacramento y murió para obtenerla y aquí están los niños jugando a la pelota con ella en Washington Square».

Entonces Alfie le pidió a María que cantara. Sin ninguna falsa modestia, fue hacia el piano.

—Vengo del sur —dijo—. Allí tenemos canciones diferentes, pero a Alfie siempre le han gustado y a los criados les gusta.

Y empezó a cantar.

***Nadie sabe los problemas que he visto.***

***Nadie lo sabe, excepto Jesús.***

***Nadie sabe los problemas que he visto.***

***Gloria Aleluya.*** <sup>40</sup>

Mientras cantaba, la habitación se puso tan en silencio que se podían oír los latidos del corazón. Los criados se unieron viniendo de donde estuvieran, un acompañamiento bajo y suave. Los invitados, incluyendo el hombre que había venido a quejarse y se había quedado para beber *whisky* irlandés (sentado con cierto placer al lado de La Gran Céline con su parche), estaban sorprendidos. María tenía una voz muy bella, como si fuera una cantante profesional.

—Me enseñaron a cantar —dijo más tarde con modestia—. He cantado en público pero de eso hace mucho tiempo. De verdad, ahora canto para Alfie y la familia.

Y Alfie parecía orgulloso y satisfecho.

—¡Imaginad escuchar eso cuando me levanto por la mañana! —dijo—. ¡Soy un hombre afortunado! —y le sonrió a María que lo hizo a su vez.

Entonces anunció a sus invitados que las ahora archi-famosas hermanas Fox estaban en este momento camino de Nueva York.

—Y he visto un telegrama, se quedan en el hotel Howard, que le pertenece, creo a un primo de, ¿Phineas Barnum? A cuatro puertas de todos vosotros, en Maiden Lane, en la esquina de Broadway. Ahora, ¡quién podría haberlo arreglado mejor! Van a llevar a cabo su asunto en uno de los salones del hotel, cuatro de esas cosas que hacen, lo llaman una *séance*<sup>41</sup>, cada día. A las *séances* van treinta personas a la vez. Vamos a verlo. Todos podemos ir. No solo usted y yo, *monsueer* Roland, sino Cordelia y Rillie y el inspector. María se niega a asistir.

—Creo que es una afrenta a mi Señor —dijo María con firmeza.

—Pero Queenie, por supuesto, insiste en venir también. Y cuando hice mis averiguaciones les pregunté cuánto era y dijeron, muy conmocionados, —¡ja!— que no había tarifa pero que a la gente quizás no le importaría hacer una donación para sus gastos.

—¡Ja! —repitió *monsieur* Roland.

Regina, que sabía de las opiniones del anciano, tenía varios artículos de periódico sobre el tema preparados para ello que ahora leía con gran deleite:

***Ninguna persona respetable, confiamos, tolerará lo que es un desagradable insulto a Dios. A esas llamadas blasfemas, que fingen que la deidad provoca, se les debe poner un final, el grupo arrestado y enviado a un manicomio.***

—Amén —dijo María.

—Y por qué piensa eso —dijo *monsieur* Roland—. Después de toda la historia de la humanidad, después de todo el conocimiento de los antiguos griegos y los otros respetados filósofos que en diferentes eras han abordado siempre estas viejísimas preguntas, ¿por qué piensan que han encontrado una respuesta a los misterios de la otra vida en América, donde el seguimiento de las antiguas filosofías está muy abajo en la lista de prioridades? ¡Para hacer dinero, por supuesto!

Pero Regina no había terminado del todo.

—¿Qué es el Estigia, *monsueer*? —preguntó.

—Se dice que es el río entre los vivos y los muertos.

—Es lo que pensaba. Escuche esto: «Un telégrafo eléctrico que cruce el Estigia —antes de que puedan hacer uno que cruce el Atlántico—, ¡haría de la muerte una separación de los amigos menor que un viaje a Europa!».

—¡Ahí lo tiene *monsueer*! —dijo Alfie—. ¡No se puede engañar a los neoyorquinos! ¡Nosotros mismos nos daremos cuenta ahora!

—Son muy amables pero estoy contenta de tener mi propia habitación —les confesó Regina bruscamente a Cordelia y, más tarde a Rillie mientras les mostraba el ya mencionado retrete y los grandes armarios de ropa y la gran cama y las flores de primavera que habían traído y que habían aparecido allí como por arte de magia, llenando la habitación del aroma de fresas y jacintos—. Tengo que venir aquí algunas veces y descansar y leer alguna poesía y todo eso. O el periódico —las miró—. Os echo de menos —dijo avergonzada.

Y luego se embarcó en el discurso más largo que le habían oído nunca hacer en todos los años que la conocían.

—Y no es extraño, echo de menos a la anciana, hemos estado juntas tantos años, a menudo me acuerdo de ella, la vieja tan divertida. Y también echo de menos a Gwennie, aunque nunca os lo he dicho. Nunca se quejó por compartir el ático con una vieja, ¡y apuesto a que encima yo

roncaba! Pero se ha ido a hacer su propia vida, ¡mirad esas cartas! Y estoy contenta, y le deseo buena suerte. Pero, es que me gusta estar cerca de Alfie cuando está aquí, y eso es un hecho. Hace cincuenta años que no he hablado de mi niñez y ahora parece que empezamos a hablar de ello cada semana. No sé por qué, no porque fuera una cama de rosas. Y una cosa en la que soy útil: leo con los nietos, los hago aprender un poema o dos. Son unos chiquitos brillantes, algunos de ellos —se puso brusca otra vez—. ¡Pero mirad esas alacenas! —le dio vueltas a los elegantes picaportes—. ¡No dejan de comprarme ropa y no dejo de decirles que no estoy interesada en ropa! ¡Es muy tarde para que me interese en ropa! —jugueté y dio portazos pero estaba claro que quería decir algo más—. Os echo de menos —repitió por fin—. Después... después de todo, con todo lo que hemos pasado. Pero Alfie realmente quiere que haga de este mi hogar con él y... pienso que me quedaría, si estáis de acuerdo. Sé que no estaría aquí en absoluto si no fuera por vosotros.

Y ambas, Cordelia y Rillie, sintieron una punzada de sorpresa y pesar pero solo pudieron darle a Regina un abrazo y decir que «por supuesto» estaban de acuerdo, y que la echaban de menos también y que no perderían contacto con ella nunca, nunca.

Las pequeñas y pobladas habitaciones de Maiden Lane, de las que habían hecho su hogar, parecían silenciosas y vacías. Siete personas se habían convertido en cuatro, el canario amarillo cantaba como siempre pero las mecedoras estaban quietas y la habitación de Regina y Gwenlliam estaba vacía. Rillie quería que *Monsieur* Roland se mudara allí pero él dijo que era feliz donde estaba. Otro verano empezaba. Pero, aunque Cordelia iba a correos todos los días, no hubo más cartas de Gwenlliam.

Tampoco había cartas para Arthur Rivers de Londres. Escribió y preguntó si todo iba bien, enviando los habituales giros.

—¿Por qué no habrá escrito? —dijo Cordelia. Hacía semanas ya, inquieta, parecía divagar más y más mientras más días pasaban.

—No debería jugar. Dijo que se estaba volviendo salvaje y más peligroso. ¡Quizás California se ha quedado sin oro y está volviendo a casa! —dijo Cordelia.

Miró al daguerrotipo en la pared.

Los otros hablaron con optimismo, era bien sabido que todo el mundo se quejaba de lo irregular que todavía podía ser el correo de California.

—Estarán de vuelta en Sacramento, Cordelia —dijo Arthur—. La estación de las lluvias seguro que terminó hace tiempo. Hay muchas razones para que una carta se retrase.

Aunque las lecciones de daguerrotipia habían terminado, Larry Prince le pidió a Cordelia que siguiera yendo al estudio para ayudarlo tres mañanas a la semana. Le pagaría, por supuesto.

—No se te da mal esto, amiga —dijo.

Ella pulía placas cubiertas de plata y aprendía sobre productos químicos e ingredientes secretos y comprendía más y más sobre sombras y luces y rostros capturados, pero el único rostro en su mente era el de su hija.

## Capítulo 34

LA tarde caía.

Gwenlliam estaba sentada, envuelta en su capa, en un cajón desechado, en uno de los embarcaderos de San Francisco. Muchas veces, al atardecer, se sentaba allí para ver los barcos yendo y viniendo en el encerrado puerto de San Francisco. Le gustaba ver el puerto lleno de actividad, las cargas y descargas y siempre esperaba a los hermosos clíperes. Los clíperes eran los que más placer le daban; el viento hinchaba sus velas y parecían volar. «Quizás un día volaré a casa en uno de esos navíos tan bonitos y rápidos». Esa noche no había clíperes, pero en la cubierta de una pequeña goleta cerca de ella un marinero estaba sentado con las piernas cruzadas, cosiendo una vela, silbando en el día que se oscurecía. Una por una, las luces empezaron a llegar a los barcos a lo largo de la costa a la vez que los marineros encendían las lámparas.

Casi cada día, grandes barcos y pequeños barcos desaparecían hacia Golden Gate y la niebla. Si hubiese escrito una carta a su familia recientemente, habría imaginado la carta corriendo al océano Pacífico y a Panamá y a Nueva York y a Maiden Lane. Y si veía banderas ondeando en Telegraph Hill, lo que significaba que un barco correo estaba llegando, correría a la cola en correos con todo el resto del mundo en San Francisco. Toda su familia escribía. Las cartas de Regina la hacían reír y su madre escribía más que nadie, contándole las noticias de toda la gente que le importaba y que tanto echaba de menos, enviando a Gwenlliam amor y seguridad.

Gwenlliam vigilaba el ajetreo a su alrededor. Esa noche había bricbarcas y *brigs*<sup>42</sup> y la goleta y varios vapores. Incluso si hubiera habido un clíper, no hubiera podido abordarlo. Silas no pensaba en irse de California, seguían ganando mucho dinero para irse. Y aunque todos sabían que eso era verdad, había un sentimiento entre la gente de la *troupe* del circo de que las cosas habían cambiado, era más duro y más cruel, habían visto cosas que los habían perturbado y el silencio del Jefe Gran Arcoíris les hablaba más que nada. Deseaban poder volver a casa.

Gwenlliam respiraba el aire frío y fresco y se giró para volver al circo.

Y cuando se volvía casi se chocó con un caballero extraordinariamente apuesto que tenía que haber estado muy cerca detrás de ella.

—Buenas tardes, señorita Preston —dijo con gravedad—. ¡Realmente, un lugar con mucha actividad!

E hizo una reverencia en el anochecer de la manera en que solo los ingleses lo hacían, y se quitó el sombrero.

Gwenlliam estaba acostumbrada a que la gente supiera su nombre, la mayoría de la gente en San Francisco había estado al menos una vez en El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift. Ella sonrió al apuesto inglés.

—Los barcos a menudo se llevan cartas para mi familia —dijo—. Me gusta imaginarlas bajando deprisa por la costa de California.

—¿Dónde está su familia? —preguntó educadamente el caballero.

—Nueva York. ¡Dicen que el viaje lo puede hacer ahora un clíper en menos de cien días! ¡Casi vuelan!

—¡En mi opinión usted sí que vuela, como un bello pájaro! Debe perdonarme por dirigirme a

usted con tanta familiaridad, señorita Preston.

Y ella por poco se echa a reír, ¿no sabía que él habitaba ahora en la tierra de la familiaridad?

—Pero he estado varias veces en el circo y he admirado sus habilidades. Parece maravillosa cuando usted vuela por el aire. Por favor, permítame que me presente: soy el señor James Doveribbon y he llegado recientemente a San Francisco.

—¿Ha venido a por oro, señor Doveribbon?

El señor Doveribbon sonrió con su atractiva sonrisa.

—De alguna manera he venido a por oro —dijo—. Pero, señorita Preston, no tengo todavía muchos conocidos en San Francisco y había pensado visitar el circo del señor Silas P. Swift otra vez esta tarde. ¿Puedo acompañarla a su destino?

—Por supuesto —dijo Gwenlliam.

Y así, la bonita señorita Preston y el extremadamente atractivo señor Doveribbon se volvieron del puerto, hacían buena pareja, y siguieron su camino a donde las lámparas de la tarde resplandecían y la suave luz hizo que San Francisco pareciera menos como una ciudad del oro embarrada y hecha de listones y más como una ciudad de fortuna y sueños, como se anunciaba.

## Capítulo 35

CORDELIA y Rillie se dirigían al Howard Hotel donde las multitudes se habían reunido. En aquel momento, las hermanas Fox estaban entre la gente más famosa de Nueva York.

«SÉANCE ESPIRITUAL DE LAS HERMANAS FOX», decía un anuncio. Varios hombres llevaban grandes carteles que decían: «NO INSULTEN A NUESTRO SEÑOR» y otras citas parecidas.

—Pero, ¿no piensas, Cordie —dijo Rillie, observando el interés mostrado por los que pasaban—, que esas hermanas son lo que nosotras solíamos ser, intentando ganarnos la vida? ¿Cómo podemos, nosotras especialmente, juzgarlas? Por supuesto que será un fraude, sabemos eso mejor que nadie, y sabrán muy bien lo que están haciendo. Están tratando de ganarse la vida, como nosotras.

—Justo lo que yo estaba pensando —dijo Cordelia irónicamente—. ¡Todo esto me recuerda a nosotras en Londres, hace todos esos años, pero a una escala mayor! ¡con mucha publicidad americana! ¡Mira todos esos titulares de periódico!

Pues los niños agitaban sus periódicos frente a ellas a cada oportunidad.

Los otros las esperaban cerca de la sala de la *séance*, escaleras arriba: *monsieur* Roland, Arthur, Alfie y Regina. Regina, obviamente, tuvo algunas discusiones *de haute couture*<sup>43</sup> con su cuñada o sus sobrinas porque iba vestida como Cordelia y Rillie, de una manera bastante elegante.

—Me hicieron ponérmelo —les dijo de repente—, pero les dije que solo por esta vez. ¡Mirad lo grande que es este flamante sombrero!

Y se lo quitó inmediatamente, pareciéndose más a ella misma, pero con un vestido elegante.

Alfie estaba hablando con el inspector Rivers y *monsieur* Roland. Regina bajó la voz, de un modo cómplice.

—Son realmente amables —dijo—. ¡Hasta me han dado una mecedora! Pero, todavía, algunas veces, no parece del todo correcto. Todavía echo de menos a tu mamá, Rillie, aunque era un viejo murciélago gracioso. Y os echo de menos a todos, charlando en una misma habitación. Estoy acostumbrada a una sola habitación. ¿Alguna carta más de nuestra chica?

—Ninguna carta —dijo Cordelia en seco.

—¡Vengan, señoras! —dijo Alfie.

Pues les habían pedido que entraran en el salón poco iluminado del hotel, donde se colocaron, como invitados, alrededor de una larga mesa de caoba del más moderno estilo. Poco iluminado ciertamente: una vela en una estantería tras ellos y las cortinas totalmente corridas.

Pero no fue como ninguno de ellos había esperado.

Lo primero que conmocionó a Cordelia y a Rillie, y hasta al escéptico *monsieur* Roland, fue que las hermanas Fox, Kate y Margaret, eran terriblemente jóvenes. La más joven, Kate, tenía solo unos once o doce años, y la otra hermana, Margaret, parecía tener quizás solo quince. Se habían dedicado muchas líneas de columnas de periódico a estas hermanas y los misteriosos golpes de los muertos; se había dado información de muchos estudios sobre las hermanas (realizados por grupos de mujeres formales de la ciudad, por supuesto) para ver si escondían algo en sus ropas y sus zapatos para provocar las llamadas extrañas. Nunca se había encontrado nada, pero los relatos

que contaban el hecho de haber desvestido e inspeccionado los cuerpos ocupaban a menudo la primera página en las noticias y se unía a la publicidad que era bastante *louche*<sup>44</sup>. Por eso, Cordelia y Rillie las habían imaginado como astutas jóvenes (sabiendo como ellas mismas habían sido cuando establecieron su negocio de mesmerismo). Pero las hermanas Fox, que eran morenas y extremadamente bonitas, eran muy respetables y de comportamiento respetuoso, y muy, muy jóvenes para estar tomando el pelo a toda Nueva York y para engañarlos. Había un séquito, por supuesto: una hermana más mayor, Leah, que parecía estar a cargo, una mujer más vieja con aspecto agobiado, que resultó ser su madre, y varios caballeros que recogían donaciones en silencio. Uno de los caballeros, hizo un discurso corto después de presentar a las hermanas.

—Las hermanas Fox son transmisoras —dijo— para que los espíritus conversen con los mortales. Les pedimos que pongan las manos planas sobre la mesa. Ahora tenemos que esperar un tiempo, como solemos hacer, para ver si los espíritus están dispuestos.

Los hombres y la madre desaparecieron. La hermana mayor permaneció a un lado. Quedaron solo las dos jóvenes, sentadas en una gran mesa con extraños.

Lo segundo que les sorprendió fue que la *séance* como tal, no tuvo lugar.

Y parece que fue, de alguna manera, culpa de Cordelia. La chica más joven, Kate Fox, tenía unos ojos grandes y espirituales que brillaron muy oscuros a la tenue luz de la vela cuando de repente vio a Cordelia sentada a la gran mesa. Y Cordelia y Rillie, que las vigilaban muy, muy cuidadosamente, vieron que Kate hizo una pequeña, pequeña señal a su hermana Margaret que era hasta más bonita y cuyos ojos brillaron también con fuerza igualmente cuando vio a Cordelia. La hermana, mucho mayor, cuyo nombre se dijo que era Leah, que no parecía tener ningún problema con la dama que tenía un mechón blanco en el pelo, dijo:

—Algunas veces hacemos uso del mesmerismo en nuestro trabajo. Induciré ahora a mis hermanas en un sueño magnético, lo mejor para hablar con los espíritus.

Pero ambas, Kate y Margaret, levantaron las manos levemente para detenerla. Por lo demás, no se movieron. Durante un largo silencio, mientras no quitaban los ojos del rostro de Cordelia, parecieron estar escuchando algo. En una ocasión, Kate, cuya voz era casi la de una niña, dijo:

—¿Está el espíritu aquí?

Pero no hubo respuesta. Y no hubo golpes en la mesa o bajo la mesa o por encima de la mesa como se había descrito en todos los periódicos. Y entonces, con una voz muy educada y pesarosa Kate, dijo:

—Lo sentimos. Esto ocurre a veces. Los espíritus no pueden venir.

Hubo un movimiento unido alrededor de la mesa de caoba de desilusión o enfado o escepticismo. (Y Leah parecía claramente disgustada).

—He venido del *Globe* —dijo un periodista con incredulidad.

Pero la joven Kate repitió, simplemente repitió con gran dignidad:

—Lo siento. Los espíritus han debido retrasarse por algún motivo. Volverán a las cinco de la tarde.

A pesar de sí mismo, Arthur Rivers (preguntándose lo que estaba haciendo sentado con las manos sobre una mesa de caoba con otros treinta crédulos), se rio en voz alta ante tanta exactitud. Pero la joven pareció no oír, ella y su hermana simplemente se levantaron y se fueron de la habitación, la hermana mayor no pudo hacer otra cosa más que seguirlas.

Hubo muchas disculpas del séquito, algún dinero se devolvió, se concertaron otras citas para la siguiente sesión, algunas personas se marcharon. Hubo un traqueteo de tazas de las otras habitaciones del hotel, mucho mejor iluminadas: había un comedor cerca, otro salón.

—Quizás pueda persuadirlos a tomar un refrigerio conmigo —sugirió Alfie.

Y así se sentaron juntos en sillas de madera en el otro salón para comer pan de jengibre y beber zarzaparrilla, mientras que a su lado los miembros de una banda uniformados de una manera bastante escandalosa comían pasteles de ostras, con sus instrumentos preparados junto a ellos. Regina quiso entablar conversación con el intérprete de la tuba, le preguntó qué canciones sabía. Arthur Rivers dijo suavemente:

—Te han reconocido, Cordelia.

—Eso pareció. Pero, ¿por qué motivo se detendrían?

—¿Estuvo el circo en Rochester?

—Sí que estuvo.

—Seguramente han visto tu actuación. Si son un fraude quizás piensen que lo descubrirías.

—Pero yo ya las he descubierto. ¡Por supuesto todo esto es un fraude! Pero yo no habría parado el procedimiento. ¡Cielos, Rillie y yo hemos hecho cosas exactamente igual que esta!

—No tienen por qué saber eso —dijo Arthur.

—Y tú no eres un fraude, Cordelia, querida —dijo *monsieur* Roland irónicamente—. Y las hermanas probablemente lo saben; todo se le habrá explicado a la hermana mayor y no habrá ningún trance mesmérico que ver a las cinco de la tarde si tú estás todavía en el público. Y quién sabe si para entonces habrán comprobado ciertos hechos sobre tu pasado, si pueden encontrar viejos periódicos antes de las cinco en punto. ¡Y los espíritus los regurgitarán!

—Espero que no lo hagan —dijo Cordelia tajantemente.

—Bueno, espero que nuestro horrible y viejo padre no vuelva para perseguirnos —dijo Alfie con tristeza—. ¡Sería una sorpresa terrible sin la que puedo vivir! La luz es más bien demasiado tenue allí para mi gusto.

—Le abofetearé, Alfie, y le diré que se vaya otra vez —dijo Regina—. ¡Si aparece!

Y se volvió otra vez al intérprete de tuba cuya boca estaba llena de pastel de ostras y dijo:

—Sí, bien, «Silba e iré a tu lado» siempre va bien, ¿verdad?

A las cinco en punto todos volvieron al poco iluminado salón. Alguna de las personas de la *séance* anterior que habían vuelto y algunas caras nuevas, incluyendo a una llorosa mujer con un sombrero grande, estaban sentadas alrededor de la mesa de caoba. Guiaron dentro a las chicas y las presentaron, la misma introducción: las hermanas Fox son transmisoras. Las dos chicas más jóvenes se sentaron, tranquilas, a la gran mesa y esa vez no miraron a Cordelia en particular. La mujer con el gran sombrero seguía llorando.

Cordelia estaba enormemente sorprendida por la preocupación en la cara de la chica más joven cuando miraba a la mujer que lloraba. La pequeña Kate Fox se levantó de su asiento y fue y puso la mano por un momento muy suavemente en el brazo de la mujer. Nada más. La mujer subió la cabeza, dejó de llorar y por alguna razón también se quitó el sombrero. Parecía mucho más humana y todavía triste, pero ya no lloraba. La joven volvió a su asiento. Todavía, el grupo de personas estaba sentado en silencio en la penumbra. Todo el mundo, incluyendo a las hermanas Fox, habían colocado otra vez las manos planas sobre la mesa, como se les había instruido.

Lo que no habían aclarado en los reportajes de los periódicos era cuánto tiempo tardaba todo, aquel contactar con los espíritus. Quizás pasaron diez minutos.

—¿Está el espíritu dispuesto a conversar? —dijo Kate.

Cinco minutos más de silencio. Regina se estaba poniendo muy inquieta esa segunda ronda y tosió con fuerza varias veces. No había otro sonido en la habitación excepto el de la respiración de los presentes y un caballero aclarándose la garganta. Luego hubo un largo suspiro en el silencio, como si la paciencia de alguien se hubiera acabado. Rillie estaba casi segura que había sido *monsieur* Roland, pero no se atrevió a llamar la atención de Cordelia por si se reían.



Finalmente Regina dijo en alto:

—«Y mientras tanto mantendré tu lengua fija en tu boca, mudo serás, cuando vayas a increparlos, porque son una raza rebelde». Ezequiel 3 —añadió, como forma de explicación.

Esta interrupción se toleró pero no se discutió. Y entonces vino. Un único y pequeño golpe agudo de ninguna parte, en el silencio.

Margaret Fox, dijo:

—¿Alguien desea hablar?

Tres golpes. «Sí».

—¿A alguien en esta habitación?

Tres golpes. «Sí». Las manos de las hermanas Fox permanecieron muy quietas, planas sobre la mesa, como las de los demás. Pasara lo que pasara, no estaban haciendo ruidos en la mesa con los dedos. O con sus manos.

—¿Un caballero? —dijo Margaret.

Silencio.

—¿Una dama?

Tres golpes. «Sí».

—¿Con quién es que quieres hablar?

Se produjo de repente una gran cacofonía de golpes.

—¿Quieres que usemos el alfabeto?

Tres golpes. «Sí».

Al leer las letras del alfabeto, los golpes que venían de ninguna parte empezaron a deletrear un nombre: «G.E.O». Lo que hizo que Alfie (alias George Macmillan) se quedara rígido en su asiento, pero de repente, en lugar de continuar con ese nombre, hubo un torrente de golpes y algún deletreo más: «H.E.R.B.». Entonces hubo otro estruendo fuerte de muchos golpes y «V.E.T.E. D.E. A.Q.U.I.» se deletreó.

—Pido su paciencia —dijo Margaret educadamente—. Los espíritus están peleando sobre quién debe escribir primero.

Hubo un murmullo de risa alrededor de la mesa y definitivamente la tensión se relajó. Nadie alrededor de la mesa reclamó ni «Geo» ni «Herb» como su nombre, o el nombre de una persona con quien deseaban contactar.

—Dijiste una mujer —dijo Margaret educadamente al aire.

Hubo una serie de golpes. Se determinó que «E.L.I.- Z.A.B.E.T.H.» se había deletreado. Cordelia sintió más que vio la reacción de Arthur Rivers: estaba de repente muy tenso junto a ella, Cordelia sabía que Elizabeth había sido el nombre de su primera mujer.

—¡Es él! —gritó la mujer llorosa que ya no lloraba—. Me está llamando. ¡Yo soy Elizabeth! —informó a la mesa en estado caótico y Arthur Rivers se relajó—. ¡Mi marido me llama! ¡John! ¡John!

Y se inclinó hacia delante y pareció como si fuera a abrazar la mesa de caoba.

Kate dijo con su suave voz como de niña:

—La está escuchando. ¿Qué le gustaría preguntarle?

La mujer se levantó de la mesa, intentó calmarse, parecía no saber qué debía hacer ahora. Al fin habló, le temblaba la voz.

—Pero, ¿estás bien, querido?

Tres golpes. «Sí».

—¿Te ha dejado la enfermedad?

Tres golpes. «Sí».

—¿Te han dejado los dolores, querido?

Tres golpes. «Sí».

—¿Piensas en mí?

Tres golpes. «Sí».

La mujer llorosa, de repente, pareció muy frágil y muy digna mientras miraba fijamente a la mesa, como si estuviera hablando con ella.

—¿Es un truco, querido? —le dijo a la mesa de caoba—. ¿Puedes demostrarme, querido, que no lo es?

No hubo golpe. Solo silencio. La mujer parecía conmocionada, como si quizás se hubiera roto el hechizo, pero no habló, solo miró a la joven, que tenía la cordura en su poder. Los golpes empezaron otra vez.

«T.E. Q.U.I.E.R.O. R.E.C.R.U.E.D.A.M.E.».

Y aunque el fallecido no había sido capaz de deletrear «recuérdame» de forma totalmente correcta, la mujer llorosa miró sin embargo a la mesa y a las médiums con algo en su rostro, gratitud o alivio. Y cogió su gran sombrero y silenciosamente se fue del salón. Y Cordelia pensó: «De otra manera, están haciendo lo mismo que nosotros. Dan consuelo».

Los golpes empezaron otra vez casi inmediatamente, parecía que «H.E.R.B.» había estado esperando una oportunidad para hablar, aunque nadie en la habitación parecía querer reclamarlo. Pero antes de terminar de golpear lo que quería decir, la banda de instrumentos de metal visitante tocó en el pasillo de fuera. «H.E.R.B.» no se rindió en absoluto. Mientras que acordes no de *Viva Columbia* ni de la omnipresente *¡Oh, Susana!*, sino una vivaz versión de *Silba e irá a tu lado* se colaban por debajo de la puerta (como si de hecho la vieja señora Spoons estuviera haciendo contacto desde el corredor exterior), el espíritu solo golpeaba alegremente al ritmo de la música (lo que hizo reír a Rillie y a Cordelia) hasta que la banda de instrumentos de metal, con sus pasteles de manzana obviamente consumidos, había marchado por el pasillo, escaleras abajo a la calle. Y entonces «Herb» continuó.

—He oído que han encontrado oro —golpeó—. ¿Continúa la fiebre del oro?

—Dígale que hay miles yendo todavía a California —ofreció un caballero.

—Hay miles todavía yendo a California —dijo Margaret Fox obedientemente.

—¡Gracias, amigo! ¡Buena suerte entonces! Adiós.

—Adiós —contestó Regina, como si fuera la cosa más natural del mundo el hablar a una mesa que golpea.

Golpe, golpe. Otro mensaje llegó inmediatamente. «A.L.- F.R.E.D.».

Alfie, que se había recostado en la silla, no se movió.

—¿Está alguien esperando a Alfred? —preguntó Margaret, pero nadie respondió.

—¿Alguien aquí se llama Alfred?

Regina finalmente le dio un codazo no muy sutilmente, pero no la miró. Nadie contestó.

Un caballero se aventuró:

—¿Podrían querer decir Fred? Mi anciano abuelito se llamaba Frederick.

Una conversación siguió sobre la familia del caballero con un abuelito llamado Frederick, de hecho, la conversación fue bastante terrena cuando el caballero de la mesa informó al espíritu de todas las noticias de la familia. De repente los golpes se convirtieron en una cacofonía, más bien como lo había hecho antes cuando G.E.O y H.E.R.B estaban luchando por reconocimiento.

—Hay niños ahí —dijo Kate Fox, y por primera vez miró directamente a Cordelia.

Cordelia dejó salir un pequeño jadeo de sorpresa por su enfado. Pero, casi al instante, su rostro se quedó en blanco completamente aunque los golpes venían ahora en una sucesión rápida:

«Y.O.», se deletreó y luego «N.O. Y.O. P.R.I.M.E.R.O.».

—Hay dos.

Kate y Margaret miraron solo a Cordelia. Cordelia las miró a su vez sin expresión.

Los espíritus golpearon. «C.».

Pero otra mujer alrededor de la mesa estaba clamando:

—¡Es por mí! Es Algernon.

Seguía llorando sin parar y finalmente hubo mucho contacto con un niño muerto que de verdad se llamaba Algernon y los golpes se volvieron sobrecitados en un momento dado y la madre afligida, entre lágrimas, dijo:

—Siempre fue un problema, Dios lo bendiga.

Los golpes estaban actuando de lleno aparentemente desde ninguna parte, muy posiblemente desde debajo de la mesa. Entonces Margaret dijo:

—Un padre está llamando. ¿Ha perdido alguien a un padre recientemente?

Y varias personas clamaban por hablar a padres muertos y se intercambiaron mensajes de amor y afecto. Los golpes cesaron y la *séance* había terminado. Las hermanas Fox se fueron del salón en silencio.

Pero, mientras todo el mundo salía lentamente al aire más ligero del pasillo del hotel, poniendo donaciones en una gran caja cerca de donde más gente esperaba pacientemente su turno, uno de los hombres que recogían el dinero le dio una tarjeta a Cordelia. En ella estaba escrito con una letra infantil que parecía haberse hecho a gran velocidad: «Mañana. *Séance* privada. Mediodía».

Alfie se estiró el chaleco y se acarició los bigotes mientras caminaban de vuelta a Casa Céline, donde La Gran Céline estaba esperando oír un informe (ya que no había podido dejar la caja de su comedor).

—¡Venga! —dijo—. La mesa de detrás del biombo está libre, hay un melón y pastel de manzana y cacahuetes, me uniré a vosotros.

—¡No me creo nada! —dijo Alfie, sentado al lado de Regina—. Pero no contesté a mi nombre, Queenie, ¡por si acaso nuestro padre me está buscando!

Y Regina se rio alegremente, y Cordelia maliciosamente le contó el fallo al deletrear «recuérdame» y Rillie volvió a recordar con júbilo a la banda tocando y los espíritus siguiendo su ritmo en *Silba e iré a tu lado* como si la señora Spoons hubiera enviado una petición desde otro lugar.

—¡Igual que cuando yo solía tocar Schubert con mi flauta —gritó Rillie, todavía riendo— para crear una buena atmósfera para Cordelia cuando estaba haciendo su mesmerismo! Querida vieja mamá. ¡Lo mismo derramo una lágrima que río! Hazme pensar en ella.

—¡Hay tantas citas de la Biblia que podía haber usado! —dijo Regina—. No me sorprende que a la Iglesia no le guste mucho esto. ¿Visteis todos aquellos carteles de protesta fuera sobre cómo Dios era el único hacedor de milagros? ¡Esto es una flamante competición de milagros!

Y se rio alegremente otra vez y le explicó a Céline lo de Ezequiel, 3.

*Monsieur* Roland miró a Cordelia.

—¿Bien?

Ella esperó un momento antes de hablar. No mencionó la tarjetita que había recibido.

—No sé cómo hicieron las llamadas y los golpes —dijo por fin—. Las vigilé cuidadosamente, vi lo que tú y no tengo ni idea de cómo hicieron el sonido de los golpes. Quizás son los huesos de las rodillas o de los dedos de los pies. Quizás tienen otra gente que las ayudan. ¿Tienes tú una respuesta?

Sacudió la cabeza. Los otros todavía le contaban a Céline; *monsieur* Roland y Cordelia estaban sentados a un extremo de la mesa.

—Y sobre el tema de decir nombres —dijo ella—, supongo que lo hacen algunas veces para reconocer a la gente u obtener información sobre sus clientes cuando vienen. Pero apuesto a que casi siempre usan nombres populares, o hacen preguntas que los dirijan. ¿Te diste cuenta de qué manera tan inteligente recogieron información de la audiencia? Ambos, Elizabeth y Fred, son nombres comunes, sacaron información de la audiencia, todo eso se explica fácilmente y, por supuesto, el padre de alguien habría muerto. Pero... ¿no es extraño? No son tan «astutas» como yo pensaba que serían. Están bien educadas, son agradables, muy atractivas, ¡y tan jóvenes! De algún modo están en el negocio del consuelo ¿No crees? Como nosotros.

Él no dijo nada.

—Lo sé, desde luego, es un truco —dijo Cordelia.

—Por supuesto que es un truco, pero estoy de acuerdo en que había algo... —él se detuvo por un momento para pensar en una palabra— comprensivo en esas jóvenes. De forma genuina quisieron agradar y ayudar y consolar. Yo también había asumido que habrían sido más tramposas. Quiero decir, que habrían utilizado trucos.

—Sí —dijo Cordelia—. Y pensé que era divertido. En el mejor sentido. Chicas jóvenes divirtiéndose, es lo que quiero decir. ¡Me gustó mucho cuando los espíritus golpearon al ritmo de la banda! Obviamente, una de las chicas lo estaba haciendo de algún modo. ¡Pero es exactamente el tipo de cosa que una persona joven haría y eso hizo gracia! Siempre rodeamos a la muerte con tristeza, nunca esperé que me riera. Pero me enfadé cuando intentaron hablar conmigo —y sus labios se tensaron—. Sin embargo, tenían una actitud educada, comprensiva, como tú dices. Ayudan a la gente.

—¿Y qué piensa que son los sonidos de golpes, *monsieur* Roland? —dijo Céline al otro lado de la mesa.

Él sacudió la cabeza, Cordelia contestó:

—Rillie Spoons, a ti te crujen los dedos a veces, ¡siempre te crujen los dedos cuando te quitas las botas! ¡Quítate las botas y demuéstraselo! Tiene que ser un truco pero es un truco muy hábil. ¿Y si no son los dedos? ¿Quizás en los huesos de las piernas?

Rillie cumplió haciendo crujir sus dedos y fue verdad que un cierto sonido parecido emergió y todo el mundo rio.

—Me encantaría que mi querida mamá apareciese si mis dedos crujieran —dijo Rillie irónicamente—, solo para verla otra vez y darle un abrazo.

—Me he estado preguntando —dijo *monsieur* Roland—, me pregunto si, quizás, empezó como una broma infantil, para burlarse de sus padres o sus vecinos y luego todo se les escapó de las manos y su hermana mayor se unió. Y leí en alguna parte que hay cuáqueros que las apoyan. Además si algunas personas religiosas les decían que era real, probablemente no supieron cómo terminarlo. ¿Y quién es quién para decir que no se lo medio creen ellas mismas, al haberlas creído otros tan a menudo? Sé que la pena y la pérdida vuelve loca a la gente. Algunas personas buscarán cualquier cosa, incluso si es una mentira patente, para hacer desaparecer su dolor. Pero en nuestro trabajo no les mentimos. No les decimos que no se mueren realmente, y que, en cualquier caso, cuando lo hacen, podrán volver y charlar y golpear mesas. A estas niñas Fox, porque comprendo que son niñas, las han vuelto peligrosas por la manera en que los adultos, que deberían tener más juicio, que están ahí para ganar dinero, las han promocionado.

—Quizás no importa, querido *monsieur* Roland —dijo Cordelia suavemente por fin—, si lo que hacen es ayudar a la gente con su dolor. Esa mujer del sombrero. Ellas la ayudaron.

—Estoy seguro que no piensas que estaba hablando de verdad con su marido.

—¡Por supuesto que no! Pero quizás, en su tristeza, ella pensó que lo estaba haciendo. ¿Importa mucho que no fuera así? ¿Sabéis lo que pienso? Pienso que deben dejarlas tranquilas para hacer lo que sea que hacen, por gente que paga unos pocos dólares para obtener consuelo.

—Querida, no hay mucho rigor intelectual en tu argumento.

Cordelia se rio.

—Mi querido *monsieur* Roland, ¡no imagino tener un ápice de rigor intelectual en mi cuerpo!

En el extremo lejano de la mesa, Arthur Rivers se levantó para irse a los muelles. Llamó a Alfie.

—Me alegro de que arreglaras nuestra excursión —dijo—. Gracias. ¡Me ha parecido de lo más divertido! ¡Y no preguntaron por Alfred!

—Escúchame, Arthur, ¡nadie me llama Alfred! —dijo Alfie—. Nunca he sido Alfred. Hasta mi propio padre nunca me llamó Alfred. ¡Díselo, Queenie! —y Regina asintió—. ¡Y si nunca me llamó Alfred en vida, seguro como el infierno que no le van a permitir llamarme Alfred en la muerte! ¡Perdónenme, queridas señoras, mi lenguaje viene de mi alivio de no tener que enfrentarme a mi padre después de más de cincuenta años de escaparme de él!

Cuando Arthur se marchaba, Cordelia fue a la puerta con él, y, de forma insólita, le agarró del brazo.

—Escogerán nombres muy conocidos, Arthur. Ese será el truco. Era lo más normal que hubiera más de una persona para la que el nombre de Elizabeth significara algo.

Miró a su mujer durante un momento.

—Lo sé, Cordelia —le dijo en la puerta de Casa Céline.

«Qué afortunada es», pensó la Gran Céline al verlos allí juntos, quien creía que se daba cuenta de todo.

—¡Oh! —gritó Regina—. ¡Se me olvidó mi gran sombrero!

A la mañana siguiente, Cordelia le enseñó a Rillie la pequeña tarjeta: «*Séance* privada. Mediodía.».

—¿Irás? —preguntó Rillie con curiosidad.

—¡Es una *séance* privada! Estaría interesada en estudiarlas más pero me temo que empezarán a decir «hay niños aquí», como hicieron la noche pasada.

—¡Oh, cielo santo, son tan jóvenes y se equivocan al deletrear! ¡Probablemente investigaron sobre tu historia como dijo *monsieur* Roland y pensaron darte consuelo!

—¡No quiero que niñas extrañas que no saben nada sobre mí intenten consolarme! —dijo Cordelia algo exaltada y Rillie se dio cuenta de que tenía una mirada extraña y tensa—. Oh, perdóname Rillie —e intentó reír—. Probablemente no estoy teniendo mucha cortesía con esas niñas pequeñas, que probablemente tienen buenas intenciones, porque echo mucho de menos a mi propia niña hermosa e interesante. Es solo que... he vuelto de la oficina de correos otra vez. Es ridículo, lo sé pero voy a la oficina de correos todos los días, hasta dos veces. ¿Por qué no hay carta? Hace semanas y semanas y semanas. He empezado a preocuparme por ella de mala manera, pensando que algo le ha pasado. ¿Qué hay del duque? ¿Qué hay de que enviara irlandeses tras ella también?

—Cordie, ¡escúchame con atención! Estoy absolutamente segura de que ya habríamos tenido noticias de Peggy Walker o de Silas, si algo hubiera ocurrido.

—Lo sé, lo sé. En mi mente es así. Es solo que mis instintos me asustan. Y no quiero que esas niñas Fox me hablen de mis niños, de ninguno de mis niños en absoluto, aunque sé que habrán encontrado información antigua sobre mí, y creo de verdad que tienen buenas intenciones. Es solo

instinto —gimió—. ¡Oh, soy tan supersticiosa como cualquiera!

—¿Dónde está tu instinto, Cordie? —dijo Rillie, tratando de hacerla reír.

Pero Cordelia Preston no rio. En su lugar puso la mano de repente en su propio estómago.

—Aquí —dijo.

Cordelia finalmente se presentó en el salón del Howard Hotel a mediodía como la habían invitado. Solo la hermana mayor, Leah, estaba allí, tumbada en una *chaise longue*, y parecía que claramente no estaba bien.

—Tengo serios dolores de cabeza —dijo disculpándose y sujetando una de dos botellas de láudano en su mano, la otra yacía a su lado y sus ojos estaban algo en blanco. Estaba claro que estaba tomando una gran cantidad de opio, allí, en el salón del hotel.

La puerta se abrió y las dos hermanas más jóvenes entraron deprisa, seguidas de su madre y de dos caballeros que estaban siempre allí aceptando «donaciones». Las jóvenes se detuvieron dudosas cuando vieron que su invitada ya había llegado. Sonrieron a Cordelia y, cuando hablaron, hablaron con ella con gran timidez y respeto. Kate, ruborizándose un poco, sacó un ramillete que tenía detrás de sí y se lo dio a Cordelia.

—Queríamos conocerla —le explicaron al unísono.

—La vimos en el circo en Rochester —dijo Margaret—. No mucho antes de que oyéramos los golpes en nuestra casa.

—Nunca la olvidamos —dijo Kate—. Hemos leído todo sobre usted. Es muy famosa.

—Vosotras sois famosas ahora —dijo Cordelia, sujetando el pequeño ramillete, oliendo las flores, sonriendo a estas jóvenes porque no pudo evitarlo; había algo muy abierto y auténtico en ellas.

—Teníamos que verla, los espíritus la han estado llamando —dijo Kate con su suave voz de niña—. Y nos preguntábamos también si podríamos aprender a ser mesmeristas si hay tiempo después.

«¡Aprender rápido a ser mesmeristas!».

—Creo que vuestra hermana dijo que ya era mesmerista —dijo Cordelia irónicamente.

Leah todavía yacía con los ojos cerrados en la *chaise longue*.

—Bueno, algunas veces fingimos entrar en trance —dijo Margaret sin malicia—. A la gente parece gustarle, y queremos hacer cualquier cosa que ayude mejor a la gente a ser receptiva. Pero, Dios, nos gustaría aprender con propiedad, ¡conseguir hacérselo a otros! ¿Después de que hayamos llamado a sus espíritus?

Cordelia las miró con agudeza, lentamente se quitó los guantes.

—Quizás —dijo—, pueda ayudar a Leah con su dolor de cabeza.

Pero Leah, con la botella ahora vacía tirada en el suelo junto a ella, estaba dormida.

—Todas tenemos dolores de cabeza —dijo Margaret con simpleza—. Todas necesitamos láudano. Algo común en la familia, parece.

—Pienso que es porque nos concentramos demasiado, muy a menudo —dijo Kate.

Y miraron a Cordelia, tan acostumbrada a intuir lo que otros sentían. Pensó que las dos parecían simplemente demasiado jóvenes, demasiado naturales para mentir o esconder algo. Sintió un sentimiento extraño y cambiante, como si cayera en la cabeza, se sacudió un poco, «no seas tonta».

—Siéntate Kate —dijo al fin.

—Pero... oh, no... yo no deseo que me mesmericen, en absoluto. Quiero aprender a mesmerizar a otros. No como Leah, sino de verdad.

—Pienso que nadie puede ser mesmerista si no ha sido mesmerizado, Kate. Forma parte de

su comprensión y del aprendizaje.

La joven se sentó, reacia. Cordelia empezó los pases largos, lentos, amplios una y otra vez, una y otra vez por encima de la cabeza y los hombros de Kate, sin tocarla, una y otra vez. Kate pareció dormirse muy rápidamente, todo el mundo en la habitación miraba en silencio. Cordelia dejó de hacer los pases largos. Entonces todo el mundo se sentó muy en silencio.

Podían oír la profunda respiración inundada en láudano de Leah: uno de los caballeros allí presentes tosió con inquietud; miraban a Kate, que después de un rato movió uno de los brazos. Entonces abrió los ojos. Miraba a Cordelia, no dejaba de mirar a Cordelia. El rostro de Cordelia era como una máscara. Por fin, Kate habló, pero no dijo nada sobre mesmerismo.

—Tengo un mensaje para ti —dijo—. De parte de tu hijo.

El rostro de Cordelia se mantuvo inexpresivo. No habló.

Después de unos momentos de molesto silencio Kate dijo:

—Es verdad, ¿no? ¿Que algunas veces hay energía entre las personas?

—Sí —dijo Cordelia—. Creo que la hay.

—Eso es lo que sentimos —dijo la joven con simpleza—. Lo verá. Gracias por mesmerizarme. Ahora... hablemos a los espíritus, solo para usted.

Cordelia se volvió a los otros en el salón. Observó que Leah estaba ahora, al menos, parcialmente despierta.

—Me pregunto —dijo Cordelia con gravedad—, si fueran ustedes tan amables de permitirme estar unos momentos a solas con Kate y Margaret. Hay algo sobre mesmerismo que yo, como practicante, necesito impartirles de forma privada.

—¡Pero queremos hablar con los espíritus que llevan tanto tiempo queriendo hablar con usted!

—Necesito hablar —dijo Cordelia enérgicamente—. ¿Tenéis capas?

—Pero no es posible que salgan, hay gente esperando en los escalones del hotel.

—Vivo cerca de aquí —dijo Cordelia—, y conozco otro camino.

—Sería agradable dar un paseo —dijo Margaret—. Nunca paseamos ahora porque nos reconoce demasiada gente.

—Pero, hay una *séance* pública a las tres —la señora Fox estaba bastante desconcertada por el curso de los acontecimientos—. No creo que sea una buena idea.

—Volveré con ellas bastante antes —dijo Cordelia con firmeza—. Un poco de aire les hará bien.

Y así fue cómo las hermanas Fox y Cordelia Preston se encontraron a sí mismas tomando callejones traseros hasta que estaban de camino a Maiden Lane. Cruzaron Broadway, las chicas mirando a su alrededor con gran interés y disfrute y también charlaron y rieron con Cordelia sin ser conscientes de los primeros golpes que habían oído en su casa, burlándose ahora de sus propios miedos, y de cómo habían llamado a sus padres y sus padres habían llamado a sus vecinos y lo lejos que habían viajado, para estar allí, en Nueva York, con ella. Luego llegaron a Battery Park, donde Cordelia se sentó con ellas bajo un sicomoro y las chicas miraron los barcos zarpando y atacando. Cordelia las miró todo el tiempo mientras hablaban, tan emocionadas y de alguna manera elevadas, tan sinceras y de alguna manera sin malicia.

Eran chicas muy bonitas, era difícil no mirarlas. Cordelia deseaba poder captar sus imágenes.

«Me gustaría hacer daguerrotipos de estas caras».

No era extraño que tuvieran éxito, sobre todo con los caballeros. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gustaría mirar esos atractivos y jóvenes rostros?

—¡Mira a toda esa gente saludando y gritando! —dijo Margaret—. No me gustaría irme de América.

Pero Kate le dijo:

—¡Oh, pero Maggie, algún día iremos a Inglaterra y a Francia y a todas partes!

Muy suavemente Cordelia habló. Levantó su ramillete de flores, enterró la nariz en el aroma.

—¿Por qué no querías que te mesmerizara, Kate? —la joven pareció sorprenderse pero Cordelia siguió—. Soy una mesmerista con mucha experiencia. ¿Pensaste que podías engañarme?

Kate se ruborizó.

—Yo... yo sentí algo. Definitivamente sentí algo.

Su hermana escuchaba con mucho cuidado.

—Pero luchaste contra lo que sentiste, creo.

—Yo... yo quiero ayudar a la gente. Yo... Maggie y yo tenemos cierta sensibilidad para saber lo que la gente quiere. Solo fingimos entrar en trance para hacerlo un poco más teatral a veces. ¡Pero nosotras no queremos entrar en trance realmente, por supuesto no queremos, no podríamos ayudar a la gente así!

Margaret dijo con simpleza:

—A veces es como si pudiéramos sentir lo que quieren oír. De verdad, es así.

«Son tan seductoras», pensó Cordelia, y otra vez: «No me extraña que la gente las considere tan fascinantes».

—Sí —dijo Cordelia—. Creo que las dos tenéis... tenéis una empatía poco común hacia los demás. Lo puedo ver.

Entonces, muy suavemente dijo:

—¿Necesitáis opio a menudo?

—Oh, sí —dijeron las dos—. La mayoría de los días. Para los dolores de cabeza. De otro modo, nos ponemos nerviosas y no podemos hacer nuestro trabajo.

Cordelia no permitió que nada se mostrase en su rostro. Ni siquiera preguntó por los misteriosos sonidos de golpes porque, curiosamente, no era eso lo que la confundía. Hacían los sonidos de alguna manera, probablemente haciendo chasquear sus huesos, como hacía Rillie. Se sentó en silencio con las hermanas.

Y entonces se alarmó al ver que Kate tenía lágrimas en sus grandes ojos oscuros, ojos oscuros que parecían casi morados a la luz del día.

—¡No fue por esto por lo que le pedimos que viniera, no para que nos mesmerizara! Pensamos que podría enseñarnos algunas cosas útiles, pero lo que realmente queríamos era traerle mensajes de sus hijos y usted no nos lo permitirá. ¡Porque, leímos sobre su vida! Sabemos las cosas terribles que le han pasado, solíamos guardar los periódicos. Fuimos al circo dos veces, ¡para poder verla otra vez! ¿Por qué no nos deja? ¿Por qué no nos permite darle algún consuelo? Es por eso que se lo pedimos de forma tan privada, para que sus niños vinieran y nadie los oyera, ¡solo usted!

Kate estaba llorando ya sin freno. Cordelia buscó en su capa clara, le pasó su propio pañuelo. Margaret empezó a llorar también.

—¡Queríamos ayudarla!

Una terrible reacción perversa dentro de Cordelia quiso reírse de aquel apuro, dos chiquillas extrañas, lloronas, quizá profundamente histéricas bajo un sicomoro en Battery Park. A las 3 de la tarde y a las 5 de la tarde y, sin duda, a las 8 de la tarde le estarían dando a la gente mensajes de los difuntos. Habría dado cualquier cosa en ese extraño momento por un vaso de oporto.

—Supongo que podríais haberme dado algo, consuelo, y os estoy agradecida por pensar en



ello.

Cordelia respiró muy profundamente. Comprendía a estas chicas mejor que se comprendían a sí mismas quizás, pero no era su intención herirlas o dañarlas.

—No pensaría nunca en... haceros daño —dijo cuidadosamente—. Y estoy muy contenta de haber pasado este tiempo con vosotras. Pero creo que yo lo sé —lo añadió en voz baja pero oyeron cada palabra—. Y creo que vosotros lo sabéis también, que el consuelo que queríais darme habría venido de vosotras, lo que es muy generoso, pero no habría venido de mis... mis propios hijos.

Ninguna de las chicas habló. Margaret se limpió la cara de lágrimas con su manga, un gesto extrañamente infantil. El llanto muy real de Kate se volvió más silencioso y miró a Cordelia, pero no dijo nada. El silencio continuó más y más, alrededor de ellas Nueva York se daba prisa y se agitaba. Margaret se mordió el labio varias veces. Kate jugaba con los pliegues de su vestido y el pañuelo de Cordelia.

—Bien —dijo Margaret de repente, como si las palabras previas no se hubieran dicho—. De todas formas, el niño, Algernoon, entró. ¡Extraño llamar a un niño Algernoon!

Y ella y Kate, olvidadas las lágrimas, explotaron en una risa infantil. Cordelia recordó a la mujer gritando: «¡Es Algernoon!». Las chicas no habían deletreado el nombre. «Cómo han aprendido», pensó irónicamente. «Preguntando si alguien había perdido a un padre o a un hijo cuando la respuesta de, probablemente, más de una persona será seguramente sí». Las chicas estaban intercambiando nombres ridículos que habían aparecido en sus *séances*: St John, Marmaduke, Puss.

—¿Puss<sup>45</sup>? —preguntó Cordelia—. ¿Era un gato?

—¡No, era una tía! ¡La tía Puss!

Y las dos chicas rieron al cálido verano. «Y tienen buena intención». Pensó en la botella de láudano, tirada en el suelo del salón. Sabía que no debía aprobarlo pero, dijera lo que dijera el señor Roland, ella y Rillie, mucho mayores, ellas mismas habían hecho algo parecido por las tardes y se habían mantenido, por las tardes (cuando apenas podían creer su suerte por tener tanto éxito), con grandes vasos de oporto rojo. Sintió una ola de afecto por esas casi niñas, sus secretos desafiantes, su atrevimiento.

—Dejadme mirar en vuestros futuros —dijo—. Dadme vuestras manos.

Y como cualquier embaucadora con experiencia, miró sus palmas y dijo:

—Veo que las dos seréis ricas y famosas y haréis a mucha gente feliz. Margaret, conocerás a un extraño alto y moreno. Kate, tú conocerás a un extraño alto y rubio. Y las dos viviréis felices para siempre.

Y unió sus palmas y las sujetó en la suya durante un momento, y luego las dejó ir. Todas estaban sonriendo, como si, con la unión de las manos hubieran hecho un contrato sin palabras, privado.

—¿Puede decirme el nombre de mi extraño alto y moreno? —dijo Margaret impaciente—. Para que lo pueda saber cuándo lo conozca —como si creyera cada palabra.

—Oh, lo sabrás —dijo Cordelia—. ¡Una siempre lo sabe!

Y las hermanas Fox rieron como niñas cualesquiera y, por una fracción de segundo, Cordelia se permitió pensar que eran Manon y Gwenlliam, sus hermosas hijas, que estaban sentadas con su madre, riendo y llenas de vida bajo los sicomoros. Y mientras caminaban de vuelta por Broadway, las jóvenes charlaron otra vez completamente libres, como si Cordelia no hubiera hablado; le hablaron entusiasmadas sobre la gente famosa que había acudido a sus *séances* y a dónde viajarían luego.

Las dejó a salvo cerca de la puerta trasera del hotel. Todavía tenía su pequeño ramillete.

—Pero no juguéis con el mesmerismo.

Y asintieron obedientes.

—¿Volverá? —preguntó Kate, llena de ansiedad.

—Quizás —dijo Cordelia.

Pero sabía que no lo haría.

—Marchaos ahora —dijo.

Y las jóvenes le dijeron adiós con la mano, con un poco de pena quizás, y luego miraron hacia atrás una vez más, como si supieran que no la volverían a ver.

Y entonces Kate volvió.

Un pequeño jirón de sonido en el aire, casi inaudible. Cordelia casi no estaba segura de que lo hubiera oído.

—Es un truco, los golpes.

Las palabras se habían ido, como si no se hubieran dicho. Todo lo que Cordelia oyó fue la respiración irregular de la joven. «Pero no el... el sentimiento. El sentimiento es real». Entonces vino un chaparrón de palabras.

—Sea lo que sea lo que le preocupa, señorita Preston, espero que le vaya mejor.

Y otra vez Cordelia sintió la sensación cambiante, como si cayera, dentro de su cabeza. Y Kate pareció comprenderlo, se encogió de hombros un poco, confundida.

—No sé como lo sé, puedo sentirlo —dijo con mucha simpleza—. Aquí.

Y puso las manos en su estómago.

Y ya se había ido.

## Capítulo 36

Marylebone, Londres

Querido Arthur:

¡Escribes y preguntas por qué no hay cartas! Bien, aquí está la respuesta. El pequeño Arthur murió hace dos meses. ¿Te acuerdas de él? ¿El nieto que conociste? ¿O te has olvidado? Su pequeño ataúd fue solo a la tierra, y ningún marido para consolar a Faith ni ningún padre. Vive con eso, Arthur Rivers, si puedes.

Te suplico que vuelvas a tus deberes en Londres.

El Señor ha visto adecuado visitarme con más tribulaciones, me duele la cabeza día y noche, si no fuera por Millie, no sé lo que me pasaría. Todos los médicos son inútiles. Ya no soy capaz de atender propiamente tu casa en Marylebone, no hay dinero para ningún sirviente. ¡Millie sugiere que deben TODOS venir a vivir conmigo! ¡Siete niños! Estoy demasiado enferma y dolorida, me duele cada parte de mí y se hincha y, por supuesto, no puedo tener a esos niños bárbaros aquí. En lo que respecta al marido de Faith, el borracho, mientras menos se diga de él, mejor.

A nadie le importa lo que me pase, sin embargo abandono mi propia vida para cuidar a tu familia, tuya, Arthur Rivers, tuya. Londres está cabeza abajo, extranjeros por todas partes, todos los preparativos para la exposición del príncipe Alberto, una no puede ir a ninguna parte (no es que yo lo haga) sin tropezarse con extranjeros, están abriendo burdeles por todo Hyde Park, los extranjeros.

Quedo como tu obediente cuñada.

Agnes Spark (señorita)

P.D.: Confirмо recepción de cinco pagos.

Oh Padre. Siento tanto el largo silencio, todo aquí es más o menos difícil. Fue tan, tan triste lo del pequeño Arthur, padre. No fue el cólera, que ha terminado, sino otra fiebre, y Faith sin el apoyo de su marido, fue duro para ella, el viejo borracho Fred desapareció y no se le ha visto más. Estamos muy contentos de recibir tus cartas y del dinero, pero la vida nos cansa. Oh padre, ¿podrías volver a casa ahora, quizás por poco tiempo y arreglar las cosas de alguna manera, solo por un poco? Traté de hablar con la tía Agnes como sugeriste pero se muestra inexorable. Seremos más amables con la señorita Preston ahora que hemos crecido, padre, qué horribles fuimos todos entonces. Nadie se acuerda de ese escándalo ahora, hay escándalos nuevos y mayores cada semana: un hombre cortó a dos mujeres en Islington ayer y puso los pedazos en un vagón y los periódicos a penique dijeron que 15.000 extranjeros inundaron Londres la semana pasada, que inmediatamente se pusieron a alquilar casas para poner burdeles y casas de juego para atender a los millones que, dicen, asistirán a la Gran Exposición del príncipe Alberto el año que viene. Pero Charlie dice: «si crees todo lo que dicen los periódicos nunca saldrás de casa» (como la tía Agnes). ¿Insistirás en que nos mudemos a Marylebone, padre, a pesar de las protestas de la tía Agnes? Sería más barato. Los once vivimos ahora del sueldo de Charlie de la junta del agua y tu

amable dinero, (sin el cual nos abríamos ahogado hace tiempo, padre). ¿Quizás... quizás podrías venir a casa por poco tiempo solo para arreglar las cosas? No sé qué más hacer, tratando de contentar a todo el mundo y de administrar el dinero, gracias a Dios por la bondad de Charlie, que siempre me ayuda y me apoya. Faith vive con nosotros ahora y no me atrevo a dejar a los niños con ella por el momento, perdió su trabajo en la fábrica de conservas, está muy triste y deprimida y llora mucho y encontramos las pinturas del pequeño Arthur que le hiciste. Siempre las conservé en la alacena, detrás de todas las mermeladas y los escabeches, lloré cuando las encontré, querido niño. Oh, mi querido padre, te echo tanto de menos que escribirlo es poco. Pero sé que también tienes tu propia vida y estoy contenta de que seas feliz. Por eso, si no puedes volver a casa ahora mismo... está bien, bien, cuando puedas, querido padre, sería tan hermoso, pero nos las arreglaremos hasta entonces.

Con amor de Millie.

Abrazos.

Era una tarde calurosa y húmeda. El inspector Arthur Rivers estaba solo en su oficina y por eso ningún otro policía de Nueva York (que simplemente no lo habría creído) vio a su jefe con lágrimas en los ojos, porque por supuesto que recordaba al pequeño Arthur, lo había tenido en brazos y lo había amado y había estado orgulloso, su primer nieto, al que habían dado su nombre y al que había dibujado barcos navegando. Y se fue navegando.

Quizás las lágrimas eran por muchas cosas por las que no había llorado, porque los hombres, por supuesto, no lloraban.

Se sentó allí en el aire nocturno, caliente y húmedo rodeado de informes sobre violencia y robos y asesinatos en los muelles de Nueva York. Pensó en el niño, pensó en su querida hija Millie tratando de lidiar con todos los problemas de la familia y sin bastante dinero y todavía tratando incluso ahora de no presionar a su padre. Pensó en su mujer Elizabeth que había muerto demasiado pronto. Pensó en Cordelia, de repente sintió que no podía respirar. La vio con el pelo corto de punta y su plancha de hierro. Cordelia había dicho: «El pasado no lo puede resolver un detective».

Miró otra vez fijamente los informes, las palabras estaban borrosas. No leyó las cartas otra vez pero no las puso en su cajón cerrado con llave, sino en el bolsillo de su capa. Sabía que hacía tiempo que tenía que haber hablado de esas cartas con Cordelia pero había muchas cosas de las que no habían hablado.

Quizás, después de todo, los fragmentos de cristal roto entre ellos eran infranqueables.

El pensamiento se formó solo.

«Volveré a Londres».

## Capítulo 37

MÁS tarde, en aquella calurosa, húmeda e insoportable tarde de Nueva York, La Gran Céline, contando sus ganancias al final de la tarde, dándole las buenas noches a las dos criadas negras, Maybelle y Blossom, que siempre trabajaban con Céline hasta que terminaba y luego correteaban a su pequeña habitación en el sótano, oyó que llamaban a su gran puerta principal.

—Siempre hay uno —dijo a las chicas—, y siempre el mismo llanto: «¡Un trago más Céline, solo un trago más!».

Pero, sin embargo, les hizo un gesto para que se quedaran un momento, cogió la porra que siempre tenía junto a la mesa de la caja. Jeremiah se había ido, los inquilinos de la pensión, una vez que tenían su confianza, tenían sus propias llaves. Caminó hacia la puerta y la abrió con la porra preparada.

Una figura estaba de pie en la oscuridad, podían olerlo (supusieron que era él) antes de que pudieran figurarse algo más.

—Está cerrado —dijo Céline firmemente, haciendo un movimiento para cerrar otra vez, pero antes de que pudiera hacerlo, el hombre habló.

—¿La señorita Cordelia Preston? —le dijo—. ¿Es este el lugar?

Oyeron un fuerte acento irlandés.

Al momento, la Gran Céline lo agarró del brazo y lo guio hacia adentro.

—¿Qué es esto? —dijo ella, sabiendo que el inspector Rivers no estaba allí, temiendo enseguida noticias procedentes de los muelles sobre su seguridad; nadie olvidaba los disturbios de Astor Place.

El hombre estaba muy delgado y parecía como si se fuera a romper. Céline podía sentir sus huesos. Sus ropas estaban raídas, sus largos bigotes y cabello negros de suciedad, sus zapatos no eran mucho más que piel agujerada y colgante y sobre su hombro tenía una bolsa maltrecha. Se dieron cuenta enseguida de que apenas podía sostenerse en pie. Ayudado por Blossom, se sentó cautelosamente en un sofá cercano a la puerta, y tiró su bolsa hacia delante como si lo hiciera con la poca fuerza que le quedaba.

—Ábralo por favor, por el amor de Dios —dijo, como si lo hiciera con su último aliento—. Una carta.

—Traed *brandy* —ordenó Céline a Maybelle.

Blossom se arrodilló a los pies del hombre y abrió la hebilla de la bolsa. Enseguida, el irlandés pareció de alguna manera ofendido o disgustado de que una negra estuviese tan cerca de él, pero no tenía fuerzas para hacer o decir más. Céline se inclinó, tratando de no marearse por el hedor que venía del hombre y miró dentro de la bolsa. Dentro, envuelta en una prenda de algún tipo asquerosa y plagada de algo, había una carta dirigida (la escritura estaba casi borrada pero se podía leer parcialmente todavía: «SEÑORA CORDELIA PRES» y «CASA CEL»). Por detrás solo pudo adivinar: «DE SILAS P.».

—Rápido —dijo Céline a Maybelle mientras ponía *brandy* en los labios del hombre—. Traed a Cordelia.

Oyeron los pies de Maybelle subiendo los escalones sobre sus cabezas, luego pasos

corriendo hacia abajo. Cordelia y Rillie llegaron primero, las dos con sus camisones, seguidas por *monsieur* Roland, que todavía llevaba un libro que había estado leyendo, con sus gafas de aumento todavía en las manos.

Céline le dio a Cordelia la carta, Cordelia vio la casi ilegible escritura, que no era de su hija, se inclinó hacia el hombre.

—¿Es usted de California?

—Seguro, y he vuelto —dijo con dificultad—. Es un lugar malo y bárbaro y ella no debería estar allí.

De repente le vino un chorro de energía o de ira.

—Es como una cloaca de hombres arrastrándose y muriendo y buscando oro. La Ciudad de Panamá es una visión del infierno con nosotros yendo y viniendo y todo, ¿para qué?

Y entonces, incluso con la ayuda del *brandy* (o posiblemente a causa del *brandy*) se cayó hacia atrás, medio en brazos de Blossom, que no prestó atención heroicamente al hedor de las ropas en su cuerpo.

—¿Está muerto? —dijo Rillie asustada.

Blossom escuchaba.

—No señora —dijo—, puedo oírle el corazón.

El hombre abrió los ojos.

—Ella es un ángel del cielo —dijo.

—¿Yo? —dijo Blossom casi ofendida, no sentía más amor por los irlandeses que los irlandeses por los negros.

—Hay un sitio en la parte de atrás —dijo Céline.

Y ella y Blossom y *monsieur* Roland, entre todos, levantaron al hombre inconsciente, y todo el mundo contuvo la respiración cuando tres pepitas de oro cayeron de la bolsa. Rillie las metió otra vez en la bolsa raída. Llevaron al hombre a una cama en la habitación pequeña como una despensa y, cuando lo tumbaron con cuidado allí y pusieron la bolsa a su lado, abrió los ojos brevemente.

—Ella se llevó a mi hermano al cielo —dijo—. Es un ángel, pero ahora... —y un espasmo lo sacudió—. Ahora he cruzado ese istmo y mis amigos han muerto como mi hermano. No me importa si me voy o no.

Sus ojos se cerraron otra vez.

Asumieron que estaba delirando; Rillie le murmuró:

—Estás en casa. Estás a salvo. —Pero a *monsieur* Roland le susurró con urgencia—: ¿Quiere decir que Gweenie ha muerto?

—Corre a por el médico de al lado, Blossom —dijo Céline.

Y Blossom se fue, pero Céline sacudió la cabeza sombríamente cuando miró al hombre.

—¿Querías quedarte con él, Maybelle? —preguntó, pero casi disculpándose.

—No se le puede dejar solo —dijo Maybelle, pero se colocó lo más lejos posible del irlandés.

Los otros volvieron a la gran habitación donde Cordelia estaba sentada: Cordelia Preston, valiente, estoica, llena de coraje, simplemente demasiado asustada para abrir sola el sobre con la extraña escritura, estaba esperándolos y mirando fijamente al sobre grande y sucio. Entonces se abrieron las puertas, y Arthur Rivers entró, con sus propias cartas en la mano. Parecía extremadamente sorprendido al verlos con ropa de dormir en el comedor. Vio el rostro de su esposa.

—Alguien ha traído noticias de Gwennliam —susurró Cordelia—. No es su letra.

Arthur no tuvo tiempo de hacer preguntas antes de que el médico lo siguiera por la puerta principal.

—Rápido —dijo—. Están trayendo la fiebre.

—¿Qué quiere decir con «la fiebre»? —preguntó Cordelia asustada.

Habló con suavidad.

—Cólera. ¿Dónde está?

Céline llevó al médico a la habitación pequeña, el policía fue también, volviendo a meter de cualquier manera sus propias cartas rápidamente en su capa.

—Ha traído una carta de Cordelia desde California —le explicó Céline—. No sabemos nada más de él.

El hombre estaba inconsciente en ese momento; el médico lo examinó muy, muy cuidadosamente.

—Qué gran suerte —les dijo después de varios minutos (o quizás se lo dijo al paciente inconsciente, era difícil saberlo).

Pero entonces se volvió a Céline y a Arthur.

—Sabemos que están trayendo el cólera del viaje a California, es por eso que vine tan rápido. Casi todo lo demás lo tiene mal, pero no es por eso, probablemente vivirá. ¿Quién es?

Arthur dijo:

—He mirado en su bolsa pero no hay ninguna pista de quién es, solo hay algo de oro y unos trapos.

—Probablemente vivirá —dijo el médico otra vez—. Pero quemen los trapos. Este hombre ha tenido suerte de acabar en Casa Céline. ¡Probablemente viva en Five Points! Denle comida, déjenle dormir durante mucho, mucho tiempo.

La carta era de Peggy Walker. Los dedos de Cordelia, que sujetaban la carta abierta por fin, temblaron cuando lo supo. Había sido escrita hacía dos meses y medio.

Querida Cordelia:

No tengo idea alguna de cómo empezar esta carta, por eso me lanzaré directamente porque hay que llevarla a los muelles antes de una hora. Silas y dos de los líderes de los mineros ya se han ido para inspeccionar el barco que se sabe que va a zarpar de San Francisco hoy, aunque puede haber otros, y le ha ordenado a uno de los charros que me esperen con esta carta y que luego cabalgue rápido para que se la dé a alguien de confianza en ese barco, alguien que tome la ruta terrestre desde la Ciudad de Panamá. Ese es el camino más rápido para llevarte una carta.

Y gracias a Dios que me dijiste lo que me comentaste sobre la vida de Gwen o no habría tenido ni pies ni cabeza para mí.

Gwenlliam ha desaparecido, o más bien, porque pensamos que sabemos lo que ha pasado, un hombre de Inglaterra se la ha llevado. Este hombre apareció en San Francisco hace algún tiempo, fingió ser un inglés encantador y agradable (uno de esos que es ciertamente apuesto, pero no su alma, ya sabes, que piensa que es un regalo de los dioses). Ya conoces a esa calaña, Cord. Para ser sincera, no les va bien en América, a esa calaña. En cualquier caso, pensamos que había venido para esperar la temporada minera como todos ellos. Dijo que era un seguidor del circo y se presentó a sí mismo, contando un poco con sus maneras caballerosas, y se quejó sobre el tiempo tan largo que le había costado llegar hasta aquí. «Ciento treinta y dos días en el mar», no paraba de decir, ¡como si fuera el único entre nosotros que hubiera viajado! No dejaba de preguntar si era más rápido por tierra, pero cuando le hablaron sobre cruzar el istmo y todas las dificultades que entrañaba, entonces dijo «¡Ya estoy yo vadeando las selvas con serpientes!» y

luego se quedó callado. Y entonces, después de unos cuantos días, Gwen se empezó a hartar de sus merodeos, cualquiera podía verlo. Pero no se iba. Finalmente insistió en que tenía que hablar con ella a solas de asuntos importantes. Todos pensamos que la acababa de ver en el circo y se había encaprichado de ella, hay montones como esos, ha tenido muchas propuestas de matrimonio, te puedo decir, pero una vez que vimos que no le interesaba, le dijimos que se largara. Pero era como una sanguijuela hasta que consintió verlo en privado, pero con nosotros vigilándola desde bastante cerca (¡tenía unos veinte guardianes esa tarde, Cord!) para estar seguros de que no hiciera algo vil; un inglés engreído donde los haya, con el nombre de señor Doveribbon (lo que, en mi opinión, en sí mismo es suficiente como para levantar sospechas).

Y allí estaba, nuestra chica favorita y floreciente, cuando de repente, después del «encuentro privado» con este tipo, volvió a nuestro hotel y estaba tan pálida que sospeché todo tipo de cosas. «Estoy bien, Peggy», me dijo, pero le dije: «No, no lo estás, amiga, y soy tu guardiana, se lo prometí a tu madre. Así que dime, ¿qué ha pasado?». Ella más o menos sacudió la cabeza, «es sobre el pasado», ¿y sabes lo que hizo, Cord? Hasta vomitó en una palangana, lo que me conmocionó realmente. Y dije: «Lo sé todo sobre tu pasado, tu madre se aseguró de que lo supiera». Pareció sorprendida entonces: «¿Sobre mi padre y el matrimonio falso y nuestro secuestro que nos alejó de mamá?». «Sí», dije. «Tu madre me lo contó todo». Y entonces se lavó la cara y se sentó en la cama. «Vamos Gwen», le dije.

«Sabe todo sobre mí», dijo y su voz era muy plana, nada parecido a como ella es.

«¿Quién?» (pero lo sabía, por supuesto).

«El señor Doveribbon. Lo ha enviado aquí su padre, que es abogado, para llevarme de vuelta a Londres. Sabe que crecí en Gales con mi hermano y hermana, sabía que Manon se había casado con el duque y se había suicidado y sabía que Morgan estaba muerto y habló de todo, como si tuviera el derecho de hablar de esas cosas conmigo. Esa es mi historia privada, no de él para hablar de la manera que lo hizo. Dijo que teníamos que volver a Inglaterra inmediatamente, que mi abuelo (y apenas podía decir la palabra abuelo, Cord) es viejo y está enfermo e insiste en que vuelva porque quiere convertirme en su heredera». Me miró entonces, Cord, y sus ojos parecían penetrantes y furiosos, yo estaba muy alarmada, sabes lo gentil y sensata que es y —después de todo— puedes pensar que me estaba dando buenas noticias quizás, si iba, digamos, a ser una heredera. ¡Más fácil que el circo!

Pero dijo: «¡Estaba tan creído! ¡Como si me hubiera traído buenas noticias! Odiaba a ese viejo. Era cruel, sobre todo con mi hermano pequeño, lo intimidaba y nunca le dejaba pintar, y Morgan era un pintor maravilloso. El viejo duqueapestaba, bebía whisky y gritaba y organizaba nuestras vidas, nuestro padre era débil y estoy segura de que su padre le tenía demasiado asustado como para casarse con mi madre de verdad. Ese viejo duque era un monstruo y lo odiaba. Era un monstruo horrible y mi madre sufrió tanto. Esperaba que hubiera muerto hacía años. No quiero tener nada que ver con eso, y el señor Doveribbon me dijo que era mi deber solemne volver, que todo el mundo estaba tratando de encontrarme porque había en juego una enorme cantidad de tierra y de dinero. Dijo que iba a ser heredera y que debía volver enseguida y entonces, Peggy, ¿sabes lo que dijo? Dijo que se casaría conmigo porque ¡necesitaba que me protegieran! ¡A mí!».

Me reí entonces, no pude evitarlo. Nuestra Gwen, nuestro espíritu independiente, cuando es más feliz es entre la gente del circo, con nuestra vida, sé que me dijiste que la criaron como una dama inglesa y de algún modo también lo es, una dama inglesa, pero, ¡como ninguna dama inglesa que yo haya visto! Está grandiosa en el circo, Cord, un gran éxito, no es como tú, por supuesto, no tiene esa «cosa», como lo llama Silas. Esa cosa hace que la gente no aparte los ojos de ti, Cord, pero estarías orgullosa de ella: los mineros la quieren, de verdad, y los acróbatas franceses y los



charros y los enanos (que son tristemente menos, como probablemente te has enterado), que siempre comparten sus pequeños secretos con ella. Y el Jefe Gran Arcoíris... Ella había empezado a jugar al póquer con él, antes de que se enfadara tanto por las matanzas de indios aquí. Un jefe indio jugando al póquer con una mujer, ¡quién ha oído algo semejante! Pero creo que estaba orgulloso de lo bien que ella había aprendido.

«¿Qué dijiste sobre el señor Doveribbon, Gwen?», dije todavía riéndome. Pero pronto paré porque, ¿sabes, Cord?, lloró entonces, querida joven Gwen, porque, nunca la había visto llorar antes en todo el tiempo que la he conocido. Estaba contenta de que yo conociese su pasado, creo. Hiciste bien Cord al contármelo, aunque nunca lo mencioné hasta ese día. Pienso que no me habría dicho nada de lo que pasó con el señor Doveribbon si lo hubiera tenido que explicar. «¡Qué arrogancia!», seguía diciendo. «Era tan arrogante, estaba tan seguro de que lo estaba haciendo bien. “Estoy haciendo esto por ti”, dijo. “¡He cruzado el mundo por ti!”». Dijo que la idea de dejar el circo y volver a aquella vida a la que fue forzada cuando era joven, y estar con el viejo duque cruel, era tan terrible que la ponía violentamente enferma. Luego, después de un rato, se secó los ojos. «No sé por qué lloraba, Peggy», dijo. «Es solo que me ha recordado aquellos malos tiempos». «Tú no tienes que ir Gwen», dije. «Tú eres tu propia jefa, amiga». Y dijo: «Sí, le he dicho que no quiero nada de eso y que no quiero que me vuelva a hablar. Y, además, ¡voy a decirle a los charros que me está molestando, lo mantendrán lejos!». Y ella se rio de pronto y luego dijo: «¡Imagínate venir todo el camino desde Londres a las minas de oro para hablar sobre fortunas! ¡Qué inapropiado cuando tenemos las nuestras! ¡No sé en absoluto por qué estoy llorando!». Y yo me reí, y ella se estaba riendo, de ese modo tan valiente en que lo hace cuando (lo he visto, Cord, desde que me contaste su historia) tiene recuerdos duros que soportar. Y al final, el señor Doveribbon pareció un mal sueño.

No iba a verlo ni a hablar con él otra vez, volvió a merodear, por supuesto, pero los charros se quedaban alrededor cuando supieron que ella no lo quería. Son devotos de ella, esos mexicanos, le dijeron que se largara (y esos mexicanos pueden ser muy brutos si no les gusta alguien). Y luego desapareció, por supuesto, pensamos que se había ido del todo y Gwen estaba muy contenta. Y pensamos que se acabó. Nos olvidamos de él. Aunque me di cuenta de que aquello le había afectado a ella. Lo que había pasado.

«Me está resultando difícil escribirle a mamá», me dijo. «Sobre todo esto. Es el pasado y pensamos que todo había terminado». Y algunas veces decía la misma frase otra vez, «¡qué arrogancia!».

Cord, cuando Gwen estaba volviendo al hotel de la tienda de las cartas la noche pasada (yo había salido solo cinco minutos antes que ella, dije que pondría agua a hervir) simplemente desapareció, en algún lugar entre la sala de juego y el hotel.

No podemos estar seguros, San Francisco, donde están actuando ahora, es un lugar salvaje y hay mucha violencia y delincuencia aquí, está lleno de embaucadores y canallas. Sin embargo, dudamos que alguien en San Francisco le hubiera hecho daño, la gente se conoce. Ella es especial, se ha vuelto muy, muy popular, no solo como acróbata, ha tenido un auténtico éxito con el mesmerismo, la gente se queda a menudo estupefacta y la mayoría de los ciudadanos saben quién es. El domador de los camellos está seguro de que vio al señor Doveribbon de vuelta, merodeando por las tiendas la noche pasada, antes de que el circo empezara, pero nadie más lo vio. Pero, de todas formas, yo sospeché enseguida del inglés. Por eso le conté a Silas toda la historia y lo del señor Doveribbon, que era el hijo de un abogado que estaba tratando de hacer que Gwen volviera a Inglaterra y, tan pronto como le dije eso, se puso muy raro. Resultó que, justo antes de que saliéramos de Nueva York, Silas recibió una visita de este mismo señor Doveribbon.

«¿No ha estado aquí?», dijo Silas sorprendido (si solo hubiera estado aquí y lo hubiera visto, pero ya conoces a Silas, siempre corriendo, planeando y contando el dinero, todavía tenemos un número muy elevado de espectadores). De todos modos, el señor D., de algún modo, sabía que tú trabajabas para el circo, y había dado a Silas una carta para dártela a ti, Cord, algo bueno para ti.

Bueno, ya conoces a Silas, Cord, no es un hombre malo, quiero decir, no un mal hombre de verdad, con esto quiero decir que no es un malvado. Oh, Dios, los charros están llamando para llevarse esta carta. De todos modos, Silas no te habló de la carta porque os quería a las dos a bordo del barco a California. Me dijo que la rompió.

Entonces, Gwen había desaparecido. Silas había ordenado una gran búsqueda e investigación y, como dije, está inspeccionando todos los barcos que salen (todo el mundo está alerta por ella). Nadie escuchó gritos ni una pelea, pero sabemos que no había manera de que hubiera dejado el circo o se hubiera ido con él. Pero no hay una policía propiamente dicha aquí, ni gobierno ni nada, quiero decir que solo podemos hacer lo que podemos por nosotros mismos. Si alguien puede encontrarla ese es Silas, el circo no es nada sin ella, quiero decir nada especial, y sé que Silas también se siente culpable.

Ella falta solo desde la noche pasada, y hoy es 14 de mayo y no hay grandes barcos que todavía hayan salido desde ayer por la mañana. Gracias a Dios estamos trabajando en San Francisco todavía, podemos seguir atentos a tales cosas (tenemos que volver a Sacramento cuando los campamentos de oro se abran otra vez después del peor invierno, pero nos va tan bien aquí ahora que hay oro otra vez —o lo estábamos hasta anoche—). Los charros irán directamente a los muelles con mi carta que debo cerrar ahora. Te llegará por la ruta más rápida que conocemos, y si hay cualquier señal de ella o del señor D. en el próximo barco que se vaya, se les sacará y esta carta nunca llegará. Pero hay pequeños barcos (¡hasta barcos de pesca!) que salen hacia Panamá todo el tiempo, desde luego. La gente no tiene paciencia en este lugar, aunque si este señor Doveribbon de algún modo consigue llevarla tan lejos como Panamá sin que los detengamos todavía tiene que hacer el resto del viaje. Nos hemos movido tan rápido como hemos podido, pero quizás no lo bastante rápido. La única cosa que me sigue molestando es que no creo que nadie pueda obligar a Gwen a hacer algo que no quisiera a menos que fuera físicamente incapaz de escaparse de él. Puede ser que aparezca de algún modo sana y salva mañana, en cuyo caso escribiré otra vez inmediatamente. Adiós, Cord, los charros están llamando sin parar, le darán esta carta a alguien que vaya a Nueva York a través del istmo de Panamá, aunque encuentren a Gwen primero.

Lo siento mucho Cord.

Peggy Walker

Cordelia no se dio cuenta de que había dejado caer la carta al suelo. No se dio cuenta de que había caminado a la ventana que asomaba a Maiden Lane por la noche y que los carros traqueteaban al pasar por los adoquines.

«Somos nuestro pasado», había dicho *monsieur* Roland. La memoria —esa cosa esquiva, tramposa, a veces traída por los pelos— nos define y nos hace lo que somos.

*Ellis la llamó. Tenía que ir a Londres enseguida, sin los niños. Tenía que ir enseguida a una dirección fuera de Strand. Nunca se había separado de ellos, les prometió que no estaría fuera mucho tiempo, traería de vuelta a papá y él no se iría nunca otra vez. Cuando el carruaje rodó, vio a Morgan, que tenía cinco años, llorando y luchando, sujeto por su hermana, de seis años. El largo pelo de Gwenlliam voló cruzando su rostro cuando se inclinó sobre él. Manon, de*

siete años, miraba fríamente al carruaje que se marchaba, había querido ir a este lugar llamado Londres también. No se despidió de su madre. Algo, una intuición, hizo que Cordelia golpeará el techo del carruaje. Rápidamente saltó fuera, casi salió volando del estrecho camino de la costa mientras miraba hacia atrás, pero estaba demasiado lejos, ya los niños eran sombras a través de la larga, larga hierba. La piedra rota del anciano castillo galés se erigía lejos por encima de ellos mientras el viento loco soplaba.

Durante el largo viaje a Londres, Cordelia repasó su vida. Había sido un giro demasiado romántico, demasiado increíble. Las dudas que había empujado durante años en el agreste Gales pasaron a la parte de atrás y su corazón latía como un tambor mientras más se acercaban a su antiguo hogar, Londres.

Esperándola en la dirección que le habían dado fuera de Strand, no estaba Ellis en su casa de Londres, sino un abogado en su bufete. Tenía papeles y una suma de dinero.

—Lord Morgan Ellis lo lamenta, señorita Preston.

Ella lo miró con sorpresa.

—Por favor no se dirija a mí como señorita Preston. Soy lady Ellis.

—Me temo que no lo es, señorita Preston. La... eh... la ceremonia de matrimonio que tuvo lugar en la capilla hace tantos años la presidió... un amigo. Fue una broma.

—¿Una broma?

—Eh... no... quizás no es esa la palabra. Pero no fue legal ni vinculante —inhaló—. Usted no es, y nunca ha sido, lady Ellis.

Algo la mantuvo derecha.

—Me gustaría ver a mi marido.

—Me temo que eso es imposible. Y debo señalar que lord Morgan Ellis no es, ni nunca ha sido su marido. No puede volver a Gales, la propiedad ha sido clausurada. Y me temo que este es el final de la historia.

Ella repitió otra vez las palabras con completa incredulidad.

—¿El final de la historia? ¿El final de la historia?

De repente ella se abalanzó contra el abogado, lo cogió verdaderamente por sorpresa porque nunca una mujer se le había abalanzado. Ella, de hecho, golpeó su cabeza contra la pared de la habitación fuera de Strand antes de que consiguiera escaparse de ella.

—¿Qué pasa con mis hijos?

—¡Furcia! —gritó—. ¡Putá actriz!

—¿Qué pasa con mis hijos?

—No son sus hijos, le pertenecen, por ley, a lord Ellis. Tengo aquí doscientas guineas por las molestias.

Y entonces, al observar la incredulidad en sus ojos, el abogado, antes de que ella lo pudiera atacar de nuevo, estaba fuera de la habitación y cenó gratis varias noches gracias a la historia de la puta bruja actriz que creyó ser una dama.

Cordelia volvió a Gales en ese momento, el mismo día, alquilando un carro privado, ni siquiera vio a la tía Hester, viajando día y noche, rehusando pararse excepto para cambiar los caballos; volvió para encontrarse que una tormenta de primavera rugía a lo largo de la costa de Gwyr. La lluvia caía en el camino y el viento era salvaje. Cuando se aproximó a la mansión de piedra y las ruinas del castillo en el acantilado, cuando vio a través de la lluvia torrencial que la marea estaba baja, tan lejos como los ojos alcanzaban, cuando se aproximó a las puertas, lo supo: los niños no estaban, su casa estaba cerrada con llave y las cabezas rubias no jugaban entre las algas y las rocas en la larga playa. Había chispas de relámpagos mientras

*permanecía de pie bajo la lluvia y luego el trueno hizo un eco. Como pudo, subió por las verjas de hierro de la puerta de al lado de las paredes de piedra, rasgando su capa, pero la casa estaba cerrada con barras. De sus niños no había señal, excepto la casa de ramas que habían construido en el roble. El roble. Escaló hasta la pequeña casa en el árbol en las ramas donde se dejaban cartas los unos a los otros. La sesgada lluvia abundante y el viento fuerte habían cogido un trozo de papel, rasgado, un trozo de papel blanco que se había elevado en espiral hasta los cielos; había desaparecido mucho antes que Cordelia hubiera vuelto a casa.*

*Un gran grito hizo eco a través de la lluvia hasta la alta hierba y las flores silvestres y las ruinas del castillo y las arenas vacías abajo, cuando Cordelia corrió como un alma demente atormentada alrededor del edificio de piedra vacío una y otra vez. «¿Dónde están mis hijos? ¿Qué le pasaría a Morgan con su ira y las tormentas en su cabeza?». Nadie supo cuánto tiempo se quedó Cordelia Preston fuera de la mansión cerrada bajo la tormenta, pero la marea subió bajo ella, el mar que a menudo parecía tan benigno, se arrojaba a sí mismo contra los dentados acantilados abajo, echándose hacia atrás y arrojándose a él mismo, una y otra vez.*

*Cordelia Preston podía haberse arrojado ella misma contra los acantilados también, pero era la sobrina de la señorita Hester Preston y entonces parecía que ella era todavía la señorita Preston. Las mujeres Preston, al final, no se arrojaban ellas mismas a ninguna parte excepto a la vida.*

Pero allí, en Nueva York, muchos años después, con las páginas de la carta de Peggy Walker esparcidas sobre el suelo, Cordelia Preston puso la cara entre las manos, y enormes sollozos que la sacudían salían de lo más profundo de sí misma.

*«Y es por mi culpa».*

## Capítulo 38

CLOROFORMO. No el éter, ni el óxido nitroso que los enanos usaban cada noche después del circo para colocarse. Cloroformo.

Gwenlliam sabía que era cloroformo.

Había olido cloroformo, los enanos habían probado el cloroformo y lo habían descartado. Había olido cloroformo en el hospital con *monsieur* Roland, lo reconoció enseguida, el extraño olor un poco dulce.

No tenía idea de dónde estaba, o de cuánto tiempo había estado allí, pero sintió algo de movimiento, un carruaje silencioso quizás, los caballos trotando suavemente sobre campos de hierba. Flotó con los silenciosos caballos, no abrió los ojos, en realidad le resultaba muy difícil abrirlos, eran tan pesados... Flotó bastante... flotando a lo largo de esos campos. Flotando, lentamente, vagabundé laboriosamente de vuelta a sus pensamientos. El circo, el trapecio vacío balanceándose adelante y atrás mientras los mineros gritaban y aplaudían y escupían tabaco, como siempre hacían; los mineros saliendo a chorros de los bares y las chicas de los bares, como siempre hacían, «mi turno para un vals», encontrándose en la oscuridad iluminada por lámparas con los otros acróbatas, vagabundeando a la tienda de juego, jugando, ¿ganando? Y luego un recuerdo esquivo de andar, andar con pasos, ¿eran pasos? Pero era demasiado esfuerzo pensar en los pasos, se dejó flotar sobre campos de sueños arrastrada por los silenciosos y gráciles caballos.

Y entonces lo recordó.

Un instinto inmediato le dijo que no abriera los ojos. Escuchó con cuidado. Un sonido. Un sonido como un río corriendo... Sentada junto a ríos en las afueras de pequeñas ciudades cuando ella y los tragafuegos y los acróbatas y el jefe indio jugaban a las cartas, y el bebé elefante arrojaba agua sobre su cabeza y la aguja de coser de Peggy Walker entraba y salía. «Peggy Walker. ¿Dónde estoy?». Una vez más escuchó el sonido, el río y entonces lo oyó, las palmadas de una vela cuando el viento la llenaba. «Estoy en un barco y alguien me puso cloroformo en la cara». Débilmente podía olerlo todavía como si lo tuviese sobre la piel o en el pelo.

Otra vez el sonido de una vela al viento. «Cloroformo». Había habido historias. Jóvenes subyugadas por hombres malvados con cloroformo para satisfacer sus malvadas intenciones. Se observó a sí misma sin abrir los ojos para ver si se habían satisfecho malvadas intenciones en ella, pero sintió que estaba como había estado y, suavemente movió un miembro, varios miembros. También seguía llevando su ropa, incluyendo sus botitas.

«Cloroformo». ¿Qué habían dicho en el hospital sobre el cloroformo? «El cloroformo, mal administrado, puede parar los latidos del corazón». Su corazón obviamente no se había parado porque podía sentirlo latir con indignación mientras más pensamientos le venían. Otra vez oyó el sonido de una vela al viento. «Pero, ¿dónde estoy?».

Otra vez se vio a sí misma volviendo de la tienda de juego, con veinte dólares de ganancia en el bolsillo de su capa. Se vio a sí misma saludando a los charros mientras frotaban a los caballos, saludando a una de las acróbatas que había estado en la sala de baile y estaba ahora andando cogida del brazo de uno de los dueños de una tienda, a los enanos congregados en la esquina de la

calle donde uno de los doctores anunciaba medicinas, los saludó y caminaba, vio las luces del hotel donde Peggy Walker había ido a poner agua a hervir, y luego pasos, pasos, detrás de ella y... nada... oscuridad.

Y en aquel momento una luz pareció iluminar su cabeza... Si abriera los ojos en ese instante vería al señor Doveribbon, el hijo del abogado.

Respiró dentro y fuera, suave y con delicadeza, como si estuviera dormida.

Ella lo comprendió todo con bastante claridad. Su fortuna no se podría reclamar si no estaba allí para cuidar a su abuelo. Como había escogido no aliarse con el señor Doveribbon, había usado cloroformo para asegurarse su asistencia. «Demasiado cloroformo podría parar el corazón». ¿Tenía el señor Doveribbon esta importante información?

Dentro y fuera iba la lenta y uniforme respiración.

Qué error había cometido el señor Doveribbon. Pero Gwenlliam Preston nunca, nunca cooperaría con nadie que perteneciera a la familia del Duque de Llanefydd, quien parecía pensar que era perfectamente aceptable abducirla dos veces, y apartarla de su propia vida.

La suave y gentil respiración continuó mientras sus deducciones continuaban.

Peggy Walker lo sabía todo. ¿Habría adivinado Peggy Walker lo que le había pasado? Peggy Walker escribiría a Nueva York enseguida. Pero una carta seguramente no podría llegar a Nueva York más rápido que una persona, y no había postes de telégrafo extendidos desde San Francisco a Nueva York, para llevar su historia. Arthur. Arthur era policía, un policía de verdad, un detective de Scotland Yard. Peggy encontraría la manera de hacer llegar una carta a Nueva York urgentemente. Los charros la ayudarían. Arthur era un detective. La encontraría...

Hacia dentro y hacia fuera iba la lenta y regular respiración.

¿Ordenaría el señor Doveribbon para ellos seguir una ruta más segura, alrededor del cabo, la ruta que él conocía? ¿U ordenaría seguir la ruta más rápida y más peligrosa a través del istmo de Panamá? De alguna manera se sentía como si fuera en un pequeño barco, si lo era, que debía de estar llevándoles de San Francisco a Panamá. Había oído hablar de su interés en otras rutas: ¿estaba pensando en el temido istmo? ¿O en México? Si gritaba, ¿quién iba a oírla en medio del manicomio que era Panamá? El señor Doveribbon sabía que tenía familia en Nueva York. ¿Sabía que la estarían buscando? Y si objetaba en poner un pie delante de otro, sin saber los peligros, ¿le continuaría administrando más cloroformo deteniendo quizás su corazón? ¿Debía objetar? ¿O viajar con calma de vuelta a Nueva York bajo los auspicios del señor Doveribbon?

Gwenlliam no había estado presente cuando ambas, Cordelia Preston y Peggy Walker, habían estado de acuerdo en que era una chica sensata y enérgica. La sensata y enérgica Gwenlliam Preston, ahora LA ACRÓBATA CLARIVIDENTE (que no tenía, ay, los poderes clarividentes para haber previsto esta situación) comprendió que tenía solamente una opción, que era ser sensata en aquel momento (hasta que descubriera sus planes). «Seré sensata y agradable hasta que llegemos a Panamá y, luego, de alguna manera, me evadiré y volveré a San Francisco».

Se preguntaba lo que le había pasado a sus veinte dólares, sus ganancias del póquer, si todavía estaban en el más profundo bolsillo dentro de su capa.

Dentro y fuera iba la lenta y regular respiración, como si se estuviera despertando, dio varios suspiros pequeños. Abrió los ojos al fin, vio, a la luz de una pequeña ventana elevada, al señor Doveribbon (como había previsto sin poderes mágicos). Estaba sentado en un pequeño taburete al lado del pilar, vigilándola. Miró alrededor del pequeño camarote. Podía ver el cielo azul a través de la pequeña ventana, podía sentir el mar, casi con certeza era un barco pequeño, no uno grande. Parecía estar en la cama baja de una litera. Una pequeña bolsa: que presumiblemente le pertenecía a él ya que no se le había permitido a ella. No había ninguna señal de ninguna botella de

cloroformo pero no correría ningún riesgo.

—Hola, Señor Doveribbon —dijo Gwenniam Preston—. Sería mejor usar ese cloroformo en pequeñas cantidades, o tendrá una heredera muerta en sus manos. —Se sentó—. ¿Es consciente de que el cloroformo, mal administrado, puede parar el corazón?

## Capítulo 39

UNA vez que Gwenlliam había tomado su decisión, estaba perfectamente dócil y parecía, al señor Doveribbon, que aceptaba sus planes sin objeciones, como había asumido que lo haría, al final. Estaban tratando, después de todo, con mucho dinero, por supuesto no confiaría en ella totalmente, pero, ¿quién en el mundo entero tiraría la oportunidad de tener una enorme fortuna? (Estúpido señor Doveribbon, qué poco la conocía).

—El cloroformo, mal administrado, puede detener el corazón —había dicho.

Ella notó que se sintió incómodo enseguida, quizás con respecto al hecho de que ella hubiera comprendido de forma tan inmediata que había usado cloroformo, y a su inesperado conocimiento de ese anestésico.

—Dígame, señor Doveribbon, ¿qué es lo que mi —odiaba decir la palabra, la forzó— *abuelo* propone, para que usted haya arriesgado todo para secuestrarme y llevarme en este navío a Panamá?

Otra vez él estaba incómodo: a él no le gustaba la palabra «secuestrar» y, ¿cómo sabía de forma tan rápida hacia dónde iba el barco? Ella había estado inconsciente durante algún tiempo, la había llevado en la oscuridad a uno de los pequeños muelles de San Francisco y a la goleta que los esperaba (concertada previamente) quince minutos después de aplicarle el cloroformo sobre la cara, diciendo que era su primo y que estaba extremadamente enferma, nadie le iba a dar más importancia que a una maldita moneda de dos peniques. San Francisco era una ciudad bárbara, después de todo. Ahora que estaban a salvo en camino, él habló más con irritación que con otra emoción. Estaba relajado ya, pero le había causado una gran cantidad de problemas, no podía perdonarla por el viaje por mar largo, tedioso, y terroríficamente tormentoso que había tenido que hacer por su culpa. También sabía que él era extremadamente amigable, estaba acostumbrado a que las jóvenes cayeran a sus pies, sin que el secuestro fuera necesario.

—Si se hubiera comportado como cualquier joven sensata se habría comportado, nada de este —dijo la palabra con desagrado— «subterfugio» habría sido necesario. Estoy haciendo esto por usted. Simplemente me han pedido que la lleve de vuelta a Inglaterra, para gran beneficio suyo.

—No soy un paquete, señor Doveribbon —pero estaba sonriendo un poco—. ¿Qué gran beneficio exactamente?

—La mayor parte de Gales —dijo de un modo como si no le diera importancia.

—A él no le pertenece «la mayor parte de Gales», señor Doveribbon —dijo ella con calma.

—Le pertenece una gran parte. Como le dije claramente en San Francisco, tiene una profunda objeción a un distante primo segundo que se adueña, de lo que él es dueño. Tiene que recordar que usted es su nieta y que ese lazo de sangre tiene recompensa. Aunque también tiene obligaciones.

Lo miró. Tenía una mirada tan poderosa que le hizo sentir algo inquieto. Pensó que no le gustaría que supiera nunca lo que le había pasado a su madre.

Pero su objetivo se había conseguido y no estaban de camino a Nueva York, sino a Londres. Había encontrado la joya. «Diez mil libras».

Eran los únicos pasajeros. Había alquilado la pequeña goleta y la discreción de su



tripulación, era el dinero de su padre el que estaba usando hasta que obtuvieran el pago del duque. Pero el coste no sería nada, al final. Sonrió a la pálida chica en la pequeña cama.

—A pesar de los desafortunados hechos de su nacimiento, es la única hija viva de su único hijo y quiere inclinar la ley... a su favor. Es un hombre viejo y no de una salud robusta. Es uno de los hombres más ricos en Bretaña e insiste en verla antes de firmar tan enrevesado papeleo que se requiere y, por eso, todo este asunto se convirtió en urgente y necesario —le sonrió otra vez—. Le digo esto para su ventaja, señorita Preston. También para la mía.

Conocía sus atributos físicos: ninguna mujer que había conocido, había, al final, rechazado sus ventajas. (Estúpido señor Doveribbon. ¿No sabía que el pérfido padre de Gwenlliam había sido también devastadoramente apuesto?).

—Supongo que puedo caminar por la cubierta.

—Conmigo a su lado puede caminar por donde quiera. La tripulación es de cuatro hombres y el capitán pero va a oír muy poco inglés.

—¿Son españoles?

Ella intentaba no sonar muy esperanzada, él no podía saber que su larga asociación con los charros mexicanos le había enseñado bastante español básico.

—No son españoles. Son de las islas Sándwich y tienen un extraño lenguaje propio. Solo el capitán habla inglés y le he explicado que mi prima tiene momentos de locura y por lo tanto no debía adherirse a nada que pudiera decir. También tengo más cloroformo a mi disposición.

Estaba casi satisfecho con él mismo, pues ya no mostraba ningún signo de inquietud.

—Espero que usted sepa cuáles son los peligros del cloroformo mal administrado.

—Nadie ha abusado de usted, señorita Preston.

Fue el único momento en que ella por poco pierde la compostura. «¿Qué nadie ha abusado de mí? ¡Me han puesto cloroformo pegado a la cara y estoy secuestrada! ¡Me han apartado de mi vida una segunda vez a causa de ese monstruoso y odioso viejo!». Recordó cómo el Jefe Gran Arcoíris le había enseñado a que no mostrase ninguna emoción, tomó la respiración profundamente varias veces. El cielo azul parecía moverse a través de la pequeña ventana, arriba, y escuchó el mar y el viento en las velas.

—¿Juega usted al póquer, señor Doveribbon?

A él le divirtió.

—Desde luego. He visto que usted también tiene interés por el juego.

—Quizás podamos jugar para pasar el tiempo. Por dinero.

«Necesitaré dinero para mi pasaje de vuelta, quién sabe cuánta gente está esperando por un pasaje a Panamá, todavía clamando por el oro».

—¿Tiene dinero con usted, señorita Preston?

—No tanto como podía haber tenido, si se me hubiera avisado de mi viaje. Pero a menos que —hizo una pausa— me hayan robado, tengo dinero conmigo.

Él se sintió ofendido.

—¡No soy un ladrón!

—Además, según usted, pronto tendré un montón de dinero, así que si pierdo estrepitosamente mucho puede considerar que podría reclamarme.

Estaba sonriendo otra vez.

—Entonces, tal vez podríamos caminar por la cubierta y más tarde jugar una partida o dos para pasar el tiempo.

No podía más que estar impresionado de su resistencia y su calma. Inclino la cabeza. Ella se levantó lentamente de la baja y estrecha cama. Se sintió mareada y con ganas de vomitar, pero no

le dio ninguna señal a su captor.

—¿Puedo lavarme la cara?

Se inclinó otra vez, totalmente relajado ahora. Ella no tenía por qué saber que tenía un aspecto pálido y frágil (pero las apariencias a veces engañan).

—La dejaré y esperaré en la cubierta —dijo—. Ni siquiera usted, creo, estará tan loca como para saltar al mar.

—De eso, creo que puede estar seguro.

Tan pronto como se había ido, vomitó en un cubo. Después se sintió mejor, pero deseaba tener ropa limpia. Había agua en una palangana. Se la echó a la cara una y otra vez. Había agua en una botella. La bebió con mucha sed, esperando lo mejor. Al final, todavía con un poco de falta de equilibrio, subió una escalerita de hierro al aire fresco primaveral de la Baja California y del océano Pacífico.

Casi podría haber disfrutado el viaje. Por lo menos tenía su propio camarote, y su llave. El señor Doveribbon no parecía tener ningún plan poco caballeroso en lo que concernía a su persona. La península del sur de California pasaba velozmente, el sol brillaba a menudo. Uno de los miembros de la tripulación de la pequeña goleta pescó para que ellos comieran, el aire era fresco.

—¿Dónde están las islas Sándwich? —le preguntó al capitán.

Señaló a lo lejos al oeste.

—*Hawai 'i* —dijo—. Llamo mi casa *Hawai 'i*.

La goleta, averiguó, se llamaba el *Moe 'uhane*, el capitán de piel oscura que solo le hablaba cuando el señor Doveribbon estaba con ella, le dijo que la palabra significaba «sueños» y Gwenlliam le sonrió, con sus propios sueños de estar de vuelta muy pronto en el circo en San Francisco.

A menudo otros barcos los pasaban, yendo y viniendo. Una vez, el viento los apartó de su ruta y la pequeña tripulación subía y bajaba de los mástiles, tirando de las velas, desplegándolas otra vez. Después de dos semanas más sin ninguna muda de ropa de ninguna clase disponible, Gwenlliam, por decirlo educadamente, olía mal. También había ganado catorce dólares al señor Doveribbon que sumó a los veinte que todavía estaban en el bolsillo de su capa. Intentaba hacerlo jugar a menudo. «Voy a necesitar dinero».

—¿Cuándo llegaremos a Panamá? —le dijo al capitán un día, cuando un hermoso clíper se deslizaba al oeste de ellos como un rápido pájaro hacia las nubes del este o la tierra, como un sueño.

—Déjeme a mí esos detalles —dijo el señor Doveribbon, guiándola lejos del timón, mirando al clíper también cuidadosamente.

Él incluso levantó la mano a modo de saludo.

—Son unos barcos hermosos, ¿verdad? —dijo él—. Como pájaros, como usted dijo cuando nos conocimos.

Ella miró otra vez a las blancas velas en la distancia y luego, cuidadosamente, a la lejana costa que ya se veía aquel día. Adivinó que estaban pasando México, los charros le habían enseñado con orgullo México en su camino hacia California. Panamá se acercaba. Por primera vez, le provocó.

—Necesito ropa —dijo—. Ropa blanca. Cosas propias de las mujeres. Necesito obtenerlas en Panamá. Esto es desagradable.

Él estaba avergonzado.

—Haga una lista —dijo.

Ella estuvo alerta enseguida. «¿Hacer una lista? ¿Para quién? ¿Seguro que finalizaremos este viaje en Panamá?».

—Haga una lista —repitió imperativamente.

—Me gustaría comprar esas cosas yo misma.

—Eso no va a ser posible.

—¿Vamos a cambiar de navío en Panamá?

—Déjeme esos detalles a mí —dijo el señor Doveribbon.

—Como persona secuestrada —dijo con firmeza—, necesito saber si voy a viajar de vuelta otra vez a través del istmo. Ya he hecho ese viaje una vez y usted no. Me he encontrado cocodrilos, indios y serpientes y el río humeante. Sería sensato por su parte si me permitiese aconsejarle sobre ciertos requerimientos. Y le aseguro que le tendré que causar algún daño si no me permite comprar las ropas que necesito más urgentemente. No creo que sea necesario que huela.

—Haga una lista —dijo por tercera vez—. Pero le aseguro que les tengo gran aversión a las serpientes. Y no habrá cocodrilos.

«No habrá cocodrilos». Eso significaba que no había istmo. No tendría el valor de cruzar las agrestes regiones de México con ella y habían dejado los pasajes de las montañas detrás. Eso significaba que pensaba continuar por barco. Aquel pequeño navío no resistiría rodear el cabo, o pasar a través del estrecho de Magallanes del que había oído nombrar tan a menudo en los cuentos de los viajeros cuando intercambiaban historias de sus viajes en las mañanas soleadas en el polvo flotante de Sacramento. De alguna manera, tenía que escapar del *Moe'uhane* con sus treinta y cuatro dólares y lejos del señor Doveribbon. «Estaré lista, saltaré al embarcadero y correré». Pero enseguida recordó. Había una barrera en las afueras de la Ciudad de Panamá. Mareas y rocas hacían que fuera demasiado peligroso el acercarse; los barcos tenían que anclar bastante lejos de la costa, se llevaba a los pasajeros del puerto a la barrera y viceversa todo el tiempo, en cargueros. ¿Sería el *Moe'uhane* lo bastante pequeño para pasar por encima las olas y las rocas hasta la costa, o anclaría? ¿Qué estaba planeando? Algunas veces lo veía hablar con el capitán del *Moe'uhane*, pero dejaban de hacerlo cuando ella se acercaba.

Hizo sus propios planes. Se puso a recordar todo sobre Panamá, el puerto estaba repleto de barcos y había cargueros yendo y viniendo del puerto a la barrera todo el tiempo llevando pasajeros, transportando mercancías, trasladando animales. Muy bien. De alguna manera, incluso si tenía que saltar (era acróbata después de todo) también la llevarían si el *Moe'uhane* anclaba en la barrera. Estaba alerta todo el tiempo, por la noche cerraba con llave la puerta de su camarote y ponía el pequeño taburete bajo el picaporte. Estaba alerta todo el tiempo.

Pero no lo bastante alerta. Se sentía a salvo en la cubierta, pero, ¿seguro que no la atacaría delante de los hawaianos? Estaba en ese momento apoyada en la baranda de la cubierta una mañana en plena luz del día y podía ver sin dificultad en la distancia algunos de los edificios españoles de la Ciudad de Panamá acercándose, cuando captó de repente el olor extraño y dulce y llegó el olvido.

## Capítulo 40

SOLO por una noche, la primera noche después de la carta de Peggy Walker, Rillie y *monsieur* Roland yacieron despiertos toda la noche en sus respectivos dormitorios porque podían oír el terrible llanto de Cordelia. A veces oían el murmullo bajo de la voz de Arthur Rivers y de nuevo el sonido angustiado y desgarrado, el sonido del dolor y el sonido del pasado.

Al amanecer, Rillie y *monsieur* Roland oyeron a Arthur levantarse y supieron que no había dormido cuando cerró la puerta y bajó en silencio todas las escaleras. A lo largo de Maiden Lane, hacia los muelles del río Este y aunque el aire de la mañana ya era cálido, sin embargo, el policía apretó la capa a su cuerpo para sentirse mejor.

En Casa Céline se lo explicaron a Cordelia una y otra vez, como si fuera una niña: si una carta hubiera llegado, Gwenlliam podría, muy posiblemente, estar también en un barco que llegase cualquier día. En un barco que pasara el cabo de Hornos desde California un día cercano; o en algún barco procedente de Chagres, en el istmo de Panamá cualquier otro día. Fuera la ruta que fuera que se hubiera seguido, le dijeron, lo más probable era que Gwenlliam Preston apareciese en uno de los muelles con un inglés. Su familia, por lo tanto, estaría esperando. No había otra manera de pensar sobre ello. Todos se pusieron manos a la obra. Se negaron a considerar pensamientos sobre agujas en pajares, y además tenían a Alfie Tyrone de su lado.

Cada día, Cordelia sentía como si estuviera flotando hacia algún lugar por encima de sí misma, mirando hacia abajo al interminable caos que su pasado había supuesto para las vidas de aquellos a los que más amaba. «Esto es culpa mía». Entonces miraba al daguerrotipo en la pared y el rostro amado. Con todo el autocontrol que le quedaba, también se puso manos a la obra.

En los periódicos (en uno de los cuales trabajaba uno de los yernos de Alfie Tyrone) y en los embarcaderos de Battery Park y del río Este (que Alfie Tyrone y sus hijos conocían íntimamente, así como ahora el inspector de policía Arthur Rivers) se revisaban los barcos: cualquier cosa que viniera de California. Los marineros cantaban y gritaban mientras plegaban la última de las velas; los vapores más pequeños bramaban humo negro; tanto barcos de pasajeros como mercantes desembuchaban artículos y gente en Nueva York. En los embarcaderos del Hudson, Cordelia y Rillie preguntaban con urgencia: «¿De dónde partieron? ¿En qué barco?», cuando las multitudes desembarcaban.

—¡Ey! —oyeron, y allí estaba Regina, todavía un poco emperifollada por su familia pero vestida más como ella misma y sin su gran sombrero—. Hice que Alfie me trajera —dijo.

Traía una bolsa pequeña.

—He vuelto —dijo—, hasta que la encontremos.

Durante todo el día su fuerte voz podía oírse:

—¿De dónde partieron? ¿En qué barco?

Alfie y *monsieur* Roland trataron de revisar los barcos que llegaban a los embarcaderos del río Hudson: toda la chusma, todos los barcos que hacían agua y los ataúdes flotantes que viajaban regularmente arriba y abajo de la costa Atlántica entre Nueva York y Chagres, además de los barcos más impresionantes y los ruidosos vapores. A menudo no había lista de pasajeros de ninguna clase en algunos de los barcos de peor reputación: mineros, ex-mineros, oportunistas,

rufianes, jugadores, mujeres de la noche ninguno de ellos pensaría posiblemente en usar el nombre con el que nacieron y algunos de ellos no contestarían pregunta alguna. Regina se unía a ellos a veces y su voz hacía eco:

—¿De dónde partieron? ¿En qué barco?

Muy de vez en cuando cantaba el salmo veintitrés.

En el río Este, el inspector Rivers, con la ayuda de su hombre de confianza, el teniente Frankie Fields, trabajaba durante el día y muchas noches, haciendo por esta hija lo que no había podido hacer todavía por las otras. Revisaba cada salida y llegada que podía, inspeccionando importaciones y exportaciones y las bandas del río Este, así como la llegada de pasajeros en el Hudson. Daba a sus hombres instrucciones especiales y regresaba pocas veces a Maiden Lane. Frankie Fields tampoco iba a casa, había visto a aquella muchacha, jugó al póquer con ella, incluso recibía mensajes en sus cartas. Por habersele permitido compartirlas, pensaba en ella a menudo. Las bandas locales que habían estado vigilando al inspector Rivers y sus lugartenientes con creciente sospecha estaban ahora en total alerta: ¿De qué se trataba toda esta actividad extra? ¿No había captado el mensaje después de los disturbios del Astor Place? Más reuniones tuvieron lugar tras las cortinas en las verdulerías. Ahora el dinero corría, habían conseguido una incursión provechosa. Nadie los iba a parar. Incluso comprendían la ley no escrita de los padres de la ciudad sobre no meterse con los policías.

Alfie Tyrone no había conocido a esa Gwenlliam, pero había estudiado su retrato en la pared y ahora lo llevaba en su cartera; le hablaban de ella una y otra vez. Alfie Tyrone sabía más que casi nadie en Nueva York sobre tráfico marítimo dentro y fuera de esa salvaje ciudad portuaria. Alfie distribuía gente a toda clase de lugares, realizó todo tipo de indagaciones, hizo preguntas al yerno que era periodista. Alfie habló a la familia sobre los rápidos clíperes nuevos de los que la misma Gwenlliam les había hablado, como aquellos que habían navegado velozmente a China e India llevando opio y té; ahora navegaban alrededor del Cabo, normalmente en menos de cien días cortando las olas, acortando el tiempo, trayendo el correo y el oro y ya, a veces, pasajeros. Por las tardes Alfie y Arthur se sentaban codo con codo sobre sus notas y sus listas.

—Bien —dijo Alfie al fin en el ático, mientras metía los pulgares en los bolsillos del chaleco—. No compliquemos las cosas si es posible. Si yo estuviera transportando a alguien contra su voluntad, pienso que, especialmente si tuviera la oportunidad de viajar en uno de esos nuevos clíperes, lo llevaría todo el camino alrededor del Cabo. No me arriesgaría por el istmo de Panamá al cólera y a los cocodrilos si tuviera un pasajero reactivo pero valioso. No lo haría hasta encontrar la manera de conseguirlo de modo seguro y ellos tampoco, créelo.

»¿México? Rápido, sí, y un barco a través del golfo, sí, pero no un inglés, no. Todo el mundo sabe que hay cuerpos con las gargantas cortadas de gente que pensó que a través de México sería más rápido, cuerpos que se han dejado tirados inmóviles al sol. También hay muchos grupos haciendo esfuerzos por cruzar la tierra y las montañas, pero no, también es peligroso, demasiado lento, excesivas muertes. Si estuviera transportando a alguien contra su voluntad, pienso que lo que más me gustaría sería traerlo de forma segura y limpia en un clíper rápido y seguro que navegara alrededor de las Américas.

—Le dieron la carta a Danny, el irlandés, el mismo día que fue escrita —dijo Arthur—. No está realmente lo bastante bien para responder preguntas pero esta noche tuve una rápida conversación con él y dijo que los charros y Silas P. Swift embarcaron con la carta justo antes de que el vapor partiera de San Francisco. Muchos de los mineros conocían a Silas, por supuesto, y Danny se ofreció a llevar la carta cuando escuchó la historia de Gwenlliam. Peggy la escribió el 14 de mayo y la recibimos hace tres días. Esto significa que la carta tardó setenta y cuatro días en

llegar. Danny se bajó de su barco en Panamá y viajó de vuelta por el istmo, Dios le bendiga. Ningún barco, ni siquiera un clíper, podría haber hecho el viaje en ese tiempo. Pienso que podemos asumir que nuestro amigo, el señor Doveribbon tiene mucha prisa, pero que será sensato con tanto que jugarse. Pienso que también podemos asumir que debe haber salido de San Francisco con Gwen la noche antes de que Danny se fuera y probablemente en uno de esos barcos más pequeños que Gwennie describió surcando las aguas desde y hacia Panamá todo el tiempo; de otro modo, probablemente, se les habría encontrado, con tanta gente buscándolos y tantos que la conocían del circo.

Alfie dijo:

—De acuerdo, pero, ¿qué le habría pasado a ella cuando el pequeño barco llegó a Panamá? Bien, he estado haciendo algunas averiguaciones sobre Panamá y la fiebre del oro. Todos dicen que es un infierno estos días. Perdónenme señoras, pero ¡he oído demasiadas historias! Por supuesto es una famosa y antigua ciudad española con su camino real a través del istmo, ¡ja! ¡Vaya camino real, eh! ¡Gwenlliam no lo llamará así! Estos días se podría decir que Panamá es solo una terminal entre el norte y el sur o el Pacífico y el Atlántico. Se quedan pegados allí ahora, como tu hija describía en su carta, Cordelia: americanos, ingleses, franceses, italianos, chinos, indios, mexicanos —todos ellos haciendo ruido en las tabernas de ron con agua y los jugadores y las chicas, esperando barcos—. He oído que se pisotean unos a otros para meterse en cualquier cosa que flote. Solo hay un camino seguro para subir la costa del Pacífico hasta San Francisco y es por mar. Me han dicho que no hay suficientes barcos que hagan ese viaje, incluso ahora, para los que todavía quieren buscar oro. Por lo tanto, no hay tanta cantidad de barcos que rodeen el cabo de Hornos si eso es lo que ella está haciendo. No podemos estar seguros pero pensamos que es lo que estamos buscando.

Arthur Rivers habló muy bajo.

—El señor Doveribbon es un inglés que se supone que tiene ingresos y tuvo tiempo para hacer sus planes. De este modo, si hubiera un clíper que llegase pronto a Nueva York podríamos encontrar a nuestra chica.

Danny el irlandés, el mensajero, había empezado a recuperarse lentamente, casi totalmente gracias a los cuidados de Blossom y Maybelle (aunque llamaron a Jeremiah, el camarero grande para que lo bañara y se lo hiciera más tolerable). Alimentaron al irlandés con sopa y mucho pollo y arroz y le dieron un poco de cerveza irlandesa, cada vez que abría los ojos una de ellas estaba allí, pero no las podía distinguir. Por la noche llamaba y gritaba y daba vueltas en la cama. Cuando de repente se sentaba en la cama, una de ellas estaba allí, Blossom o Maybelle, incluso si habían estado dormitando en la silla, a la vez iban hacia él, y arreglaban las mantas y murmuraban que estaba a salvo. Durante el día le resultaba difícil hablar sin enfadarse peligrosamente; a menudo lloraba y cada vez que lo hacía vomitaba y entonces Blossom o Maybelle rodeaban sus hombros gentilmente con sus brazos. A pesar de tener, como la mayoría de sus compatriotas, un desprecio particular por los negros (que era recíproco en la misma medida) nunca se había sentido, sin embargo, tan cómodo y tan mimado en toda su vida y eso que había llegado de Irlanda y se había asentado en Cherry Street junto al río pero ahora se veía inmerso en su manera de hablar lenta y cantarina y en sus gentiles brazos que a veces trataban de sentarlo derecho en la cama, aunque pensaba que olían raro. La Gran Céline lo intimidaba un poco con su parche negro y el volumen de su voz, pero se dio cuenta de que era amable.

Entonces Cordelia fue a ver a Danny.

Había yacido despierta otra vez casi toda la noche anterior, tratando de pensar en cómo podrían saber más; tenía que hablar con el irlandés a pesar de que Arthur había dicho que estaba

demasiado enfermo para interrogarlo. «Tengo que hacerlo». Era la única conexión que tenían con California. Arthur no había vuelto a casa. Ella había dado vueltas en la cama en la cálida y húmeda noche.

*La tía Hester conocía el mundo.*

*—Ellis puede darte una posición, cumple con él, pero nunca dejes tu carrera, porque él no estará siempre.*

*—No quiero que me den «una posición», no es eso lo que quiero.*

*—Ellis no se casará contigo, Cordelia, pertenece a la nobleza. Un día será el duque de Llanefydd, sería imposible para él casarse con una actriz. No debes construir sobre sueños que no se pueden cumplir.*

*—¡Me ama! ¡Él me ama!*

*Su tía lo intentó de nuevo.*

*—Cordelia, no entiendes la diferencia entre su mundo y el nuestro; la barrera entre clases es inexpugnable. Aparecer de su brazo en acontecimientos respetables no es nada, nada en absoluto, se le permiten ciertas cosas a influenciables señores jóvenes. No te puedes casar con alguien tan superior a ti, no quiero decir superior como persona, porque no hay nadie en este mundo superior a ti a mis ojos —aquella afectuosa e irónica mirada suya—. Quiero decir en la sociedad. Es imposible, Cordelia, y lo único que haces es crear futuros problemas para ti misma.*

Entonces Cordelia entró en la pequeña habitación. Blossom estaba allí e intentó sentar a Danny en la cama.

—Esta es la mamá —le dijo suavemente—. Esta es la mamá para la que trajiste la carta.

Danny, mientras trataba con esfuerzo de sentarse recto, se quedó desconcertado. Las madres para él eran viejas, Cordelia era hermosa.

Cordelia también estaba desconcertada. Lo había visto tan poco tiempo la noche de su llegada, y ahora sin la enmarañada barba y la suciedad, era muy delgado, pálido y joven. Se esforzó duramente para contener su propia ansiedad.

—Quiero darte las gracias, Danny, por traerme noticias de mi hija. Sin ti no sabríamos nada en absoluto de lo que le ha pasado.

—Como yo digo, es un ángel, sí que lo es. Por eso era mi deber venir aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Fue la que sostuvo a mi hermano, la que lo calmó y se quedó con él hasta que murió. No se movió y se preocupó porque tenía la fiebre o lo que fuera, lo sostuvo y habló con él hasta que murió porque es un ángel. Por eso dije que traería la carta.

De repente Cordelia dio un pequeño grito de sorpresa cuando lo comprendió. Del bolsillo del lado de su vestido cogió con rapidez la pequeña pepita de oro de extraña forma que siempre llevaba consigo.

—¿Fuiste tú Danny quien dio esto a Gwenlliam?

Él miró con sorpresa la pequeña pieza de oro, extendió su mano y ella se la dio. Le dio vueltas y vueltas en la mano y empezó a llorar.

—Era de mi hermano Johnny. Sí. Pensamos que parecía un caracolito. Se la di a ella. ¿Cómo la tiene? —y su cara pálida y llena de lágrimas parecía confusa—. ¿La han encontrado por fin?

—No, todavía no la han encontrado. Nos la envió dentro de una Biblia y en su carta nos contó la historia de tu hermano y la tuya. Gracias a ti y tu determinación y tu valor tenemos mucha

información y esperamos que al final la encontremos.

Devolvió la pepita, otra vez con lágrimas en los ojos.

—Es una bonita historia —dijo Danny—. Eso de que le llegara en el libro santo.

—Sabemos que cruzaste el istmo.

—Lo hice.

—Sabemos que tardaste menos tiempo que cualquier otro barco, Danny.

—Tardé toda mi vida, es lo que me parece. Lo único que quería era llegar a casa. No quiero ver California o Panamá o cualquier otro lugar nunca más en mi vida y no lo haré.

Toda la ansiedad que las criadas negras habían tratado de calmar volvió. Blossom intentaba ahora apoyarlo otra vez sobre las almohadas, hablaba tan rápido y su acento era tan marcado que les costaba entenderlo.

—Mi hermano Johnny murió en Sacramento y luego mis mejores amigos murieron en las apestosas selvas de Panamá. Yo mismo quería morir, pero tenía la carta sobre el ángel, así que tenía que seguir —todos los indios tramposos y los barcos que hacían agua y el calor y las serpientes y los cocodrilos y los monos y el feo vapor, todo el horrible, maligno vapor que subía de aquel apestoso río como fantasmas del demonio—, al final estaba solo yo, solo yo que me quedé en Chagres esperando a ser recogido por cualquier barco podrido a cambio de una pepita por mi pasaje. Le prometí al hombre del circo que entregaría la carta por el bien del ángel, por eso puse un pie enfrente del otro, sin parar, de otra manera pienso que me hubiera tumbado en Chagres y habría muerto.

—¿Cuánto tiempo estuviste en Panamá? —ella se dio cuenta de que no quería hablar ya de aquello, pero ella no debía parar, era lo único en lo que podía pensar—. No te molestaría, Danny, pero podríamos encontrar una pista sobre mi hija, porque me parece que podrías haber estado en Panamá al mismo tiempo. Eres la única persona, Danny, que puedes decirnos algo.

Él asintió lentamente, comprendiendo. Pero sacudió la cabeza.

—¿Son fechas lo que quiere decir? No nos dimos cuentas de las fechas. No vi al ángel, por supuesto que no. Lo habría dicho.

—¿Te fuiste enseguida? ¿Estuviste allí por un tiempo? ¿En Panamá?

Sacudió la cabeza.

—Nos quedamos por un tiempo. Ojalá no lo hubiéramos hecho. Mis amigos y yo, nos quedamos por un tiempo, lo hicimos. Pensamos emborracharnos como idiotas antes de hacer el viaje.

—¿Intentarás pensar en ello?

Asintió otra vez, pero con dudas.

—¿Sobre qué?

Cordelia tardó en recomponerse. Se estaba comportando de forma ridícula. «¿Qué le estoy pidiendo que piense?».

—¿Dónde está tu casa, Danny?

—Cherry Street, junto al río. Usted no sabría dónde es.

Cordelia había oído hablar a Arthur Rivers de Cherry Street al lado del río. ¿No era allí donde había visto las orejas humanas guardadas en alcohol? Tragó saliva.

—¿Te gustaría que me pusiera en contacto con alguien de allí, de tu familia?

Él hasta se rio, se oyó un sonido extraño en su pecho.

—No creo que sea un lugar para usted, señora.

—Con mucho gusto iré y traeré a alguien, y vendrán aquí, si quieres que lo haga.

—Iré yo mismo, usted no podría, no puede ir allí.



Empezó a intentar salir de la cama, Blossom lo empujó suavemente hacia atrás.

—No Danny —dijo Cordelia—, el médico dijo que todavía no. Has estado muy enfermo.

—¿Por qué dice eso señora, yo siempre tengo este aspecto! —pensó por un momento—. Si mi mami y mi hermano vinieran, bueno, si todavía viven. He estado fuera casi dos años pero, si vinieran, podrían llevarme a casa —se mordía el labio—. Tengo que decirles que Johnny ha muerto, sería mejor hacer eso en casa —y ella vio que estaba muy inquieto otra vez—. Y mis amigos —dijo—. Tengo que decírselo a su gente.

Estaba llorando otra vez.

—Iré ahora mismo —dijo Cordelia suavemente—. Es posible que no puedas volver a casa todavía, pero al menos vosotros podréis veros. ¿Dónde, en Cherry Street?

—Edificios Paraíso. Cherry Street. Pregunte por Bridget O'Reilly y Kenny O'Reilly —pero tenía la cabeza en las manos.

—Iré enseguida —repitió mientras iba hacia la puerta—. Bridget y Kenny O'Reilly, Edificios Paraíso. ¿E intentarás recordar mientras estoy fuera? ¿Sobre Panamá? ¿Cualquier cosa, cualquier cosa por si acaso? Nos ayudaría tanto.

Y entonces, viendo su angustia, se forzó a sí misma a no pensar en la suya. Dijo:

—Tú sabes lo que mi hija y yo hacíamos en el circo, el mesmerismo, ¿te acuerdas?

Él levantó la mirada.

—Sí —dijo—. Solíamos pelearnos por un turno —se limpió la nariz con el brazo—. Mi hermano Johnny... —empezó a hablar muy deprisa otra vez—. Johnny estaba muy mal y ella movió las manos frente a su cara y se calmó, hasta que se despertó otra vez y sabíamos que se estaba muriendo, a eso es a lo que me refiero con un ángel. Lo ayudó a morir, lo hizo, por eso tenía que traer la carta.

Y todo su cuerpo se descompuso otra vez y Blossom trató de calmarlo.

Cordelia volvió y permaneció al lado de la pequeña cama.

—Escucha un momento, Danny —dijo—. Deja que yo me ocupe de ti.

Respiró profundamente y entonces, sobre el cuerpo delgado, ansioso e intranquilo, hizo largos y poderosos pases, una y otra y otra y otra vez, concentrándose solo en Danny, en su dolor, una y otra vez y poco a poco, poco a poco, se calmó y después de un tiempo, sin que Cordelia se detuviese, cerró los ojos y se quedó dormido.

Blossom la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es usted una bruja? —susurró.

—¿Sabes que no soy una bruja, Blossom! Es... es como ir al médico. Se llama mesmerismo —dijo—. Esto... ayuda a la gente a veces, los tranquiliza. Puede que duerma durante algún tiempo y yo intentaré traer a alguien de vuelta que le conozca.

## Capítulo 41

EL inspector Rivers estaba en los muelles; *monsieur* Roland estaba en los muelles; Rillie y Regina estaban en los muelles. Cordelia había dicho que se uniría a ellos. La Gran Céline estaba en la cocina ayudando a Maybelle mientras Blossom estaba haciendo su turno con Danny. Por tanto, Cordelia fue sola a Cherry Street.

Caminó por la calle donde George Washington (Arthur se lo había contado) había bailado una vez. Caminó hacia un oscuro callejón entre viviendas. No sabía, no habría creído que la estrecha y sucia entrada se llamaba Paradise Alley<sup>46</sup>. Saltó por encima de la basura. No sabía que se tiraba ceniza caliente sobre los forasteros y que se les robaba todo. Su capa de color claro reflejaba oscuridad, luces y sombras cuando entró en un bloque de viviendas caído y enorme con ventanas rotas que colgaban. Vio una entrada donde había existido una puerta. «EDIFICIOS PARAÍSO», decía con letras rotas. Arthur le había dicho muchas cosas sobre la ciudad, pensó que quizás le había hablado de Edificios Paraíso. «¿Era este el que tenía todos los retretes en el sótano?». Se resistió a asustarse. «¿Por qué me tengo que asustar? Es solo un edificio de viviendas, son casas de gente y estoy buscando a Bridget O'Reilly». Rehusó pensar en otra cosa que no fuera que Danny O'Reilly mejorara para que pudiera pensar claramente sobre la Ciudad de Panamá, aunque, si no había visto a Gwenlliam, ¿dónde podía poner entonces su esperanza? «¿Estoy loca por venir sola? No. Por Gwennie». Continuó caminando. En una puerta vio que podía seguir adelante o bajar por los escalones que descenderían hacia sótanos oscuros y malolientes.

Había gente que desde las altas ventanas miraban con sorpresa mientras la solitaria mujer caminaba por la oscura entrada. Lo que la golpeó primero fue el olor, un olor fétido, rancio, asqueroso a cuerpos y mierda y comida pasada y descomposición. Parecía subir de la madera del piso, de los sótanos. Se sintió enferma. Fue puerta por puerta, por pasajes estrechos tan negros como la medianoche. Era consciente de una respiración en la oscuridad, la única cosa clara era la capa moviéndose por la oscuridad mientras se adentraba cada vez más en el edificio, tratando de encontrar a alguien, a cualquiera.

—Hola —saludó, pero la voz se le pegó a la garganta y pensó que vomitaría.

Finalmente mantuvo su guante en la nariz. El corazón le latía de forma desagradable. Una luz brilló en alguna parte, escuchó voces gritando, niños llorando. Avanzó y vio una pequeña escalera empinada que subía. Las barandas rotas se balancearon. Había un largo palo que parecía sostener la mitad de la escalera arriba. Había luz, había una especie de claraboya por encima. Un rayo de luz del día brilló ahora sobre la escalera. Vio algo que corrió sobre su pie, dio un pequeño grito contenido. De nuevo oyó una respiración en algún lugar cerca de ella en las sombras. «Quizás aquí es donde cortan las orejas, ¿cómo se me ha ocurrido venir?».

—Hola —saludó otra vez y su voz sonó aterrorizada.

Al fin unos hombres de repente le impidieron el paso. Contuvo la respiración, habría jurado que uno de ellos se había materializado delante de ella desde el suelo. Por encima de la escalera rota pareció emerger del suelo de madera, de la oscuridad, con limo cayéndole como si fuera un gran pez. Sus ojos se ajustaron a las tinieblas y ahí estaba ese extraño rayo de luz del techo. Unos

contornos de caras la miraban fijamente. Caras sucias, hurañas, jóvenes. Respiración, peligro, el brillo de pendientes, un sonido de agua, y el olor apestoso. Respiró muy profundamente para calmar su alterado corazón.

—Estoy buscando a Bridget O'Reilly o Kenny O'Reilly.

Los hombres la miraron fijamente.

—¿Por qué? —dijo uno de ellos.

—¿Es aquí donde viven? Me han dicho que viven aquí.

—¿Por qué? —dijo otra voz.

—Tengo un mensaje para ellos —tragó saliva—. Un mensaje para Bridget O'Reilly de su hijo.

—¿Nombre?

—Danny —tragó saliva otra vez—. Y Johnny.

Entonces uno de los hombres se adelantó de los otros, el que había emergido del suelo; limo y agua seguían cayendo de él.

—¿Dónde están? —dijo.

Parecía ser el líder; el rayo de luz de arriba sombreó una cara cruel, su único pendiente brilló, amenazante y dorado, sin embargo parecía no ser más que un joven, no mucho mayor que Danny O'Reilly, su voz era casi la de un niño.

—Tengo que hablar con su madre.

—¿Qué se ha creído usted entrando en nuestra casa señora? ¿Acaso nos ve entrando en la suya?

—Sí, me doy cuenta. Lo siento mucho. Danny está muy enfermo. Necesita ver a su madre. Dije que vendría, la encontraría y la llevaría hasta él.

Sintió que la miraban de arriba abajo. Quizás un cuchillo brilló. Supo entonces que había cometido una terrible equivocación. Entonces el joven que parecía quizás ser el líder, se acercó aún más para mirarla con más detenimiento. La miró fijamente, algo, algo en su cara, una mirada, en la que vio un cierto reconocimiento. «¿Es posible que sepan que soy la mujer de un policía?». Sus pensamientos gritaban. «¿Cómo he podido pensar en hacer esto?». El hombre la seguía mirando.

—Yo la he visto antes —dijo lentamente y repitió las palabras intranquilo—. Yo la he visto antes —la miró en las tinieblas—. ¿Estaba en ese circo?

Una voz extraña salió de repente de la oscuridad.

—¡Charlie!

Y entonces una alta figura se materializó detrás de todos ellos.

—Inglesa, ¿no?

—Sí.

La figura alta escupió y el salivazo aterrizó en el brazo de Cordelia.

—Soy la única cara aceptable de la jodida Inglaterra en Edificios Paraíso.

La voz era profunda y áspera, crujiendo como fuego. La voz soltó una sarta de palabrotas sobre la jodida Inglaterra y los hombres medio rieron, medio escucharon. La sarta terminó con:

—¿Dónde vive, señora inglesa del circo?

Y Cordelia escuchó el chasquido de una pistola, él iba a dispararle.

Algún tipo de instinto de supervivencia aterrado, no por los otros, si no por sí misma:

—He llegado de California. Danny O'Reilly está enfermo, por poco se muere, dije que traería un mensaje.

El sudor caía por su cuerpo. «Tengo que salir».

—Me disculpo por inmiscuirme. Por favor díganselo a su madre o su hermano. Esperaré en el Bowling Green Park, junto a la fuente.

—¡Junto a la estatua rota de Jorge, de la que hicimos balas para matar a sus soldados!

—Sí, allí. Mi nombre es Cordelia.

—¿Cordelia? —la figura alta en las sombras la miró cuidadosamente y con sorpresa—. ¿Te ahogaste alguna vez?

Cordelia pudo sentir el vello erizarse detrás de su cuello, pudo sentir el latir de su corazón, pero algo, un instinto instantáneo, la hizo decir:

—No. No, esa era Ofelia.

La alta figura salvaje se rio, con un sonido muy extraño.

—Bien, bien, bien. Una señora que conoce Shakespeare.

Y sin la pausa de un latido la profunda y ahumada voz de la alta figura declaró:

*Pienso que debo conocerte y conozco a este hombre,  
sin embargo tengo dudas, porque principalmente ignoro  
qué lugar es este, y toda la habilidad que tengo  
no recuerda este atuendo, ni sé  
dónde me alojé la noche pasada. No te rías de mí  
porque así como soy un hombre, pienso que esta dama  
debe ser mi hija Cordelia<sup>47</sup>.*

Y sin la pausa de un latido, Cordelia contestó:

*Y lo soy, lo soy.*

Y la alta figura se rio otra vez y avanzó hasta el rayo de luz y se produjo el sonido del acero y fue entonces cuando Cordelia vio que era una mujer, una cara fría, dura y salvaje con tirantes que se estiraban sobre el pecho para sujetar su falda, una mujer. Tenía una pistola en la mano y cuchillos en la cintura.

—¡Salvada por el bardo, Cordelia! —dijo la mujer—. Solo por esta vez. Vete.

—Gracias —murmuró Cordelia y se volvió y caminó el pasaje largo y estrecho sin saber si estaba realmente salvada porque sabía algunos versos de Shakespeare de *El rey Lear* o si una bala o un cuchillo le atravesarían la espalda. Podría ver la luz del día, allí, allí a través de la entrada abierta. Si pudiera llegar a ella, si no se cayera o se desmayara de miedo. Siguió andando, no se permitió salir corriendo. Llegó a la puerta, todavía viva. A lo largo del sendero enfangado junto a la puerta y en las sombras del callejón entre los edificios, continuó caminando. No se atrevió a ir en busca de Arthur, seguro que alguien la seguía; no se atrevió a volver a Maiden Lane. Mientras el sol la golpeaba Cordelia Preston caminó y caminó, al final se encontró en Pearl Street; se paró allí y compró cerveza en una tienda. Fue al final de Broadway, caminó pasando las barandillas de hierro hasta Bowling Green donde era verdad que solo quedaba el pedestal de la estatua de Jorge III. Se sentó en un asiento de hierro bajo la sombra bendita y lloró con grandes sollozos de alivio, luego abrió la cerveza y se la bebió toda.

Y entonces esperó.

Vinieron cuando el sol estaba directamente sobre las cabezas, los vio enseguida, la señora mayor (que probablemente era más joven que Cordelia) cojeaba al casi caminar, casi correr hacia el verde; y el hombre era joven, como Danny. Cordelia se puso de pie y levantó el brazo.

—¿Es usted quien vino?

—Sí, mi nombre es Cordelia.

El hombre dijo bruscamente:

—Bien, ¿dónde están?

—Calla ahora Kenny —pero miró a Cordelia y repitió la pregunta—. ¿Dónde están? —preguntó ansiosamente—. ¿Dónde están mis niños?

Cordelia estaba tan cansada por la falta de sueño y el miedo y la cerveza y la rabia contra sí misma por su ridícula estupidez de verse envuelta en todo aquello, cuando debería estar en los muelles con los otros. Quería solamente llevarlos a Maiden Lane y que se marchasen, pero miró la cara demacrada de la mujer y recordó lo que su hijo había hecho y supo que no era suficiente.

—Por favor —dijo—, Bridget, Kenny, sentaos aquí y dejadme explicaros lo que ha pasado.

Se sentaron despacio con sospecha. Tan claramente como pudo les contó la historia. Muy suavemente les dijo que Johnny había muerto hacía meses en los campamentos mineros de Sacramento. La madre soltó un sonido largo y fuerte, como un animal, santiguándose, lamentándose. La gente en los jardines los miró.

—¡Pero Danny está vivo, Bridget! Y te necesita.

Explicó que Danny había vuelto a Nueva York, que estaba enfermo, pero que se estaba poniendo mejor y que la llevaría con él. Les dijo que estaba allí porque le había traído una carta importante todo el camino con noticias de su hija, desde California. No dijo lo que había en la carta. Vio otra vez la suciedad y la miseria de Edificios Paraíso.

—Las que cuidan a Danny están dispuestas a seguir, pero os necesita a los dos.

—Entonces vamos —dijo Kenny, levantándose con rapidez.

La cara de su madre estaba oscurecida por la pena, no habló.

—Os he contado la historia de Danny —dijo Cordelia— porque... pienso que él todavía no puede hablar fácilmente de estas cosas.

Y en silencio se fueron a Maiden Lane.

—¡Una negra! —dijo Kenny cuando vio a Blossom.

—¡Mami! —susurró Danny cuando vio a Bridget O'Reilly.

—Les he dicho lo que pasó, Danny —dijo Cordelia mientras hacía salir a Blossom de la pequeña habitación y cerraba la puerta para la familia.

Céline estaba en el comedor, rápidamente informó sobre la familia de Danny y Edificios Paraíso.

—Debo volver a los muelles —dijo a Cordelia—. ¿Alguna noticia nueva?

—Ninguna noticia nueva —dijo Céline—. ¡Pareces una muerta! —le dijo a Cordelia—, al menos bébete un café antes de irte. Tú también Blossom, tú y Maybelle habéis cuidado de Danny muy bien.

—Hicimos lo que todo el mundo haría —dijo Blossom encogiéndose de hombros—, hasta por los sucios irlandeses —y mostró los dientes en una media sonrisa—. Me voy con Maybelle —y bajó las escaleras hasta la cocina del bajo.

Cordelia cerró los ojos. Cuando los abrió otra vez con una sacudida, pensó que era la mujer con los tirantes en la falda. Céline estaba de pie con el café.

—¿Me he dormido?

—Pues sí, ¡solo cinco minutos pero ya tenías pesadillas! Cordelia Preston, ¿fuiste sola a Edificios Paraíso?

Cordelia asintió.

—Lo sé, lo sé, me volví loca. Estaba casi fuera de mí de miedo.

—¿Ni los policías van allí solos Cord!

—Ni yo volveré, te lo aseguro, nunca más. No se lo digas a Arthur.

Un pequeño grupo apareció en la puerta: Bridget y Kenny cada uno sujetando un brazo de Danny. Kenny llevaba la pequeña bolsa rota de Danny con las pepitas, sosteniéndosela.

La Gran Céline se volvió hacia ellos. Cordelia vio como Bridget y Kenny no dejaban de mirar al parche negro del ojo.

—¡Oh, por favor, dejadlo que se quede un poco más, nos hace feliz cuidarle! —dijo Céline.

Danny medio sonrió.

—Quiero ir a casa con mi mami —dijo—. Y... —echó una rápida mirada alrededor del comedor—, dígame a las graciosas duendecillas que me cuidaron que rezaré por ellas a la Santa Madre.

Cordelia se acercó a Danny y besó su mejilla.

—Gracias por tu valentía y tu coraje y tu velocidad —dijo.

—Tenía que hacerlo por el ángel —dijo—, rezaré por ella también —se estaba apoyando con fuerza en el brazo de Kenny—. He intentado pensar sobre Panamá, señora, pero estoy tratando de sacar esas cosas de mi cabeza. Nos quedamos algunos días —miró brevemente a su madre—, como le dije. Estaba llena de gente, todos luchando para irse por una ruta u otra; conocimos gente que iba a los campamentos de oro, ilusos, pobres locos. Nos alegramos de salir de allí. La Ciudad de Panamá vuelve loca a la gente, nos volvió locos. La única cosa bonita que vi —¿sabe usted esos grandes barcos que tienen que atracar lejos a causa de la barrera?— era un gran clíper blanco que estaba allí anclado en la barrera, con destino a casa.

—¿Un clíper?

—Sabíamos que su destino era este porque hablamos de ir en él, ya que era rápido y yo tenía mi preciada carta pero, por supuesto, llevaban tanto cargamento como pasajeros y no había más sitio.

—¿Un clíper?

—Hermoso. Las velas como nieve en la distancia.

—¿El clíper tenía nombre? —preguntó Cordelia muy bajo.

—¡Seguro, y nosotros teníamos ojos de telescopio! —dijo Danny.

Su madre estaba al otro lado, sujetando su brazo con fuerza. Había color en sus mejillas. Caminaron lentamente hacia la gran puerta principal.

—¡Espera! —dijo Cordelia.

También había color en sus mejillas. Sacó la pepita con forma de caracol de su bolsillo. Se acercó a la madre.

—Bridget O'Reilly.

—Ya nos vamos a casa, señora.

Pero Cordelia le sujetó la mano.

—Toma, Bridget.

Y le puso la pequeña piedra de oro en la mano, una mano que podía haber sido más joven que la de Cordelia, pero estaba impregnada de mugre y vejez, las uñas estaban negras y rotas.

—Danny te dirá la historia de este trozo de oro, pertenecía a Johnny y luego llegó hasta mí. Me gustaría dártelo. Si encontramos a mi hija será gracias tu hijo, Bridget O'Reilly.

—Acabo de recordar, señora —dijo Danny, mientras su madre lloraba, acariciando el oro—, que ese clíper que admirábamos se llamaba *Bala del Mar*. Nos gustó el nombre. El *Bala del Mar*.

Y Cordelia se fue a los muelles.

—¿Existen —lo que serían— listas de embarcaciones? ¿Horarios? —preguntó *monsieur*

Roland, de pie en el embarcadero del río Este con Alfie y Arthur y Cordelia con sus noticias.

En su pálida cara vieja ahora sus ojos parecían brillar.

—¿Un horario que nos informe sobre los clíperes?

—Horarios de partida —dijo Alfie con conocimiento—. Los horarios de partidas son solo guías, por supuesto, pero estos clíperes llevan cargamento valioso, no grandes cargamentos, ¿comprende?, sino cargamento valioso para nosotros: especias, joyas, té... y ciertamente, oro de California. Por eso vigilamos su paradero lo mejor que podemos. Claro que todo el mundo está tan orgulloso de la velocidad de esos nuevos clíperes que siempre estamos revisando registros — como de costumbre, Alfie sacó múltiples documentos de su cartera—. Acabo de comprobar la historia de Danny. Sabemos que un clíper está pendiente, lleva tanto cargamento como pasajeros y es casi seguro que sea el *Bala del Mar* pero no hay ninguna noticia de cuándo. No ha pasado Washington o habríamos recibido un telegrama.

Alfie habló como si llevara los asuntos marítimos de Nueva York.

Arthur dijo:

—He hecho otra lectura de la carta de Peggy Walker. Si podemos pensar como el señor Doveribbon —¡somos ingleses!, claro que podemos— pienso que es un hombre que, con seguridad, habría averiguado cuándo un clíper dejaría San Francisco para hacer el viaje más rápido y de acuerdo a ello coordinaría la captura de Gwennlliam. Sería demasiado arriesgado embarcar en San Francisco, con todo el mundo buscándola. Pero si pudiera haberse ido de San Francisco en un pequeño barco mucho antes y coordinar las cosas bien, podrían haber tomado el clíper en Panamá. Danny dijo que el *Bala del Mar* estaba anclado, porque debía haber atracado para recoger pasajeros o provisiones pero podría haber obtenido provisiones en San Francisco. El señor Doveribbon se quejó de la duración del viaje por mar pero dijo que no lo atraparían cruzando la selva. La buena de Peggy nos dijo más en su carta de lo que se dio cuenta o quizás se dio cuenta —corrigió.

—Sin embargo, todavía tenemos que revisar los barcos de Chagres —dijo Cordelia—. No podemos dar nada por hecho.

—Claro está, pero Cordelia, podemos dar por hecho que el señor Doveribbon está procurando muy cuidadosamente el bienestar de Gwennlliam y pienso que debes abrazar esa certeza en tu corazón.

Arthur volvía a casa por corto espacio cada tarde, para que así todos pudieran intercambiar información, era el único tiempo que lo veían si no iban a verlo a los muelles. Aunque estaba acuartelado en la estación de Policía, sabían que no había dormido en varios días. Si no se mantenía alerta, Gwennlliam se les perdería. Su rostro estaba pálido y avejentado.

—Tenemos que esperar y rezar para que Gwennie esté viajando en ese barco —dijo Arthur y vio el blanco rostro de su esposa y sus ojos relucientes.

Ella no había dicho que había estado sola en Edificios Paraíso. No les habló de la salvaje mujer que le había preguntado si se había ahogado.

—Estaremos preparados para ella, Cordelia. Si está a bordo del *Bala del Mar*, la encontraremos. Si no está a bordo del *Bala del Mar*... —suspiró al fin cuando el cansancio y la preocupación parecieron sobrepasarlo—. Bueno, si no está a bordo del *Bala del Mar*, entonces tendremos que seguir revisando cada llegada.

No habían calculado lo sensata y valiente que era la chica que estaban buscando ni el ingenioso respaldo de la señora Ray, estrella de *El Jefe de los Bandidos* del Teatro Real de Nueva Zelanda.

## Capítulo 42

CADA vez que un barco se iba de California se murmuraba que miles —¡quizás millones!— de dólares en oro se estaban transportando. Era seguro que un cargamento de grandes cajas y contenedores se habían cargado en el clíper *Bala del Mar*, así como grandes cantidades de correo, la tripulación, un número de pasajeros, agua y comida y animales vivos que matarían durante la travesía. En las cubiertas y cabinas del *Bala del Mar* volaban los rumores, mentiras y sueños que se referían al contenido de la bodega. «Es posible que llevemos una fortuna en oro, sí, apuesto a que llevamos una fortuna en oro». El *Bala del Mar* salió del puerto de San Francisco y desapareció en la niebla. Los más afortunados entre los pasajeros que zarparon, por supuesto, llevaban oro también en sus equipajes.

Nuevos apasionantes rumores volaron por las cubiertas y las cabinas cuando el *Bala del Mar* zarpó de Panamá algunas semanas después, ya que la partida tuvo un pequeño toque de gran ópera. El anclaje en Panamá era la única parada programada, el clíper no tendría luego más paradas hasta Nueva York por razones que no estaban claras para nadie excepto para el capitán. El *Bala del Mar* no podía zarpar de Panamá hasta que el *Moe'uhane* llegara y el pequeño navío (puesto que ni los barcos grandes o pequeños podían determinar la meteorología) consiguiese llegar. El capitán estaba furioso y tan pronto como vio el *Moe'uhane* acercarse, gritó órdenes dramáticamente para que el *Bala del Mar* izará las velas. Gwenlliam no lo sabía pero tenían que haberla llevado al *Bala del Mar* discretamente en la oscuridad, pero tal como fue, todos los pasajeros y la tripulación vislumbraron a una chica pálida e inconsciente que era teatralmente llevada a bordo bajo el sol, en el momento en que el clíper zarpaba.

De algún modo, Gwenlliam, cuando se había despertado una vez más con esos mismos caballos silenciosos que la llevaban sobre campos de sueños, estaba en un pequeño camarote propio (para mantenerla alejada del contacto de otras pasajeras, muchas de las cuales compartían espacio para dormir). De algún modo, esta vez, el señor Doveribbon tenía la llave (de manera que ahora era verdaderamente una prisionera). De algún modo, alguien había traído ropa blanca y de vestir.

Sin embargo, el señor Doveribbon no pudo hacer las cosas a su manera. A pesar de los arreglos que había hecho tiempo atrás con el capitán para mutuo beneficio en la taberna Broadwalk, el *Bala del Mar* no era un navío donde el señor Doveribbon podía dar órdenes absolutamente a su satisfacción. A bordo, había gente por todas partes que habían visto su dramática entrada y, en particular, los cuidados y preocupaciones del médico del barco pusieron al señor Doveribbon profundamente nervioso. A pesar de su agradable calma a bordo del *Moe'uhane*, no confiaba en Gwenlliam, en esta situación más pública y por lo tanto más peligrosa. Había algo extraño porque no había preguntado sobre su destino y su futuro. El médico, intrigado, había ofrecido sus servicios inmediatamente. ¿Quién podría decir que Gwenlliam no confiaría en él? Con gravedad, el señor Doveribbon pidió que dejaran sola a la chica, su «prima» había sufrido un trauma terrible y tenía periodos de locura salvaje. Necesitaba paz. (No quería que el doctor del barco oliera cualquier signo de cloroformo pero necesitaba al doctor porque quería láudano para la paciente. Había adquirido una pequeña cantidad que ya había usado pero



se dio cuenta de que necesitaba suministros periódicos para mantenerla lo más quieta posible todo el tiempo, en un navío con tantos pasajeros en tan larga travesía). Pero otro rumor intrigante se propagó por el barco en quince minutos: había una persona loca a bordo, posiblemente enloquecida por las drogas.

Una de las criadas lavó a la chica pálida y bonita y la vistió con ropa limpia cuando todavía flotaba dentro y fuera del sueño.

—¿Qué barco es este? —murmuró Gwenlliam—. ¿Dónde estamos?

—Cómo, este es el clíper *Bala del Mar*, señorita —dijo la criada—. Zarpó de Panamá este mediodía. Sí, estamos orgullosos de él. Serán solo unos meses hasta Nueva York, menos de tres si tenemos suerte.

«¡Tres meses! ¿Cómo voy a sobrevivir tres meses?». Intentó con fuerza centrar sus pensamientos a la deriva, pidió agua, trató de sentarse erguida.

—¿Dónde paramos?

—No paramos en ninguna parte, señorita, todo seguido hasta Nueva York. Está en un camarote de primera clase, al lado del capitán y su primo está en la siguiente puerta al otro lado, está totalmente segura.

Flotando, durmiendo, intentando despertarse, flotando otra vez, lo único en que pudo pensar en decir fue:

—¿Juega alguien al póquer a bordo del *Bala del Mar*?

—Oh... todos los señores juegan —dijo la criada— para pasar el tiempo. ¡Y ya estaban peleando cuando zarpamos de San Francisco hace solo unas pocas semanas! A veces se pelean por dinero. ¡Muchos de ellos vuelven de California con dinero de los campamentos de oro!

—Bien —murmuró la pasajera, ya mucho más aseada, y se durmió otra vez.

—¡No está tan loca! —dijo la criada amablemente al señor Doveribbon—. Lavaré sus cosas y se las devolveré tan pronto como pueda para que se pueda vestir bien. Solo teníamos nuestra propia ropa para darle y es demasiado grande y, ¡no hacen ningún favor a una hermosa muchachita!

—¡Queme su ropa ahora mismo! —ordenó el señor Doveribbon.

Inmediatamente hizo sustituir a la primera criada por otra, ¿qué había dicho la chica?

Entonces, así, una segunda criada llevaba la comida y el señor Doveribbon siempre la acompañaba. Algunas veces Gwen comía, otras no.

—Necesito aire fresco —dijo.

El señor Doveribbon señaló el pequeño ojo de buey que la criada había abierto; podían ver el océano Pacífico. Él salió otra vez, cerrando la puerta tras de sí.

La mayor diferencia para Gwenlliam, después de Panamá, era su rabia. En el *Moe'uhane*, se había sentido bastante tranquila porque sabía que podía volver de Panamá a San Francisco, especialmente con sus ganancias extras en el póquer. Se había consolado a sí misma con estar pronto de vuelta en el circo pero en aquel momento estaba navegando sin parar alrededor de las Américas, le gustara o no. Sabía que de algún modo le había dado láudano, además del cloroformo, sabía exactamente lo que era el láudano: tintura de opio, los enanos también habían tomado láudano y el jefe indio y alguno de los payasos. Gwenlliam lo había probado, «arriba y abajo», lo llamaban los enanos; los hacía sonreír antes de hacerlos dormir. Su rabia no se debía solo a que la habían secuestrado y ahora no tenía esperanza de escaparse, sino a que su secuestrador estaba usando medicinas de un modo peligroso. «¿Cómo se atreve a usar cloroformo otra vez y añadir ahora otros sedantes? Hablaré con el capitán, dicen que está en el camarote de al lado y puede meter en la cárcel al señor Doveribbon y dejarlo a lo largo de la costa, prefiero que

lo haga donde haya mucha violencia».

Gwenlliam tenía en el corazón, como *monsieur* Roland había notado hacía tiempo, la presencia de la bondad. Su vida extraña —secuestrada por la nobleza cuando tenía seis años— podía haberla hecho mala, pero no fue así. Pensaba lo mejor de cada persona, tenía paz de espíritu y era buena. Sin embargo, una astilla de acero entró en su corazón después de Panamá; antes esta odiosa familia galesa de su padre ya había cambiado su vida; no los dejaría destruirla otra vez. Verdaderamente era la hija de su madre.

Cuando por fin se le permitió al médico venir con más láudano, ella escuchó al señor Doveribbon murmurando y todavía con los ojos cerrados luchó por oír lo que estaba diciendo.

—Tenemos que darle láudano enseguida. Ha estado delirando y tiene ataques de rabia y locura, no debe prestar atención a nada de lo que diga.

El médico se acercó, tan cerca que ella olió la brillantina de su pelo; lo oyó colocar la botella de láudano sobre la mesa junto a su cama.

—¿Qué le perturba tan horriblemente?

—Ha perdido a su hermano y su hermana.

Gwenlliam estaba tan enfadada por la distorsión de su dolor privado y personal que se sentó derecha muy rápido, no podía contenerse, pero vio la cara alarmada del doctor cuando se inclinó sobre ella, vio al señor Doveribbon. Se sintió muy mareada. Se tumbó de nuevo muy despacio y pareció que en un momento se quedó dormida.

Hacia dentro y hacia fuera iba la profunda respiración.

—¡Lo ve! —dijo el señor Doveribbon triunfante—. ¡Puede ver por usted mismo que está profundamente, profundamente perturbada! Pienso que lo mejor que puedo hacer es seguir dándole láudano regularmente hasta que la lleve con su familia en Gran Bretaña.

—Lo veo —dijo el médico—. Histeria, lo encontramos muy a menudo en mujeres. Son tan débiles en tantas cosas.

Su voz era pomposa e inglesa, tenía una profunda satisfacción consigo mismo, no había duda de que él y el señor Doveribbon se merecían el uno al otro. Hacia dentro y hacia fuera iba la profunda respiración de la chica.

—Intentamos diferentes tratamientos: bañeras calientes, esponjas frías, masaje vibratorio. Sin embargo, un poco de ejercicio y aire fresco cuando se despierte no sería malo. Nunca subestimo las cualidades vigorizantes del aire del mar.

Gwenlliam hizo un pequeño sonido, abrió los ojos otra vez lentamente.

—Me gustaría mucho algo de aire fresco, doctor —dijo con una voz tan suave como fina lluvia cayendo.

—Exactamente lo que yo he sugerido —dijo—, un poco de aire fresco y un paseo diario. ¡No es bueno para ti quedarte en la cama todo el día, jovencita! No es saludable pero debes, siento mucho tus tristes problemas, tomar el láudano cuando vuelvas.

—Desde luego —dijo Gwenlliam, y esa vez, muy despacio, se sentó en la cama.

—¡Un momento! —dijo el señor Doveribbon enseguida—. No tenemos que darnos tanta prisa.

—Siento la necesidad de aire, señor Doveribbon —dijo Gwenlliam tan humildemente, tan dulcemente—. Aunque, quizás, uno de ustedes caballeros me puede ofrecer su brazo, porque me siento con gran necesidad de apoyo.

Y esbozó una sonrisa muy hermosa a los dos. Como Gwenlliam era una bella muchacha, tocó el corazón del doctor.

—¿Si solo pudiera lavarme la cara y unirme a ustedes en la cubierta?

—Venga conmigo, viejo amigo —dijo el pomposo doctor.

—Pero vamos a ver... —empezó el señor Doveribbon.

—Una dama necesita tener sus momentos privados y suena sensata, aunque está extremadamente pálida.

—El láudano —dijo el señor Doveribbon muy rápido, moviéndose hacia la botella al lado de la cama—. Quizás sería mejor...

—La tengo aquí —dijo Gwenlliam rápidamente, agarrando la botella y apretándola contra el pecho como si fuera la cosa más valiosa de su vida—. Tomaré algo tan pronto como vuelva. De hecho, estaré feliz de hacerlo.

El señor Doveribbon no iba a ponerse a hurgar su pecho en la presencia del médico, sin muchas ganas le permitió guiarlo a la cubierta. Rápidamente, Gwenlliam vació el láudano en el orinal y luego se levantó las faldas y se sentó en el orinal para cubrir el láudano con otra materia (el señor Doveribbon sería, estimó correctamente, demasiado quisquilloso para, alguna vez, investigar su orinal). Se lavó en el agua de una palangana. El cristal de la botella de láudano era verde y oscuro y no traicionaría ningún secreto. Lo rellenó de agua de la botella que la criada había dejado en una estantería. Puso la botella de vuelta sobre la mesa junto a la cama. Fue solo entonces cuando observó mejor lo que llevaba. Ropa limpia, eso era lo más importante, pero no parecía favorecerla ni que le estuviera bien. «¡Me siento como una huérfana!», pero la palabra la paró en seco. «No soy una huérfana», y en ese momento se vio inundada por un deseo de ver a su madre tan poderoso, que se le cortó la respiración y se dobló, abrazándose a sí misma. «No pasará mucho tiempo sin que la vea. Todo saldrá bien al final. Después de todo, estoy en el camino de vuelta a Maiden Lane. Se levantó bruscamente, reunió y dobló la ropa donde pudo. No había espejo en el camarote, no tenía ni idea de qué aspecto tenía. No le importaba, iba a salir por fin del camarote.

En la cubierta respiró profundamente, dejó que el aire y el viento se llevaran todo por un momento mientras estaba allí de pie. No había nada que ver, ni tierra, ni otro barco hasta donde la vista alcanzaba. El viento había hinchado las velas del elegante y hermoso barco velero, volaba sobre las olas y sobre el agua. Se dio cuenta que estaba en uno de esos clíperes que había admirado tanto, «el camino más rápido a casa en barco». Entonces Gwenlliam tomó nota muy rápido de todo lo que la rodeaba, el tamaño del barco, los otros pasajeros. Seguro que la ayudarían cuando escucharan su historia —«¿dónde está el capitán?»— pero su conducta y su comportamiento eran impecables. El señor Doveribbon se relajó un poco. Ella tomó el brazo del médico; el señor Doveribbon caminaba muy cerca al lado, saludaba a los otros pasajeros que también paseaban, que miraban a Gwenlliam (lo que ella observó enseguida) con gran interés. «¡Puedo suponer que les han dicho que estoy loca!». El doctor daba conversación, hacía preguntas; Gwenlliam callaba, el señor Doveribbon contestaba por los dos:

—Soy su primo, ha estado enferma.

No había rastro del capitán. Después de varias vueltas alrededor de la cubierta que subía, bajaba y se movía el médico dijo:

—Pienso que es bastante para el primer día, jovencita.

Su corazón dio un vuelco pero habló recatadamente:

—¿Podría escoltarme otra vez mañana, doctor? Me siento un poco mejor al aire libre.

—Será un placer —dijo el médico y se quitó el sombrero e hizo una reverencia—. Como puede ver, señor, su prima ya tiene un poco de color en las mejillas, pero por favor, tome el láudano ahora, señorita y procure estar siempre tranquila.

—Gracias, doctor —dijo Gwenlliam, esbozando otra vez su linda sonrisa.

—No se moleste en planear nada, señorita Preston —dijo el señor Doveribbon de vuelta en el camarote—, con sus pequeñas incursiones en la cubierta.

Ella permaneció de pie junto a la mesilla de noche, no quería que investigase la botella de láudano pero —qué imprudente el señor Doveribbon— vio que él se había relajado y sonreía un poco. Todo había ido tan bien como se podía esperar en público; había algo hasta triunfante en su sonrisa.

—Debo informarle de que se ha hablado mucho de usted y nadie creerá nada de lo que diga. Espero que haya observado su ropa, señorita Preston. Puede haber sido una princesita en Sacramento y San Francisco, no obstante eso fue entonces, ¡pero ahora es ahora! Un barco es un buen lugar para plantar rumores que vuelen, todo el mundo en el barco sabe que hay una joven dama a bordo que tiene periodos de locura —incluido el capitán—, no espere que nadie en absoluto la tome en serio.

Ella miró hacia abajo para que no viera la rabia en sus ojos. Respiró muy profundamente, quizás él pensó que era un suspiro. Cogió la botella de láudano de la mesa y la sujetó contra sí misma.

—Señor Doveribbon —dijo con frialdad—, me ha secuestrado. He hecho exactamente lo que me ha ordenado desde que nos fuimos de San Francisco puesto que no puedo hacer otra cosa. No le voy a perdonar por usar cloroformo, sobre el que, creo, sé más que usted. Sin embargo, dicen que este barco no parará hasta Nueva York. No tengo intención de saltar al mar. Tengo la intención de tomar este láudano porque de otra manera no sería capaz de dormir después de todo lo que me ha pasado. Lo menos que podría hacer usted, como un caballero, sería darme algún tiempo para mí ahora, y también, mientras esté a bordo de este barco, algo de libertad para andar y hablar.

Y él la vio tomar un buen trago de láudano directamente de la botella, poner la botella sobre la mesa junto a ella, meterse en la cama y cerrar los ojos. Por fin estaba satisfecho y la dejó, cerrando la puerta tras de sí.

Ella escuchó el clic del cerrojo, abrió los ojos otra vez al momento. El pequeño ojo de buey y el océano Pacífico le parecieron atractivos. Brevemente consideró la posibilidad de arrojarle.

\*

Así pasaron varios días, el médico venía a diario, proporcionando láudano cuando era necesario. Gwenlliam lo vaciaba en el orinal que la criada se llevaba cada mañana y bebía mucho de la oscura botella cada tarde para la satisfacción del señor Doveribbon. La ropa de Gwenlliam había desaparecido, ninguna clase de interrogatorio podría recobrarlas. No causó ningún escándalo, comía en el camarote, miraba fijamente el ojo de buey y la precipitación del mar azul. «Tengo que resistir, tengo que hacerlo. No estoy en peligro real, excepto por el cloroformo. El capitán de este barco me ayudará cuando comprenda la verdad». A veces la puerta de un camarote daba un portazo en algún lugar; aparte, no se oía nada. Una vez golpeó y golpeó la pared, un sonido apagado y sordo. No había respuesta.

Cada tarde los tres paseaban en la cubierta, el médico y el señor Doveribbon escoltaban a la joven muy de cerca. La gente miraba subrepticamente a la hermosa chica con la ropa rara y a sus acompañantes. El quinto día se acercaron al capitán por primera vez. Tenía un aspecto intimidador y un poco desagradable. Estaba gritando a un miembro de la tripulación pero ella decidió que tenía que arriesgarse. Se escapó de los dos hombres y corrió hacia él con el aleteo de aquel vestido que le quedaba tan mal.

—¡Capitán, tiene que ayudarme! —gritó—. ¡Me tienen prisionera en la puerta siguiente a la suya contra mi voluntad!

Otros que paseaban por la cubierta se detuvieron y la miraron.

—¡Me tienen prisionera! —gritó, casi hurgando en su chaqueta.

¿No estaba lo suficientemente claro como para que lo comprendiera?

—Sí, sí —dijo el capitán con desagrado, apartándola de su lado con un empujón—. He oído todo sobre usted. Sea una buena chica —y le indicó al señor Doveribbon con impaciencia que se la llevara.

Este pequeño error de cálculo hizo que la historia circulase por todo el barco en un momento. Ahora todo el mundo creería que estaba loca. Sintió un nudo de dolor dentro, como si su rabia se hubiera enrollado en una bola dura y apretada. Ni siquiera estuvo en la cubierta el día siguiente. Cuando volvió a andar con el médico no repitió su error. El *Bala del Mar* seguía navegando. Sus hombros se encorvaban cuando andaba, aunque no se daba cuenta, con la ropa que no le favorecía era una triste figura.

—¡Gwen! —los tres pasajeros que paseaban se detuvieron en seco al oír la fuerte voz—. Gwen, ¿qué haces aquí? ¡Por qué no te he visto! ¡Zarpamos de Panamá hace una buena semana! ¡Pensé que ya conocía a todo el mundo y aquí estás tú, caminando con el hombre más guapo del barco! Oh, Dios mío, no serás, ¿no serás la que dicen que está loca?

Reconoció la voz enseguida y su corazón saltó cuando se volvió y vio a la dueña de la voz.

—¡Colleen! —se dirigió a los caballeros a cada lado, deslumbrada de alivio cuando vio la cara consternada del señor Doveribbon—. ¡Quiero presentarles a la señora Ray, del Teatro Real de Nueva Zelanda! El señor Doveribbon y el doctor Barker.

Los caballeros hicieron una reverencia, impresionados a su pesar, porque el cabello de la señora Ray tenía casi el mismo color de fuego que La Gran Céline y el pecho de la señora Ray había hecho temblar a hombres fuertes. Los ojos de la señora Ray ignoraron al médico con bastante rapidez, pero permanecieron en el bien parecido señor Doveribbon y sonrió.

—Le he visto caminando solo por la cubierta —le dijo—. ¡Quién puede olvidar esa visión tan romántica!

La mente de Gwenlliam voló como el viento en las velas sobre su cabeza. «¿Qué es lo mejor que puedo hacer ahora?». Colleen esperaba expectante más explicaciones incluyendo su mal aspecto.

—He estado enferma —dijo Gwenlliam rápidamente antes de que el señor Doveribbon se apresurara en apartarla—. Estoy mejor ahora y voy camino de Gran Bretaña.

—Bueno, ¡aleluya! —gritó Colleen—. ¡Me alegro de que estés mejor por supuesto, pero también porque podremos jugar al póquer para aliviar estas horas tediosas! Yo voy a Baltimore para reponer *El Jefe de los Bandidos*. Los otros han ido por delante de mí, me retrasé por... por un *amour* —suspiró, y su hermoso pecho se alzó y el médico sufrió un pequeño *frisson* junto a ella; hasta el señor Doveribbon, conmocionado como estaba por aquella desafortunada evolución de los acontecimientos, no permaneció impasible.

—Colleen y yo jugamos mucho al póquer cuando nos conocimos en Sacramento —explicó Gwenlliam a los caballeros—. ¿Quizás podamos jugar, nosotros cuatro? Por dinero, por supuesto —añadió sonriendo muy dulcemente.

Ignoró la cara de alarma del señor Doveribbon y se volvió al cautivado doctor Baker.

—Siento que una mano de póquer me haría mucho bien.

—Podría excitarla demasiado, señorita —dijo, pero sus ojos centelleaban al sonreír a la señora Ray.

—¡Oh, doctor! —dijo la señora Ray, poniendo la mano en su brazo—. Esta Gwen era la jugadora de póquer con más aplomo de Sacramento, ¡por eso mismo ganaba siempre!

La señora Ray sonrió deslumbradora al doctor y ya estaba perdido.

—En parte es el estar encerrada todo el tiempo lo que hace a la paciente propensa a la histeria —dijo portentosamente, y la paciente podría haberlo abrazado.

Luego, el doctor Barker, con la señora Ray sonriéndole, insistió una vez más al señor Doveribbon enfrente de otros pasajeros, que aquel interés en algo saliese de ella misma era una buena señal en la paciente.

El señor Doveribbon consintió de mala gana.

Jugaban los cuatro en una esquina tranquila la mayoría de las tardes. Gwenlliam estaría loca, como decía el rumor, pero era la mejor jugadora. Ella y Colleen eran mejores jugadoras que los hombres y las ganancias de Gwenlliam fueron las mayores. Sin embargo, incluso cuando arrastraba hacia sí sus ganancias, «tengo que conseguir todo el dinero que pueda», su rostro carecía de expresión. El Jefe Gran Arcoíris habría estado orgulloso de ella. Luego, noche tras noche, el señor Doveribbon sacaba su reloj, se levantaba y cogía el brazo de Gwenlliam y, así, noche tras noche, la diversión vespertina se acababa.

Encerrada otra vez en su camarote, pero reconfortada por aquel intercambio humano, ponderaba frente a sus ganancias: ¿podría de alguna manera mesmerizar al señor Doveribbon para escaparse de su constante presencia y explicarle todo a Colleen? Pero *monsieur* Roland siempre lo ha tenido claro: «Nuestros pacientes deben estar siempre dispuestos, solo los histéricos pueden ser mesmerizados contra su voluntad». Y el señor Doveribbon nunca estaría dispuesto. Aunque lo consideraba ahora un criminal, pensó que no era un histérico.

Habían pasado de sobra, según se decía, Valparaíso al este, Santiago, islas, archipiélagos (de los que se hablaba, difícilmente se veían) antes de que Gwenlliam tuviera oportunidad de hablar a Colleen en condiciones, porque el señor Doveribbon nunca, nunca se alejaba del lado de Gwenlliam, excepto cuando estaba encerrada en su camarote; estaba encerrada allí largo tiempo cada día. No había materiales de escritura, por eso no podía ni escribir una carta con explicaciones y escondérsela hasta que hubiera una ocasión en el póquer.

Pero cuando el clíper finalmente se aproximaba al estrecho de Magallanes, la providencia intervino por fin, los vientos los cogieron y los sacudieron en redondo; al final el *Bala del Mar* tuvo que darse la vuelta otra vez y procuró rodear el cabo de Hornos en su lugar, donde el tiempo era casi tan peligroso. El señor Doveribbon fue abatido, para alegría de Gwenlliam, vomitó sobre y bajo la cubierta, no consiguiendo siempre encerrarla con seguridad al tener que irse a por orinales. Durante algunos días creyó que se moría. Gwenlliam, que no sufría de mareos, estaba tan satisfecha de su enfermedad, tan satisfecha de moverse libremente, que bailó un poco en la cubierta al fuerte viento con lo que demostró a los audaces pasajeros que pesaban lo loca que estaba realmente. La señora Colleen Ray, que se encontró con ella como se le había requerido, aplaudió.

—¡Esta sí que eres tú, Gwen! —dijo.

Solo unas almas valientes se habían aventurado en la cubierta. Por fin, muy brevemente, estando las dos mujeres de pie aferradas a un lado del barco mientras se elevaba y caía sobre las olas con el fuerte viento de proa a popa, Gwenlliam explicó, aunque sus palabras se las llevaba el viento casi al momento de pronunciarlas, lo que había pasado. Colleen se quedó boquiabierta por la sorpresa.

—Bueno, ¿por qué no me lo dijiste enseguida, so tonta? —gritó por encima del ruido del viento y las velas—. ¡Creía que tenías que quedarte en tu camarote porque habías estado muy enferma!

—No he estado enferma.

—¡Tú misma dijiste que habías estado enferma! ¡Lo dijiste el mismo día que te vi en la cubierta! ¡Y yo había visto como traían a bordo a ese pobre y pequeño cuerpo!

—¡No he estado enferma en absoluto! ¡En absoluto! ¡Robó mi ropa! ¡Y me secuestró poniéndome cloroformo en la cara!

—¿Qué?

—¡Cloroformo!

El viento se llevó las palabras al cielo.

—¿Has dicho cloroformo?

—¡Sí!

—¡Qué bastardo!

—¡Exactamente!

Sus palabras cantaron, gritaron y desaparecieron.

—Pensé que estás rara con esa ropa, pero sueñas igual y todavía sabes jugar al póquer. Oh, Gwen, ¡pobrecita! ¿Por qué razón quiere vestirse así, correr tal peligro en público y tenerte secuestrada hasta Inglaterra? —y entonces se rio en la tormenta—. Está locamente enamorado de ti, ¿es eso?

—¡Por supuesto que no! Piensa que soy una heredera. Por lo que se ve, tiene que llevarme en persona a Londres.

Colleen se rio otra vez con furia satisfecha, con su pelo revuelto ondeando.

—¡Esto es América! —gritó como si estuvieran todavía en tierra—. ¡No se pueden secuestrar herederas aquí! Tenemos que decírselo al capitán. «¡Encadene a ese atractivo caballero!», diremos. Luego puedo visitarlo por las noches, volverlo loco y hacerle confesar su culpabilidad.

—¡Esto no es una broma, Colleen! Intenté decírselo al capitán pero el señor Doveribbon le ha dicho que estoy enferma y enajenada.

—¡Me lo dijo también a mí!

—¡Sí, sí, se lo ha dicho a todo el mundo! ¡Y hasta tú insinúas que me veo rara!

—Bien, ¡vamos a deshacer toda la historia y explicarnos! ¡Ahora que ya lo sé!

De repente, el *Bala del Mar* se levantó y luego volvió a caer en el océano; olas aún más grandes cayeron sobre las barandillas cogiéndolas por sorpresa y cubriéndolas con agua de mar. Tuvieron que jadear y gritar y tragaron y escupieron, medio asustadas, medio entusiasmadas. Ya no había nadie en la cubierta. Se agarraron fuertemente a sogas y barandas.

—¿Crearán a una actriz y una acróbata o a un caballero inglés? —gritó Gwenlliam—. ¡Y el médico confirmará que me ha dado bastante láudano como para tranquilizar a un elefante!

—¿Has estado tomando láudano también?

—¡No! Lo he estado tirando en el orinal

—¡No hagas eso! ¡Dámelo a mí! ¡Me encanta!

Otra gran ola chocó contra la cubierta.

—¡Oh, Dios, estoy chorreando! ¡Agárrate muy, muy fuerte Gwen, esta puede ser nuestra hora final!

—¡Estoy bien, soy acróbata! —contestó Gwenlliam, equilibrándose con las sogas—. Pero el médico piensa que he estado tomando grandes cantidades de láudano durante semanas por mi voluntad. Debo de parecerle una especie de loca adicta. Además, ¿no has oído al capitán? ¡Le grita a la tripulación todo el día! Lo he intentado y me ha rechazado sin ni siquiera escucharme. No es probable que nos escuche otra vez, aunque seamos dos, incluso contigo de mi parte.

—Sí, es un matón, a la tripulación no le gusta en absoluto.

El mar se levantó. Colleen se agarró desesperadamente a la soga de una vela y se lanzó a la

baranda de la cubierta otra vez. Se volvió para mirar al timón, con bravura soltó una mano y saludó en la dirección donde el capitán y el timonel estaban tirando de la rueda. El capitán las miró con sorpresa, les indicó enfadado y con urgencia que bajaran inmediatamente.

—¿Debo seducirlo?

—¿Al capitán o al señor Doveribbon?

—Al que tú quieras. Normalmente me encuentran irresistible. Igual que le pasa a ese hermoso timonel de allí arriba, ¡pero míralo!, estoy segura. Puedo decirte con toda seguridad que me voy a encontrar con él en un bote salvavidas en una noche tranquila muy pronto.

A pesar de sí misma y de las ahora extremadamente peligrosas olas rodando por la cubierta, Gwenlliam se rio. Por encima de ellas el capitán gesticulaba salvajemente en su dirección.

—¿Sabes que es la primera vez que me río desde que salimos de San Francisco? Oh, Colleen, estoy tan contenta de que estés aquí en este barco. ¡Aleluya, aleluya!

—¡Aleluya desde luego! Seremos más listas que él. Te ayudaré a salir de este barco a salvo y lejos de él cuando lleguemos a Nueva York. Me volveré histérica y derribaré los muelles a gritos, las actrices tenemos habilidades útiles. ¡Y nos aseguraremos de que lo arresten también! ¡Qué bastardo! Pero escucha, no tengo dinero y si vamos a correr aventuras... Embarqué solo con dinero suficiente para ir de Nueva York a Baltimore, ¡aunque el póquer ha ayudado! Mi *amour* pagó el pasaje, no quise decir que no llevaba nada de dinero conmigo cuando nos separamos.

—¡Yo tampoco tengo mucho! Pero he ganado bastante al póquer también.

—¡Lo sé, te he visto!

—¡Lo compartiremos todo, solo sigue ganando!

Y con sus ropas mojadas colgando y sujetándose firmemente en barandillas y sogas, una mano sobre la otra, resbalaron y se deslizaron precariamente sobre la cubierta mojada, andando con peligro y, sin embargo, entusiasmo hacia la puerta que conducía abajo. El señor Doveribbon con la cara blanca estaba buscando a Gwenlliam frenéticamente.

—Pero mi querido señor Doveribbon, es culpa mía, no me di cuenta de que era peligroso. Pensé que el aire puro sería bueno para ella, ¡para que se sacudiese las telarañas! Enciérrela otra vez y lo ayudaré a volver a su camarote, su aspecto es terrible, terriblemente pálido e interesante.

Y encerrada otra vez en el sube y baja de su camarote, el ojo de buey herméticamente cerrado y el mar salvaje fuera, Gwenlliam pensó lo feliz que se sentía de que la señora Colleen Ray no hubiera sugerido ni por un momento que el ser una heredera valía más que la pérdida de la libertad.

Los días transcurrían muy despacio. El aburrimiento a bordo era indescriptible para todos y, en particular, para Gwenlliam encerrada tan a menudo en su camarote. Había que hacer pasar los días de algún modo. «Estaré en casa pronto», se decía a sí misma cada día. Contaba las ganancias del póquer una y otra vez.

Contaba los minutos hasta su paseo diario; calculó cuantos segundos tenían que pasar antes de que su puerta se abriera otra vez y pudiera jugar al póquer. A causa de su desesperación empezó a bordar: manteles y servilletas. Agujas e hilos de algodón de colores se les facilitó a las damas. El producto terminado, se les dijo, se usaría en las mesas del comedor del *Bala del Mar*. Gwenlliam bordó flores, como las damas nobles le habían enseñado hacía mucho tiempo; se sentaba siempre cerca del ojo de buey mirando el mar y el cielo. En cubierta, a veces, observaba extraños pájaros, veía como descendían en picado, apareciendo inesperadamente de la nada entre las blancas velas. Allí, encerrada en su camarote, veía como se disparaban hacia el lejano cielo azul. «¿A dónde irán?». A través del pequeño ojo de buey miraba a los delfines jugando, saltando, que parecían sonreír. Vio como los cielos cambiaban de color: azul, amarillo, gris hierro, rojo,



naranja. Una vez vio una luna llena tan baja en el horizonte que sintió que podía extender las manos y casi tocarla.

—¿No puedo visitar un rato a Gwen? —preguntó Colleen de forma seductora al señor Doveribbon, apoyándose un poco en él al viento de la mañana—. Parece que la encierra durante largos periodos. ¿Es eso bueno para ella?

—Ha estado muy enferma —contestó muy suavemente—. Tenga la seguridad de que no es la chica que conoció en Sacramento.

Colleen no contestó.

—Si... —la miró cuidadosamente— si está diciendo algo diferente, no debe creerla. Se vuelven muy astutos.

—¿Quiénes, señor Doveribbon?

—Los histéricos, señora Ray, los drogadictos. Hable con el médico, él la ilustrará.

Colleen pensó (mientras sonreía como si estuviera conforme y su fascinante pecho subía y bajaba a su lado) en lo poco atractivo que aquel guapo inglés se había vuelto para ella. Pero en cada dirección solo estaba el mar. No sabía cómo cambiar las cosas según pasaban los días; vivían en un mundo atado al mar donde el capitán era el rey. Sin embargo, Colleen Ray había visto a Gwen cruzando altas cuerdas en el aire y mesmerizar mineros. Gwen era valiente, un baluarte. Tendrían que atracar en Nueva York tarde o temprano y se asegurarían de que escapara. Colleen se apoyó aún más en el señor Doveribbon, tomó su brazo y sonrió otra vez.

Durante todas las largas, interminables horas, Gwennliam manejaba su aguja como cualquier dama respetable y miraba el mar: evocaba a su poco respetable familiar en su mente.

Pensaba a menudo en su valiente y amada madre, su madre que había soportado tanto a causa de la misma familia destructiva, la familia de su padre. Pensó en Arthur, el padrastro que amaba. Si saltara del *Bala del Mar*, sería el inspector de policía Arthur Rivers, pensó mientras el océano volaba debajo, quien la encontraría. «Arthur sabrá lo que hay que hacer». Arthur. Su madre estaba luminosa y brillante con Arthur. Gwennliam sabía que su madre le ocultaba algo a aquel hombre, algo que tenía que ver con su pasado y su dolor. Algunas veces, la pérdida oscurecía los ojos de Arthur.

Gwennliam miró fuera durante largo tiempo al mar gris azulado. Había visto a su madre encendida con amor y alegría.

Evocó el pálido y hermoso rostro familiar de su amado *monsieur* Roland; pensó en la querida y amable Rillie, la mejor amiga de su madre y en las maneras bruscas y amables de Regina, cuando compartieron un pequeño dormitorio en Maiden Lane. «Te voy a contar una historia, niña», solía decir para dormir a Gwennliam. Pensó en la querida y enajenada señora Spoons y, a veces, en su solitario camarote cantó para sí misma la canción que la señora Spoons le había recordado.

*Oh silba e iré a tu lado, mi amado.*

*Oh silba e iré a tu lado, mi amado.*

*Aunque acaben todos alborotados.*

*Tu Jeannie irá a tu lado, mi amado.*

Y, en ocasiones, se permitía pensar soñando despierta en el policía alto y rubio llamado Frankie Fields, que la había igualado al póquer y que, solo a veces, aparecía en sus sueños por la noche.

Días, y días, y semanas pasaron. Navegando ahora bastante pasada la costa del sur del

Atlántico, pasados Montevideo y Río de Janeiro —nombres románticos pero fuera de la vista— los pasajeros se volvieron cada vez más aburridos y díscolos. La mayoría de estos compartía camarotes, peleaban con sus compañeros y se volvían cascarrabias como niños pequeños por un pequeño trozo de jabón. Era inútil decirles lo afortunados que eran, estaban navegando en un clíper, cortando las aguas de la costa este de Sudamérica. Puede que el viaje fuese uno de los más rápidos, pero se hacía interminable. Los pasajeros organizaron obras *amateurs* que la señora Ray protagonizó con mucho éxito. Luego, después de que la señora Ray los inflamara, algunos pasajeros ruidosos empezaron a insistir en unirse a las sesiones de póquer de las tardes. La esquina tranquila sonaba más fuerte, por las tardes Gwenlliam y Colleen recogieron serias ganancias de los hombres de California con dinero en los bolsillos.

—Bien —susurraba Gwenlliam.

\*

Los días seguían y seguían. Solo en ocasiones, encerrada la mayoría del tiempo, Gwenlliam se preguntaba, con el corazón palpitante, si de verdad se volvería loca y haría ciertos los cuentos del señor Doveribbon después de todo. En su camarote cerrado y solitario, manejaba su aguja.

Pensando en su familia, sabía que era extraña la manera en que recordaba a su hermano y hermana muertos y a ella misma. Nunca pensó en lo que se habían convertido todos después de que hubieran sido secuestrados a su nuevo y odiado mundo de corazones fríos y crueles; pensaba en ellos solo como niños cuando su hermosa madre los saludaba desde las praderas de flores danzarinas y los llamaba a casa al anochecer donde habían jugado durante horas en la extensa arena, porque el tiempo después de aquello fue demasiado doloroso para recordar.

Pero una vez, un mal día encerrada en su camarote, con el mar gris y nada en el horizonte excepto el cielo gris, los terribles recuerdos ganaron. Gwenlliam pensó en Manon llorando sin control, andando sin parar alrededor de una de las grandes habitaciones con su camión (sus bellos camiones para su nueva vida bella). «ODIO estar casada, nadie me dijo que sería tan terrible y tan feo, trata de hacerme cosas tan desagradables, me hiere y se ríe. Nunca te cases, nunca te cases, ¡es una trampa!». Después, ácido potásico que quemaba estómagos y el vestido de boda. Y Morgan, su amado hermano pequeño con sus dolores de cabeza, actuando violentamente, robando sus joyas y pintando extraños dibujos de rabia, pero cuando cumplió quince años, Morgan también había pintado el dibujo más hermoso: tres lindos niños en la distancia en una extensa costa, que se inclinaban para coger conchas y algas y la madera flotando. Se podía ver la marea, lejos, en la distancia. Aquella hermosa, hermosa pintura, Gwenlliam sabía que estaba guardada bajo llave en uno de los viejos y aporreados baúles de viaje de su madre. Pero el salvaje e incontrolable Morgan todavía guardaba también los recuerdos. «Sé que Morgan no había visto la extensa costa de Gwyr desde que tenía cinco años, simplemente la pintó de memoria». De repente, las lágrimas corrieron por el rostro de Gwenlliam, el bordado se cayó al suelo y lloró en el camarote cerrado al rodar por ella los años de infelicidad: su pérfido padre que trataba de sonreír y su fría madrastra y su abuelo borracho e intimidador. Lloró y lloró, con desesperación sacó la cabeza por el pequeño espacio del ojo de buey, el viento la azotó y quemó su piel pero no se movió. No se movió hasta que el llanto incontrolable que la sacudía paró. Incluso entonces no se movió, inspiró y expiró el mar, solo quedaba la vieja canción: *Cuando yo era un niño pequeño, con un hey ho, el viento y la lluvia...* Y los dos pequeños fantasmas parecían flotar allí en el cielo gris, enfadado y sin fin.

«Shshshshshshshshshshsh», decía el mar fuera del pequeño ojo de buey esa noche mientras el clíper seguía navegando. «Shshshshshshshshshshsh», decía el mar en sus sueños.

Alguien empezó a hacer un periódico del barco, con entrevistas a pasajeros. Americanos sinceros e inquisitivos hicieron al apuesto señor Doveribbon toda clase de preguntas personales, sobre su viaje, sobre la muchacha loca, le preguntaron si era rico y lo pusieron muy irritado e incómodo. Una chica corriente que viajaba con su madre se enamoró de él y lo seguía donde quiera que iba, lo que lo irritó más todavía. Cuando lloró y confesó su amor, fue muy poco amable. Los pasajeros aburridos ahora apostaban por todo, no solo a las cartas, sino a cuánto oro languidecía en la bodega, por supuesto, la fecha en que el clíper llegaría a Nueva York, la hora del día en que el clíper llegaría a Nueva York, qué miserable comida servirían en la cena, porque las comidas eran menos variadas mientras más tiempo pasaban en el mar. Si se cogía pescado fresco era una ocasión triunfal que todo el barco compartía, mucho dinero se apostaba al peso de la captura. El aburrimiento tocó fondo cuando, con desesperación, se jugaron grandes sumas a quién contendría más tiempo la respiración. Un hombre a quien le había pertenecido una tienda de productos secos en San Francisco y que había hecho su fortuna pero que a nadie le gustaba porque había inflado los, ya de por sí altos, precios de California, contuvo la respiración, sufrió un ataque al corazón y murió, lo que por lo menos animó las cosas durante un tiempo breve. Lo envolvieron en una lona y lo arrojaron por la borda en algún lugar del enorme océano Atlántico. El capitán pidió que Dios tuviera piedad de su alma. Gwenlliam, encerrada en su camarote no compartió ninguna de estas actividades, la señora Ray contaba recortes en las sesiones de póquer.

El *Bala del Mar* continuaba navegando, pasaba islas, nombres de lugares románticos que tampoco podrían ver, pasaron Martinica y se decía que Guadalupe.

Estaban llegando cerca de Norteamérica: Gwenlliam y Colleen, en sus pocos momentos libres de la atención del señor Doveribbon, hablaban y hacía planes lo mejor que podían.

—¡Si al menos este barco parase en alguna parte! —murmuró Gwenlliam a Colleen entre dientes cuando estaban pasando su tiempo precioso durante su paseo de la tarde, las dos apoyadas en la baranda de la cubierta.

El señor Doveribbon no estaba muy lejos, echándoles un ojo mientras discutía asuntos sobre la ciudad de Londres con el doctor.

—¡Soy acróbata! ¡Podría agarrar una soga, y balancearme hasta el embarcadero y desaparecer! ¡Es mi trabajo! ¡Es lo que hago!

Pero durante todo el tiempo mantenía la voz baja y la cara inexpresiva. Pensaban que no era definitivo, pero era probable que su familia, de alguna manera, supiera ya lo que le había pasado. Gwelliam confiaba en que Peggy Walker, de algún modo, hubiese enviado una carta lo más deprisa posible cruzando el istmo. Dijo que incluso era posible que su padrastro pudiera estar ahora abordando toda clase de barcos con refuerzos de la Policía (quizás —aunque no dijo esto a Colleen— hasta con el alto Frankie Fields, que la había igualado al póquer y que se colaba en sus sueños).

—Pero no hay manera de que puedan saber en qué barco estoy ahora. ¿Cómo me encontrarán?

—¡Quizás podrías saltar al embarcadero, como dijiste, cuando llegemos a Nueva York!

—Por supuesto estoy planeando hacer eso, ¡mientras gritas y te haces la histérica! Pero —siempre y cuando él no pueda— cuando esté encerrada en el camarote él podría hacer cualquier cosa. Colleen, ¡no debe tener la oportunidad de ponerme cloroformo otra vez!

—¿Hay más cloroformo? ¡Qué bastardo!

—¡No lo sé! Es lo que más me preocupa, ¿pero cómo puedo entrar en su camarote cuando me encierran en el mío?

—Déjame a mí. ¿Qué aspecto tiene el cloroformo?

Gwenlliam empezó a explicarlo pero el señor Doveribbon se acercaba. Por suerte el capitán lo llamó y volvió al puente.

—¿Has olido el cloroformo? Dijo rápidamente Gwenlliam.

—¡No!

—Es... es un poco dulce, no es desagradable, no tiene color. Recuerdo que lo vimos en el hospital, era una botella con un tapón —echaba un ojo arriba, donde los dos hombres estaban hablando—, aunque quién sabe cómo el señor Doveribbon lo transporta o dónde lo guarda.

Sobre ellas las velas se hinchaban. Un marinero estaba arriba en el mástil, desatando una soga que estaba enredada.

—¿Estaríamos buscando entonces algo que se parece a una botella de agua?

—Sí, una botella de agua con un olor dulce. Y... creo que recuerdo a un cirujano en el hospital que lo trajo en una taza oscura. Los enanos me dijeron que algunas de estas cosas tienen que guardarse en la oscuridad.

En ese momento el señor Doveribbon bajó los escalones desde el puente, sonreía un poco.

—Déjame a mí —dijo otra vez Colleen, también sonriendo un poco.

Aquella misma tarde pilló a un apuesto auxiliar en un abrazo en un oscuro pasadizo, le pidió un favor y le prometió otro a su vez. El auxiliar usó su llave para entrar en el camarote del señor Doveribbon mientras jugaban al póquer en el piso de arriba. Se encontró el dulce líquido incoloro y fue arrojado al mar negro de la noche, se llenó la botella sustituyéndolo por agua y, cuando se consiguió esto, el auxiliar pasó por la sesión de póquer y asintió. Más tarde, aquella noche el favor le fue devuelto tal como se le había prometido. Durante la noche, el apuesto auxiliar dijo a Colleen Ray que había visto algo más, había encontrado un paquete con pelo, el pelo de una mujer. «No lo toqué —dijo—, me daba escalofríos». Esta información conmocionó hasta a Colleen, que decidió no contar esta parte a Gwenlliam.

El señor Doveribbon se quejó en voz alta algunos días después (había revisado el cloroformo para su próxima salida) de que habían entrado en su camarote y le habían robado objetos personales. Pero cuando el guapo auxiliar preguntó con tono preocupado lo que había perdido, el señor Doveribbon no especificó. Por supuesto, sospechaba de Gwenlliam, pero Gwenlliam estaba con él todo el tiempo cuando no la encerraba en el camarote. Se preguntaba si el cloroformo se habría podido convertir en agua cuando se agitó durante la tormenta, igual que se había sentido agitado él o si podría haber entrado la señora Ray en su camarote y haber registrado su equipaje. Miraba a todos los de a bordo con gran sospecha y malicia; este hombre traicionero confeccionaba en su mente historias de traición de otros.

Pero a Gwenlliam le parecía que la peor parte de su terrible experiencia había terminado: «¡No más cloroformo!». Abrazó a la señora Colleen Ray, sus ojos empezaron a recuperar su antigua chispa. Ahora tenía que mirar hacia abajo recatadamente cuando pensaba en estar muy pronto con sus seres queridos, cuando echaba de menos verlos otra vez. Los imaginaba a todos esperando en Battersea Gardens, o abajo en los muelles del río Este.

Y Gwen y Colleen tenían al menos un plan a prueba de fallos si todo lo demás fallaba, el señor Doveribbon no tenía autoridad sobre ella ni llave del camarote de la señora Ray del Teatro Real, Nueva Zelanda, quien, cuando el *Bala del Mar* atracara por fin, iría inmediatamente a Maiden Lane antes de unirse a *El Jefe de los Bandidos* en Baltimore.

Sin embargo, las conversaciones entre el capitán del barco y el señor Doveribbon, empezadas hace tanto tiempo en la taberna de Broadwalk, estaban llegando ahora a su clímax de mutua ventaja extrema. Sus planes no incluían a la señora Colleen Ray, del Teatro Real, Nueva Zelanda.



## Capítulo 43

SI la estrella de *El Jefe de los Bandidos* no hubiera estado románticamente envuelta algún tiempo con el hermoso timonel del hermoso clíper, Gwenlliam no habría sabido lo que iba a pasarle entonces. Sin embargo, una cálida y templada tarde (sobre cojines en un bote salvavidas aislado en una esquina apartada) el timonel, libre del timón durante cuatro horas, le contó confidencialmente a la actriz que el *Bala del Mar* iba a hacer un desvío breve en el puerto de Norfolk en Virginia en los próximos días.

De inmediato se puso alerta pero se acarició el pecho perezosamente con gran admiración.

—¿Y eso por qué, mi apuesto, apuesto joven? Creía que íbamos directamente a Nueva York —bostezó, relajada y satisfecha y totalmente despierta.

—El capitán dice que el desvío es para dejar a dos pasajeros que van directamente a Boston.

Colleen se sentó despacio y cuidadosamente, en parte por la información, en parte porque el bote salvavidas se balancearía y crujiría si fueran demasiado enérgicos.

—¿Dos pasajeros?

—Pero conozco al fanfarrón, nunca se desviaría cuando la velocidad es esencial, se están rompiendo récords. No por un pasajero en cualquier caso. Pienso... No soy tan brillante, pero...

—Tú eres muy brillante para mí —dijo, besando su mejilla, totalmente despierta ya.

—... Pero solo me pregunto, me pregunto, tú me comprendes. Estoy estimando, pero no tengo pruebas, si podría haber alguna transferencia de oro.

—¿Oro?

—Escuché rumores antes de que saliéramos de California. ¡No le dicen nada al hombre del timón, ya sabes! Pero llevamos una enorme cantidad de oro, eso es seguro. No serían capaces de colar ninguna tontería en Nueva York, no con un clíper y todo el mundo esperándolo y yendo a admirarlo. Pero, sin estar programado, Norfolk, Virginia... algo se podría desembarcar, jugar con los papeles... Pasa todo el tiempo.

—Norfolk, Virginia —dijo Colleen reflexivamente.

Él levantó el largo cabello lentamente, pasó las manos por él, la atrajo hacia sí.

—Sí. He oído a todos los pasajeros especulando sobre su cargamento, ¡jugándose dinero en ello! Pero si yo sé con seguridad que estamos llevando oro, amigo, habrá otros que lo sabrán también. No sé cuál es el plan y es posible que esté siendo un poco suspicaz, pero algo raro pasa.

La señora Ray envolvió al apuesto timonel con su cabello y se inclinó hacia él mientras que el *Bala del Mar* continuaba navegando.

—No te rías, pero creo que he descubierto una conspiración menos creíble que *El Jefe de los Bandidos* —dijo en voz baja a Gwenlliam bajo la cobertura de un juego de póquer particularmente violento.

Había fricciones ya casi todos los días cuando los pasajeros supieron que su destino se aproximaba, contando los días. Por suerte alguien había acusado al médico de hacer trampas. Las voces se alzaron, el señor Doveribbon no pudo evitar ir en auxilio del médico cuando unos caballeros se levantaron amenazadores. Colleen explicó rápidamente lo que ella había averiguado.

—Olvídate del oro, ¿piensas que los pasajeros que desembarquen podríais ser vosotros? Dos pasajeros que van directamente a Boston según dijo.

—Debería pensar que es casi seguro que seamos nosotros —dijo Gwenlliam despacio—. Sabe que tengo familia en Nueva York y siempre está conspirando y planeando con el capitán, parecen ser grandes amigos.

—Bien, podría desembarcar en Norfolk también y ver qué pasa contigo. Norfolk no está muy lejos de Baltimore al fin y al cabo —ofreció Colleen—. ¡Difícilmente podría secuestrarnos a los dos!

Los ojos de Gwenlliam brillaron.

—¡Y sin cloroformo! —dijo—. ¡No podemos fallar! ¡Dios, estoy contenta de que hayamos acumulado dinero! Lo dividiré por la mitad esta noche, y te la daré cuando juguemos. —Pensó durante un momento—. ¡Escúchame, escúchame! —casi siseó de repente bajo el ruido de los jugadores de cartas que seguían chillando—. ¡No voy a ir a Boston!

En aquel momento estaban manteniendo separados a dos hombres, el médico parecía como si le hubieran pegado un puñetazo directamente en el ojo.

—Si realmente atacamos y somos nosotros quienes nos bajamos, saltaré.

—¿Al mar?

—¡Soy una acróbata!, ¿recuerdas? Y ahora que no hay cloroformo, no puede pararme físicamente, porque le morderé, excepto —y en alguna parte entre el ruido del cercano tumulto, la risa de la señora Ray podía oírse porque Gwen sonó de repente como una dama inglesa— excepto que, con toda franqueza, no podría soportar el sabor.

Llamaban a los auxiliares o al capitán.

—Escucha Colleen, si atacamos, puedo escaparme, estoy segura. Y, otra cosa, pase lo que pase, ¡seguro que podemos enviar un telegrama desde Norfolk, Virginia! Está cerca de Nueva York, ¡no es como estar al otro lado de América! Escucha, escucha, he pensado en otra cosa, conozco a un hombre que todo el mundo conoce, todo el mundo en todos los muelles de Nueva York, y él conoce a mi padrastro, el policía. Dividiré el dinero y pase lo que pase una de nosotras puede enviarle un telegrama, George Macmillan, muelles de Nueva York.

Casi se había llegado ya al asesinato en el grupo de los jugadores cuando a zancadas entró el capitán gritando, y por fin la multitud se dispersó y se salvó al doctor de más pugilismo. La noche siguiente, Gwenlliam consiguió poner ochenta y siete dólares en las manos de la señora Ray, cuidadosamente envueltos en el mantel del *Bala del Mar* que había bordado.

—Es un regalo para ti, Colleen —dijo en la mesa de póquer—. Uno de mis propios bordados.

—¡Gracias Gwen! ¡Qué encanto! —dijo la señora Colleen Ray mientras ponía el paquete muy cuidadosamente junto a ella durante la partida de póquer.

Luego, aquella misma tarde, cuando la sesión de póquer se había disuelto (el señor Doveribbon miró su reloj y se llevó su carga como de costumbre), las velas ondearon de forma diferente, estaba claro que el *Bala del Mar* estaba cambiando su ruta. Gwenlliam miró por su ojo de buey con emoción; después de algún tiempo, pensó que podía ver luces. Rápidamente puso sus ganancias del póquer al fondo de los bolsillos de su capa. En menos de una hora, el señor Doveribbon entró de repente en el camarote de Gwenlliam llevando su equipaje. Enseguida puso las pocas pertenencias de ella en una bolsita. Ella añadió beligerante una de sus omnipresentes servilletas bordadas.

—Como recuerdo —dijo con sequedad—, para donde quiera que vayamos, ya que parece que vamos a alguna parte.

Él no le dio más información.

—Venga conmigo —dijo bruscamente—. No piense en intentar nada.

—¿Qué piensa que voy a intentar? —contestó rápido, echándose la capa—. ¡Piensa que voy a saltar!

—¿Pensaba que no recordaría, señorita Preston, que me dijo que tenía familia en Nueva York cuando nos conocimos? No deseo ir a Nueva York.

(Ciertamente no quería que Gwenlliam averiguara que su madre se había ahogado hacía mucho tiempo). Miró rápidamente alrededor del camarote, agarró su brazo con fuerza y medio la empujó a la oscura cubierta. Varios atareados iluminadores habían aparecido con lámparas para ayudar al gran navío en el puerto para atracar, moviéndose por el agua mientras el clíper enrollaba las velas y se arrojaban sogas hacia arriba. La voz de uno de los iluminadores llamó.

—Nombre, intención.

—Clíper *Bala del Mar*, transfiriendo pasajeros al *SS Escorpio* —gritó el capitán con un saludo alto—. Atracando en breve.

Había mucha agitación entre los pasajeros cuando ataron el barco por fin; la gente quería bajarse, de hecho, insistieron en bajarse ordenara lo que ordenara el capitán. «¡Tierra!», habían gritado con placer cuando la costa se acercaba cada vez más, podían ver la civilización. «¡Tierra!». Gwenlliam en la cubierta, atrajo la mirada de Colleen, contempló las sogas y los palos; el capitán gritó órdenes, bajo el sonido de su voz, susurró a Colleen con mucha firmeza:

—George Macmillan, muelles de Nueva York.

Las sogas se arrojaron al embarcadero. Al otro lado del embarcadero podían ver la forma de la rueda lateral del vapor y sus chimeneas.

—*SS Escorpio* —gritó entonces el capitán del vapor por su altavoz—. Directo a Boston. Os estábamos esperando *Bala del Mar*, zarpamos a Boston por la mañana.

Los pasajeros en la cubierta en el *SS Escorpio* saludaron al alto clíper en sombras.

—Pasajeros para vosotros, *Escorpio* —gritó el capitán otra vez—. Y algo de equipaje —añadió.

En la cubierta, el señor Doveribbon estaba abatido al ver que la señora Ray, del Teatro Real de Nueva Zelanda, rodeada de baúles de los camarotes y llevando una lámpara, se estaba preparando para desembarcar también, pero luego se hizo evidente que varios pasajeros del *Bala del Mar* estaban aprovechándose de la inesperada parada y habían decidido inmediatamente, dijera lo que dijera el capitán continuar su viaje por tierra. Otros preguntaron si ellos también podían subir al *Escorpio* e ir directamente a Boston. Había mucha negociación, gritos sobre equipaje e idas y venidas de gente y cajas y grandes contenedores durante la noche. Se estiraban sogas, corrían hombres llevando cosas. Una pasarela para los pasajeros que iban a desembarcar se rodó por el embarcadero hacia el clíper, las lámparas se balanceaban, las voces llamaban. Colleen vio los ojos brillantes de Gwenlliam mientras vigilaba a los auxiliares de la cubierta y las sogas cuidadosamente. El señor Doveribbon agarraba su brazo pero Gwenlliam estaba tensa como un muelle.

Colleen se despidió de Gwenlliam con un beso, susurrando rápidamente en su pelo.

—Ten cuidado. Encenderé la lámpara en la soga lo mejor que pueda. Si no te escapas, enviaré el telegrama.

Luego lloró en alto al besar a su amiga otra vez pública y teatralmente.

—¿Con quién voy a jugar así al póquer otra vez! —era actriz al fin y al cabo.

Y unos cuantos pasajeros apoyados en la cubierta vitorearon y estiraron sus brazos para despedirse de Colleen Ray, de cabello del color del fuego, que había alegrado su viaje. El señor



Doveribbon fue forzado a echarse atrás un poco y en ese momento Gwenlliam se soltó, subió a la baranda de la cubierta ágilmente y saltó a la tensa soga que bajaba al embarcadero. La soga se podía ver claramente a la luz de varias lámparas, incluyendo, por un momento, la de Colleen. Más tarde, los pasajeros de ambos navíos no estaban seguros de lo que habían observado. Todo había ocurrido muy deprisa pero hubo un momento glorioso en que la chica loca que jugaba póquer de forma tan excelente voló hacia abajo, agarró la soga mientras que su capa y sus faldas se hinchaban de aire tras ella, se balanceó durante un segundo como un hermoso pájaro misterioso mientras miraba a su alrededor y rápido, como un destello, se había deslizado por la soga y estaba en el embarcadero. El capitán saltó primero por encima de la pasarela que todavía se movía seguido del señor Doveribbon, los dos gritaban:

—¡Deténganla! ¡Está loca y es peligrosa!

Gwenlliam corrió, la gente en el embarcadero no la detuvo, incluso se apartaba con sorpresa mientras miraba. Corría rápido por el embarcadero de madera. Entonces, en la oscuridad, su falda se enganchó en un gancho de carga, tropezó y se cayó cuando el gancho tiró de la falda. Cuando se levantaba, el capitán la alcanzó y la agarró, el señor Doveribbon la cogió del otro brazo, todo había acabado. Una monedas cayeron en las rejillas de madera del embarcadero, algunas rodaron más lejos, otras cayeron al agua en la oscuridad mientras inmovilizaban —se puede decir que arrastraban ferozmente— a Gwenlliam al *SS Escorpio*, al otro lado del mismo embarcadero. Ocurrió tan rápido que Colleen quedó abatida, apenas podía creerlo. Todavía en el *Bala del Mar*, vio enseguida que el capitán y el señor Doveribbon sujetaban a Gwenlliam a la vez, los pies de Gwenlliam parecían no tocar el suelo hasta que estuvo a bordo del otro barco con destino a Boston.

—Era la chica loca —oyó decir Colleen a la gente a su alrededor—. ¿La vieron volar? —y sus voces tenían un toque de admiración.

Abajo en el muelle, ella misma unos minutos después, con la gente arremolinándose, con las últimas cajas que se transferían entre los navíos, Colleen levantó la mirada pero no podía ver si Gwenlliam estaba en la cubierta del *Escorpio*; supuso que la habían llevado rápidamente abajo. Estaba conmocionada por la manera brutal en que habían sujetado a la chica. «Bastardos». Saludó y gritó con una voz que se oyó arriba sin dificultad.

—¡Adiós querida Gwen! ¡Adiós querido señor Doveribbon! ¡Que viajen a salvo hasta Gran Bretaña!

—¡Nos vamos! —dijo el capitán del *Bala del Mar*, de vuelta a bordo del clíper.

La gente miraba la figura oscura y hermosa moverse en silencio de la cubierta con la ayuda de los iluminadores y oyeron las velas izarse e hincharse con el viento cuando el *Bala del Mar* zarpó y se volvió hacia Nueva York.

El timonel miró con el corazón roto cuando la mujer de largo cabello rojo se despidió de él con la mano.

Colleen Ray permaneció allí sujetando la lámpara de manera que los hombres en el embarcadero pudieran verla con facilidad y esperaba que Gwen lo hiciera desde el vapor.

—¿Podría alguien llevarme al mejor hotel? —dijo en voz alta—. Tengo todo mi equipaje aquí —y hubo muchas respuestas condescendientes.

—Justo aquí a la vuelta de la esquina, amiga —dijeron y levantaron los baúles alegremente en sus hombros andando por el embarcadero de madera—. Síganos. ¿Cómo se llama? ¿Qué hace en Norfolk? ¿Está casada?

Se inclinó para coger la bolsa más pequeña y los siguió, miró una vez más al *SS Escorpio* para ver si podía vislumbrar a Gwen por última vez y escuchó a dos hombres hablando bajo

cuando subieron al vapor.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Lo llamamos una parada para carbón —murmuró uno—. A medianoche en Sandy Hook.

## Capítulo 44

OYERON a Alfie correr escaleras arriba al ático antes de verlo, no solo porque sus pasos eran golpes pesados que sonaban como si fueran los de un monstruo gigante, sino porque no dejaba de gritar:

—¡Cordelia! ¡Arthur! —con una voz que habría despertado a cada uno de los inquilinos de Casa Céline y, probablemente, al médico que vivía al lado también.

La Gran Céline, con su parche negro, daba grandes zancadas detrás de él, ansiosa de no perderse nada. Irrumpieron en el ático como balas de mosquete.

—No puedo esperar a conocer a esa chica tuya —gritó Alfie—. ¡Lista! ¡Inteligente más allá de las palabras! ¡Quiero que trabaje para mí! ¡Le pagaré lo que me pida!

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Es tan inteligente! ¡Ha recordado el nombre que uso, no Alfie Tyrone sino George Macmillan! ¡Y ni siquiera estaba presente cuando Queenie y yo nos encontramos! ¡Sin su ingenio, la habríamos perdido!

—¿Qué pasa? —gritó Cordelia, que ya estaba tirando de su chaleco.

—¿Qué tienes, Alfie? —preguntó Arthur, apretando a Cordelia contra él.

—¡De alguna manera se las ha arreglado para enviar un telegrama! Una chica que ha sido secuestrada, tal como lo entendemos, ¡ha enviado un telegrama! Desde un puerto: Norfolk en Virginia. Llegó esta mañana.

Sacó un papel, pero en lugar de leerlo, se lo dio a Regina para que lo leyera.

GEORGE MACMILLAN, MUELLES DE NUEVA YORK.  
DÍGALE A ARTHUR SS ESCORPIO DIRECTO BOSTON.  
CARGANDO CARBÓN MEDIANOCHE SANDY HOOK.  
SALIENDO NORFOLK POR LA MAÑANA 19 G.

—Por la mañana 19 G —repitió Regina con incertidumbre.

—¡G! ¡Es Gwennie! ¿Dónde está Norfolk?

Cordelia tiraba otra vez del chaleco de Alfie de forma atípica.

—¡Norfolk, Virginia! —gritó Alfie—. A solo unos pasos. Si salieron de allí la mañana del 19, ¡está en camino ahora! ¿Y sabéis lo que está llegando ahora a Battery Gardens? ¡El clíper *Bala del Mar* que el joven Danny O'Reilly vio en Panamá! ¡Nuestras especulaciones han sido fortuitas!

—Por la mañana 19 G, sí, sí, lo comprendo —entonces Regina asintió con conocimiento.

—¡Está viva y muy cerca! ¡Está muy cerca!

Entonces Rillie abrazó a Cordelia, Arthur se puso de repente a reunir papeles.

Alfie gritó otra vez, agitando sus papeles en el aire.

—¡No habíamos contado con que el joven Doveribbon fuera tan inteligente! Salir del *Bala del Mar*, que tuvo que atracar en Norfolk por algún motivo, tenían que estar en él o no habrían podido llegar allí de otra manera. ¡Luego directo a Boston saltándose Nueva York donde, muy posiblemente, se había cerciorado que tenía a su familia que podía estar buscándola! ¡Por eso

hemos tenido un poco de suerte, eh Arthur, que esté cargando carbón en Sandy Hook!

—Y luego, directamente, Boston-Liverpool —dijo *monsieur* Roland—. Muchos barcos siguen esa ruta, por supuesto ¡Nosotros seguimos esa ruta!

—¡Está muy cerca! —gritó Cordelia, y lágrimas de alivio caían por su rostro.

—Un momento —dijo el inspector de policía Arthur Rivers lentamente y luego en alto—. ¡Un momento!

Hasta ese momento no había dicho nada después de oír las noticias de Alfie. Todo el mundo quedó inmediatamente en silencio.

—Un momento —dijo una tercera vez suavemente—. Hay carbón en Norfolk, bastante carbón para ir a Boston. No hay nada malo con el carbón de Norfolk, Norfolk es un puerto como cualquier otro.

Lo vieron pensando en voz alta, organizando los hechos, tratando de ponerlos juntos en el momento que los decía.

—¿Por qué iba a necesitar un barco de vapor cargar carbón otra vez en el puerto de Nueva York, a medianoche, solo algún tiempo más tarde? Y, otra cosa, ¿por qué iba a parar un clíper en Norfolk? Los clíperes siempre están compitiendo, volando por la costa tratando de romper las marcas de los otros, sin parar en los puertos más pequeños.

—¿Podría haber tenido una avería? —dijo *monsieur* Roland.

—Podría ser.

Alfie dijo:

—*SS Escorpio*, lo conozco, va y vuelve de Chagres, un vapor de rueda grande. Mmm. Algunos de esos capitanes de mar dictan sus propias leyes, dejadme decirlos. Sé historias sobre capitanes autocráticos que os pondrían los vellos de punta. ¡Arthur, sabes tan bien como yo que muchos de ellos son prácticamente piratas! Si quieren detenerse en Sandy Hook, se detendrán en Sandy Hook.

—Exactamente —dijo Arthur Rivers—. Y entonces no sabríamos de ellos necesariamente, ¿verdad? Me pregunto —solo me pregunto— qué cargamento, aparte de nuestra querida Gwennie, fue transferido en Norfolk del *Bala del Mar* de California al vapor *SS Escorpio*.

—¡No importa! —gritó Cordelia—. Con tal de que la saquemos de allí de alguna manera.

—Creo que importa mucho, Cordelia —dijo Arthur.

—¡Deja de pensar en cargamentos y contrabandos y bandas! ¡Cómo puedes hacerlo! ¡No importa! Lo único que tenemos que hacer es encontrar a Gwennie. ¿Dónde vas? ¡No te puedes ir hasta que decidamos qué vamos a hacer!

El rostro de Cordelia estaba pálido, su piel fría como el hielo en la cálida humedad del ático. Arthur ya había cogido su sombrero.

—He decidido lo que tengo que hacer, Cordelia, y creo que sería una buena idea que intentaras dormir.

—Arthur, por favor, por favor, ¡tiene que haber un modo de que yo pueda estar en un barco de la Policía en Sandy Hook contigo!

—Ninguno, ahora vete a la cama.

—¡Tengo que estar allí!

Todos vieron como Arthur Rivers, él mismo al borde del agotamiento total, trataba de controlarse.

—Escucha, Cordelia —dijo—. Escúchame con atención. La razón por la que el *SS Escorpio* planea atracar en Sandy Hook es posiblemente, no definitivamente, porque el capitán (si tiene asuntos en Norfolk con el cargamento del *Bala del Mar* de California, que casi con seguridad será

oro) está de alguna manera compinchado con Los Chicos del Amanecer del río Este, o alguna otra banda criminal. ¡Hasta los malditos cargueros de carbón pueden estar implicados! Perdona. Esto es algo nuevo. De algún modo Gwennie obtuvo esa información, y cuando nos encontremos estaremos muy agradecido de saber cómo. Mientras tanto tenemos que parar al *Escorpio* para sacar a Gwennie. Para eso, conseguiré la autoridad y bastantes barcos y hombres para parar al *Escorpio* diciendo que tengo sospechas de que está haciendo contrabando de oro de California. No sé si es contrabando de oro, pero ni siquiera los padres de la ciudad tolerarán contrabando de oro bajo ninguna circunstancia, y de ese modo sacaremos a Gwennie pase lo que pase. Pero puede ser desagradable y ciertamente peligroso. Puede haber armas y feos peleas que tendrán lugar, con toda seguridad, en la oscuridad.

—¡No tengo miedo ni de las armas ni de la oscuridad!

—¡Será peligroso para Gwennie también!

—¡Entonces tengo que estar allí!

—¡Nos retrasarás! —se volvió y bajó las escaleras.

Cuando Alfie se movió para seguirlo, dijo amablemente a Cordelia:

—Si yo fuera tú, querida, descansarías antes de mañana, tu hija te necesitará cuando vuelva y estás muy cansada.

Pero Cordelia no quería escuchar.

Fue mucha mala suerte para muchísima gente que el señor Doveribbon hubiese escogido el *SS Escorpio* para seguir su camino.

## Capítulo 45

HABÍA seis barcos de la Policía esperando. No mostraban luz alguna, cada uno tenía diez hombres amontonados en el espacio disponible. Los barcos de la Policía esperaban detrás de la estrecha península en el extremo más alejado del puerto de Nueva York.

Había seis barcos de la Policía esperando. No estaban mostrando luz alguna (escondidos por el apéndice de tierra) y varios pares de remos ensordecidos, silenciosamente, se sumergían y emergían en las oscuras aguas del puerto, dirigiéndose también a Sandy Hook.

La luna iba y venía por detrás de las nubes cálidas y bajas de la noche; a veces el mar se iluminaba con la luz de la luna, luego las nubes pasaban y el mar estaba a oscuras otra vez.

Había toda clase de sonidos sobre el agua por la noche; a veces saltaban los peces, siempre el mar llega «shshshshshshsh» a la orilla y luego se echa atrás, dentro y fuera suavemente en la oscuridad si la noche está en calma, como esa noche estaba en calma, «shshshshshshsh». Se podían oír voces a menudo cruzando el agua por la noche. Los remos ensordecidos podían ser peces, o el mar tocando la costa; las voces podían pertenecer a marinos o también a gente en la tierra oscura, a veces era difícil de decir.

La luna salió de las nubes otra vez e iluminó pequeñas ondas, haciéndolas brillar.

Y entonces lo oyeron, a lo lejos. El sonido de la rueda haciendo surcos en el agua, el sonido del vapor. En la oscuridad, barcos policía de secreto hicieron señales pero no sonidos.

En los barcos de remos, los remos tiraban ahora, moviéndose arriba y abajo una y otra vez en el agua, no hicieron ningún sonido cuando oyeron el barco que esperaban. Se acercaba. Los botes de remos no podían ver a los barcos de la Policía. Los barcos de la Policía detrás del apéndice de tierra no tenían una vista de los botes de remos.

El otro único sonido era el calmado «shshshshshshsh» que todavía continuaba, los suaves vientos nocturnos alborotaban la marea cuando se acercaban a la costa y se retiraban otra vez: «shshshshshshsh», el sonido del mar.

Y se podían ver las lámparas dentro del puerto, acercándose a Sandy Hook. Cuando se fue acercando, sin esconderse de ninguna manera, vieron que era de verdad un carguero de carbón. En medio de la noche.

La luna seguía flotando dentro y fuera de las nubes. El sonido del vapor aumentó y la sombra del *SS Escorpio* se acercaba más y más —y su sonido se amortiguó y flotó silenciosamente. Hubo un chapoteo y echaron el ancla.

Mientras el carguero de carbón avisaba al *Escorpio* para hacer su extraño negocio nocturno de carbón, los barcos de remo salieron silenciosos de su lugar de descanso, los remos se movían muy calladamente en el agua, sin ser detectados bajo los gritos de los hombres del carguero y los gritos de respuesta de los hombres del *Escorpio*. Las sombras se movían por el agua.

Sombras imprevistas, sombras de hombres subiendo de los pequeños botes de remos por las sogas del ancla en la oscuridad, sin que los vieran todavía desde el *Escorpio* o el carguero, pero sí lo hizo el inspector de policía Arthur Rivers.

Fue solo entonces, viendo las sombras, que Arthur Rivers comprendió lo peligroso que era todo aquello. Dio un silbido bajo, bajo. No una banda, sino dos. En lugar de transferir cajas en

silencio del *Escorpio* al carguero, los inesperados Chicos del Amanecer en sus botes tenían su propio plan, iban a luchar con quienquiera que hubiera encargado el carguero, otra banda estaba invadiendo su territorio.

El inspector Rivers sintió latir su corazón, «Gwennie en todo esto», pasó la nueva información a sus hombres, los pequeños barcos de la Policía se mantenían preparados. Frankie Fields, en el mismo barco que su jefe, también sintió su corazón latiendo con rapidez, aquel no era el lugar que habría elegido para tener su siguiente encuentro con la señorita Gwenlliam Preston, que se había quedado en su corazón y le enviaba mensajes desde el otro lado de América.

Cada uno de los barcos de la Policía llevaba una gran lámpara de aceite. Arthur Rivers susurró instrucciones y luego su barco se quedó solo en la oscuridad en la parte más alejada del *Escorpio*. El ruido del carguero ahogó el sonido del barco de la Policía. Cuando su navío estaba en las sombras, dio una señal, un silbido fuerte. De una vez, cinco lámparas de aceite llamearon mientras los otros cinco barcos de la Policía se adelantaron y proyectaron luz sobre el *Escorpio*, las escenas sobre el agua eran claras porque no había carga de carbón, seguro; había hombres subiendo por las sogas como monos para abordar el *Escorpio*, otros hombres pasaban cajas al carguero. Hubo gritos salvajes cuando las bandas se dieron cuenta de que había dos bandas presentes, no una; cuando dos hombres se encontraron a los que no les gustó lo que vieron cuando se vieron, un cuchillo relució, un cuerpo cayó al agua. La policía gritó y se movió más cerca de los navíos, empezaron la batalla, un disparo sonó en uno de los barcos de remo.

Había varias escaleras de cuerda en la parte extrema, se bajaban cajas; mientras tres policías luchaban con una caja y dos hombres, Arthur Rivers y Frankie Fields, rápidamente subieron al *Escorpio*.

Tenían que arriesgarse.

—¡Gwennie! —gritó—. ¡Gwennie!

Había sonido de pasos corriendo, de hombres luchando, pero Gwennie no estaba.

Bajó corriendo los escalones de hierro por los pasillos y los camarotes. «Seguro que estará en primera clase, si no, Gwennie tendría que compartir habitación con otras mujeres, no habría permitido algo así. ¿Seguro? ¿O él también comparte el camarote de ella?». Los pasajeros o salían aterrorizados o cerraban con llave sus puertas, todos estaban espantados de lo que quiera que estuviera pasando arriba y abajo: ni rastro de Gwennie.

Los camarotes de primera clase, ese pasillo, tenía que ser ese pasillo. Gritó:

—¡Gwennie! ¡Gwennie! ¿Dónde estás?

Escuchó de repente, unos golpes frenéticos más adelante. De repente los golpes cesaron y creyó oír un grito ahogado. En algún lugar en ese estrecho pasillo.

—¡¡Gwennie!! —gritó otra vez— ¡Necesito saber dónde estás!

Y en un camarote hacia el final del pasillo se oyó un golpe sordo. «¿Allí? ¿Quizás?». Con Frankie a su lado no se paró a considerar nada más, usó su propio peso para empujar la puerta del camarote. Cedió en parte la primera vez, Frankie añadió al peso y la pequeña puerta se astilló y se abrió. Allí estaba, Gwenlliam, sujeta por un hombre que enarbolaba una barra de hierro y un cuchillo. Ella estaba amordazada con algo que parecía una servilleta atada con la corbata de un hombre. Su rostro sangraba y sus ojos estaban abiertos de miedo; lo vio, intentó escapar, se arrojó hacia él con lágrimas corriendo por su rostro, trataba de decirle algo pero no la entendía. Fue Frankie quien en ese mismo momento placó al señor Doveribbon; se arrojó sobre el hombre y la barra, el cuchillo voló por el camarote y el señor Doveribbon gritó, cayó pesadamente sobre la cama y quedó en silencio, inconsciente por su propia barra de hierro y Frankie Fields.

—¡Llévatela! —dijo Arthur a Frankie, desatando la corbata y la servilleta.

—¡Mamá! —chilló ella tan pronto como pudo hablar—. ¿Dónde está mamá? ¡He encontrado su pelo! ¡Lleva su pelo!

Rápidamente la sujetó.

—¡Está viva, está bien, te está esperando en Maiden Lane! —pero vio que lo miraba sin creerle—. Le quitaron el pelo, no la vida, Gwennie —dijo suavemente.

Y solo entonces pudo rodearlo con sus brazos, sollozando y temblando, esa amada niña.

—Llévatela ahora mismo a tierra firme —dijo a Frankie—. No pienses en nada más. Ve con él, mi querida niña —dijo rápidamente a Gwenlliam.

Y Frankie no necesitó que se lo repitieran aunque Gwenlliam miró otra vez a Arthur confundida, pero Arthur que ya había recogido la barra de hierro del inerte señor Doveribbon, les señaló la salida.

Volvió a la cubierta donde reinaba el pandemonio. Los tripulantes luchaban contra los miembros de las bandas que luchaban contra los miembros de sus fuerzas, todo en medio de la oscuridad, la luz de las lámparas y las sombras. El capitán del *Escorpio* vio al inspector, le gritó:

—¡Saque a esos criminales de mi barco!

El inspector Rivers sopló su silbato muy fuerte para que se le oyera en todas partes por encima de la lucha y el estrépito, en algún lugar dispararon una pistola otra vez. Se apoyó en la baranda de la cubierta, fuera de la luz y llamó a sus hombres de abajo para que abordaran el carguero y lo llevaran a la costa para registrarlo. Llamó a sus hombres que estaban en el *Escorpio* para que rodearan a los miembros de las bandas y la tripulación. Algunos de los hombres que reñían se dirigieron a la baranda de la cubierta y cayeron en el agua oscura.

—Hundan los botes de remos también —gritó el inspector—. Alguien allí abajo tiene una pistola, que naden —y luego al capitán del *Escorpio*—: Debo pedirle que lleve el barco a la costa también, señor.

—¡Tengo que ir a Boston! —gritó el capitán—. Y a Boston me voy. ¡No hay ninguna ley contra el repostaje! —y con rabia cayó sobre el inspector.

—Sin embargo, hay una ley contra el contrabando, capitán. —Y la barra cayó con fuerza sobre el hombro del capitán—. Soy el inspector de policía Rivers —y le mostró su insignia—. Dé la orden para que su barco vaya a la costa, capitán —repitió con calma—. Lo dejarán ir por la mañana si ha habido algún error.

Al final, una multitud de pasajeros se había reunido en la cubierta y vio con claridad la situación.

—¿Podemos hacer algo para ayudarlo, inspector? —dijo un joven con interés.

—Esto es piratería —gritó el capitán—. ¡Estoy siendo atacado!

—Gracias —dijo el inspector Rivers—. Solo persuadan al capitán de que tiene que haber un pequeño desvío a Nueva York. Me disculpo por este drama en su viaje, si el capitán coopera no sufrirán mucho retraso.

Y pasó por encima de varios cuerpos inertes en la cubierta y le dio la barra de hierro al interesado joven. De repente, todo estaba tranquilo en el *SS Escorpio*.

Tan pronto como había empezado la violencia, se acabó.

O eso parecía.

El carguero de carbón y el *Escorpio* hicieron lentamente su camino de vuelta al puerto hacia los muelles del río Este. Arthur Rivers contó los barcos de la Policía que escoltaban la pequeña flotilla, con sus lámparas de aceite mostrando el camino: seis, uno de ellos más adelantado, casi en los muelles. Suspiró de alivio, Gwennie estaba a salvo. De repente se tambaleó contra la baranda de la cubierta, se dio cuenta de lo exhausto que estaba, pero no importaba. Habían



detenido a las bandas hasta la próxima vez, pero al final eso tampoco importaba.

Gwennie estaba a salvo.

Envió a alguien abajo para arrestar al señor Doveribbon.

\*

Los barcos estaban atados. Se escoltó a prisión a varios miembros de las tripulaciones de ambos barcos y a varios miembros de las bandas (algunos todavía estaban chillándose obscenidades). Los Chicos del Amanecer contra los Conejos Muertos y los Malos Golpes combinados, estaban ahora en celdas. Y un pálido señor Doveribbon fue llevado también a las celdas, ante el inspector de policía Arthur Rivers.

El señor Doveribbon estaba obviamente aterrorizado, pero tratando de esconderse detrás de una incontrolada y loca fanfarronería.

—¡No puede retenerme aquí en este manicomio peligroso! —indicó los sonidos de los miembros de las bandas—. ¡Esta pocilga no tiene jurisdicción sobre mí! ¡Soy inglés!

—Yo también soy inglés, y usted no tiene jurisdicción sobre mi hija.

El señor Doveribbon, a pesar de su fanfarronería, estaba aturdido. «Cordelia Preston se había casado con un policía». Pero —gracias a Dios— un inglés al menos.

—Escuche, hombre, espere hasta que lo comprenda. Hice todo por ella, todo.

—¿Incluyendo ahogar a su madre?

—No sé de lo que está hablando.

Pero el policía, en silencio, levantó la bolsa que contenía el pelo. El señor Doveribbon se llenó de pánico, su voz se elevó hasta un grito como si Arthur lo estuviera golpeando, aunque en ese instante no lo estaba haciendo.

—No tengo nada que ver con eso. Yo estaba navegando hacia América, puedo probarlo. Escuche, escuche, usted es británico, comprende estas cosas. ¡Ella será una de las mujeres más ricas de Gran Bretaña! Todo lo que hice, lo hice por ella.

—No, no lo hizo por ella, lo hizo por usted mismo.

—¿Sabe usted la fortuna de la que se trata?

—Mi hija dejó muy claro que no le interesa esa fortuna en particular.

—¡Su hija, su hija! Esto lo sobrepasa, hombre —el señor Doveribbon acudió con valor a toda su *hauteur*<sup>48</sup> inglesa—. Es la hija y la nieta de nobles británicos.

—Y usted será juzgado por secuestro e intento de asesinato, señor Doveribbon, se lo aseguro. Le vendrá bien una temporada en América, como me temo que va a ser su destino, y catar sus sentimientos sobre la nobleza.

—No me lo puedo creer, simplemente no me puedo creer que alguien pueda rechazar la mitad de Gales que está a su alcance. Obviamente ella no lo comprende.

Arthur Rivers se sintió de repente muy cansado.

—Buenas noches señor Doveribbon —dijo tranquilamente y salió de la celda y cerró con llave la puerta, exactamente igual que el señor Doveribbon había estado cerrando la puerta alrededor de las Américas.

Cuando Arthur subió, Frankie Fields acababa de volver de los juzgados, casi llorando a causa de las escenas felices en Maiden Lane.

—Lo esperan en casa, señor.

Ya era casi de día.

## Capítulo 46

LA luz del amanecer se volvió luz de la mañana y se volvió sol del mediodía. Todas las ventanas del ático estaban abiertas, la habitación estaba caldeada, sofocante, pero a nadie le importaba: zapatos, chaquetas, sombreros por todas partes y Céline y Rillie adquirieron hielo del heladero de la esquina tan pronto como se hizo de día. Habían puesto hielo en la cara magullada de Gwenlliam. También el señor Doveribbon la había atacado cuando empezó a gritar una vez que ella encontró el pelo y quiso encerrarse con ella para apartarse de la pelea; la golpeó otra vez cuando quiso hacer saber a Arthur cuál era su paradero dentro del *SS Escorpio*.

Al principio, Cordelia y Gwenlliam se habían abrazado, literalmente incapaces de hablar. Después de un momento, Gwenlliam subió las manos y alisó el pelo de su madre.

—¡Lo vi! Blanco y negro. Sabía que era tu pelo.

Corrían lágrimas por sus mejillas y Cordelia trataba de enjugarlas.

—¡Estoy aquí, cariño, las dos estamos aquí!

Rillie sirvió grandes vasos de oporto y todos lloraron y rieron juntos por fin. Gwelliam abrazó a *monsieur* Roland, abrazó a Rillie, abrazó a Regina, abrazó a Céline.

Y entonces Gwenlliam dijo de repente:

—Pero... ¿dónde está la señora Spoons?

Mirando alrededor del familiar ático con el que había soñado, sabía que algo era diferente. Miró entonces a Rillie. Y entonces, de inmediato, lo supo al ver su rostro: sus ojos se llenaron de lágrimas enseguida al abrazar estrechamente a Rillie de nuevo.

—Oh... —Gwenlliam respiró, era un suspiro y un llanto combinados.

—Has estado fuera más de un año, querida niña y era una señora muy mayor.

Gwenlliam permaneció en silencio, había pensado tanto en estar con toda su familia que no esperaba que algo hubiera cambiado.

—Pensé que todo sería exactamente igual y... —miró otra vez la cabeza de su madre— nada es lo mismo en absoluto —se limpió las lágrimas del rostro—. Solía cantar su canción, Rillie, cuando estaba encerrada en mi camarote.

—Todavía podía cantar —dijo Rillie sonriendo.

Y, por un momento, fue como si pudiera oír esa alta y frágil voz: «Silba e iré a tu lado, mi amado».

Regina, que nunca lloraba normalmente, lloró también y abrazó a la muchacha otra vez. Luego leyó en voz alta el titular del periódico de la mañana:

«LA POLICÍA DE NUEVA YORK DETIENE A CONTRABANDISTAS DE ORO»

—Bien, ¡Arthur se sentirá orgulloso!

Gwenlliam se quitó por fin sus ropas extrañas de huérfana, sabiendo —como siempre había sabido— que con toda la gente de su peculiar familia a su alrededor —aunque una de ellos parecía diferente y otra se había ido— no era en absoluto una huérfana.

La Gran Céline, que no quería perderse una sola palabra, había de hecho decidido no abrir su

comedor, una acción insólita: Maybelle y Blossom y las camareras Ruby y Pearl se golpeaban los talones entre las mesas vacías en la gran habitación vacía. Pearl tocaba el órgano y cantaba.

*Cuando un cuerpo  
encuentra un cuerpo  
pasando por el centeno.  
Cuando un cuerpo  
besa a un cuerpo.  
¡Un cuerpo necesita consuelo!*<sup>49</sup>

La canción vivaz y despreocupada resonó en Maiden Lane. Una nota en la puerta cerrada decía:

COMEDOR CERRADO HASTA ESTA NOCHE DEBIDO A (FELICES)  
CIRCUNSTANCIAS INESPERADAS.

*Monsieur* Roland estaba callado, pero su rostro pálido y viejo irradiaba calor y vida y — simplemente— felicidad. Céline, mirándolo, pensó que sería un privilegio, ser amada por aquel hombre viejo. Incluso Alfie no podía separarse de ellos para ir a sus negocios; había llegado, abrazó a Gwenlliam también y le dijo que era una chica lista, se sentó junto a Regina y sonrió.

Sin un orden coherente, Gwenlliam volvió a contar toda la extraordinaria historia. Su terror, una vez que encontró el pelo de su madre cuando el señor Doveribbon lo agarró todo al empezar la lucha; las bandas y la pelea en Sandy Hook, y Arthur que llegó con Frankie Fields, rescató a Gwenlliam y envió a la flotilla de barcos a los muelles de Nueva York. Cordelia cerró los ojos durante un momento cuando recordó cómo había insistido en ir también, y su propia estupidez. Entonces Gwenlliam tuvo que describir una y otra vez toda la aventura del secuestro, el señor Doveribbon, San Francisco, el *Moe'uhane*, el cloroformo («¿Usó cloroformo?», *monsieur* Roland se enfureció al momento), Panamá, el *Bala del Mar*, los interminables días encerrada mirando el mar y el cielo, el estrecho de Magallanes y la señora Ray del Teatro Real, Nueva Zelanda.

—Es una especie de versión tuya, Céline, escribí sobre ella en una de mis cartas. Pienso que tenéis que estar emparentadas. Fue ella quien envió el telegrama cuando me empujaron otra vez al *Escorpio*.

—¡Dios, estoy orgullosa! ¡Me haría feliz de ser familia de tal heroína!

—¡Os daré trabajo a las dos! —gritó Alfie—. ¡Qué inteligencia la de ese telegrama!

—¡Se pagó con mis ganancias del póquer! —dijo Gwenlliam, que tuvo que describir entonces la sesión de póquer tranquila y pequeña que había atraído a mejores jugadores, gracias otra vez a los encantos de la señora Ray.

—Sin embargo, ¿sabía que el *Escorpio* iba a ir a Sandy Hook cuando envió ese telegrama?

—¡No lo sé! Pero Colleen Ray se mueve de maneras misteriosas —dijo Gwenlliam sonriendo para sí misma.

—¡Quiero que trabaje para mí! —dijo Alfie otra vez—. ¡Las dos! ¡Intrépidas!

—¿Nos visitará? —Cordelia habló por fin—. ¡Me gustaría abrazar a esa Colleen Ray!

—No se puede saber con ella donde aparecerá, pero creo que nos encontrará, aunque sea para saber si el señor Doveribbon ha tenido su merecido. —Y vieron la severidad en la cara de la muchacha, algo nuevo—. ¡Intentaron matarte, mamá!

—Sí, y ahora lo comprendo, para quitarme de en medio, no hay duda, para poder quedarse

contigo. ¡Han pasado muchos años de mi vida tratando de quitarme de en medio porque querían a mis hijos!

—¿Qué le ha pasado al señor Doveribbon? —preguntó enfadado *monsieur* Roland.

—Estaba inconsciente la última vez que lo vi, si es que no está muerto. ¡Espero que Arthur haya hecho que lo encierren en las celdas de la Policía! —dijo Gwenlliam, feroz de repente—. Espero que lo dejen allí. Veamos si le gusta. —Y oyeron otra vez el sonido diferente y más duro de su voz.

Y durante todo el tiempo, mientras el ático se caldeaba cada vez más, Gwenlliam y Cordelia siguieron sentadas muy juntas, apoyándose la una en la otra mientras hablaban. Algunas veces Cordelia alisaba los rizos calientes y húmedos de su hija; Gwenlliam hizo lo mismo al corto pelo de su madre casi sin darse cuenta, sin dejar de hablar. Estaban sentadas como si estuvieran unidas, como de hecho, a causa de los acontecimientos de su extraña vida, lo estaban. Gwenlliam supo de Danny O'Reilly, que trajo la carta de Peggy Walker por tierra, del azar de la pepita de oro con forma de caracolito; todos hablaron a la vez y hacían preguntas y gritaban y reían y lloraban y despotricaban de la nobleza galesa.

—¡No quiero ser su heredera! —gritó Gwenlliam.

—Ya eres una heredera —dijo Rillie en un tono seco—. Gracias a ti, tenemos bastante dinero para vivir cómodamente durante años.

—Por supuesto no es asunto mío, pero, ¿estás segura, querida Gwen? —dijo lentamente Céline al fin—. Si fueras una heredera tu vida cambiaría completamente y tendrías otras libertades.

—¡Esta es mi libertad! —dijo Gwennie, con voz firme—. ¡He estado encerrada durante meses! ¡Intentaron matar a mamá! Conozco más que otra gente la importancia del dinero —se volvió para estar directamente frente a Céline—. No estoy siendo romántica, estoy siendo sensata. Nunca tuve un día feliz desde que nos apartaron de mamá: mi hermana murió, mi hermano murió, arrestaron a mamá por asesinato... Eso no es libertad. ¡Nada bueno para nosotros vino de esa familia después de que nuestro padre nos traicionara a todos y no quiero que mi vida esté unida a ellos jamás!

—*Ah oui, ah oui*, esa es mi niña, la que yo conozco —dijo *monsieur* Roland con naturalidad.

Y así todos rieron y Céline bajó la cabeza aceptándolo (aunque ella misma podría haber sido más pragmática si el problema hubiera sido suyo). Luego miró hacia arriba otra vez.

—Gwen, dime ¿Cómo está Pierre *l'oiseau*? ¿Todavía está casado? —preguntó.

Y su único ojo bailaba mientras Gwenlliam informó que en el presente no había ninguna esposa.

Esperaban a Arthur. La tarde sofocante pasaba. No volvía.

—Frankie Fields dijo que era una operación enorme, sesenta policías —continuaban diciéndose una y otra vez—. Habrá todavía mucho que hacer.

—Normalmente envía un mensaje —dijo Cordelia con una voz intranquila al acabarse la tarde—. Seguro que habría enviado un mensaje, especialmente hoy. Habría querido oír tu historia. No ha oído tu historia.

—Y Frankie —dijo Gwenlliam— dijo que lo traería de vuelta.

Todos estaban totalmente exhaustos, pero no podían descansar hasta que Arthur volviera. Cordelia recordaba cómo se habían separado, y algo le tocó el corazón.

Céline necesitaba bajar por fin para abrir el comedor.

—¡Venid y comed! —les dijo cuando finalmente se arrastró a sí misma escaleras abajo; subió otra vez casi de inmediato con una gran cesta llena de fruta.

—Es una mujer muy buena —dijo *monsieur* Roland.

—¿Todavía está enamorada de ti? —se burló Gwenlliam

—¡Por supuesto que lo está! —cantaron al unísono Cordelia y Rillie.

—¡Le regaló aquella chaqueta morada! —dijo Rillie—. Pero también, para alivio de *monsieur* Roland, mostraba señales de palpitos en el corazón cada vez que mencionabas el nombre de Pierre *el Pájaro*, en tus cartas, ¡sabemos que lo hacías queriendo, Gwennie! ¡Quizás tenga otros planes, si *monsieur* Roland sigue obstinado!

—Pierre *el Pájaro*, necesita a alguien como Céline. ¡Se comportaba como un niño grande con los mosquitos!

—¿Pero dónde está Arthur? —dijo Cordelia.

—Frankie Fields habría venido a avisarnos —dijo Gwenlliam— si algo fuera mal. ¿Verdad?

El ático estaba completamente en silencio por primera vez desde que Gwenlliam había vuelto, podían oír fuera todos los carros en los adoquines. De repente, fue Gwenlliam quien se puso de pie.

—Pero... él dijo que también volvería —se miraron—. Vamos, mamá, vayamos por lo menos al departamento de Policía, por si acaso.

El corazón de Cordelia dio otro extraño vuelco cuando se puso de pie. Trató de recomponerse.

—Pero iré yo, Gwennie —dijo—. Buscaré a Frankie también, tú no puedes ir a ninguna parte, corazón mío, con todo lo que has pasado. Quédate aquí.

—Chica, tú no puedes ir a ninguna parte —repitió como un eco Regina a Gwenlliam—. ¡Acabas de volver de una aventura! ¡Mírate!

—¿Qué quieres decir con «¡mírate!»? ¡Viste lo que llevaba! ¡Soy libre! ¡Estoy en casa! Mamá está aquí. Todo esto me da vida, Regina. ¡Y llevo un vestido que me está bien por vez primera en meses!

—Iré con ellas —dijo Rillie—. Las cuidaré.

—Iré con ellas —dijo Alfie—. Las cuidaré a todas.

—¿Jugamos por dinero al póquer, *monsueer*? —dijo Regina con indiferencia—. ¿Hasta que vuelvan? ¿Ya que somos viejos? Alguien tiene que quedarse aquí por si vuelve.

*Monsieur* Roland, siempre tan poco expresivo, rodeó con sus brazos a Gwenlliam y la apretó solo por un momento.

—Cuídate, querida, oh, querida niña —dijo.

*Aquella mañana, justo antes del amanecer, Arthur y Frankie y otros dos policías, cansados pero relajados, con su trabajo concluido con éxito, paseaban en la oscuridad por los agradables jardines junto al ayuntamiento. El inspector Rivers los llevaba a casa en Maiden Lane para el desayuno.*

*Los jardines con la fuente, donde otros también esperaban.*

*Arthur fue sobre el primero que saltaron, mientras trataba de devolver el ataque, pudo verlo: había por lo menos diez; los policías ya estaban cayendo al suelo.*

*—¡Puto aguafiestas! ¡Puto inglés, puto aguafiestas!*

*Un objeto pesado le golpeó la cabeza.*

## Capítulo 47

LOS cuatro caminaban en el caluroso anochecer. Cordelia y Rillie y Gwenlliam y Alfie, todos caminaban, tratando de sentirse indiferentes por el hermoso Broadway iluminado por sus hermosas luces de gas. Gwenlliam no podía contenerse haciendo exclamaciones de placer cuando lo veía todo otra vez, las luces y las tiendas lujosas después de las tiendas de California; la gente y los edificios y el brillo y la esperanza «libre». La gente se daba prisa ocupándose de sus enérgicos negocios, como hacían siempre en Broadway, hasta con calor. Estaba casi oscuro cuando llegaron al ayuntamiento, pasado el parque con la fuente. Detrás del ayuntamiento estaban los juzgados que la gente llamaba «las tumbas» a causa de su peculiar arquitectura. Allí se encontraban la mayoría de las oficinas del departamento de Policía y la prisión abajo, pero ni por un momento ninguno de ellos dedicó un pensamiento para el inglés señor Doveribbon, encerrado cerca en alguna parte. Sus pasos resonaron cuando llegaron a la sala de recepción vacía. Un hombre y un escritorio, algunas sillas y un banco largo de madera en una esquina. Supusieron que el hombre sentado al escritorio era un policía, aunque estaba leyendo un periódico a penique y apenas levantó la cabeza con ellos allí de pie.

—Está cerrado —dijo perezosamente sin levantarse ni dirigirles la mirada—. El puesto de vigilancia está fuera —dijo— si es que les han robado, aunque probablemente ya estará también cerrado.

—Buscamos al inspector Rivers —dijo Cordelia con firmeza.

—Bueno, yo también —dijo el policía, sin dejar de pasar las páginas de su periódico—. Hemos estado esperándole a él y a su cohorte todo el día. Hay muchos informes que rellenar y no se han hecho y hay periodistas que quieren una historia y no está aquí para satisfacerlos.

Seguía sin levantarse. Las tres mujeres se miraban las unas a las otras consternadas.

—Escuche, amigo —dijo Alfie andando hasta el escritorio y colocándose delante del joven policía—. El inspector Rivers es un héroe flamante desde la pasada noche y, ¿dónde está? No está en casa y no está aquí y estamos preocupados por él y tu madre debería haberte enseñado a levantarte cuando hay damas presentes.

—¡Esto es América, amigo! —dijo el policía—. Reglas diferentes —suspiró y poco dispuesto cerró el periódico—. El inspector y su amigo especial, el señor bueno en todo, Frankie Fields, y los otros chicos buenos en todo se marcharon al amanecer cuando todo había terminado. ¡No somos sus guardianes! ¡Probablemente se fueron a emborracharse como Dios manda! No hay nada más que pueda decirle.

Los visitantes estaban abatidos por su hostilidad. ¿Acaso Arthur no había evitado un gran robo? No se movieron.

—¿Dónde está tu superior? No nos moveremos de aquí. Esta es la mujer del inspector Rivers.

El policía, echando un vistazo vagamente hacia las mujeres por primera vez, miró a Alfie, sorprendido.

—Bueno, bueno, bueno. Pensé que la que mandaba todas esas cartas era su mujer —dijo—. Todas esas cartas de Londres —y su aspecto se volvió malicioso al señalar una pila de papeles—.

A lo mejor es que el bueno en todo inspector Rivers tiene dos esposas. Esta tarde decidimos forzar el cajón de su escritorio para ver si podíamos encontrar dónde podía estar. Encontramos estas cartas.

Fue Rillie quien rápidamente intentó reunir los papeles, pero todos vieron palabras en los papeles:

«Vuelve a casa... ¿no te da vergüenza?... Elizabeth, por tu amada esposa...

Estamos bien padre, no te preocupes...

¿cómo puedes hacer esto?... nietos...

de verdad que estamos bien padre, cuando puedas padre, te echo de menos padre...

...epidemia atroz... mujer elegante... hemos recibido contribuciones económicas».

—¿Era muy reservado en lo que respecta a ellas! —dijo el policía vivazmente.

Solo entonces el maleducado agente miró a la esposa, que estaba frente a él, con propiedad. Ella sostenía una de las páginas en la mano, pero sin leerla realmente, un largo pañuelo había caído de su cabeza sobre sus hombros. Entonces ese policía se levantó. Vio a aquella mujer (dijo más tarde) y había algo, algo en ella, el pelo corto y puntiagudo con un poco de blanco al frente, algo extraño. «Sus ojos eran brillantes», dijo más tarde.

Esta vez Alfie dio un puñetazo en el escritorio.

—¿Qué te pasa, amigo? ¿Qué haces leyendo los papeles privados de un hombre? ¿Y por qué eres tan desagradable cuando estás viendo que estas damas están tan preocupadas?

—El inspector Rivers no es un héroe aquí, eso es todo. —Pero estaba desconcertado por el rostro brillante y pálido.

En ese momento, un agente entró atragantado y sin respiración. Apenas podía respirar para dar las noticias que traía, las farfulló, un mensaje acababa de llegar, se habían llevado a cuatro policías a Cherry Street hacía horas.

—¿Qué? —dijo el policía del escritorio bruscamente antes de que el mensajero pudiera terminar.

—¿Quién? —dijo Cordelia.

—Por favor, señora, no se meta en esto —dijo el policía del escritorio, de repente con tono oficial—. Esto no tiene nada que ver con usted.

—¡Oh, sí lo tiene! Soy la mujer del inspector Rivers y parece que ha desaparecido.

—¿Quién? —preguntó Gwenlliam.

Cordelia vio la cara de Gwenlliam.

—El inspector Rivers es mi marido —dijo al mensajero que no había recuperado el aliento—. Frankie Fields es nuestro amigo. No han aparecido en todo el día. ¿Están en Cherry Street?

—¡Sí! —el mensajero inspiraba y espiraba profundamente— ¡Dios, qué calor! Sí, eso hemos oído, sí, sí. Los dos están en Cherry Street. Sabíamos que tomarían represalias después de que el plan del oro les saliera tan mal. Hemos estado todo el día esperando algo... ¡pero ya ha pasado! Solo que... —lanzó una mirada en la dirección de las damas, pero se dirigió al agente del escritorio—. Solo que hay algo más. ¡Dicen que han matado a Jem, Jem Clover!

—¿Jem? ¿Jem muerto? ¿Cómo lo sabe?

—De alguna manera, la noticia se ha sabido. Por lo que se ve los *b'hoys* los atraparon temprano esta mañana, tan pronto como supieron que el asunto del oro había salido mal, supongo. Hubo un pequeño altercado en City Park, hemos oído ahora, el inspector Rivers y Frankie y Jem y Thomas, todos capturados por Los Chicos del Amanecer. Deberían verlos —dijo a los visitantes—: jóvenes de aspecto horrible con pendientes en las orejas.

Cordelia sintió que el suelo se movía bajo sus pies cuando el policía del escritorio se puso

en marcha de repente. Había estado en Cherry Street.

—Conozco a los jóvenes de aspecto horrible con pendientes en las orejas.

El policía del escritorio estaba soplando un silbato, gritando, despachando un mensajero al capitán, enviando un mensaje a los concejales. Un policía muerto, eso significaba que todo era diferente. Otros policías que habían oído el silbato aparecieron, algunos medio dormidos, algunos poniéndose las chaquetas y corriendo. Empujaron a Rillie y Gwenlliam y Cordelia y Alfie a una esquina junto al banco de madera. Nadie les prestaba atención entre el ruido y la confusión. Rillie puso los papeles de Arthur en un bolsillo de su capa.

—Cherry Street —gritó alguien—. Han matado a Jem Clover. Tienen al inspector Rivers y a Frankie y a Thomas, es todo lo que sabemos, ¿quién sabe a quién más?

—Los *b'hoys* no tienen ningún sentido común —murmuró uno de los policías a otro cuando estaban sentados en el banco, quitándose lentamente las botas—. Saben que los dejaremos tranquilos si nos dejan tranquilos, no tienen sentido común. ¡Ahora tenemos que hacer algo! Y esa maldita Cherry Street por la noche es un maldito infierno. Esperemos. Debemos aguardar hasta que llegue el ejército.

Cordelia que había oído cada palabra, de repente se precipitó hacia los policías que estaban allí sentados todavía con una bota puesta.

—¡Cómo se atreven a decir «esperar», cobardes! ¡No se atrevan a esperar, es mi marido, el inspector Rivers quien ha desaparecido y si no lo encuentran yo lo haré y avergonzaré a todo el cuerpo de Policía de Nueva York y a sus valientes hombres!

—Perdone, señora —dijo un policía, avergonzado levantándose de un salto.

Pero el otro respondió al momento mientras se quitaba la otra bota, ni siquiera había mirado a Cordelia.

—Si no le importa que se lo diga, señora, él mete la nariz donde no siempre debe. Y eso es peligroso.

—¡Será peligroso para ustedes si no lo encuentran! —gritó Cordelia, que sorprendió al policía, que se levantó inmediatamente, y todos los policías que corrían y gritaban fueron más despacio un momento, distraídos por la furiosa luz que parecía proyectarse en ellos de la mujer con el extraño pelo corto, de los ojos de la mujer que estaba buscando al inspector Rivers. Rillie se sorprendió pensando para sí misma: «Dios mío, aquí está, la vieja e imprevisible Cordie, hacía años que no la veía».

Pero el capitán Washington Jackson apareció de repente, a cargo de los agentes de policía, les dijo que un regimiento del Séptimo ejército ya estaba en camino y que quitaban de en medio enseguida a cualquier recalcitrante. El contingente de policía y el regimiento del Séptimo ejército se habían encontrado en el camino a los muelles y marchaban juntos. Había unas reglas no escritas en la corrupción y el caos de Nueva York y una de las reglas no escritas era: no matar a un policía. Cordelia y Alfie y Gwenlliam y Rillie se unieron a los hombres que marchaban en la oscuridad, moviéndose cada vez más cerca hacia el frente.

—Vete a casa, Gwennie —dijo Cordelia de repente, pensando en todo lo que había pasado ese día—. Debes irte a casa, esto es demasiado peligroso —Cordelia sabía a dónde se dirigían—. ¡No hagas esto Gwennie, no comprendes como va a ser, no puedes pasar también por esto después de lo que te ha pasado!

Pero Gwenlliam solo sacudió la cabeza en la oscuridad.

—Puedo, mamá —dijo con furia—. No soy una niña. Quiero ver a Arthur y a Frankie Fields.

Las calles alrededor del área de Cherry Street estaban engañosamente silenciosas aquella noche. Nadie estaba tan callado entonces como Cordelia Preston, quien había estado antes allí,



callada como los explosivos lo están antes de entrar en erupción, Cordelia Preston. Los soldados se movían en grupos, con lámparas, con sus armas listas, a lo largo de la extrañamente silenciosa Cherry Street. Hasta en las tabernas la música se hizo suave, como si no quisieran atraer la atención. Algunos de los soldados patearon la puerta del extrañamente vacío bar de la esquina donde estaba la botella con orejas humanas detrás de la barra. Salieron otra vez y volvieron a la extrañamente vacía Cherry Street. Cuando pasó por el embarrado, estrecho callejón, que ella recordaba tan bien. Con los soldados al frente ahora, algo hizo a Cordelia mirar por encima de ella. En la noche húmeda y caliente, había gente en los tejados de aquel lugar más infame entre todos tratando de tomar algo de aire más fresco, luces extrañas parpadearon. Miraban al ejército y la Policía llegando con un silencio extraño y lánguido, de tal manera, que el único ruido era el de los pies en los callejones. Algunos de los policías que habían estado allí antes miraban con aprensión. Finalmente, el contingente llegó al hueco de la entrada. El cartel roto anunciaba «EDIFICIOS PARAÍSO».

—Si están en alguna parte, será en los sótanos —dijo Washington Jackson en voz alta a todos los hombres, de hecho, a todo al que quisiera escuchar—. Pero vayamos y veamos primero quien está a cargo de esta pequeña reunión, porque no tengo dudas de que habrán oído que estamos en camino y nos están esperando.

Y un grupo de policías y soldados armados irrumpieron en Edificios Paraíso.

Ese olor. Subía al edificio principal de las cámaras del sótano y se posaba por todas partes, el olor fétido, desagradable y apestoso de la humanidad y su basura. Un policía se volvió con náuseas cuando hicieron brillar las lámparas en cada esquina. Irlandeses, negros, alemanes, italianos, americanos, mexicanos, un chino con una trenza, muchas mujeres y niños, gente dentro y fuera de las habitaciones. Una madriguera de corredores aparentemente desconectados, abarrotados, estrechos, oscuros que llevaban... ¿a dónde? ¿Arriba por una escalera rota? ¿Abajo a cámaras que conducían al final a los muelles? Quién podría saberlo excepto los habitantes, o algunos de ellos, nadie en su juicio, incluyendo los policías y los soldados, estaría allí por voluntad propia, especialmente en una noche tan cálida, tan oscura y tan tensa como esa. Aquello no era un hacinamiento y corrupción corrientes. Esos (que gente como el señor Charles Dickens los habían descrito así en libros leídos por todo el mundo) eran animales, no personas, era un infierno viviente a solo unas calles de Broadway con sus magníficas tiendas y casas y su luz de gas y sus sicomoros.

Policías y soldados, sudando ya profusamente, se movían juntos por los corredores estrechos, con sus lámparas brillando a través de pequeñas puertas que conducían a una puerta tras otra. Si pateaban una puerta, no se abría, se caía; si un soldado apuntaba un arma no era para avisar, sino para matar, ya habían disparado varios tiros, ya un cuerpo yacía en el sucio suelo, el cuerpo de alguien que había atacado estúpidamente a un soldado con un cuchillo. Las multitudes de habitantes se congregaban ahora en grupos en pasajes estrechos y miraban con acritud. Varios agentes de policía pasaron empujando, saltaron sobre el cadáver, se movieron adelante con las lámparas, gritando, seguidos por los soldados. Un grupo fue al final del edificio, quitando a empujones a gente de su camino; un grupo subió por la escalera rota donde sus cabezas ensombrecidas fueron iluminadas por unos rayos de luz de luna que brillaban desde arriba. Un nombre resonó abajo y arriba de las escaleras, hacia los corredores apestosos inferiores y alrededor de las esquinas con pilas de basura:

—¡Arthur Rivers! ¡Arthur Rivers! —gritaban.

Cordelia y Gwenlliam se deslizaron también hacia adelante, en algún lugar un niño chillaba y chillaba, ratas, ratas enormes como gatos se escabullían saliendo de las pilas de basura, atrapadas

por la luz de las lámparas por un momento y desaparecían.

—¡Arthur Rivers! —llamaban a gritos las voces.

Y el niño todavía chillaba, otro se unió, las mujeres gritaban a los niños: «¡Cállate! ¡Cállate!».

—¡Arthur Rivers! —gritaban las voces.

Gwenlliam repasaba todos los corredores, a toda la gente, automáticamente, como hacía con las multitudes del circo. De repente vio a un hombre despreocupado, de brazos cruzados, cerca de la escalera, «este hombre es el que manda». Se lo señaló a su madre que estaba cerca, de la manera que solían hacerlo cuando trabajaban juntas en el circo, pero no tenía que hablar porque Cordelia lo vio también enseguida, el hombre que mandaba era el joven que la había reconocido de algún modo cuando vino a encontrar a Bridget O'Reilly, Charlie, la mujer con los tirantes de hombre lo había llamado Charlie. Charlie estaba allí de pie como si tal cosa donde los pasajes se unían, cerca de la escalera rota. ¿Y dónde estaba ella, esa mujer? ¿La mujer que decían que cortaba orejas a mordiscos y que pensó que Cordelia se había ahogado, la mujer que citaba a Shakespeare?

Charlie estaba ligeramente separado de los otros inquilinos de Edificios Paraíso, que se habían reunido ahora. Charlie vigilaba, sonriendo un poco, el pendiente de oro aparecía y desaparecía en el parpadeo de las lámparas; estaba mascando tabaco con los brazos cruzados en el pecho.

—¿Dónde están, Charlie? —el capitán Washington Jackson cruzó también los brazos—. No puedes librarte de esto. Sabemos que los trajiste aquí.

Las armas apuntaban a Charlie. Él seguía mascando lentamente y sonriendo lentamente.

—No sé de qué hablas, amigo.

Esa voz ligera de niño que ella recordaba, la cara joven y cruel.

—¡Demonios, es Charlie Pack! —susurró Alfie casi para sí mismo, y luego dijo en voz baja a los otros—. Es uno de los líderes de Los Chicos del Amanecer. Es un cabrón malo y violento, no os equivoquéis. Siempre pensé que estaba un poco mal de la cabeza. Que no os engañe lo joven que parece, ¡es peligroso!

Los grupos de soldados con lámparas volvieron de las esquinas oscuras, de la escalera.

—Nada —murmuró un agente a Washington Jackson—. Iremos abajo a los retretes, que Dios nos ayude —y salieron otra vez a la noche y luego desaparecieron abajo.

—¡Arthur Rivers!

Y las voces llamaron más débilmente.

—¡Arthur Rivers!

Cordelia tenía que luchar para evitar el pánico que la envolvía. «¡No puede estar muerto, no puede estar muerto!». Vio la alta escalera rota muy cerca, sujeta por un largo palo, atado a las barandas, un rayo de luz de luna caía sesgado de la claraboya del techo, rasgando la negrura. Figuras de sombra estaban de pie en la escalera ¿Estaría en alguna parte allí arriba? Si ella pudiera subir un poco por la escalera, podría mirar arriba y podría mirar abajo, ver más a la luz de las lámparas de la policía. Bordeó un poco más la escalera en la oscuridad mientras Charlie miraba a los soldados y los agentes de la policía aunque lo apuntaban directamente con sus armas.

—No sabes de lo que estás hablando, amigo —dijo Charlie.

—¡Arthur Rivers! —oyó ella gritar, desde alguna parte muy abajo.

Parecía entonces que el grito era incluso más distante (y su corazón estaba atenazado por el miedo), era más como un lamento lejano: Arthur Rivers.

Llegó hasta la ensombrecida, pronunciada escalera. «Recuerda que está casi derruida»,

rápidamente medio subió, medio luchó, «tengo solo cincuenta y un años, sé sobre equilibrio», buscando escalones rotos. Una vez el pie se coló por un agujero y la sacudió. Se colgó de las barandas rotas; escuchó una respiración en la escalera, había gente cerca en alguna parte. El rayo de luz de la luna de verano brilló hacia abajo y sobre una de las escaleras rotas como si la guiara adelante. El palo estaba atado a esa baranda iluminada por la luna, apenas soportando toda la escalera. Sus ojos estaban ahora acostumbrados a la oscuridad y la luz. Subió, sabía que había gente allí pero seguía subiendo. En el momento en que pudo volverse para mirar abajo, pensó que había visto una figura alta inclinada muy por encima de ella, creyó que la luz de la luna brilló en los tirantes que sujetaban su falda. «¡Dios! ¡Es ella!», pero al mirar la figura desapareció completamente. Cordelia se preguntaba si estaba viendo visiones, miró otra vez pero no vio a nadie en absoluto. Se volvió, se agarró al palo junto a la baranda para equilibrarse y su corazón latía sin control, casi esperando un cuchillo o una bala en la espalda, mientras hacía equilibrios en la escalera rota. Escuchó entonces su propia respiración aterrorizada.

La escena de abajo era como una especie de pintura negra de un inframundo. El calor subía, podía verlo, una miasma. En la luz turbia de las lámparas que se balanceaban y el rayo de luz de luna que caía pudo ver gente amontonada en las puertas de las pequeñas habitaciones, sin vida, incluso cuando los soldados pateaban las puertas, sin energía, como si no les importara lo que estaba pasando. Tensos, los soldados apuntaban sus armas, los agentes de policía vociferaban preguntas que nadie contestaba, podía ver a Charlie claramente, podía ver a Gwenlliam buscándola. Levantó el brazo cuando Gwenlliam miraba hacia ella. El destello del color claro de su capa captó la atención de los ojos de Gwenlliam, desde ese momento Gwenlliam solo miraba a su madre.

Algunos soldados volvieron.

—No está ahí abajo —dijeron.

—Como le había dicho —dijo Charlie, con esa voz de muchacho que ella recordaba—.

Ahora, déjennos tranquilos.

—No —dijo Washington Jackson—. No, no te dejaremos tranquilo, Charlie Pack, vamos a ir todos otra vez a las cámaras. Haces tus negocios sucios en las cámaras, ¿verdad, Charlie Pack? ¡Y no son solo tus negocios sucios de pordiosero!, ¿verdad, Charlie Pack?!

Y entonces desde el lugar privilegiado de Cordelia, cuando las lámparas brillaron sobre Charlie, él no se movió...

«¡Por supuesto que sí!».

Ella lo supo. «Rápido». Ella supo de repente que tenía que ponerse en pie o balancearse para que la luz de luna brillara en su capa, si pudiera subirse a la baranda sujetándose en el palo, captaría la luz perfectamente. «¡Soy acróbata, por el amor de Dios! Y he aprendido de Silas sobre iluminación. Charlie me reconoció del circo y se sintió intranquilo». Gwenlliam estaba observando a su madre detenidamente. Cordelia señaló a Charlie, Gwenlliam vio a su madre liarse su largo pañuelo en la cabeza y entonces —Gwenlliam miró horrorizada— usó el largo palo para impulsarse hacia arriba hasta que estaba en precario equilibrio sobre la baranda de la escalera, y Gwenlliam comprendió. Su madre, parcialmente bajo la luz de la luna, parecía un fantasma.

Gwenlliam dio algunos pasos adelante apartándose de los soldados y hacia el joven del pendiente y le tocó el hombro ligeramente. Su leve sonrisa desapareció, cogido por sorpresa, escupió el tabaco, no a ella, y aterrizó en las tablas levantadas y rotas, tenía la mano en la empuñadura de su cuchillo. Un soldado, inseguro, amartilló su arma, todo el mundo oyó el sonido. Gwenlliam señaló hacia arriba simplemente y luego se movió de vuelta al lado de los soldados.

—¡Charlie! —llegó una voz que parecía estar en el cielo nocturno.

Charlie, con sospecha, frunció el ceño, empuñó su cuchillo, medio se volvió a donde la chica había señalado y vio el fantasma en la empinada escalera, no en las escaleras, sino de algún modo flotando, mitad y mitad en la luz de la luna. Se quedó quieto como un palo, mirando. Nadie se movió, ni los soldados ni la policía. Todos vieron la figura arriba, la luz de luna brilló hacia abajo, iluminando su aparición.

—¿Qué es esto? —susurró el joven del pendiente de oro.

Y Cordelia dijo:

—Mírame Charlie —con su voz extraña y baja, que lo transportaba y el hombre no pudo evitarlo.

La miró, inmobilizado. Al igual que muchos de los hombres salvajes, poco educados y medio locos de Cherry Street, Charlie Pack era supersticioso. Creía en brujas y en el mal de ojo, podía sentir a Cordelia, podía sentirla sosteniéndole la mirada. La conocía, la había visto antes.

—Espérame Charlie.

Ella esperó hasta que estaba segura de que estaba atrapado, luego se movió rápidamente fuera de la luz de la luna, no había tiempo para el miedo. «¡Me he entrenado para esto!», y saltó a la oscuridad de la escalera, agarrando la baranda para equilibrarse. Las luces parpadearon inmediatamente cuando los policías alzaron sus lámparas.

—Charlie —dijo la extraña voz.

La figura con la capa clara y los pañuelos se movía dentro y fuera de la luz mientras se acercaba hacia el hombre del pendiente de oro. Él mismo no se movía. No podía apartar los ojos de ella.

Ella se acercó a Charlie, que tenía su misma altura, y se quedó delante mirándolo con sus ojos brillantes. Sin quitarle los ojos de encima, movió las manos sobre él, sin tocarlo. Él se movió como para agacharse, como si ella lo fuera a golpear, pero no dejó de mirarla. Sus manos no lo tocaban, solo sus manos se movían una y otra vez a su alrededor, una y otra vez, largos y profundos pases y miró a la dama fantasma que parecía destellar en la luz en movimiento de las lámparas. Mirando, abatido, lo habían cogido sin equilibrio, estaba de rodillas sujetando todavía el cuchillo que estaba a pulgadas de su pecho. Sin embargo, todo el mundo, todo el mundo —los soldados, los policías, la multitud que vivía en Edificios Paraíso— estaba como transfigurado. La mujer se inclinó hacia el hombre que estaba de rodillas sujetando el cuchillo, ella movió las manos con calma una y otra vez, sobre su cabeza, también alrededor de sus hombros, una y otra vez, con los golpes largos y rítmicos. Respiraciones, solo el sonido de las respiraciones por todas partes: la respiración de Cordelia, la respiración de los soldados, la respiración pesada e insana de la gente que raramente veía la luz. Y la respiración del hombre que sujetaba el cuchillo. Todavía Cordelia movía las manos y parecía quizás susurrar algo al hombre, inclinó la cabeza hacia él, otros cerca oyeron la voz pero no las palabras.

Y entonces sus ojos se cerraron, todavía de rodillas.

Durante un momento más, Cordelia movió las manos sobre el hombre, una y otra vez. Los policías y los soldados y la gente que vivía en Edificios Paraíso y a los que llamaban animales nunca olvidaron lo que habían visto aquella noche. Su capa era clara en la semi-oscuridad, las lámparas de la policía la atrapaban y la perdían. Ella parecía, dijeron todos después, un fantasma. El cuchillo se cayó, hizo un ruido sordo en la madera podrida, Charlie se cayó hacia adelante.

Al momento los soldados rodearon al hombre.

—¡Jesús, señora! —dijo uno de ellos y su rostro respiraba.

—Muévanlo —dijo.

No tenían ninguna expresión.

—Hay una especie de puerta bajo sus pies que lleva abajo, quizás a los sótanos o quizás a otro sitio —dijo ella—. Una vez lo vi subiendo desde aquí, chorreando. Ellos estarán ahí, abajo. Mi marido estará ahí abajo.

«Tiene que ser verdad, tengo que creer que es verdad».

Una mujer de uno de los grupos de gente amontonada retuvo la respiración, y el capitán Washington Jackson tuvo un momento de lucidez, la mujer fantasma era inglesa, y la mujer de Arthur Rivers. Nunca había hablado de una esposa. Arrastraron a Charlie aparte cuando empezó a moverse. En la penumbra no se habría visto si no se supiera qué buscar, y entonces una lámpara brilló hacia abajo y lo vieron, las maderas eran una puerta.

—No, señora —dijo una voz urgente.

Hubo un susurro fuerte en un grupo de gente que vivía allí, en ese lugar, y entonces la persona a la que le pertenecía la voz urgente se sacudió de las manos de otros que la restringían. Se movió hacia adelante.

—No vaya abajo si es su hombre.

Era Bridget O'Reilly.

—¿Qué es esto? —dijo Cordelia, su corazón latía como mil tambores cuando se acercó a Bridget y agarró sus hombros.

—¿Qué hay ahí abajo? ¿Qué voy a encontrar?

—Lo siento señora.

—¿Qué voy a encontrar?

Bridget O'Reilly miró a la mujer que la había llevado a su hijo y le había dado el trozo de oro al otro hijo.

—Lo siento señora —dijo otra vez—. Lleva a las cloacas y al río. Es donde arrojan los cadáveres.

Fue Gwenlliam, no Cordelia quien gritó.

Y el grito pareció romper por fin el encantamiento que había caído, durante aquellos momentos extraños, sobre Edificios Paraíso. Los soldados se movieron, la policía se movió, Charlie salió de su trance mesmérico, pareció confuso por un momento y rugió como un animal salvaje para descubrir que lo habían movido de donde había estado con tanta despreocupación. Ahora tiraron de las maderas que formaban la trampa sobre la que había estado, tan cuidadosamente de pie.

Un niño salvaje con la cara afilada, viendo que el hombre del pendiente no tenía ningún poder, llamó a Cordelia.

—¡Mujer fantasma! ¡Te llevaré si me das un dólar!

Fue Rillie quien rápidamente, muy rápidamente, encontró un dólar en el bolsillo de su capa y lo levantó. Los ojos en el pequeño rostro del salvaje brillaron, le dio la mano, pero Rillie la retiró.

—Muéstranos primero —dijo suavemente, pero su rostro estaba tirante por la tensión.

El niño desapareció abajo a través de la trampa del suelo. Abajo en la oscuridad sin aire, soldados, policías, incluyendo al capitán, lo siguieron con luces. Cordelia, como pudo, fue con ellos, a Gwenlliam se lo impidieron Rillie y Alfie. Desaparecieron en la construcción casera de aspecto peligroso que parecía que iba a caer sobre ellos en cualquier momento, agua putrefacta corría en el fondo. Dentro de Edificios Paraíso, los soldados miraban a la multitud, con las armas preparadas, pero incluso entonces, la multitud permanecía indiferente, sin energía, vigilando al hombre del pendiente de oro y a la policía que lo rodeaba.

Abajo, abajo, caliente como un horno rugiente, sin aire, algunas lámparas parpadearon, más abajo, en el barro y la porquería de aquella cámara, el olor era casi abrumador, insoportable. Los policías encendieron sus lámparas. Había una grieta en una pared de cemento y luces que se movían. Cordelia miró rápido a través y comprendió que estaban en una cámara totalmente separada, estaban detrás de la cámara que tenía los retretes a la que habían llegado desde el callejón exterior. Ahora seguían al niño entre la porquería horrible que rezumaba, respirando la porquería horrible que rezumaba. Alguien que comprendió lo que era esa basura, vomitó; no era Cordelia. Uno de los soldados se desmayó, cayó en los residuos, uno de sus colegas tiró de él hacia arriba, pero no fue Cordelia quien se desmayó. El niño los guiaba, podían oír algo: agua, podían oír claramente agua corriendo. ¿Estaban al lado de un sumidero? ¿O lo que podían oír era el río Este? Justo en la esquina más lejana de aquella cámara, había otra trampilla que llevaba abajo. Era demasiado pesada para el niño, cuatro soldados la levantaron, entonces las lámparas brillaron abajo.

En un túnel estrecho y pútrido y apestoso había cadáveres. Los agentes de policía reconocieron primero el cuerpo de Jem Clover. Lo sacaron fuera. Le faltaba una oreja. Después otro cuerpo, llegaron más lejos desde el borde.

—Thomas Duggan —murmuraron los policías.

Lo sacaron. Le faltaba una oreja.

—Ella ha estado aquí —dijo Washington Jackson—. Gallus Mag.

El niño miró fijamente. Cordelia se mantuvo firme. El sonido de agua corriendo aumentó; iluminaron con sus lámparas la estrecha oscuridad. Ahora solo había vacío. Cordelia empujó hacia adelante, pasando al capitán, pasando a los soldados. Se arrodilló en el barro, miró hacia abajo, abajo dentro del túnel. Solo podía ver oscuridad.

—¡Arthur! —llamó con angustia por encima del sonido del agua, inclinándose hasta el túnel—. ¡Arthur! ¿Puedes oírme?

Solo su propia voz desesperada hizo eco.

—No siga, señora —dijo un policía—, podría ser arrastrada. Su ropa la hundiría.

Él sostenía una lámpara, también intentó mirar en la oscuridad.

—¡Arthur! —llamó una y otra vez más desesperada—. ¡Arthur!

Creyó ver algo que se movía en la profunda oscuridad, el policía de la lámpara lo vio también, se acercó.

—¡Arthur! —gritó.

No era Arthur, sino Frankie Fields quien rodó como pudo desde un recodo del túnel hacia ellos.

—¡Es Frankie!

Entonces los policías y los soldados la empujaron con bastante rudeza a un lado, se movieron rápidamente alrededor de la entrada del túnel; uno de ellos había encontrado un tablón de madera ancho y largo, lo empujó hacia abajo, sintió que lo sujetaban y se vio más a Frankie. Se agarró al tablón y muy despacio, muy cuidadosamente, los soldados tiraron de él. Frankie estaba totalmente cubierto de líquido viscoso y limo, pero allí abajo, donde las lámparas iluminaban creyeron ver ojos. Estaba cerca de ellos pero todavía en el túnel. Vomitó barro, estaba exhausto, no se podía mover más en ninguna dirección.

—¿Dónde está Arthur? —dijo Cordelia hacia Frankie que estaba abajo y no pudo contestar porque apenas podía respirar.

Oyeron el río.

Cordelia sintió un destello dentro de su cabeza, como un golpe, al principio pensó que

alguien la había golpeado y luego el destello volvió otra vez. «Mi pasado ha bloqueado mi amor».

La voz de Frankie, cuando llegó, estaba llena de barro y agua.

—Está aquí —Frankie se ahogaba—, pasando el recodo. Volveré, podría agarrarse a mis pies.

—¡No amigo! —gritó un soldado—. No te levantarás. ¡Nunca sacaremos a los dos a la vez! ¡Sal tú primero!

Otra vez tuvieron que esperar que Frankie pudiera hablar.

—Pero lo han atado —medio llamó, medio se ahogó hacia donde podía ver la luz—. No sé... —Y lo oyeron vomitar otra vez—. No sé si todavía está vivo —podían oír su respiración ahogada y trabajosa—. Se liberó una de las manos y mantuvo mi cabeza por encima del agua incluso estando atado. Nos tiraron... nos tiraron a los dos justo antes de que la mujer viniera. La oímos, cogió a los otros.

Los soldados pensaron que estaba delirando. «¿Mujer?». Pero el capitán comprendió: Gallus Mag. Y Cordelia comprendió: la mujer que conocía a Shakespeare. Frankie vomitó barro, escupió pero todavía trataba de hablar.

—Llamad, llamad a Arthur... Decidle que tiene que agarrar mis pies con la mano libre. Tiene que hacerlo.

Ella se arrodilló en la oscuridad, hacia el sonido del agua corriendo, gritó pasando el cuerpo de Frankie, su voz resonó abajo.

—¡Arthur! ¡Arthur! —solo oyó su propia voz cuyo eco volvió, y el agua corriendo—. ¡Arthur! ¡Agarra los pies de Frankie! ¡Está volviendo hacia ti! ¡Debes agarrarte a sus pies!

Y muy lentamente, deslizándose, Frankie Fields volvió. Pero esta vez cuatro soldados sujetaron la pieza de madera por un lado y la enviaron abajo con él, que sujetó el tablero con fuerza cuando lo bajaron. El niño que los había guiado hasta el túnel miraba fijamente donde estaba, hechizado.

—Esa es la madera con la que empujaban a los muertos hacia abajo —dijo a uno de los soldados, señalando el tablón—. ¡No para sacarlos!

Cuatro soldados estaban totalmente tumbados en la porquería, inclinados hacia el túnel, juntos sujetaban un extremo, cuando la madera se movía, la sujetaban con fuerza, tratando de ir con el movimiento para que la madera no se rompiera. Se movía y tiraba pero seguían sujetándola. Entonces la madera se quedó quieta. Nada. Un policía hizo brillar la lámpara hacia abajo en la oscuridad, todo lo que se podía ver era el tablón cubierto de barro, que se extendía a la oscuridad y la nada.

Y entonces Cordelia y los cuatro soldados oyeron un débil sonido extraordinario por encima del agua. Oyeron silbar a alguien.

—Ese es Arthur —medio susurró Cordelia, y luego más alto—. ¡El silbido! ¡Sé que es Arthur! ¡Tiren ahora!

Los soldados tiraron y tiraron, un pequeño trozo del tablón subió, otros soldados se unieron a ellos ahora, empujando otra vez a Cordelia a un lado del borde de la entrada del túnel; cinco, seis soldados ahora, tirando con cuidado hacia arriba: lo levantaron y juraron y escupieron y luego lo levantaron otra vez.

—¡Lentamente! ¡Se romperá!

Y entonces la parte de arriba de Frankie reapareció, el barro y el líquido viscoso y el blanco de los ojos. Los brazos tiraron, levantaron, era como si Frankie hubiera encontrado algún poder sobrenatural dentro de sí mismo para levantarse con el tablón, contra el lado de un túnel que rezumaba. Y allí, por fin, colgando con fuerza de los tobillos de Frankie por un brazo libre,

nadando como podía con el resto de su cuerpo, mitad fuera y mitad dentro del barro apestoso y putrefacto, pudieron ver una forma, un cuerpo atado. Rápidamente ahora los soldados tiraron.

—Suave, con cuidado ahora, muchachos... Suave, suave... Con cuidado, con cuidado.

Tumbaron primero a Frankie Fields y luego al inspector Rivers allí mismo en el barro, desataron las cuerdas del inspector. Mientras Arthur Rivers seguía en la basura, lo vieron moverse un poco, luego, bajo las capas de barro y residuos creyeron ver dos ojos mirando a la figura de la capa negra llena de barro que se inclinaba sobre él.

—Silba e iré a tu lado, mi amado —susurró Cordelia.

Subieron a los dos hombres vivos cruzando la cámara, al túnel casero, a través de la trampilla hasta Edificios Paraíso. Colocaron los cuerpos de sus dos colegas muertos a su lado, preparándose para sacarlos a todos. Todo el mundo vio a los muertos y a los medio muertos y el barro negro y asqueroso. Gwenlliam se arrodilló con rapidez durante un momento entre los cuerpos de Arthur y Frankie, estaba llorando con un brazo sobre cada uno de ellos. El niño pasó empujando, fanfarrón, reclamando su dólar a Rillie.

El hombre del pendiente, esposado ahora, humillado por la mujer fantasma delante de todo el mundo, traicionado por su propio sobrino, hizo un esfuerzo sobrehumano, como Frankie Fields y Arthur Rivers habían hecho en el sumidero no mucho antes. Cuando el niño pasó, buscando solo a Rillie y el dólar, el hombre de algún modo consiguió librarse de la policía, saltar hacia delante, agarrar al niño entre las esposas y arrojarlo con un rugido de rabia directamente contra una de las paredes de Edificios Paraíso.

—¡Cabrón! —gritó.

El niño botó, lo oyeron caer, los soldados ataron fuerte al hombre que luchaba mientras gritaba obscenidades. El niño no lloró, siguió yendo hacia Rillie, agarró el dólar con la sangre corriéndole por la cara. Cuando Rillie le dio el dólar, intentó sujetarlo por un momento.

—Te ayudaré —le dijo suavemente.

Él le arrebató el dólar, le golpeó el brazo y al mismo tiempo salió corriendo, gritando:

—Jódete cara de coño, cara de ganso, viejo coño feo, vieja culo coño, fea cara de ganso, jódete vieja fea...

Las palabras resonaron en la oscuridad caliente y asquerosa a lo largo del callejón fuera de Edificios Paraíso, en Cherry Street, donde George Washington había bailado.

Para ser remplazadas por otra palabra, que resonaba subiendo de la oscuridad debajo de la trampilla todavía abierta en el suelo.

—¡Cordelia!

Cordelia se quedó paralizada, reconoció la voz profunda y oxidada al momento. También lo hizo Washington Jackson. Se movió rápidamente a la trampilla, martilló su pistola y disparó hacia abajo. Una bala voló inmediatamente de vuelta de la oscuridad, rozando su hombro, se echó hacia atrás sujetando el brazo que sangraba, conmocionado.

—¡Cordelia! —llamó la voz otra vez y fue Alfie quien rápidamente apartó a Cordelia de la trampilla hacia las sombras, no una bala, sino la voz, resonó fuera de la negrura maloliente.

*Óyeme, cobarde, coge tu recompensa.  
cinco días te concedemos para provisiones  
para protegerte de los desastres del mundo.  
Y al sexto volver tu odiada espalda  
a nuestro reino. Si al décimo día siguiente  
tu desterrado cuerpo se encontrara en nuestros dominios,*



*sería el momento de tu muerte.*<sup>50</sup>.

Las palabras resonaron y desaparecieron entonces en los nichos de la porquería horrible de la cámara negra, que conducía a las trampillas y pasajes y el sumidero y el río.

Y cerca, en Broadway, las casas elegantes estaban iluminadas y brillaban por la ópera italiana del Astor Place, esa música elevada y apasionante.

## Capítulo 48

FINALMENTE salieron del hospital, andando desde Anthony Street hasta Broadway. Los dos policías supervivientes, ambos flotando dentro y fuera de la consciencia —a veces a voz en grito, a veces temblando como si yacieran en hielo— habían sido lavados y examinados y estaban al fin entre sábanas blancas y limpias (que quizás les parecían de hielo) y les dieron grandes tragos de láudano.

Fuera era de día, otro cálido día del final del verano. Lentamente, casi como en un sueño, Cordelia y Rillie y Gwenlliam y Alfie caminaban a casa. Gwenlliam y Rillie intercambiaron algunas palabras sobre Frankie Fields, cuya madre había aparecido.

—¡Tú eres la chica del póquer que fue a la fiebre del oro! —había dicho a Gwenlliam y la había abrazado.

La capa y el pañuelo de Cordelia ya no estaban, no se pudieron salvar, todavía su rostro y su vestido estaban cubiertos de barro pero los neoyorquinos bulliciosos no se detenían, apresurados por el dinero que podían conseguir. Gwenlliam cogió a su madre por su brazo envuelto de barro, caminaban despacio muy juntas. Durante todo el camino, Cordelia no hablaba, era como si se hubiera vuelto muda por todo lo que había pasado. Alfie quería llamar a un taxista pero vio —y lo sintió— que necesitaban el cielo azul y los rayos del sol y el calor y la normalidad y la paz. Por eso Alfie Tyrone no dijo nada hasta que volvieron a Maiden Lane, un mensaje había sido enviado a *monsieur* Roland y Regina. La Gran Céline estaba esperándolos en el ático con bollitos ingleses y pasteles de maíz y café.

Fue Alfie quien contó la historia; fue Alfie quien relató los terribles eventos de pesadilla de las últimas horas; Alfie en su silla habitual junto a Regina pero sentándose y levantándose, contó la aventura. Rillie y Gwenlliam y Cordelia estaban apretadas en el pequeño sofá, pálidas por el cansancio, tensas todavía. Aunque lo intentaron, y mostraron su gratitud con unas medias sonrisas educadas, no se comieron los bollitos.

Pero, una vez contada la historia, Alfie no pudo seguir callado.

—Tienes que irte de Nueva York enseguida, Cordelia. Tú y Arthur. No estáis a salvo, no en Nueva York, ya no.

Lo miró inexpresiva, como si apenas captara sus palabras. Gwenlliam dijo rápidamente:

—Pero los han cogido. Han cogido a Los Chicos del Amanecer.

—Los Chicos del Amanecer son un enjambre de gamberros violentos miserable, artero, cambiante, amorfo, como serpientes. Frankie Fields tampoco puede quedarse. No sé ni si tú y Rillie podríais sentirlos a salvo. Ya oísteis a Gallus Mag.

Cordelia dijo sin expresión.

—Era Shakespeare. Citaba de *El rey Lear* porque sabía mi nombre. Cordelia es uno de los personajes de la obra.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había dicho algo y su voz tenía un tono más bajo y estaba más ronca que de costumbre.

—Sé que era Shakespeare —dijo Alfie con paciencia—. Es famosa por usar Shakespeare en lugar de sus propias crueles palabras. Estaba avisándote, querida. La banda está derrotada y

avergonzada por todo lo que ha pasado en Edificios Paraíso. No van a perdonar a gente como tú y Arthur y Frankie y, ¡tenéis que salir de aquí!

—¿Qué pasa contigo entonces, Alfie? —Regina se levantó de repente muy derecha—. ¡Estabas allí!

—Lo mío es distinto —dijo Alfie—. Me conocen.

Todos lo miraron sin comprender.

—He estado trabajando en los muelles durante años y años —dijo Alfie con la misma voz paciente—. Me conocen.

Un silencio tenso y caliente. Los rayos de sol brillaban en el ático, como todos los otros días de sol de final de verano. Por fin, *monsieur* Roland se puso de pie, algo en sus maneras hizo que todo el mundo lo mirara.

—Pienso —dijo—, pienso que por ahora es suficiente. Todo el mundo está exhausto, no se puede decidir nada en este momento. Todo el mundo debe descansar.

Alfie se puso de pie enseguida, Céline vio que todos ellos, hasta Alfie, estaban tan conmocionados por lo que había pasado y por lo que todavía estaba pasando, que obedecieron al hombre viejo, alto y frágil que hablaba con gentileza, como si fueran niños. Escuchó a Regina decir a Gwenlliam:

—Vamos chica, baja la cabeza y te contaré un cuento.

Gwenlliam abrazó a *monsieur* Roland un momento y dejó que Regina se la llevara. Rillie besó la cabeza de *monsieur* Roland cuando pasó junto a su silla. Cordelia le tocó el brazo un momento.

Alfie estaba recuperando su sombrero. Céline había recogido algunas bandejas, pero luego no bajó. En lugar de ello, sacó algunos papeles del gran bolsillo de su delantal.

—Hay otra cosa —dijo Céline a *monsieur* Roland y a Alfie en voz baja—. A lo mejor este no es el momento adecuado, pero a lo mejor sí, mientras los otros no están aquí. Porque esto es también sobre Arthur y no creo que Arthur nunca lo enseñe.

Se aclaró la garganta como si estuviera avergonzada (lo que no era algo habitual en La Gran Céline).

—Arthur dejó caer esto, la noche que Danny O'Reilly llegó. Cuando lo encontré al día siguiente bajo la silla, creí que se habían caído de la cartera de Danny. Por supuesto, lo recogí y empecé a leerlo. Es una carta, o dos cartas, parece.

Y empezó a leer las páginas a los dos hombres.

Querido Arthur:

¡Escribes y preguntas por qué no hay cartas! Bien, aquí está la respuesta. El pequeño Arthur murió hace dos meses. ¿Te acuerdas de él? ¿El nieto que conociste? ¿O te has olvidado? Su pequeño ataúd fue solo a la tierra, y ningún marido para consolar a Faith ni ningún padre. Vive con eso, Arthur Rivers, si puedes.

Te suplico que vuelvas a tus deberes en Londres.

El Señor ha visto adecuado visitarme con más tribulaciones, me duele la cabeza día y noche, si no fuera por Millie, no sé lo que me pasaría. Todos los médicos son inútiles. Ya no soy capaz de atender propiamente tu casa en Marylebone, no hay dinero para ningún sirviente. ¡Millie sugiere que deben TODOS venir a vivir conmigo! ¡Siete niños! Estoy demasiado enferma y dolorida, me duele cada parte de mí y se hincha y por supuesto, no puedo tener a esos niños bárbaros aquí. En lo que respecta al marido de Faith, el borracho, mientras menos se diga de él, mejor.

A nadie le importa lo que me pase, sin embargo, abandono mi propia vida para cuidar a tu familia, tuya, Arthur Rivers, tuya. Londres está cabeza abajo, extranjeros por todas partes, todos los preparativos para la exposición del príncipe Alberto, una no puede ir a ninguna parte (no es que yo lo haga) sin tropezarse con extranjeros, están abriendo burdeles por todo Hyde Park, los extranjeros.

Quedo como tu obediente cuñada.

Agnes Spark (señorita)

P.D.: Confirmando recepción de cinco pagos.

Oh padre. Siento tanto el largo silencio, todo aquí es más o menos difícil. Fue tan, tan triste lo del pequeño Arthur, padre. No fue el cólera, que ha terminado, sino otra fiebre, y Faith sin el apoyo de su marido, fue duro para ella, el viejo borracho Fred desapareció y no se le ha visto más. Estamos muy contentos de recibir tus cartas y del dinero, pero la vida nos cansa. Oh padre, ¿podrías volver a casa ahora, quizás por poco tiempo y arreglar las cosas de alguna manera, solo por un poco? Traté de hablar con la tía Agnes como sugeriste pero se muestra inexorable. Seremos más amables con la señorita Preston ahora que hemos crecido, padre, qué horribles fuimos todos entonces. Nadie se acuerda de ese escándalo ahora, hay escándalos nuevos y mayores cada semana —un hombre cortó a dos mujeres en Islington ayer y puso los pedazos en un vagón y los periódicos a penique dijeron dicen que 15.000 extranjeros inundaron Londres la semana pasada, que inmediatamente se pusieron a alquilar casas para poner burdeles y casas de juego para atender a los millones, que dicen, que asistirán a la gran exposición del príncipe Alberto el año que viene, pero Charlie dice: «Si crees todo lo que dicen los periódicos nunca saldrás de casa» (como la tía Agnes). ¿Insistirás en que nos mudemos a Marylebone, padre, a pesar de las protestas de la tía Agnes? Sería más barato. Los once vivimos ahora del sueldo de Charlie de la Junta del Agua y tu amable dinero, (sin el cual nos abríamos ahogado hace tiempo, padre). ¿Quizás... quizás podrías venir a casa por poco tiempo solo para arreglar las cosas? No sé qué más hacer, tratando de contentar a todo el mundo y de administrar el dinero, gracias a Dios por la bondad de Charlie, que siempre me ayuda y me apoya. Faith vive con nosotros ahora y no me atrevo a dejar a los niños con ella por el momento, perdió su trabajo en la fábrica de conservas, está muy triste y deprimida y llora mucho. Encontramos las pinturas del pequeño Arthur que le hiciste. Siempre las conservó en la alacena, detrás de todas las mermeladas y los escabeches, lloré cuando las encontré, querido niño. Oh, mi querido padre, te echo tanto de menos que escribirlo es poco. Pero sé que también tienes tu propia vida y estoy contenta de que seas feliz. Por eso, si no puedes volver a casa ahora mismo... está bien, bien, cuando puedas, querido padre, sería tan hermoso, pero nos las arreglaremos hasta entonces.

Con amor de

Millie.

La voz de Céline cesó.

—Eso es todo —dijo y estaban de vuelta en Maiden Lane, Nueva York.

Durante un rato los tres se sentaron en silencio.

—Pobre viejo Arthur —dijo Alfie por fin.

*Monsieur* Roland bajó la cabeza por un momento y no habló. Vieron que él también estaba exhausto.

—Yo iré *monsueer*, descanse también, y yo visitaré el hospital y obtendré todas las noticias

que pueda y volveré mañana por la mañana. Hablaremos sobre estas cosas entonces.

Y Alfie recogió su sombrero y puso su vieja mano durante un momento en el hombro del hombre mayor.

Cuando Alfie se había ido, Céline todavía estaba allí.

—Dejaré esto —dijo al francés, poniendo las cartas en la mesa—. Usted sabrá mejor que hacer con ellas.

Pero incluso entonces, no se marchó. En su lugar se sentó a su lado.

—Querido, querido *monsieur* Roland —dijo suavemente, o tan suavemente como le era posible a La Gran Céline.

Fuera, Maiden Lane estaba tan ocupada, tan estrepitosa y tan ruidosa como siempre. El aire caliente resplandecía tras de las ventanas abiertas.

Por dentro, pero no por fuera, el anciano suspiró. Sentía por su tono que Céline estaba a punto de hacerle una propuesta que lo pondría muy incómodo y no quería herir a aquella entretenida y buena mujer con su vivaz sombra negra en el ojo y su sentido de los negocios y su corazón amable e inquisitivo.

Y tenía razón, Céline tenía una propuesta pero solo era una propuesta un poco diferente de la que se temía.

La Gran Céline dijo:

—*Monsieur* Roland, he estado pensando. Estas cartas... ¿Sabe usted algo de esa gran exposición de la que han escrito?

Temprano por la tarde, las primeras sombras cayeron sobre el ático cuando el sol se movía bajando por el horizonte. *Monsieur* Roland todavía estaba sentado a la mesa. Tenía lápiz y papel consigo, estaba trabajando en un proyecto que había empezado, estaba escribiendo todo lo que había pensado sobre la memoria y la pérdida de memoria y el bloqueo de la memoria y sobre la imposibilidad de «HABLAR CON EL MESMERISTA». Iba a depositar los papeles en algún hospital o biblioteca quizás. Cogerían polvo, pero algún día podían ser útiles a otro.

Pero entonces, *monsieur* Roland también se durmió.

Cuando levantó la cabeza parecía que todavía estuviese dormido. Hester, su amada Hester, estaba frente a él una vez más.

—No quería despertarle —dijo ella suavemente.

Se sentó junto a él como si fuera joven otra vez.

Se frotó los ojos. No era Hester, era su sobrina nieta.

—¿No puedes dormir, mi querida Gwennliam?

—Sí, he dormido, pero me acabo de despertar y no sabía dónde estaba.

—No me sorprende, mi querida niña. ¡Mucho te ha pasado! No hace mucho tiempo que estabas encerrada en el océano Atlántico.

—De eso parece que hace mucho tiempo después de lo que ha pasado desde entonces —y sonrió solo un poco—. Pero ahora mismo, durante un horrible momento medio me desperté y oí pasos y pensé que era el señor Doveribbon fuera del camarote del *Bala del Mar* —y sacudió la cabeza un poco—, pero era mamá, caminando por su habitación. Oh... oh... —él vio que ella no podía respirar con facilidad—. Oh, estoy tan contenta de que todo haya terminado, estoy tan contenta de que mamá esté viva, estoy tan contenta de no estar encerrada en un camarote, estoy tan contenta de estar en casa —pero él vio que temblaba un poco, como si hiciera frío, aunque hacía mucho calor—. Espero que Arthur se recupere. Espero que Frankie se restablezca —y entonces vino la pregunta que, con un poco de ansiedad, había ido a la habitación a preguntar—. ¿Se recuperarán, cree usted?

Él asintió.

—Creo que lo harán —dijo, por él mismo tanto como por ella.

Y ella le sonrió entonces como si estuviera segura de que si él lo decía, tenía que ser, por supuesto, verdad.

—¿Dónde está Rillie? —preguntó ella—. Su habitación está vacía.

—Creo que ha ido a la capilla de San Pablo. Para hablar con su madre. Me dice que hace eso cuando tiene que reflexionar sobre algo. Regina fue con ella.

—Oh. Querida Rillie. Querida Regina. Querida vieja Señora Spoons. Todos esos meses y meses yo... yo no podía imaginarme eso... que uno de vosotros no estuviese aquí cuando volviera. Y luego vi el pelo... su pelo en la bolsa. Y ahora estoy en casa y...

Dejó que las palabras flotaran, vagabundearan sobre las mecedoras vacías. Empujó una un poco, la miró hasta que se paró. Y entonces se volvió hacia él.

—¿Fue el mesmerismo? —dijo de repente, él lo comprendió enseguida.

—Sí —dijo—. Pienso que es un tipo de mesmerismo.

—Parecía que de algún modo los... sostenía en mis brazos, a los mineros. Solía decir: «Todo irá bien». Por su propio bienestar.

—Pienso que, algunas veces, la energía puede funcionar de esa manera —dijo lentamente—. Es tu energía y su energía y se juntan por un momento.

—Podía sentirlo— dijo Gwenlliam.

—Sí— dijo.

Estaban callados y, entonces, empujó suavemente la mecedora otra vez, él escuchó un pequeño suspiro.

—¿Cuando estaba encerrada en ese camarote solía pensar en estas mecedoras!

Adelante y atrás iba la silla de madera, crujió un poco.

—¿Piensa que realmente tendremos que irnos?

—Pensaremos en ello más tarde, mi querida niña, no hoy. Demasiado nos ha ocurrido para tomar decisiones ahora.

—¿Piensas realmente que se recuperarán?

—Pienso de verdad que se recuperarán —dijo otra vez porque no había otra respuesta.

—Pensaré en Silas y el circo y en cómo encontrarlo mañana, entonces. Pero espero de verdad no ver más la varita dorada. ¡Soy acróbata y mesmerista, no un hada! —y los dos hasta se rieron un poco—. Pero ahora que está claro donde estoy, y a salvo, y ahora que usted ha dicho que todo irá bien —y *monsieur* Roland le sonrió—. ¡Volveré a dormirme!

Y besó la vieja y seca mejilla.

Unas voces llamaron desde la calle, pero él no las oyó. Se durmió otra vez.

Cuando se despertó, Cordelia estaba sentada a la mesa a su lado y estaba anocheciendo. Todo el barro había desaparecido, en la oscurecida luz, vio el rostro demacrado y pálido, los grandes ojos, el mechón de pelo todavía blanco. Estaba sentada encorvada y quieta. Sujetaba la carta que Céline había dejado en la mesa.

—Había muchas más de estas en la estación de Policía —dijo, como si estuvieran en mitad de una conversación—. No eran mis recuerdos los que estaban bloqueados.

Él esperó.

—Era mi amor. ¡Era mi amor lo que estaba bloqueado! —lo miró—. ¿No lo comprendes? Pensé que el amor era una mentira —se abrazó a sí misma como para consolarse—. De algún modo era como la señora Spoons, estaba ahí pero no estaba ahí. Tanto tiempo.

Las cartas de Arthur yacían en la mesa entre ellos. Y las palabras explotaron.

—¿Cómo ha podido soportarlo Arthur! Yo ahí a su lado, pero sin estar ahí. Él lo comprendió todo y siempre era bueno, y cogí su bondad como si me perteneciera, como si se me debiera. Y seguí y seguí viviendo con mis recuerdos.

—¿Tus recuerdos eran más fuertes que tu vida, quizás? —dijo él, sonriendo un poco.

Ella trató de sonreír a su vez.

—Sí, trataste de decírmelo, pero no escuché.

Él escuchó y luego habló.

—Cordelia, querida mía, sabes cómo he querido ayudar a la gente a desbloquear o a abrir la memoria. No a ti, nunca tuvo que ver contigo, no encerraste tus recuerdos, aunque, quizás por su causa, puedes haber cerrado tu corazón. La razón por la que todavía pienso que mis ideas son correctas, a pesar de nuestro fracaso hercúleo con «HABLAR CON EL MESMERISTA», es porque he llegado a creer que la gente no puede seguir adelante, crecer, hasta que le hayan dado a la memoria lo que le corresponde —y muy, muy suavemente, dijo—: Creo que quizás lo has hecho ahora.

Ella se levantó rápidamente, de esa manera en que lo hacía.

—Sí —dijo—. Creo que quizás lo haya hecho ahora. Estarán siempre dentro de mi cabeza, Morgan y Manon, ¿cómo no? —y lo miró—. Pero el amor no es una mentira. Y me voy al hospital, y no voy a volver sin Arthur.

Y *monsieur* Roland dijo la cosa más sorprendente.

—Debes considerar lo siguiente —dijo plácidamente—: lo que pueda interesar a Arthur cuando se despierte. La Gran Céline ha estado hablando sobre la gran exposición de Londres del príncipe Alberto. Si la fiebre del oro en California está llegando a su fin natural, como los periódicos están considerando, me pregunto si el señor Silas P. Swift estará totalmente informado de los detalles y las oportunidades de tal ocasión.

Ella se medio rio mientras iba hacia la puerta, pensó que estaba bromeando.

En el hospital a nadie le importaban sus asuntos, por eso, simplemente entró en la habitación donde habían puesto a los hombres. Ambos estaban dormidos, el pecho de Frankie Fields se movía profunda y regularmente y había color en su cara magullada y joven. Pero el hombre más mayor parecía respirar con dificultad y su rostro estaba gris, tenía también oscuros moratones por todo el cuerpo. No había nadie allí, ni doctor ni ordenanza. Su corazón palpitó más rápido cuando miró su rostro, conocido pero desconocido, el querido rostro, amaratado y gris. Cordelia Preston cerró los ojos por un momento largo, entonces permaneció de pie junto a su marido y lanzó las manos una y otra vez, una y otra vez, toda su energía en sus manos mientras las movía sobre él, toda su energía moviéndose una y otra vez. Y al tiempo que trabajaba le hablaba suavemente.

—No te atrevas a morir, Arthur Rivers, tengo cosas que decirte, cosas que tenía que haber dicho hace mucho tiempo. Y hay muchas cosas de las que tenemos que hablar y que hacer juntos todavía y que compartir. No te atrevas a morir ahora. Una y otra vez sobre él, los pases largos y regulares de su propia energía para curarlo, una y otra y otra vez.

## Capítulo 49

POR todo Londres la gente publicaba rapsodias poéticas corriendo con sus propios gastos.  
*¡Qué escaparate! ¡Qué espectáculo! ¡Qué intercambio tan provechoso!  
¡Qué hombres de aspecto tan extraño y qué productos más misteriosos!  
¡Oh qué colección de las costas más alejadas de la Tierra,  
en este palacio de la industria, el gusto no está en guerra!  
El tributo de la confianza en el valor de Bretaña y su corte  
por el este, y el oeste y el sur y el norte;  
¡Qué reunión de naciones para ser testigos de la sonrisa  
de orden y abundancia, en esta isla favorecida por la brisa!  
¡Aquí miles de comerciantes van a llegar  
para exhibir sus mercancías en este poderoso bazar!*

Se había predicho en ciertos círculos que la ira de Dios todopoderoso, sin duda, destruiría tal edificio insultante, arrogante, provocativo, insolente, tentador de la providencia como el que estaba hecho de cristal y que se alzaba como un milagro brillante en Hyde Park, Londres. Sin embargo, Dios debió parar su mano porque la Gran Exposición de los Trabajos Industriales de todas las Naciones abrió el 1º de mayo de 1851.

*¡Mirad! ¡Vienen! A la feliz costa de Bretaña  
La horda de langostas que se derrama de las naciones extrañas.  
Maduras para la sedición, para prestar su ayuda a su llegada.  
Y enseñar a John Bull las artes de la barricada.  
Date la vuelta donde escuches, qué extrañas costumbres en un instante.  
Qué exageradas figuras alegran nuestros ojos de infantes  
Turcos, rusos, rus —buen lector si quieres maravilla  
Examina el frente de Jullien, su nueva cuadrilla  
Y allí míralos, turbante, túnica, falda primitiva;  
Y mejor aún sin su suciedad nativa.*

El Palacio de Cristal, así llamó todo el mundo a su construcción (aunque, como se mencionó anteriormente, estaba hecho de cristal, no era un palacio sino una sala de exposiciones) y era una maravilla de diseño y belleza, la gente se quedaba sin respiración cuando entraba y veía olmos creciendo y flores floreciendo y palmeras balanceándose y fuentes jugando y la luz brillando sobre los doscientos noventa y tres mil seiscientos cincuenta y cinco paneles de cristal.

Desgraciadamente, gorriones también habían encontrado el edificio hermoso (y cálido) y se metieron dentro del vasto espacio antes de que el tejado estuviera terminado. A pesar de la valiosa sugerencia del duque de Wellington de halcones gorrioneros, algunas de las exposiciones habían sido ensuciadas de algún modo. Por eso hubo mucho lustre y limpieza final alrededor de ciertas de las cientos y cientos de ofrendas británicas y extranjeras que se colocaron dentro del edificio enorme, brillante y luminoso, antes de que su majestad la reina Victoria y su real procesión llegaran para la apertura oficial. Había problemas particulares con el reloj despertador silencioso, una cama que despertaba al durmiente volviéndose de lado, alguna limpieza especial



de la maquinaria se requería para que la invención funcionara tan espectacularmente como se trompeteaba en todos los anuncios. Fue desafortunado también que las muestras rusas no estuvieran para la apertura, el barco en que eran transportadas se quedó atrapado en el hielo, en alguna parte de la zona más alejada del norte de Inglaterra, durante semanas (pero se decía que estaba en camino llevando, se rumoreaba, una capa de piel de zorro plateado que pertenecía al zar). Había, era cierto, un gran número de estatuas fuera de control para las que había que encontrar un lugar, y la cara de la reina Victoria miraba muchas veces no solo desde mármol, sino desde multitudes de jarras y teteras y mangos de pinzas y tapices. Pero, al fin, por la mañana, la prensa de las *Noticias Ilustradas de Inglaterra*, podía verse dentro del Palacio de Cristal, produciendo cinco mil copias por hora, y todo estaba listo: todas las maravillosas máquinas de vapor y estatuas y joyas y la réplica de los muelles de Liverpool con todos sus barcos y la máquina para pasar páginas de música y la porcelana china y los candelabros y los mapas y los baños portátiles y el edredón carmesí de satén acolchado de Heals y la mostaza Colman y el almidón de Reckitt y el traje de buceo y las cajas de rapé y los pianofortes grandes y pequeños y decorados y simples (incluyendo un piano plegable para yates de caballeros).

Y gracias a la atención del inspector de policía Arthur Rivers y sus compañeros, el gran brillante Kho-i-noor de la India permaneció seguro bajo candado dentro de su gran jaula, un plan de algunos visitantes descritos en los periódicos como «agentes extranjeros» para robarlo, evitado justo a tiempo por Scotland Yard.

Pero todas las banderas de todas las naciones ondeaban y las fuentes dentro del Palacio de Cristal enviaban agua disparándola hacia arriba (confundiendo a las carpas doradas que había abajo, en los estanques). Los órganos resonaban magníficamente en diferentes partes de la enorme estructura, coros masivos cantaban, los árboles y flores y plantas tropicales florecían en el calor de tan estupendo invernadero, las bandas tocaban y, esperando a su reina, el día de la inauguración, la multitud (que se dijo que era un millón de personas) estaba en un frenesí de entusiasmo.

Alfie Tyrone, dentro del Palacio de Cristal, esperando con todos los visitantes emocionados, se rio.

—¡Qué loca riqueza! —dijo al inspector de policía Arthur Rivers y a su nuevo asistente, el sargento Frankie Fields—. ¿Habéis visto esa cama que tira a la gente? ¿Y el piano plegable? ¡Y ese famoso floreciente brillante no es ni brillante! Me pregunto lo que Los Chicos del Amanecer harían de todo esto!

Pero Arthur señaló irónicamente a todos los policías ingleses uniformados (seis mil extra) que estaban por todas partes e informó a Alfie de que Londres estaba también rodeada por soldados en caso de que hubiese problemas, quienes sin duda detendrían hasta a Los Chicos del Amanecer (si estuvieran interesados). Y en ese momento hubo un saludo de cañones extremadamente ruidoso y con eco. Los paneles de cristal, al sonido, no se destrozaron ni convirtieron a cien señoritas jóvenes en carne picada (como había predicho en tono de aviso el periódico *Times*) y la gloriosa real procesión entró en el Palacio de Cristal y la gente vitoreó. Ese viejo republicano que era Alfie Tyrone miró a su alrededor y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas por estar allí, aunque solo fuera de visita, entre la pompa y las solemnidades de la ciudad de su nacimiento que había visto por última vez hacía cincuenta años. «¡Oh, el hogar! ¡Oh, Londres!».

Las dos hijas de Arthur Rivers, Millie y Faith, extáticas de tener a su padre en casa otra vez al fin, estaban, sin embargo, tan nerviosas por reencontrarse con su madrastra, la señorita Cordelia Preston, que a Faith le entró hipo y no se le quitaba y Millie se echó encima de su

vestido mermelada de frambuesa (que era para los *scones*<sup>51</sup>) justo cuando los invitados llegaban y parecía como si estuviera sangrando de la forma más grosera. En el pequeño salón de la casa en Marylebone, donde vivían otra vez ahora, la exhibición de mariposas pinchadas, que una vez había atravesado el corazón de Arthur, aunque Agnes le había dicho que era una ocupación educada para jóvenes señoritas, todavía colgaba de la pared. La misma tía Agnes se inclinó una vez y tocó himnos interminables y sombríos en el pianoforte.

Pero Arthur, que había pasado muchas horas felices con su familia y sus nietos a los que antes no conocía («¡probablemente pensarás que no soy objetivo, pero son tan inteligentes, mis nietos!», no dejaba de decirle a Cordelia) confiaba ahora que todo pudiera resolverse. Y tenía varias armas secretas para el crucial encuentro. Primero, como todo el mundo que lo conocía, las tres mujeres de Marylebone fueron seducidas por *monsieur* Roland que se inclinó más abajo de sus manos y les hablaba con su extraño y encantador acento y además curó el hipo de Faith en tres minutos. La interpretación de himnos de la tía Agnes vaciló cuando vio al anciano hermoso y frágil sentado en su sillón. Gwenlliam, la hermanastra que nunca habían conocido, estaba ensayando con el circo (recibida con los brazos abiertos por sus compañeros, sin mencionar al señor Silas P. Swift, que lo hizo con gritos de placer). Pero la buena y afectuosa Rillie Spoons vino con entradas de circo para todos, incluyendo a los nietos, y, como si fuera una hacedora de milagros, traía un delantal con ella que quedaba muy bonito sobre el vestido afresado de Millie.

—¡Están ensayando un nuevo y emocionante número acrobático para la temporada de Londres! —le dijo Rillie a todos—. ¡Pierre *el Pájaro*, que es el nuevo compañero acrobático de Gwenlliam, está trabajando con ella para arrojarla mucho más hacia arriba! Que no es lo mismo que tirarla hacia abajo, requiere una fuerza diferente. Es peligroso, digo, pero Gwennie solo se ríe, ¡y dice que es magia! Siempre han querido hacerlo, y Silas tuvo una idea con la iluminación, ¡y ahora creen que pueden! No es que la lance muy arriba, me dice ella, pero parece muy arriba.

Todo el mundo, no solo los niños, escuchaban con los ojos redondos y abiertos. A la tía Agnes le sonaba inmoral en su más alto grado.

—¡Pierre *el Pájaro* puede hacerlo! —gritó La Gran Céline (otra de las armas secretas de Arthur) con un ojo destellante—. ¡Tiene los músculos adecuados para subirla hasta el techo! Me he reunido con él otra vez de la forma más fortuita e interesante, ¡y os aseguro que no ha perdido nada de su fuerza!

Y se rio y agitó su pelo del color del fuego y los nietos de Arthur miraron a la dama con el parche negro y pensaron que era la persona más apasionante que nunca habían visto.

Sin embargo, Regina era el arma secreta más extraña de todas. Cuando oyó la interpretación hosca y pesada de la tía Agnes, Regina, con su sombrero de celebraciones viejo y amado con la pluma, permaneció, sin embargo, de pie junto al piano y cantó cualquier himno que se tocara. Podía parecer bastante extraño, pero Regina sabía cantar cualquier himno que la tía Agnes tocara. Regina se sabía las letras y la tía Agnes, a su pesar, finalmente se unió.

*¡Gracia maravillosa, qué dulce el sonido  
que salvó a un miserable así!  
He sido encontrado, cuando estuve perdido,  
estuve ciego pero ya vi.*<sup>52</sup>

Cantaron al unísono y sonó verdaderamente melancólico, pero bastante bien.

Y allí, por fin, Millie y Faith vieron que estaba la todavía bella señorita Cordelia Preston, con el rostro extraño, fascinante y translúcido, un peinado raro con su mechón blanco de pelo y

esos enormes ojos. De algún modo, hizo saltar sus corazones cuando la miraron como si no fuera real del todo. Sin embargo, les sonrió, como una persona real, y les dio un daguerrotipo excelente de su padre en América, las dos lloraron y abrazaron otra vez a su padre.

Pero entonces, Millie miró con más atención.

—Es hermoso —dijo—. Todas las luces y las sombras en la cara de nuestro padre. Es mejor que las otras fotografías que he visto. ¡Qué inteligentes son en América!

—Cordelia misma tomó esa fotografía —dijo Arthur.

Millie miró a la señorita Preston con sorpresa y luego de vuelta al daguerrotipo.

—¿Cómo aprendiste? —dijo finalmente con timidez—. Me gustaría más que nada aprender a hacer fotografías como esta.

—Bien, bien, bien. Da la casualidad que me gustaría enseñarte —dijo Cordelia sonriendo.

Miró a los otros invitados con ojos brillantes y dijo a Millie y Faith:

—Tenemos un enorme plan y nos gustaría que formaseis parte de él si os interesa.

—Tú también, chica —dijo Regina a la tía Agnes—. Necesitamos a todo el mundo. Y no había oído esta manera de tocar el piano en mucho tiempo.

Nadie había llamado a la tía Agnes «chica» en cuarenta años.

En Oxford Street las banderas ondeaban para dar la bienvenida a los visitantes, especialmente sobre un nuevo establecimiento de comidas. Habían pensado largo y tendido sobre las banderas, francesa e inglesa, sí, pero también la americana, todas estaban allí arriba ondeando juntas sobre Londres.

«CASA LONDINENSE DE REFRIGERIOS CÉLINE», decía un cartel pintado con letras brillantes (Alfie echó una mano en el brillo; cuando llegó con su mujer y su hermana a su tierra natal, una semana antes de que la exposición abriera, había insistido en que el cartel no solo fuera más grande, sino escarlata).

La mujer de Alfie, María, que no había estado en Londres antes, estaba tremendamente asombrada por los viejos edificios, la historia y la edad de Londres.

—Es la antigüedad —decía una y otra vez—. ¡Digo que en América no sabemos el significado de esa palabra! Antigüedad.

—Antigua quizás, pero la vieja ciudad es aburrida comparada con Nueva York —había dicho Alfie sin rodeos—. ¡Y aquí está, llena de extranjeros, todos aquí para la exposición, y este no es un tiempo para sutilezas de restaurante! Esta exposición dura solo seis meses y luego todos esos extranjeros se irán a casa y, si quieres quedarte, Céline, puedes ser tan respetable como quieras para los británicos. Pero por ahora, te digo: ¡Propaganda! ¡Propaganda!

Y su consejo demostró ser admirable: «Casa londinense de refrigerios Céline» estaba llena de la mañana a la noche con visitantes extremadamente variados de muchos climas; las mismas mesas largas y compartidas de Nueva York y la comida en medio. La comida era buena y el servicio rápido. A cada miembro disponible de la extraña y entonces extendida familia se le había llamado para ayudar. La anfitriona de recepción más poco usual y cautivadora no era otra que la mujer de Alfie, María, con el aleteo de su abanico y su acento del sur de América, a los clientes les encantaba que los llevara a sus asientos una mujer tan fascinante (que sabía hablar francés si hacía falta). «¡Qué lugar tan interesante!», decía la gente. También estaba la dama pelirroja, la encargada con el parche que parecía una hermosa pirata. Céline y Rillie hacían turnos sentándose en el alto mostrador de caja que había en el centro, a cargo de los procedimientos. Cuando no estaban en la caja, estaban en la cocina o atendiendo las mesas. Habían empleado a dos cocineras y también, sirviendo a los clientes, estaban Millie y Faith, encantadas después de alguna timidez, con sus nuevos trabajos y su nueva familia. A Faith, que no pudo mantener su trabajo en la fábrica

de conservas (pobre Faith, cuyo marido borracho había desaparecido, pobre Faith, la madre del pequeño y difunto Arthur) y a quien habían enseñado que las damas nunca trabajaban, nunca en su vida hubiera imaginado que el trabajo pagado pudiera ser agradable. Mientras atendía las mesas, hablaba por vez primera a gente de muchos países, a extranjeros, incluso personas de raza negra y mestiza, riendo, incluso coqueteando un poco. Los clientes de todo el mundo no la miraban por encima del hombro como si los sirviera, les gustaba, lo comprendió después de un tiempo. Los americanos hablaban con ella como con una igual, reían con ella de sus aventuras en la gran exposición.

—¡La exposición es tan divertida! —decían los visitantes que informaban a Faith sobre el reloj despertador silencioso y el traje de buceo y la réplica de los muelles de Liverpool y todas las estatuas de mármol—. ¡Aunque al final no sea para nada, es tan divertido!

Y había muchas risas y devoraban los pasteles de maíz de Céline y pasteles de ostras y los visitantes sociables dejaban tres peniques extra.

Había dos grandes anuncios en la puerta del comedor.

**CELEBRE  
SU VISITA A LONDRES  
CUATRO PUERTAS MÁS ABAJO EN OXFORD STREET  
LOS HERMOSOS  
DAGUERROTIPOS  
DE CORDELIA  
MIENTRAS ESPERA SOLO DE 10 A 6 MINUTOS  
Grupos 1 guinea**

**CELEBRE  
SU VISITA A LONDRES  
EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT  
LEONES SALVAJES, TRAGAFUEGOS, CABALLOS DANZARINES  
EL FANTASMA CLARIVIDENTE  
Y  
LA ESCLAVA GRIEGA EN PERSONA  
HYDE PARK CERCA DE OXFORD STREET  
ADULTOS DOS CHELINES. NIÑOS SEIS PENIQUES**

Millie solo trabajaba para Céline por las tardes. Durante el día, cuatro puertas más abajo de Oxford Street, en el piso superior, ella y *monsieur* Roland ayudaban a Cordelia a llevar su estudio de daguerrotipos.

—¿Podría... podría aprender bien, tú crees? —dijo Millie, tímidamente, cuando había visto cómo Cordelia lo sabía hacer todo, no solamente tomar la foto, sino también revelarla en una habitación pequeña y oscura fuera del estudio—. He visto algunas de las fotografías inglesas modernas pero pienso que los daguerrotipos son mucho más bonitos. Parece que tienen más atmósfera.

Millie estaba perpleja, intentando averiguar la diferencia.

—¡Por supuesto que te enseñaré todo lo que sé porque te necesito! ¡Necesito que seas mi

ayudante!

Y sus cabezas se inclinaron juntas sobre placas fotográficas y plata y mercurio y bromuro y yodo.

—¡Tú comprendes la luz! —dijo Millie un día de repente, mirando una de sus nuevas fotos —. Luz y luego menos luz, puede hacer las cosas tan bellas. ¿Cómo aprendiste a hacer esto?

—Creo que sobre la luz aprendí en El Asombroso Circo de Silas P. Swift —dijo Cordelia riendo—. Silas comprende la luz, puede cambiar el aspecto de todo con luz.

Y le mostró a Millie cómo usar un espejo delante de un brillo directo para que se reflejara en los ojos de los que estaban sentados.

A la entrada del estudio, quien se habría de sentar en un pequeño escritorio y recibir graciosamente para dar la bienvenida a los clientes, no era otro que *monsieur* Roland. Hablaba con su anticuado encanto francés a los clientes que se agolpaban y les decía dónde poner sus sombreros y capas y dónde podían encontrar los espejos (para arreglarse antes de enfrentarse a la cámara). Y recaudaba diez chelines y seis peniques cuando se completaban los daguerrotipos, una guinea por un retrato familiar. Continuaban ganando más y más dinero. Era todo una locura, los daguerrotipos eran parte de la locura de los tiempos, del dinero que se conseguía por todas partes en Londres, podían haber hecho más daguerrotipos que horas tiene un día; parecía que todo el mundo quería una foto para conmemorar la ocasión, aquel año, aquella ciudad de la Gran Exposición.

*Monsieur* Roland se burlaba de aquella extraña carrera nueva y temporal.

—Considero que mi participación como ayudante de una daguerrotipista es la experiencia más interesante de mi larga vida —dijo a Rillie—. ¡Porque en todos mis días, nunca imaginé terminar vendiendo retratos en Oxford Street! Y Cordelia me llama «el administrador» y me paga estupendamente, ¡estoy ganando más dinero del que haya ganado nunca!

Y la mayor parte se lo daba a Rillie.

—Necesito muy poco —dijo cuando ella objetaba—. No necesito dinero. ¡Cógelo ahora, para cuando mis ingresos disminuyan otra vez!

Y sin embargo, no obstante, algunos de sus antiguos clientes habían pensado de algún modo que *monsieur* Roland era, a su vuelta, un miembro del gobierno, un médico famoso. El mesmerismo habría pasado de moda pero siempre habría algunos clientes para las habilidades curativas particulares de *monsieur* Roland. Rillie sabía que, por encima de todo, al anciano le gustaría que la exposición hubiera terminado y poder trabajar con sus libros y sus papeles otra vez y seguir ponderando sobre la memoria. Ya uno de sus concisos manuscritos había sido modestamente depositado en el Museo Británico, su esperanza era que quizás, algún día, habría más conocimientos y otra persona interesada en la memoria encontrase útiles sus papeles.

—¿Y no te casarás con Céline? —le dijo Rillie burlándose.

—No creo que yo sea la persona adecuada para Céline —le dijo con gravedad, pero sus ojos centellearon—. Y sabes que ha encontrado alguien mucho mejor. ¡Le doy gracias al cielo por ello! Pero sigo admirándola, y le estoy más agradecido de lo que nunca podrá saber, porque fueron sus planes entusiastas y sus ideas y su energía los que nos trajeron a salvo de vuelta a casa.

Solo en una ocasión, Céline se había confesado a Rillie. Su único ojo era sincero, la perla del parche negro reflejó la luz de la lámpara.

—Sé que me enamoro muy a menudo. Jeremiah dice que es un defecto de mi carácter. ¡Y por supuesto, ya me había enamorado de Pierre *l'oiseau* hace años! Y... —se rio con su risa fuerte y contagiosa—. ¡Es verdad que esperaba que Pierre pudiera venir a Londres con el circo cuando tuve estas ideas grandiosas sobre nuestra contribución a la Gran Exposición! —solo durante un

momento se puso seria—. Cuando vi a *monsieur* Roland por primera vez, había pensado en lo mucho que podía hacer por mí, por mi felicidad, por lo que el amor había sido para mí. No me había dado cuenta cuánto podía hacer por él, y no me refiero solo a esa chaqueta morada para hacer que se pareciese al doctor Mesmer —había suspirado, solo un poco, pero luego echó el pelo llameante hacia atrás y volvió a reírse—. ¡Soy una persona mejor, hasta Pierre *l'Oiseau* lo dice! No me arrepiento por nada en el mundo de haber conocido a *monsieur* Roland.

A menudo también en la cocina de Casa londinense de refrigerios Céline era Regina a quien no le gustaba más otra cosa que pelar ollas de patatas y cantar algunas veces el salmo veintitrés, a veces groseras canciones antiguas de los periódicos a penique londinenses, a veces *Silba e iré a tu lado, mi amado* que le recordaba a su vieja amiga la señora Spoons y a sus tiempos en Londres en los días que ya se habían ido. A veces Alfie venía y pelaba patatas con ella temprano por la mañana (más tarde, a menudo, estaba fuera, ocupado con asuntos misteriosos en los muelles del este de la India) y sus voces resonaban arriba, donde las mesas se estaban preparando para el negocio del día, y cantaban las canciones que sabían de cuando eran jóvenes. Cuando las libras y libras de patatas requeridas estaban listas, Regina se levantaba, sus articulaciones crujían, y subía al comedor repleto donde la empleada más extraordinaria de todas estaba en plena tarea. Era Regina la que había engatusado de algún modo a la cuñada de Arthur, la tía Agnes, para tocar el piano en el comedor. Era la tía Agnes la que se sentaba a ciertas horas en un banco especial y pisaba los pedales e interpretaba melodías para los que comían, quienes a menudo hasta las coreaban. ¡*Oh, Susana!*, los franceses y alemanes cantaban, *no llores más por mí*.

Y, algunas veces, tarde por la noche, la mujer de Alfie, María, se ponía junto al piano y cantaba *La última rosa del verano*. Y un silencio descendería a Casa Céline en Oxford Street, y los clientes a veces (de manera cómoda y sentimental) lloraban y se lo pasaban bien.

Por último había lo que Rillie llamaba «el arreglo de los niños».

—Necesitamos a sus madres —decía con firmeza—, así que todos tendremos que ayudar. Es solo temporal.

Millie tenía cuatro hijos y Faith tenía, tras la muerte del pequeño Arthur, tres; todos vivían ahora en la casa de Arthur Rivers en Marylebone con las mariposas pinchadas y el pequeño jardín trasero. Por tanto, siete niños de los que ocuparse. El marido de Millie, Charlie, que entretenía a todo el mundo con historias maliciosas del Consejo del Agua de Londres y su responsabilidad por epidemias, trabajaba largas horas, pero cuidaba de los niños siempre que podía y su frágil y divertido padre, que tenía solo una pierna, se sentaba a menudo con él y contaba viejos chistes. Los niños eran buenos y traviosos y ruidosos y silenciosos y desobedientes y pegajosos y amables y antipáticos, como la mayoría de los niños. Céline en su turno les contaba historias de tragafuegos y circos. Ellos siempre asumían que era una pirata porque tenía un parche en el ojo y gritaban con placer. Arthur Rivers se las arreglaba para conseguir todo el tiempo libre de Scotland Yard que podía en aquel periodo tan ajetreado para pasarlo con sus inteligentes nietos. Rillie les contaba historias de Nueva York y quitó las horribles mariposas pinchadas y polvorientas sin permiso de nadie. Las sustituyó por el daguerrotipo de su apuesto abuelo. Cordelia les hacía cámaras de cartón y les prometía que les haría pronto un daguerrotipo y lo pondría en la pared. *Monsieur* Roland tenía un extraño poder sobre los niños, con él siempre se portaban mejor y le traían dibujos para que comprobara que los habían pintado ellos, con tizas que Rillie les daba.

Todo el mundo, entonces, todos, trabajaban muy duro y nunca dormían lo suficiente. Estaban exhaustos y, sin embargo, jubilosos. Todo el mundo sabía que era solo temporal, la exposición cerraría en octubre. Pero, por el momento, más y más daguerrotipos se pedían diariamente, más y

más gente iba al circo, más y más gente comía y admiraba la excelente comida y el servicio y la música de la Casa londinense de refrigerios Céline.

—¡Todo lo que necesitabas era mi cartel carmesí para empezar! —dijo Alfie con júbilo.

Todos ganaban un montón de dinero, como mucha gente en Londres en aquella gran exposición del momento.

Céline recibía con regularidad relatos epistolares de su Casa de refrigerios en Maiden Lane, New York, escritos por Blossom (a la que habían enseñado a escribir en la escuela de una iglesia), pero dictados por Jeremiah, el ex-forzudo. El negocio iba bien, Pearl, Ruby, Maybelle y Blossom ayudaban todas, pero ¿cuándo iba a volver?

—Estoy pensando —dijo La Gran Céline grandiosamente a los otros— que podría abrir la Casa parisina de refrigerios Céline. ¿No está de acuerdo *monsieur* Roland? Lo estoy discutiendo diariamente con Pierre *l'Oiseau*.

Y *monsieur* Roland parecía gravemente satisfecho.

El señor Silas P. Swift también estaba haciendo un negocio rugiente en su esquinita de Hyde Park, cerca de Oxford Street, que había conseguido alquilar de algún modo (después de muchas negociaciones y dificultades y cartas de apoplejía al *Times*) por la duración de la exposición, hasta octubre. El Palacio de Cristal estaba siempre cerrado con llave al anochecer y, ¡qué mejor lugar para terminar un día maravilloso que el circo! La Gran Carpa se erigía con sus brillantes pendones ondeantes anunciando desde el techo «EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT» y las luces extrañas, excitantes y parpadeantes y las sombras dentro de la enorme tienda llamaban a la audiencia como una sirena, cuando la noche caía sobre Londres.

Silas P. Swift se había superado a sí mismo para su visita a Londres. Había conseguido acróbatas extra, caballos extra y un bebé orangután que era encantador, pero que en realidad estaba profundamente desorientado (se colgaba de Manuel, uno de los charros, y lloraba y mordía si lo separaban de él). Particularmente, Silas animaba a Gwenlliam y a Pierre *el Pájaro*, con el nuevo número de arrojarla al aire; veía lo mágico que podía parecer, con el efecto asistido con luces y espejos y humo. Silas también había conseguido un encantador de serpientes indio, que guardaba una serpiente extremadamente larga y de aspecto peligroso en una olla de barro decorada. Tocaba una flauta y la serpiente emergía, metiendo y sacando su lengua de aspecto terrorífico, elevándose y contoneándose con la música. Todas las damas del circo, que acariciaban al león a veces, se postraban de miedo con aquello, hasta que el indio les aseguró que le habían quitado todos los sacos de veneno, entonces las damas le cogieron mucho cariño y hasta la dejaban que se les enrollara en el brazo, aunque gritaran todo el tiempo.

La más popular —lo que no significa necesariamente la de mejor gusto— muestra en la Gran Exposición Industrial del príncipe Alberto en el Palacio de Cristal no era, después de todo, el traje de buzo o la réplica de los muelles de Liverpool o las máquinas de vapor o incluso el grande pero sin brillo diamante Koh-i-noor, sino, sin duda, la estatua sexualmente excitante, envuelta en tela cuidadosamente pero aún desnuda, de la sección americana llamada «La esclava griega». La gente se agolpaba frente a esta muestra en particular desde por la mañana a la noche. Era una suerte que *Sir* Joshua Reynolds de la Real Academia, hubiera muerto hacía mucho tiempo. Alababa la escultura, casi la última palabra que pronunció se dijo que había sido «Michelangelo». La representación bastante vulgar (para ser sinceros) de una hembra desnuda, encadenada, lo habría ofendido poderosamente. Sin embargo, no ofendió a los visitantes de la exposición, al contrario, los excitaba (aunque hubo varias cartas al *Times*). Y por eso entonces, Silas P. Swift se superó a sí mismo. Vio la emoción generada por «La esclava griega» en el Palacio de Cristal, por eso inventó su propia esclava griega para la Gran Carpa. Una figura voluptuosa, escasamente

cubierta de tela, de pie en la misma posición exacta que la estatua que había un poco más allá de Hyde Park (un triunfo que solo una actriz podía haber conseguido). Aparecía en una jaula dorada que cuatro caballos arrastraban a la pista. La multitud explotaba mientras la estatua permanecía allí. «La esclava griega», intocable, imposible de conocer, una estatua como la del Palacio de Cristal, aunque quizás con un poco más de madurez y color (el pelo en particular, un poco más rojo quizás). Pero, ¿se elevaba el pecho solo un poco? ¿Se movía su mirada? La multitud entraba en oleadas a la Gran Carpa para ver este fenómeno y la señora Colleen Ray, antes del Teatro Real, Nueva Zelanda y de *El Jefe de los Bandidos* (porque era ella) se convirtió en la segunda artista mejor pagada del circo.

Y de qué manera le dio la bienvenida a la señora Colleen Ray a Londres la familia de Gwenlliam. Qué fortuito que estuviera en Londres en este tiempo, a la invitación de un príncipe menor que le había ofrecido un palacio menor.

—No es mi trabajo habitual —le había dicho de su último trabajo al señor Silas P. Swift.

Pero a Gwenlliam y su familia no les importaba lo que Colleen Ray hiciera, era su heroína y Alfie Tyrone dijo:

—No confíes en los nobles ingleses, linda, ven y trabaja para mí en mi oficina de Nueva York.

—Depende de mi príncipe menor —dijo y se rio.

Y ella y Céline compararon sus cabellos del color del fuego, y sus secretos para mantenerlo así.

Gwenlliam floreció porque estaba de vuelta con su amada familia y su amado circo, porque estaba enamorada.

En el vapor de vuelta a Inglaterra, ella y Frankie Fields a menudo se apoyaban en la baranda de cubierta a la luz de la luna; le habló a él de otras cubiertas y otros rayos de luna. Él le contó a ella cómo lo arrojaron al sumidero que desembocaba en el río y cuando oyó a Gallus Mag y los gritos de sus compañeros. Y sobre el sonido de la voz de Cordelia que hacía eco en el túnel oscuro y apestoso cuando la esperanza había muerto. Y cómo Arthur, atado, había salvado la vida de Frankie, tirando de él a más profundidad en el túnel antes de que Gallus Mag pudiera alcanzarlo como había hecho con sus compañeros, y, entonces, como pudo, sujetó la cabeza de Frankie por encima del agua maloliente y, cómo él, Frankie, quizás había devuelto el favor ayudando a sacar a Arthur otra vez.

—Gracias, Frankie —dijo Gwenlliam, sus ojos iluminándolo—. Gracias, gracias, gracias.

Durante algunos días, el tiempo del Atlántico era inestable y tormentoso, Frankie y Gwenlliam se colgaban de las barandas de cubierta y reían. Le contó sobre cómo se había colgado de otras barandas de cubierta con Colleen y habían hecho planes y una vez le dijo que se había acordado de su hermano y su hermana y había llorado sacando la cabeza por el ojo de buey. Cuando le contó esa parte, Frankie le puso el brazo suavemente encima para consolarla y sus lágrimas volaron al cielo del Atlántico. Le contó la parte más terrible, lo peor de todo: cuando vio el pelo de su madre, aquella noche a bordo del *Escorpio*, y cuando se lo contó, grandes sollozos la convulsionaban y entonces él la sujetó muy fuerte y el barco hizo surcos en el mar y el viento soplabla.

—Está viva —dijo él—, querida Gwen.

—Lo sé, lo sé, fue solo la impresión y soy tan feliz...

Y se dio cuenta de que estaba diciendo tonterías y que Frankie Fields la abrazaba estrechamente y que las olas estaban rompiéndose sobre la proa y levantó la cabeza y lo besó con fuerza. Entonces Frankie Fields dijo a Gwenlliam Preston por encima del sonido de las olas que



aunque continuaría intentando ganarle al póquer, la quería mucho. Y por eso, al fin, ella admitió que en otros barcos, en otros océanos, había soñado con él. Y en ese momento, en este barco, en ese océano, el rudo y salvaje Atlántico, se quedaron juntos, abrazados con fuerza uno en los brazos del otro.

Frankie amaba totalmente trabajar en Scotland Yard, donde las normas de la Policía y los hombres de la Policía eran muy diferentes de aquellos a los que estaba acostumbrado. Estaba orgulloso de su uniforme, iba al circo tan a menudo como le permitía su trabajo, feliz con su uniforme si tenía que hacerlo. Se sentaba entre el público y miraba a su amada con ansiedad y orgullo mezclados. Algunas veces, temprano en la tarde, si estaba libre, caminaban por Oxford Street juntos hasta Hyde Park, mientras las multitudes se dirigían con emoción a la Gran Carpa.

Estúpido, estúpido y más que estúpido sería el señor James Doveribbon si se dejase ver cerca del Asombroso Circo de Silas P. Swift siquiera una vez. De hecho, pensó que era profunda y enormemente poco juicioso hacerlo, pero su padre no quiso oírlo porque el señor Doveribbon padre, el abogado famoso de Londres que a menudo trabajaba para la nobleza arreglando muchos asuntos privados a su satisfacción, iba a declararse —el escándalo era demasiado para considerarlo— en bancarrota.

Por mucha cartera abierta que el achacoso duque de Llanefydd les hubiese prometido: «Todos los gastos. Pagaré cualquier factura. Altos honorarios», la cartera permanecía cerrada, porque, le dijera lo que le dijera de sus caros esfuerzos, no habían conseguido traer a su nieta.

—Dije que pagaría si me traían a mi sangre, a mi nieta. ¿La tengo frente a mí? ¡No! —y sorbía y derramaba *whisky*—. No. Solo veo el pelo de esa furcia y nada más. ¿Cómo sé que es de ella? ¡Puede ser de cualquiera!

Pero sabía que era de ella y no lo tocó, lo ponía nervioso, el mechón blanco que él recordaba tan bien de los días de juicio, cuando casi condenan Cordelia por el asesinato de su hijo. No podía soportarlo, ahora que estaba tan claramente ahí a su lado. Algo maligno y húmedo y blanco y negro.

—¡Llévenselo! —gritó y sintió frío—. Quiero que mi nieta me cuide —dijo lastimosamente—. Es su deber. Luego puede quedarse con Gales. Sé que el hijo de mi despreciable segundo primo se aparece en mis estancias y espera que me muera.

Yacía en su gran casa en Mayfair, que apeataba como una fábrica de cerveza, intimidando a los sirvientes. El pelo de Cordelia estaba allí, en una bolsa en una esquina lejana de la habitación donde a ella misma nunca se le había dado la bienvenida, hacía todos esos años. El duque se negaba a firmar ningún papel o a hacer ninguna promesa a menos que su nieta estuviera delante de él. El señor Doveribbon padre estaba fuera de sí, solo la fianza requerida para sobornar y que su hijo saliese de la prisión de Nueva York y para sacar el paquete de pelo de la caja fuerte de la Policía —porque era verdad, por supuesto, que cualquier cosa podía ser comprada o vendida en Nueva York si el precio era justo— había puesto a la familia al borde de la penuria y la desgracia social.

El médico del duque fue breve.

—Le doy otra semana, no más. Ha dejado de comer, solo bebe *whisky* y la mayoría no le entra en la boca —el médico hizo una mueca de desprecio poco profesional—. Debo insistir en que ustedes, abogados, dejen de molestarlo y de venir a su casa tan a menudo.

El mismo doctor esperó para recibir un gran pago por sus servicios, ese papel se había firmado y no quería ninguna interferencia.

Y entonces el señor Doveribbon hijo supo —y quién en Londres no lo sabía, pues las habilidades publicitarias del señor Silas P. Swift eran grandes— que «El Asombroso Circo de

Mr. Silas P. Swift» había llegado a la ciudad.

—Supongo que es posible que ella se haya unido a ellos —dijo a su padre a regañadientes—. Anuncian un fantasma clarividente, puede ser ella.

Estaba muy, muy disgustado y nervioso de estar más implicado de alguna manera y todavía más disgustado de verse sin dinero. Se despertó sudando por la noche cuando se le avecinaba un futuro sin dinero disponible y la mala gestión de Edgware Road prometía futuras deudas.

El señor Doveribbon padre tomó la decisión enseguida. Estaba en un alto grado de pánico. Aunque no fuera de su gusto, tenían que asistir inmediatamente a una función del circo, el hombre más joven lo acompañaría y alertaría a su padre si la heredera estuviera presente, entonces él (el señor Doveribbon padre) se presentaría a sí mismo y sus credenciales y simplemente, de forma educada, le pediría a la chica que fuera con él enseguida a Mayfair, después de todo estaba a un simple paseo en coche de caballos, nada tan vulgar como un secuestro era necesario.

—No creo que haya una persona en este mundo que sea inmune a las riquezas y, después de todo, ella es, con todos sus «lazos de sangre», una vulgar pequeña acróbata. Simplemente abordaste el tema con torpeza. Date prisa, date prisa, no podemos esperar otro día, debemos triunfar ahora donde fallaste antes, o, para ponértelo claro, ¡estamos absoluta y totalmente arruinados!

Y la mano del señor Doveribbon padre tembló mucho cuando se estiró la corbata.

Para la desgracia de los Doveribbon luego, estaban en la oficina de las entradas del circo cuando Gwenlliam y Frankie se daban prisa por Oxford Street, tarde por una vez (porque no se habían percatado del tiempo cuando le había propuesto matrimonio en Cavendish Square y ella había aceptado, mientras que una solitaria oveja pastaba desapasionadamente junto a ellos). Los chicos vendedores de periódicos siempre gritaban y mostraban su mercancía, siempre gritaban las noticias que acababan de salir. Por un segundo Gwenlliam anduvo más despacio cuando oyó el grito. «¡Duque se encuentra con su hacedor! ¡Solo un penique! ¡Duque se encuentra con su hacedor!». Y se paró. Cogió un penique de su capa. Y vio lo que los Doveribbon no habían visto: el duque de Llanefydd había muerto.

Por un momento, no se movió, se quedó allí entre las multitudes apresuradas de Oxford Street. Iban más tarde ahora, pero ella no dijo nada, ni se movió en dirección a Hyde Park. La bondadosa Gwenlliam Preston tenía solo una astilla de acero en el corazón, en su bondadoso y afectuoso corazón. Finalmente, habló.

—Estoy contenta —le dijo a Frankie, y vio que sus ojos brillaban fríamente cuando arrojó el periódico en una alcantarilla llena de basura.

Peggy Walker tenía el traje del fantasma clarividente en sus brazos y había estado mirando ansiosamente a la multitud para encontrar señal de Gwen desde el escalón del carronato del vestuario. Al final, la vio, corriendo ahora con Frankie Fields.

—¡Gwen! ¿Dónde estabas? ¡No es propio de ti! Han estado haciendo esperar a la banda, ¡rápido!

Gwenlliam se paró en el carronato, trató de coger aire.

—¡Vamos, amiga! —se enfadó Peggy—. ¡No habías llegado tarde desde que desapareciste en San Francisco! ¡Me tenías realmente preocupada!

Por el momento, Gwenlliam solo tuvo tiempo para abrazar a Peggy Walker cuando rápidamente cogió su traje y desapareció en las sombras de la parte trasera de la Gran Carpa mientras la banda tocaba por fin para la multitud, a la que se unía ahora un radiante Frankie Fields con su uniforme de policía y vitoreó con anticipación y escupió su tabaco.

Fue el Jefe Gran Arcoiris quien vio al señor Doveribbon (hijo) sentado con su padre al final

de una fila entre el público, lejos hacia el fondo. (James Doveribbon se había colocado de hecho cuidadosamente —donde pensó que era muy posible que ninguno de los artistas del circo notara su presencia— justo al fondo de la Gran Carpa donde había menos luz, por si acaso tuviera que hacer una salida rápida). El jefe entró a medio galope con todos los caballos, exótico, extranjero, con el tocado de plumas y la cara marcada y pintada. Pero para el jefe indio el público de Hyde Park era extranjero y exótico también: las ropas, las voces, los sombreros de las damas, la elegancia, nada podía ser más diferente de la audiencia salvaje y homicida de California. Su cara de póquer —con ojos de águila, alerta, de una anciana y vigilante tribu— observaba a todo el mundo como lo miraban a él mientras medio galopaba por la pista. Por supuesto que vio al señor Doveribbon, recordaba muy bien al hombre que había merodeado por el circo en San Francisco, cortejando a la chica y que había desaparecido con ella. Dio un grito de guerra indio, alertando a todos los artistas del circo de que había algo o alguien interesante en su línea de visión. Los charros mexicanos lo oyeron, intercambiaron información con Gran Arcoiris, pasándola mientras galopaban alrededor de la pista. El domador de leones llevó la noticia a los acróbatas y el encantador de serpientes y la esclava griega en las sombras. «¡KSHSH!», hizo el látigo cuando los charros galoparon más y más rápido. En minutos, cada artista del circo, incluyendo al fantasma clarividente que estaba empezando a trepar a su lugar de espera en el techo en la oscuridad, sabía que el secuestrador de Gwenlliam estaba tranquilamente sentado allí, al fondo de la Gran Carpa, a la derecha. Frankie Fields, vigilando a Gwenlliam, su chica, era un policía entrenado por Arthur Rivers por algo, sentado entre el público era consciente de un *frisson* de emoción entre los artistas, algo había ocurrido. Miró con aprensión al techo del circo. Si no hubiera estado tan feliz de que hubiera aceptado casarse con él, si no hubiera estado tan emocionado, y a la vez tan inquieto sobre las aventuras de su chica arriba en el aire, habría visto, por supuesto, al hombre al que había golpeado con una barra de hierro en la cabeza a bordo del *SS Escorpio*, en Sandy Hook. Cerca de Frankie, compartiendo cerveza de jengibre con él, inquieta también, estaba sentada la hija de Arthur Rivers, Millie, y su marido, Charlie, habían conocido a su hermanastra al fin y era la tercera vez que habían estado en el circo.

Los payasos murmuraron las noticias mientras mostraban sus enormes sonrisas; entonces había algunos payasos más jóvenes, tres de los más viejos habían sido despedidos en San Francisco («lo siento, chicos», dijo Silas firmemente, dándole veinte dólares extra a cada uno, por su larga fidelidad). Pero los payasos más jóvenes sabían también la historia de Gwenlliam. Ahora, corrieron alrededor de la pista, tropezando y bailando, reían y reían y la audiencia vitoreaba y los llamaba también, los niños chillando de risa por los zapatones y las narizotas rojas y por el payaso al que manteaban en la gran red. La banda rompió a tocar otra hermosa marcha británica y el león rugió cuando el domador (de vuelta en su toga) restalló su látigo contra la puerta de la jaula, las damas gritaron y el encantador de serpientes corrió con su flauta y su serpiente enrollada.

Y entonces, arriba, en las sombras, con el acero en el corazón, el fantasma clarividente se balanceó, de atrás hacia delante en la oscuridad, esperando.

El león y el domador ya habían hecho su emocionante número: el domador había entrado en la jaula y se salió cuando un gracioso había dicho (como de costumbre): «¡Cómetelo, chico!» al león. Los enanos ya habían hecho malabarismos y los pícaros monos se habían balanceado en sus barras, los acróbatas habían volado y el bebé orangután había sido encantador (aunque el vaquero mexicano, Manuel, estaba exhausto, pues no podía ir a ninguna parte, hacer nada, sin aquel pequeño orangután colgado de él: «¡estoy enfermo!»), se quejaba Manuel, pero luego no podía evitar consolar otra vez a su necesitada y neurótica pequeña carga). Los tragafuegos ya habían

corrido por la pista, respirando fuego hacia fuera y hacia dentro, los charros ya habían hecho una pirámide sobre sus caballos, intercambiando mensajes a gritos con el jefe indio cuando terminaron su carrera alrededor del circo de serrín.

—¡Damas y caballeros! —dijo el jefe de pista con su chaqueta roja— ¡Presentamos, directamente de la Gran Exposición: La estatua de la esclava griega!

Y el látigo sonó una vez más: «¡Kshsh! ¡Kshsh!». Y la jaula dorada apareció en las sombras. La tuba y la trompeta tenían una tonada que se tocaba cuando la esclava griega aparecía. Era una pieza que el director de la banda (al que la señora Colleen Ray tenía loco) había compuesto. La canción al principio parecía digna como le correspondía tal tema delicado y triste, pero todo el tiempo la tuba tocaba un pequeño fondo de «umpapá» como si se estuviera riendo, levemente, traviesamente bajo su mano, Silas P. Swift dio su aprobación a esta composición.

La multitud se quedó sin respiración cuando el contenido de la jaula dorada apareció más y más en la luz, y luego rugió, literalmente rugió, su aprobación. Inmóvil, trágica (si bien teñida de vulgaridad, como el original), la estatua no se movía mientras la jaula era arrastrada alrededor de la pista, parándose en la mitad. Las manos encadenadas (el pelo rojo bastante insólito y el aspecto un poco más maduro), la mirada baja y sumisa, todavía como piedra estaba allí. Y la estatua tan desnuda como la estatua favorita en la sala de la Gran Exposición (bueno, con solo un pequeño paño de gasa donde debía de estar cubierta). Como siempre, la multitud miraba y susurraba y se daba codazos:

—¡Mira! —se susurraban los hombres unos a otros—. ¡Mira! ¡El pecho! ¿Se ha elevado?

Y luego, en el emocionado, susurrante silencio, de repente, rompiendo todas las reglas del decoro (y sin duda de la legalidad) la esclava griega no solo se movió sino que habló.

Levantó un brazo hermoso y grácil de una de sus cadenas y gritó:

—¡Lo he conocido! ¡Lo veo!

Señalando, esto es, acusando a su presa ante todo el circo: el señor James Doveribbon, quien estaba sentado con su padre ocupándose de sus propios asuntos (se puede decir) al final de una fila, en el fondo.

La multitud, conmocionada, se volvió, luchando para ver al ahora medio en pie y alarmado señor Doveribbon (quien en el mismo momento que oyó la voz, comprendió que la estatua era la señora Colleen Ray): Entonces la multitud volvió la vista a la pista, confundida «¿Acaso lo hemos imaginado?», porque allí estaba la robusta estatua griega desnuda, posando y pasiva, inmóvil. Pero el jefe indio ya estaba cabalgando por los escalones de anchos tablones del pasillo central, arrebató al aterrorizado señor Doveribbon (hijo) de la guardia del aterrorizado señor Doveribbon (padre), como si estuvieran en una guerra en el salvaje oeste de América y se volvió en su caballo. Qué alarmante y emocionante para la audiencia (qué terrible luego para James Doveribbon) cuando las patas del caballo se subieron durante un momento cuando este se detuvo como le ordenó su jinete. Luego se volvió y al bajar de nuevo a la pista, golpeó delicadamente con sus cascos los escalones de madera. El Jefe Gran Arcoíris, depositó entonces al señor Doveribbon limpia y directamente en la red de los payasos y los payasos mantearon alegremente al señor Doveribbon mientras gritaba. Todo este drama se había llevado a cabo tan hábilmente, que la audiencia («¡qué manera tan magnífica de montar!») pensó que era parte del espectáculo. Y entonces, cuando aplaudieron, los tambores redoblaron, una nota diferente.

Y, de repente, se pudo ver al «fantasma clarividente», apareciendo de pronto arriba en la oscuridad tenebrosa y llena de humo. Ella voló como un pájaro blanco de trapecio en trapecio, cada vez más bajo, hasta que se quedó en equilibrio en el trapecio más bajo, el más cercano al señor Doveribbon, pero todavía en las sombras a causa del inteligente uso del señor Silas P. Swift

de las lámparas de aceite, siempre desde el primer momento de su aparición. Se balanceó de atrás hacia delante durante un momento, en silencio, misteriosa, los tambores redoblaron.

—Tengo una especial aversión a las serpientes —le había dicho el señor Doveribbon cuando navegaron hacia Panamá.

Ella saltó desde arriba directamente a la luz brillante y los brazos de Pierre *el Pájaro*. «¡Alehop! ¡Alehop!». Cómo rugió la multitud otra vez, cómo aplaudieron y gritaron con alivio Millie y Charlie, cómo marcó la multitud su deleite (cómo se había levantado Frankie Fields con su uniforme de policía listo para soplar su silbato de policía pues, ¿no había sido él quien había derribado al señor Doveribbon en el puerto de Nueva York?). En un momento, el señor Doveribbon podía estar rodeado de agentes, porque en este momento Hyde Park era el lugar con más policías de Europa. Pero el fantasma clarividente, haciendo equilibrio ahora sobre los hombros del enorme acróbata francés, subió el brazo; Frankie lo vio, no había terminado todavía. El fantasma se volvió al encantador de serpientes e hizo una señal. El sonido lastimoso y misterioso sonido extranjero de su flauta comenzó y la serpiente se desenrolló de la olla de barro y se estiró arriba y arriba, hacia arriba, hipnotizada por la música, arriba y arriba, hacia el señor Doveribbon atrapado en la red (la larga lengua entraba y salía). El señor Doveribbon se acobardó, gritó y gritó de terror mientras la serpiente se balanceaba cada vez más cerca. Y Gwenlliam pensó fríamente: «Qué estúpido parece, gritando con su traje de caballero». Aquel inglés arrogante, que iba por los barcos con cloroformo y llaves, escondiendo el pelo de su madre. Ella vigilaba, sin inmutarse, mientras la serpiente se estiraba cada más cerca de él y él gritaba. Y entonces ella se fue.

El duque de Llanefydd ya no podía hacer más daño. Ya había hecho bastante.

A una señal del fantasma clarividente, los payasos simplemente volvieron la red boca abajo. El señor Doveribbon se cayó, se tambaleó y salió corriendo (y la señora Colleen Ray, serena y desnuda en su jaula dorada, de repente recordó a Gwenlliam tropezando, corriendo en la oscuridad del embarcadero de Norfolk y a los hombres que la agarraron violentamente y las preciosas monedas del póquer cayendo de su capa por los tablones de madera del embarcadero al mar). Esa noche, el señor Doveribbon tropezó y corrió y corrió directamente a los brazos del sargento Frankie Fields, se fueron, el momento había terminado.

—¡Alehop! ¡Alehop! ¡Alehop! —gritó Pierre *el Pájaro*, agarrando las muñecas del fantasma clarividente.

Y los tambores redoblaron y las luces bajaron y Gwenlliam le dijo:

—¡Ahora!

Y, de alguna manera, el fantasma clarividente pareció elevarse, directamente en las turbias sombras, parecía magia, estaban viendo magia real. El fantasma clarividente voló, arriba, como un pájaro fantasma; iba contra las leyes de la naturaleza y la ley de la gravedad, pero allí estaba ella, arriba, arriba. Agarró entonces un trapecio oscuro con una mano. Se balanceó y se quedó allí, columpiándose un poco. La audiencia no podía apartar los ojos de ella y luego, muy despacio, en equilibrio, permaneció con los brazos estirados, como si abrazara al público de una manera mágica.

—Escuchen —dijo el enigmático fantasma clarividente sobre ellos y no hubo sonido alguno, ningún sonido salía de toda aquella gente: y, sin embargo, había sonido de lágrimas mientras los abrazaba a todos.

—Érase una vez...

Y la audiencia se inclinó hacia delante para oír las palabras, como si estuviera contando un cuento de hadas, lo que estaba de hecho, haciendo.

—Érase una vez, en una extensa, extensa playa, donde la marea va muy lejos, unos fantasmas de niños que no podían marcharse: shshshshshshshshshsh...

Y la audiencia, tan silenciosa, cogida entre sus brazos, pensó que oían el mar. Y el señor Doveribbon padre que no se había atrevido a moverse de su sitio en la Gran Carpa lo oyó también, muy en contra de su voluntad, oyó el sonido del mar.

—Y esta noche, esta noche especial, esos pequeños fantasmas han sido liberados.

Y la figura enigmática mantuvo a la multitud durante un momento más en sus brazos, totalmente quieta. Luego añadió suavemente, como si las lágrimas que habían oído hubieran sido lágrimas fantasmales, pero todo el mundo pudo oír las palabras:

—Y todo irá bien.

Y, entonces, se columpió de alguna manera en la oscuridad... y ya no estaba.

El director de la banda, que se había quedado transfigurado como todo el mundo, se recompuso y pidió a su banda que tocara *Dios salve a la reina* y la multitud, recuperándose también, cantó, como siempre cantaba a su monarca. Sin embargo, comprendieron que algo había pasado: algo. Y los artistas del circo desfilaron alrededor de la pista, la gente vitoreó y sonrió y miraron al techo de la Gran Carpa. Pero no había nadie allí. Las multitudes se derramaron de la carpa en la noche por fin en una especie de excitante confusión, respirando el aire de la noche de verano en Hyde Park, más felices sin saber por qué, algo había —no estaban seguros como expresarlo— tocado sus corazones. Qué emocionante había sido todo, ese circo. Y no pensaron ni por un momento en el hombre en la red que un policía se había llevado.

En la casa en Great Titchfield Street, cerca de Oxford Street, que Cordelia y Rillie habían encontrado y alquilado cuando volvieron a Londres, había sitio para todo el mundo. El daguerrotipo de todos ellos en Nueva York colgaba de la pared y, cerca de él, una hermosa pintura de tres niños jugando al lado del mar. Todos se reunían en la casa de Great Titchfield Street tarde en la noche después de sus variadas actividades, siempre exhaustos, siempre llenos de historias de extranjeros y comida y negocios y la exposición. Cordelia y Rillie llenaron vasos de oporto para todo el mundo, como habían hecho en los viejos tiempos, y Regina había comenzado a leer en voz alta los periódicos, como de costumbre, como lo había hecho en los viejos tiempos.

—Veo que los ingleses siguen pensando que son los mejores —dijo con indiferencia—. Escuchad esto.

*¡Seguro que pronto el Támesis incendiaremos!*

*¡Oh! ¿Qué son las pirámides ancianas?*

*¿Qué aquel coloso que a los viles turcos compraran?*

*¡Oh! ¿Qué aquel Coliseo de Roma, amplio y vasto lugar*

*comparado con nuestro Palacio de Cristal, construido para durar?*

*No son más que ruinas, no permanecerán;*

*¡Rápida será su caída, su decadencia no lamentarán!*

*Una vez fueron famosos, su nombre no tiene interés.*

*¡Extinguidas por los rayos del cristal inglés!*

*¡Mientras más lo pensemos, más nos admiraremos!*

Y entonces, Gwenlliam, la señora Colleen Ray y Frankie Fields irrumpieron por la puerta.

—El duque de Llanefydd ha muerto, los vendedores de periódicos lo estaban diciendo —dijo Gwenlliam con naturalidad, aunque su voz estaba tomada inesperadamente.

Luego solo hubo un sonido. Cordelia dejó caer la botella de oporto al suelo. No se rompió, simplemente rodó, derramando algo de su contenido en el camino y terminó debajo de una mesa. Cordelia miró a su hija.

—Y esta noche capturamos al señor Doveribbon en la red del payaso durante la actuación.

Y estas palabras sonaron tan improbables y ridículas que todo el mundo, todavía aturcido, medio se rio, una especie de risa de sorpresa, y entonces todo tuvo que explicarse, aunque la misma Gwenlliam no dijo nada más, dejó que los otros relataran los acontecimientos. Pero, siempre práctica, se inclinó hacia la botella de oporto, la recuperó con lo poco que contenía, sirvió el líquido en un vaso, y se lo pasó a su madre. Y ella y Cordelia se miraron. «Por fin se ha acabado».

Frankie describió al jefe indio y a la esclava griega y al encantador de serpientes y sus contribuciones. Colleen describió cómo la acróbata clarividente había hechizado a la audiencia. Y los dos, Cordelia y *monsieur* Roland, vieron la cara de Gwenlliam cuando le sonreía a Frankie y había algo más en sus ojos también, algo perdido, algo encontrado.

—Pierre *el Pájaro*, dijo que estaría esperando en el lugar habitual —dijo la señora Colleen Ray.

Y las dos mujeres con el cabello color de fuego se rieron. Céline saludó y desapareció.

Pero antes Céline había traído pasteles de maíz de su Casa de refrigerios, había comida, había oporto, había conversación y risas. Gwenlliam, con Frankie todavía hablando: «Está seguro encerrado bajo llave esta noche, señor, créame» (pero guardándose sus propias noticias para otra noche), organizó una sesión de póquer con Alfie y Rillie. *Monsieur* Roland se sentó en su mesita de la esquina con sus libros y sus papeles. María se abanicaba por el calor, disfrutando de la emoción, con los pies en el sofá, y Regina seguía leyendo de los periódicos.

—Escuchad esto —dijo, sacudiendo el *Times*.

*¿Por qué hay tal carencia de servicios para los visitantes extranjeros —que no son exigentes— cuando ciertas llamadas de la naturaleza presionan? ¿Dónde se alivian?*

La señora Colleen Ray también tenía una tarea y no se había quitado la capa. Tenía que encontrarse con su príncipe menor cerca de Marble Arch.

—Se enfadará si llego tarde, pero tenía que venir y contar la historia de ese bastardo. ¡Oh, verlo manteado, me dio un gran placer!

—Espera —dijo Arthur—, vamos contigo —y le murmuró algo a Cordelia, que todavía no había hablado—. Ven a dar un paseo a Hyde Park, quiero enseñarte algo.

Y Cordelia se puso también su capa. Justo al salir abrazó fuertemente a su hija y sus brazos dijeron: «Toda la pesadilla se ha terminado por fin».

Los tres andaban por Great Titchfield Street a la luz de la luna, Colleen todavía relatando los hechos con gusto. Pasaron junto a un chico vendedor de periódicos nocturno que gritaba el titular de la manera que lo hacían, excepto que no podía pronunciar el nombre galés, pero todos vieron el titular:

«MUERE EL DUQUE DE LLANEFYDD»

Y Arthur, inmediatamente, cogió a Cordelia del brazo, ella se inclinó más cerca de él, no necesitaban hablar.

Pero la señora Colleen Ray sufrió un extraño estremecimiento.

—Solía llorar en su camarote. Creía que yo no lo sabía. Nunca he visto una chica más valiente que ella, volando de ese barco como un pájaro para intentar escaparse. Me alegro de que esas aventuras hayan acabado.

Y Cordelia le dio un cálido abrazo en Oxford Street. Y Colleen pensó que había sentido lágrimas caerle en el pelo.

Y allí, en Marble Arch, estaba el noble príncipe menor esperando, estaba aliviado y encantado y enfadado y enamorado, todo al mismo tiempo. Se dieron explicaciones y disculpas, Arthur y Cordelia se despidieron y se volvieron hacia Hyde Park.

La Gran Carpa estaba en silencio y vacía después de las aventuras de la noche. Un agente de servicio saludó al inspector de policía cuando pasó. Cordelia levantó la mirada a los pendones que ondeaban suavemente arriba.

#### «EL ASOMBROSO CIRCO DEL SEÑOR SILAS P. SWIFT»

—¿Lo echas de menos? —dijo Arthur.

—¿Con mis rodillas? —dijo Cordelia con firmeza.

Y ambos rieron. Mientras caminaban por el parque un vientecillo voló un periódico por el sendero, bailó por delante de ellos y se quedó quieto, pillado en las raíces retorcidas de un viejo roble. «MUERE» era la única palabra que pudieron ver. En la distancia ahora el hermoso Palacio de Cristal brillaba a la luz de la luna.

Otro policía de servicio saludó y dejó entrar a Arthur y a Cordelia por una puerta lateral, en el gran edificio casi vacío. La voz ocasional gritó, una a la otra, mientras otros agentes de servicio arrastraban los pies con zapatillas grandes y silenciosas para no rayar más los suelos de madera, inspeccionando el ala este, el ala oeste, el ala sur y el ala norte, todas las muestras sombrías y silenciosas, todo callado ya en la noche y el diamante Koh-i-Noor seguro, bajo llave, dentro del pedestal de la jaula de pájaros dorada.

Arthur y Cordelia vagabundeaban por los pasillos grandes y vacíos mientras la luz de la luna brillaba a través del techo de cristal. Pasaron los detectores de tormentas y los motores y las anclas; pasaron bustos de Shakespeare, bustos del duque de Wellington, bustos de la reina Victoria; pasaron el traje de buceo y el edredón carmesí acolchado de Heals y la estatua de la Esclava griega. Caminaron hacia la silenciosa fuente de cristal, la pieza central donde la nave llegaba al gran crucero. Se sentaron juntos en los escalones que conducían al trono bajo el olmo cautivo, desde el que la reina Victoria había dado su discurso de inauguración sobre la providencia benéfica y la felicidad de la humanidad. Los pliegues de la capa de Cordelia se iluminaron y había sombras que surgían y palmeras y perfume de flores.

Y durante un tiempo se sentaron solos en aquel Palacio de Cristal enorme, vacío, extraordinario, hermoso, temporal, iluminado por la luna.

Y cuando se apoyó en su cálido hombro y miró cómo la luz de la luna caía a través del cristal pensó: «este sería el más hermoso daguerrotipo del mundo», y cuando sintió el calor del cuerpo de Arthur a su lado se dijo a sí misma: «oh qué afortunada soy después de todo», alguien, uno de los policías en zapatillas empezó a tocar uno de los pianofortes. La música flotó por el pasillo hasta donde estaban sentados.

—Arthur, ¿de verdad se van a llevar todo esto a otro lugar, todo el Palacio de Cristal?

—Eso dicen.

Ella sacudió la cabeza, casi sin creerlo.

—Y supongo que la hierba crecerá otra vez y este hermoso edificio, que ha estado repleto de tanta gente de todo el mundo, será como si, qué extraño pensarlo, nunca hubiera estado en Hyde Park, nunca aquí en absoluto.

—Pero tú y yo recordaremos esta noche —le dijo suavemente.

Y como habían barrido los pequeños y peligrosos fragmentos de cristal que había entre ellos por fin, supo lo que él le estaba diciendo. «Hemos aprendido del anciano, son nuestros recuerdos



los que nos hacen ser como somos». Y ella enterró su cabeza esquilada y dañada solo por un momento cerca de su corazón afectuoso, y le besó; él la abrazó contra sí con fuerza.

Se levantaron para irse por fin, caminaron por el largo pasillo y todavía oían la música, vivaz, deslizándose, música de vals que podía no aprobarse, pero que hacía furor.

Y puso su brazo alrededor de su esposa y ella su mano en la de él y en el enorme, vacío y hermoso Palacio de Cristal, a la luz de la luna, bailaron con la música de un tintineante y distante piano.

## Bibliografía

ESTOY en deuda con los autores de los siguientes libros:

PORTER BELDON, Ezekial. (1849) *New York Past, Present and Future*. 2.<sup>a</sup> ed. Nueva York: GP Putnam. COLLINS BROWN, Henry, ed. (1916) *Valentine's Manual of the City of New York*. Nueva York: Valentine Co. NEVINS, Allan, ed. (1952) *The Diary of George Washington* (vol. I y II: 1835 - 1859). Nueva York: Macmillan. NEVINS, Allan, ed. *American Social History as recorded by British travelers*. Londres: Allen & Unwin. Impreso en E.E.U.U. en 1924. DICKENS, Charles. (1842) *American Notes for general circulation*. Chapman and Hall. BURROWS, Edwin G.; WALLACE, Mike. *Gotham: A History of New York City to 1898*. Nueva York: Oxford University Press. CHINDAHL, George L. (1959) *A History of the Circus in America*. 2.<sup>a</sup> ed. Caldwell: Caxton Printers. HOH, LaVahn G.; ROUGH, William H. (1990) *Step Right Up*. White Hall, Virginia: Betterway Publications. DUNCUM, Barbara M. (1947) *The Development of Inhalation Anaesthesia with special reference to the years 1846 - 1900*. Oxford University Press. MILLER, Wilber R. (1977) *Cops and Bobbies*. University of Chicago Press. REPETTO, Thomas A. (1978) *The Blue Parade*. Nueva York: Free Press. Londres: Collier Macmillan. ENGLISH, T. J. (2005) *Paddy Whacked: the untold story of the American Gangster*. Nueva York: Regan Books. ASHBURY, Herbert. (1928) *Gangs of New York: an informal history of the underworld*. Nueva York: Knopf. DALE JACKSON, Donald (1980) *Gold Dust: the Californian gold rush and the forty-niners*. Allen & Unwin. MABEE, Carlton. (1943) *The American Leonardo: a life of Samuel B. Morse*. Nueva York: A. A. Knopf. WEISBERG, Barbara. (2005) *Talking to the Dead: Kate & Maggie Fox and the Rise of Spiritualism*. San Francisco: Harper Collins. JACKSON, Herbert G. Jr. (1972) *The Spirit Rappers*. Nueva York: Doubleday. RINHART, Floyd; RINHART, Marion. (1981) *The American Daguerreotype*. Athens, Georgia: University of Georgia Press. DAVIS, Keith F. (2007) *The Origins of American Photography 1839 - 1885*. Yale University Press. HOBHOUSE, Christopher. (1937) *1851 and The Crystal Palace*. Londres: John Murray. *Crystal Palace Exhibition Illustrated Catalogue with introduction by John Gloag*. (1970) Nueva York: Dover Publications. Londres: Constable.

# Agradecimientos

TAMBIÉN agradezco su ayuda a Joshua Ruff, conservador del New York City Police Museum. Cualquier error sobre los, en cierto modo, intrincados sistemas policiales de aquella época es, no obstante, responsabilidad mía.

Gracias también a Barry Creyton, Kitty Williston, Vanessa Galvin Buist, Lynne y Chuck Woodruff, Danielle Nelson, Tunk, y John Agace. Y al profesor Graham Smith y al personal de Te Whare Pukapuka, en Te Whare Wananga o Awanuiarangi.

Y por último, pero más importante, mi agradecimiento a la ciudad de Nueva York, donde por primera vez en mi vida gasté literalmente un par de zapatos de tanto caminar intentando encontrar lo que quedó de 1845 hasta 1850 en esa ciudad maravillosa y llena de energía.

---

---

## notes

<sup>1</sup> Macbeth. Acto 5, escena 3. (N. de la T.)

<sup>2</sup> Phineas Barnum (1810 - 1891), empresario de circo estadounidense. Creador del espectáculo «Barnum & Bailey» junto a J. Bailey. También fue autor, editor, filántropo e, incluso, político. (N. de la T.)

<sup>3</sup> Se encontraba en la esquina de Broadway y Ann Street, en Nueva York. Phineas Barnum se lo compró a su anterior propietario, John Scudder. Barnum abrió su recién adquirido museo en enero de 1842. En él tenían lugar toda clase de extraños espectáculos y formas de entretenimiento. En el año 1865 se produjo un incendio y quedó totalmente calcinado. (N. de la T.)

<sup>4</sup> En español, «afortunado». (N. de la T.)

<sup>5</sup> Temperance, en español, «abstinencia». Se llamaba temperance hotel aquel hotel en el que no se servían bebidas alcohólicas. (N. de la T.)

<sup>6</sup> Abreviatura de la locución latina nota bene (en español, «nótese bien»). (N. de la T.)

<sup>7</sup> Del francés, «enfurecimiento». (N. de la T.)

<sup>8</sup> Traducción al español: «Hermano Jacques, ¿duerme usted?». Canción popular infantil que cuenta en español con numerosas versiones. (N. de la T.)

<sup>9</sup> Cruce de vías londinense muy conocido que se encuentra en el distrito de Camden. (N. de la T.)

<sup>10</sup> Las verdulerías solían ser pantallas para esconder actividades ilícitas. (N. de la T.)

<sup>11</sup> Zona de Nueva York que se sitúa a orillas del río Este. Limita al oeste con Broadway. Es uno de los barrios más antiguos de la ciudad y se le conoció por ser una zona peligrosa. (N. de la T.)

<sup>12</sup> Canción patriótica americana, considerada hasta 1931 como uno de los himnos nacionales. (N. de la T.)

<sup>13</sup> Letra de *The Wearing of the Green*, canto irlandés de lamento por la represión que sufrieron los partidarios de la rebelión irlandesa de 1798. (N. de la T.)

<sup>14</sup> Contracción de *Bowery* y *boys* (chicos) formando la palabra *boys* con pronunciación irlandesa. (N. de la T.)

<sup>15</sup> *Astor Place Opera House*, teatro de ópera inaugurado en el año 1847. (N. de la T.)

<sup>16</sup> En español, «cereza». (N. de la T.)

<sup>17</sup> Del francés, «escalofrío». (N. de la T.)

<sup>18</sup> Composición muy conocida de Sir Henry Bishop que el actor estadounidense John Howard Payne adaptó en el año 1823 para la ópera *Clari, Made of Milan*. (N. de la T.)

<sup>19</sup> Parodia del himno patriótico británico *Rule Britannia!* (N. de la T.)

<sup>20</sup> Prólogo de *Noche de Epifanía* de Shakespeare. (N. de la T.)

<sup>21</sup> Canción popular inglesa que data del siglo XVII.

<sup>22</sup> Cruce de vías situado en el distrito de *Southpark*, al sur de Londres. (N. de la T.)

<sup>23</sup> Nombre artístico de Charles Sherwood Stratton, conocido actor de la época que trabajó para Phineas Barnum y que no llegó a medir más de 89 cm. *Thumb* es el nombre que se le da en inglés al dedo gordo. (N. de la T.)

<sup>24</sup> Poema de Robert Burns, 1793. (N. de la T.)

<sup>25</sup> Oliver Goldsmith (1730 - 1774). Poeta, escritor y dramaturgo inglés. (N. de la T.)

<sup>26</sup> Richard Brinsley Sheridan (1751 - 1816). Poeta y dramaturgo de origen irlandés. (N. de la T.)

<sup>27</sup> Mexicanismo sinónimo de «afeminado». (N. de la T.)

<sup>28</sup> Del francés, «querida mía». (N. de la T.)

<sup>29</sup> Del francés, «chocolate caliente».

<sup>30</sup> Edmund Kean (1787 - 1833). Actor inglés. Considerado como el mejor intérprete de obras de Shakespeare de la época. (N. de la T.)

<sup>31</sup> William Macready (1793 - 1873). Actor inglés. Famoso por sus interpretaciones en *El rey Lear*, *Hamlet* y *Macbeth*. (N. de la T.)

<sup>32</sup> Barco de vela ligero, alargado y estrecho del siglo XIX que supuso una revolución en el mundo de la navegación. Su nombre proviene de la palabra inglesa *clip*, con la que se hacía referencia a la velocidad. (N. de la T.)

<sup>33</sup> Diminutivo de la palabra inglesa *queen* «reina». (N. de la T.)

<sup>34</sup> «La última rosa del verano», poema del irlandés Thomas Moore. (N. de la T.)

<sup>35</sup> Hipoclorito de calcio. Compuesto químico eficaz contra bacterias, algas, moho, hongos y microorganismos peligrosos para la salud. (N. de la T.)

<sup>36</sup> *Hamlet* de Shakespeare. Acto IV, escena 7. (N. de la T.)

<sup>37</sup> Plaza ajardinada situada en *Bloomsbury*, en el centro de Londres. (N. de la T.)

<sup>38</sup> Movimiento social que criticaba el consumo excesivo de alcohol y exigía su reducción o prohibición. (N. de la T.)

<sup>39</sup> Barcos mercantes de cuatro o cinco mástiles y velas cuadradas. (N. de la T.)

<sup>40</sup> Famoso espiritual negro. (N. de la T.)

<sup>41</sup> Del francés, «sesión». El término se conoce ahora en varios idiomas referido

específicamente a *sesión espiritista*. (N. de la T.)

<sup>42</sup> Tipos de barcos: la bricbarca tiene tres mástiles y el *brig* dos. (N. de la T.)

<sup>43</sup> Del francés, «alta costura». (N. de la T.)

<sup>44</sup> Del francés, «turbio». (N. de la T.)

<sup>45</sup> En español, «minino». (N. de la T.)

<sup>46</sup> En español, «callejuela del paraíso». (N. de la T.)

<sup>47</sup> *El rey Lear* de Shakespeare. Acto IV, Escena 7. (N. de la T.)

<sup>48</sup> Del francés, «alto nivel». En sentido figurado, «altanería». (N. de la T.)

<sup>49</sup> Poema de Robert Burns, 1782. (N. de la T.)

<sup>50</sup> *El rey Lear*, acto I, escena 1. (N. de la T.)

<sup>51</sup> Bollitos dulces típicos de la cocina inglesa y de origen escocés. Elaborados con harina de trigo, centeno o avena y mantequilla y levadura. A menudo puede contener otros ingredientes como queso, uvas pasas, arándanos o dátiles, dependiendo de la variedad. (N. de la T.)

<sup>52</sup> John Newton, 1779. (N. de la T.)